

R. P. GERMÁN DE SAN ESTANISLAO, Pasionista

BIOGRAFÍA

DE LA SIERVA DE DIOS

GEMA GALGANI

VIRGEN DE LUCA

TRADUCCIÓN DE LA SEXTA EDICIÓN ITALIANA

— POR EL DOCTOR —

MODESTO HERNÁNDEZ VILLAESCUSA

ILUSTRADA CON 30 MAGNÍFICAS LÁMINAS

CON LICENCIA DEL ORDINARIO

BARCELONA

HEREDEROS DE JUAN GILI

BIOGRAFÍA
DE LA SIERVA DE DIOS GEMA GALGANI



Gema Galgani (1878-1903)

ÍNDICE

	PÁGS.
Prefacio	5
Protesta del Autor	15
Aprobaciones eclesiásticas.	16
CAPÍTULO I Nacimiento de Gema, primeras flores de virtud.	17
» II Vuelta a la casa paterna en Luca. Es enviada a la escuela. Su primera Comunión.	27
» III Manifiéstase en la escuela su verdadera índole y su espíritu de piedad.	35
» IV Vida de Gema en familia. Heroica paciencia en las graves desgracias que le sobrevinieron.	46
» V Estancia de Gema con su tía en Camaiore y su regreso a Luca. Su grave enfermedad y prodigiosa curación	55
» VI Recobrada la salud, trata la Sierva de Dios de efectuar su designio de hacerse religiosa.	67
» VII Hace los ejercicios en las Salesianas, mas no es admitida en su Instituto	74
» VIII Recibe la Sierva de Dios el don insigne de las llagas de Jesús crucificado	81
» IX La Sierva de Dios es hecha partícipe de los demás dolores de la pasión del Redentor.	92
» X Conoce por primera vez a los Padres Pasionistas. Prosigue el asunto de las llagas y otros signos de la pasión.	101
» XI Prosigue el mismo asunto.	112
» XII Por divina disposición es recogida Gema en la casa del señor Giannini como hija adoptiva	123
» XIII Vida de Gema en casa de Giannini.	132
» XIV Gema y su nuevo Padre espiritual.	141
» XV En que se manifiesta el espíritu de santidad de la Sierva de Dios.	150
» XVI Medios de que se valió Gema para elevarse a gran perfección, y, en primer lugar, su desapego de las cosas terrenales	159
» XVII Su perfecta obediencia	167
» XVIII Su profunda humildad	175
» XIX Continúa el mismo asunto	188
» XX De su heroica mortificación y de los preciosos frutos que reportó de ella.	198

CAPÍTULO	XXI Háblase de las grandes pruebas a que Dios sometió a su Sierva y de su heroica fortaleza en sostenerlas.	213
»	XXII Continúa el mismo asunto	223
»	XXIII De otro valioso medio que, para santificarse, dió el Señor a su Sierva en la singularísima asistencia de su Angel Custodio.	233
»	XXIV De la altísima oración con que Gema fué favorecida del cielo.	243
»	XXV De cómo en alas de la contemplación se elevó Gema al mayor grado del divino amor y a la perfecta unión con el Sumo Bien.	258
»	XXVI Prosigue la misma materia	271
»	XXVII De los éxtasis de la Sierva de Dios y de las apariciones con que fué favorecida del cielo.	284
»	XXVIII Singular devoción de Gema a la Sagrada Eucaristía	302
»	XXIX De la comunión de Gema.	310
»	XXX Misión y apostolado de Gema en favor de las almas.	321
»	XXXI Gema y el nuevo convento de Religiosas Pasionistas establecido en Luca.	335
»	XXXII Última enfermedad de Gema.	346
»	XXXIII Últimos dolores y heroicas virtudes de la Sierva de Dios moribunda	353
»	XXXIV Preciosa muerte y sepultura de la Sierva de Dios.	363
»	XXXV Extraordinaria devoción de los fieles a la virgen Gema.	374
»	XXXVI Saludables frutos de la devoción a Gema.—La Sierva de Dios desde el cielo continúa su apostolado en pro de las almas.	386
»	XXXVII Gracias y milagros alcanzados de Dios por intercesión de Gema.	405
APÉNDICE.		437
DISERTACIÓN PRIMERA.—Demuéstrase que las cosas extraordinarias de Gema no pueden atribuirse a histerismo		439
DISERTACIÓN SEGUNDA.—Demuéstrase que las cosas extraordinarias de Gema no pueden atribuirse al hipnotismo.		459
DISERTACIÓN TERCERA.—Demuéstrase que las cosas extraordinarias de Gema no pueden atribuirse al espiritismo.		479
El Padre Germán de San Estanislao, Pasionista.		486

P R E F A C I O

Al presentarme la primera vez al público con la biografía de Gema Galgani, hace dos años poco más o menos, me mostré tímido y desconfiado, pues me parecía que serían pocos los que le dieran favorable acogida. Así lo creía, por razón de las cosas extraordinarias que en ella se refieren, a las cuales son hoy pocos los que se muestran dispuestos a dar crédito.

Para vencer tal dificultad, me esforcé en demostrar, en un largo prefacio, la fidelidad y la escrupulosa diligencia con que trabajé en el examen de la materia recogida por mí durante algunos años, ayudándome del criterio, no sólo de la teología, sino también de las ciencias naturales. Con sólidos argumentos me puse además a rebatir el incorrecto método de los que, sin haber visto cosa alguna, sin haber explorado nada, sin tomarse la molestia de estudiar los casos particulares, fallan *a priori* sobre la imposibilidad, o poco menos, de que Dios se haya dignado humillarse hasta el punto de comunicar sus dones extraordinarios a esta o a la otra criatura.

Afortunadamente, empero, por lo que se refiere a nuestra Gema, pronto pude tranquilizarme y convencerme de que ninguna necesidad tenía de abrirme camino con largas polémicas. En efecto, no bien hubo salido a la luz pública aquella biografía, fué solicitada y leída con tal interés, que

en dos meses quedaba agotada la edición entera. Se hizo la segunda tres veces más numerosa que la primera, y también quedó agotada en muy poco tiempo; lo propio ocurrió con las otras tres ediciones que siguieron; de modo que en el transcurso de poco más de dos años, veintitrés mil ejemplares de la vida de la virgen de Luca anduvieron por esos mundos, buscados ávidamente, leídos con singular admiración y, lo que más importa, con fruto extraordinario. Parece que Dios, queriendo glorificar en la tierra a esta su fiel sierva y aplicar los méritos por ella adquiridos en bien de las almas, había puesto en ella un atractivo singular, de modo que, con sólo oír su nombre, todos se enamoraran de ella, y con sólo oír el relato de sus virtudes, se sintiesen estimulados a imitarla.

Conservo, y acaso, Dios mediante, publique algún día, varios centenares de cartas escritas por personas de toda categoría, así de seglares como de eclesiásticos, entre ellas el Sumo Pontífice Pío X, algunos Cardenales y gran número de Obispos, todos los cuales expresan su gran devoción y admiración a esta bendita Sierva de Dios. De las susodichas cartas—que, por componer una verdadera colección de panegíricos en su loor, aclaran lo que aquí afirmo,—daré una muestra en el capítulo en que trate de la singularísima devoción de los fieles a la memoria de la Sierva de Dios.

La prensa católica, sabedora de tal hecho, singular sobremanera, por tratarse de una humilde jovencita que acababa de fallecer después de haber vivido una vida ignorada, se conmovió profundamente, y habló de ella con complacencia nada común. Entre otras revistas, mencionaré la *Civiltà Cattolica*, la cual escribió sobre ella tres preciosos artículos; el *Monitore Ecclesiastico*, del Emmo. Cardenal Gen-

nari; el *Bolletino Eucaristico* y el *Calvario della Vergine*, de Turín; *L'Emmanuele*, también de Turín, que le consagró diversos artículos hermosísimos; el boletín *Pane di S. Antonio*, de Mondovì; *La Voce di S. Antonio*, de Roma; el *Crocifisso Redentore*, de Treia; el *Zelatore del Cuore di Gesù*, de Nápoles; *L'Eco del Santuario del Sacro Cuore di Gesù*, de Bussana, que asimismo hablaron de ella en reiterados artículos, etc. Y entre los diarios, el *Osservatore Romano*; la *Unità Cattolica*, de Florencia; la *Croce* y la *Libertà*, de Nápoles; el *Araldo Cattolico*, de Roma, que le dedicó cinco artículos; la *Gazetta*, de Mondovì; la *Unione Popolare*, de Mondovì-Breo; el *Cittadino*, de Macerata; el *Ancora*, de Acqui; el *Osservatore Cattolico*, de Milán, y otros varios.

A Italia se agregaron pronto otros países: Francia, Alemania, Bélgica, Rusia, Inglaterra, España, etc.; aun desde América, desde China, desde las Indias, se dirigieron al editor fervientes instancias pidiendo permiso para traducir, en los idiomas de aquellas naciones, la vida de Gema Galgani. Los primeros en solicitarlo han puesto ya manos a la obra, de modo que no tardaremos mucho en verla publicada en nueve idiomas diversos; al paso que otros de los mismos países, que, por llegar más tarde, no pudieron ver realizado el cumplimiento del propio deseo, han desahogado su devoción a la bendita virgen de Luca escribiendo en los periódicos hermosísimos artículos en su loor.

Y adviértase que para engendrar tal devoción en las almas de tantos y tan diversos pueblos, no hemos hecho, como vulgarmente se dice, ningún *reclamo*. Por sí mismos han concebido los fieles en su corazón deseos de leer el libro de aquella vida; de su propio impulso, sin ser de na-

die invitados, escribieron los redactores de la prensa sus hermosos juicios críticos y sus artículos encomiásticos; en Italia, los libreros de diversas ciudades viéronse obligados a hacer provisión de ejemplares de aquel libro, en vista de los incesantes pedidos que de todas partes se les hacían. Con esto queda puesto en claro que de este singular movimiento de devoción ha de ser excluída toda intención de lucro; más todavía, será bueno hacer saber al público la formal y explícita condición concertada con el editor, esto es, que, satisfechos los gastos de impresión, todo cuanto se recaude de la venta se conservará religiosamente para sufragar los gastos de la causa de beatificación de la misma Sierva de Dios.

En este estado las cosas, me veo con ánimos suficientes para publicar la presente edición, la sexta, de la Biografía de Gema. Habiendo tenido en dos años ocasión de estudiar más a fondo los documentos por mí recogidos, he podido tomar nuevos y más amplios informes de cuanto se relaciona con la vida de la Sierva de Dios, aumentar así en mucho el volumen del libro, completarlo con nuevos capítulos y noticias, que seguramente serán del agrado de los devotos de Gema. También trataré más copiosamente el tema de las gracias y prodigios que del cielo se han obtenido por su intercesión, pues habré de consignar los muchos otorgados desde que salió a luz la quinta edición hasta el día de hoy. La edición presente, tiene, por otra parte, la ventaja de estar más convenientemente documentada, ordenada por orden cronológico y enriquecida con fotograbados intercalados ⁽¹⁾ en el texto, referentes a asuntos históricos de la Sierva de Dios, cuyo conocimiento no dudo será

(1) En nuestra edición con preciosas láminas tiradas aparte.—Nota de los Editores.

grato a mis lectores. En cuanto puedan publicarse los procesos canónicos, que desde hace más de dos años se están recopilando en la curia arzobispal de Luca, me prometo, Dios mediante, publicar otra edición de la vida de Gema con testimonios tomados de los mismos procesos; así, del cotejo de dicha edición con las anteriores ya publicadas aparecerá clarísimo, a quien todavía tuviere alguna duda, que cuanto hasta ahora he escrito ha sido tomado de fuentes seguras y fielmente reproducido.

Cuáles, pues, sean las fuentes de donde he tomado las noticias referentes a la Sierva de Dios, lo dije ya en el prefacio de mis precedentes ediciones, de las cuales creo pertinente transcribir aquí algunas páginas.—Para emprender este trabajo—decía yo en ellas,—por arduo y difícil que sea, me da alientos el abundante material de que dispongo y el inapreciable valor de su sinceridad, pues pocos son los biógrafos a quienes cabe igual fortuna. No he tenido necesidad de consultar antiguas tradiciones para escribir la vida de esta Sierva de Dios, ni apoyarme apenas en datos ajenos para saber lo que he de decir; así es que no corro el peligro de presentar al lector, como verdades históricas, las observaciones ajenas, porque yo mismo soy testigo de todo. La vida mística de esta angelical virgen se ha desenvuelto, por decirlo así, ante mi vista, y, por tanto, puede aplicárseme con exactitud lo que dice el Evangelista San Juan: «Venimos a referir lo que hemos oído, visto y tocado con nuestras manos.» Y esto, no como podría hacerlo un observador cualquiera, que hubiese tocado la corteza solamente, sino como confesor y director espiritual de esta santa virgen, condiciones en las cuales no pudo pasarme inadvertido secreto alguno de alma tan privilegiada.

Diré más aún. Después que el Supremo Hacedor, por caminos extraordinarios, me confió su dirección, y luego que hube sometido la joven al más rígido examen, me puse a observar con exquisito cuidado sus interiores movimientos, a fin de darme cuenta de todo. Viendo yo que se resistía a tratar de sus asuntos, como lo hacen las almas verdaderamente virtuosas, con destreza y prudencia empecé a hacerle preguntas sobre toda clase de hechos, preguntas a las cuales ella, dada su profunda humildad y sencillez infantil, contestaba unas veces de palabra y otras por escrito; respuestas que ordenadamente recogí para confrontarlas unas con otras, las más recientes con las más antiguas, y analizarlas todas a la luz de los principios de la ciencia mística; así pude adquirir el íntimo conocimiento de la verdad. Aquello fué obra de la gracia celestial, multiforme en sus efectos, como la llama San Pablo, pero una en su esencia, pues es divina.

A la realización de este trabajo concurrió el mismo Dios, disponiendo que la bendita joven fuese recogida en casa de una piadosa señora residente en Luca, señora que la quiso como hija, y la veneró como santa. Adelantada aquella buena mujer en las vías del Señor, estaba mejor que nadie en disposición de contemplar sus raras virtudes, y como vivía constantemente a su lado, tuvo facilidad de seguir paso a paso los efectos que la gracia producía en su alma, y de puntualizar sus menores detalles. Yo, por encontrarme lejos, tuve la feliz idea de ordenar a Gema, con la autoridad que me daba el cargo de director espiritual, que, para evitar el peligro de ser engañada por el enemigo, manifestase punto por punto todas las cosas interiores a su *mamá*, como afectuosamente solía llamarla, a fin de que ésta pudiese fielmente referírmelas y ponerme así en

condiciones de mejor aconsejarla y dirigirla. Con este piadoso artificio, unido a la especial ingenuidad de la joven, se logró recoger en poco tiempo tan abundante materia, que, si tratase de desenvolverla toda, serían necesarios varios volúmenes. ¿No es esta gran fortuna para un biógrafo, y a propósito para animarle a escribir, aun en medio de las mayores dificultades?

A fin de hacer más útil este trabajo, no me limitaré a referir sencillamente las particularidades de la vida de esta Sierva de Dios, sino que las haré objeto de especial estudio, procurando confrontar cada uno de los hechos con la doctrina mística más acreditada, para comprobar su rectitud y poner al propio tiempo en manos de los directores de almas una regla práctica de esta ciencia divina. Sabiéndose cuán abstrusa es esta ciencia, y cuán difícil es de comprender su teoría, más de uno habrá de agradecerme que se la enseñe aplicada en un alma que recibió de Dios la insigne gracia de pasar sucesivamente por todos los grados de la misma.

Sin embargo de esto, no creo poder cantar victoria, pues sé muy bien que aun cuando las sobredichas declaraciones satisfarán a los varones cuerdos, no así a aquellos a quienes les conviene sembrar obscuridades. No pudiendo éstos impugnar directamente lo que no quieren aceptar, suelen revolverse contra el pobre escritor que se lo presenta. «¿Y quién nos asegura—dicen—que no se haya deslumbrado por excesiva credulidad? ¿No puede un escritor ser apasionado, fantástico, iluso? Afirma, no prueba: ¿podemos darle crédito, no menos que a la heroína de un relato, cuyas revelaciones son con frecuencia la única prueba a la cual él se refiere?»—«¡Dios mío!—contesto,—si un historiador, para captarse la confianza del público, debiese mos-

trar, con argumentos positivos, que verdaderamente es hombre honrado e incapaz de equivocarse en lo más mínimo, ¿quién sería osado a tomar la pluma para escribir? Fuera de que es, en verdad, pretensión ridícula querer que quien se declara testigo de vista de las cosas que refiere, pruebe su verdad para hacerla creíble. ¿Cuánto más, pues, en donde se trata, como aquí, del trabajo interno de la gracia en un alma? Y, en verdad, sólo dos personas pueden dar testimonio acabado de esto: el alma misma al manifestarse a su director espiritual, y el director que examina aquellos secretos de conciencia para apreciarlos en todo su valor. ¿Qué demostraciones, pues, querrán buscarse aquí para asegurarse de la verdad? A lo más, podrán darse pruebas en las cuales la santidad aparezca a lo exterior, pues no está tan restringida en lo íntimo del alma que no consienta ser admirada también en las obras externas. Pues bien, conste que en la presente obra, no dejaré de dar al lector semejantes pruebas con abundantes testimonios de personas fidedignas.

Fuera de esto—nótese bien,—no expongo aquí, en mi calidad de cronista, una recolección de hechos disgregados, sino una biografía en conjunto. Ahora bien, una biografía importa cierto número de páginas, en las cuales se manifestará necesariamente, o un ridículo desaliño, si no se armonizan unas con otras, o un verdadero retrato con fisonomía propia, de modo que no pueda confundirse con él el de ninguna otra persona. Podrá ciertamente el autor de tal retrato equivocarse en esta o en aquella modalidad, porque *humanum est errare*; y en verdad que, no habiendo podido ver cada cosa por menudo con los propios ojos, no es maravilla que haya recogido alguna de relatos inexactos; con todo, aquel retrato continúa siendo legítimo,

pues no le es dado al arte inventar uno perfectamente si no es copiado del verdadero. Por lo cual, justo es decir que quienes tuvieren por despreciable tal retrato, sólo porque han descubierto alguna que otra inexactitud de líneas, dan prueba de ser de menguado entendimiento y de tener el ánimo apasionado.

Pero quizás diga alguien: es que de una humilde jovencita hacéis una santa de primer orden, tal que puede parangonarse con las Teresas, las Marías Magdalenas, y las Verónicas Giuliani. ¿Por qué no?—contesto.—¿Acaso repugna que una humilde jovencita de los tiempos actuales sea favorecida del cielo tanto como lo fueron tres siglos antes las santas mencionadas, y otras con ellas? Ciertamente que, a mirar las apariencias externas, nadie habría creído cosa semejante de la virgen Galgani. Pero ¿hay quien pueda asegurar haberla conocido tan de cerca, y tratado tan íntimamente, para arrogarse el derecho de decir: Habéis engrandecido demasiado las líneas de vuestro retrato? En verdad que, con bastante más razón, podría yo decir: «Con eso lo que hacéis es disminuir demasiado la virtud del Altísimo, el cual justamente suele levantar de lo más despreciado del mundo sus santos más excelsos. La Iglesia de Cristo fué y será siempre en toda edad madre fecunda de santos. ¡Bienaventurados los pueblos que puedan gloriarse de haber tenido uno en medio de ellos! ¡Desgraciados los que, desconociendo el don de Dios, se hacen culpables de aquella ingratitud que reprochó el Salvador a los nazarenos cuando, doliéndose de ellos, les dijo: *Non est propheta sine honore, nisi in patria sua et in domo sua!* (Marc., VI.)

Y baste lo dicho; de todo sea gloria a Dios Nuestro Señor, el cual será siempre glorificado en sus santos: *Qui glo-*

rificatur in consilio sanctorum suorum. (Salm. LXXVIII).

He llamado sexta edición a la presente, por la razón de que, no estando ésta todavía dispuesta para ser entregada a la imprenta después de agotada la cuarta, el editor, para responder a los continuos pedidos que de todas partes se le dirigían, se vió obligado a reimprimir íntegramente otros siete mil ejemplares, si bien no apareció en la portada como nueva edición, es decir, la quinta por orden de publicación.

PROTESTA DEL AUTOR

Declaro solemnemente que, como buen católico, someto al juicio de la Santa Iglesia Romana, cuanto escribo en el libro presente, pues reconozco sin reservas que en materia de santidad y de lo sobrenatural sólo ella puede y debe definir. Por consiguiente, protesto que no deseo atribuir sino fe puramente humana a cuanto aseguro y refiero en este libro acerca de la Sierva de Dios Gema Galgani, y que estoy dispuesto a retractarme, si la autoridad de la Santa Madre Iglesia me lo exigiere.

APROBACIONES

IEREMIAS A SACRIS SPINIS SODALIUM A PASSIONE IESU

PRAEPOSITUS GENERALIS

Opus, cui titulus: *Biografia della Serva di Dio Gemma Galgani*, a R. P. Germano a S. Stanislao conscriptum, quum duo ex nostris theologis, quibus mandavimus, recognoverint ac probaverint, typis edi permittimus, si his ad quos spectat, ita videbitur.

Datum ex nostro Recessu SS. Ioannis et Pauli de Urbe die 8 decembris 1909.

L. ✠ S.

IEREMIAS A SACRIS SPINIS

IMPRIMATUR

FR. ALBERTUS LEPIDI, O. P. S. P. A. Magister

IMPRIMATUR

IOSEPH CEPPETELLI, Pat. Cons., Vicesgerens



Panorama de Luca

CAPÍTULO PRIMERO

Nacimiento de Gema, primeras flores de virtud (1878-1886)

Camigliano, aldea de Toscana, en el distrito de Luca, fué la cuna de la virgen angelical cuya vida trato de escribir. Vió la luz primera el día 12 de Marzo de 1878. Su padre, natural de Porcari, importante población del territorio luqués, en la vía pesciatina, habíase trasladado a Camigliano desde hacía algunos años con toda su familia; allí instaló una farmacia, en la cual ejercitaba laudablemente su profesión de químico farmacéutico. Llamábase D. Enrique Galgani y, a lo que se dice, descendía por línea materna de la familia del Beato Juan Leonardi. Fué su madre D.^a Elena, de la respetable casa de Landi: ambos cristianos de antigua cepa y acomodados ciudadanos. De su matrimonio tuvieron ocho hijos, cinco niños, de los cuales uno murió al nacer, y tres niñas; todos ellos, a excepción de tres que todavía viven, murieron en la flor de la edad. Gema era la cuartogénita y la primera de las niñas por orden de nacimiento ⁽¹⁾.

Según es costumbre en padres verdaderamente cristia-

(1) He aquí el nombre de los hijos Galgani por orden de nacimiento:

GUIDO; nació a 30 de Mayo de 1871.

HÉCTOR; nació el 21 de Marzo de 1873.

GINÉS; nació a 5 de Junio de 1876 y murió en Luca el 21 de Octubre de 1894.

GEMA MARÍA HUMBERTA PÍA; nació a 12 de Marzo de 1878 y murió el 11 de Abril de 1903.

ANTONIO; nació a 14 de Marzo de 1880 y murió en Luca el 21 de Octubre de 1902.

ANGELA; nació el 30 de Septiembre de 1881.

JULIA; nació a 30 de Octubre de 1883 y murió en Luca el 19 de Agosto de 1902.

Del otro hijo, muerto al nacer, no he podido obtener noticias ciertas.

nos, nuestros buenos cónyuges tuvieron especial cuidado de que a sus hijos no se les retrasase la gracia bautismal; por eso al día siguiente de su nacimiento, tuvieron la alegría de verlos regenerados en Cristo, por medio del saludable Sacramento. Así sucedió con Gema, la cual, el día 13 de Marzo, a las 24 horas de nacida, fué llevada a la iglesia de San Miguel de Camigliano y bautizada por el párroco D. Pedro Quilici.

No sin particular disposición de la Providencia parece que fué escogido el nombre que en la sagrada fuente se le impuso, pues esta niña debía más tarde hacer ilustre el nombre de su familia con la grandeza de sus virtudes, y cual refulgente piedra preciosa, resplandecer en la Iglesia Santa de Dios.

Y, en verdad, que como preciosa joya la conservaron todo el tiempo que vivió en su compañía. A sus ojos, fué Gema la primera entre sus hermanos, hasta el punto de parecer que para ella se reservaba el más intenso y afectuoso cariño. Por esto mismo, alguna vez se oyó decir a su Padre: «Sólo tengo dos hijos, Gema y Ginés.» Ginés era el tercero por orden de nacimiento. Ángel de pureza e inocencia, fué el émulo de la virtud de Gema, por lo cual mereció conquistarse el segundo grado en el afecto paterno.

No bien hubo pasado un mes desde el nacimiento de su querida hija, cuando el solícito padre, para proveer mejor a la educación de sus propios hijos, determinó trasladarse con su familia a Luca, estableciendo allí su domicilio ⁽¹⁾.

(1) No será inútil para la historia de Gema dar a conocer al lector las diversas casas que habitó sucesivamente con su familia en Luca durante los veinticinco años que vivió. La primera estaba situada en la vía de los Borghi, n.º 17, piso segundo, propiedad de Lupi. La segunda en la misma vía, n.º 44, piso segundo, propiedad de Casentini. La tercera en la misma vía, n.º 68, propiedad de Galgani. La cuarta en la vía de los Angeli, n.º 5, piso tercero, propiedad de Ospedale. La quinta en la vía de S. Giorgio, piso primero, n.º 10, propiedad de Sardini. La sexta en la vía de Stregghi, n.º 6, piso tercero, propiedad de Bianchi. La séptima en la vía del Biscione, n.º 13, piso primero. Esta casa será memorable, porque en ella, después de haber asistido a la muerte de su padre Enrique, la piadosa joven padeció la larga enfermedad de que curó milagrosamente y recibió en su propia carne las llagas del Salvador. La



Casa de Galgani en Camigliano

Vivían en dicha ciudad dos buenas y honradas hermanas llamadas Emilia y Elena Vallini, las cuales sostenían con gran fama, para niños y niñas de familias de modesta posición, una escuela privada situada en la plaza de San Francisco, n.º 2. Conocíalas muy bien D. Enrique Galgani desde fecha muy remota, en la que, siendo él muy joven todavía, vivía con su padre, Carlos, Doctor en Medicina, en su país natal de Porcari. En cuanto se trasladó a Luca, no dudó en confiar a aquellas señoras su hijo Ginés y su querida Gema. Esta, que tenía entonces dos años, fué alumna de aquellas buenas maestras por espacio de cinco; permanecía en la escuela cada día desde la mañana hasta el atardecer, hora en que regresaba a la casa paterna, situada entonces en la vecina calle de los Borghi.

Desde que con la piedad aparecieron en Gema los primeros rudimentos de las letras y de las artes domésticas, sobresalió siempre como niña sabia y virtuosa. En una relación escrita por aquellas buenas educadoras, algunos años más tarde, hallo descrita en los siguientes términos su admiración por Gema: «Sólo contaba dos años la querida Gema, cuando nos la confió su señor padre. Desde dicha edad mostró una inteligencia tan precoz, que parecía haberse desarrollado ya en ella el uso de razón. Era seria, reflexiva, reposada en todos sus quehaceres; nada tenía de común con sus compañeras, aunque eran más creciditas. Nunca la vimos quejarse ni altercar; su rostro aparecía siempre en calma y sonriente. Ya se la acariciase, ya se la riñese, siempre se mostraba la misma; su respuesta era una modesta sonrisa, sus gestos manifestaban una serenidad imperturbable. Con todo, era de temperamento ardiente y vivo. En el tiempo que tuvimos la suerte de tenerla con nosotras, nunca nos vimos en la necesidad de castigarla;

octava fué la casa de los señores Giannini, en la vía del Seminario, n.º 6, piso primero, en donde pasó Gema los últimos años de su vida. La novena, finalmente, en la vía de la Rosa, contigua a la anterior, n.º 17, piso segundo, donde murió Gema.

puesto que, en cuanto a sus menudos defectillos, indispensables en aquella tierna edad, bastaba una ligera reprehensión para que se la viese componerse al punto y amoldarse al reglamento. Venía entonces a la escuela con dos hermanos y dos hermanas; ni una vez siquiera la vimos disputar con ellos, antes les cedía con el mayor gusto las mejores frutas de su merienda, privándose de ellas. Respecto a la comida común, con todo se daba por contenta; la sonrisa que siempre se dibujaba en sus labios era, conforme arriba dijimos, su queja o su aprobación. Aprendió muy pronto, tan pronto como las que más, todas las oraciones que suelen rezarse cada día en el instituto, a pesar de ser tantas, que duraba cerca de media hora el rezo de todas ellas. A los cinco años leía en el breviario los oficios de Nuestra Señora y de los Difuntos, con tal facilidad y prontitud como hubiera podido leerlos una persona de edad: tal era la diligencia con que esta santa niña se había aplicado a semejante estudio, puesto que sabía que el Breviario no es otra cosa que un tejido de alabanzas al Señor. Era además asidua al trabajo, y pronto aprendía lo que se le enseñaba, aunque fueran cosas superiores a su corta edad. Por todas estas raras cualidades en una niña tan tierna, era Gema muy amada en la escuela, principalmente de las niñas, las cuales parecían que no podían saciarse de estar a su lado.»

Habiendo tenido ocasión de visitar en Luca a las dos mencionadas maestras, oí confirmar ampliamente la relación susodicha, la cual termina con el hecho siguiente: «De esta inocente y virtuosa niña diremos también que por mediación de ella se recibió de Dios una gracia extraordinaria. Estando con nosotras en la escuela, se propagó por Luca la tos ferina, de la cual enfermedad fuimos atacados todos los de la familia. Claro está que, tratándose como se trataba de una enfermedad contagiosa, no podíamos en conciencia tener con nosotras aquellos cinco niñitos. En estas dudas, pedimos consejo al señor párroco de la casa Gaigani, el cual



Iglesia de Camigliano

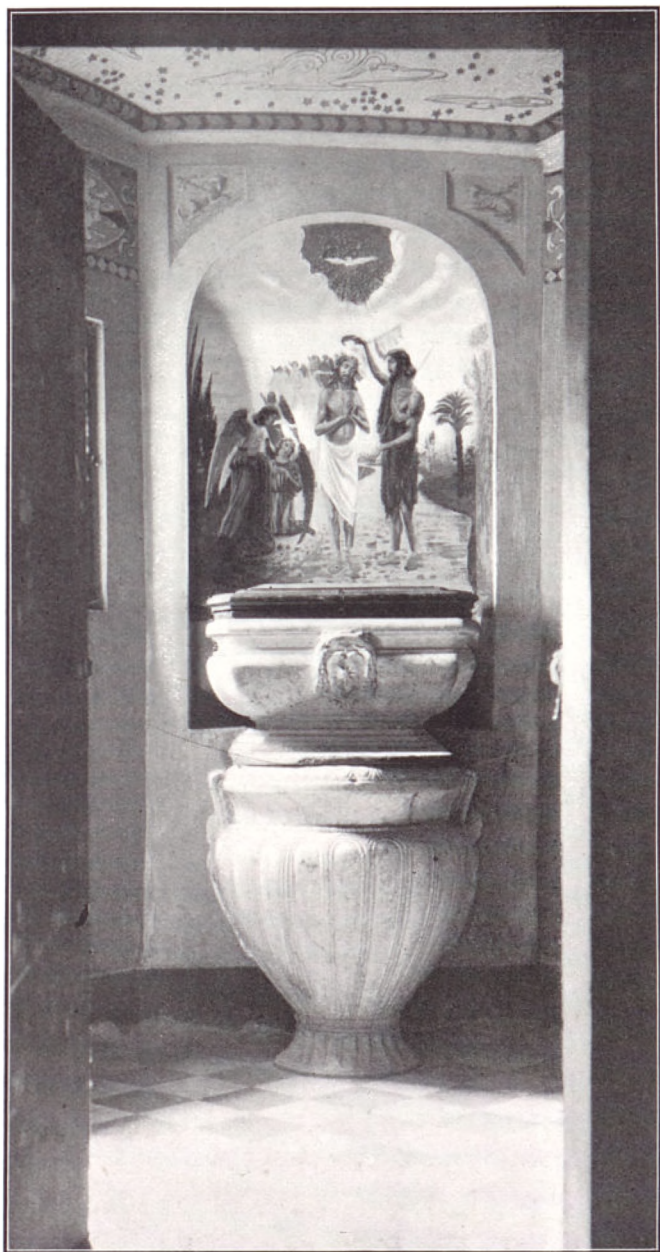
nos aconsejó que no abandonáramos aquellos pequeñuelos, tanto más cuanto su madre se hallaba entonces gravemente enferma y en peligro de muerte. Aceptamos el consejo, la buena Gema rogó, accediendo a nuestras instancias, y cesó la enfermedad, sin que hubiese atacado a ninguna de las colegialas.—Ersilia y Elena Vallini.»

Su padre D. Enrique seguía con atenta mirada los rápidos progresos de su Gema en la virtud y el estudio, y bendiciendo a Dios por ello, sentía crecer cada vez más en su corazón la ternura por su querida hijita. En las épocas de vacaciones, y durante las clases, al llegar por la tarde a su domicilio, su primera pregunta era: «¿Dónde está Gema?,» pregunta que los de la familia satisfacían señalándole el aposento donde la bondadosa niña acostumbraba a retirarse para estudiar, bordar o rezar, de modo que no parecía estar en casa. Cuando salía a la ciudad o iba al campo, se la llevaba consigo para que pasease al aire libre. Los comercios mejor surtidos habían de proveerla de vestidos y muebles, y los mejores albergues, comidas y comodidades eran para su niña, cuando, por no poder regresar a casa, tenían que permanecer fuera de ella. Ciertamente, no es de aplaudir semejante parcialidad en un padre, por los celos y sinsabores que de ordinario ocasiona, aun en el caso de ser merecida. A Gema misma, que demostró tener rectitud de corazón casi desde la cuna, no le agradaba el proceder de su padre; pues aunque en manera alguna viese la menor sombra de celos en sus hermanos, ya que todos la querían mucho, se resistía fuertemente, quejándose y protestando de que no merecía ni quería semejantes distinciones; y si no lograba evitarlas, el disgusto le obligaba a deshacerse en lágrimas.

A veces, colocando el tierno padre a Gema sobre sus rodillas, intentaba acariciarla y darle un beso; pero apenas podía conseguirlo nunca. A pesar de su poca edad, parecía a aquel ángel en carne humana que, por amor a la modestia, hecho semejante no era señal de distinción que de-

biera usarse entre las personas, y retorciéndose con cuanta fuerza podía, le decía sollozando: «Papá, no me toque.»—«Pero ¿no soy tu padre?»—resplícaba él.—«Sí, pero no quiero que nadie me toque.» El padre, por no contristarla, la soltaba al punto, y en vez de mostrar disgusto, acababa de ordinario por mezclar sus lágrimas con las de su hija, asombrado de ver tanta virtud en niña tan tierna. Atribuyendo Gema su victoria al llanto, y siendo como era muy perspicaz, reservaba sus lágrimas para cualquier apuro siempre honesto y bien intencionado; y, en efecto, nunca dejó este arbitrio de darle buen éxito.

El amor que a Gema tenía su madre era de muy distinto temple del que le profesaba su padre y demás miembros de la familia, aunque no menor ni menos intenso. Doña Aurelia, no sólo era buena cristiana, sino verdadera santa, uno de los más perfectos modelos que pueden proponerse a las madres católicas para su imitación. Oraba continuamente, se acercaba todas las mañanas a la sagrada mesa con sentimientos de viva piedad, yendo para ello a la iglesia, aun cuando se ocasionase grandes molestias y tuviese fiebre. De aquel sagrado manjar sacaba fuerzas para cumplir con perfección sus deberes. Amaba tiernamente a sus hijos, y con predilección a Gema, en quien, según decía, mejor que en los demás, veía la gracia de Dios. En efecto, hacía ya mucho tiempo que la gracia divina estaba obrando en aquella alma, según claramente se veía por su índole buena y sumisa, por su amor al retiro, por su horror a los vanidosos pasatiempos y por cierto porte majestuoso, impropio de la edad infantil. Así, pues, conociendo como conocía sus deberes, Doña Aurelia, en vez de entretenerse en inútiles manifestaciones de sensible afecto, tomó con empeño el cultivo de los gérmenes de precoz virtud que brotaban en el alma de su hija, y de pronto convirtiéndose la madre en directora espiritual de la niña. La misma Gema, llena de reconocimiento para con Dios, que tal madre le había dado, recordaba frecuentemente los múltiples medios



Pila bautismal de Gema Galgani

por los cuales se había efectuado aquel magisterio, declarando que únicamente a su madre era deudora del conocimiento del Supremo Hacedor y de su amor a la virtud.

Tomábala frecuentemente en sus brazos, la estrechaba contra aquel pecho que la había alimentado en el primer período de su vida, y con los ojos arrasados en lágrimas, le daba santas instrucciones. «He rogado mucho al Señor—decía—que me concediese una niña. Me ha consolado, pero muy tarde. Estoy enferma y pronto te dejaré; aprovecha mis enseñanzas.» Después, procuraba explicarle las verdades de la fe, el precio de nuestra alma, la fealdad del pecado, la dicha de pertenecer a Dios, la vanidad de las cosas mundanas. Otras veces, enseñándole el crucifijo, le decía: «He aquí, Gema, a Jesucristo, muerto por nosotros.» Y adaptándose a la capacidad de la niña, trataba de darle a entender el amor inmenso de Dios, a quien todo cristiano está obligado a corresponder. La enseñaba a rezar, y con el fin de acostumbrarla, rezaban juntas las oraciones de la mañana y de la tarde, y con bastante frecuencia durante el día.

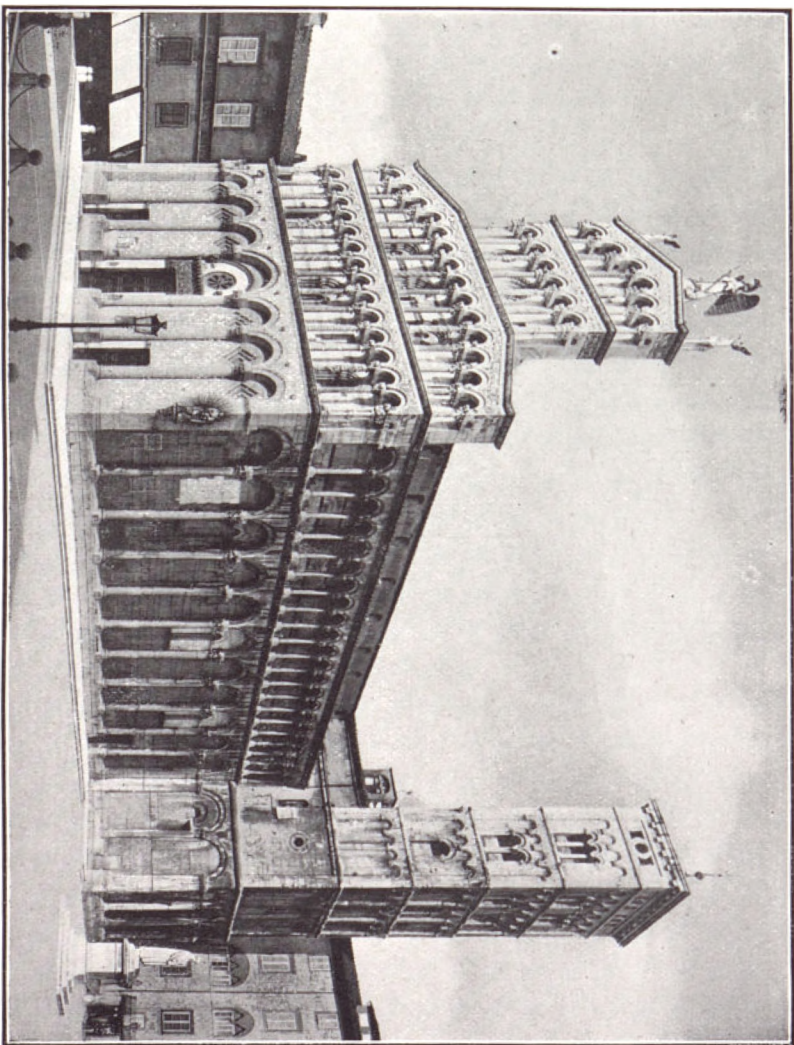
Nadie ignora lo muy desagradable que es a los niños oír sermones y recitar preces vocales, pues les cuesta fijar su atención, y, en cambio, lo muy inclinados que son a las diversiones y pasatiempos. Mas esto no puede decirse de la pequeñita Gema, porque desde los primeros años hallaba su placer en los ejercicios de piedad; por esto, nunca se cansaba de escuchar ni de rezar, hasta el punto de que, cuando su madre se fatigaba, o, para atender a los cuidados domésticos, suspendía los ejercicios, la niña se asía de sus vestidos diciéndole: «Mamá, háblame un poco más de Jesús.»

Cuanto mayor seguridad tenía la piadosa señora de que la muerte se aproximaba, tanto más empeño ponía en la educación religiosa de sus hijos. Todos los sábados, si no podía ir ella en persona, los hacía conducir a la iglesia, para que los mayorcitos se confesasen, aunque algunos, como Gema, no llegasen a la edad de siete años, porque

deseaba que desde pequeñitos se acostumbrasen a frecuentar tan saludable sacramento. Ella era quien los preparaba, y al ver, cuando Gema regresaba, la formalidad y el cuidado que ponía en todos los actos religiosos, así como el profundo disgusto que experimentaba por las pequeñas faltas cometidas, no podía menos de echarse a llorar la piadosa madre.

Díjole un día: «Gema, si pudiese llevarte a donde me llama Jesús, ¿querrías ir conmigo?»—«¿A dónde?»—respondió ella.—«Al paraíso con Jesús y los ángeles.» Tales palabras llenaron de alegría el corazón de la niña, y desde aquel momento, el deseo de ir al cielo se apoderó de su corazón, creciendo tanto con el tiempo, que llegó a consumirla, como veremos en su lugar. «Mi mamá fué—según manifestó a su director—quien desde pequeña me hizo desear el paraíso.» Y luego, aludiendo a la prohibición de desear la muerte, añadía con extremada sencillez: «Ahora (16 años después), si deseo ir al paraíso, me reprenden o no me contestan. A mi mamá le contesté que sí, y por haber repetido ella lo del paraíso, no quería yo separarme de su lado ni salir de su habitación.»

La enfermedad de Doña Aurelia era la tisis, que hacía cinco años venía minando su existencia. Apenas los médicos la reconocieron, se intimó a los niños la absoluta prohibición de acercarse a la cama de la enferma. Gema se entristeció en el alma, al ver que de repente la separaban de aquella a quien amaba como madre y maestra. «¿Quién—decía llorando—me estimulará a rogar y amar a Jesús, apartada de mi mamá?» Tanto fué lo que lloró y suplicó, que al fin consiguió que se hiciese con ella una excepción. Fácilmente supondrá el lector el uso que haría la fervorosa niña de la licencia concedida. Abusó tanto, que reflexionándolo más tarde, hubo de arrepentirse de ello, considerando que había desobedecido por dejarse llevar de su capricho. Lo que hacía alrededor de aquel lecho nos lo dice ella misma: «Me acercaba a mamá, me arrodillaba a la ca-



San Miguel «in foro»

becera de la cama, y allí oraba.» ¡Sublime instinto de una niña que no tenía aún siete años!

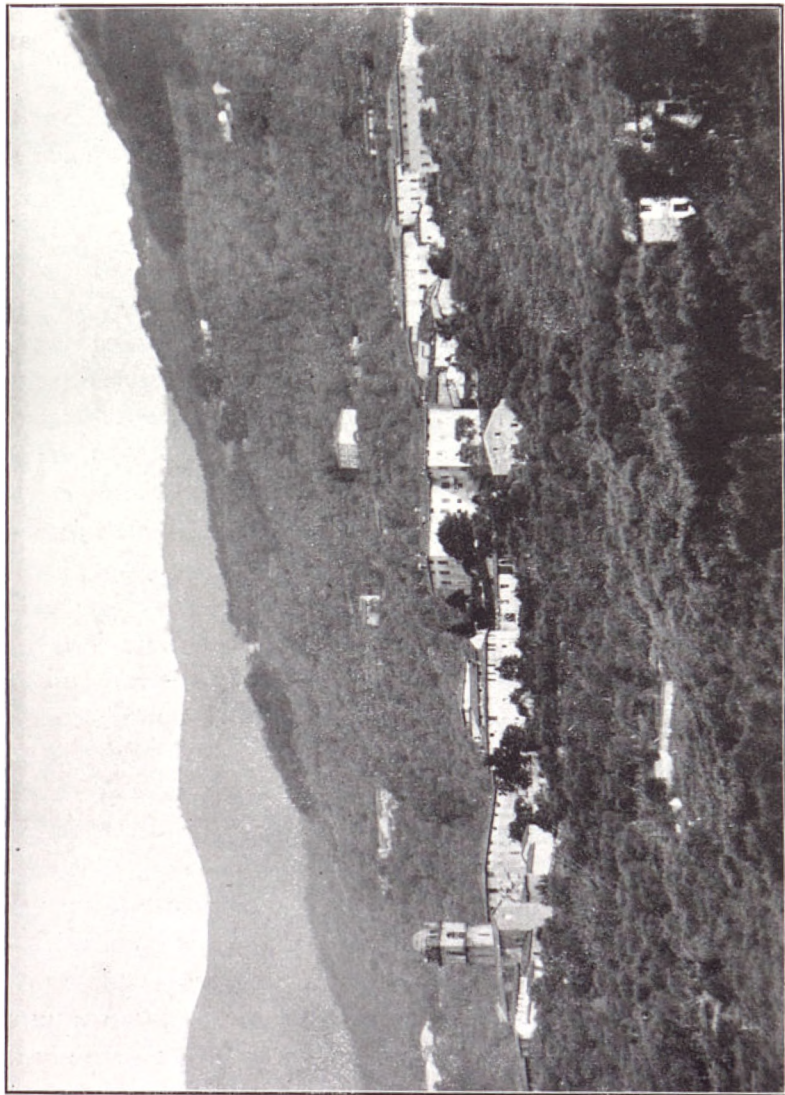
Acercábase entre tanto el momento de la separación final; la enferma, aunque exteriormente no lo parecía, se agravaba por instantes, y a pesar del próximo fin, se mostraba solícita del bien espiritual de sus hijos. Gema, aunque de tierna edad, tenía capacidad suficiente para ser admitida a la Confirmación. «¿Qué cosa mejor puedo hacer antes de morir—decía su madre interiormente,—que confiar esta niña al Espíritu Santo? Cuando yo falte, sabré a quién la he dejado.» Había principiado a prepararla y enfervorizarla para que recibiese dignamente este Sacramento; pero así y todo, hacía que por las tardes fuese una maestra a perfeccionar su obra, y cuando estuvo dispuesta, a la primera ocasión que se presentó, fué llevada la niña a la basílica de San Miguel *in Foro*, donde administraba la Confirmación el Sr. Arzobispo D. Nicolás Ghilardi, el 26 de Mayo de 1885. No quedaron noticias detalladas de este suceso; Gema, tan reservada siempre para hablar de sus cosas interiores, no hizo mención de él, como no fuese a su director. Sin embargo de esto, por palabras que se le escaparon, podemos deducir las especiales comunicaciones que en aquel Sacramento tuvo del Espíritu Santo; bueno será que ella misma nos lo diga con toda su ingenuidad.

Terminada la sagrada ceremonia, las personas que acompañaban a Gema resolvieron quedarse para oír otra misa en acción de gracias, circunstancia que aprovechó ella para emplear aquel tiempo en rogar por su madre. «Estaba—son sus palabras—a la mitad de la santa misa, rogando por mamá, cuando de repente sentí en el corazón una voz que me decía: «¿Quieres darme á tu madre?»—«Sí—respondí;—pero llévame a mí también.»—«No—me contestó la misma voz,—dame voluntariamente a tu madre. Tú por ahora debes quedarte con tu padre. Te la llevaré al cielo ¿oyes?» Me vi obligada a decir: «¡Sí, Dios mío!» Y terminada la misa, fuí corriendo a casa.» Fué esta la primera

conversación celestial de que tenemos noticia, entre las innumerables que con posterioridad sostuvo Gema, y que daremos a conocer sucesivamente. La circunstancia de la confirmación, es decir, del descenso del Espíritu Santo sobre aquella inocente alma, es un buen argumento para inducirnos a creer que El sin duda fué el Autor de tales palabras, cuya verdad confirmaron los hechos posteriores.

Gema había ofrecido a Dios el sacrificio de lo que más amaba en el mundo; el mérito estaba asegurado en el cielo. Al volver a casa, encontró a su madre moribunda. Arrodillóse junto al lecho, derramó lágrimas amargas arrancadas por el dolor, rogó con el corazón anhelante, declaró que no quería abandonar su cabecera, porque deseaba recoger los últimos suspiros de la autora de sus días. Esperaba de continuo (aunque resignada a la voluntad del cielo, poco antes generosamente aceptada al pie del altar) poder permanecer a su lado y con ella volar al paraíso. Con todo, la enfermedad atajó sus pasos, por lo cual D.^a Aurelia sintió una ligera mejoría; mas fué de muy corta duración. Por fin, la enferma se agravó de nuevo sin dejar esperanza alguna de salvación. Gema proseguía siempre amorosa junto al lecho, sin querer apartarse de él. El padre no tuvo valor para dejarla con su madre, temeroso de que muriese antes que ésta; con una señal hizo que saliera del aposento, y le indicó que se fuera con su tía D.^a Elena Landi a San Jenaro y que permaneciera allí hasta nueva orden. Obediente la niña, partió al instante. Entre tanto, el 17 de Septiembre de 1886, con una muerte santa, dejó de existir la enferma, a los 39 años de edad. Comunicada la noticia a Gema, que permanecía en casa de su tía materna, fué tan admirable la resignación con que esta niña de siete años la recibió, que forma contraste con la amarga pesadumbre que por aquella separación experimentaba su alma.

¡Así te complaces, Dios mío, en llevar hasta el martirio las almas por ti más queridas, desde sus primeros años!



Vista de San Jenaro

CAPÍTULO II

Vuelta a la casa paterna en Luea. Es enviada a la escuela. Su primera Comunión

(1886-1887)

La niña Gema, que sólo hallaba satisfacción en las prácticas de piedad, pronto advirtió el gran vacío que en torno suyo había producido, primeramente la separación, y más tarde la muerte de su madre. «Entonces—dijo un día a su director—vino a mi memoria con pena el tiempo en que mamá me hacía rezar mucho.» Quería ir a la iglesia por la mañana para pasar en ella un rato, y no había quien la acompañase; deseaba estar sola en lugar retirado para hablar con Dios, y no la dejaban tranquila un momento. Su gran humildad le hacía creer que era gran pecadora, por lo que debía confesarse todos los días, y esto casi nunca se lo permitían, porque todos conocían que era la pura inocencia; faltándole el director espiritual, no había quien le hablase de Jesús, único alimento grato a su alma. Ahora bien, por estas y otras razones, la pobre niña sufría penas de muerte. Mas el Señor resolvió abreviar aquel martirio.

La tía Elena amaba tiernamente a su angelical sobrina. Aquella ingenua gravedad, aquella piedad iluminada, tan insólita en una niña de tan tierna edad, la hacían sumamente cara a su corazón; con todo, andaba meditando cómo obtendría de su cuñado Enrique que le permitiese conservarla siempre a su lado, para que no sintiera tanto la falta de su madre. Intervino en esto Ginés, el cual, teniendo por intolerable la separación, aunque sólo fuera por algunos meses, de su querida hermana Gema, trató de persuadir a su padre con toda clase de argumentos a que no

permitiese aquella separación. El padre, que tan inclinado se sentía a tener junto a sí a su predilecta hija, después de reflexionar lo que debía hacer, resolvió reunir junto a sí los hijos dispersos, para proveer a su conveniente instrucción. Ocurría esto por la fiesta de Navidad del año de 1886.

Con esto, pues, volvió Gema a su casa paterna, entre las lágrimas de alegría de todos los suyos, y en particular de su hermano Ginés. Por lo que se refiere a la educación de Gema, no consintiendo el tierno corazón del padre en volver a separarse de ella, poniéndola como interna en algún colegio, resolvió enviarla a perfeccionarse, como externa, en el célebre instituto de Luca, de las Hermanas de Santa Zita, vulgarmente llamada Guerra, del nombre de su santa fundadora. Fué muy buen pensamiento de su padre el confiar la hija a tan excelentes educadoras, porque a la vez que de las letras y las artes, cuidan de la instrucción religiosas de las niñas, modelándolas al calor de sólida y cristiana piedad.

Que fué grande la satisfacción de Gema por la resolución de su padre, claramente lo demuestran las siguientes palabras dirigidas a su director: «En cuanto empecé a ir a la escuela de las monjas, creí estar en el paraíso.» Razón tenía, porque con maestras consagradas a Dios por la profesión religiosa, con ejercicios y prácticas devotas intercalados entre el estudio y el trabajo, con tantos sermones y conferencias, ella, que desde la infancia estaba acostumbrada a vivir más para el cielo que para la tierra, había encontrado por fin su verdadero centro. Maestras y condiscípulas, al par que admiraban y distinguían a la recién llegada, pronto se dieron cuenta de sus raras disposiciones; pues aunque Gema procuraba con disimulo tenerlas ocultas, no lo conseguía, ya que el candor de su alma se transparentaba en todo su ser, especialmente en los ojos; por eso, una de sus maestras hubo de decirle en cierta ocasión: «Gema, Gema, si no leyese en tus ojos, no te



Instituto de Santa Zita

conocería.» Aunque por la edad era una de las más pequeñas, la consideraban todas como la primera por el gran ascendiente que sobre ellas ejercía.

En otro capítulo insistiremos sobre este asunto de la buena conducta de Gema en la escuela y de sus adelantos en el estudio, puesto que en el presente queremos hablar de su primera comunión, que la piadosa niña quiso hacer en cuanto hubo entrado en aquel instituto.

Herida desde mucho antes en el corazón por el amor de Jesucristo, gemía y se deshacía esta inocente paloma en deseos de unirse a Él en el Sacramento del amor. Con anticipación, le había hecho conocer y gustar su santa madre las dulzuras que encierra, y para encender más sus deseos, frecuentemente la llevaba consigo al pie del tabernáculo, desde donde el Señor acostumbra a comunicarse con los que le buscan, especialmente con las almas sencillas. Próxima a terminar el segundo lustro de su edad, le parecía que no podía esperar ni tolerar más, por lo cual, arrasados los ojos en lágrimas, no cesaba uno y otro día de suplicar, tanto al confesor como a su padre y a su maestra, que le permitiesen recibir a Jesús. A sus deseos se oponía la común costumbre de no admitir los niños en edad tan temprana a la comunión, y con mayor motivo en ella, pues por su pequeña estatura y delicado cuerpo, más que nueve, parecía tener seis años; pero ella insistía con más ahinco cada vez. «Dadme a Jesús—decía,—veréis cómo seré buena; no cometeré más pecados, no volveré a ser lo que fui; dádme, que desfallezco y no puedo resistir más.» A tales y tan desacostumbradas instancias se dobló por fin su confesor, que lo era el Sr. D. Juan Volpi, hoy dignísimo obispo de Arezzo, y le dijo al padre que, si no quería que su hija muriese de desfallecimiento, le permitiese acercarse a la sagrada mesa.

¿Quién será capaz de referir la alegría que experimentó la fervorosa niña al obtener el ansiado permiso? Después de dar rendidas gracias a Dios y a María Santísima con

toda su alma, imaginó al punto el modo conveniente de poner en práctica su santo deseo, y sin pensarlo más, formó la resolución de encerrarse en un convento, en donde, después de hechos los ejercicios espirituales en plena soledad, pudiera atender mejor al acto que iba a realizar. Oposición y no pequeña encontró en su padre, quien no podía estar un solo día sin verla; pero tanto insistió y tanto lloró la hija, que también ahora fué preciso contentarla. El lector me permitirá que, con las palabras de Gema, relate lo que sucedió: «Por la tarde obtuve el permiso, y a la mañana siguiente me dirigí al convento, donde permanecí diez días. En todo este tiempo no vi a ninguno de la familia, pero ¡estaba tan bien! ¡Qué paraíso aquel! Apenas llegué al convento y me hallé satisfecha, corrí a la capilla a dar gracias a Jesús, y a suplicarle que me preparase bien para la santa comunión. Entonces fué cuando sentí intenso deseo de conocer por señales toda la vida de Jesús y su Pasión.» En el capítulo precedente hemos visto cuán bien la había preparado su santa madre para esta meditación; pero ¿quién había manifestado a esta niña que el misterio de la Pasión del Salvador está ligado tan íntimamente con el de la Eucaristía, que nada mejor puede hacerse para llegar al uno que pasar por el otro? Con seguridad que solamente el Divino Espíritu, el cual había comunicado sus luces a esta alma, enamorándola del Santísimo Sacramento.

«Hice, pues, presente este deseo—continúa ella—a mi maestra, la cual día por día me iba explicando algunas cosas; para ello escogía la hora en que las otras niñas dormían. Una tarde que me explicó la coronación de espinas, lo hizo tan bien y tan al vivo, que sentí mucho dolor; apoderóse de mí una fiebre intensa, que me obligó a permanecer todo el día en cama, y con este motivo se suspendió la explicación. Asistía a los sermones. Cada día nos repetía el buen predicador: *Quien se alimenta de Jesús, vivirá su misma vida*. Estas palabras me llenaban de consuelo,

e interiormente me decía: «Luego cuando Jesús esté conmigo, no seré yo quien viva en mí, sino que en mí vivirá Jesús» Y en verdad que moría del deseo de pronunciar pronto estas palabras: «Jesús vive ya en mí;» y meditándolas, consumida por los deseos, pasaba noches enteras. Me preparé con la confesión general, que hice en tres veces con el Sr. Volpi, terminándola el sábado, vigilia del feliz día», 17 de Junio de 1887, al cual se trasladó desde el viernes anterior la fiesta del Sagrado Corazón.

Aquel mismo sábado pidió permiso Gema, para escribir a su padre, y atenta sólo a los impulsos de su corazón, que rebosaba de santos afectos, le envió la siguiente carta, breve, es verdad, porque quien mucho siente habla poco: «Querido papá: Estamos en la vigilia de mi primera comunión, día para mí de inmenso júbilo. Le escribo esta carta para manifestarle una vez más mi cariño, y a la vez pedirle que ruegue a Jesús que la primera vez que se acerque a mí me encuentre en disposición de recibir todas las gracias que me tiene preparadas. Le pido perdón por las desobediencias y disgustos que le he causado, y le suplico que esta misma tarde los olvide todos. Implora su bendición su afma. hija Gema.»

«Amaneció, por fin, el tan deseado día.» Aquí, lector querido, recógete en tu interior, para que puedas contemplar la ardiente fe de esta niña. «Llega por fin la mañana del domingo, me levanto al punto, recibo por primera vez a Jesús... Mis ansias están ya satisfechas. Entonces comprendí la promesa del Señor: «El que se alimenta de mí, vivirá mi propia vida.»—«Padre mío—escribía a su director espiritual,—lo que en aquel momento pasó entre Jesús y yo, no puede explicarse. Jesús se hizo intensamente sentir de mi pobre alma. En aquellos momentos comprendí que las delicias del cielo no se parecen a las de la tierra, y me sentía subyugada por el deseo de hacer perenne aquella unión con mi Dios, y de apartarme del mundo, a fin de estar mejor dispuesta para el reconoci-

miento.» Ciertamente, palabras como estas no las acierta a decir quien inventa; el arte no consigue elevarse a tanta altura, ni la pluma a trazar palabras tan llenas de celestial amor.

Antes de salir del santo retiro, concibió y escribió la piadosa niña los siguientes propósitos: «1.º Confesaré y comulgaré cada vez como si fuese la última. 2.º Visitaré con frecuencia a Jesús sacramentado, especialmente cuando me vea afligida. 3.º Me prepararé para las fiestas de María Santísima con alguna mortificación, y todas las noches le pediré que me bendiga. 4.º Quiero estar siempre en la presencia de Dios. 5.º Cuando suene el reloj, diré tres veces: ¡Jesús mío, misericordia!» Trató de agregar algo más, pero sorprendida por su maestra mientras escribía, ésta se lo impidió, ordenándole que se atuviese solamente a estos propósitos, temerosa de que, agobiándose con exceso, no fuese la niña a perder la salud; pues sabía que lo que prometía a Dios, procuraba cumplirlo con toda su alma, dotada como estaba de natural firme y fervor extraordinario. Al día siguiente quiso hacer su segunda comunión en la propia parroquia, que era la insigne basílica de San Frediano, poseedora del precioso tesoro de los despojos mortales de Santa Zita.

La dichosa impresión ocasionada en el corazón de Gema por su primera comunión, no se borró jamás. «La bendita niña—refiere una de sus maestras—recordaba con indescriptible gozo este hermoso día, y en las horas de recreo procuraba, en su conversación, llevar a la memoria los dulces consuelos experimentados en tan afortunado momento. Durante los ejercicios espirituales que preceden siempre a la primera comunión de nuestras alumnas, su alegría llegaba al colmo, y tomaba parte en ellos como si también debiese en cada año acercarse por primera vez a comulgar.» Todos los años conmemoraba con especial devoción aquel gran día, al cual llamaba el día de su fiesta. El que quiera saber en qué consistía tal devoción,

lea la siguiente carta que, en uno de estos días, Junio de 1901, dirigió a su director. La carta tiene dos partes; la primera fué escrita estando en éxtasis, lo que sucedía con frecuencia, y muchas veces a la vista de sus íntimos; esta parte es una especie de introducción que dice así:

«Padre mío: Ignoro si V. sabe que el día de la festividad del Sagrado Corazón es también el de mi fiesta. Ayer pasé un día celestial, pues estuve con Jesús, hablé constantemente con Jesús, fuí feliz con Jesús, y todavía pienso en Jesús... ¡Fríos pensamientos del mundo, apartaos de mí, que yo no quiero más que estar con Jesús.» Luego, replegándose sobre sí misma, como tenía por costumbre a fin de humillarse, después de exhalados estos suspiros de amor, continúa: «Jesús mío, ¿me soportas aún? ¡Cuanto más pienso en mis faltas, tanto más me entristezco; no hay cosa que me calme, Jesús misericordioso, como no sea acudiendo a tu inmensa piedad!»

Después de haberse desahogado, sale del éxtasis, y advirtiéndole que tiene la pluma en la mano para escribir una carta, he aquí la sencillez con que vuelve a entrar en su argumento: «Padre, ¿a dónde se dirige mi imaginación? Pues al hermoso día de mi comunión primera. Ayer, fiesta del Sagrado Corazón, experimenté nuevamente la alegría que sentí cuando por primera vez comulgué. Fué un día verdaderamente celestial. Pero ¿qué importa experimentar semejante dicha un solo día, pudiendo gozar de ella perpetuamente? El día en que comulgué por primera vez, fué aquel en el cual más se encendió mi corazón en amor a Jesucristo. ¡Cuán feliz era cuando, con Jesús en el corazón, pude exclamar: ¡Dios mío, vuestro corazón es el mío y lo que a Vos os hace dichoso, me hace dichosa a mí! ¿Qué faltaba para ser feliz? Nada. Comparo la paz interior que experimenté el día de mi primera comunión con la que siento hoy, y no hallo diferencia.» Después, volviendo en sí misma como antes, para humillarse, añade: «Padre mío, todos los días no son iguales. ¡Días hay en que me

avergüenzo de mí! ¡Cuántas veces di entrada a las lisonjas del mundo! Deseo que Jesús me quite el corazón y tome posesión de él, si no quiere que se lo arrebaté nuevamente con mis pecados.»—«¡Dios mío—escribía arrobada de nuevo en éxtasis,—haz un manojo con mis perversas inclinaciones y acércalo a tu corazón, para que, con el fuego de tu amor, se consuma. Bien sé, Dios mío, que no soy digna de tanta solicitud, pero pondré especial empeño en domar mis pasiones; te prometo no acercarme a tu mesa sin haberme vencido antes a mí misma.» Me haría interminable si reprodujese todos los rasgos de elocuencia que emplea escribiendo sobre su primera comunión; basta con lo que he copiado para que el lector se forme idea suficientemente clara del corazón que encerraba su pecho, y de la altura a que se había elevado, a la edad de nueve años, este ángel en la tierra.

Como habré de insistir repetidas veces sobre este asunto de la devoción de Gema al Santísimo Sacramento cerraré el presente capítulo advirtiéndole la acción progresiva de la gracia en la bienaventurada joven. En la Confirmación, Dios le habla al corazón, y pidiéndole lo que tiene de más querido, su madre, la desprende de todo afecto terrenal, no obstante ser puro y legítimo. En la Sagrada Comunión le da a gustar la celestial suavidad, e invitándola a la unión perfecta con Su Divina Majestad, la dispone así a las duras pruebas y a los padecimientos que elevan y purifican el amor celestial. Ciertamente, como la gracia continúe obrando por tal modo, presto llegará a gran santidad.

¡Bienaventurada eres, Gema, pues te fué concedido conocer los misterios del reino de Dios, ocultos a la mayoría de los hombres, y gustar las delicias del maná eucarístico, preparado por Aquel que dijo: «El que comiere mi carne y bebiere mi sangre, conseguirá la vida eterna!»

CAPÍTULO III

Manifiéstase en la escuela su verdadera índole y su espíritu de piedad

(1888 1894)

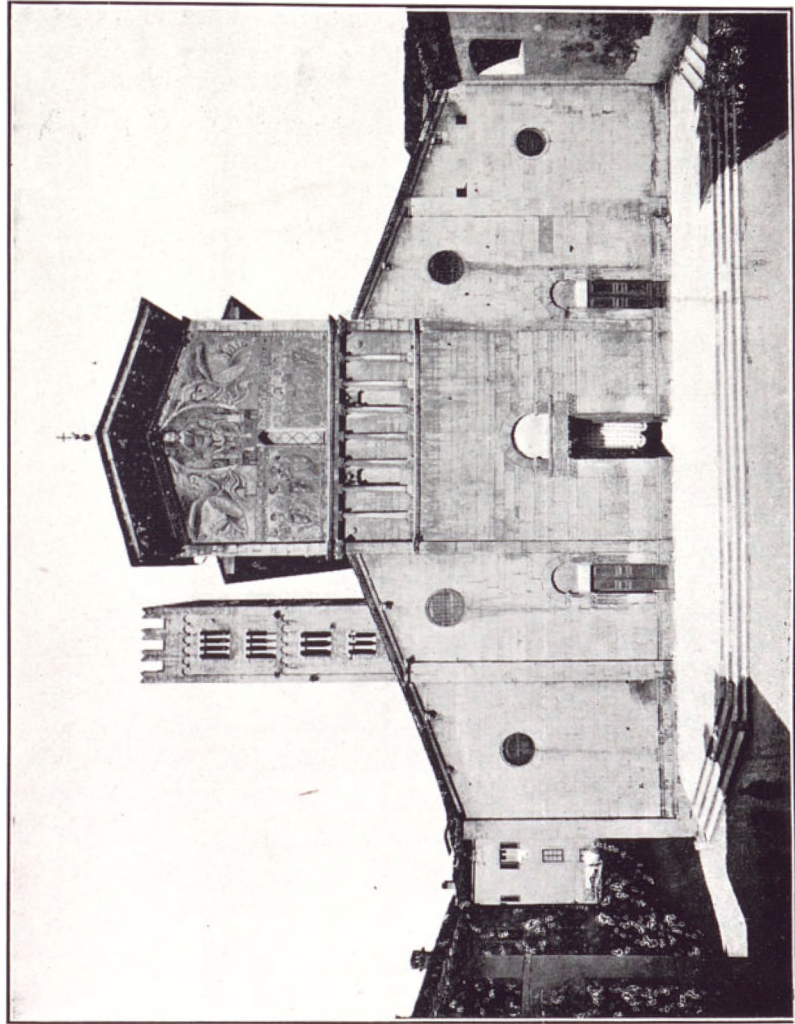
Con el fervor singularísimo que hemos visto, terminadas para Gema las solemnes fiestas de su primera comunión, emprendió de nuevo sus ejercicios escolares, con su acostumbrada diligencia, piedad y aplicación, cada vez más querida de sus compañeras y maestras. «Era—al decir de una de éstas—el alma de la escuela; nada se hacía sin ella durante el tiempo que permaneció con nosotras. Sus compañeras le tenían gran cariño y se complacían en asociarla a sus juegos y diversiones, a pesar de que era de natural algo retraído, concisa en el hablar, en el obrar tardía, y aun aparentemente sin gracia.»

En verdad qué exteriormente así lo parecía; pero no porque fuese tal su temperamento. Hablaba poco por temor de que, disipándose por los sentidos, no tropezase y ofendiese a Dios, como muchas veces confesó ingenuamente a su director. Y como sabía dominarse, lo que era fruto de virtud parecía condición natural, y aun hubo quien, viéndola tan seria y reservada en la conversación, llegó a calificarla de altanera y soberbia. «¿Que soy soberbia?—respondía sonriéndose.—Ni siquiera pienso en ello. Si no contesto, es porque no entiendo, o no sé qué decir; y como no sé si contestaría bien o mal, determino callarme, y por eso creen que soy soberbia.» Más tarde, siendo mayor, al recordar que alguna vez se la había tachado de soberbia, añadía con su candor y humildad sin igual. «Sí, es verdad, tenía aquel pecado; mas Jesús sabe si lo conocía o no. Mu-

chas veces me presenté a las maestras, a todas las educandas, a la Madre Superiora, para pedir perdón por este pecado, y luego por la noche, y muchas otras noches también, lloraba en mi interior: no conocía este pecado.» ¡Ojalá tuviéramos todos tal soberbia, en cuyo fondo hallamos tan hermosos frutos de humildad!

El verdadero natural de Gema era vivaracho; los que de cerca la observaban, llegaron a creer que era de temperamento sanguíneo, que la sangre le hervía en el cuerpo; que, a no ser por la violencia que se hacía, hubiera sido juguetona, como alguien ya dijo, y que, dado su ingenio vivo y perspicaz, fácilmente hubiera dominado a los demás. ¡Cuántas veces tuve ocasión de admirarme al ver virtud tan constante y espontánea en una niña! Esto mismo confirman otros. «Era de natural vivo, pero pacífico, porque siempre se vencía. No se turbaba ni porfiaba jamás; si al sobrevenir alguna disputa, se le injuriaba, respondía primero con una mirada amable, y luego se sonreía, pero tan dulcemente, que, por lo general, su adversaria se sentía obligada a colgarse de su cuello para estrecharla amorosamente contra el corazón.» — «Otras veces—dice un testigo—sucedió que, atribuyéndosele por alguno un desorden ocurrido en casa, se la regañaba hasta con ira. Entonces Gema, después de lamentarlo en silencio, hubiese o no razón para ello, con voz sumisa decía: «No se moleste, no se incomode, seré buena, tenga la seguridad de que no lo haré más.» ¡Tan dueña de sí misma era este ángel!

La falta de gentileza, de que antes se hizo mención, procedía de su natural franco y sencillo, propio exclusivamente de esta bendita niña. Para ella el sí era sí, y el no, no, lo blanco blanco, y lo negro negro. No había pliegues en su corazón; tal como lo sentía, así lo expresaba, sin emplear medias palabras para emprender o concluir una cosa, cualquiera que fuese, con quien tuviese que tratar. No sabía qué cosa era eso que el mundo llama ceremonia o cortesía; por esto, contenta con la observancia de las reglas



Iglesia de San Frediano

más esenciales de urbanidad, no quería saber más; a todos hablaba con sinceridad, sin llegar a comprender que hubiera quien echase a mala parte tal sinceridad. Y en verdad que nadie se ofendía por aquellos modales; antes bien, cuando la ingenua niña cogía el hilo del discurso, lo que no sucedía fácilmente, se quedaba uno escuchando y hablando con ella horas enteras, sin experimentar el más ligero disgusto. Lo mismo sucedía en la escuela, donde, como ya hemos visto, todas las alumnas querían a Gema con predilección; hasta el punto de que, al dejar el colegio por haber caído enferma, hubo un duelo general entre las niñas.

A causa de su natural tan reservado y de su habitual recogimiento, no faltó quien la creyera tímida con exceso, y aun poco menos que imbécil. Pero Gema no se inquietaba por semejantes juicios y conceptos, y si alguna la obligaba a responder, decía modestamente: «¿Cómo he de poder yo complacer a la gente? Estúpida lo soy, mucho; ¿tiene algo de particular que me tomen por lo que soy? Como quiera que sea, a mí nada me importa.» En cierta ocasión, fué a visitarla un médico, el cual, al verla tan modesta, recatada y opuesta a dejarse tocar, una vez terminada la visita, le expuso algunos argumentos tomados de la escuela mundana, con el fin de convencerla de su error; pero Gema, que hasta entonces había guardado silencio, se dirigió de repente a él y rebatió una por una aquellas mezquinas objeciones, con tal claridad de raciocinio y tal vehemencia de palabra, que aquel pobre hombre se vió obligado a callar, no sin gran confusión suya y admiración de los circunstantes. Yo mismo intenté más de una vez la prueba, empleando todo género de sofismas, y siempre hube de declararme vencido por sus respuestas sólidas y llenas de agudeza. Tan cierto es que el hombre juzga por las apariencias, porque sólo Dios conoce el corazón.

Volviendo a la escuela y a las monjas, veamos los términos en que se describe la admiración que por Gema sentían sus maestras, términos sacados de la extensa memoria que

vengo extractando: «En cuanto a las maestras, principiendo por la R. M. Superiora (la M. Guerra), que fué profesora de Gema en el curso superior de 1891 a 1892, se dice allí que tuvieron siempre gran estima y cariño a su alumna ⁽¹⁾. La que suscribe, tuvo, por razón de su cargo, ocasión de tratar muy de cerca a Gema, más que las otras Hermanas, por lo cual pudo admirar constantemente su sólida piedad y su sencillez infantil. Desde el primer día que la conocí, me pareció que su alma era tan estimada de Dios, como desconocida del mundo. Noté después, al inculcar y enseñar a las alumnas que hiciesen un rato de meditación por la mañana y un momento de examen por la noche, que ella, que ya conocía tan piadosas prácticas, las tomó con verdadero empeño; pero jamás pude conseguir que me dijese el tiempo que en ellas empleaba; sólo por las respuestas que daba a medias, cuando se lo preguntaba, comprendí que empleaba mucho tiempo, especialmente en la meditación. Gema ansiaba oír la palabra divina; por esto se ponía muy contenta los días en que el sacerdote venía a explicar el catecismo. Lo mismo ha de decirse de los demás sermones que se predicaban en el instituto en las varias fiestas del año. Había propuesto, a imitación de la V. Bartolomea Capitanio, hacerse santa, y yo se lo recordaba a menudo diciendo. «Piensa, Gema, que debes ser piedra preciosa.» Hasta aquí la Hermana Julia Sestini.

Como no hay verdadera santidad si no se forma a los pies de Cristo crucificado, infundióle el Señor en su alma un gran deseo de conocer siempre mejor este gran misterio. «La maestra que en tiempo de los ejercicios de la sagrada comunión me había explicado la Pasión, cierto día (acaso porque veía en mí un cambio) se determinó a ex-

(1) Así se expresaba en una carta la R. M. Guerra trece años después de haber salido Gema del Instituto: «Alégrase en extremo mi pobre corazón al ver que V. Rma. trabaja por glorificar a una santa alumna mía, Gema Galgani. La tuve cerca de dos años en la clase de que entonces estaba encargada, y puedo asegurar que nunca tuve ocasión de quejarme de su conducta. Era muy silenciosa y obedientísima.— Sor ELENA GUERRA.

plícamela; pero lo hizo muy despacio, porque me repetía con frecuencia: «Gema, eres de Cristo, has de ser toda suya. Sé buena, haz que Jesús esté contento de ti; mas para esto hay necesidad de mucha ayuda. La meditación sobre su Pasión ha de ser para ti la cosa más querida. ¡Oh, si te pudiese tener siempre conmigo!» Aquella buena maestra había adivinado mi pensamiento. Otras veces me repetía: «Gema, ¡cuántas cosas te ha dado Jesús!» Yo, que nada de esto sabía, permanecía muda.» Así dice Gema.

Sin embargo de esto, la piadosa muchacha anhelaba entender lo que le parecía que no comprendía. Dirigióse, por tanto, a su buena maestra, y con tan grandes y repetidas instancias le suplicó, que la obligó a prometerle que le daría amplias explicaciones de todo aquello durante una hora, todos los días que en la escuela ganase diez puntos, es decir, sobresaliente, tanto en estudio como en labores. «¿Qué mejor premio que este?»—decía Gema en su interior.—Y redoblando su diligencia, desde aquel día consiguió casi siempre los consabidos puntos de mérito, con lo cual tenía asegurada, por lo regular, la ansiada hora de ejercicio. «¡Cuántas veces—me decía ella un día—llorábamos juntas, la maestra y yo, contemplando el amor que Jesús nos tuvo al padecer tantos tormentos por nosotros, ingratos pecadores!» Su directora le enseñaba el modo de hacer alguna pequeña mortificación corporal, para compensar a Jesús de tanta falta de gratitud, dándole a conocer diferentes instrumentos de penitencia, que la fervorosa niña se procuraba y con sus propias manos arreglaba; pero por más que hizo, no se le dió permiso para usarlos, si bien, por consejo de la misma directora, los sustituía con la mortificación de la lengua, de los ojos, de los demás sentidos, y sobre todo de la voluntad, ejercicio en el cual es admirable todo el resto de su vida, según veremos luego.

Llegó así el mes de Marzo de 1888, en que Dios tuvo a bien llamar a sí a la buena maestra, Sor Camila Vagliensi, religiosa de rara bondad, quedando Gema bajo la dirección

de otra, Sor Julia Sestini, igualmente virtuosa, diligente y dotada de singular espíritu de oración. «Con esta maestra —me refería la joven,— empecé a tener deseos de orar. Cada tarde, tan pronto como salía de la escuela y llegaba a casa, me encerraba en una habitación, y allí, de rodillas, rezaba el rosario entero. Varias veces me levantaba durante la noche, por espacio de un cuarto de hora, para encomendar a Jesús mi pobre alma.»

Con tan buenas disposiciones de la gracia y con tal fervor de espíritu, pasó Gema todo aquel año de colegio, yendo indefectiblemente a la escuela con su hermanita menor, Angelina, la cual por disposición paterna empezó a frecuentar el piadoso instituto. Bien podía decirse de ella lo que del divino Niño Jesús afirman los Evangelistas, a saber, que crecía en sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres.

Mas el camino de los justos en esta tierra no se halla sembrado de rosas únicamente, sino antes bien, ordinariamente de espinas; muy raro es que el Señor no ponga a dura prueba sus elegidos hasta en su edad juvenil, para acostumbrarlos poquito a poco a las grandes batallas de la vida espiritual. En el capítulo primero hemos insinuado que así sucedió con Gema cuando apenas tenía siete años. Mil veces más dura fué la prueba a que se dignó someterla al presente con la desolación interna del espíritu, llamada por los doctores ascéticos martirio interior. Hasta entonces, Gema sólo había sentido consolaciones, atractivos celestiales, estímulos para el perfecto ejercicio de toda virtud. Hoy, en cambio, tedio, tristeza, repugnancia a la oración; no ya aquel odio sensible a todo lo que supiese a mundo. Poco sentía a su Jesús; parecíanle ahora un sueño los arrebatos amorosos que ya no experimentaba. ¿Quién es capaz de manifestar las penas de alma tan fervorosa, puesta en un estado al cual tan poco acostumbrada estaba? Y por cierto que la prueba no fué por pocos días, pues duró un año entero. Mas no fué para ella tiempo

perdido, sino de mucha gáncancia; puesto que, echando de menos a Dios, a quien, a pesar de todo, amaba tanto, se puso a buscarlo con mayor ardor, desprendiéndose cada vez más del afecto de las cosas terrenales, frecuentando con mayor fervor la Sagrada Comunión y esmerándose en la práctica de las sólidas y perfectas virtudes. Deseosa de arraigar en su corazón el horror al pecado, horror que creció en ella con los años, y el dolor cada vez más intenso por sus menudos defectos, que a ella le parecían culpas graves, y temerosa constantemente de haber dado escándalo a alguien con ellas, pedía a todos perdón e indulgencia. Con el fin de purificarse mejor, trató de renovar la confesión general; mas el avisado confesor, muy seguro de su candor, no se lo consintió.

Verdad es que a los de su familia, ignorantes como estaban de los designios de Dios sobre aquella jovencita que había de ser ensalzada a gran santidad, no acababa de agradar tan nuevo género de vida como el que llevaba Gema; por lo cual hubieron de reñirla con frecuencia. Deseosos de que se distrajese, le impedían salir por la mañana y permanecer durante largo rato en la iglesia; por la tarde, la obligaban a salir a paseo, bien vestida como sus demás hermanos, con mil otras cosas más que a la pobre-cilla le amargaban grandemente el corazón. Mas Dios fué pronto en su ayuda, permitiendo que el 15 de Marzo del año siguiente (1890) muriese su tío Mauricio; por lo cual, como dos años antes hubiera pasado ya a mejor vida el abuelo Carlos, las dos tías Elena y Elisa fueron a vivir en casa de su hermano Enrique, el padre de Gema. Ambas eran piadosísimas señoras, muy amantes de sus sobrinos; de aquí que Gema, al entrar en casa sus tías, se encontrase dueña de sí misma. Con ellas iba diariamente a la iglesia para oír misa antes de marchar a la escuela; con ellas visitaba por la tarde el Santísimo Sacramento; con ellas rezaba y se entretenía en santos pensamientos; en una palabra, le parecía haber vuelto a los hermosos días en que

vivía su madre. Desde esta fecha en adelante no dejó ya la comunión; al principio tres veces cada semana, por no consentirle mayor frecuencia su confesor, pero más tarde, se acercaba a ella sin falta cada día; y, a medida que progresaba en la vida espiritual, según candorosamente atestigua ella misma, así «Jesús se hacía oír cada vez más de mi pobre alma, diciéndome muchas cosas, y en ocasiones me daba a gustar grandísimos consuelos.»

Llegó con esto el año de 1891, en el cual cumplía Gema trece. Con todo, habíase elevado ya a un grado de virtud al cual apenas pueden llegar otros después de mucho tiempo y de asiduas fatigas, si bien la Sierva de Dios creía haber hecho muy poco, por lo que, a semejanza del Apóstol, no miraba a lo pasado, sino que, teniendo fijos los ojos en la perfección a que se creía llamada por Dios, trabajaba con denodado esfuerzo por mejorar y perfeccionar su espíritu. Buen medio tuvo para ello en las ocasiones que se le ofrecieron durante el año que historiamos.

Las hermanas del Instituto de Santa Zita tenían la costumbre de hacer cada dos años con todas las alumnas externas los ejercicios espirituales. «Me parecía mentira—escribía Gema poco después—poder encontrarme de nuevo con Jesús, pero esta vez me hallé sola, sin ayuda alguna.» Quería decir sin asistencia de las maestras, las cuales, sabiendo que la santa niña podía hacerlo todo por sí misma, la dejaron sola. Y, en efecto, continúa de esta manera: «Entendí perfectamente que Jesús me enviaba esta ocasión para conocerme bien a mí misma, y sobre todo para purificarme y agradecerle.» Así, al anotar este retiro en la libreta de sus más gratas memorias, escribe: «Ejercicios hechos en 1891, en los cuales Gema ha de cambiar enteramente y entregarse del todo a Dios.» ¿Podía tener mejores disposiciones para hacerlos esta muchacha tan fervorosa de trece años? «Recuerdo—dice—que el predicador nos mandó hacer la meditación sobre el pecado. Entonces conocí en verdad que era digna de todo desprecio: me veía ingrata a

mi Dios y cubierta de muchos pecados. Hicimos luego la meditación del infierno, del cual me reconocí merecedora; en esta meditación hice el siguiente propósito: «Haré también entre día actos de contrición, especialmente si hubiere cometido alguna falta.» Y advierte, lector, estas palabras «también entre día,» de lo cual es fácil colegir que también y por modo particular de noche, la devota virgencita pasaba largos ratos ejercitándose en aquellos actos. «En los últimos días de ejercicios—prosigue Gema,—consideramos los ejemplos de humildad, mansedumbre, obediencia y paciencia de Jesús, y de esta meditación saqué dos propósitos: 1.º Hacer cada día la visita a Jesús Sacramentado, y hablarle más con el corazón que con la boca; 2.º procurar cuanto pueda no hablar nunca de cosas indiferentes, sino de cosas celestiales.» ¡Oh, hagamos todas de igual manera nuestros ejercicios espirituales y sacaremos de ellos iguales frutos!

A pesar de ello, no vaya a creerse que, por la prolongada oración y especial empeño en las cosas espirituales, diese de mano a sus deberes escolares. Nada de eso; era de las más diligentes, se aplicaba cuanto sus fuerzas se lo permitían, con aplauso general, y ganaba en los exámenes de fin de año los primeros premios. En el curso de 1893 a 1894, obtuvo el gran premio de oro en religión, premio que sólo se concede a las alumnas que durante el curso entero consiguen siempre diez puntos en las lecciones de doctrina cristiana. Referente a los trabajos que se acostumbraba a hacer en el colegio, consiguieron algunas veces las maestras vencer la repugnancia que para exhibirlos mostró constantemente la humilde niña, obligándola a exponer sus composiciones en prosa y verso, los ejercicios de francés, aritmética y otros semejantes, lo cual prueba su habilidad y éxito en los estudios. Refiérese también que, viéndola demasiado aplicada al estudio, los de su familia llegaron a decirle en diferentes ocasiones. «¿Por qué estudias tanto? ¿No te basta con lo que sabes?»

Entre tanto, se le preparaba a la buena familia otra gran desventura. Ginés, el hermano de Gema, del cual se hizo mención anteriormente, se hallaba al borde del sepulcro atacado de la misma enfermedad de que había muerto su madre. Gema y él se amaban tiernamente, eran dos almas que marchaban completamente acordes en su manera de pensar y sentir, especialmente en las cosas de piedad. «Lo quería más que a todos—decía ella misma;—estábamos siempre juntos los días de vacaciones y nos entreteníamos en hacer altarcitos y fiestas.» Deseoso de seguir la carrera eclesiástica, había obtenido de su padre permiso para entrar en el seminario; con la recepción de las órdenes menores, estaba iniciado en la vida sacerdotal; se disponía ya a las mayores, cuando le sorprendió el mal de la muerte. ¿Podían, pues, separarse estas dos almas en el último trance? Apenas oía Ginés que su querida hermana estaba en casa, la llamaba para que estuviese junto a su lecho; y ella, a pesar de que conocía el peligro del contagio, sin cuidarse de su salud, permanecía a la cabecera, sirviéndolo, confortándolo y sugeriéndole elevados pensamientos. Y así, aquel inocente joven dejó esta vida, tras envidiable muerte, en Septiembre de 1894. Gema a su vez cayó gravemente enferma, permaneciendo en cama más de tres meses, y muy poco faltó para que muriese. Fácilmente se adivina cuán grande fué con esto la consternación de todos los de la casa, y cuánto hicieron para salvar a lo menos esta segunda predilecta. «Imposible decir—refiere ella misma—el cuidado que pusieron todos por mí, especialmente mi padre, a quien muchas veces vi llorando y pidiendo a Jesús su muerte en vez de la mía.» Y parece que le oyó el cielo, pues al cabo de dos años murió el afectuoso padre, según veremos en el capítulo siguiente, mientras Gema curó presto. Con todo, tan débil y en tan mal estado quedó, que el médico dijo que debían sacarla del colegio e impedir que continuase estudiando. Resignada a la voluntad de Dios y a lo que su padre ordenaba,

volvió tranquila a la soledad del hogar doméstico con su doble corona en la mano de rosas y espinas.

¡Dichosas rosas! ¡Espinas todavía más dichosas! Porque si aquéllas dilatan el alma, éstas la purifican y templan. Más dichoso todavía quien, a imitación de Gema, sabe tomar unas y otras con igual fe y amor.

CAPITULO IV

Vida de Gema en familia. Heroica paciencia en las graves desgracias que le sobrevinieron

(1894-1897)

Libre de las ocupaciones escolares, dedicóse con ahinco la piadosa virgen a las labores domésticas y al cuidado de sus hermanitos, procurando con las obras, los consejos y el buen ejemplo, dirigirlos por el camino de la perfección cristiana; acababa de cumplir Gema, hacía algunos meses, diecisiete años de edad. Aunque intenté adquirirlas, no llegaron hasta mí noticias de este magisterio doméstico: ello no obstante, por lo relatado hasta aquí y por el espíritu de la bendita criatura, fácil es deducir lo que sería capaz de hacer. Tan persuadida estaba de la importancia de esta obligación, que tenía no hubiese de dar estrecha cuenta al Señor; por eso procuraba cumplirla con puntualidad suma, y cuando veía en alguno de ellos algúu defecto o falta, se atribuía la causa a sí misma, por no haber vigilado bien para prevenirla. Era en extremo solícita de que no faltase a nadie cosa alguna, de modo que nunca tuvieran motivo para disputarse entre sí ni promover querellas, como acostumbran hacer los niños de corta edad.

El buen ejemplo que daba a los de la casa con su edificante conducta, era muy señalado; de ahí que fuera admirada aun por los extraños, los cuales todavía hoy la recuerdan. Entre otros, hubo un criado, Pedro Maggi, que frecuentemente acompañaba a la joven cuando tenía que salir. Este hombre, para expresar la admiración que le causaba la virtud de su joven ama, acostumbraba a exclamar: «¿Qué quieren que les diga? No hay más que una Gema.»

Gema era también la admiración de la familia, por su gran amor a los pobres. Lo refiere ella misma, diciendo con su habitual humildad que, en medio de sus muchos defectos de espíritu, la única cosa buena que tenía era la caridad con los pobres. «Cuántas veces salía de casa, pedía dinero a mi padre, y si alguna vez me lo negaba, rogábale que me concediese permiso para coger harina, pan y otras cosas, y Dios permitía que encontrara muchos pobres en las tres o cuatro veces que salía de casa. A los que venían a la puerta a pedir, les daba telas o lo que tenía a mano; pero esto me lo prohibió el confesor. Como mi padre llegó a no darme dinero, y yo no podía sacar nada de casa, me vi precisada a no salir; porque cuando salía, no encontraba más que pobres que corrían tras de mí, y me causaba mucha pena el no poder socorrerlos; con frecuencia me hacían llorar.»

No siempre consiguió mantenerse en este propósito, porque su padre, conociendo que era de naturaleza fogosa, y que, por lo mismo, necesitaba moverse, la obligaba a salir, a fin de dar también a sus otros hijos un guía seguro que les acompañase en el recreo. Gema obedecía, pero apenas habían atravesado la calle en que estaba su casa, tomaba ciertos atajos que conocía, y en breves instantes se ponía fuera de la población, donde se podía gozar del aire libre, apartada del bullicio de la gente. Quiso el demonio amargar este inocente pasatiempo, aceptado por obediencia, y con cautela practicado, valiéndose de un joven oficial del Ejército, el cual se puso a seguirla cierto día. Gema no lo vio, porque caminaba siempre con los ojos bajos, pero no faltó quien la advirtiese; causóle gran disgusto la noticia, por lo que, después de muchas súplicas hechas a Dios, tomó la resolución de no volver a salir de casa, como no fuese a la iglesia de San Frediano. La cosa parecía un poco difícil a causa de su padre, pero supo disponerlo todo tan bien, que le salió a medida de su deseo.

A pesar de ser tan grande la virtud de este ángel den-

tro del hogar doméstico, figurábase ella que carecía de dones celestiales, por lo que continuamente se estimulaba para adquirirlos. Así, decía a cada paso: «Gema, hay que cambiar y entregarse por entero a Jesús.» De todo sacaba partido para enfervorizarse, lo mismo de las fiestas y solemnidades de la Iglesia, que de la hermosura de la naturaleza, o del cambio de las estaciones, y aun de los juegos infantiles, en que a veces tomaba parte para divertirse honestamente. Como en uno de estos juegos, llamado de las astillitas, ganaba casi siempre, dijo: «Esto es señal de que Dios exige de mí gran santidad; yo la deseo también.» A fines del año de 1895, como el pensamiento del año nuevo llevase a su corazón anhelos de más perfecta vida, levantándose repentinamente del lugar de la meditación, tomó el libro de memorias donde apuntaba sus propósitos, y escribió lo siguiente: «En este nuevo año me propongo hacer nueva vida. Lo que en este año me sucederá, no lo sé, pero me entrego a ti, Dios mío; todas mis esperanzas y afectos son para ti. Sé que soy débil, Señor, mas con tu auxilio, espero y resuelvo vivir cerca de ti.»

Su tenor de vida era poco más o menos el de antes: levantarse temprano por la mañana, rezar sus acostumbradas oraciones; luego ir a misa y comulgar. Cada día su predilecta visita al Santísimo Sacramento, más o menos larga, según se lo consintiesen sus quehaceres domésticos; por la tarde la meditación con otras prácticas de piedad, y el santo rosario de rodillas. Durante la noche seguía levantándose siempre una o más veces por un cuarto de hora para encomendar a Jesús, como ella decía «su pobre alma.» Hágase cargo el lector de los vivísimos sentimientos de dolor, de confianza, de amor que se encendían en el corazón de esta virtuosa virgen, en aquellos momentos en que estaba sola rogando con Jesús. De su misma boca he sabido que entonces se comunicaba Dios a su alma con suaves apreturas de amor y con vivas ilustraciones en el alma, o «claras luces,» como acostumbraba ella a llamarlas.

Estando ocupada en las faenas domésticas y pisando con los pies la tierra, su espíritu se dilataba en las sublimes esferas celestiales. Y de tal manera estaba imbuída en estos elevados negocios, que aun en las ocupaciones más distraídas no los perdía de vista.

No vaya a creerse que tan profundo recogimiento interior le impidiese en manera alguna el ejercicio exacto de las obligaciones exteriores; por lo contrario, le ayudaban poderosamente a hacerlo todo con suma diligencia y cuidado, por saber ella muy bien que obrando de esta manera agradaría a Dios.

Para desprender de las cosas de la tierra cada vez más el corazón de su esposa, y atraérsela de modo que nada le pluguiese fuera de sí, se sirvió el Señor del siguiente medio extraordinario, ocurrido por el tiempo que estamos relatando, a fines de 1895. Cierta pariente suya le regaló un reloj de oro, un collar y una cruz del mismo metal. Con el fin de complacer al que le hizo el obsequio, creyó que, cuando menos, debía ponérselo una vez que salió a la calle; pero al regresar a casa y despojarse de las prendas, le pareció ver a su Angel custodio, el cual, mirándola con aire severo, le dijo: «Los collares que hermosean a la esposa del Rey crucificado son únicamente la cruz y las espinas.» Y desapareció. Imagínese el lector la impresión que produciría en la piadosa joven aquella aparición y aquellas palabras tan significativas. No necesitó más: apartó de sí con desdén el reloj y la cadena, quitóse también un anillo que tenía, postróse en tierra, y llorando hizo el siguiente propósito: «Por amor tuyo, Jesús mío, y a fin de agradarte solamente a ti, prometo no llevar jamás cosas vanas ni hablar tampoco de ellas.» Observando durante su vida esta promesa, desde aquel día no quiso saber nada que se relacionase con modas y adornos. Es esta la primera mención que hallamos en los recuerdos de Gema de las apariciones de su Angel custodio, las cuales luego se sucedieron con mucha frecuencia, y aun cotidianamente, como en su lugar veremos.

Y no sólo se le aparecían frecuentemente los ángeles, sino que también el mismo rey de los ángeles, Jesucristo, la honró por aquellos años con sus amorosas visitas, según lo confió ingenuamente ella misma a su propio director: «Jesús, aun cuando era tan mala, venía a mí y me decía muchas cosas.» Y humillándose de nuevo, como acostumbraba, añadía: «No sé como no se enfada Jesús conmigo; una sola vez he visto a Jesús enfadado.» Sería ciertamente para probarla, no ya por alguna culpa voluntaria, porque faltas plenamente advertidas no las cometió Gema en toda su vida. Así, pues, a los diecisiete años, era digna, no sólo de oír la voz de Jesús, sino de contemplarlo y mirarlo con los propios ojos. De esto se deduce que desde aquella edad tuvo principio en ella la vida sobrenatural, la cual, perfeccionándose de año en año, la hizo tan admirable en santidad. No trato de decir con esto que la santidad consista en semejantes dones, pues en la Iglesia de Dios hay muchísimos que merecieron, por sus eximias virtudes, el honor de los altares, y, ello no obstante, nunca se vieron favorecidos del cielo con tales favores. Con todo, cuando se hallan en un alma, son indicio certísimo de santidad, puesto que nunca se conceden a almas vulgares.

¿Qué maravilla es, pues, que la bienaventurada alma de Gema, puesta en tan feliz estado, despreciase con tal desdén la vida presente y suspirase por el Paraíso con vivísimos deseos? Según hemos visto, se había engendrado tal anhelo en su corazón siendo tierna niña. Dígalo ella misma, llegada a la adolescencia: «Desde el momento en que mi madre me inspiró el deseo del Paraíso, lo he anhelado siempre, de modo que si Dios me hubiese permitido elegir, habría preferido salir de mi cuerpo y volar al cielo. Siempre que me sentía mala y con fiebre, experimentaba gran consuelo; mas era también para mí gran dolor el sentirme renacer las fuerzas después de alguna enfermedad. Más aún, cierto día, después de la sagrada comunión, pregunté a Jesús por qué no me llevaba al Paraíso. «Hija mía—me

contestó,—porque en el tiempo de tu vida te daré muchas ocasiones de mayor mérito, redoblando en ti el deseo del cielo y soportando tú con paciencia la vida.» Gema, que así hablaba, tenía entonces sólo dieciocho años.

Con estas ardientes e incesantes aspiraciones, crecía desmedidamente en el corazón de la santa joven el amor a Dios, al propio tiempo que se desenvolvía en ella y tomaba cuerpo otro deseo bastante más fuerte, el cual nos demuestra de qué temple era su amor y a qué punto de perfección había llegado. En este mismo año de 1896 se expresa en esta forma: «Concebí otro deseo, a saber, un anhelo grande de padecer y de ayudar a Jesús en sus dolores ⁽¹⁾.» Y también: «En medio de tantos pecados como cometía, pedía diariamente a Jesús que me permitiese padecer y padecer mucho. Sí, Jesús mío—le decía,—quiero padecer y padecer mucho por ti.» Y con razón calificaba su deseo de «grande anhelo», porque bastábale una sola palabra, un recuerdo, una mirada a la imagen de su Jesús crucificado para sentirse llena de compasión, y juntamente, de amor. «Cierta día—refiere Gema,—me sentí presa de tal dolor al mirar, es decir, al fijar mis ojos en Jesús Crucificado, que caí en tierra desvanecida, y como se hallase en casa mi padre, empezó a reñirme diciendo que hacía mal en estar siempre en casa y en salir pronto por la mañana. Yo respondí: «Lo que me hace mal es estar lejos de Jesús sacramentado.» Y dicho esto, me retiré al aposento, y fué esta la vez primera que desahugué mi dolor con Jesús solamente.» Lo cual quiere decir que las quejas causadas por estas angustias y otras semejantes, las pasaba

(1) Reiteradas veces, según veremos en el decurso de la presente biografía, aparecióse dolorido el divino Salvador a su Sierva, como si padeciese realmente los estragos de su pasión y las amarguras ocasionadas por la ingratitud de los hombres. Todos los santos conocieron este misterio, y se aplicaron, a vista de imagen tan compasiva, real o imaginaria, a compadecer al amante Señor, con el amor que los teólogos llaman *compasivo*, aun cuando sabían por la fe que es ahora glorioso e impasible. Baste esta observación por todas las veces que, respecto de nuestra Gema, hayamos de tratar semejantes visiones.

siempre en su corazón. «Díjale, pues, a Jesús de esta manera: Quiero seguirte, oh Jesús, a costa de cualquier dolor; quiero seguirte fervorosamente. No, Jesús mío, no quiero ocasionarte más náuseas con mi tibieza, como lo he hecho hasta ahora, para ir a ti, no quiero disgustarte más. Estas palabras me inspiró el corazón en aquella hora de dolor y de esperanza en que me hallaba sola con mi Jesús.» No lo dice Gema; pero acaso se hallaba entonces visiblemente presente Jesús como tantas otras veces. Para avalorar luego y mantener estos propósitos, añadía: «Por esto propongo más devota oración y comunión más frecuente. Jesús mío, quiero padecer mucho por ti con la oración siempre en los labios.» Luego, como reflexionando acerca de sus propósitos y considerando la fragilidad humana, exclamaba: «Cae frecuentemente el que frecuentemente propone; ¿qué será el que propone rara vez?»

Gema no era por cierto novicia en la ardua palestra del padecer, pues siendo estimada del Señor desde su primera infancia, tuvo ocasión de ejercitarse en la lucha, como lo confesó ella misma a su Director: «Puedo asegurarle que desde que murió mi madre no ha pasado un solo día en que, aunque poco, no haya padecido algo por Jesús.» Pero entonces, que no se trataba ya de la infancia, sino de la edad madura, el Señor apretaba su divina mano y daba golpes maestros.

Fué el primero de estos cierta enfermedad grave que le envió a uno de los pies, la caries de un hueso, acompañada de agudos dolores. La virtuosa joven, creyendo al principio que no era cosa de importancia, soportó el mal con paciencia; pero por falta de cuidado, la caries se extendió; el pie empeoró muchísimo, y fué preciso ponerse en manos del cirujano. Este, al ver el estrago ocasionado por la caries, temió que fuese necesario amputar el pie; pero antes intentó una operación parcial, descubriendo el hueso, al cual raspó profundamente. La enferma se negó a ser cloriformizada, y sufrió la operación con gran valor. Los de la

casa temblaban ante tal espectáculo, pero ella permaneció indiferente e inmóvil, y si de cuando en cuando se le escapaba algún gemido en lo más fuerte de la operación, miraba a Jesús crucificado, y en el acto se sosegaba, al propio tiempo que le pedía perdón por esta debilidad. Así es como, sirviéndome de sus propias palabras, después de haber rogado mucho para que se le enviase algún padecimiento, Jesús la consoló. Pero no fué sólo este dolor; conservaba otro más fuerte en el cáliz amargo de su pasión, para darlo a beber a su sierva querida, una vez libertada de aquel padecimiento corporal.

El Sr. Galgani, padre de Gema, era hombre chapado a la antigua: bueno, caritativo, no sabía engañar, y, por tanto, no creía que otros le engañasen; pero los tiempos en que vivía eran calamitosos, y los desconocía por entero. Siendo su bondad generalmente conocida, muchos fueron los que se ingeniaron para aprovecharse de ella; lo cual, unido a las largas y continuas enfermedades de su familia, y en particular de su esposa e hijo, que fueron seguidas de muerte, y de mil otras desgracias, lentamente consumió su magnífico patrimonio. No pudiendo cumplir sus compromisos, la ruina fué total. Los bienes, tanto muebles como inmuebles, fueron embargados, y la familia quedó sumida en la miseria más espantosa. Poco tiempo después, enfermó el infortunado padre de un cáncer en la garganta, que lo llevó al sepulcro a la edad de cincuenta y siete años, dejando a sus hijos enteramente huérfanos. Conociendo de los acreedores el funesto suceso, procedieron, auxiliados de la policía y de los alguaciles, a cerrar la farmacia y a secuestrar los pocos muebles que en la casa había, de modo que los infelices niños quedaron en la calle, en el verdadero sentido de la palabra. ¿No te parece, lector, que estás presenciando lo ocurrido al santo Job, tal como lo refiere el Sagrado Texto? Oigamos a Gema.

«Llegamos al año de 1887, año muy doloroso para la familia. Solamente yo, falta de corazón (así dice, ocultan-

do que es un heroísmo de virtud), permanecí indiferente a tanta desgracia. Lo que más entristecía a los otros (nótese bien, a los demás, no a ella) era el verse privados de recursos, y la grave enfermedad de papá. Una mañana conocí la grandeza del sacrificio que Jesús iba a exigirme pronto. Lloré mucho, pero el Señor se hacía sentir cada vez más a mi alma en aquellos días de dolor, y viendo, por otra parte, que papá estaba resignado a morir, tuve valor suficiente para soportar, con relativa tranquilidad, tanta desgracia. El día que falleció papá, Jesús me prohibió que llorase; lo pasé orando y resignada con la voluntad de Dios, que en aquel momento hacía las veces de padre terreno y celestial. Muerto papá, nos encontramos sin nada; no teníamos de qué vivir.»

Ocurría esto el 11 de Noviembre de 1897; Gema contaba, por tanto, 19 años y 8 meses.

Tales son los regalos que hace Dios a sus almas predilectas. ¡Bienaventurados los que saben recibirlos como tales de su santa mano! Mas para Gema, que era tan amada, hubo mucho más; lo veremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO V

Estancia de Gema con su tía en Camaiore y su regreso a Luca. Su grave enfermedad y prodigiosa curación

(1897-1899)

Si grande es siempre la desolación que causa en una familia la muerte del padre, puede decirse con mucha razón que para la casa de Galgani fué incalculable. Al morir D. Enrique, dejaba siete hijos y dos hermanas, Elena y Elisa, los cuales, secuestrada toda su hacienda, quedaban sin medio alguno de subsistencia, sin más esperanza que la providencia divina.

Tantas y tan graves estrecheces procuraron, en parte, remediarlas sus tías. A Gema, que era la predilecta entre todos los sobrinos, se la llevó consigo la tía que residía en Camaiore, la cual, siendo rica, pudo tratarla tal como lo era en la casa paterna en la época de mayor abundancia. Sin embargo de ello, así como jamás se quejó de la penuria de Luca, tampoco se regocijó la joven con la opulencia de Camaiore. Su único deseo era el de siempre: trabajar en casa, rezar y estar a solas con Jesús. La tribulación había templado su espíritu, y podía gozar de sus ventajas llevando vida casi celestial en aquella casa, cual si fuese un monasterio.

Empero no fué así. En la casa paterna, podía con toda libertad, la cual nunca se le había coartado, aplicarse a las prácticas de piedad, pues estaba lejos de todo cuanto podía distraerla. Pero en Camaiore, como ya en San Jenaro, no lo veía hacedero, por muy buena que fuese su tía. Mucho desagradaba a su recto corazón no adaptarse a todas las conveniencias a que le obligaba su condición, y, por otra parte, al adaptarse a ellas, sentía escrúpulo y remor-

dimiento. ¿Qué hacer? El confesor estaba lejos, en Luca; por consiguiente, no podía tenerlo a su lado para manifestarle sus incertidumbres. Tampoco acababa de resolverse a manifestar a otro su estado para pedirle consejo, acostumbrada como estaba a aquél, que conocía enteramente su vida; y aun cuando lo hubiese querido, ¿cómo se hubiera explicado para darse a entender? Su pena era tanto más amarga cuanto con aquella turbación interna hallaba dificultad en acercarse frecuentemente a recibir el pan de los ángeles, el cual para su alma era el único y verdadero consuelo. En tales angustias se volvía con amorosas y lamentables voces a su Jesús; pero Jesús para probar la virtud de su sierva, pareciendo no darle oídos, la dejaba en profunda aridez.

A pesar de esto, la buena Gema hacía cuanto estaba de su parte para serle cada vez más agradable. A semejanza de Santa Catalina de Sena, había levantado en su propio corazón como un altar, ante el cual se mantenía continuamente en adoración de la majestad de Dios, palpitando de amor por El. Cuando le era permitido, corría acompañada de su prima a la iglesia colegiata para visitar a su querido Jesús en el Santísimo Sacramento.

Todavía hoy los reverendos canónigos de dicha iglesia muestran complacidos el lugar donde acostumbraba Gema a colocarse para hacer oración. Los paseos que le obligaban a dar, tenían ordinariamente como término el santuario *della Badia*, en donde se venera una antigua devotísima imagen de la Santísima Virgen. Entreteniéndose allí, todo el tiempo que se le concedía, desahogaba su tierna devoción a *su querida Mamá*, como solía llamar a la Virgen, y con lágrimas en los ojos, le recomendaba el alma de su difunto padre.

Mientras tanto, otro hecho iba a trasformarla notablemente. Gema estaba dotada de rara belleza; tenía aire gentil, noble y lleno de gracia. Aunque se vestía a la buena de Dios, sin adornos de ningún género, su misma sencillez la



Colegiata de Camaione



Interior de la Abadía de Camaione



Exterior de la Abadía de Camaione

hacía más elegante. Llevaba siempre semicerrados, con gracia especial, los ojos, pero al que lograba verlos, parecíanle dos soles. Además, el recogimiento, la piedad y la modestia, en vez de disminuir su gentileza, atraían las miradas de todos. Ocurrió, pues, que un joven de aquella comarca, de opulenta e ilustre familia, se enamoró de ella, y sin mayores preámbulos, la pidió a su tía en matrimonio. ¡Que ocasión más propicia para levantar de su ruina a la familia! Esto no obstante, todo fué en vano. Gema, no sólo prohibió que se hablase de ello, sino que, para evitar molestias inútiles, determinó irse de aquella comarca. Mas ¿cómo hacerlo? Las razones que alegraría ante su bienhechora no eran tales que pudieran ser fácilmente aceptadas. Volvióse de nuevo a Dios para pedirle ayuda, y también esta vez vino Dios en su socorro; para sacarla de aquel peligro, permitió que la piadosa virgen empezara a sentirse aquejada de fuertes dolores en la espalda y en los riñones. Por lo cual, cobrando ánimo y disimulando la verdadera razón de su súplica, rogó a su tía que la volviese a Luca. Bien sabía ella que allí le esperaba el hambre; mas esta idea no la detuvo; tanto insistió en su demanda, que al fin logró regresar a la casa paterna, la cual encontró sumida en la desolación, como en realidad la había dejado. Refiérese que, a causa de sus hermosas cualidades, era tal el amor que le tenían en la casa Lencioni, que, al verla partir, se conmovieron todos; el mismo tío Domingo, hombre de natural fuerte y difícil de conmover, derramó copioso llanto al abrazarla para despedirse de ella.

Al hallarse entre los suyos, empezó Gema a sentirse peor. A sus dolores de cabeza, de espalda y de riñones, siguióse un pronunciado encorvamiento de la columna vertebral; más tarde síntomas de meningitis, acompañados de pérdida del oído, y, finalmente, la parálisis de los miembros. Al principio, la virtuosa joven ocultó cuanto pudo sus padecimientos, no sin grave perjuicio, temerosa de que, si los declaraba, se viera obligada a que los médicos la ins-

peccionasen, lo cual era para ella altamente doloroso. Más aún; hacía bastante tiempo que sentía dolor en la región lumbar, sin que jamás se permitiera examinarse a sí misma, ni llevarse la mano para observar lo que allí había. ¿Y se dejaría tocar ahora y examinar por el médico? Su angustia llegó al colmo; hubiera querido padecer duplicados dolores antes que someterse a tal inspección. Recordaba siempre aquellas palabras: «Nuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo,» y como tal quería que fuese respetado. Mas he aquí que un médico, llamado por la familia sin saberlo Gema, entró de improviso una tarde en el aposento de la enferma, y después de haber intentado persuadirla, quiso inspeccionarla a toda costa. Entonces, siendo preciso ceder, pues así se lo mandaban sus tías, hizo a Dios este sacrificio. En la inspección, hallóse en la región lumbar un absceso grave, que parecía comunicarse con uno de los riñones. Alarmado el médico, quiso tener consulta con doctos profesores, quienes al fin convinieron en que la enfermedad era una espinitis de naturaleza bastante grave, y, por consiguiente, de curación difícil. Con todo, trataron de adoptar algunos medios sugeridos por el arte, mas inútilmente; el mal aumentó de tal modo, que Gema se vió obligada a meterse en cama, pues le era imposible moverse.

Mientras así padecía aquel inocente cuerpecito, gemía el alma, pero con aquellos consoladores gemidos de amor, que no hubiera cambiado ella por todos los placeres del mundo. Sin cuidar nada o muy poco de sí, volvía continuamente el pensamiento a Jesús, quien por fin había satisfecho sus deseos, dándole que padecer por su amor. En adelante, podía tener a su lado al confesor; estaba sosegada y tranquila. En prenda de singular complacencia, le hizo Dios experimentar un dolor intenso y un aborrecimiento cada vez mayor por el pecado; de esta manera, con los dolores exteriores del cuerpo y los interiores del espíritu, purificaba en gran manera y santificaba a aquella alma.

En la imposibilidad en que se hallaba de moverse por sí misma, yacía la pobrecilla en la cama, siempre en una misma postura, cuando manos caritativas no la ayudaban a moverse; y así pasaba los días y las noches, sin más consuelo que el que ella misma sacaba de la oración y de la resignación a la voluntad divina. A veces el Señor le concedía benignamente algún consuelo. Por medio de su buen Angel, cuando Gema le hacía presente su estado y se lamentaba amorosamente con él de no poder ni siquiera rezar, le mandaba a decir: «Si Jesús te aflige en el cuerpo, lo hace para purificarte en el espíritu: sé buena.» Ella misma lo recordaba en un escrito: «¡Oh, cuántas veces en mi larga enfermedad me deslizaba en el corazón consoladoras palabras!» De lo cual se colige que su familiaridad con el Angel Custodio, asunto del cual habremos de hablar por extenso en capítulo separado, empezada muy temprano, fué siempre en aumento. Gema tenía entonces veinte años.

En su casa estaban todos a su lado para prestar ayuda a la querida enferma. No obstante la estrechez en que se hallaban, aquellos pobrecillos no perdonaban cuidados ni sacrificios para obtener, si fuera posible, la curación; hasta que, comprendiendo que era inútil todo humano socorro, se resolvieron a buscarlo en el cielo. A la vista de tales demostraciones de afecto, se conmovía el tierno corazón de la joven; mas al propio tiempo sentía en el alma las molestias que creía acarrear a todos con su larga enfermedad, por no saber cómo pagarlo. Y de tal modo creció en ella esta desazón, que el Señor, parte para humillarla, parte para confortarla, le demostró la queja que de ella tenía. Oigamos cómo refiere Gema el caso: «Cierta mañana, habiéndome traído la sagrada comunión, se me dejó sentir Jesús algo fuerte y me dió una buena reprensión, diciéndome que era un alma débil. O es tu perverso amor propio, que se resiente por no poder hacer lo que los demás hacen—me decía,—o es por la demasiada confusión que experimentas al tener necesidad de socorro ajeno. Si hu-

bieras muerto a ti misma, no estarías tan inquieta.» Amaestrada y consolada por tales palabras, nada más buscó la piadosa virgen, sino que se mantuvo indiferente a todo cuanto sucedía en torno suyo.

Entre tanto, divulgada por Luca la noticia de la penosa enfermedad de Gema, fueron muchas las personas amigas que, enteradas de sus eximias virtudes, iban a admirar de cerca aquel que llamaban prodigio de paciencia y de valor en tan tierna jovencita; ésta, con su angelical sonrisa, las acogía a todas, daba gracias a cada una, y cambiaba con ellas palabras de edificación, ya que no sabía hablar de otra cosa. Decía que tan contenta estaba en volar súbitamente al cielo, como en permanecer en esta miserable tierra, para padecer todavía cuanto Dios fuese servido. Aquellas buenas amigas, viendo cuán imposible cosa era, humanamente hablando, la curación de Gema, la exhortaban con frecuencia a que tuviese fe en una gracia singular del cielo por intercesión ora de éste, ora de otro santo, según su devoción particular.

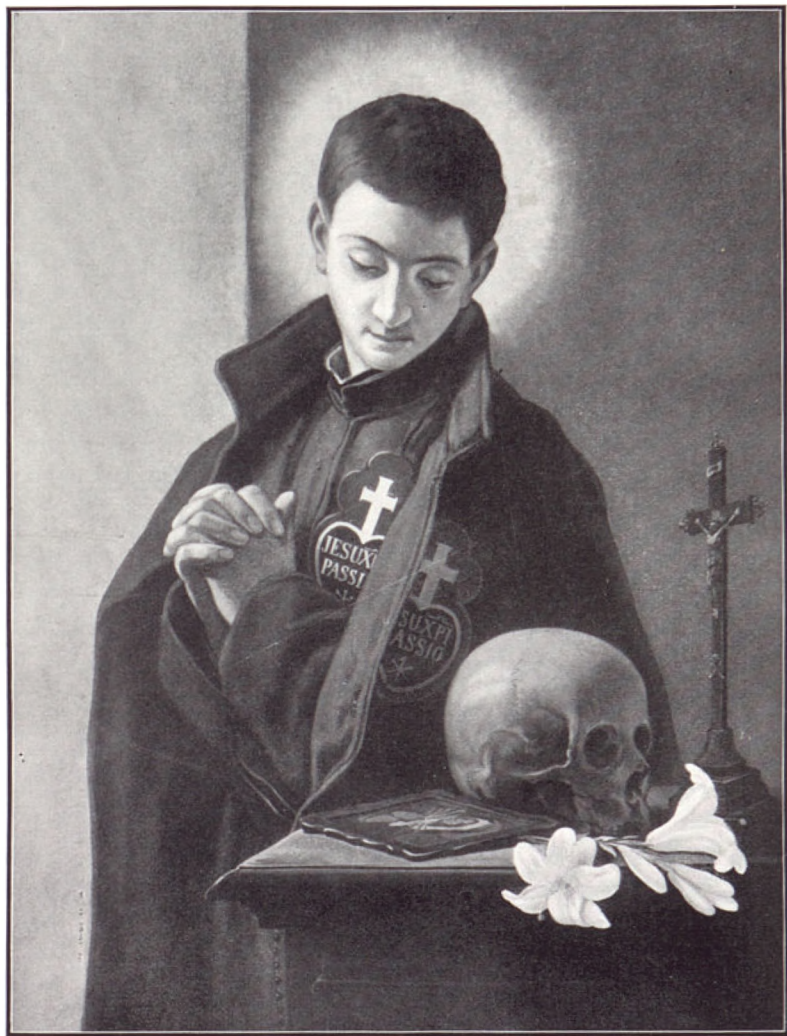
Entre las más asiduas de estas visitas, hallábase una buena señora de la ciudad, la cual, para infundirle devoción cordial y confianza en un nuevo santo, o a lo menos para procurar que pasase mejor las largas horas del día leyendo, le llevó la vida del Beato Gabriel de la Dolorosa, Pasionista, entonces todavía Venerable. Gema que desconocía absolutamente este santo y sus milagros, aun los que habían alcanzado mayor fama en el mundo entero, no se le mostró al principio demasiado tierna, si bien los de casa empezaban ya a rogarle con fe. Veamos el medio del cual se sirvió el Señor para encender en el corazón de su Sierva la centella de devoción, confianza y amor a aquel Beato, centella que en breve había de convertirse en incendio. Permitió cierto día, mientras Gema estaba sola, que se viese asaltada de pensamientos de tétrica melancolía y de profunda tristeza. Cansada, abatida, sentíase impotente aun para pensar; tan grande era la congoja y

abatimiento de que se hallaba sobrecogida, que la vida se le ofrecía como insoportable. Al parecer, nada más natural que semejante crisis en una enferma tan grave. Con todo, no era así: era una tentación hábilmente preparada por el astuto enemigo para insinuarse poquito a poco en el alma de la joven y perderla, de poder lograrlo. En efecto, en cuanto el malvado hubo dispuesto con sus artimañas la ruina de la pobre joven, quítase la máscara, preséntase ante ella y le dice: «Si me escuchas, te sacaré de estas penas, dándote con la salud cuanto quieras.» Es esta la primera vez que hallamos a Gema ante el demonio por modo descubierto y en lucha con él. No sabemos si la tentación provino por vía de aparición real, o bien, como parece deducirse con más certeza de las mismas palabras de la Sierva de Dios, por vía de mera sugestión; mas de cualquier modo que fuese, de nada sirvieron aquellas malas artes. Aunque simple novicia en materia de tentaciones, la piadosa joven advierte luego el engaño, experimenta una fuerte agitación y un desorden interior, no sentido hasta entonces, determinado por la presencia del maligno expíritu; acuérdate del Beato Gabriel, lo invoca confiadamente, y para resistir la tentación, grita con todas sus fuerzas: «Antes que el cuerpo el alma.» El tentador vuelve a poco con un segundo asalto, Gema invoca de nuevo al Beato Gabriel, se arma con la señal de la santa cruz, y otra vez vence y queda en calma, más estrechamente unida aún con su Dios, quien con largueza quiere recompensar su fortaleza de ánimo.

Conociendo por tal modo cuán valiosa era la protección de este Beato, empezó a aficionarse a él; su primer pensamiento fué buscar el libro de su vida, que ella misma había puesto debajo de la almohada. «La misma tarde—son sus palabras—empecé a leer la vida del Hermano Gabriel. La leí varias veces, sin cansarme nunca de leerla y de admirar sus virtudes y ejemplos. Desde aquel día, empecé a tenerle particular devoción; por la noche no podía conciliar el

sueño si no tenía su imagen debajo de la almohada; desde entonces principié a verlo junto a mí. No sé explicarme, pero sentía su presencia; en todo acto, en toda acción, me acudía a la mente la idea del Hermano Gabriel.» Volvió luego la susodicha señora por el libro; pero ¡cuán diverso fué el sentimiento de la piadosa joven al tener que devolverlo que el que había experimentado al recibirlo! Sintió como una apretura de corazón; dos lágrimas le asomaron a los ojos, por lo cual, conmovida la buena mujer, se lo dejó por algún tiempo más. «Aquel Santo de Dios—decía Gema después de haberse resignado por fin a privarse de su vida,—quiso recompensarme bien pronto el insignificante sacrificio. Por la noche se me apareció en sueños, vestido de blanco. No le conocí. El, viendo que no le conocía, se desabrochó el hábito blanco y se me mostró vestido de Pasionista; entonces no tardé en conocerlo. Quedé en silencio en su presencia. Me preguntó por qué había llorado al privarme de su vida. No sé qué le respondí; pero él me dijo: Sé buena, que volveré a verte.»

La breve visita del Beato Gabriel dejó en el corazón de Gema gran calma y suavidad; acrecentósele fuertemente el antiguo deseo del cielo, por lo cual se la oía exclamar frecuentemente: «Sí, a Jesús, vayamos con Jesús, a estar con Jesús.» Pero Jesús no pareció acceder por entonces a sus deseos, por lo cual, sofocando Gema en el corazón sus anhelos, permanecía tranquila en el lecho del dolor, esperando resignada que se cumpliese en ella la voluntad divina. Además de los de la casa, cuidaban de su asistencia las beneméritas enfermeras Hermanas de San Camilo, llamadas Hermanas Barbantinas, las cuales habían ido atraídas, no sólo por la heroica caridad de que hacen profesión, sino también por la veneración que interiormente sentían por la enferma. Estas Hermanas llevaban de cuando en cuando algunas de sus novicias, pues estaban persuadidas de que la extraordinaria virtud y el singular fervor de que daba ejemplo Gema desde su lecho, sería



El Beato Gabriel de la Dolorosa

motivo para ellas de noble edificación. Con el mismo fin iban a visitarla diferentes personas, entre ellas sus antiguas profesoras de Santa Zita, las cuales tuvieron siempre en gran estima a su buena Gema, y aun hoy recuerdan «los hermosísimos ejemplos de virtud que tuvieron ocasión de admirar en su enfermedad.»

Pasaban entretanto los meses, pasó un año entero, y aquel soplo de vida no se extinguía. Con las deudas que fué preciso contraer para pagar médicos y medicinas, la miseria iba en aumento; no se encontraba quien quisiera prestar la menor cantidad. Verdad es que si las personas que iban a visitar a Gema hubiesen sabido la gran necesidad en que se hallaba, la hubieran remediado de un modo u otro; pero los criados, recordando la anterior abundancia, no se cuidaban de investigar la estrechez actual, que muchas veces llegó al extremo de no haber en casa ni un céntimo con que comprar el ordinario alimento para la enferma.

Así se llegó a la vigilia de la Concepción. Como de costumbre, volvieron aquel día las hermanas Barbantinas, llevando consigo a una probanda de su instituto, a la cual, por razón de su corta edad, no habían podido vestir todavía. Ver a aquel angelito y sentir nacer en su corazón el deseo de tenerlo a su lado, fué todo uno. Creyendo que la inspiración le venía de Dios, se resolvió a prometer a la Santísima Virgen que, si curaba, se haría religiosa Barbantina. «Este pensamiento—escribía después—me consoló; lo manifesté a Sor Leonilda, la cual me prometió que, si curaba, me haría vestir el hábito juntamente con aquella novicia.» Llena de alegría, aun en medio de tantos dolores en su grave enfermedad, la buena joven habló de ello a su confesor, el cual aquel mismo día había ido a reconciliarla. Gema obtuvo de su confesor el pleno consentimiento. Oigámosla a ella misma: «Pronto tuve el permiso de él. Además, me dió otra consolación: el voto de virginidad, el cual nunca se había resuelto a dejarme ha-

cer, y que aquella misma tarde juntos lo hicimos perpetuo.» Había llegado, por fin, al colmo de sus deseos, por lo cual podía decir con razón que era toda de Jesús, y de Jesús solamente. Aquella noche, inundada su alma en paz dulce y suave, recordaba con encendidos deseos la hora de la mañana siguiente, en la cual había de unirse a Jesús en la sagrada comunión, y hacer a la celestial Madre la hermosa promesa de entrar en un convento. Con tales pensamientos en el alma, invadió sus adoloridos miembros un plácido sopor, mientras se le acercaba su caro protector, el Beato Gabriel, y le decía: «Gema, haz sin titubear el voto de religiosa, pero nada más añadas.» Con esto quería decir que no se obligase a religión determinada, pues había de ser religiosa de manera muy diferente de las demás, esto es, místicamente transformada en Jesús. No entendió la sencilla joven el sentido de aquellas palabras, por lo cual preguntó por qué no había de añadir nada más. Por toda respuesta oyó estas palabras, que fueron acompañadas de tierna mirada y suave sonrisa: «¡Hermana mía!»—«No entendía nada de esto—dice Gema;—para darle gracias, le besé el hábito. Entonces él se sacó el corazón, el de madera (que llevan los Pasionistas sobre el pecho), me lo dió a besar, me lo puso en el pecho, por encima de la sábana, y de nuevo me dijo: ¡Hermana mía!, y desapareció.» A la mañana siguiente, comulgó Gema y pronunció el voto, quedándole el alma inundada de celestiales delicias.

Entretanto, alternando, como dejamos dicho, los dolores con los goces, disminuían las fuerzas en la enfermita, a medida que crecía el mal diariamente. Queriendo los médicos intentar la última prueba, se decidieron a operarla del absceso en los riñones y cauterizarle la región espinal, aplicándole doce botones de fuego; efectúose la operación el 4 de Enero de 1899. Durante este tormento, no consintió Gema que se la cloroformizase, pues más le interesaba la custodia de su pudor que el alivio de sus dolores. Mas



La Dolorosa de Gema

todo fué en vano, puesto que el mal continuaba reproduciéndose, de tal modo, que el 20 del mismo mes, a los sobredichos se añadió otro tumor en la cabeza, el cual ocasionó a la pobre enferma dolores espasmódicos. Llamado con urgencia el médico, declaró la enfermedad muy grave, y tanto más peligrosa cuanto el estado de extremada debilidad de la enferma hacía imposible el remedio de una operación quirúrgica; por lo cual, no sabiendo qué hacer, tanto él como sus colegas la dieron por deshauciada y se retiraron. «El 2 de Febrero—son palabras de Gema—recibí el Viático; me confesé y esperé el momento de ir a Jesús. Los médicos, creyendo que no lo oía, dijeron entre sí que no llegaría yo a media noche. ¡Viva Jesús!» Sin ninguna mejoría, la enfermedad seguía su curso, consumiendo aquel organismo ya medio deshecho.

El tiempo en que iba a premiarse tanta paciencia, se acercaba. Gema no debía morir, pues el Señor quería glorificarse en ella con la abundancia de sus extraordinarios dones, antes de llevársela al cielo. Preciso era un milagro para curar mal tan grave; dejemos que ella misma lo refiera: «La familia hacía novenas y triduos para mi curación; sólo yo, confortada con las consoladoras palabras que había oído de boca de Jesús, permanecía indiferente. Una de mis maestras vino a verme por última vez, a darme el último adiós, hasta que nos viésemos en el cielo; ¡tan grave estaba! Me indicó que hiciese una novena a la B. Margarita de Alacoque, diciéndome que me alcanzaría la curación, o bien la gracia de ir al cielo tan pronto como expirase. Por complacerla, principié la novena el 23 de Febrero. Pocos minutos faltaban para la media noche, cuando sentí una mano que me colocaba una corona en la frente, y oí una voz que por nueve veces entonaba el *Padrénuestro*, el *Avemaría* y el *Gloria Patri*. Con dificultad respondía yo, por impedírmelo mi estado de gravedad. Aquella voz me dijo después: «¿Quieres curarte? Pues ruega con fe al Sacratísimo Corazón de Jesús toda la

noche, que yo veré durante la novena qué es lo que dispone de ti. Mientras tanto, rezaremos juntos al Sagrado Corazón de Jesús.» Era el Beato Gabriel, Pasionista, el cual, efectivamente, venía todas las noches, me ponía invariablemente la mano en la frente, y rezábamos los dos un Padrenuestro al Sagrado Corazón. Luego me hacía añadir tres *Gloria Patri* a la Beata Margarita. Terminé la novena el primer viernes de Marzo; me confesé, y por la mañana temprano, arrodillada en la cama, recibí la comunión. ¡Ah, qué felices momentos pasé con Jesús! Una y otra vez me decía El: «Gema, ¿quieres sanar?» Tan grande era mi conmoción, que no podía responder; sólo con el corazón decía: «Jesús mío, como tú quieras.» ¡Bendito sea Jesús! La gracia se me concedió; ¡estaba curada! No habían transcurrido dos horas, cuando me levanté; los de casa lloraban de alegría, y yo, aunque estaba alegre, no era tanto por la salud recuperada como por haberme Jesús elegido por hija suya. En efecto, aquella mañana antes de despedirse, me dijo con mucha fuerza al corazón: «Hija, a la gracia que te acabo de hacer, seguirán otras mayores; estaré siempre contigo, seré tu padre, y tu madre será aquélla (y me señaló la Virgen de los Dolores). No puede faltar la paternal asistencia a quien se entrega en mis manos; nada te faltará, a pesar de haberte quitado todo consuelo y apoyo en este mundo.»

¡Bendita pérdida y bendita ganancia! Cual si se tocase con las manos, lo dará a conocer la continuación de esta biografía.

CAPÍTULO VI

Recobrada la salud, trata la Sierva de Dios de efectuar su designio de hacerse religiosa

(MARZO-MAYO DE 1899)

Gema curó perfecta e instantáneamente; el autor de esta curación fué el Sacratísimo Corazón de Jesús, la mediadora la Beata Margarita de Alacoque, y el instrumento el Beato Gabriel de la Dolorosa. Salió del lecho caldeada por el amor celestial, templada como el hierro al salir de la fragua; así es que el primer pensamiento de esta virgen fué el de reanudar sus prácticas religiosas y reflexionar sobre lo que quería de ella el Señor, que acababa de volverla a la salud y a la vida. «Entonces—son palabras suyas—empecé a no poder resistir si no iba todos los días a Jesús (a la sagrada comunión).» Hágase cargo el lector de si hambre tan prolongada, que duró más de un año, podía saciarse con la comunión que con grandes intervalos se concedía a la enferma.

Entretanto, la Sierva de Dios, la cual hacía algunos años que ansiaba la vida claustral, creyó llegado el momento oportuno de realizar sus deseos, y así lo declaró a los miembros de su familia. Estos, no pudiendo dudar de que era verdadera la vocación de Gema, no se le opusieron, tanto más cuanto creían que la ejecución no tendría lugar tan presto. Gema, empero, no pensaba de esta manera; por lo contrario, creía que inmediatamente podía volar al tan deseado silencio del claustro, para permanecer sola con Jesús.

Hacia el fin de su grave enfermedad, ocurrieron sucesos que podían sugerir la idea de tres diversas vocaciones. Las Hermanas Barbantinas le habían insinuado la creencia de

que la Santísima Virgen le había obtenido la curación mediante la promesa de que se haría religiosa de la Congregación a que ellas pertenecían. El Beato Gabriel, en su aparición, le había llamado varias veces hermana y puestas sobre el pecho la señal distintiva de la Orden de los Pasionistas. Por fin, una voz misteriosa le había invitado a hacerse salesiana. A este último Instituto parecía inclinarse más la piadosa virgen, inducida por su gratitud a la Beata Margarita, por cuya intercesión se había curado. Por lo cual, seis días después de su prodigiosa aparición, escribía: «Quisiera volar pronto adonde me quiere la Beata Margarita. ¡Oh, qué mal se está en el mundo! Desde que me levanté de la cama, siento por todas las cosas una aversión tal que no sé expresar.»

Mientras tanto se había divulgado por Luca la fama de aquella curación, y muchos hablaban de ella comentándola. Informadas de ello las salesianas, desearon ver a la joven y saber de su propia boca lo que había sucedido. Fué allá, la acogieron cortésmente y se mostraron satisfechas de poder admitirla algún día en su instituto. Gema creía saber de cierto qué día había de ser este, apoyada en el testimonio de aquella misma voz que, al levantarse del lecho de la enfermedad, le había dicho: «Renueva a Jesús todas las promesas y añade a ellas que en el mes (de Junio) a El consagrado, también tú te consagrarás a El.» Y suponiendo que esta voz la invitaba a ingresar en las salesianas, consumíase en deseos de entrar en este instituto, sintiendo mucho el tiempo que le faltaba todavía para poder satisfacer su anhelo. «Ahora—decía—estamos á 9 de Marzo; ¡quién me trasladara al 1.º de Junio!» Para contentarla, quisieron aquellas buenas religiosas abreviarle el tiempo de espera, prometiéndole que a primeros de Mayo la harían entrar en su convento, para hacer en él los ejercicios espirituales; luego, pasado un mes, la admitirían en el noviciado sin más requisitos. En tal expectativa pasó los primeros treinta días; entre tanto Dios

llenaba el corazón de su fiel sierva de inefables consolaciones celestiales.

Y en verdad que desde entonces puede decirse que empezó para Gema aquella vida toda celestial y singular, hasta el punto de tener no pocas semejanzas con la de los mayores santos. Al principio había recibido ilustraciones mentales en gran abundancia, locuciones y suaves impresiones en el corazón y apariciones celestiales; mas esto puede decirse que fué a tiempos y con intervalos más ó menos largos. Sólo ahora empieza en ella la serie de contemplaciones divinas, casi nunca interrumpidas y en grado eminente: vivas luces, sublimes atracciones, estímulos fortísimos. Correspondiendo fielmente a ellos, la buena Sierva de Dios se elevó en corto tiempo a gran perfección. Intima era su unión con Dios; en El tenía siempre fija la mirada, de tal modo que no sabía pensar en ninguna otra cosa. De aquí aquella plena resignación de Gema a la voluntad de Dios, y aquella inalterable conformidad con el divino beneplácito, que la mantenía siempre tranquila y contenta en medio de las más duras pruebas de la vida. En una palabra, Gema no vivió en adelante sino para su Dios; tal fué la meta de cada uno de sus deseos y aspiraciones; en sólo El hallaba su gusto y descansaba tranquila su alma. De este feliz estado de nuestra virgen, que andando el tiempo se fué perfeccionando constantemente, tendré que hablar en los siguientes capítulos de este libro. Lo he mencionado aquí para indicar solamente que tuvo principio al salir Gema del lecho de sus dolores.

Entre tanto se acercaba la Semana Santa. La Sierva de Dios la esperaba con gran ansiedad, para poder desahogar, en aquellos días memorables, los tiernos sentimientos de su corazón para con Jesús crucificado. Con el fin de seguir por orden el relato de lo que acaeció en aquella gran semana, hablaré aquí de la «Hora Santa» practicada por Gema, durante la cual se realizaron, en los últimos años de su vida, los mayores prodigios del amor de Dios en su

alma. Mientras se hallaba enferma en el lecho, había ido a visitarla su maestra Sor Julia de las Zitinas, la cual, para disponerla a sufrir los dolores de aquella enfermedad, le habló del indicado ejercicio piadoso, que había de practicarse cada semana el jueves por la noche en memoria del divino Redentor, quien en tal día dió principio a su dolorosísima pasión. De tal manera se enamoró Gema de esta devoción, que, a pesar de la flaqueza de su cuerpo, no dando oídos más que al fervor de su espíritu, deseó practicarla al punto, no obstante hallarse reducida a guardar cama. Pidió con instancia el manual, y la buena maestra se lo concedió. Dicho manual, compuesto por la santa Madre Fundadora del instituto de Sta. Zita, Elena Guerra, lleva por título *Una hora de oración con Jesús agonizante en Getsemani*, y contiene cuatro piadosísimas meditaciones sobre el misterio, seguidas de preces y ofertas. Obtenido el permiso del confesor, el Jueves Santo de dicho año principió el piadoso ejercicio de la Hora Santa; y para disponerse mejor a él, quiso que precediese la confesión general de toda su vida: tan grande era el concepto que de él se había formado, aun ignorando entonces, como ignoraba, el fin al cual ordenaba Dios semejante preparación y ejercicio. Oigamos a la misma Gema cómo refiere el hecho: «Por primera vez hice la Hora Santa fuera de la cama, pues se lo había prometido al Corazón de Jesús. Experimenté tal dolor de mis pecados, que pasé momentos de continuo martirio. En medio de aquel dolor infinito (nótese, dolor infinito), tenía un consuelo: el de llorar, con lo cual me confortaba y aliviaba. Pásada la hora, que empleé en rezar y llorar, me senté. El dolor continuaba, pero al poco rato experimenté total recogimiento interior, seguido inmediatamente de tal pérdida de fuerzas, que con dificultad pude levantarme para echar la llave a la puerta de mi cuarto. ¿En dónde estaba yo? Pues en presencia de Jesús crucificado, que vertía sangre por todas partes. Ante su vista, no pude menos de bajar los ojos; hice la señal de la

cruz, y pronto la turbación fué sustituida por la tranquilidad de espíritu ⁽¹⁾. Pero el dolor de mis pecados era más intenso cada vez, y como me faltase el valor para mirar a Jesús en tal estado, me postré con la cara en tierra, y en esta posición estuve varias horas. Volví en mí; las llagas de Jesús, de tal modo se grabaron en mi mente, que no han vuelto a borrarse de ella.»

Desapareció la visión. Gema, sedienta del amor de su Jesús crucificado y del deseo de contemplar los inefables dolores, anhelaba hallarse ya en Viernes Santo para poder tomar parte en las tres horas de agonía. Mas los de casa no creyeron prudente consentirle que fuese a la iglesia, ante el fundado temor de que la gran ternura de su fe y de su amor en semejante día no le hiciera estallar el corazón. Sintió en el alma la buena Gema aquella prohibición; comenzaron a asomársele a los ojos las lágrimas, mas se dominó, y «violentándome—son sus palabras,—hice este primer sacrificio a Jesús, y Jesús, muy generoso conmigo, quiso premiármelo.» No aviniéndose a perder el fruto del deseado ejercicio, encierrase en su aposento y empieza sola las tres horas. Pero ¿qué he dicho sola? Apenas hubo entrado, vió a su lado al Angel Custodio riñéndola por las lágrimas que había derramado poco antes, y dándole sabias advertencias sobre la generosidad con que Dios iba a portarse con ella por aquel sacrificio. Pónense luego a orar juntos; el Angel ayuda a Gema a acompañar devotamente a Jesús en su Pasión y a su afligida y santa Madre; y tantas fueron las comunicaciones celestiales que con tal ayuda recibió Gema en aquella tierna contemplación, que poco después tuvo que decir a su Director: «Fué esta la primera vez y el primer viernes que Jesús se hizo sentir en mi alma con

(1) Esta es la diferencia, al decir de los teólogos, que media entre las apariciones celestiales y las diabólicas, a saber: que las primeras infunden temor, al cual sucede luego una tranquilidad alegre, cuando las otras, al principio toman (ciertamente para causar mayor daño) una falsa seguridad, a la cual sigue una gran turbación de espíritu y verdadero espanto. Por esta señal es fácil distinguir unas de otras.

tanta fuerza; y por más que no recibí, porque era imposible (día de Viernes Santo), a Jesús verdadero de manos del sacerdote, con todo, Jesús vino a mí y se me comunicó ⁽¹⁾. Mas fué tan fuerte esta unión, que quedé como atontada. Pero Jesús habló muy fuerte.»

Favores tan grandes, si bien, por un lado, consolaban el alma de la piadosa jovencita, llenábanla, por otro, de confusión y temor. Juzgábase indigna de ellos, y en su humildad, hubiera querido que nadie los hubiese advertido; más todavía, fué necesario que el Angel Custodio se lo advirtiese varias veces, y aun que la reprendiese para inducirle a manifestar al propio confesor lo ocurrido en la última visión. Respecto a los saludables efectos que en el corazón de la Sierva de Dios produjo aquella vista de Jesús cubierto de sangre, dice ella misma que fueron dos pensamientos y dos sentimientos ardentísimos. «El primero fué amarlo, y amarlo hasta el sacrificio; el segundo fué un gran deseo de padecer algo por El, en vista de que tanto había padecido por mí.» ¿Qué hace, pues, Gema? Sin que nadie lo advierta, se dirige al pozo de la casa, saca de él la cuerda, hace algunos nudos en ella y se la ciñe al talle. Mas ¿cómo conseguiría amar a su Dios cuanto deseaba amarlo? Lo había preguntado al confesor, pero no quedó satisfecha de su respuesta; ahora se dirige directamente al Señor, el cual la satisfizo plenamente. Véase cómo: «Estaba acongojada—escribe Gema—porque no sabía amar; mas Jesús, en su infinita bondad, no se desdeñó de convertirse en maestro mío.» Era una noche de verano de aquel mismo año; Gema se hallaba sola en su aposento, fijo el pensamiento y el afecto en Jesús crucificado, y aplicada con todo ahinco a hacer sus acostumbradas oraciones antes de acostarse, «cuando de improviso—así continúa ella su relato—me sentí enteramente recogida en mi interior, y me hallé por segunda vez ante Jesús Crucificado, el cual me dijo estas

(1) Al hablar de la comunión de Gema, explicaré el modo de comunicarse Jesús a ella, de que habla aquí la Sierva de Dios.

palabras: Mira, hija mía, y aprende a amar. ¿Ves esta cruz, estas espinas, estos clavos, estos cardenales, estos desgarrros, estas llagas? Todo es obra de amor y de amor infinito. Mira, pues, hasta qué punto te he amado. ¿Quieres amarme de veras? Aprende primero a padecer; padeciendo se aprende a amar.» A tal vista, a tales palabras, la tierna virgen experimentó dolor tan grande, que, no pudiendo más, cayó desvanecida en tierra y permaneció allí sumergida como en un mar de dolor y de amor; volvió en sí al cabo de algunas horas. ¿Estás ahora contenta, Gema de Jesús, de haber aprendido de labios del mismo divino Maestro cómo se ama? Prepárate, pues, que los padecimientos serán para ti sin medida.

CAPITULO VII

Hace los ejercicios en las Salesianas, mas no es admitida en su Instituto

(ABRIL-MAYO DE 1899)

Acercábase mientras tanto el mes de Mayo. La buena Gema contaba los días, más todavía, los minutos que le faltaban para poder encerrarse en el convento y estar así toda y sola con Jesús. Por su parte, Jesús trabajaba con su gracia para purificar cada vez más aquella alma escogida, a fin de capacitarla para recibir el gran don que le preparaba. Amaneció, por fin, el 1 de Mayo, en el cual las religiosas salesianas habían prometido admitirla para hacer los ejercicios espirituales. Gema, regocijada en el alma, acogióse a las 8 de la tarde al sagrado retiro, al entrar en el cual, parecióle, a su decir, que se hallaba en el paraíso. Antes había prohibido a los de su casa que fuesen a visitarla para que no la estorbasen, «porque—decía—aquellos días eran todos de Jesús.»

No lleve a mal el lector que nos detengamos algo con nuestra Gema en estos santos ejercicios, de los cuales sacó la Sierva de Dios preciosos recuerdos, como que dieron el último golpe a la obra maestra de gracia que quería obrar Dios en ella. Según hemos indicado arriba, las Salesianas no sólo deseaban ver a Gema y tenerla por algún tiempo a su lado, sino que tenían también pensado en adquirirla para su Congregación. Sabían que era pobre y estaba desprovista de todo; pero tenía fama de ser muy virtuosa, por lo cual hubiera sido para ellas una verdadera adquisición. De acuerdo, por tanto, con el confesor de la joven, habían decidido que Gema hiciese los ejercicios, no ya en forma privada, como acostumbraban hacerlo las externas, sino conformándose al horario de comunidad. Según esto,



Convento de las Salesianas de Luca

Gema había de tomar parte en el rezo del Oficio, en el coro, en la meditación común, en el trabajo, en la mesa y en todos los ejercicios, como si ya fuese novicia. La piadosa joven hubiera deseado, por lo contrario, estar sola, pasar aquellos días desconocida, ignorada; con todo, sabiendo que la obediencia y la renuncia de la propia voluntad es lo más agradable al Señor, no replicó, sino que alegre se entregó a la Maestra de novicias para ser como una de ellas. Con esto se proponían aquellas buenas religiosas probar a Gema, al propio tiempo que se prometían gran ventaja espiritual del buen ejemplo que, de seguro, había de dar a sus jovencitas. Y esto lo pensaban, no sólo por el gran concepto que de ella tenían, sino también por los óptimos informes que de ella habían recibido por conducto de Monseñor Volpi, confesor de Gema y gran protector suyo. Movidas, por tanto, de esta buena opinión, novicias y profesas se avinieron fácilmente a amar a la recién venida y a cuidarla afectuosamente. La Madre Superiora especialmente, le hacía singulares demostraciones de afecto. En la mesa la tenía en el lugar de honor, al lado de ella, y por la noche, durante el recreo, frecuentemente en su aposento, entreteniéndola con conversaciones sobre cosas santas, siempre que, según permiso recibido del confesor, no se retiraba al coro la piadosa Gema para tratar a solas con Dios.

De lo que luego escribió Gema, fácil es deducir, a lo menos en parte, cuáles fueron las luces, cuáles las comunicaciones celestiales que le concedió el Señor en aquellos días. «Jesús—decía la Sierva de Dios,—sin atender a mi miseria, me consolaba y se dejaba sentir cada vez más en mi alma;» palabras que, en su boca, significan que todo el cielo se derramaba en alma tan bien dispuesta, para consolarla, animarla, incitarla al bien y aficionarla a las cosas divinas.

Por esto mismo, y aun cuando se hallaba Gema en la casa de Dios, cual en el Paraíso, la regla de la Comunidad le parecía poco para su fervor. Deseosa de tratar sólo con

Dios y de hacer grandes penitencias por amor de su Jesús, creyó que aquel linaje de vida era demasiado cómodo, y aun parece que el mismo Divino Maestro se lo dió a entender así. «Muchas veces—dice ella misma,—de cuando en cuando me repetía Jesús al corazón: Hija, para ti quiero una regla más austera.» Sin embargo de ello, Gema permanecía allí contentísima, por lo cual, temblaba al solo pensamiento de tener que salir de aquel santo asilo para volver a su familia. Por esto, rogaba constantemente al confesor que interpusiera su valimiento, a fin de que no le ocurriese tal desgracia y pudiera permanecer siempre en aquella Congregación. Las dificultades empezaron cuando se hubo de acudir al señor Arzobispo para obtener la debida licencia. Este santo prelado, que lo era Mons. Ghilardi, había oído hablar de Gema, pero no la conocía personalmente. Sin embargo de esto, lleno de prudencia, sintió nacer dudas en su corazón. Aunque curada por milagro, la joven era, según las referencias que de ella tenía, débil y de constitución enclenque, tanto que todavía llevaba el aparato ortopédico que al principio de la enfermedad le habían colocado los médicos para que pudiera mantenerse derecha. Sabiendo esto la buena Superiora, deseosa de ahuyentar la dificultad, mandó a Gema que se quitase dicho aparato; corrió la jovencita a su aposento, se lo quitó y no volvió a ponérselo más, sin que por esto experimentase la menor molestia. Mas todo fué inútil; el señor Arzobispo, inspirado ciertamente por Dios, se mantuvo firme, prohibiendo que la joven pudiese entrar en el noviciado en el próximo Junio, como estaba decidido; sólo pudo obtenerse de él que le permitiese permanecer en el monasterio hasta el 20 de Mayo, para darle el consuelo de asistir a la profesión de algunas novicias, que habían de pronunciar sus votos en dicho día. En tan fausto acontecimiento, Gema, a quien todavía no se había comunicado la resolución del señor Arzobispo, dió rienda suelta a la alegría de su corazón. «Jesús—son sus palabras—me conmovió

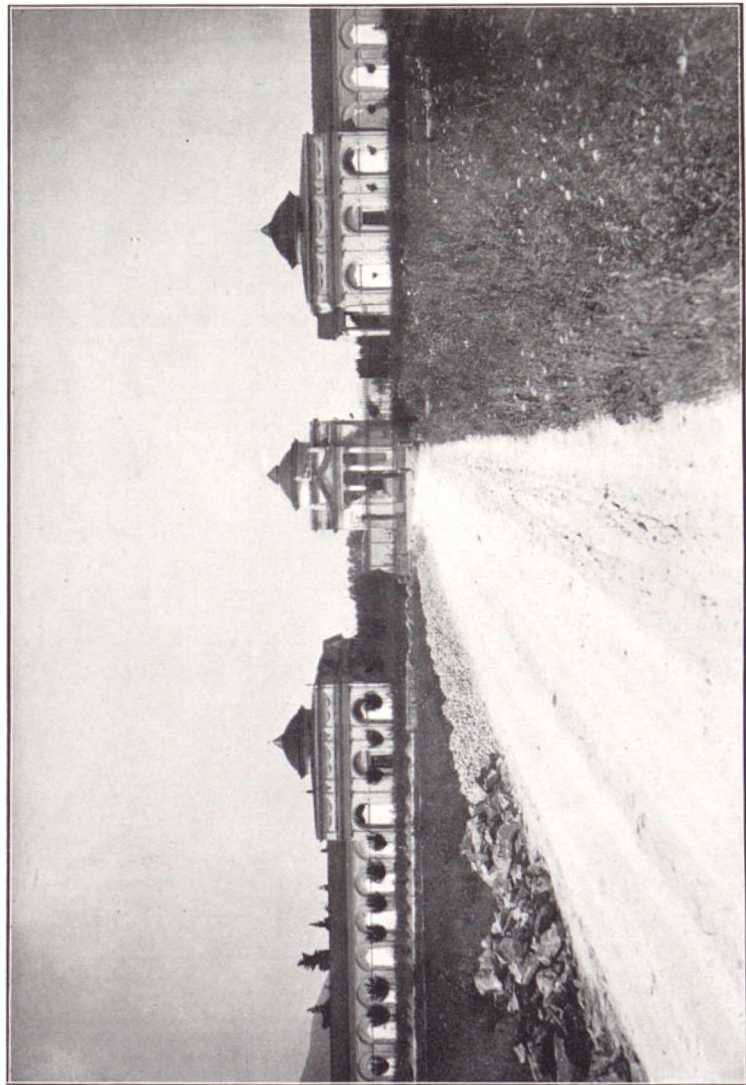
(entonces) más de lo que solía,» acaso con el fin de prepararla para el próximo desengaño. Se la veía a solas, enteramente absorta en suave contemplación. «Lloré y lloré mucho:» cierto, con lágrimas de amor y de dolor.

Refiérese que aquel día, estando todas las de la comunidad juntas festejando a las nuevas profesas, nadie advirtió que Gema hubiese permanecido en la capilla orando toda la mañana, y quedándose, por consiguiente, sin desayuno ni comida. Menos todavía pensó en ello la misma Gema, porque estaba con su Dios; pero haciéndole traición la debilidad de la naturaleza, poco después del mediodía sintióse desfallecer, y permaneció de aquel modo hasta que, habiéndolo advertido las monjas, se apresuraron a volverla en sí. Pero nada fué esto comparable con la notificación que aquella misma noche se le hizo de tener que salir del convento y volver a su casa. El dolor que con ello sintió la jovencita fué extremado; sólo pudo mitigarlo su heroica resignación a la voluntad divina. «Eran las cinco de la mañana del 21 de Mayo de 1899—dice ella misma,—cuando hube de salir. Pedí llorando la bendición a la Madre Superiora, saludé a las monjas, y salí. ¡Dios mío, qué dolor!»

Y con este dolor en el alma regresó la pobre joven a su casa, la cual le parecía tan cambiada de veinte días a esta parte, que no podía adaptarse a ella. ¡Eran tan diversas ya las ocupaciones, las personas, los discursos! Esto no obstante, sabiendo que con ello cumplía la voluntad de Dios, se acomodó a todo, volviendo a sus antiguas faenas y aplicándose a ellas con igual ardor. Experimentaba que éstas no distraían su atención de las cosas celestiales, de las cuales solamente estaba lleno su corazón; por este motivo, reprimiendo en lo interior de su alma sus aficiones y dolores, era todo ojos para cumplir perfectamente todos sus deberes para con su tía, su hermanito y la hermana menor, sirviéndolos en todo y animándolos con su ejemplo a tener paciencia en medio de tantas angustias como eran

las que sufría cada vez más aquella infortunada familia. Entre las prácticas que ejercitaba, refiérese la siguiente: Según hemos dicho, Gema amaba tiernamente a su padre, y hasta su último suspiro se desvivió siempre por servirlo y hacerle demostraciones de virtuosa deferencia filial. Después de muerto, no se olvidó jamás de su alma, e hizo continuos sufragios por su eterno descanso. En Camaiore dirigíase frecuentemente a la iglesia de la Abadía como en devota peregrinación para rogar a la Virgen por el alma de su padre. De vuelta en Luca, casi no dejó pasar un día festivo sin dirigirse con su hermanita Julia al campamento a orar ante la tumba de sus queridos padres.

Ahora, después de los veinte días pasados en el convento, reanudó con mayor ardor aquella piadosa práctica. Después de haber oído la santa misa y de alimentarse con el pan de los ángeles, se dirigía con su querida compañera al cementerio, situado a alguna distancia de la ciudad, y con ella permanecía en él hasta el mediodía, en que se cerraban las puertas. Sin embargo de esto, no bastando todo aquel tiempo a su piedad, esperaban fuera, hasta que aquéllas volvían a abrirse. Sucedió que a una pobre mujer que habitaba en una de las casas vecinas le despertaron la atención aquellas dos devotas jovencitas, que, recogidas y silenciosas, permanecían de aquel modo en la vía pública, sin que en ellas hiciese mella ni el frío, ni la lluvia, ni el sol; por lo cual las invitó cortésmente a que se guareciesen con ella en lugar cubierto, y tomasen algo, pues había adivinado que estaban todavía ayunas. Al verlas más de cerca, se aficionó a ellas de tal modo, que les hizo prometer que siempre que fuesen al cementerio descansarían y comerían algo en su pobre casa. Hiciéronlo llenas de agradecimiento las buenas jóvenes; pero sucedía no pocas veces que su caritativa huésped no se hallaba en casa, por lo cual, no atreviéndose ellas a presentarse en otra parte, permanecían en ayunas hasta la noche. Mas ni siquiera entonces volvían directamente a su casa; sino que cuando



Camposanto de Luca

oían sonar las campanas de la ciudad invitando a las sagradas funciones, devotamente se dirigían a alguna iglesia para la visita y bendición del Santísimo Sacramento; así acababan de santificar el día aquellos dos ángeles, después de haber desahogado plenamente sus sentimientos de piedad filial.

Cierto es que las monjas salesianas habían despedido a Gema después de los santos ejercicios, pero no le habían quitado toda esperanza de admitirla tan pronto como se hubieran allanado las dificultades que se habían opuesto a su entrada en el noviciado. Y Gema, aun cuando reconocía en su interior que no era aquel su ideal, con todo, se hubiera adaptado a él, a trueque de salir del mundo. Ignoraba que la consagración de la cual le había hablado el Señor para el día de la fiesta del Sagrado Corazón no se refería a la consagración monástica, sino a otra muy diferente, a la cual la iba disponiendo con aquellas locuciones, a fin de que se hallase dispuesta a transformarse toda en El por el dolor y el amor. Por otra parte, no habían de faltar medios a su divina sabiduría para santificarla, aun dejándola en medio del mundo. Pero Gema, que no entendía nada de esto, ateniéndose a la letra de aquella promesa, se afirmaba en su esperanza con resignación, pero también con verdadero ardor de espíritu. Cada día se presentaba en el convento de las Salesianas, rogando e insistiendo para que la recibiesen. Las dificultades, empero, no eran pocas. Exigíanle certificados de médicos y no sé cuántas otras cosas que a Gema no le era fácil obtener; y además, era pobre, no tenía dote ni más fortuna que su rara virtud y la poca ropa que llevaba encima. Las monjas, que sabían esto perfectamente, creyeron al principio que fácilmente obtendrían dispensa; mas con el tiempo, a fuerza de consultar, hallaron invencible esta dificultad; entonces ellas mismas empezaron a retroceder. Percatóse de ello la perspicaz muchacha, mas no se turbó; aconsejóse con su Dios, el cual, por fin, le dió a entender con claridad el misterio

de su consagración, a lo menos por lo que se refiere a las Salesianas. Contenta y resignada Gema, cesando de ultteriores insistencias, volvióse a su familia a esperar lo que quisiera Dios disponer de ella.

¡Ah, cuán verdaderamente grandes son, oh Dios mío, y cuán inefables los caminos por los cuales conduce a sus elegidos la divina Providencia!

CAPITULO VIII

Recibe la Sierva de Dios el don insigne de las llagas de Jesús crucificado

(1899)

Desde las primeras páginas de la presente historia habrá podido advertir el lector que el gran pensamiento de Gema, la pasión de su corazón, fué siempre la de asemejarse a Jesús; y puesto que el Hijo de Dios se presentó al mundo bajo la forma del dolor, no quiso ella saber otra cosa que *Jesum, et hunc crucifixum*. Aun los mismos misterios en los cuales la fe nos muestra las grandezas del Salvador, parecían conmoverla poco. «¡Ah, mi amado—decía con la Esposa de los Cantares—es para mí hacecillo de mirra; no quiero ver otra cosa en El, puesto que El no ha querido tomar otra cosa para sí. Vaya quien quiera a contemplarlo en el Tabor; yo le contemplaré en el Calvario, en compañía de mi querida Madre Dolorosa!» Aun de las imágenes del Señor parecía no hacer demasiado caso; y, en efecto, nunca quiso tener para su devoción particular otras estampas que las que representaban a Jesucristo crucificado. «Oh, mamá—la hemos oído decir de pequeña a su madre;—hábleme de la pasión de Jesús.» Y a las maestras en la escuela: «Hermanas, explíquenme algún punto de los misterios dolorosos de Jesús.» Y con esta explicación hemos visto tan enternecida a la santa jovencita, que, por temor de verla desmayada y enferma, aquellas buenas religiosas tenían que interrumpir el piadoso ejercicio. Este íntimo afecto creció constantemente, hasta producir una perfecta transformación de la piadosa virgen en Jesús Crucificado.

Hemos visto, además, cómo para infundir en esta tierna alma tales sentimientos, se le apareció el Divino Sal-

vador manando sangre, y estimulándola con sus llagas abiertas a amar y padecer por El; y poco ha, en el capítulo VI, cómo, con semejantes visiones y locuciones, la dispuso la gracia a cosas grandes, y cómo la condujo como por la mano, con singularísima prudencia, a fin de hacerla capaz de unirse a El. En cuanto hubo salido de las Salesianas, una voz misteriosa le inspiraba al oído estas palabras: «Apresúrate, anímate, olvídaló todo, entrégate a El sin reserva. Ama mucho a Jesús; no opongas ningún obstáculo a sus designios, y verás en poco tiempo cuánto te hará adelantar, sin que tú lo adviertas. Nada temas, porque el Corazón de Jesús es el trono de misericordia en donde los miserables son los mejor acogidos.» Con las cuales palabras confortada la sierva de Dios, exclama dirigida a una imagen del Sagrado Corazón: «¡Oh Jesús mío, quisiera amarte mucho, muchísimo; mas no sé hacerlo.» Y su voz interior, insistiendo en lo dicho en otra ocasión, decía: «¿Quieres amar siempre a Jesús? No ceses un momento de padecer por él. La cruz es el trono de los verdaderos amantes; la cruz es el patrimonio, en esta vida, de los elegidos.»

Por fin, cierto día, después de la sagrada comunión, oyó a Jesús mismo que le decía: «¡Gema, valor! Te espero en el Calvario, en aquel monte al cual te diriges.» A este noble convenio habían ido encaminadas aquellas múltiples contrariedades, aquellos atroces dolores, aquel prolongado retiro de ejercicios espirituales en un monasterio, aquella extraordinaria contrición de los propios pecados, de que antes hablé; en una palabra, todas las gracias extraordinarias concedidas por Dios a Gema desde el día de su prodigiosa curación hasta hoy. Levántate, pues, afortunada virgen, Jesús mismo te invita. La gracia ha ejecutado su obra; tu alma está suficientemente purificada; se aproxima la hora en que comprenderás enteramente tu vocación. Levántate y déjate transformar en el divino Esposo crucificado.

Era el día 8 de Junio de 1899, vigilia de la fiesta del Sagrado Corazón. Después de comulgar, dióle el Señor a entender que aquella misma tarde le concedería una gracia señalada, noticia que comunicó sin tardanza a su confesor, a quien pidió nuevamente la absolución de sus pecados; inmediatamente después, se retiró a su casa, con el entendimiento ocupado en altos pensamientos y el corazón rebo-sando alegría. Veamos lo que ocurrió; y tú, querido lector, recógete cuanto puedas, para mejor contemplarlo: «Era al anochecer (jueves, vigilia de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús). De pronto, más aprisa que de costumbre, sentí un dolor tan intenso de mis pecados, como nunca lo había experimentado, el cual, estoy por decir que me puso a las puertas de la muerte. Después de esto, noté que se reconcentraban las potencias todas de mi alma; el entendimiento no conocía otra cosa que las ofensas hechas a Dios; la memoria me las recordaba todas y me representaba los tormentos que padeció Jesús por salvarme; la voluntad me las hacía aborrecer, prometiendo sufrirlo todo para expiarlas; un mundo de pensamientos se agitaban en mi mente en revuelto torbellino; pensamientos de amor, de temor, de esperanza, de dolor, de consuelo.

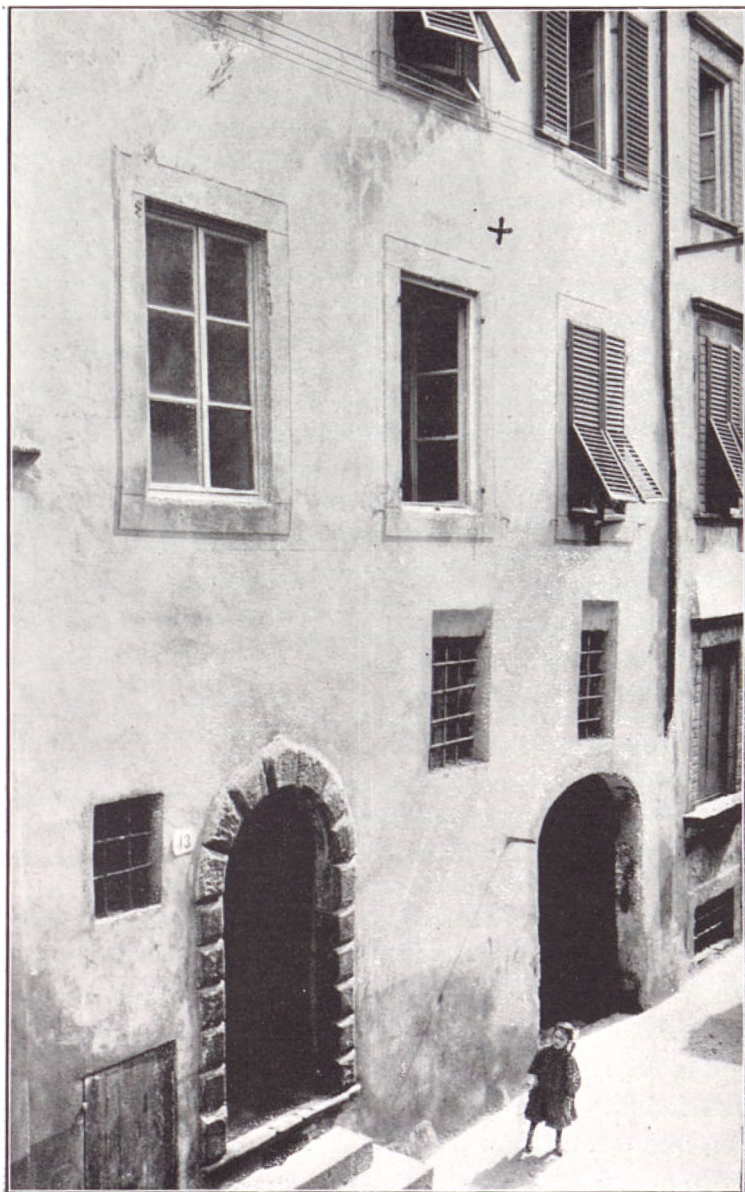
»Al recogimiento interior siguió bien presto la pérdida de los sentidos. Me encontré en presencia de la Madre celestial, a cuya derecha estaba mi Angel custodio, el cual me mandó rezar el acto de contrición; hecho esto, mi Madre me dirigió las siguientes palabras: «Hija, en nombre de Jesús, todos tus pecados te son perdonados.» Después agregó: «Mi Hijo te ama mucho y quiere concederte una gracia: ¿sabrás hacerte digna de ella?» En mi miseria, no sabía qué responder; pero ella me animó diciendo: «Seré tu madre; ¿te portarás tú como buena hija? Dicho esto, abrió su manto y me cubrió con él. En el mismo instante, se apareció Jesús con las llagas abiertas, pero en vez de manar sangre, salían de ellas llamas de fuego, las cuales, tocando por un momento mis manos, mis pies y mi costa-

do, me causaron tan mortal dolor, que, si mi Mamá no me hubiese sostenido, habría rodado por el suelo. Creo que permanecí varias horas en aquella posición, cubierta con el manto de mi Madre Santísima, la cual me besó en la frente; después desapareció todo. Al volver en mí, advertí que estaba en el suelo arrodillada, que las manos, los pies y el corazón me dolían mucho, y al levantarme del suelo para acostarme, observé que de las partes doloridas salía sangre.»

Tuvo lugar este prodigio en la casa n.º 13 de la vía Biscione, piso primero, parroquia de San Frediano, en donde habitaba entonces Gema con su familia. Y designamos con singular cariño esta casa, porque creemos que algún día llegará a ser santuario memorable, como el de Alvernia, en donde recibió las sagradas llagas el patriarca San Francisco.

¿No estás satisfecha, oh Gema, de tomar asiento al pie de la Cruz del Salvador, adornada con esas divinas joyas, en compañía de la Virgen dolorosa, de Francisco de Asís, de Catalina de Sena, de Verónica Giuliani? De hoy en adelante podrás, como ellos, decir: Nadie me moleste, llevo en mi cuerpo las llagas de Jesucristo. *Stigmata Domini Jesu in corpore meo porto.*

Del seráfico Patriarca dicese en su vida que, después de haber sido señalado con tal don, mientras, de una parte, se sentía todo transformado por amor en Dios, no era poca la angustia en que, por otra, debía hallarse al ver que no podía ocultar aquellas misteriosas heridas a los ojos de los profanos. Pedido consejo a sus discípulos de Alvernia, estudióse el modo cómo pudieran mantenerse ocultas. Bastante más difícil era esto para Gema, la cual no vivía en un desierto, sino en medio del mundo, rodeada continuamente de personas curiosas. Además, dos veces al día le tocaba salir de casa para ir a la iglesia, a la comunión y a la visita, y a todo esto, las heridas derramando sangre en abundancia. ¿Qué hacer, pues? Luego de haber reflexio-



Casa de Galgani en la calle del Biscione

nado en ello toda la noche, probó por la mañana a levantarse; y aun cuando al poner los pies en el suelo vió que no podía consigo, y a cada instante creía morir de dolor, se levantó, púsose unos guantes, y más arrastrándose que caminando, fué a recibir la sagrada comunión. De regreso en su casa, además de la angustia de no poder ocultar el prodigio, experimentaba no poca perplejidad por no poder atinar qué podrían ser aquellos signos. Al principio, creyendo, en su ingenuidad, que todas las almas desposadas con Cristo por el voto de virginidad tenían tales señales, con la mayor inquietud, llena de modestia y de candor, preguntaba a unas y a otras si habían experimentado alguna vez en sí mismas heridas y desgarramientos en tal y cual forma. Nadie recordó haber experimentado cosa semejante. Unas no entendían a qué podía referirse con aquel excitado lenguaje; otras se sonreían de su simplicidad. Mientras tanto la sangre continuaba manando por debajo de los guantes. No sabiendo ya qué hacer, se resolvió a manifestarlo a su tía, y presentándose con los brazos extendidos y cubiertas las manos con el vestido, le dijo: «Tía, vea lo que me ha hecho Jesús ⁽¹⁾.» Ante aquella vis-

(1) Acerca de este tierno episodio, el piadosísimo conde romano Bruno-ri Querenghi compuso el siguiente bellissimo soneto:

«VEDA UN POCO, ZIA, CHE MI HA FATTO GESÙ!

Si disse un dì la vergine celeste,
A chi l'avea nel core più che figlia,
La palme avvolte in la povera veste
Levando, e chine per pudor le ciglia.
Di quella pia si scosse l'alma a questa
Voce d'inaspettata maraviglia;
Ma nei membri lucean già manifeste
Le tracce ormai della piaga vermiglia.
Conobbe allor che la virtù superna
Dava a Gemma la prova ultima, e l'ora
S'approssimava della gioia eterna.
Ma quel che più per lo stupor la inciela
E dell'angelo suo più l'innamora,
È il bel candor onde il prodigio svela.» (*)

(*) ¡TÍA, VEA LO QUE ME HA HECHO JESÚS!

Así dijo un día la celestial virgen a aquella que la amaba más tiernamente

ta y aquellas palabras, quedó aturdida la piadosa mujer, la cual, si bien en adelante, según veremos, entendió el portentoso misterio, le era entonces absolutamente nuevo y desconocido.

Seguramente querrá el lector que le explique de qué naturaleza eran las llagas de la sierva de Dios, cómo se formaban y de qué modo se manifestaron en lo sucesivo. Apurado me vería para contestar adecuadamente, si este fenómeno fuese único en la hagiografía cristiana; pero aunque muy raro, no es nuevo, pues en el siglo XII pudo observarse en la persona de Francisco de Asís y en la virgen belga Luisa Lateau en el siglo XIX. En esta última particularmente el prodigio fué observado por millares de personas, y estudiado científicamente por médicos eminentes, católicos y racionalistas, y a la luz de la teología por doctores insignes en ciencia y piedad, los cuales escribieron y dieron a la publicidad sobre el asunto varios volúmenes. Comparando aquellos hechos con el que nos ocupa, fácil es abrirse paso para comprender el que en este siglo se manifestó en la virgen de Luca.

Principió el fenómeno de la manera que se ha visto, y como nadie más que la virgen favorecida lo presenciase, a su relato me atengo, sin añadir ni quitar nada. Desde aquel día en adelante, se repitió periódicamente todas las semanas, desde la noche del jueves, poco más o menos a las ocho, hasta las tres de la tarde del viernes. Sin preparación de ninguna especie, y sin que lo anunciase el más pequeño dolor, excepción hecha del recogimiento precursor del éxtasis, de repente se presentaba en el dorso y en la palma de ambas manos una mancha rubicunda, y por

que si fuera hija propia, levantando las manos envueltas en su pobre vestido, y fija pudorosamente la vista en el suelo. A estas palabras que anuncian tan inesperada maravilla, siente la piadosa mujer que se estremece su alma; pues en los miembros se patentizan manifestamente por siempre más las huellas de la rojiza llaga. Conoce entonces que la virtud de lo Alto daba a Gema la última prueba, y que se aproximaba la hora de la alegría eterna. Pero lo que más la llena de estupor, lo que más la cautiva en aquel ángel, es el bellísimo candor con que manifiesta el prodigio.

debajo de la epidermis, que es la membrana sutil y transparente que recubre exteriormente la piel, una rasgadura en la carne viva, esto es, en la dermis, de forma oblonga la del dorso, e irregularmente redonda la de la palma. Al propio tiempo, rasgábase la epidermis, y se ponían al desnudo las heridas de aquellas inocentes manos, con todos los caracteres de llaga viva, teniendo como un centímetro de diámetro la de la palma, y unos veinte milímetros de largo por dos de ancho la del dorso.

La herida, algunas veces, era superficial, casi imperceptible a simple vista, pero de ordinario profunda, y parecía unirse con la de la cara opuesta, atravesando la mano enteramente. Y digo que parecía, porque de las heridas salía sangre, en parte líquida y en parte coagulada, y al cesar ésta de salir, la herida se contraía y no era fácil explorarla sin el auxilio de la sonda, instrumento que no me atreví a usar, ya por el temor reverencial que me inspiraba la extática en aquellas condiciones, ya porque el dolor le hacía retraer convulsivamente las manos, y además, porque la herida de la palma estaba cubierta de una protuberancia dura, carnosa, en forma de cabeza de clavo, sin adherencias, y del diámetro de una moneda de cinco céntimos. En los pies, además de ser mayor la rasgadura y de color lívido sus labios, la diferencia de tamaño era en sentido inverso, pues su mayor diámetro correspondía al dorso y el menor a la planta con la particularidad de que la del dorso del pie izquierdo era tan grande como la de la planta del pie derecho, como seguramente serían las del Salvador, suponiendo que con un solo clavo fueron sujetos a la cruz sus santísimos pies, el derecho sobrepuesto al izquierdo. Acabo de decir que las rasgaduras se formaban en poco tiempo, en cinco o seis minutos, principiando interiormente por debajo de la epidermis y terminando con la abertura de ésta; con todo, no siempre sucedía así, pues a veces el golpe era instantáneo, y como en las heridas violentas, partía de lo exterior. Cuando la herida aparecía

de improviso, daba lástima ver a la querida mártir agitarse, estremecerse en todos los músculos de los brazos, de las piernas y de todo el cuerpo.

Hablemos ya de la llaga del costado. Esta herida por pocas personas y escasas veces fué examinada, pues le parecía mal a la buena familia aproximarse al virginal cuerpo con el solo fin de satisfacer su devota curiosidad, como me lo pareció a mí; por este motivo no tengo el consuelo de poder reseñarla. A juzgar por el intenso dolor que sentía Gema en esta herida, no sólo superficialmente, sino en el corazón, es de creer que llegaba hasta esta misma víscera. Por otra parte, si el fin que Dios se propone al obrar semejantes prodigios, es el de reproducir en alguno de sus siervos la realidad de lo que su Hijo Jesús padeció en la cruz por nosotros, no es de creer que la reproducción sea incompleta. He leído en la vida de la Sierva de Dios Juana de la Cruz que en la autopsia de su cadáver, los cirujanos, siguiendo el curso de la misteriosa herida que tenía en el costado, vieron que, después de atravesar los pulmones, llegaba en realidad hasta el corazón. También se hizo la autopsia al de Gema, a los trece días de muerte; pero el prodigio de las llagas había cesado dos años antes. De no haber sucedido esto, ¿quién sabe si tendríamos, en un segundo y evidente ejemplar, la clara evidencia de lo que sólo presento como probable?

La abertura del costado de Gema tenía la forma de media luna en sentido horizontal, con las puntas hacia arriba. De seis centímetros de longitud y tres milímetros de ancho en su parte media, formaba con sus dos caras un ángulo que tenía su vértice a un centímetro de profundidad. También esta herida se producía de dos modos, a saber, instantáneo el uno y desde lo exterior, como si se produjese por efecto de la lanza; interior el otro, abriéndose lentamente en la dermis pequeños y rubicundos orificios, que primeramente se veían debajo de la epidermis, hasta que, aumentando en número, acababan por rasgar toda la

piel para formar la enorme llaga ya descrita. No dejó de cautivar mi atención la forma de media luna que tenía esta herida, no observada en los demás estigmatizados que conozco, si se exceptúa la Ven. Diomira Allegri, florentina del siglo XVI, la cual, según aparece de su vida, que por casualidad leí, tenía una herida de igual forma, como consta de la relación jurada prestada por los peritos médicos y algunos otros testimonios oculares en el proceso de beatificación. No siendo razonable creer que una forma tan exacta en dos casos distintos, con un intervalo de tres siglos, sea puramente casual, es de suponer que la lanza con que se abrió el costado de nuestro Salvador tenía una forma tal que, hiriendo con ella en dirección oblicua, producía una herida en forma de arco.

La sangre que salía de esta herida era en tal abundancia, que empapaba las ropas interiores, hasta el extremo de que la humilde virgen, para ocultarla, tenía que valerse de lienzos doblados, los cuales escondía una vez mojados, para más tarde lavarlos, sin que nadie se enterase. Brotaba la sangre, no continuamente, sino a intervalos más o menos largos, coagulándose sobre la llaga, y permitiendo que ésta se secase, de tal modo que, si en este estado se lavaba, quedaba sólo la carne viva, como sucede con las heridas en vías de curación. Pero aquí no se trataba de un fenómeno natural; por esto, a un nuevo incendio del misterioso fuego que en lo interior obraba, empezaba la llaga a inflamarse de repente y a fluir la sangre en gran abundancia. Así, una de las muchas veces que esto le sucedió, pudo escribir: «Esta mañana, ya cerca de las 10, el corazón buscaba, buscaba... Me sentí desfallecer... Al dolor del corazón, sucedió un dolor muy fuerte en todos los miembros; mas lo que iba delante de todo, lo que a todo precedía era el dolor de los pecados. ¡Cuán fuerte era aquel dolor! Si hubiera sido mayor, no hubiera podido sobrevivir a él, e igualmente me parece que no podré sobrevivir al golpe que experimenté.» Se refería a la impresión de la lan-

zada que le abría la herida en el pecho. «Mi corazón, pequeño, muy pequeño, no podía ya estar cerrado, y ha empezado a derramar sangre en gran abundancia.» Y en otra carta: «Jesús se me dejó sentir fuerte, muy fuerte en mi alma; entonces, no pudiendo sufrirlo más el corazón, se abrió la herida por aquella parte, y sangró.»

Dadas las condiciones en que este maravilloso fenómeno se manifestaba, nunca fué posible saber cuántas veces tuvo lugar fuera de los días acostumbrados, ni calcular la cantidad de sangre perdida por esta víctima; sólo puede asegurarse que era mucha, según observaron las personas que asistían a Gema. Una de ellas manifestó bajo juramento que, de sólo la del costado, era tanto la sangre derramada, que, si no encontraba obstáculos, corría hasta el suelo. Lo mismo debe decirse con referencia a las demás llagas. Era, pues, lo que salía de las heridas verdadera sangre, de hermoso color, en un todo igual a la que sale de las heridas recientes; y, como ésta, se coagulaba sobre la piel, los paños y el pavimento.

No era menos admirable el modo como las llagas se borraban. Una vez terminado el éxtasis del viernes, cesaba de salir sangre, tanto del costado, como de las manos y de los pies; la carne viva se secaba poco a poco, los tejidos lacerados se unían y se cicatrizaban, y al día siguiente, o a más tardar el domingo, no quedaba el menor vestigio de aquellas profundas rasgaduras en el centro ni en la periferia; la piel las cubría uniformemente, como en las partes sanas. Sólo variaba el color, por quedar en el punto correspondiente una mancha blanquecina, indicio de que el día anterior había habido llagas en aquellos sitios, las cuales se producirían a los cinco días, para luego cicatrizarse de nuevo por igual modo. Muerta Gema dos años después de producirse el fenómeno, pudo comprobarse en el cadáver que persistían las manchas, cosa que no había sido fácil observar en vida, sobre todo en los pies, por la dificultad de desnudarlos durante los éxtasis. Hasta que fué prohibido por los di-

rectores de Gema, el fenómeno de la aparición de las llagas se realizó de una manera regular y constante todas las semanas, en los días jueves y viernes, sin que se manifestasen en ningún otro por memorable que fuese, ni aun en los casos en que los éxtasis se repetían en forma extraordinaria. Hubo, sin embargo de ello, por poco tiempo, una excepción, que referiré largamente en otro capítulo.

Ciertamente estas gracias no son ordinarias; pero ¿quién podrá negar a Dios el derecho de concederlas algunas veces en favor de almas privilegiadas, como sabemos era la virgen de Luca? Los que al oír referirlas parecen quedar poco menos que escandalizados, dan pruebas de no entender nada de las cosas divinas respecto de la Providencia; más todavía, de tener muy débil fe.

CAPITULO IX

La Sierva de Dios es hecha partícipe de los demás dolores de la pasión del Redentor

(1900...)

Pocos son los santos que tuvieron las cinco llagas a un tiempo, pues el Señor obra como tiene por conveniente, y la acción responde siempre a sus inescrutables designios. Gema debía ser del número más privilegiado, y participar, no sólo de las cinco llagas del Salvador, sino de otros tormentos de su pasión. Después del sudor de sangre en Getsemaní, el primer tormento que quiso sufrir el Señor en su carne fué el de los azotes; y como nuestra Virgen meditaba con especial devoción este misterio doloroso, contaba una por una las profundas heridas de que estaba cubierto el cuerpo de su divino amante, y decía: «Son todas obras de su amor,» con intenso deseo de que se imprimiesen en el suyo. A su vez, el divino Salvador complacíase en fomentar este deseo, apareciéndosele frecuentemente, según hemos visto, llagado, e invitándole a tocar y a besar las sagradas heridas; y Gema, no pudiendo sobreponerse a la fuerza del dolor y del amor que aquella visita producía en su alma, caía desvanecida a sus pies.

Por fin, un día, primer viernes de Marzo de 1901, en que con mayor ardor suplicó al Señor que le concediese alguna participación en la tortura de los azotes, consiguió ser atendida, durante el éxtasis acostumbrado. El estrago fué horrible. «El viernes—así lo comunicaba a su director,—hacia las dos de la tarde, me hizo experimentar Jesús algunos golpecitos. Padre mío, estoy cubierta de llagas que me causan un poquitín de dolor. ¡Viva Jesús!» Las llagas que nada tenían de imaginarias, las describirá su madre adoptiva, pues las observó repetidas veces. «Advertí

al principio de la noche—así escribe,—que Gema estaba en éxtasis y padecía más de lo ordinario. La cogí de un brazo, y notando que tenía grandes rozaduras de color rosado, le apliqué un pañuelo que se manchó de sangre. Padecía mucho y pude percibir que decía: «¿Serán tus golpes, Jesús?» Entonces comprendí que se trataba de los azotes. Duró esto los cuatro viernes de Marzo de 1901. El primer viernes pasó como ya dije; en el segundo hubo rasgaduras de la carne; en el tercero fueron mayores éstas, hasta el punto de que casi se veían los huesos, y en el cuarto fué tal el estrago, que había llagas por todas partes, hasta de un centímetro de profundidad. Esto no obstante, al cabo de dos o tres días, desaparecía todo. En una ocasión le vendé dos, únicas que quedaron por cicatrizar, pues supuraban, y padeció mucho al quitarle yo la venda; pero una vez quitada, se curaron en poco tiempo. Hablo de estas dos solas; las demás se cicatrizaron súbitamente. Estaban las llagas situadas de este modo: dos en un brazo, bastante profundas, de cuatro a cinco centímetros de largo; dos en una pierna, redondas y mayores que una moneda de dos pesetas; una en medio del pecho, en dirección de la garganta; dos encima de la rodilla, bastante grandes y más largas que anchas, dos en los codos, que casi descubrían el hueso; otras dos debajo de las rodillas, iguales a las anteriores; una casi redonda y bastante profunda sobre la garganta de cada uno de los pies, y dos a lo largo de la pierna. Tenía otras muchas, pero no las pude ver bien. Al principio no eran más que rozaduras, pero después eran rasgaduras profundas; y como le preguntase yo la causa de aquella diferencia, me contestó: «Porque primeramente eran sólo latigazos, pero ahora son azotes.» Decía para terminar aquella buena señora: «Si quiere formarse una idea de esto, no tiene más que traer a la memoria el gran crucifijo que tenemos en casa, ante el cual solía orar Gema; pues así estaba. Las mismas manchas lívidas, las mismas rasgaduras de la carne, de iguales dimensiones, en las mis-

mas partes de su cuerpo y causando su vista el mismo horror. Derramaba sangre en tal abundancia, que, si estaba de pie, llegaba al suelo, y si en la cama, empapaba hasta el colchón. Algunos de los charquitos que medí, tenían de cuarenta a cincuenta centímetros de largo por cinco de ancho.»

De igual modo se expresan cuantos vieron aquellas llagas, de lo que se desprende que no era Gema quien se las producía con disciplinas, ni con otros instrumentos de penitencia. Y ¿cómo hubiera podido producírselas si nunca la dejaban sola, ni de día ni de noche, principalmente durante el éxtasis, cuando acostumbraba a manifestarse el fenómeno de las llagas? Además, quedaría por explicar cómo tan profundas desgarraduras de la epidermis y de la dermis, producidas por modo natural, podían curar naturalmente en tan breve tiempo. Inútil es decir que la piadosa víctima sentía vivo dolor en heridas tan profundas, porque el gesto que ponía lo daba entender. «En el tiempo de los azotes—dice uno de los testigos,—Gema padece mucho, pero sin moverse. Alguna vez tiene pequeñas convulsiones, o le tiemblan los brazos, pero en cuanto a sentir, lo siente todo; porque si bien es verdad que queda algo entorpecida, pronto vuelve en sí, y todo lo recuerda después de pasado el éxtasis, según se ha comprobado. ¡Pobrecita, parte el corazón verla padecer tanto! ¡Sabe usted lo que me dice entonces? «Encomiéndeme mucho a Jesús.» Después oigo que dice: «¡Mamá mía! ¡Padre Eterno!» El jueves por la noche, a eso de las once, dijo: «Adiós, hasta mañana.» En efecto, cesaron los golpes y quedó como muerta, pero el pulso y el corazón latían normalmente; luego se reprodujeron los acostumbrados golpes.»

No se sabe si el fenómeno se repitió en otra ocasión fuera de los cuatro viernes indicados, pero es de suponer que alguna vez se presentaría, aunque sin ser notado, dados los artificios que empleaba la humilde sierva para ocultar los dones que Dios le concedía. Por lo menos, a

mí se me aseguró que en una ocasión pidió permiso a su bienhechora para tomar un baño en la casa, porque, dijo, «tengo los vestidos pegados y me hacen mucho daño.» Se bañó, y con ocasión del baño pudo observarse que sus inocentes miembros estaban surcados de llagas, con la sangre cuajada; que la camisa estaba también manchada de sangre, y que en la espalda se había pegado tanto, que al separarla se abrieron las heridas con gran dolor de la paciente. Sin embargo de esto, juzgando sólo por lo que ella decía, tales destrozos no eran más que «unos golpecitos que le había hecho sentir Jesús, para que padeciese un poquitín.»

Refieren los Evangelistas que los soldados, después de azotado el Salvador del mundo, se apoderaron de él y tejieron una corona de espinas que colocaron sobre su cabeza. ¡Corona adorable! ¡Habría cristiano que no te envidie y tenga a honor el ceñirte, después de haber estado en contacto con la frente del Hombre Dios? Así pensaba la virgen de Luca, penetrada de la grandeza de los misterios de la cruz; de aquí que estuviese enamorada, desde larga fecha, de semejante joya. En su lugar referiré la tierna visión del Angel, el cual se le apareció ofreciéndole dos coronas, de blancos lirios la una, y de espinas la otra, para que escogiese la que más le gustase. Gema, sin vacilar un instante, exclamó: «La de Jesús quiero; dame la de Jesús;» y tomándola apasionadamente, la estrechó amorosa contra su corazón. Otras veces se le aparecía Jesús coronado de espinas y le preguntaba si quería para ella su corona. Ahora que la santa joven ha llegado con sus deseos y místicas purificaciones a la perfección necesaria a estos dones extraordinarios, pasa de las palabras a los hechos, de las visiones a la realidad. Veamos cómo da cuenta de ello la misma Gema:

«Por fin esta noche (19 de Julio de 1900), después de seis días que no veía a Jesús, me recogí un poco. Me puse a orar, como tengo por costumbre los jueves, meditando

la crucifixión del Redentor. Al principio no sentí nada, pero al poco rato experimenté algún recogimiento. Jesús andaba cerca. Como en otras ocasiones, sucediendo al recogimiento la pérdida de los sentidos, me encontré con Jesús que padecía horribles penas. ¿Cómo había de ver padecer a Jesús sin ayudarle? Se apoderó de mí un gran deseo de padecer, por lo que, con repetidas instancias, supliqué a Jesús que me concediese esta gracia. En el instante quedaron satisfechos mis deseos; Jesús se acercó, y quitando de su cabeza la corona de espinas, con sus manos santísimas la colocó sobre la mía y la oprimió contra las sienes. Momentos de dolor fueron aquellos, pero felices. Así estuve una hora padeciendo con Jesús.» Y algo después: «En verdad que ayer, a eso de las 3 de la tarde, me sentía cansada y sin fuerzas. Me encontré de nuevo ante Jesús; mas no estaba ya triste como por la noche; me hizo algunas caricias, luego contento, contento, me sacó la corona de la cabeza (también ahora padecí un poco, pero menos) y se la puso en la suya; yo no sentí ya más daño; recobré las fuerzas súbitamente y me hallé mejor que antes de padecer.» Refiérese esto al mes de Julio de 1900; parece, empero, que empezó a advertirlo antes, si bien, por no haber quedado de ello memoria cierta, sólo podemos conjeturarlo en vista de algunos pasajes de los escritos de Gema.

Los hechos se encargaron de demostrar que esto no era efecto de la imaginación, porque a la citada hora se vió la cabeza de la joven rodeada de picaduras, por donde salía sangre; y no sólo de la circunferencia, sino de toda ella, por debajo del cabello. Con esto parece confirmarse lo que dejaron escrito algunos santos, a saber, que la corona de espinas del Salvador estaba de tal modo dispuesta, que cubría por entero su cabeza. Gema, hablando de la que por primera vez le había presentado el Angel, lo dice claramente: «No tenía la forma de corona, sino de gorro. En ocasiones, las heridas, casi imperceptibles, como las de la estigmatizada de Blois-d' Haine, Luisa Lateau, se notaban

sólo por la sangre que de ellas manaba; pero en otras «se distinguían perfectamente, tanto en la frente como en el cuero cabelludo, los agujeros de las espinas de forma triangular, de cada uno de los cuales destilaban gruesas gotas de sangre,» como lo afirma un digno sacerdote, testigo presencial, quien, como otros muchos, pudo observar el singular fenómeno, que regularmente se presentaba del jueves al viernes de cada semana, por algún espacio de tiempo, aun después de haber cesado el de las llagas de las manos, pies y costado.

Muchas veces tenía lugar antes del acostumbrado éxtasis del jueves por la noche. Hallándose con los de la familia durante la cena, aparecían en la frente de Gema gotas de sangre, que poco a poco iban en aumento, hasta correr por las mejillas, el cuello y los vestidos. «De cada cabello salía una gota—dice otro testigo;—de modo que la sangre caía al suelo.» ¡Espectáculo conmovedor, capaz de enternecer el corazón más duro! Lástima que no se hubiese pensado en fotografiar aquella cara, pues se hubiera conseguido tener el más exacto modelo de la imagen del *Ecce Homo*! «¡Si hubiese visto, Padre—dice otro,—cómo brotaba la sangre de los ojos, de los oídos, de la frente y de las sienes! Parecían fuentes, hasta el punto de emparar dos pañuelos. Hubiera comprendido entonces las angustias que pasaba aquel corazón.» En una ocasión que me hallé presente, ordené que se lavasen y secasen todas las heridas, y una vez efectuado, me puse a observarla. La sangre volvió a brotar al poco rato de los mismos puntos, manchando el angelical rostro. La efusión era bastante rápida, como si se oprimiese interiormente, obligando a la sangre a salir al exterior, y corriendo las gotas por la piel, para secarse al cabo de algún tiempo.

Aunque los Evangelistas no hacen mención de ella, opinan algunos místicos, con Santa Teresa, que el divino Varón de dolores tenía otra llaga sobre el hombro izquierdo, causada en el camino del Calvario por el peso de la cruz,

llaga que otros han confundido con una de las muchas que produjeron los azotes. Esta llaga, que también tuvo Gema, era larga y profunda; y tal dolor le ocasionaba, que la obligaba a caminar torcida de aquel lado. Como las demás, se cerraba la noche del viernes, o en la mañana del sábado, y al igual que las otras, manaba sangre en abundancia; y sólo se diferenciaba de ellas en que el dolor persistía algún tiempo más.

De este modo siguieron las cosas hasta Febrero de 1901, fecha en la cual, habiéndole escrito yo que rogase a Jesús que la librase de tales exterioridades, rogó esta vez con el mérito de la santa obediencia, y fué atendida. Según ella misma escribió, le aseguró Jesús que le quitaría las señales (esto es, las llagas), pero que acrecentaría en ella los dolores. Y así sucedió. Entonces, precisamente el 7 y 8 de Febrero de 1901, empezaron los golpes de la flagelación. Con esto queda mejor precisado cuanto dejamos dicho arriba, al afirmar que el hecho de la flagelación tuvo lugar en los cuatro viernes de Marzo, no obstante haber asegurado también que se verificó en Febrero. Mas el 6 de Abril, escribía Gema que también estos golpes habían cesado por obediencia al confesor; ella, empero, había padecido más, por no poder padecer.

Con todo, permitió Dios con el tiempo que cesaran las manifestaciones exteriores, si bien continuó el dolor, dejándose sentir más vivo todavía en las mismas partes; en efecto, la sangre que salía al exterior, en parte servía de alivio a la pobre paciente, según lo manifestó repetidas veces ella misma. Y era fácil adivinarlo, pues mientras padecía el tormento interiormente, se apoderaba de su cuerpo un temblor general, y brotaban lágrimas de sus ojos.

El Señor quiso concederle un desahogo. El corazón, con los esfuerzos que hacía en el pecho, comprimía la sangre en las venas y originaba vómitos de sangre. La joven estaba contenta de esto, porque en sus éxtasis se le oyó decir: «Jesús, te daré mis manos y mis pies, lo demás no

puedo, pues me lo ha prohibido el confesor. Toma mi corazón, puedo dártelo; te lo cedo, Jesús, así como las manos; lo demás no puedo.» Parece que el Señor, mostrándole sus manos traspasadas, le pedía sangre por sangre, con el fin de probarla. «No puedo—volvía a responder;—padezco mucho por esto, pero antes es obedecer que ser víctima.» Desde entonces principiaron aquellas terribles angustias que obligaron al corazón a buscar cabida en el pecho, encorvando fuertemente tres costillas del lado izquierdo, y a percibirse el fuego que abrasaba la carne y la piel del mismo lado, según veremos en otro lugar.

Para completar el cuadro, podría presentar la dislocación de los huesos que sufrió nuestro divino Salvador en la cruz, la distensión de sus miembros al colgarlo en el duro leño, el magullamiento de su sacratísimo cuerpo en las tres horas del horrendo suplicio, y la insufrible sed que, desde lo alto de la cruz, le obligó a decir, *Sitio*, «Tengo sed;» para demostrar que Gema, después de cesar las llagas, participó de estos dolores. Ella lo confesó, los signos exteriores lo demostraron varias veces, y dieron fe de ello varias personas, las cuales, maravilladas, atestiguan unánimemente que nada faltó a esta criatura santa para poder llamarla imagen viva de Jesús crucificado. Pero como este capítulo es demasiado largo, para no intercalar otro, me abstengo de referir estos testimonios, y de particularizar lo que indico solamente.

Debo, ello no obstante, mencionar el tormento interior de su corazón, que fué el más inefable del misterio de la cruz. En efecto, Gema, además de sufrir los dolores corporales de Jesús crucificado, sufrió también las agonías de espíritu que Jesús padeció en la cruz. Pero ¿cómo lo haré yo para que el lector me entienda, si trato de explicar en qué consistió esta mística agonía? Diré solamente que fué un sufrimiento mortal, a juzgar por las señales exteriores, el color cadavérico, el pecho levantado, los ojos hundidos y la sequedad de los labios. Así se explica que su oración

fuese escuchada, pues la vista de Jesús crucificado era el único pensamiento de esta virgen predilecta. «Jesús, hazme semejante a ti, en el padecer contigo; no me perdones. Padeciste tú, hazme padecer a mí también. Tú fuiste el varón de dolores, yo quiero ser hija del dolor.»

¿Qué falta, pues, para que podamos asegurar que Gema ha llegado al término de la santidad, pues ha dicho el Apóstol que «los que manifiestan en sí mismos la verdadera imagen del Hijo de Dios son los predestinados y elegidos?»

CAPITULO X

Conoce por primera vez a los Padres Pasionistas. Prosigue el asunto de las llagas y otros signos de la pasión

(JUNIO-JULIO-AGOSTO-SEPTIEMBRE DE 1899)

Habr  podido entender el lector qué comunión fué la de Gema en la mañana del 9 de Junio, hecha después de los misteriosos fenómenos del día anterior, es decir, con los pies y las manos atravesados de parte a parte, y despedazado el corazón con gruesa herida. El lenguaje humano no se presta a razonar acerca de esto.  Qu  efectos de gratitud y de amor!  qu  dulzura mezclada con tantos dolores!  Con qué ardor no repetiría en aquel feliz estado: *Dilectus meus mihi et ego illi!*  Ah! en verdad puede hoy repetir con San Pablo: «Estoy verdaderamente crucificada con Cristo. Vivo, pero no yo, sino que Cristo vive en mí.» De vuelta en su casa, no le había sido difícil manifestarse a su tía en la forma que arriba hemos referido. Quedaba, con todo, por hacer lo más y mejor, lo cual la tenía en alguna congoja. Al confesor, a quien por este motivo había dado ella noticia del presentimiento de una gracia extraordinaria, inminente, convenía dar cuenta minuciosa de todo.

Mas  c mo hacerlo? Siempre fué reservad sima la humilde virgen para hablar de ella y de sus cosas; sentía en esto tan gran repugnancia y vergüenza, que se hubiera escondido debajo de tierra con tal de poder mantenerlas ocultas en su propio corazón;  cu nto más tratándose de cosa tan insólita y misteriosa?  Y qué pensar  el confesor, se decía, al oir el relato, él que conoce a fondo cuán indigna soy de los celestiales favores? Y declarándole tales cosas,  no se escandalizar  la gente, pues todos saben que

estoy llena de pecados? No sabría decir si a tales sentimientos de profunda humildad se agregó alguna debilidad natural que acentuase tal repugnancia en Gema, o si ésta no fué más que una tentación del demonio; el hecho es que el Angel Custodio debió avisarla varias veces, aun con vehementes improperios, para que se venciese.

En medio de tal perplejidad, pasó todo el mes de Junio, sin que Gema pudiera resolverse a cumplir su obligación. Mas he aquí que Dios, compadecido de ella, acudió a sacarla del apuro, dirigiéndola con admirable providencia por aquellos nuevos caminos por los cuales, en sus eternos decretos, quería encaminarla. Veamos cómo. A principios del nuevo siglo, ordenó el Sumo Pontífice León XIII que se diesen tandas de misiones en todas las ciudades de Italia. A Luca fueron enviados los Padres Pasionistas, los cuales predicaron en la iglesia catedral de San Martín, desde fines del mes de Junio en adelante, recogiendo de sus fatigas fruto extraordinario. Gema, que por aquel entonces asistía asiduamente a los sermones del mes del Sagrado Corazón de Jesús que se predicaban en otra iglesia, corrió, movida de celestial impulso, a la misión de San Martín, apenas empezó el mes de Julio. ¿Cuál no fué su alegría al reconocer en el vestido de aquellos misioneros el hábito con que se le había aparecido el Beato Gabriel, su amado protector? «La impresión fué tal—dice la misma Gema,—que no puede describirse.» «La primera vez que los vi (a dichos Padres), se apoderó de mí un especial afecto hacia ellos; desde aquel día no perdí un sermón.»

Acaso se maraville alguien de que, viviendo Gema constantemente en Luca, donde se hallaban con tanta frecuencia aquellos misioneros en el ejercicio de su santo ministerio, no hubiera visto hasta entonces ninguno de ellos; mucho más al saber que, a la distancia de sólo algunos kilómetros, poseen un retiro o convento, muy frecuentado de los luqueses. Mas no se maravillará quien tenga presente la vida retirada que llevaba la Sierva de Dios, su rara mo-

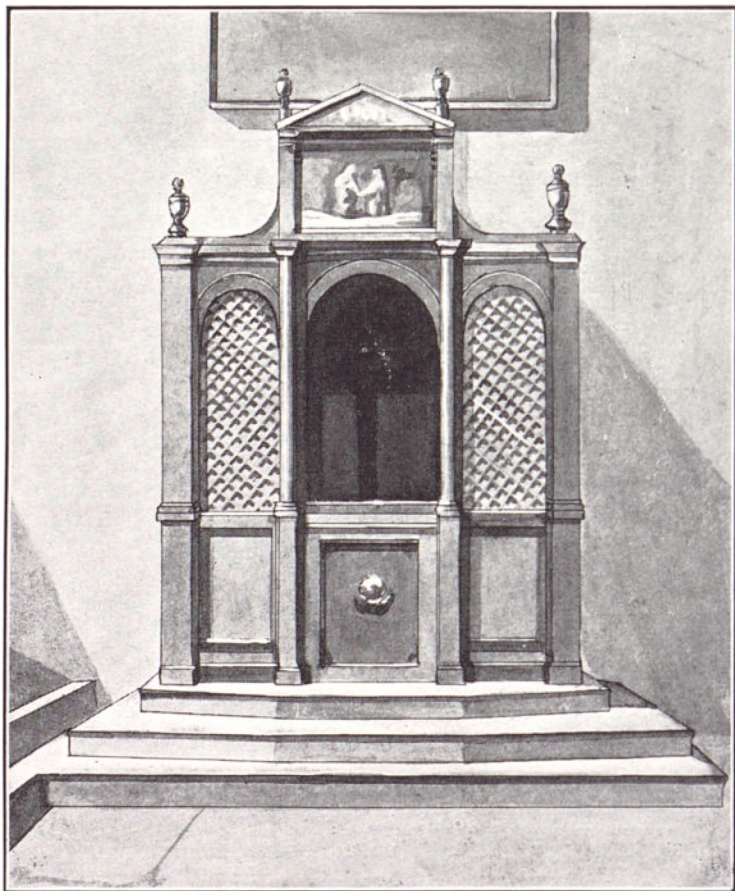
destia, exenta de toda curiosidad, y su grande inocencia.

Véase en qué términos continúa la misma Sierva de Dios el relato de este primer encuentro con los Padres Pasionistas: «Estábamos en el último día de las santas misiones. En la iglesia, se hallaba todo el pueblo reunido para hacer la comunión general. También yo, entre muchos, tomé parte en ella, y Jesús, que por lo visto, se complació en esto, dejándose sentir en mi alma, me preguntó: «¿Te gusta, Gema, el hábito de aquel sacerdote?» (y me indicó un Pasionista que estaba no muy lejos de mí). No era ordinario que a Jesús le contestase yo con palabras; el corazón más que la boca hablaba con sus latidos. «¿Te gustaría, añadió Jesús, ir también tú vestida del mismo hábito?»—«¡Dios mío!», exclamé...—El me añadió (sin dejar, empero, de dar a entender a qué quería aludir): «Serás hija de mi pasión e hija predilecta. Uno de éstos será tu Padre; ve y maniéstaselo todo.» Gema, tomando las susodichas palabras en sentido literal, es decir, en el sentido de que algún día sería pasionista, no hay por qué decir cuán alegre se puso. Alegróse, además, la piadosa virgen al advertir que había desaparecido de su corazón la gran dificultad que tenía en manifestar su interior; por lo cual, deseando al punto obedecer la voz de Dios, corrió a presentarse a uno de los Padres, y arrodillada a sus pies, con gran sinceridad y muy por menudo, se lo refirió todo y terminó manifestando la gracia de las llagas y la dificultad que había experimentado en descubrirlo todo al propio confesor. Maravillado de tales manifestaciones y del ingenuo candor de la joven, aquel Padre le dió ánimos, la exhortó a mantenerse humilde y agradecida a los beneficios divinos; y respecto de sus cosas, deseoso de reflexionar sobre ellas, antes de asegurarle con su juicio, le prometió escucharla en otra ocasión en que volviese a Luca; mientras tanto, después de haberla satisfecho en algunas otras cosas que le había pedido la Sierva de Dios, le impuso precepto formal de manifestarlo todo a su confesor ordinario.

La principal de estas cosas a que nos hemos referido, era poder hacer los tres votos religiosos de pobreza, castidad y obediencia. Habiendo creído que Jesús la invitaba a ser Pasionista, le pareció que ésta era la ocasión propicia para obtener tal gracia por medio de un confesor de aquel Instituto. Este, no queriéndola contristar, le permitió emitir privadamente dichos votos, pero a condición de tener que renovarlos a cortos plazos, con permiso del confesor. No se mostró tan condescendiente con las penitencias que trataba de hacer la piadosa joven; antes bien, le quitó de las manos los instrumentos que por sí misma había fabricado, para afligir su carne, pues sabía muy bien que el mismo confesor no se las hubiera permitido. La misma fervorosa joven, que creía haber llegado al colmo de sus ardientes deseos y que con ello era ya religiosa, nos dirá cuál fué su alegría al hacer por primera vez los tres votos. «Yo, que siempre había tenido grandes deseos de hacerlos, aproveché la ocasión; logré que se me permitiese hacerlos desde el 5 de Julio hasta la fiesta del 8 de Septiembre. Quedé de esto contentísima; fué para mí uno de los mayores consuelos.»

Y aquí, para disculpar a nuestra Gema de la menor idea de capricho por haberse mostrado hasta entonces algo rehacia en manifestarse a su confesor ordinario, bueno será notar en cuán dificultosas condiciones se hallaba éste en su difícilísimo ministerio. Además de los múltiples cuidados de su oficio y de las obras de celo a que asistía desde la mañana a la noche, tenía bajo su dirección tan gran número de almas, que casi era imposible ayudarlas a todas. Su confesonario estaba asediado constantemente de muchedumbre de personas; y aun cuando pasaba en él varias horas al día y no iba con prisas cuando veía en necesidad alguna alma, con todo, alguien podía desear más tiempo, que acaso no podía obtener por las razones antedichas.

Además, ¡cuánto no acrecentaba la dificultad el que entre las almas a quienes la gracia divina dirigía por cami-



Confesonario de Mons. Volpi

nos extraordinarios, hubiese allí una como nuestra Gema? Bien sabía esto la pobre, y harto padecía por ello en su corazón. Con frecuencia, por no poder hablarle en el confesionario, le escribía para confiarle alguna que otra gracia que de Dios creía haber recibido. Mas como es fácil advertir, esto era muy poco para una dirección, puesto que la penitente tenía que ir, a su debido tiempo, a buscar la respuesta al confesionario, en donde la brevedad del tiempo se avenía muy poco con sus necesidades ⁽¹⁾. Pensando en esto el Padre Pasionista, y deseoso de dar fácil curso a los asuntos de Gema, en cuanto regresó a Luca, se encargó de enterar de todo al confesor de la Sierva de Dios; y así lo hizo, después de haber consultado con ella su resolución.

El resultado demostró que no eran infundados los temores y repugnancias de Gema. Habló con el Prelado el susodicho misionero Pasionista, y poco después fué a hablarle la misma joven, explicándole cándidamente los más íntimos secretos de su alma. A ambos acogió el Prelado con muestras de gran aprecio y condescendencia, aprobó lo hecho por el confesor extraordinario, mas al llegar a lo de las llagas, considerando la gran responsabilidad que con su fallo contraía ante Dios y los hombres, no sólo como confesor sino como obispo, quiso tomarse tiempo para decidirse. ¿Qué se dirá de ello—se decía para sí mismo,—tratándose de cosa tan insólita, en un siglo incrédulo como el nuestro? De un lado temía, y con razón, que no se renovasen en su penitente los inconvenientes ocurridos en otras personas, a causa de semejantes hechos extraordinarios, que luego se reconoció ser efectos naturales o diabólicos; de otro, conocía bien a Gema, el candor y hermosura de su alma, el grande amor que tenía a Dios y que Dios le tenía a ella, y su comportamiento siempre virtuoso. No quería suponer que alma semejante fuese una ilusa, una

(1) He querido reproducir el diseño de dicho confesionario, existente en la iglesia de San Miguel, para conservarlo entre los recuerdos más caros de la vida de Gema y de la hermosa alma de Mons. Volpi.

histérica, una endemoniada; pero tampoco quería ser demasiado fácil en reconocer en ella la obra de Dios sin que ésta se mostrase suficientemente. ¿Qué hacer? Recordando lo dicho por el Espíritu Santo: *Nolite omni spiritui credere*, deseaba ante todas cosas probar y asegurarse de si el fenómeno era verdaderamente obra de Dios, o si podía explicarse de otra manera. Por tanto, de continuar las cosas los jueves y viernes como de ordinario, ordenó a la virtuosa joven que hiciese de su parte todos los esfuerzos posibles y rogase a Dios para que no se verificasen más aquellas singulares impresiones en su cuerpo. Por algún tiempo obtuvo Gema del Señor la cesación de dicho fenómeno, mas luego continuó como antes. «En adelante—escribe Gema—no tuve ya miedo de descubrírselo todo al confesor; éste me dijo que si Jesús no le hubiera demostrado con claridad las cosas, no hubiera creído en semejantes fantasías.»

Mientras tanto, el Padre Pasionista que había confesado a Gema y había revelado sus cosas maravillosas al confesor ordinario, no satisfecho con lo que Gema le había referido, había querido ver con sus propios ojos y comprobar con sus manos la verdad de las llagas, como es de ver por la siguiente declaración firmada por él mismo:

I. X. P.

«Yo, el infrascrito, atestiguo haber visto en el mes de Julio de 1899, en las manos de la jovencita Gema Galgani, ciertas llagas que nada tenían de lo que ocurre ordinariamente en la naturaleza. En la parte inferior, y precisamente en las palmas, veíase como una protuberancia carnosa, semejante a una cabeza de clavo, del diámetro de una moneda de cinco céntimos; luego, en el dorso veíase en ambas manos como una desolladura algo profunda. La falta de carne parecía haber sido causada por un clavo despuntado, metido por la parte opuesta.

»Yo, y quien conmigo las vió, no vacilamos en decir que aquellas llagas han de atribuirse a causas de ningún modo naturales. En efecto, examinadas las manos de la jovencita el jueves por la noche, nada vimos en ellas; examinadas el viernes por la mañana las encontramos en la forma arriba descrita; vueltas a examinar el sábado, sólo encontramos una pequeña cicatriz rosácea.

En fe de todo ello,

P. CAYETANO DEL NIÑO JESÚS, *Pasionista.*»

No fué él solo quien comprobó la existencia del hecho portentoso. El día 29 de Agosto de 1899, llegó a Luca el provincial de los Pasionistas, P. Pedro Pablo de la Inmaculada, hoy Monseñor Moreschini, arzobispo de Camerino. Gema había entrado hacía poco en casa de los Giannini, como referiré en breve. De su visita a esta familia, por lo que toca a la misma Gema, escribió dicho prelado una extensa relación que será bueno insertar aquí para que sepa el lector por sí mismo lo que ocurrió:

«Habiendo oído referir cosas extraordinarias de esta joven, sospeché que fuesen ilusiones mujeriles, y quise personalmente cerciorarme de ellas. Al efecto, un martes, dirigíme a la casa donde residía, y al ver a la joven, sentíme inspirado a pedir al Señor que me concediese una señal evidente de que él era el autor de aquella maravilla. Interiormente, y sin decir palabra a nadie, me fijé en el sudor de sangre y en la aparición de las llagas. Al anocheecer se retiró la joven para hacer a solas sus acostumbradas oraciones ante la imagen del Crucificado. Al cabo de pocos minutos, estaba en pleno éxtasis, por lo que entré en la habitación, y con mis propios ojos, la vi transformada, parecía un ángel, pero sumergida en inmenso dolor. De cara, cabeza y manos, manaba sangre; supongo que sucedía lo mismo en el resto del cuerpo. El sudor duró media hora, sin que las gotas cayesen al suelo, porque al desparramarse, se secaban al punto. Me retiré conmovido; y al vol-

ver Gema del éxtasis y encontrarse sola con la tía, dijo: «El Padre pidió a Jesús dos señales, y Jesús me dijo a mí que ya le dió una, y que también le dará la otra. ¿Qué pruebas son las que quiere? ¿Podría decírmelo?» Llegada la noche, preguntó compungida aquella señora: «Padre, la otra prueba que V. ha pedido ¿son acaso las llagas?» Quedé atónito, y ella prosiguió: «Le hablo así, porque si es eso, Gema las tiene abiertas, cosa, por otra parte, rara, porque nunca hasta ahora las ha tenido fuera del jueves y del viernes; venga y las verá.» Fuí y encontré a la bendita criatura en éxtasis como la primera vez, con la manos traspasadas de parte a parte por una llaga bastante grande en la carne viva, de donde salía sangre en abundancia. El conmovedor espectáculo duró unos cinco minutos (hace de ellas una minuciosa y concienzuda descripción, que coincide exactamente con la que hemos hecho arriba); al cesar el éxtasis, desaparecieron la sangre y las heridas, y la piel, antes rasgada, recuperó instantáneamente su estado normal; sólo hubo necesidad de ordenar que se lavase las manos. El Señor me había escuchado, y yo, al par que le daba gracias por tan señalado favor, depuse toda duda, creyendo sin vacilación: *digitus Dei est hic* ⁽¹⁾.»

En presencia de tales testimonios, Monseñor Volpi se veía cada vez más constreñido en su delicada situación. Después de maduro examen, se determinó a hacer una prueba que le pareció decisiva. Quiso que un competente médico de su entera confianza, piadoso no menos que

(1) Cinco días después, deseando dejar en manos de aquel venerable prelado un documento escrito de lo que de viva voz le había referido, le dirigió desde Florencia la siguiente carta: «Excelencia Reverendísima: Cumplo el deber de notificarle todo lo que observé en la joven Gema, la noche del martes del 29 de Agosto.» Y después de haber hecho la narración en los términos arriba expresados, añade: «Con mis propios ojos vi las heridas de las manos, así de la palma como del reverso; eran verdaderas rasgaduras. Al fin del éxtasis todo se había consolidado; sólo quedaban las cicatrices. Ahora bien, ¿cómo es posible que instantáneamente se consolide una herida semejante? En mi opinión, esto es obra de Dios. Insisto, con todo, en que Su Rma. la recluya provisionalmente en algún monasterio por las muchas razones que sabe.

docto, examinase las heridas de Gema. Nada se dijo a la Sierva de Dios, pero Dios mismo pensó en prevenirla de lo que pretendían hacer. Veamos cómo lo refiere Gema en su autobiografía: «Quiso Monseñor hacerme visitar del médico sin que yo lo supiese. Pero tuve aviso del mismo Jesús, el cual me dijo: Di al confesor que en presencia del médico no haré nada de lo que desea. Por orden de Jesús, avisé de ello al confesor.» En efecto, Gema escribía a su confesor: «Ayer tarde me dijo Jesús que le dijese: Di a tu confesor que cualquiera señal que desee de mí se la daré con tal que se halle solo; esté cierto que no es una enfermedad, como la han creído.» ¿Qué hará Monseñor? ¿Irá solo? Mas su simple inspección no podrá eximirle de la responsabilidad; supuesta la sospecha de que hubiese en ello una enfermedad, o por mejor decir, de que el fenómeno fuese efecto de autosugestión, no hubiera podido resolver por sí mismo la dificultad. Mantuvo, pues, su decisión, por lo cual, dirigiéndose a la madre adoptiva de Gema, D.^a Cecilia Giannini, que acostumbraba a darle siempre cuenta de lo que le ocurría a la piadosa muchacha, le dijo: «Deseo que el médico visite a Gema y le observe por sí mismo las llagas.» Convínose en que el viernes siguiente iría a su casa Monseñor, acompañado del médico.

El día 8 de Septiembre de 1899, fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen, que cayó precisamente en viernes, a eso de las diez de la mañana, se retiró Gema a su aposento y entró en éxtasis. Vuelta al uso de sus sentidos hacia las once, escribió a Monseñor, diciéndole que, dado caso que quisiera ir, fuese solo, sin llevar a nadie consigo, porque Jesús no se complacería en ello y no le permitiría ver cosa alguna; pero que hiciese lo que creyese oportuno, pues ella quedaría contenta de todos modos. Entregó abierta la carta a su madre adoptiva; ésta la leyó y se apresuró a enviarla a su destino. A la una de la tarde, volvió Gema a entrar en su aposento y cayó de nuevo en éxtasis; a poco, entrando su madre adoptiva, la halló con

la frente manando sangre y abiertas las manos mostrando las llagas, de las cuales brotaba sangre. Además de doña Cecilia Giannini, la vieron en este estado con el acostumbrado respeto religioso, don Mateo Giannini, su consorte, doña Justina y no sé si alguien más de la familia. Hacia las dos, llegó Monseñor con el médico; doña Cecilia le salió contentísima al encuentro, diciéndole: «Venga, venga; está en lo mejor.» Y los condujo al aposento, juntamente con los miembros de familia arriba mencionados. El médico tomó un pañuelo, lo empapó en agua y lavó con él la cabeza y las manos de Gema: súbitamente desapareció la sangre, y la piel se mostró sin cicatrices, rasguños ni punzadas, como si nunca hubiera habido laceración en ella. Imagine-se el lector cómo quedaron todos. Quedándose sólo el médico con doña Cecilia, quiso examinar todavía los pies y las manos; mas también este examen tuvo el mismo resultado. Así, Dios, que es admirable en sus caminos, permitiendo que fracasase esta prueba de la ciencia humana, no le consintió que juzgase de las cosas más elevadas que se dignó obrar en el orden sobrenatural para avivar la fe en los hombres. Gema en su autobiografía, dice con su ingenua sencillez: «Este (el confesor) obró conforme a su dictamen, mas las cosas sucedieron como Jesús había predicho.» Y en la misma tarde escribía al Prelado: «Si hubiera estado solo, Jesús le hubiera dejado convencido; ayer por la tarde me avisó Jesús de que hoy vendría usted.»

Durante todo el tiempo de la visita, Gema, que estuvo constantemente en éxtasis, no advirtió cosa alguna; vuelta al uso de los sentidos, reparó en los individuos de su familia cierto cambio, pues habían quedado desconcertados, mortificados y confusos. Su madre adoptiva, en parte para distraerse y en parte para hablar con Gema, la invitó a salir. Por el camino le dijo Gema: «¿Me lleva un ratito con Jesús? Tengo necesidad de Jesús.» Consintiendo la buena señora, la acompañó hasta una remota iglesia, llamada de San Simón. Después de cerca de una hora de devota

visita al Santísimo Sacramento, fuera ya de la Iglesia, le dijo Gema: «Tengo que decirle una cosa, pero me da mucha vergüenza.» Animada a hablar, le enseñó las manos abiertas chorreando sangre, como en los demás viernes. Pensó la piadosa señora en hacer que la viese Monseñor Volpi en aquel estado, por lo cual la hizo acompañar a su presencia por persona de su confianza. Monseñor vió con sus propios ojos, no sólo la sangre, sino las pequeñas heridas de las manos de donde aquélla manaba. El prudente Prelado, por no exponer a la joven al menor peligro de vanidad, no mostró asombro de ninguna especie; se limitó a observar las manos de la Sierva de Dios y se apresuró a despedirla.

Por tal modo atenuó el Señor, en su misericordia, la humillación de su Sierva y dió en alguna manera nuevos ánimos a su confesor y a los demás que habían asistido a la infructuosa visita del médico.

CAPITULO XI

Prosigue el mismo asunto

Si Dios aflige de cuando en cuando a sus siervos, nunca, empero, los desampara; por lo contrario, son siempre admirables las vías de su providencia respecto de ellos, para librarlos y consolarlos, aun en los casos más desesperados. Según veremos, Gema, en opinión de algunos, había caído en estado digno de compasión, con motivo de la visita del médico, y, a juzgar humanamente, no podría levantarse más.

No lo creas, lector, porque escrito está que si es difícil al hombre, *facile est in oculis Dei subito honestare pauperem* (*Eccli.*, XI); así ocurrió con nuestra Gema.

En efecto, en su autobiografía dice la Sierva de Dios: «Desde el día en que recibí la visita del médico, empezó para mí una vida nueva,» es decir, vida de largo y prolongado martirio. No sólo los de la familia Giannini habían quedado sumamente desconcertados, sino también el buen confesor; en cuanto a éste, su turbación no era compensada por lo que había visto por sí mismo. Ante todas cosas, creyó oportuno renovar a Gema la prohibición de todas las manifestaciones exteriores de fenómenos extraordinarios. «Tuve—escribe Gema—nueva prohibición impuesta por el confesor de todas las cosas extraordinarias del jueves y viernes; Jesús por poco tiempo obedeció, mas luego volvió a lo acostumbrado y todavía más que antes.» La Sierva de Dios, que sabía por el mismo Jesús las dudas e incertidumbres de su Padre espiritual, sentíase afligida, si bien en su corazón se gozaba de lo que ella llamaba «la humillación más hermosa que me da mi buen Jesús.» Con todo, no podía menos de sentir amargura al pensar en el estado de ánimo de aquel a quien amaba y a quien desde niña vene-

raba más que a un padre. Con ello veía faltarle el único sostén en sus continuas adversidades. ¿A quién se hubiera vuelto si lo hubiese perdido? Empero el piadoso Señor se apresuró a consolar a su Sierva, y al propio tiempo a socorrerla en su debilidad de espíritu. «Hija—le dijo,—en tus dudas y aficciones, en tu adversidad, de todos te acuerdas menos de mí; a todos recurres en busca de alivio y consuelos menos a mí.» Con tales palabras, quería el divino Maestro darle a entender que por muy justa y razonable que fuese su afición, y muy santa la confianza que tenía en su ministro, con todo, no había de perder el ánimo si llegase a faltarle sin culpa suya, bastándole que le quedase Jesús.

Bastaron, en efecto, estas palabras, que Gema entendió perfectamente, para devolver la paz a su corazón afligido y acabar de desaficionarla de todo humano sentimiento, para inducirla a entregarse confiadamente a su Dios. Y puesto que en todas las cosas se regulaba por principios virtuosos, por más que temiese que el buen Prelado pudiese abrigar algún siniestro pensamiento sobre ella, con todo, no dejaba de tomarse cuidado por él y rogaba a Jesús que lo consolase e iluminase, según resulta de algunas cartas escritas al mismo y a otras personas de su íntima confianza. También estando en éxtasis, en los coloquios que en ellos tenía, como luego veremos, mientras desahogaba con Dios su propio corazón, fatigado y dolorido, se le veía asomar con frecuencia el pensamiento del confesor: «¡Oh Jesús, consueta a Monseñor, que está muy descontento! Quién piensa de una manera, quién de otra. Pero ¿estás tú más contento así? ¿me quieres más ahora que todos me llaman loca, o antes que me tenían por santa? Ahora ¿no es verdad?» Y habiendo sabido por su divino Esposo que después de la prueba del médico se trataba de hacer otra, dando a leer a cierto doctor lo que ella por formal obediencia había escrito, véase con cuán cándida sencillez, estando siempre en éxtasis, insiste en el asunto: «¡Oh Je-

sús! ¿quieren también dar a leer mis escritos al doctor Boda? ¡Ojalá no sea verdad! ¡Oh Jesús, te ponen en ridículo! Si quieren ver lo escrito, haz que vean el papel en blanco. Ve, Jesús, a Monseñor y haz que esté tranquilo y consolado.» Y no sólo se contentaba la piadosa virgen con rogar por él, sino que también con los hechos demostró serle siempre adictísima. Creíase a veces como abandonada por él, porque en sus ausencias o demasiadas ocupaciones, o con el fin de que otros examinasen su espíritu, le mandaba confesarse ora con uno, ora con otro sacerdote extraño; con todo, Gema no lo dejó nunca, sino que se confesó con él hasta la muerte y le consideró siempre como padre.

¡Cuánto tenemos que aprender de esta virtuosa conducta de Gema en medio de tantas pruebas! ¡Ah, cuán cierto es lo que decía Jesús a su Sierva: «Padeciendo se aprende a amar!»

Entre tanto, dispuso Dios que en el mismo mes de Septiembre de 1899 volviese a Luca el P. Cayetano, y, a causa de una enfermedad, permaneciese en esta ciudad cerca de dos meses. Al saber lo ocurrido con el médico y las poco tranquilizadoras impresiones del confesor, participó él también de la confusión reinante, y empezó a concebir dudas y sospechas. Pero el benignísimo Jesús quiso hacer con él como con Santo Tomás: «Mete aquí tu dedo, y registra mis manos, y trae tu mano, y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel» (*Juan, XX*). Vió de nuevo, observó, palpó y dijo: Esto es obra exclusiva de Dios.

En carta que escribió al confesor, añadió que, deseoso de hacer por sí mismo la prueba del médico, ordenó que se lavasen tres o cuatro veces las heridas que él califica de profundas; pero no desaparecieron; lo único que hacía el lavado era detener por brevè tiempo el flujo de sangre, para empezar de nuevo poco después.

De igual modo el P. Pedro Pablo, que, por razón de su

oficio, tuvo que volver varias veces a Luca, pudo en los últimos meses de 1899, en 1900 y en 1901, contemplar, en repetidas ocasiones, no sólo las llagas, sino todas las cosas maravillosas que Dios obraba en su Sierva, convencerse de ellas más y más, y dejarnos un testimonio sumamente autorizado de las maravillas de la gracia. Así, después de haber referido lo de las llagas, prosigue en esta forma sobre la coronación de espinas: «Alrededor de la cabeza vi que aparecían varias gotas de sangre, especialmente en las sienes. Pasados unos veinte minutos después de haber vuelto en sí la joven y de haberse levantado, eché de ver que, perdida la lividez cadavérica y todo vestigio de dolor, que la hacía asemejarse al Salvador en la cruz, había recobrado su color natural; más todavía; en cuanto hubo cesado el sudor sanguíneo, pareció su rostro de una belleza angélica.»

«En otra circunstancia—escribía en 1901—habiéndome dicho que Gema padecía horriblemente y que se renovaban a menudo en el cuerpo de la angelical doncella los tormentos de la flagelación y de la coronación de espinas y de las tres horas de agonía en la cruz, propúseme asistir a esta escena de dolor, si Dios se dignaba concederme esta gracia, como había hecho antes. Como de costumbre, Gema, después de haber cenado poco o quizás nada, se levantó de la mesa y se retiró a su aposento. Creyendo yo que el Señor me había oído, la seguí poco después acompañado de otro sacerdote, D. Lorenzo Agrimonti, y la vi en éxtasis, presa ya de cruel martirio. Más de dos horas y media permanecí en aquella estancia, resuelto a no marcharme hasta haber visto la sangre con mis propios ojos, por lo menos la que debía de salir de la cabeza en la supuesta coronación de espinas. La joven experimentaba una palpitación cardíaca tan terrible y violenta, que levantaba, por la parte del mismo corazón, la colcha del lecho sobre el cual yacía. Los latidos eran tan fuertes, que todo el lecho temblaba; confieso que experimenté sentimientos

de terror y devoción a la vez. Creo que aquello podía ser la flagelación. Después de una hora, o poco más, se calmaron las palpitaciones, y entonces empezó la joven a derramar sangre por la cabeza, y con tanta abundancia, que quedaron bañadas de ella las almohadas y las sábanas mismas. En la región superior de la frente, la sangre era tan copiosa, que, coagulándose, se veía cuajada en muchos puntos.

»Habiendo cesado, por fin, de derramar sangre de la cabeza, la joven, que antes hacía alguno que otro ligerísimo movimiento, permaneció inmóvil desde aquel momento hasta las 3 de la madrugada. Su rostro tomó el aspecto de verdadero cadáver, hasta el punto de que quien la hubiera contemplado en aquel estado de palidez, cubierta de sangre, nadie hubiera dudado de que había muerto, ya que su respiración era apenas perceptible. Después de permanecer en tal estado tres horas enteras, empezó a volver a los sentidos. La vi poco después ágil y esbelta, con sus colores naturales, dispuesta a dirigirse a la iglesia para recibir la comunión, como si nada hubiese padecido. Referí al confesor de Gema lo que con mis ojos vi y toqué con mis manos; hablóse mucho de este asunto; le manifesté las buenas impresiones que en mí había dejado, y él me rogó que, *data occasione*, continuase examinando a su penitente, dándome también facultades para confesarla.»

Igualmente D. Mateo Giannini, su esposa D.^a Justina, su hijo mayor, y particularmente su hermana Cecilia, de la cual tendremos que hablar de propósito en su lugar, todas ellas personas notables y fidedignísimas, tuvieron ocasión, así antes como después de la visita del médico, de comprobar no una, sino repetidas veces en el curso de año y medio, la existencia de las llagas y demás signos de la pasión del Redentor que al Señor plugo manifestar en su Sierva. A su autorizada afirmación, sea lícito añadir el testimonio de quien esto escribe, y tuvo toda suerte de facilidades para verificar y asegurarse de las maravillas obradas en Gema por el Señor.

No lleve a mal el lector el que haya reunido todo lo que se refiere a las llagas y otros signos de la pasión del Redentor, reproducidas en el virginal cuerpo de la Sierva de Dios, aun anteponiendo algún hecho posterior en la cronología de Gema. El conjunto de estos testimonios ponen sobre toda contestación posible la realidad del prodigioso fenómeno.

Verdad es que tenemos la infructuosa visita del médico; pero aun aquel mismo día, antes de la visita, nos encontramos con la deposición de varios miembros de la familia Giannini; ahora bien, la predicción milagrosa de la futura visita y la improvisada desaparición de todas las cicatrices, pruebas son evidentes de la índole sobrenatural del fenómeno. Puesta al corriente de todo por Jesús, Gema había advertido repetidas veces, por orden del Señor, que aquella visita sería inútil; ¿es, pues, de maravillar que saliese infructuosa, como Jesús lo había anunciado previamente? Además, admiremos en esto las disposiciones de la divina Providencia. Gema, que no estaba recluída en el sagrado claustro, tenía que salir de su casa varias veces al día, ya para dirigirse desde la suya a la de Giannini, ya para ir a la iglesia, oír misa y recibir la sagrada Comunión, o visitar al Santísimo; lo restante del día lo pasaba oculta en casa; sólo algunos miembros fidelísimos de la casa de Giannini sabían las cosas extraordinarias que ocurrían a la joven, y las tenían de tal manera secretas que, fuera de ellos, nadie las sabía en Luca. Ahora bien; ¿qué hubiera sucedido si el médico u otras personas extrañas hubieran comprobado la verdad de las llagas y los demás signos extraordinarios? ¿Cuántas pruebas y pruebas de pruebas hubieran seguido!... ¿Cuántos curiosos hubieran ido a verla a la iglesia, o al salir de casa, o al entrar en ella! ¿No hubiera sido pronto la humilde virgen objeto de las conversaciones de todo Luca y el escarnio de muchos? Al sustraer Dios de las miradas del médico y de otras personas extrañas el prodigioso fenómeno, humilló a su Sierva y mantuvo oculto su tesoro.

Sea de esto lo que fuere, la prudencia, la sabiduría, la doctrina, la convicción de las personas que habían hecho la prueba, incluido entre ellas el Ilmo. Prelado, podía suplir perfectamente el defecto de la prueba negativa del médico. No es lícito a la ciencia proponerse la explicación de lo sobrenatural; sólo puede aceptar los hechos. Ahora bien, para admitir un hecho, no es imprescindible que sea observado por hombres de ciencia; puede atestiguar su verdad cualquiera que tenga ojos para ver y manos para palpar. Y como en nuestro caso el fenómeno no es constante, sino periódico, el hombre de ciencia sólo podrá limitarse a decir que, en el momento de su inspección, no se manifestó el tal fenómeno. Para admitirlo, ha de bastar el fidedigno testimonio de quienes atestigüen haber visto certísimamente y reiteradas veces el hecho de que se trata.

En el apéndice final trataremos ampliamente de lo imposible que es obtener, por modo natural, con la sola fuerza de la imaginación, por muy histérica que sea, o por muy hipnóticamente sugestionada que esté una persona, llagas y desgarraduras profundas, como las verificadas en Gema, y mucho menos verlas en un instante cerradas y cicatrizadas. Por consiguiente, hemos de admitir sin linaje alguno de duda que esto procede de Dios. Sin duda que puede llegar a esto el demonio; pero ¿cómo suponer tan gran ilusión y engaño en una alma tan rica en virtudes y tan llena de amor celestial?

Para cerrar este capítulo, creo oportuno proseguir la relación hecha en 1901 por el P. Pedro Pablo, por más que en ella se trate de asuntos en los cuales habremos de ocuparnos expresamente en capítulos siguientes.

Hablando de las relaciones que con la Sierva de Dios tuvo en aquellos primeros tiempos, escribe: «Aprovechando las ocasiones que se me ofrecieron, conversé varias veces con Gema y la oí en confesión general, que completó en tres veces: tal era el cuidado con que quiso hacerla.

Con tal motivo, tuve medio de convencerme de que aquella criatura había conservado la inocencia bautismal. En muchas ocasiones la vi abstraída de los sentidos, en estado de éxtasis. Bastaba que se pudiese en oración, o que se le hablase de cosas espirituales, especialmente de la pasión de Ntro. Señor, para que quedase al punto extasiada. Entonces se la veía como transfigurada, con los ojos abiertos, fijos en un punto determinado, e inmoble su persona, aunque sus miembros se conservaban muy flexibles. No sólo era insensible a cualquier ruido que se hiciese alrededor de ella, sino también a los alfilerazos y a las quemaduras con la llama de una bujía que se acercase a los ojos. Pero si todo callaba en ella durante aquel tiempo, era en alto grado sensible a las cosas celestiales, y aun exteriormente se advertía que desahogaba su amor con Dios mediante ardorosos acentos: «¡Sí, te amo, Jesús mío; seré toda tuya; padeceré mucho por ti.» Su expresión en aquellos momentos era verdaderamente angelical. Resplandecía el rostro con tal belleza, y al propio tiempo, con tal majestad, que no podía menos de causar maravilla.»

Finalmente, después de haber dicho que lo que más le había conmovido en Gema eran sus grandes virtudes, en lo cual se fundaba para poder asegurar con certeza que sus cosas extraordinarias sólo podían proceder de Dios, termina su relación enumerando dichas virtudes. «En ella he podido reconocer una virtud angelical. No sólo conservó la inocencia bautismal, sino que, a lo que he podido entender, jamás, en todo el curso de su vida, cayó en un defecto con plena deliberación. Su humildad fué profundísima. No hacía ninguna estimación de sí propia; deseaba ardientemente ser humillada y reprendida; y habiendo experimentado fuera de toda medida desprecios y mortificaciones, nunca demostró el menor disgusto, antes por lo contrario, entonces se la veía más contenta que nunca, con la sonrisa en los labios. La obediencia fué en ella singular; más todavía, admirable. Nunca se opuso, no ya a

una orden, sino tan sólo a una insinuación o deseo que yo o algún otro le mostrásemos. Obedecía siempre con prontitud, sencillez y alegría en toda la extensión de la palabra, cualquiera que fuese el mandato. Pero en donde dió a conocer mejor su heroica obediencia, fué en el ejercicio de la oración. El Señor la había elevado a un grado altísimo de contemplación, tanto que bastaba que se pusiese a orar para que se hallase al punto abstraída de los sentidos. Pues bien, creyó su confesor ordinario que debía mandarle que se atuviese en su oración al método común de los principiantes; la joven no sólo no opuso la menor resistencia, sino que hizo continuos esfuerzos para lograr cumplir puntualmente la orden recibida, a pesar de sentirse continuamente atraída a contemplar a Dios y sus divinos atributos. Esta especie de martirio duró casi dos años.

»La mortificación de sus sentidos era continua y severísima. Alimentábase tan escasamente, que parecía milagro que pudiese vivir con tan poca cosa. Antes bien, si no hubiese sido forzada por la obediencia, aun de lo poco que comía se hubiera privado, pues se sentía bastante saciada con el pan de los ángeles de que se alimentaba cada mañana. Fuera de esto, para ella todo era bueno, todo era igual. En el vestir no tuvo nunca ambición, de suerte que se la veía siempre negligente y casi desordenada. Nunca buscó un vestido, nunca una diversión, nunca un solaz, así como tampoco se le oyó nunca quejarse del frío o del calor; parecía insensible a todo. El amor al padecimiento parecía ser su característica. De aquella bendita boca nadie pudo oír en ningún tiempo queja alguna, ni en la trabajosísima enfermedad que tuvo que padecer, ni en las mortificaciones y humillaciones a que estuvo sujeta, ni siquiera en los asaltos frecuentísimos con que la atacaba el demonio. La memoria continua de Jesús crucificado la estimulaba a padecer constantemente; no quería otra cosa que padecer y lo que padecía le parecía poco. Esta criatura se había ofrecido como víctima al Corazón santísimo de Jesús, por la

conversión de los infelices pecadores, y para obtener que regresasen a Dios ofrecía voluntariamente sus mayores dolores. Por esto, y más todavía por amor, ansiaba continuamente padecer con Jesús en la cruz, vivir siempre en la cruz, y morir con Jesús en la cruz con verdadero y puro padecer. Y parece que con ello satisfizo al divino esposo, porque en vida y en muerte padeció de continuo los más crueles martirios, así en el alma como en el cuerpo.

»¿Pues qué diré de su unión con Dios? Puedo asegurar que ésta era continua. Aun en medio de las ocupaciones más distraídas, se la veía siempre recogida y abstraída en Dios con la mente y el corazón. A causa de este habitual y profundo recogimiento, nunca se oía su voz; respondía brevemente a las preguntas que se le hacían, y luego continuaba silenciosa. Estaba tan ensimismada en el Sumo Bien, que antes parecía criatura celestial que terrena. He aquí—dice terminando así su larga relación—las virtudes en las cuales se ejercitó siempre esta criatura; virtudes ciertamente no comunes, que revelan sobradamente en ella un alma llenísima de amor de Dios. Por esto creo firmemente que de este gran Dios, por ella tan bien amado y servido, provenían los extraordinarios fenómenos que en ella hemos admirado.»

P. PEDRO PABLO DE LA INMACULADA,
Pasionista.

¿Qué dices ahora, lector devoto, de este sublime panegírico hecho por persona tan autorizada? Monseñor Camilo Moreschini, entonces P. Pedro Pablo Pasionista, es conocido y estimado en Italia por su doctrina, celo y prudencia en el gobierno, en la dirección de las almas y en el ministerio apostólico. Por tan raras cualidades, después de haber sido Superior General de la Congregación de los Pasionistas, el Sumo Pontífice Pío X le confió la visita apostólica de doce diócesis importantes, y acabó elevándolo a la sede

arzobispal de Camerino. ¿Quién, pues, se negará a dar crédito a hombre semejante en lo tocante al testimonio que aduce sobre los asuntos de Gema? Dios quería acreditar a su Sierva en la desestimación en que había caído a los ojos de más de una persona con motivo de las llagas; por esto, después del P. Cayetano, con el cual empezó la obra, envió al P. Pedro Pablo que la acabó.

Tan bueno es el Señor para los que le temen y tan ciertas son las palabras del salmo: «Arroja en el seno del Señor tus ansiedades, y El te sustentará: *Jacta super Dominum curam tuam, et ipse te enutriet* ⁽¹⁾.»

(1) *Salm.* 54.

CAPITULO XII

Por divina disposición es recogida Gema en la casa del señor Giannini como hija adoptiva

JULIO SEPTIEMBRE (1899)

Vivía por aquellos días en la ciudad de Luca, y vive allí todavía, una de aquellas honradas familias patriarcales, cuyo principal tesoro es el temor de Dios y las virtudes cristianas. Está compuesta de padre, madre, una hermana y doce hijos. Tan grato es a todos los conciudadanos el nombre de dicha familia como grande la estimación en que la tienen. Es la del caballero D. Mateo Giannini. Movidos de su singular piedad y caridad, estos señores tienen a honra hospedar en su propia casa, en calidad de bienhechores, a los pobres hijos de San Pablo de la Cruz que se encuentran allí de paso, en el frecuente ejercicio de su ministerio apostólico.

La hermana, poco ha mencionada, era D.^a Cecilia Giannini, mujer entregada enteramente al ejercicio de las buenas obras. Conocía esta buena señora a Gema, pero sólo de vista. Hablóle de ella el P. Cayetano del Niño Jesús, a su regreso a Luca, después de la misión predicada en San Martín, y deseoso de volver a verla, según la promesa hecha, rogó a doña Cecilia que fuese en busca de nuestra Gema. No dejó escapar la buena señora tan hermosa ocasión de conocer a fondo a la joven y de trabar con ella familiaridad doméstica; la buscó, se la llevó a casa, y conociendo al punto haber encontrado en ella un verdadero tesoro, determinó retenerla a su lado en cuanto le fuese posible. Gema, por su parte, quedó admirada de la caridad que con ella se tenía, y de la sólida y varonil virtud de aquella mujer, de la cual preveía en su corazón que no tardaría en hacer muy pronto con ella las veces de madre.

La ausencia de los de la casa, que habían salido para los baños en el mes de Agosto, ofreció pretexto a la buena señora para invitar a la muchacha a que fuese a pasar con ella algunas horas al día; los Galgani, sabiendo como sabían qué casa era aquella, no se mostraron difíciles en acceder a la invitación. No contenta con tenerla durante el día, quiso también que la acompañase por la noche, pues tan sola estaba, y lo consiguió, por lo menos alguna que otra vez. Por su parte, Gema estaba contentísima, pues parecía hallarse, por decirlo así, en su propio centro. Respiraba un ambiente más puro, y se sentía aliviada en el alma siempre que podía hallarse a sus anchas en tan grata compañía.

Y tanto mayor era su satisfacción, cuanto más violencia experimentaba al hallarse en medio de su propia familia, en donde se veía obligada a tratar de cosas que muy poco o nada se avenían con su espíritu, y a alternar con personas de toda clase, lo cual la afligía grandemente. Con gran empeño procuraba ocultarse retirándose a su aposento para entregarse a la oración y al trabajo; mas no siempre le era fácil. Sucedió una vez entre otras que, durante una disputa, alguien dejó escapar de la boca alguna palabra irreverente contra Su Divina Majestad. Gema experimentó con ello tan gran dolor, que empezó a sudar sangre por todo el cuerpo, en tanta cantidad, que llegó a bañar el pavimento. Dios mío ¡cómo ocultar la sangre? Ya habían observado los de la casa, hacía tiempo, algo singular en la conducta de Gema; se habían suscitado dudas acerca de ella, y uno a otro se preguntaban: ¿Qué será todo esto? Semejantes cuchicheos habían hallado eco fuera de casa, excitando cada vez más las sospechas, en particular, de la tía Carolina, a quien poco antes la cándida joven había enseñado las manos llenas de sangre a causa de las heridas. Oigamos ahora cómo Gema refiere a su confesor lo que le sucedió después del fenómeno del sudor de sangre: «Monseñor, ¿sabe V. lo que me hizo la tía ayer tarde? Al

ir a mi aposento, llegóse a mí airada, y me dijo: Esta tarde no tienes a tu hermana Julia para defenderte. Demuéstrame la procedencia de toda aquella sangre, de lo contrario, te mato a palos. Yo estaba callada, y ella con una mano me cogía por la garganta y con la otra trataba de quitarme los vestidos; pero no lo hizo. En aquel instante tocaron la campanilla, y me dejó... Mas no acabó aquí; cuando iba a acostarme (volvió) y me dijo que era hora de acabar con aquellas *farsas*, y que había ya dado que hablar demasiado. Mira—añadió,—si no me dices la procedencia de aquella sangre, no te dejaré salir más sola de casa, ni te enviaré a ningún sitio. Imagínese lo que por mí pasó al oír aquellas palabras; empecé a llorar, no sabía qué hacer. Por fin, me decidí a decírselo, y le respondí así: «Son las blasfemias; al (oir) blasfemar, veo a Jesús que padece mucho, y yo con él, y padezco de corazón y me sale sangre. Entonces pareció calmarse un poco y me dejó.»

Y no fué esta la única vez que la Sierva de Dios tuvo que padecer en familia, por no poder entender los suyos las maravillas que en ello obraba el Señor. La otra tía, la buena Elena, enfermiza como estaba, no podía acompañarla siempre a la iglesia, y Carolina no quería dejarla ir sola. Para contristar más y más a nuestra Gema, se agregó cierta curiosidad en algunos miembros de la familia: la espiaban de continuo cuando se hallaba en su aposento, tratando de averiguar, por las rendijas de la puerta, en qué estaba ocupada la Sierva de Dios. Otras veces, sorprendiéndola desde el mismo punto de observación cuando estaba en éxtasis, conversaban de ello en diversos sentidos e invitaban a personas amigas a que fuesen a verla en aquel estado. De lo cual la pobrecilla se lamentaba al confesor y al Señor mismo, quien le había mandado mantenerlo todo oculto a los ojos de los profanos.

Pues bien, llegadas a tal punto las cosas, fácil es imaginar la satisfacción de Gema al ofrecérsele ocasión de permanecer lejos de los suyos en una casa de santos, en

donde podría entregarse libremente a Dios, sin ser estorbada de nadie.

Entretanto la buena señora Cecilia había tenido ocasión de admirar mejor la rara bondad, la ingenua sencillez, la singularísima modestia de la doncella, y quedar complacida de ella en sumo grado. Al principio sintióse dicha señora algo perpleja en lo tocante á los insólitos fenómenos que en ella con tanta frecuencia observaba. Para darse razón de todo, la vigilaba continuamente, espiando aun sus más ligeros movimientos. Gema, por su parte, contenida por su innato rubor y modestia, guardábase con todo cuidado de darse a conocer. Mas de nada le sirvió su delicada reserva, pues queriendo el Señor que fuesen conocidos los dones de su gracia, sucedía frecuentemente que la piadosa joven quedaba descubierta. Véase en qué términos refiere, en una carta a su confesor, una de estas desventuras, según ella solía llamarlas: «Ayer Jesús me hizo padecer mucho; todo el día sudé sangre. No estaba en casa; estaba con la señora Cecilia Giannini. Jesús me recomienda constantemente que no me haga reparar en nada, de lo contrario me castigará. Me dice siempre que ha de causarme vergüenza dejarme ver por ninguna persona, porque mi alma está llena de defectos.» La piadosa señora, sin mostrar admiración, por no afligir a su huésped, bendecía al Señor en su corazón y sentía cada vez más mayor estima y amor por la joven. «Viva Jesús—decía;—tenemos un ángel en casa. ¿Qué haré para corresponder al Señor por tantas gracias?»

Mientras tanto, los dos Padres Pasionistas, Cayetano y Pedro Pablo, hallándose de paso en Luca, tuvieron ocasión de visitar nuevamente a Gema y de ser testigos de vista del maravilloso fenómeno de las llagas, el cual, en la forma que he dicho, se repetía invariablemente los jueves y los viernes. Cecilia, que a su vez lo veía igualmente, pidió a los Padres explicaciones y consejo; ellos, aprovechando su prudente reserva, la exhortaron a no perderla de vista y a informarles de todo a su tiempo.

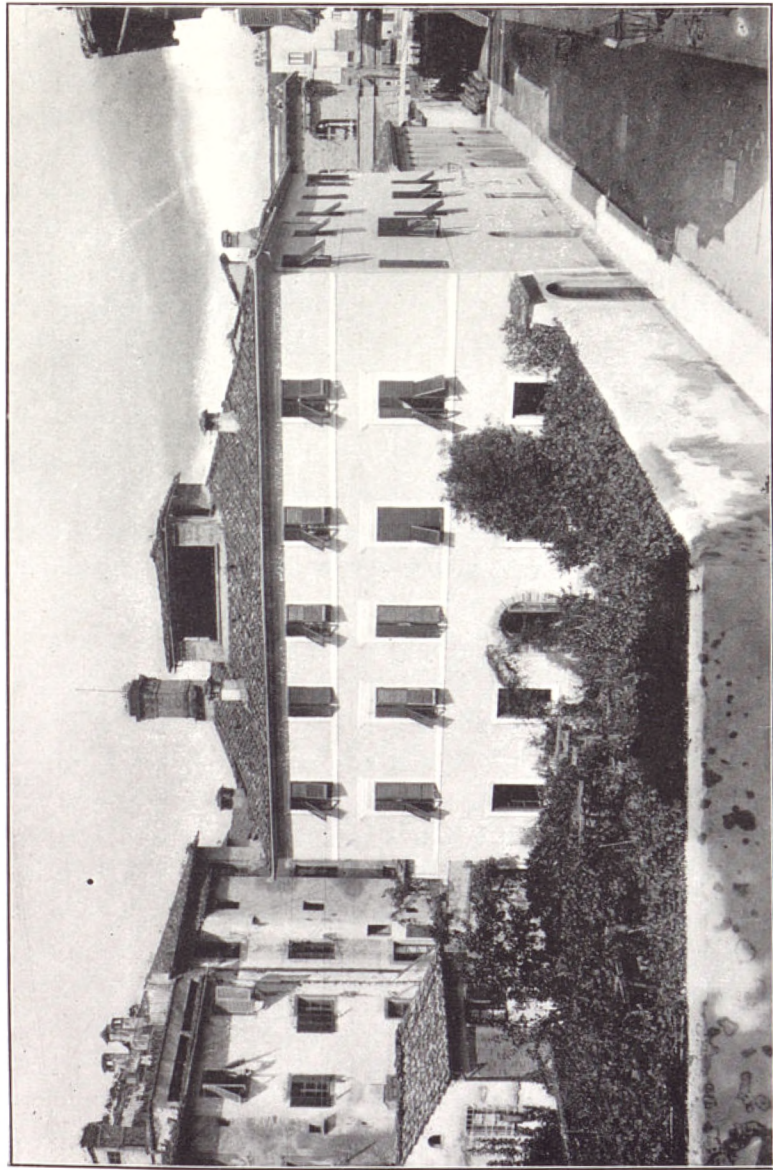
Por entonces, como volviera del campo a la ciudad la familia Giannini, experimentó la buena Cecilia gran sentimiento al pensar que tenía que despedirse de Gema y enviarla a su casa. ¡Nunca haré tal!—pensó;—y, animosa, presentándose a su hermano y a su cuñada, les dijo: «Dios me ha puesto en las manos el ángel que aquí veis. ¿No podría quedarse con nosotros? Tenemos once hijos en casa. Uno más ¿qué importa?» Corrió luego a casa de las tías de Gema y les rogó que consintiesen en dejarle su querida sobrina, para tenerla habitualmente como hija. A tal propuesta, afligiéronse grandemente aquellas buenas señoras, a quienes parecía muy duro privarse del único alivio que les quedaba todavía en medio de tantas desventuras. Sin embargo de ello, reflexionando en la gran penuria de la casa, en el estado singular de la joven a causa de su extraordinaria piedad y amor al retiro, y en la vocación religiosa a la cual, desde mucho tiempo hacía, sabían que estaba inclinada, permitieron por lo pronto a Gema que durante varios meses se quedase en su casa o se fuera a la de Giannini, según mejor le pareciera; de lo cual se aprovechaba Gema admirablemente para sus santos fines, sobre todo los jueves y los viernes, a fin de mantener ocultas a su familia las cosas extraordinarias que en ella se habían manifestado. Por fin, en Septiembre de 1900, después de haberse resistido no poco, dieron las tías su consentimiento; desde entonces Gema pasó definitivamente a casa de los Giannini.

¿No te parece, querido lector, ver en esto un milagro de la Providencia divina? Tratándose de viudas o de solteras que viven solas, no es raro, entre cristianos al menos, que, por caridad, adopten huerfanitas pobres o abandonadas. Pero en una familia numerosa, con once hijos, todos de corta edad, y en casa relativamente pequeña, el pensamiento de aquella señora, a más de temerario, parecía de imposible realización. ¡Pues con cuánta mayor razón, si se toma en cuenta que la joven que se trataba de adoptar era

hija de madre tísica! ¿Y por satisfacer un capricho ha de llevarse a casa semejante peligro, poniendo una persona extraña en convivencia con floreciente juventud?

Pero Dios lo quería, y cuando Dios quiere algo, no hay, dice el Apóstol, prudencia, consejo ni sabiduría capaz de oponerse a ello. Y, en efecto, a la primera propuesta que le hicieron, el padre de familia se mostró contentísimo, y como él, la madre, todos los hijos, el piadoso sacerdote que, cual segundo padre, tenían en casa, D. Lorenzo Agrimonti, y aun los criados de la casa, todos aceptaron gustosos a Gema. «Sea bien venida Gema—dijeron los piadosos padres:—será el duodécimo hijo que el cielo nos da. Respétenla todos, obedézcale la servidumbre; nada le falte.» »Será la séptima de nuestras hermanas—decían las niñas;—la amaremos como nos amamos nosotras mismas.» Lo mismo decían los niños mayores; de modo que aquel día pareció de fiesta y regocijo para la bendita familia.

Verdad es que bastaba mirar a la joven, a la sazón de unos veinte años, para quedar prendado de ella. Algo sabe ya de ello el lector. Humilde, dócil, respetuosa, apartada de todo cuanto pudiera parecer capricho o ligereza, era por añadidura devotísima y buena a carta cabal. En los cuatro años que estuvo en la nueva casa, no dió el menor motivo de disgusto, ni tuvo la más ligera disputa con los criados, ni con los hijos. Y, ello no obstante, ¿quién ignora cuán difícil es que niños de diversa edad, sexo e índole no tengan de que quejarse respecto de una persona extraña, que entra en su casa, no ya para servirles como criada, sino para sentarse con ellos a la misma mesa y vivir en todo como cualquiera de ellos? Con todo, a los hechos me atengo, y los hechos son estos precisamente, como, por ser recientes, pueden fácilmente comprobar mis lectores. «Puedo jurar—afirma la señora, madre de aquella familia,—que en los tres años y ocho meses que Gema vivió con nosotros, no tuve conocimiento de inconveniente alguno ocasionado por ella, ni le observé el más pequeño



Casa del Sr. Giannini

defecto.» Del mismo modo se expresan los demás testigos.

Pero la que más se aficionó a la recién llegada, desde los primeros días en que ésta empezó a frecuentar la casa como externa, esto es, en Julio de 1899, fué la hija mayor, llamada Anita. Apenas se vieron estas dos almas, se comprendieron, entablándose entre ellas una amistad perenne, que no se enfrió jamás. Juzgue de ello el lector por la siguiente carta que escribió Gema el día 7 de Agosto, en que Anita salió de casa para ir a tomar baños con su familia en Viareggio. «Queridísima Anita: Al tomar la pluma para dirigirme a V., me vuelven a la memoria nuestros últimos saludos y las promesas que mutuamente nos hicimos en el momento de separarnos. ¿Cómo podremos olvidarlas?; o a lo menos, ¿cómo podré olvidarlas yo? No, me parece imposible. Sólo algunos días tuve el placer de hablar con V.; mas aquellas pocas palabras, aquellos discursos, todos de Jesús, me han dejado en el corazón tan viva impresión, y, permita que lo diga, tal afecto por V., que no sé cómo expresarme. Demasiado tarde nos conocimos, o demasiado tarde empezamos a amarnos. Mas precisamente porque es tarde, pongámonos de acuerdo para amar a Jesús mucho; desahoguemos en Él nuestros más tiernos afectos.

»Quisiera que mi corazón no palpitase, no viviese, no suspirase sino por Jesús; quisiera que mi lengua no supiera proferir más que el nombre de Jesús, que mis ojos no mirasen más que a Jesús, que mi pluma no escribiese más que de Jesús, que mis pensamientos volasen a Jesús únicamente. Muchas veces me he puesto a reflexionar si hay algún objeto en la tierra digno de mis afectos, pero no encuentro ninguno, ni en el cielo ni en la tierra, fuera de mi querido Jesús. Sin embargo de ello, me he perdido muchas veces entre las enojosas disipaciones de la tierra; y ¡cuántos corren perdidos tras las vanidades del mundo! Están locos de verdad. Si pensaran en Jesús, imposible sería que Jesús no cambiara su corazón, sus afectos, sus sentidos, sus suspiros; y si probasen un solo instante el

consuelo que se experimenta al lado de Jesús, digo que no le dejarían escapar nunca.

»¿Lograremos, pues, amar de veras a Jesús? Dígolo especialmente por mí, que siempre le ofendo y tengo valor para añadir nuevas espinas a la corona cruel que le circunda el corazón. ¡Pobre Jesús! Pero ¿sabe V. de qué modo se venga Jesús de mis infidelidades? Me hace ver con frecuencia sus llagas, sus manos chorreando sangre de redención, y su corazón consumido por un incendio de caridad, con los brazos abiertos para estrecharme en ellos, y me dice que es todo víctima de su gran amor por nosotros. Ruego siempre a Jesús que me acorte la hora por mí tan deseada de entrar en el convento; porque veo que en el mundo no se está bien, y que no puede dar la felicidad en manera alguna.

»Le ruego que no me olvide en sus oraciones ante Jesús crucificado; lo mismo haré yo, como pueda; mas no espere nada de mis oraciones, porque son muy débiles. Quisiera que esta carta la hallara bien de salud; y si no hubiese dificultad, recibiría placer en que saludase a su madre y le rogase que me recuerde alguna vez ante Jesús.

»Perdóneme lo incorrecto de la letra y aun el poco sentido de la carta; porque no sé hacer nada. Roguemos, roguemos juntas a Jesús que nos dé fuerzas para vivir sólo para su amor, que no vivamos más que para amarlo, que nos dé la gracia de morir expirando en su corazón en un transporte de fervoroso amor. Le envió mi particular saludo; ruegue mucho, muchísimo, a Jesús por la pobre Gema.»

Por el mismo estilo son otras tres cartas de Gema a dicha amiga, según pueden leerse en la obra publicada por mí, con el título *Cartas y Éxtasis de la Sierva de Dios Gema Galgani*, págs. 174-177, donde se nota que, mien-

tras en la primera la trata de V., en las otras, adquirida más familiaridad con ella, le dice de tú.

Permítanos el lector que traslademos aquí el siguiente soneto compuesto sobre el asunto por el conde Brunori Querenghi:

LA NUOVA MADRE.

La provvidenza, che il giglio riveste,
E sul mattino, di rugiada avviva,
E nel solingo orror delle foreste,
Del cibo usato l' augellin non priva;
Te pur, dopo il furor delle tempeste,
Che la tua nave in pelago inghiottiva,
Col gentil soffio d' un' aura celeste,
Mena te pur a inaspettata riva.
Una pia che ti scorse, a sè t' invita
Con viscere di madre, e nel suo tetto
T' offre la solitudine gradita.
Ove dell' Amor tuo col caro obbietto
Vivrai sicura, e nell' ardua salita
Avrai la guida del materno affetto (*).

(*) LA NUEVA MADRE

La Providencia, que viste de colores al lirio y lo reanima con el rocío matutino, y en el solitario temor de los bosques, no priva del cotidiano alimento al pajarillo; a ti también, después del furor de la tormenta que en el piélago hacía zozobrar tu nave, merced al soplo gentil de aura celeste, te lleva a inesperada orilla. Te ve una piadosa mujer; con entrañas de madre, te invita a vivir con ella, y bajo su techo te ofrece la anhelada soledad. Allí, con el caro objeto de tu Amor, vivirás segura, y en lo ardua ascensión, te guiará el materno afecto.

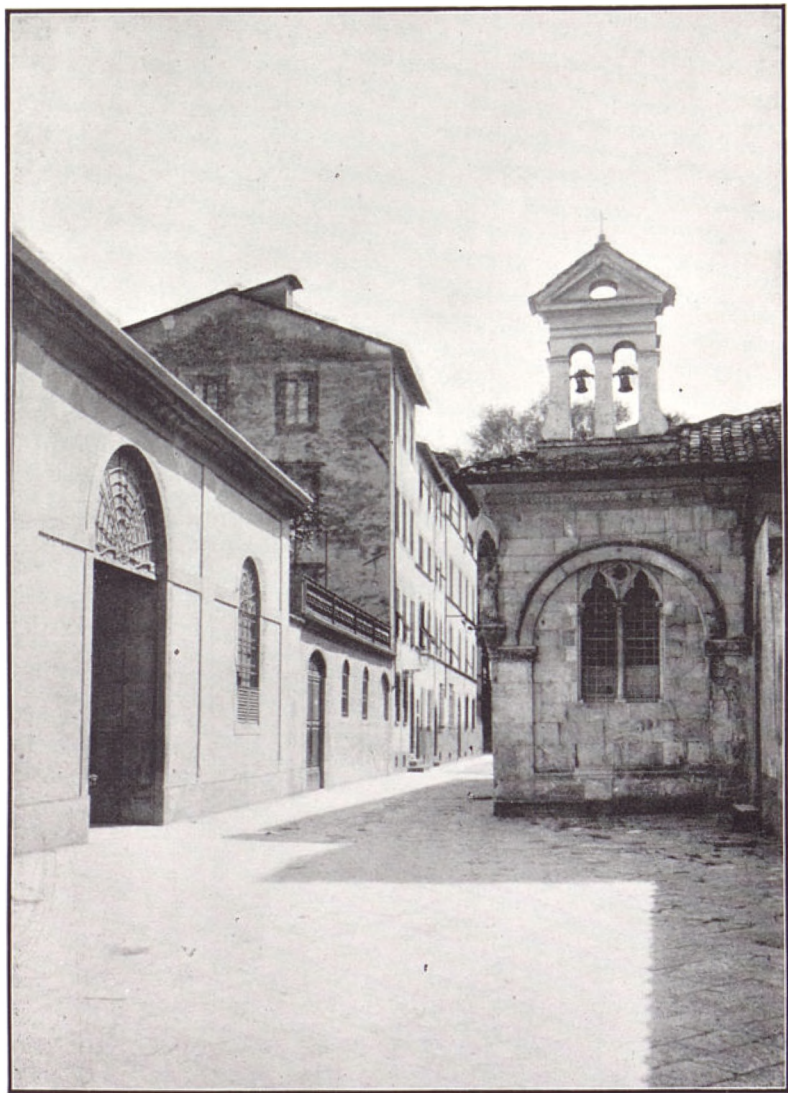
CAPÍTULO XIII

Vida de Gema en casa de Giannini

(1899-1903)

Estudiemos ya a Gema en el nuevo género de vida, si así puede llamarse. A causa de la poca capacidad de la casa, durmió al principio unas veces en el aposento de una de las hijas mayores, otras en el de su madre adoptiva, a la cual, para evitar confusiones, llamaremos tía: Gema la llamaba tiernamente «mi mamá». Todo el ajuar que llevó á la casa se componía de alguna ropa blanca, muy poca, dos vestidos y un sombrero; nada más quiso, según veremos más adelante, al tratar extensamente de su amor a la pobreza. A ella le bastaba Jesús; Jesús la tenía ocupada la mayor parte del día. Por la mañana, tan pronto observaba que se había despertado la tía, se levantaba, y en menos de cinco minutos, se arreglaba y se ponía en disposición de ir a la iglesia. Durante este tiempo, no se ocupaba en nada, ni hablaba una palabra, por importantes que fuesen los quehaceres de la casa; quería que las primicias del día fuesen para Jesús; así es que, de acuerdo con su tía, la cual pensaba como ella, se levantaba antes de amanecer, cuando los demás, como dormían, no tenían necesidad de especiales cuidados.

Juntas se dirigían a la iglesia más próxima, de ordinario a la llamada «della Rosa,» enfrente mismo de casa; en ella ordinariamente oían dos misas: una como preparación para comulgar, que nunca omitían, y la otra en acción de gracias. Ciertó que una hora de oración era poco para la fervorosa virgen, la cual, a dejarse llevar por los afectos de su corazón, hubiera permanecido entretenida con Dios hasta muy avanzado el día; pero tampoco se quejó nunca de que se la hiciese salir demasiado pronto, pues a la pri-



Casa de Giannini e iglesia de la Rosa

mera señal para marchar, aunque estuviese en éxtasis, como sucedía con frecuencia, volvía en sí y despacito se retiraba siguiendo a su tía. Al llegar a casa, en unión de las hijas mayores y de las criadas, cuidaba de que los niños se vistiesen, los arreglaba, y hacía que rezasen; después, para no perder tiempo, se ocupaba en algo que pudiera hacer moviéndose, y mientras efectuaba su trabajo, iba y venía por donde su presencia pudiera ser necesaria.

En la escuela había aprendido Gema a bordar bastante bien, y otros trabajos que se llaman de lujo; pero ya no le agradaba hacerlos, porque los conceptuaba cosas vanas, que hacían perder el tiempo lastimosamente. En cambio, prefería ocuparse en remendar, hacer media y otras cosas que, aunque de poca apariencia, eran de gran utilidad a familia tan numerosa como aquella. Tampoco se avergonzaba de ocuparse en los oficios de la casa, a pesar de que desde niña había sido asistida por criadas y camareras; así, pues, sacaba agua del pozo, ayudaba a las camareras a arreglar las habitaciones, lavaba la vajilla, auxiliaba a la cocinera en la preparación de la comida.

Cuando en la casa había enfermos, tomaba a su cargo la asistencia, y ella sola era suficiente para cuanto podía ocurrir durante la enfermedad. Habiendo caído enferma una de las criadas, a la que se le formaron abcesos voluminosos en las piernas, Gema, sin hacer distinción de ama a criada, se encargó de curarla. Le limpiaba el cuarto, hacía la cama, la lavaba y, arrodillada delante de ella, le vendaba las asquerosas llagas; y si bien la criada, de natural difícil y colérico, por toda gratitud le pagaba con desprecios e injurias, y le decía que la despreciaba y que se fuese y no se acercase más a ella, la piadosa joven no desistía de su empeño, sino que redoblaba sus cuidados, procurando por nuevos medios tenerla contenta.

De haberla dejado en libertad, sin duda que hubiera encontrado modo de estar ocupada todo el día, sin des-

cansar, trabajando; pero su madre adoptiva no pensaba del mismo modo. Después de haberla permitido hacer lo que era costumbre en la familia, deseando darle algún descanso, le decía: «Ahora dejadme disfrutar de mi querida Gema,» y se la llevaba, bien al cuarto de labores, bien al patio de la casa, para coser o hacer media al aire libre.

Hablaban de Jesús y de las cosas del alma, especialmente cuando estaban solas. Discurrían acerca de la comunión de la mañana, del misterio o fiesta del día y del deseo de ir al cielo. Y aquí la buena señora se aplicaba a tender inocentes lazos a la sencillez de la jovencita, para escudriñar los secretos de su espíritu. Después de enardecerla con sus conversaciones, la acosaba a preguntas, de tal modo y con tal destreza, que la hacía manifestar con frecuencia las luces recibidas en la sagrada mesa, sus propósitos, y cuanto le había ocurrido durante el éxtasis. Sobre esto la había instruido yo, y de este modo, gracias al Señor, se conocen muchas cosas extraordinarias que, de no haberse usado estas santas estratagemas, jamás se hubieran conocido. La conversación, siempre nueva, aunque principiaba por la mañana y terminaba por la noche, como era a intervalos, no producía tedio ni cansancio.

Ocurría a veces que, después de tales coloquios, la señora se veía obligada a irse por algún tiempo, y otro ocupaba entonces su puesto; pero Gema escogía el momento oportuno para alejarse disimuladamente, retirándose a su habitación o al oratorio doméstico, para continuar allí su trabajo manual, estar en la presencia de Dios y rezar. Así pasaban los días aquellas dos almas, lo cual es para mí un semimilagro, dado el desmesurado trabajo que las faenas domésticas hacían pesar sobre la buena señora, la que no paraba de la mañana a la noche; a pesar de ello, sin que hubiese el menor retraso, encontraba modo de pasar largos ratos con su hija adoptiva. «Con Gema—solía decir—descanso. Al verla a mi lado me pongo alegre, no siento fatiga ni disgusto de ningún género.» Y añadía: «¡Qué

cuenta tendré que dar a Dios, si no sé apreciar el don que me ha hecho con esta angelical criatura, ni saco provecho para mi alma!»

Como ella, pensaba el resto de la familia, desde el día que la recibieron, hasta que el cielo se la llevó. La madre de esta familia, de quien ya se habló, decía en una carta: «Gema fué para nosotros algo extraordinario. Cuando la miro, veo en ella algo que no es de este mundo. ¡Qué felicidad haber vivido con semejante ángel! Por mucho que quiera explicarlo, no encuentro palabras apropiadas para expresar quién era. Un ángel en carne humana, y está dicho todo.»

El venerable sacerdote, huésped de la misma casa, de quien ya se hizo mención, testifica lo siguiente: «Conocer y admirar a esta joven adornada de virtudes, y rica de dones celestiales, fué todo uno. Me arrobaba su rara ingenuidad, la cual contrastaba con su perspicacia y no común inteligencia. La observé atentamente, y en todo el tiempo que permaneció en nuestra compañía, no noté en ella el menor defecto; por lo contrario, tuve ocasión de admirar el escrupuloso cumplimiento de sus deberes, la abnegación de su voluntad y la práctica de todas las virtudes, que ejercitaba con tanto denuedo, constancia y tranquilidad de espíritu, que parecían en ella la cosa más natural del mundo. Cautivaba especialmente la atención su recogimiento y unión con Dios, pues en medio de las ocupaciones domésticas, aun de aquellas que más distraen, se la veía absorta en Dios y en constante meditación, la cual, con todo, no le impedía atender a sus ocupaciones. Su fervor y su piedad se transparentaban en el rostro, especialmente en los ojos, que conservaba modestamente bajos. Confieso que si alguna vez me encontraba con ellos, quedaba tan profundamente impresionado, que no podía mirarla con fijeza.» Así se expresa este sacerdote, el cual, después de otras muchas cosas, concluye su declaración en los siguientes términos: «El bien que hizo a mi alma tratar con este ser

privilegiado, sólo Dios lo sabe; los consuelos que me proporcionó, sólo mi corazón los conoce; siempre recordaré el influjo de sus maneras angelicales, puestas de manifiesto durante mi enfermedad. Estaba verdaderamente sorprendido de su vigilancia, de su exactitud, de sus cuidados, los cuales en verdad tenían algo de maternos.»

Del mismo modo se expresa otro digno sacerdote, amigo de la familia, a la cual visitaba frecuentemente. Creo no disgustar al lector, si de su atestado entresaco algunas frases: «La modestia y sencillez que se leían en su rostro, me impresionaron agradablemente, y aunque muchas veces la tuve cerca, jamás noté en ella la menor falta. Cuando tenía que tratar con otras personas, no se mostraba desdeñosa, sino gentil y afable, cualidades maternas en ella, que revelaban la belleza de su alma; no miraba la cara de quien le hablaba, sino que dirigía la vista a otra parte, con cierto aire extraordinario; sus palabras eran pocas; limitábase a contestar a las preguntas que se le hacían, pero con la particularidad de que nunca la oí hablar de sus cosas; aun cuando se le pedían noticias de su quebrantada salud, era tan mesurada en las respuestas, que parecía que en hablar experimentaba fatiga. No era nada nuevo para mí la hermosura de su alma, la delicadeza de su conciencia, ni su entera confianza en Dios; pero que hubiese adelantado tanto en santidad, ciertamente no me lo había imaginado.»

Gema comía en la misma mesa con los demás de la familia, pero puede decirse que más bien por fórmula, pues comía muy poco. A veces, tomadas algunas cucharadas de caldo, se levantaba con cualquier pretexto e iba a la cocina, regresando al cabo de algún tiempo para hacer lo mismo con el resto de la comida; de modo que se marchaba de la mesa casi sin comer, y se retiraba a su habitación dejando que los demás, según tenían por costumbre, conversasen entre sí de sobremesa. No pedía, ni aunque se le ofreciese aceptaba, manjar alguno en el resto del día.

Tampoco hacía la menor indicación para salir a paseo, y como los de la casa sabían que le repugnaba, se abstendían de hacerle invitaciones que pudieran desagradarla; en cambio, iba por la tarde a la iglesia para recibir la bendición del Santísimo, piadosa costumbre generalizada en la ciudad de Luca, y al obscurecer volvía a casa.

Vivía en ésta como si no morase en ella, porque no se la oía hablar ni reír, no se la veía correr ni moverse, a pesar de que por su temperamento parece que debía estar en constante actividad. Al entrar cualquier persona extraña, procuraba alejarse pronto, para dejar en libertad a los de la familia, y para no distraerse oyendo conversaciones inútiles. Fué en esto tan cuidadosa, que al cabo de cuatro años, apenas conocía a ninguno de los muchos que frecuentaban la casa, ni lo que en ésta ocurría; pues aunque oyese hablar, no ponía atención, y, por añadidura, tenía su interior perfectamente ordenado, pues la virtud era su regla y Dios su objetivo.

Ocasión propicia encontró en tan cristiana familia la piadosa joven para ejercitar su caridad con los pobres, virtud de que ya diera muestras en la casa paterna, en la época de abundancia. Iba a la cocina con objeto de que la tía le diese los residuos de la comida para socorrer con ellos a los necesitados. Al oír la campanilla de la puerta, siempre se figuraba que era alguno de éstos, y si no abrían pronto, pedía permiso para hacerlo, lo que efectuaba a la carrera, y la mayor parte de las veces no se equivocaba, pues era algún pobre; Gema invitábale a entrar, creyendo siempre que en él encontraba un tesoro. Una vez dentro, le hacía sentar en el patio, iba ligera a su escondrijo, cogía la comida que tenía guardada, y alegremente, se la ofrecía. Mientras el pobre comía, sentábase ella a su lado para catequizarlo. «¿Habéis oído misa hoy? ¿Cuánto tiempo hace que no os confesáis? ¿Hacéis oración por la mañana y por la tarde? ¿Pensáis alguna vez en lo que Cristo padeció por nosotros?» Con estas y parecidas preguntas

se abría paso para insinuar dulcemente en el alma del pobre sentimientos de fe, de piedad, de resignación, y una vez fortalecido de cuerpo y alma, le permitía marcharse satisfecho. La tía, que conocía aquel piadoso ejercicio, la observaba muchas veces tras las persianas de alguna ventana, notando con gran complacencia suya que a nuestra joven se le encendía el rostro, que sus movimientos eran animados, que toda ella se conmovía, por lo que no podía por menos de bendecir a Dios interiormente. Cuando se veía sorprendida en esta operación, solía decir: «¿No soy yo una pobrecita? El Señor me lo ha quitado todo, y, sin embargo de ello, no sólo no me falta nada, sino que se me trata excesivamente bien; ¿y he de consentir yo que a los demás pobres les falte lo necesario?» Volviendo un día sobre este mismo pensamiento sugerido por su profunda humildad, le dijo a la tía: «Lo que hace V. conmigo, hágalo como si se tratase de un pobre que encuentra por el camino, porque de otro modo no adquiere mérito de ninguna especie.»

Aquí viene de propósito que recordemos cuán grande era la gratitud de Gema para con sus bienhechores. Sencilla en las formas y ajena enteramente a cuanto podía saber a cumplido, se leía en su cara lo que el corazón sentía, aunque no lo expresase con palabras: «¡Dios mío—decía en su interior,—qué haré para corresponder a tantos beneficios! Por mi rusticidad no sé cómo darles las gracias; hazlo tú, Dios mío, auméntales sus bienes y págales el ciento por uno de cuanto hacen por mí. Si ha de ocurrirles alguna desgracia, Señor, que caiga sobre mí.» Luego, con voz afectuosa, se dirigía a unos y a otros diciendo: «No se molesten, tengan un poco de paciencia conmigo. Yo rogaré por Vds. cuando esté con Jesús.» Fácilmente se echa de ver, por estas palabras, que la joven, aunque se veía estimada por todos, no por eso dejaba de comprender su estado de humillación, y que en cierto modo se avergonzaba de sí misma. No obstante esto, se resignaba a la voluntad

de Dios, y permanecía tranquila esperando que El se dignara disponer de ella según su beneplácito. De tal modo lo disimuló, que nadie llegó a advertir las penas que, por este motivo, sufría su corazón. Escribiendo a su director, le decía: «Contemplo mi corazón, veo que posee a Jesús, y poseyendo a Jesús, ya puedo reirme, a pesar de tantas amarguras. Sí, soy feliz, en medio de mi desgracia.»

Las oraciones de la joven por sus bienhechores tocaban a lo vivo en el corazón de Dios, moviéndole a recompensarlos con largueza, y de ahí que un día pudiese escribirme: «¡Si supiese V. cuánto les ayuda el buen Jesús! A cada momento los bendice y los preserva de desgracias.» En cierta ocasión, la madre de aquella familia enfermó gravemente de unos dolores espasmódicos en las entrañas, tan fuertes que los médicos hicieron mal pronóstico. Compadecida Gema, pidió al Señor que le permitiese padecer aquellos dolores en sustitución de la enferma, y Dios la oyó. Véanse los términos en que me refiere el hecho: «Los dolores que padecía la madre de los niños, me los tomé yo, y crea, Padre, que son atroces. Yo no sé lo que sucederá.» En efecto, la señora quedó curada en el acto, pero la pobre Gema sufrió aquel tormento por espacio de muchos meses, tormento que la condujo al borde del sepulcro.

Entre tanto, Dios en su infinita sabiduría, iba realizando sus altos fines en aquella alma predilecta. Quería que caminase por vías extraordinarias, no en secreto, sino por señales y portentos exteriores, y así glorificarse en ella de un modo especial. En efecto, durante los cuatro años que permaneció en la casa de sus bondadosos bienhechores, se realizaron los asombrosos fenómenos de que a su tiempo hablaremos. Si hubiese permanecido en la casa paterna, hubieran hallado entorpecimientos, y quizás semejantes manifestaciones hubieran corrido algún peligro, porque no había allí quien pudiese atenderla, guiarla y aun ocultarla a las miradas profanas. Tan convencida estaba

Gema de esto, que temblaba al solo pensamiento de tener que volver a su casa, aunque fuese por un día, y en cambio, en la casa en que Dios dispuso que fuese admitida se hallaba mejor que en un convento. Allí no había visitas de gente mundana, ni bullicio, ni disipación; desde el primero al último, eran todos profundamente religiosos, y la señora que con ella hacía veces de madre, bastante práctica en la vida espiritual; así es que podía conocer los secretos de su alma, y servirle de valiosísima ayuda. Dotada de gran prudencia, sabía eludir Gema las conversaciones en público, conversaciones que nunca faltan en tratándose de fenómenos extraordinarios del orden sobrenatural. Viviendo con una familia numerosa y dedicada al comercio, logró nuestra joven pasar inadvertida, de modo que los bienes con que el cielo la dotó, solamente fueron conocidos de sus directores espirituales. ¡Tan bueno es el Señor en el ejercicio de su providencia!

Y aquí, antes de poner fin a este capítulo, a ti me dirijo, benemérita familia que albergaste a Gema, y con corazón conmovido, te doy las gracias en nombre de aquel mismo Dios a quien te propusiste honrar, haciendo bien a su bendita sierva.

CAPÍTULO XIV

Gema y su nuevo Padre espiritual

(1900-1903)

Queriendo Dios consolar a su Sierva, y prestarle auxilio en las grandes necesidades en que se hallaba después de la aparición de las llagas, le dió a conocer los hijos de su Pasión: al P. Cayetano, en primer lugar, luego al P. Pedro Pablo, después al P. Ignacio de Santa Teresa, al P. Francisco del Corazón de Jesús, al P. Lucas de San José y algunos más; y desde el primer momento en que los vió, con clara locución le dió a entender el Señor que un religioso de aquel Instituto sería algún día su director. Pero, aun cuando los que entonces conoció la auxiliaron en gran manera en sus presentes necesidades espirituales, con todo, ninguno de ellos había de ser el director que Dios le designaba; por lo cual, cumplida su misión, uno tras otro, retiráronse todos satisfechos de haber admirado en aquella extraordinaria criatura las maravillas divinas. Dice el Apóstol San Pablo que los juicios de Dios no son como los de los hombres, sino, ordinariamente, todo lo contrario. El Señor, para conseguir sus fines más elevados, complácese en elegir lo más despreciable y abyecto del mundo, a fin de que sólo Él reciba toda la gloria del bien obrado: *Ignobilia mundi, et contemptibilia elegit Deus, et ea quae non sunt;... ut non glorietur omnis caro in conspectu ejus* (I Cor., I). Pues bien, a esta clase de instrumentos había de pertenecer el director que deseaba Dios dar a su Sierva. Gema no lo había visto nunca, ni siquiera había oído decir que existiese; con todo, lo conocía, en su propia edad, en su propio natural, en su propio semblante. Vivía en Roma; ella, en cuanto supo que había de ser él quien le sirviera de Padre, tomando ánimos en la ilimitada confianza

que ya había concebido por él en su corazón, le escribió la siguiente carta, fechada en 21 de Enero de 1900:

«M. R. P.: Hace ya mucho tiempo sentía en mi corazón, ante todas cosas, un gran deseo de verlo y aun escribirle. Pedí permiso al confesor, sobre si podía hacerlo, mas siempre me decía que no. El sábado pasado se lo pedí de nuevo; me dijo que sí, de lo cual me alegré; pero he aquí que al ir a escribir me siento como poseída de temor; ¿sabe por qué? He de escribirle ciertas cosas tan curiosas, que ciertamente se maravillará. He de decírselo francamente: mi cabeza es algo loquilla, y ora se imagina ver, ora oír cosas imposibles. Digo imposibles, porque Jesús no ha hablado nunca, ni se ha aparecido nunca a almas tan malas como la mía.» Y aquí, después de haber relatado el modo cómo le mostró el Señor en visión a su nuevo director, pasa a darle minuciosa cuenta de cuanto le había ocurrido en los dos últimos años: de su grave enfermedad, de la milagrosa curación, del Beato Gabriel, de su vocación al estado religioso, de sus primeras relaciones con los Padres Pasionistas. Háblale en ella de la fundación del monasterio de las Religiosas Pasionistas, que más tarde había de tener lugar en Luca, y refiere con todas sus señales las menores circunstancias de dicha fundación, como si la tuviera ante sus ojos. La carta, que consta de más de diez páginas, termina con estas palabras: «Le ruego que me dé su bendición, que me ayude y ruegue por la pobre Gema.»

Poco después escribió otra de cerca de seis páginas: «Ayer tarde, hallándome en oración ante Jesús sacramentado, me llamaron: creo que fué Jesús. (Padre, antes de continuar leyendo, le ruego por caridad que no crea nada, nada absolutamente: escribo sólo por obediencia; de lo contrario, no habría dicho una sola palabra). Me dijo: Hija, escribe también al Padre que tu confesor se pondrá gusto en relación con él. Di que lo haga, que este es mi deseo.»—Pero, Jesús, ya lo entiendo: tú quieres que el Padre sepa todos mis secretos. Quería continuar; mas me pa-

rece que Jesús, o bien (mi cabeza) me cortó la frase, y me dijo: Esta es mi voluntad que de ahora en adelante el confesor lo manifieste todo al Padre.»

Y era verdad. Habiendo oído decir lo mismo en su interior, el sabio Prelado determinó, en su profunda humildad, buscar aquel apoyo, aun cuando no lo conocía. La dirección de la amada joven apremiaba en gran manera, pues nadie mejor que él estaba en disposición de apreciar los méritos de su alma. En su profunda humildad, y a causa de sus graves y múltiples ocupaciones, sentía todo el peso de aquella dirección. Esta era la razón por la cual era enviada Gema ora a uno, ora a otro confesor, como ya dijimos, y pedía consejo a cuantas personas conocía. El fenómeno de las llagas, del sudor de sangre y de los éxtasis, al llegar a ser frecuentes, habían acabado de inquietarlo; y, si bien le tranquilizaron los PP. Cayetano y Pedro Pablo, con todo, de cuando en cuando, reaparecían sus dudas y renacían sus temores en lo interior de su corazón.

Aprovechando la ocasión de haber ido él a Roma, trató de tener una entrevista conmigo, pero no pudo realizarlo. Procuramos entonces entendernos por cartas, y así, en Agosto de 1900, me escribió por medio del Provincial, invitándome a que fuese a Luca para examinar en persona a su penitente. Yo, que por principio siempre me he resistido a creer en semejantes cosas, en especial cuando se refieren a mujeres, le respondí disuadiéndolo de semejante pensamiento, y aconsejándole que pusiese a su penitente en la vía ordinaria, la que recorre el común de los fieles. Escribió de nuevo dándome algunas explicaciones sobre aquellas cosas extraordinarias, y yo, persistiendo en mis apreciaciones fuí tan poco cortés, que llegué a sugerir al venerable Prelado que tratase de exorcisarla. En vista de tal desconfianza por mi parte, acrecentóse la perplejidad del prelado; por esto, queriendo que yo juzgase por ciencia cierta, logró que mi Provincial me obligase a partir.

Me puse en viaje a principios de Septiembre del año de

1900. Habiéndome detenido en casa de los Giannini, en donde Gema moraba, al verme la buena joven me reconoció al punto, y viniendo a mi encuentro experimentó gran alegría, bendiciendo en su corazón al Señor. Confieso que al hallarme en su presencia, experimenté en mi alma vivos sentimientos de devoción y veneración para con ella, como si me hallase en presencia de una santa. Fuimos juntos a arrodillarnos ante el crucifijo del oratorio doméstico; Gema lloró y yo lloré con ella. ¡Dios mío!, dije entonces, si tales sentimientos excita en mi alma la presencia de un justo, ¿quién no querrá ser vuestro en la patria de los bienaventurados? Con estas singulares impresiones me preparaba el Señor a admirar grandes cosas, con las cuales, desde el principio, había de disiparse de mi mente toda sombra de duda.

Era un jueves. A media cena, Gema, presintiendo el éxtasis, levantóse de la mesa, y se retiró a su aposento. Poco después vino a llamarme su madre adoptiva. Fuí y encontré a la joven en pleno éxtasis, cuyo asunto era un pecador, y cuya forma una lucha entre la justicia divina y la joven para conseguir el perdón de aquél. Confieso no haber asistido jamás en mi vida a un espectáculo tan conmovedor. Gema estaba sentada en un canapé, con la vista, el rostro y toda su persona fija en un punto de la habitación, donde se le había aparecido el Señor. No estaba agitada, pero sí conmovida y resuelta, como aquel que lucha y a toda costa quiere vencer. Principió diciendo: «Jesús, ya que has venido, vuelvo a suplicarte por mi pecador. Es hijo tuyo y hermano mío; sálvalo, Señor.» Y lo nombró. Era el tal pecador un forastero a quien ella había conocido en Luca, y a quien, movida de interior inspiración, había amonestado repetidas veces de palabra y por escrito, para que pusiese en orden su conciencia y no se contentase sólo con la fama de buen cristiano de que gozaba entre el público. El Señor, queriendo obrar como justo juez, se oponía a las recomendaciones de su

sierva, pero ésta, sin desanimarse, le decía: «¿Por qué no me escuchas hoy? ¡Has hecho tanto por un alma sola! ¿Y no quieres salvar a ésta? Sálvala, Jesús, sálvala... Está bien: pero, Jesús, no hables así... La palabra «desamparo» en tu boca, siendo como eres la misma misericordia, suena tan mal, que no debes pronunciarla. Derramaste tu sangre sin medida por los pecadores, ¿y quieres ahora medir la cantidad de nuestros pecados? ¿No me escuchas? Entonces ¿a dónde acudiré? La sangre se derramó por él como por mí; ¿y a mí me salvas y a él no? Pues no me levanto de aquí. Sálvalo. Dime que lo salvas. Me ofrezco como víctima por todos, pero por él particularmente. Te prometo no rehusar nada. ¿Me lo concedes? ¡Mira que es un alma! ¡Piénsalo, Jesús; es un alma que te ha costado mucho. Se volverá buena; no lo hará más.»

Por toda respuesta, el Salvador oponía la palabra justicia; pero ella, cada vez con más ardor, replicaba: «Nada quiero con tu justicia, sino con tu misericordia. Pronto, Jesús. Ve en busca de él, dale un golpe en el corazón y verás cómo se convierte; por lo menos, pruébalo. Escucha, Jesús mío: Dices que le has dado muchos asaltos para vencerlo, pero nunca le llamaste hijo; prueba ahora, dile que eres su padre y él hijo tuyo. Verás cómo, con el dulce nombre de padre, se ablanda su corazón.» El Señor, a fin de mostrar a su sierva los poderosísimos motivos que tenía para resistir, le manifestó una por una, y con sus menores detalles, las culpas de aquel pecador, culpas que habían colmado la medida. La pobre joven quedó como asustada, dejó caer los brazos y lanzó un profundo suspiro, como si hubiese perdido la esperanza de vencer. Sin embargo de ello, repuesta del susto, volvió a luchar. «Lo sé, Jesús, lo sé. Muchas son sus faltas, pero más he cometido yo y me perdonaste. Lo sé, Jesús, lo sé, mucho te hizo llorar; pero tú sabes que no es hora de pensar en sus pecados, sino en la sangre que tú derramaste. ¡Qué caridad no has tenido conmigo! Pues, Jesús, todas las fine-

zas de amor que has tenido conmigo, te ruego que las tengas con mi pecador. No te olvides, que quiero que lo salves. Triunfa, triunfa. Te lo pido por caridad.»

A pesar de todo, el Señor se mostraba inflexible; Gema se desalentaba, guardaba silencio, parecía como que quería abandonar la lucha, pero de repente acudió a su mente otro motivo que le pareció superior a toda resistencia. Se reanimó y volvió a decir: «Bien; yo soy una pecadora. A ti te lo oí decir, que peor que yo no la pudiste encontrar. Sí, lo confieso, no merezco que me escuches. Pero voy a presentarte otra intercesora por mi pecador. Es tu misma Mamá quien ruega por él. ¿Dirás ahora que no a tu Mamá? A ella no le puedes decir que no. Ya puedes contestar que has perdonado a mi pecador.» La victoria se había alcanzado, la escena cambió de aspecto, el piadosísimo Jesús firmó la gracia, y Gema, con alegría indescriptible, exclamó: «Está salvado, está salvado. Jesús, venciste. Triunfa, triunfa siempre, y triunfa así;» y salió del éxtasis.

Duró la tierna escena media hora larga, y las palabras con que la describí fueron recogidas, en parte, con la pluma y, en parte, conservadas en la memoria y transcritas fielmente. Terminado el éxtasis, me retiré a mi habitación muy inquieto; al poco rato oí que llamaban a la puerta.—Padre, un caballero pregunta por V.—Le mandé entrar, y ya en la habitación, se arrojó a mis pies, y dijo:—Padre, confíeseme.—¡Dios mío! el corazón se me partía; ¡era el pecador de Gema, convertido poco antes! Se acusó de cuantas culpas yo mismo había oído referir en el éxtasis por la Sierva de Dios. Una sola olvidó, que yo le recordé. Le consolé, le referí lo que poco antes había sucedido, le pedí permiso para relatar estas maravillas del Señor, y después de abrazarnos, lo despedí. Han pasado varios años desde este suceso, y me parece estarlo viendo. El hecho habla por sí mismo. Con la imaginación y el histerismo no se llega a tanto; el diablo es bueno para llevar

al infierno a los pecadores, nunca para convertirlos, y menos en la forma aquí indicada.

Con todo, por mucho que admirase aquel suceso, no me di por convencido, sino que con gran empeño empecé a estudiarla, a fin de cerciorarme mejor del espíritu de la Sierva de Dios. Tres años duraron estos estudios sin dejarlos de la mano. Auxiliado de la teología ascética y mística y de las ciencias fisiológicas modernas, sometí a la joven a largas pruebas, hasta el punto de poder decir: No he olvidado ninguna, y, lo que es más importante, ninguna me ha salido mal. El piadoso Obispo, por su parte, quedó satisfecho, aprobó mi conducta y manifestó que se complacería en que me encargase yo de la dirección de aquella alma. Gema, que más que nadie temía de mí que fuese cándido, pareció resucitar de muerte a vida, cuando le aseguré, por fin, que sus cosas eran de Dios y que podía dejarse guiar del Espíritu Santo por aquellos caminos. Por más que para humillarla la traté antes áspera que benévolamente, y la mortifiqué de continuo, fué siempre para conmigo devota y obsequiosa, y con infantil ingenuidad me llamaba padre; a veces con la misma amable ingenuidad, modificaba el nombre, añadiendo el calificativo de malo: «¡Oh, qué padre tan malo me ha dado Jesús!»

Su agradecimiento a Dios, de quien creía haber recibido tal socorro, y a su pobre ministro cuyos servicios y fatigas exageraba en ventaja suya, no tenía igual. «¡Cuánta paciencia—decía—ha de tener conmigo! ¡Oh Padre! gracias infinitas por los muchos cuidados que pone y creo habrá de poner por mi pobre alma. Si llego a salvarla, verá lo que haré por V.; verá lo que haré por V. cuando esté en el paraíso: le llevaré conmigo a toda costa.» Y otras veces: «¡Si supiese cuánto bien me hacen sus cartas, sus exhortaciones! Espero que ahora me habrá conocido bien. Ruegue a Jesús que le ilumine sobre mí, y luego me convierta. ¿Quién conseguirá, Padre mío, convertirme? Lloro con mucha dificultad; mas cuando en la última carta me hizo

esta reflexión, lloré, y lloro siempre al pensar en ello. ¡Viva Jesús!»

De estas palabras se desprende que la mayor parte de esta dirección se hacía por cartas. Con todo, importando al Señor que alma de El tan amada estuviese mejor asistida, disponía las cosas de modo que con bastante frecuencia, y aun sin pensar en ello, se me ofreciesen ocasiones de viajar que me obligaban a pasar por Luca. Deteniéndome aquí, con permiso de mis superiores, en casa de Gianini, tenía oportunidad de auxiliar a la santa joven y continuar mis estudios y pruebas sobre ella.

Ciertamente era cosa fácil guiar alma tan virtuosa, despegada de mente y corazón de todo lo terreno, y más todavía de sí misma; tan humilde, dócil, amorosa, y además tan pronta al sacrificio, tan llena de fe y de amor celestial, y al propio tiempo de índole tan franca y abierta, que apenas se la hubiera distinguido de cualquiera otra joven. No me detendré aquí a describir todas estas raras cualidades de mi hija espiritual, pues he de hacerlo por partes en los siguientes capítulos de la presente obra. Diré solamente que a causa de aquéllas, no sólo no era fastidioso, sino antes bien consolador entretenerse con ella, trabajar a su lado para ayudarla a perfeccionarse cada vez más, y a corresponder a los impulsos de la divina gracia. A lo mejor permanecía uno a su lado horas enteras conversando con ella de cosas del cielo sin advertir el tiempo que pasaba. Hablaba poco, aun con su Director; más todavía, parecía tener trabajo para responder a lo que se le preguntaba; mas eran sus respuestas tan precisas, tan sensatas, tan llenas de celestial unción, que deleitaba oirla.

Algo más suelta era cuando escribía. Parecía que la ausencia del interlocutor le quitase la dificultad (siempre la tuvo grandísima) de manifestar sus asuntos; por lo cual, escribía largas cartas, sin poner en ello ningún arte, sino según le dictaba el corazón, o mejor, el espíritu de Dios. Con todo, eran tan correctas que no podía desearse

cosa mejor. Al principio las dirigía a su confesor; luego al nuevo director con bastante mayor frecuencia y absoluta confianza. Yo conservaba dichas cartas; andaba siempre meditando en ellas y confrontando unas con otras, las más recientes con las más antiguas; y cada vez me confirmaba más y más en que el espíritu del Señor obraba en ella y la hacía correr a pasos de gigante por el camino de la santidad. ¡Cuántas veces derramé lágrimas de ternura, y, levantando las manos al cielo, me sentí movido a presentar a Dios aquellas estupendas hojas, fruto de la divina gracia! En el curso del año de 1909, publiqué gran parte de estas cartas de la Sierva de Dios en un grueso volumen, juntamente con otras escritas a diversas personas. Léalas el lector, si no lo ha hecho ya; estoy cierto de que me dará la razón.

Yo mismo ignoro por qué, en el presente capítulo, me he arrogado el título de nuevo director de Gema, lo cual, por más que diga la sierva de Dios, no creo que sea enteramente exacto. El confesor y director de Gema desde sus primeros años hasta su muerte, fué el señor obispo Juan Volpi. Yo no hice más que ayudarle en la dirección de la santa joven, pues tenía más tiempo que él para cuidarme de ella, y no estaba ligado por aquella necesidad de prudente cautela que a él le obligaba a ser reservado, casi a mostrarse incrédulo, y aun estoy por decir, despreciativo.

Fuera de esto, el verdadero director de Gema era el Espíritu Santo, el cual se complace en tomar la dirección inmediata de ciertas almas elegidas; era su divino esposo Jesús; era la celestial Madre y el Angel Custodio, según hemos empezado a ver ya, y veremos mejor en lo sucesivo. De una cosa no puedo dudar, a saber, que, del contacto con esta sierva de Dios, mi pobre alma ha sacado ventajas singularísimas. He sentido reanimarse mi corazón en la fe, en el deseo de las cosas del cielo, en el amor a la virtud.

Gracias infinitas os sean dadas ¡oh Jesús!, pues, por vías siempre admirables, proveéis al bien de las almas que sólo a vos desean complacer.

CAPITULO XV

En que se manifiesta el espíritu de santidad de la Sierva de Dios

Además del espíritu de santidad común a todos los justos, hay otro propio exclusivamente de cada uno. Consiste el primero en la posesión de las virtudes enseñadas por Jesucristo Señor nuestro, cabeza y modelo de los predestinados; y el segundo, en el ejercicio de una virtud especial, que es como el alma de las demás, y constituye la característica de cada santo. No podemos poner en duda que Gema procuró con empeño adquirir las más hermosas virtudes desde sus más tiernos años; las practicó y poseyó todas en grado eminente, al extremo de que sería difícil precisar cuál era en ella la principal. Sin embargo de esto, tuvo una virtud especial, característica, que ejercitó con espíritu propio, virtud que se transparentaba en su obras, alma de todas ellas, que la hacía amable en extremo, virtud que el lector habrá adivinado, después de lo arriba dicho: la sencillez evangélica.

Será, pues, muy conveniente que, antes de emprender la descripción de las virtudes de esta sierva de Dios, demos a conocer su extraordinaria sencillez. ¿Qué importa que el mundo menosprecie esta virtud? El justipreciador de las cosas, Dios, aprecia tanto esta virtud, que llega a decir que tiene su corazón inclinado hacia los que caminan con sencillez, que reserva para ellos sus más íntimas comunicaciones, y aun añade: «Si no os hiciereis sencillos como niños, no tendréis parte en el reino de los cielos.» De comparaciones tan hermosas, fácilmente se deduce cuán interesante es la sencillez en el significado evangélico, es decir, que haga el cristiano por virtud lo que por naturaleza hace el niño, teniendo el alma apartada de la malicia y del error,

y sus facultades todas informadas por la más exquisita rectitud; pues esa virtud, según enseña Santo Tomás, es fruto de la modestia y la verdad.

El hecho es que Gema poseyó por modo enteramente nuevo, y en alto grado de perfección, virtud tan valiosa. Tan sencilla era en sus pensamientos, que no hubiera sido capaz de juzgar torcidamente de nadie, por mucho que viese u oyese. Su alma, serena y en inalterable paz, tenía los ojos puestos en Dios, y con su entendimiento veía en Él todas las cosas, ya fuesen de por sí buenas o malas, agradables o ingratas; era cual terso espejo al que todos pueden acercarse, sin dejar en él impresión de ninguna especie. De esta hermosa cualidad del alma participaba su cuerpo, pues aun cuando no subyugaba su mirada, el corazón era atraído por sentimientos de veneración y dulce confianza, tanto que un respetable sacerdote llegó a decir, después de haber conversado con ella: «No tendría dificultad en hacer confesión general con esta muchacha, y confiarle los secretos más íntimos de mi alma; tal es la confianza que me inspira el candor de la suya.»

Y, en efecto, no eran escasos en número los que, atraídos por su angelical sencillez, iban a tratar con ella asuntos muy delicados; escuchábalos modestamente; en pocas palabras les daba su parecer; si era preciso los amonestaba, y en el acto, sin hablar más, se recogía en su interior. Temía que extrañas ideas mezcladas con las celestiales, únicas de su agrado, disminuyesen la sencillez de su entendimiento. Más de una vez puse yo mismo a prueba tan virtuoso proceder, procurando hablar de cosas ajenas; pero mi discurso era interrumpido: «Padre, he rogado a Jesús por aquel infeliz; le di gracias por el buen éxito de aquel negocio: no pensemos más en eso.»

Por la rectitud de su conciencia y el candor de su alma, parecía ser incapaz de concebir pensamientos de vanagloria; y así fué, pues nunca los tuvo, y aunque el demonio procuraba ponerle asechanzas, mostrándole sus méritos y

buenas obras, no se dejó sorprender: El *sí* y el *no* del Evangelio, bajo cuya regla había determinado vivir, eran para ella como el fiel de la balanza que la mantenía en perfecto equilibrio. Como era muy humilde, le desagradaban las alabanzas, pero sin descomponerla, como tampoco la descomponían las injurias ni los vituperios. Para ella todo era igual, como ocurre con los niños, los cuales, a causa de su sencillez, no saben dar importancia a hechos que al resto de los mortales tan mal efecto causan.

Según tenía el alma, así tenía el corazón aquella inocente paloma; siempre en perfecto orden, sereno y lleno de candor. Corazón tan puro era de todos y para todos, pero siempre con la vista fija en Dios. Nada deseaba, nada buscaba, de nada se turbaba, porque estaba exenta de terrenales afectos. En los horribles padecimientos con que el demonio la atormentó, sólo la afligía el temor de ofender a Dios; y a no ser por este motivo, ni su director se hubiera enterado de ellos. Otro tanto puede decirse de los demás dolores, imitando así al divino Cordero, de quien dicen los Profetas que era conducido al matadero sin abrir la boca, ofreciendo al verdugo su garganta. ¡Cuántas veces, yendo a la iglesia en busca de confesor, fué insultada públicamente por los monaguillos vestidos de clérigos y poco menos que arrojada del templo! A pesar de todo, se callaba, y lo mismo hacía en casa. No quiero referir aquí lo que he de decir más adelante; me limito a esta prueba por ahora, y paso a otro asunto.

Si tan sencilla era Gema de alma y de corazón, como quiera que de la abundancia de éste habla la lengua, forzosamente había de ser sencilla en sus palabras. No pensando mal de nadie, no sabía hablar torcidamente. «Necesidad había de tenazas—dice un testigo—para conseguir sacarle algo que fuese útil o necesario conocer.» Y esto no sólo ocurría con los de la familia, sino con su director. Preguntada sobre algún hecho, se contentaba con exponerlo a la ligera, de modo que a veces era difícil entender-

la; y si respondía por escrito, agregaba unos cuantos puntos, como diciendo: adivina lo demás; y sin más dilaciones, pasaba a otro asunto. Si por sí misma era inducida a manifestar alguna cosa al Padre espiritual, le decía: «Padre, fulano o zutano no camina como Jesús quiere; escríbaselo y amonéstelo para que se enmiende;» y terminaba con los consabidos puntos.

Al hablar o escribir, no usaba los preámbulos que de ordinario acostumbra y tiene prescritos la cortesía; pues juzgando que sólo sirven para perder tiempo, y acaso para sorprender, o poco menos, al que escucha o lee, iba directamente al asunto, quienquiera que fuese la persona a que se dirigía, si es que no quieren llamarse introducciones algunas formas exclusivamente suyas, llenas de inefable sencillez, con las que a menudo principiaba sus cartas: «Monseñor, sepa que hoy me ha sucedido esto o aquello;» «señora Condesa, Jesús ha dicho que usted debe terminar esta obra santa;» «Padre mío, oiga una cosa curiosa que le voy a decir,» con otras semejantes que, para quien tiene sentido, deben agradar muchísimo más que las afectadas ceremonias hoy en uso.

Al dirigirse a su director, sabiendo a quien escribía, no le importaba que el pensamiento fuera mejor o peor expresado, en alabanza suya o en vituperio, ni que se interpretase bien o mal; pues tan pronto terminaba la carta, la cerraba sin leerla para no ocuparse más en lo que había escrito. Si no tenía a su disposición hoja entera de papel, escribía en la mitad o en el primer trozo que encontraba a mano. Una sola vez, precisada a escribir y careciendo de sello, mandó la carta sin franquear. «¡Quién sabe lo que dirá el Padre cuando tenga que pagar el recargo! Con todo, espero que me perdonará, pues soy tan pobre que no tengo ni un céntimo.» A la verdad, semejante descuido no podía molestar, yendo acompañado de sencillez tan arrobadora.

Sucedía a veces que, cediendo la amable joven a los im-

pulsos de su corazón, su modo de conducirse causaba algunos disgustillos, costando gran trabajo persuadirla de que no convenía fiarse de todos, y hacerle ver que daba motivo a regañarla con dureza. Creía que todos procedían con inocencia igual a la suya, que de todos podía fiarse, y no concibiendo que quien le reñía pudiese hacerlo por pasión o ira, procuraba persuadirse de que era aquello sugestión diabólica, permitida por Dios para humillarla, con lo que se aquietaba. Sin embargo de esto, hemos visto ya que Gema no era corta de entendimiento, ni atolondrada, sino que se inclinaba a obrar así, porque se había hecho niña por amor de Dios.

Siendo la sencillez de esta virgen fruto de sus intachables costumbres, no es de maravillar que tal virtud la acompañase en todo y por todo. Sencillez en el porte y en el trato; sencillez en el vestido y en el mobiliario; sencillez en la ropa de su uso, si puede decirse que la tenía propia, en una palabra, sencillez en todo. Nada tenía que fuese superfluo, ni lo quería tampoco; interpretaba a la letra la palabra sencillez, y puesto que sencillo quiere decir libre de cosas superfluas, contentábase con lo más necesario. Bastaba mirarla para quedar maravillado. Sus modales nada tenían de particular; de modo que si se exceptúa cierta gravedad adquirida en la constante presencia de Dios, hubiera podido ser confundida con una doncella cualquiera. En la iglesia, donde pasaba largas horas todos los días orando al pie del tabernáculo, permanecía inmóvil como una estatua, sin dejar traslucir lo que en su alma pasaba, sin lanzar un suspiro, ni un gemido, ni hacer el menor gesto que pudiera excitar la atención; y si las llamas de su amor la hacían derramar alguna lágrima, con las manos cubría el rostro, inclinándolo sobre el pecho. Para decirlo de una vez, acompañaba a Gema y a sus virtudes todas la estimable sencillez, constituyendo su forma, o mejor dicho, su condimento; pues no tuvo una sola que no llevase impreso su sello, pudiendo decirse con razón

sobrada que tal virtud fué la característica de esta esposa de Cristo.

Tan rara cualidad no sólo acompañó a las virtudes de Gema que pueden ser vistas y admiradas de los hombres, sino que, puestas sus raíces en el entendimiento y en el corazón, la acompañó también por las sublimes vías de la contemplación mística a que Dios quiso elevarla. Entró Gema en esta vida siendo niña de espíritu y de edad, y como niña trató a la Majestad Divina, descubriendo secretos y gustando dulzuras inefables. Confieso con sinceridad que esta fué para mí la mayor maravilla que observé en Gema, y el argumento más convincente para que, desde los primeros momentos, juzgase como cierto su espíritu de santidad; es decir, su sencillez y su espontánea naturalidad, en medio de lo que hay de más sublime en el orden sobrenatural.

Y en verdad, ¿quién ignora que los sublimes misterios de la fe son de tal naturaleza, que ante ellos el hombre mortal queda sobrecogido, sin que lleguen a acostumbrarse ni los mismos que por experiencia los conocen, de modo que, temiendo y temblando, esperando y amando, reciben las comunicaciones que el Señor se digna concederles? Con Gema no sucedía eso; para ella la fe, más que fe, era evidencia, y en los misterios más recónditos se encontraba como si dijéramos en su natural esfera, sin tener necesidad de esforzarse para que el entendimiento y la voluntad diesen acceso a las grandes verdades. Veía a Dios, la Humanidad Sacrosanta del Verbo, la Eucaristía, los Angeles y Santos del cielo, y con ellos hablaba por medio de su corazón; a sus pies se humillaba, lloraba, gemía y rogaba, pero como si los tuviese ante sus ojos desprovistos de todo velo; y esto sucedía, no sólo durante sus raptos y éxtasis y en el secreto de la contemplación, sino por modo estoy por decir habitual y ordinario, y aun en tiempos de sequedad de espíritu.

Repetiré lo que antes dije, que también yo dudé de

esto en cierta ocasión, aunque por poco tiempo, pareciéndome demasiado aquel brillo de evidencia. Gema, como si hubiese presentido mi duda, me dió cuenta de algunas de sus altísimas comunicaciones con la Divinidad, agregando luego las siguientes palabras que, a mi parecer, valen toda una teología: «En verdad que esto es el cielo en la tierra, pero yo deseo ir al mismo Paraíso, porque aunque veo a mi Dios y a Jesús, mi padre, nunca lo veo *todo entero*. No me permite verlo por entero, por más que lo que me deja ver supera a toda comprensión humana; pero yo deseo verlo por entero.» Ese es el mérito de la fe, pues en medio de tanta evidencia y de tanta familiaridad, permanece encendida en deseos de alcanzar los bienes futuros.

Tal como a las criaturas es permitido, Gema se ponía en presencia de Dios, sin que la turbase aquella Majestad Infinita, y le hablaba con la confianza con que una niña habla a su padre, sentada sobre las rodillas, como en su sitio natural. Por eso, salvo el debido respeto, le hablaba con la misma sencillez e ingenuidad en las palabras y en los modos con que se acostumbra hablar a los niños. Para dar idea de ello, sería preciso que reprodujese aquí los largos coloquios de sus éxtasis y contemplaciones que se han conservado; por ahora me limito a uno solo que refiere ella misma en su escrito dirigido a su director; más adelante veremos otros. «El viernes se me hizo visible Jesús, pero estaba muy serio, parecía que lloraba, por lo que le dije: Jesús mío, ¿qué tenéis para llorar así? ¿No sería mejor que llorase yo, que tantos deseos tengo? Jesús no me respondió, por lo que me aparté cuidadosamente para acercarme a la Madre celestial y le dije: Madre mía: ¿qué tiene Jesús que llora tanto? ¿Qué puedo hacer yo para consolarlo?» Véase como, mientras esta niña juega con Dios, El la eleva a las altas concepciones de los misterios de su justicia en el gobierno del mundo, y de su amor infinito para con las almas.

La presencia visible del Angel Custodio con que la favo-

reció Dios frecuentemente, era una de las cosas más naturales para esta virgen. Le hablaba como se habla a un amigo, a menudo le daba encargos para los moradores del cielo, y también para los de la tierra, con humilde reverencia, es cierto, pero con afectuosa familiaridad, tanto que si, mientras departía con él, era llamada, o tenía precisión de cumplir alguno de sus deberes, se levantaba inmediatamente, y sin hacer el menor cumplido, corría presurosa a llenar su obligación, dejando al Angel esperando. Por la noche le decía, al acostarse, que la signase en la frente y velase a su cabecera, y una vez obtenida la conformidad, daba la vuelta y se dormía, sin proferir una palabra más. ¡Benditos sueños y bendita virgen, a la que acompañan visiblemente los ángeles del cielo! Por la mañana, al despertar, aunque viese a su fiel Custodio en el mismo puesto, poco o nada le decía, porque estaba ansiosa de volar a la iglesia para comulgar, acto en que había reflexionado toda la noche, a causa de dormir muy poco. «Tengo un pensamiento muy bueno—le decía,—voy a Jesús.» E inmediatamente se marchaba. Cuando el Angel se le despedía, acostumbraba con gracia inefable a contestarle así: «Adiós, Angel querido, saluda de mi parte a Jesús.»

Durante algunos años se le renovaron todas las semanas las misteriosas heridas de las llagas. Del jueves al viernes por la tarde participaba de la Pasión del Salvador, y padecía dolores atroces parecidos a los de la muerte. Pues a pesar de ello, concluido el éxtasis, se levantaba como si nada hubiese ocurrido, se lavaba la cabeza y las manos para limpiar la sangre que había corrido en abundancia, estiraba las mangas de su vestido para cubrir las cicatrices, y, en la creencia de que nadie la había visto, con la mayor tranquilidad, se ponía a conversar con los de la familia.

Seguramente, lector querido, te causará extrañeza que una jovencita, a la que suceden hechos tan insólitos, no se detenga a pensar ni a preguntarse qué será aquello, si será buena o mala señal, obra de Dios o de Satanás.

Su profunda humildad le inspiraba ciertamente algún temor, particularmente al advertir que otros demostraban inquietarse a causa de aquellas cosas extraordinarias; con todo, confiándose en las manos de Dios y el juicio de sus Padres espirituales, permanecía tranquila, sin preguntar ni indagar; y como si nada fuese aquel hallarse con tanta frecuencia en pleno Calvario, padeciendo atroces dolores con su Dios Crucificado, apenas recuperado el uso de sus sentidos, encontrábase en disposición de jugar con los niños de la casa.

Finalmente, y para decirlo de una vez, con bastante frecuencia recibía luces de Dios en los éxtasis, referentes á cosas que debían hacerse o evitarse, bien por ella, bien por otros; y tan pronto como podía, se lo manifestaba a su director, de palabra o por escrito. «Jesús me ha dicho esto y lo otro, y me ordena que se lo manifieste. Si yo no comprendí bien, haga que El mismo se lo explique mejor.» Una vez hecho esto, no volvía a ocuparse más en lo ocurrido, y si el encargo se repetía tres, cinco o más veces, otras tantas se lo volvía a manifestar a su director, con la misma calma y sencillez, según dice la Escritura, con que procedía el niño Samuel con el sacerdote Elí. «Padre, Jesús ha dicho esto y esto. Cúmplalo.»

Sería necesario, para demostrar plenamente mis asertos, transcribir una por una las cartas de Gema y los coloquios de sus éxtasis ⁽¹⁾, que no son otra cosa que un tejido de sublimes conceptos y palabras sencillísimas, propias de una verdadera niña. Al leerlas estoy seguro que el lector exclamará conmigo: Hermosa sencillez, ¡cuán rara eres en el mundo! Tu candor me conmueve y confunde.

(1) Publicados con el título de *Cartas y éxtasis de la Sierva de Dios Gema Galgani*.— Herederos de Juan Gili, Barcelona.

CAPITULO XVI

Medios de que se valió Gema para elevarse a gran perfección, y, en primer lugar, su despego de las cosas terrenales

«El que quiera venir en pos de mí—dijo Jesucristo,—deje cuanto tenga, tome su cruz y sígame.» Con esto nos dió a entender que, para revestirse del hombre celestial y perfecto, que es el Dios humanado, hay que despojarse del hombre viejo, terrenal y vicioso, renunciar a los apetitos desordenados y resistirlos con continua violencia, pues de otro modo no podemos ser discípulos suyos, ni andar por el camino de la santidad. Es necesaria, por consiguiente, la humildad, el despego de las cosas de la vida, la generosidad y el valor para soportar los trabajos y fatigas. Tales fueron también los medios de que se sirvieron los elegidos para santificarse; y los que más se distinguieron en practicarlos fueron igualmente los que mejor salieron de su ardua empresa.

Habiendo concebido nuestra Gema desde sus más tiernos años el deseo de seguir a Jesús, de hacerse semejante a El, en una palabra, de llegar a ser santa, necesario era que usase los mismos medios, y, de hecho, se sirvió de ellos con tal perfección, que, desde las primeras pruebas, aparece como una de las más generosas, fuertes, pacientes, mortificadas y humildes, entre las siervas de Dios que venera la Iglesia. En este capítulo hablaremos solamente de su despego de los bienes de la tierra, dejando para los siguientes las demás virtudes.

Nadie ignora cuán difícil es que una joven de condición distinguida renuncie a vestir con elegancia y adornarse, no sólo en lo íntimo de su corazón, sino también en las obras, sobre todo si ha de permanecer entre la gente del

mundo. La naturaleza misma inclina al sexo débil al deseo de exhibirse, y lo impele con tal fuerza, que sin una gracia especial, no consigue refrenarlo enteramente. Tal gracia le concedió el Señor a Gema desde su infancia, sobre todo después de la severa lección recibida de su Angel Custodio, ya referida en el capítulo IV. Desde aquel día no quiso saber nada que se relacionase con modas y adornos, aunque fuesen unas y otros los más ordinarios. Vestía sencillamente, saya de lana de color negro, manto del mismo género y sombrero de paja, también negro. Nada de manguitos, pulseras, collares, pendientes, alfileres de pecho, flores ni cintas en el cabello. En vano los de la familia trataron de disuadirla de su resolución. Este fué el único vestido de Gema mientras vivió, tanto en verano como en invierno, en los días de trabajo como en los festivos; nunca quiso otro.

Lo que se dice del vestido, hágase extensivo a los demás enseres, como libros, joyeros, bolsas, cuadros y muebles semejantes que se encuentran aun en las casas más humildes. Un tosco cofrecito de madera con escasa ropa blanca, un crucifijo, un rosario y dos o tres libros de devoción y una devota estatuita de la Virgen de los Dolores, legada a Gema por su santa madre, era todo el ajuar de esta virgen cristiana. Decía graciosamente: «No tengo nada, soy pobre, enteramente pobre, por amor de Jesucristo.» Aun de las imágenes sagradas que le regalaban se desprendía pronto, porque le parecía que era tanto más libre, cuanto más se apresuraba a dar aquellas cosas que no le eran de absoluta necesidad. Así, repetía con frecuencia: «Jesús me ha dicho: Te crié para el cielo; por tanto, nada tienes que ver con la tierra. ¿Qué hago yo con las cosas que no necesito?» Cuando enfermaba, no mostraba deseos de cosa alguna, y para evitar molestias a los de la familia, decía que se encontraba bien, que nada necesitaba, y procuraba estar tranquila en presencia de ellos, para que no se enterasen de sus grandes padecimientos y le suministrasen me-

dicinas o alimentos especiales. En verdad, que semejante criatura estaba enteramente muerta para sí misma.

Gema quería entrañablemente a sus progenitores, pero singularmente a su madre; y, sin embargo de ello, ya hemos visto con qué tranquilidad recibió la noticia de su muerte, y con cuánta calma asistió a la agonía de su padre, del propio modo que antes había asistido a la de su querido hermano Ginés. Algún tiempo después, perdió una tía, otro hermano adolescente y a su hermana Julia, la confidente de los secretos de su alma, joven de 18 años. Pues bien, véase con qué tranquilidad da cuenta a su director de semejante pérdida: «Padre, la tía que estaba enferma, como V. sabe, ha muerto; era muy buena. Encomiéndela a Dios por si tuviese necesidad de sufragios. También murió Antonino; ¡pobre hermano mío! ¡cuánto sufrió! Dígale al Señor que tenga misericordia de él.» La carta comunicando la muerte de Julia es más expresiva; destila dolor, pero con calma y resignación: «Padre, anteayer murió mi hermana Julia. V. sabe que era muy buena, pero el Señor la quiso para sí. No me reprenda; no lloro, yo sé que Jesús no quiere. ¡Viva Jesús!» Tales sentimientos no cabe duda que salían de su corazón, según lo comprueba una carta de su bienhechora y madre adoptiva, en que me decía: «Padre, bien sabe V. cómo se querían estas dos hermanas; pues, a pesar de ello, Gema no se descompuso ni lloró, sino que rogó a Dios por el alma de su hermana, y dió gracias a Jesús. ¡Qué virtud más heroica! Yo, por lo contrario, lloré mucho, y Gema me consolaba diciendo: No llore.»

Aunque es verdad inconcusa que esta joven bendita era más del cielo que del mundo, y que en su exterior se mostraba indiferente con las personas, y aun algo descortés, tenía, con todo, un corazón tierno y amable. No conociendo el amor sensual, a causa de su gran pureza, no experimentaba dudas ni escrúpulos, y amaba con libertad de espíritu a las personas de quien dependía, o a quienes debía alguna atención; y si bien no todos lo advertían, los que

la estudiaban de cerca y no le quitaban la vista de encima, saben cuánto sabía amar este ángel, y aun en algunos casos, con cuánta delicadeza. A pesar de todo, su corazón no permanecía atado; le era igual que su amor fuese o no correspondido, y si bien es cierto que sentía la pérdida de las personas queridas, era por poco tiempo, pues en el acto acudía a Jesús y le decía: «Jesús mío, por ti hago voluntariamente este sacrificio; quiero estar solamente contigo, enteramente sola»; y en el acto se tranquilizaba. De su mismo Padre espiritual era despegadísima, y jamás se le quejó de la poca frecuencia de sus visitas, ni de la tardanza en contestar sus cartas. «No me reprenda—escribió—si le digo que tengo necesidad de verlo; pero si no viene, quedo igualmente contenta. Como quiera que sea, pregúnteselo a Jesús, y si él le dice que sí, venga pronto. Tres cartas le he escrito, y a ninguna me ha contestado. Me parece que Jesús quiere que V. me dé a conocer cómo debo conducirme en tal y tal cosa. Tengo la seguridad de que seré obediente; pero si no tuviese tiempo ni deseos de escribir, haga lo que guste, que yo me conformo con la voluntad de Dios.» Cuando estaba próxima a morir, preguntada si quería que se pusiese un telegrama a Roma llamando a su director espiritual, después de haber contestado afirmativamente, de súbito se corrigió diciendo: «También de él hago a Dios el sacrificio.» No quiso ya que fuese, y, como se dirá más adelante, murió sola, con Jesús solo, ahogada en un mar de penas.

El mismo Salvador le servía de maestro para perfeccionarse en la importantísima virtud del despego. Referiré entre otros un solo caso. Le regalé en cierta ocasión una preciosa reliquia, un diente del Beato Gabriel, reliquia que, por estimar ella como un tesoro, llevaba siempre consigo. Sucedió que un día, entretenida con el Señor en dulce coloquio, según ocurría con frecuencia, le dijo con ingenuo candor: «Jesús mío, el Padre me habla siempre del despego, y no puedo comprender con qué objeto; porque

ni tengo nada, ni sé de qué cosa tengo que desasirme.» Y el Señor le contestó: «¿No estás aficionada excesivamente al diente del Beato Gabriel?»—«Por un momento callé—dice ella relatando el suceso;—pero al fin, y casi llorando, exhalé un lamento y dije: «¡Pero, Jesús mío, si es un reliquia preciosa!» Jesús, con alguna severidad, exclamó: «Hija, te lo dice tu Jesús, y basta.» «¡Ah, Jesús mío—decía después,—a Ti no nos apegamos nunca!»

No acabaría nunca si hubiese de referir detalladamente los hechos edificantes que de este asunto conozco y los sublimes desahogos que en conversaciones, cartas y éxtasis tenía esta hija santa, con los cuales daba a conocer que solamente deseaba amar a su Dios. «Quiero ser sólo de Jesús. ¿Y qué otra cosa puedo amar si poseo al Señor? Mundo, criaturas todas, no sois para mí, ni yo soy para vosotras, por consiguiente, no puedo amaros.» Dándome cuenta de su conciencia, me decía: «Ayer, en un rapto amoroso que tuve con mi Dios, le supliqué que me apartase de todas las cosas, que me despojase del cuerpo y dejase a mi alma libre de ataduras para volar a El, y permanecer con El constantemente. Pero Jesús me preguntó: «¿A dónde quieres volar?»—«A Ti, amoroso y dulce Señor mío.» Jesús me replicó: «Deja que vuelva a ti alguna vez más, y cuando te haya libertado de los afectos terrenales, vendrás conmigo.»

La vida terrena era ya un fastidio para la cándida paloma; porque teniendo el corazón en otra parte, se consideraba como persona extraña en este mundo que a nadie conoce ni es conocida, según ella misma dice: «Vivo en en este mundo, pero como un alma distraída (qué expresión tan exacta: como un alma distraída), porque mi pensamiento se dirige cada vez con más fuerza al Señor; excepto a El, todo lo desprecio.» Natural era que, encontrándose disgustada, contase los días como hace el peregrino, el cual, anhelando llegar pronto a su patria, vuelve de cuando en cuando la vista atrás para ver el camino

recorrido y calcular el que le quedaba por recorrer. Esta comparación es de Gema, quien se la aplicaba con gracia singular. «Estoy conforme con que el tiempo transcurra pronto, pues eso menos tengo que permanecer en este mundo, en donde nada me atrae. Mi corazón busca el bien, un bien inmenso, que me tranquilice, que me consuele, que me deje descansar; y ese bien no se halla en las criaturas.» Ya volveremos a ocuparnos en otra parte del deseo que tenía Gema de irse al cielo con su Jesús.

Quien en tan poco estimaba la vida temporal, no es extraño que la ofreciese a cada paso, como si se tratara de averiada mercancía. ¿Enfermaba de peligro cualquier persona amiga? Pues al punto corría Gema en busca de su director espiritual, a pedirle permiso para dar uno, dos o más años de vida, diciendo: «Jesús aceptará con seguridad el cambio; acceda, Padre.» Y para hacerme fuerza, echaba mano de tales consideraciones, y las exponía con tal destreza, que de no revestirme yo de gran prudencia, corría peligro de ceder. «Mire, Padre—me decía,—la persona enferma es una madre con muchos niños. ¿Cómo quedarán éstos, si les falta su madre? Permítame que le diga al Señor: A mí no me importan dos años menos.» De igual modo obraba si era necesario convertir algún pecador de los que tanto abundan. «Jesús mío—le decía,—te doy tres años de vida; ¿me lo conviertes?» Al fin me dejé convencer por tan halagadora elocuencia; concedí el permiso, el Señor aceptó el cambio, y Gema murió al llegar al término estipulado, en la flor de la juventud, y contra toda humana espectación.

Sabido es cuán aferradas son las mujeres a su propio juicio, tratándose de asuntos piadosos, y lo difícil que es hacerlas desistir de él, aun por los directores más sabios y prudentes. Podrán tener más o menos apartado su corazón, en lo referente a las cosas temporales, pero tratándose de las del alma, no sucede así: no saben ni quieren escuchar a nadie, más que a sí mismas. Y si esto es así,

¿con cuánta mayor razón sucederá tratándose de visiones, locuciones y otras cosas extraordinarias? El confesor tiene que dejarse vencer por estas ilusas, pensar como piensan ellas y alabar su feliz estado, pues si no lo hace así, todo se vuelve lamentos y murmuraciones, cuando no franca hostilidad. ¡Tanto puede el orgullo maldito en las hijas de Eva! Con Gema sucedió todo lo contrario, y eso que tenía razones más que sobradas para creer que eran obra de Dios los hechos admirables que en ella se realizaban; pues Dios mismo, con demostraciones palpables, se lo aseguraba diciéndole: «No temas; soy yo quien obra en ti.» A pesar de todo, no era esto suficiente; quería que el Padre espiritual dictaminase, y a su dictamen se sometía sin restricciones. «Dígame, Padre, ¿debo creer que es Jesús, el diablo o mi fantasía? Soy ignorante y puedo equivocarme. ¡Qué sería de mí, si esto fuese un engaño! V. sabe que yo no quiero estas cosas, sino que Jesús esté contento de mí. Dígame qué es lo que debo hacer para contentar a Jesús; sí, dígamelo, pues lo haré, cueste lo que cueste.»

Dije ya que alguno de sus primeros directores, o por probarla, o porque realmente dudase, la contradecía, llegando al punto de mortificarla amargamente llamándola ilusa; y otro, le ordenó que rogase al Señor que la dejase y pusiese en la vía común u ordinaria. Gema, con humildad, dió las gracias al primero, y al segundo le respondió en estos términos: «Ayer me dijo que suplicase al Señor que me privase de todo, o que me diese a conocer si lo que sucede es obra suya y qué quería de mí. Oré mucho, pues deseo esta gracia, la deseo mucho de cualquier modo. Páreceme que mi cabeza me ha prometido que haría lo que el confesor quisiese. Rogué a Jesús que si esto es obra suya, me lo dijese con claridad; si del demonio, que me privase de estas cosas, porque no quiero nada con él; y si son producto de mi imaginación, que no las quiero consentir un punto más. Si creyese que en estas palabras no he sido

sincera, dígamelo, pues no quiero decir mentiras, ni cometer más pecados.»

Un día en que el Señor le echaba en cara dulcemente sus dudas, después de tantas pruebas como le había dado, le contestó humildemente: «Dudo, porque dudan los demás; pero si eres tú, Jesús, haz que ellos lo conozcan sin vacilar. Sin creer, no podemos ir adelante, ni el confesor, ni yo.»

Mientras el Señor la atraía con fuerza irresistible, ella se dejaba atraer; pero tan pronto como terminaba la dulce comunicación, acudía nuevamente a su confesor y le preguntaba con humildad: «Padre, ¿qué es lo que debo hacer?» ¡Qué lucha tan conmovedora la que frecuentemente tenía que sostener con el mismo Jesús en sus sensibles apariciones! «Pero el confesor me ha dicho que 'Tú no eres Jesús. ¿Acaso el confesor puede equivocarse?»

La vida de los justos en este mundo es una mezcla de penas y consuelos, misterio del que he dicho algo anteriormente y en el cual me ocuparé con mayor extensión cuando discuta las pruebas místicas a que fué sometida Gema por el Señor. Para no apartarme del asunto, solamente diré que de sus consolaciones, que fueron muchas, no hacía mención esta virgen, antes por lo contrario, mostraba por ellas gran despego. Si Dios se las concedía, eran recibidas con gratitud y servíanle de estímulo para avanzar en la perfección; si se las quitaba, dejándola abandonada en tinieblas, aun cuando esto causara profunda pena en aquel corazón apasionado por Dios, con todo, decía contenta: «Obre Jesús como le plazca, pues si El está alegre, también lo estoy yo. ¿Por ventura merezco sus consuelos? No me importa padecer en esta vida, con tal que llegue a gozar de El en la otra.

¿Y habrá quien tema que hechos semejantes sean pura ilusión? De ningún modo; sólo pueden pensar así los ignorantes en las cosas de Dios y los indiferentes. Nosotros, por lo contrario, estamos ciertos de que quien por amor de Jesús se despoja de sí mismo, se reviste de las virtudes de Cristo y no puede estar sujeto a engaño.

CAPITULO XVII

Su perfecta obediencia

Resta ahora decir algo sobre la rara obediencia de que dió pruebas esta bendita criatura, prescindiendo enteramente de su propia voluntad y entregándose en manos de quien la guiaba. El asunto es importantísimo, pues la obediencia es la base de la abnegación, que tan necesaria es, según dijimos arriba, para la perfección de la vida cristiana, y de ella habla nuestro Señor cuando dice: «El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo.»

En los asuntos exteriores, Gema, huérfana recogida por familia extraña, obedecía a su bienhechora, de la que se dejaba mover como cuerpo inerte; así, cuando ésta, sin más explicaciones, le decía: «Vamos a salir, levántate, vuelve a tu aposento, acuéstate, etc.,» Gema, aunque estuviese con fiebre, lo que por precisión tenía que hacerle desagradable la obediencia, corría, siempre pronta, a cumplir la orden.

En la iglesia, mientras se entretenía con su Jesús después de la comunión, si la persona que la acompañaba hacía señas de que era hora de marchar a casa, Gema, como arriba dijimos, se levantaba y se ponía en marcha, cual si estuviese sin hacer nada esperando la orden de salir; más todavía, según hemos visto, experimentaba la fuerza del mandato aunque estuviese en éxtasis. Dejemos que lo manifieste la misma señora, la cual lo declara así: «Recibida la Eucaristía y dada la bendición por el sacerdote, llamé a Gema para volver a nuestro sitio, pero ya estaba en éxtasis. Temiendo yo que alguien pudiera notarlo, interiormente y sin proferir palabra, dije: ¡Oh Jesús, si es vuestra voluntad, haced que por obediencia recobre pronto el sentido! ¡Lo creará? En el acto levantó la cabeza, le dije

que fuera a su sitio, y así lo hizo. Al ver lo bien que me había salido el ensayo, me conduje del mismo modo en lo sucesivo, y el Dios a quien tanto amaba la fiel sierva, intervino siempre para que obedeciera.»

Por la noche cuando se acostaba, aunque hubiese muchas personas hablando en torno suyo, si la mencionada señora decía: «Gema, es necesario que descanses; a dormir,» en el acto cerraba los ojos y dormía profundamente. En una ocasión, yo mismo hice la prueba, pues encontrándome junto a su lecho con otros de la familia, le dije: «Recibe mi bendición y duerme, que nosotros vamos a retirarnos.» No bien lo dije, cuando Gema, volviéndose del lado opuesto, se durmió profundamente. Entonces me arrodillé, levanté mis ojos al cielo y mentalmente le ordené que despertase. ¡Cosa admirable! Cual si la hubiese llamado a voces, despertó con su acostumbrada sonrisa. Entonces le dije yo en tono de censura: «¿Así se obedece? ¿No te dije que durmieses?» Mas ella humildemente me contestó: «No se disguste, Padre, pero sentí que me golpeaban la espalda, y una voz que me gritaba: «Arriba, que el Padre te llama.» Era su Angel Custodio, que velaba a su lado.

Esta gran docilidad no dependía de timidez, irresolución o falta de capacidad para discernir la importancia de las cosas, sino que era fruto de virtud, pues según he dicho ya varias veces, su naturaleza le inclinaba más bien a mandar y dominar que a obedecer; por tanto, si con facilidad se sometía a la voluntad ajena, no era porque la naturaleza la indujese a ello, pues tenía que reprimirse con violencia para dejarse conducir de aquel modo.

Si con tanta facilidad se plegaba en la cosas exteriores a la voluntad ajena, fácilmente se comprende cuán perfecta sería su obediencia en las del espíritu, teniendo como tenía puesta la vista en ellas. Como era humilde, se consideraba incapaz de dar un paso por tan difícil camino, y aunque quería más bien volar que correr por esta vía, estaba persuadida de que solamente lo conseguiría ponién-

dose en las manos del guía espiritual que el cielo le depa-
raba. Y así lo hizo. «Hora es ya que me resuelva a cum-
plir la voluntad del confesor, y no la mía. También el Se-
ñor me ha dicho, y con frecuencia me repite, que no debo
tener voluntad propia, sino la del confesor.» Por este mo-
tivo, iba a verlo frecuentemente, ya para preguntarle si
había obrado bien en tal ocasión, ya para saber en otras
cómo debía conducirse. Si se leen sus cartas, se verá que
no era otro su fin; y en verdad, que si no fuese porque la
necesidad de dirección le obligaba a escribir, no habrí-
amos llegado nosotros a conocer los efectos de la gracia en
alma tan privilegiada.

Y véase a qué detalles descendía la que estaba favore-
cida con la ciencia infusa de las cosas celestiales: «Padre,
si le parece que obro bien, quisiera pedirle al Señor que
me aliviase un poco la cabeza (se refería a los intensos do-
lores que padecía). ¿Debo decírselo? ¿Le parece bien que
haga confesión general con el P. Provincial? Si le parece
bien, la haré; y si no, quedaré tan conforme. ¿Me autoriza
para que pida al Señor que me conceda una hora de ago-
nía todas las noches?» Escribiendo a su confesor ordina-
rio, le dice: «Quisiera que me colocase en un convento,
pero me parece que al Padre no le gusta que le hable de
esto; de aquí que no le diga nada. ¿Le parece oportuno que
pida permiso para pasar el día con las monjas? Esté V.
seguro que me portaré bien.» Confío que no se disgustará
el lector por el exceso de citas, antes bien le agradará,
aunque haya en ello repetición, que le dé a conocer la
hermosa alma de Gema valiéndome de sus mismas pala-
bras. «El sábado me dió V. permiso para levantarme de
madrugada; todos los días me levanto y rezo, pero quisiera
hacer lo que las monjas hacen en coro. ¿Quiere que le diga
a un P. Pasionista que me enseñe lo que hacen las monjas
para luego hacerlo yo? Si pidiese al Señor morir tísica (se
comprende que cuando sea tiempo, no ahora), ¿le parecería
bien? Tengo este deseo, pero a pesar de eso, me agrada más

hacer lo que mi Jesús quiera.» En otra carta, cobrando de nuevo valor, hijo de su filial confianza, escribía: «Permítame, Padre, que suplique otra vez al Señor que me saque de este mundo, para poseerle en la gloria. Vivo siempre temblando por el temor de ofenderle.»

A semejantes proposiciones, lo mismo el director espiritual que el confesor, respondían según Dios los inspiraba, y Gema, confirmando con los hechos sus palabras, permanecía alegre, accediesen o no a lo solicitado, sin volver a pensar más en ello. Si, pues, la negación se daba en forma preceptiva, o aunque sólo fuese con sombra de prohibición, la santa joven no la perdía de vista, procurando ajustarse a ella. Y ahora referiré algunas cosas extrañas que, a pesar de la verdad que encierran, pudieran parecer increíbles.

Como dije anteriormente, Gema, por obedecer a su Padre espiritual, se vió precisada a luchar con el mismo Jesús, porque se le dió a entender que aquello no era obra de Dios, sino de Satanás. Ahora añadiré que no sólo luchó, sino que llegó a resistir al divino Esposo, a pesar de que como tal era reconocido por su director; y luchó porque la obediencia le prohibía detenerse a escuchar a Jesús; lucha en verdad superior a toda virtud humana, pero que Gema sostuvo, saliendo vencedora. «¡Oh, cómo me tentaba mi buen Jesús!—decía.—Pero estoy resuelta a obedecer, cueste lo que cueste. ¡Oh penoso sacrificio! ¡Oh hermosa obediencia!» En una ocasión le pareció ver cubierto de llagas al Salvador, quien le decía que se acercase a besarlas. Sin embargo de ello, recordando la prohibición impuesta, la joven se puso a llorar, pero no se aproximó. Entre tanto comenzó a sentir en las manos, pies y costado los indicios de la impresión de las llagas. ¿Qué hacer, Dios mío? Ella misma nos lo dice: «Apenas lo advertí, me levanté y huí, dejando al Señor solo. De este modo obedecí, y me alegro de haberlo hecho.» «Pobre Jesús—decía después,—he sido descortés con él, dejándolo solo por obedecer al confesor, y él tan bueno siempre.» En otra

ocasión se le concedió permiso para recrearse con el Señor determinado tiempo, cuando llegase a visitarla, a fin de que, según opinaba aquel sabio confesor, le quedase tiempo suficiente para dormir. Véase lo que sucedió. El Señor, según tenía por costumbre, se le hizo visible en una de las noches del jueves al viernes, y Gema, como de ordinario, tomó parte en los dolores de la oración, consumiéndose de amor por tener en su compañía al Amado de su alma. Sonó en esto en el reloj la hora prefijada. «¿Qué hacer?—son sus propias palabras.—Jesús permanecía conmigo, no sin comprender la confusión en que me ponía, pues para obedecer debía despedirlo, por haber transcurrido el tiempo prefijado. A pesar de ello, el Señor me dijo: «Dame una prueba de que hoy en adelante me obedecerás constantemente.»—Entonces exclamé: «Pero, Jesús, vete, no quiero estar contigo más tiempo.» Esto mismo le sucedió repetidas veces con su Angel Custodio, según se verá en otro capítulo.

Supe en una ocasión que, a los pies de Jesucristo, tenía conocimiento con bastante frecuencia de la fecha en que llegarían mis cartas a Luca, suceso que anunciaba en casa con su acostumbrada sencillez: «Esta mañana, mañana temprano, en tal tren, llegará carta del Padre: la puso en el correo ayer por la tarde; hoy a tal hora etc., etc.» Y según lo manifestaba, así sucedía, sin que se diese el caso de equivocarse una sola vez. También sobre esto traté de mortificarla, diciéndole que era una ligereza suya, verdadera soberbia. Véase cómo recibió la corrección: «Padre, de rodillas le pido perdón por todo. No volveré a decir lo que dije, sin que V. me lo ordene. Todo el domingo estuve sufriendo por su reprensión. Me guardaré de hacer nuevas profecías sobre la llegada de sus cartas. Me arrepiento de lo que hice, no volveré a hacerlo más. Escriba cuando quiera: que no quebrantaré sus órdenes.» Aunque sabía perfectamente que las noticias las había adquirido sobrenaturalmente, por mediación de Dios, decía con humil-

dad: «Quisiera sincerarme; pero no, prefiero callar. ¡Viva Jesús!» Los avisos de su director no los olvidaba con el transcurso del tiempo, y por eso, pasados algunos meses, me escribió sobre poco más o menos, lo siguiente: «Padre mío, vencí. Supe por inspiración, esta mañana antes de comulgar, que hoy temprano llegaría carta suya. Sufrí bastante con el deseo que tenía de decirlo; pero me reprimí, y según manda la obediencia, me callé. Así va bien, ¿no es verdad?»

He hablado ya del insólito fenómeno de los vómitos de sangre, que con bastante frecuencia tenía Gema en los éxtasis, cuando su corazón se agitaba con tal fuerza en el pecho, que encorbaba con exceso las costillas. Su confesor ordinario bien sabía que no dependía de la voluntad de ella, pero así y todo se lo prohibió. No importa; la santa joven, aunque privada de sus sentidos, hacía esfuerzos supremos para obedecer a su Padre espiritual, y si resultaban inútiles, tenía remordimientos y se acusaba, como si hubiese desobedecido. «He desobedecido al confesor—me escribía.—Me prohibió que echase más sangre por la boca. Obedecí hasta hoy; pero por la mañana, en un movimiento del corazón, salió una poca. ¿Con qué valor me presento al confesor mañana?» En estas palabras, yo no sé qué admirar más, si la rara candidez o la extraordinaria obediencia.

También dije que temiendo aquel prudente sacerdote que las pérdidas de sangre que esta piadosa víctima sufría todas las semanas del jueves al viernes, acabasen con su salud, resolvió prohibírselas todas bajo formal precepto de obediencia. Y ¡oh maravilla! el divino Autor de aquel prodigio quiso que fuese respetado el precepto de su ministro, mientras creyera ésto que debía sostenerlo; y por regla general, el fenómeno no volvió a reproducirse, por lo menos en sus manifestaciones exteriores. A pesar de todo, la buena Gema estaba contenta, pero a costa de gran violencia, según me decía en una carta: «El confesor me prohibió terminantemente que tuviese nada extraordinario.

Todo va bien; pero ¡cuánta violencia tengo que hacerme para cumplir el mandato!» En un éxtasis se le oyó exclamar: «¡Oh cara obediencia, que me privas de las dulzuras de mi amor, no veo la hora en que pueda abrazarte!»

Poco antes de su última enfermedad, se le descompuso el estómago de tal manera, que no soportaba alimentos ni bebidas de ninguna clase. Se intentó, por medio de la obediencia, ver si se conseguía algo, y, como siempre, dió la prueba el resultado apetecido. «Estoy pronta a obedecer cuanto V. me mande—contestó al punto la buena Gema;—y confío en que el Señor me ayudará, mejor dicho, tengo la seguridad de que, desde primeros del próximo mes, no arrojaré más la comida.» Y, en efecto, al comenzar el nuevo mes, retuvo la comida sin ninguna dificultad. Con tan feliz experiencia se multiplicaron los preceptos, acudiendo para todas las necesidades al director espiritual o al confesor, y uno u otro ordenaba a Gema que se pusiese bien, que por obediencia volviese al uso de los sentidos, o que dejase la cama, y en el acto cesaba la fiebre, el éxtasis o los síncope; en una palabra, Gema se levantaba alegre y fuerte.

Que tal obediencia era grata a los ojos de Dios, se ve claramente; pues El mismo se la inculcaba a su sierva, ya directamente, ya por mediación del Angel de la Guarda. «¡Obediencia, obediencia!», tal era, por decirlo así, la peroración de cada una de las celestiales locuciones con las cuales tan frecuentemente se la favorecía. «Obediencia ciega, obediencia perfecta. He aquí lo que primeramente te encargo. Que seas como un cuerpo muerto, que ejecutes con prontitud cuanto se te ordene.» Y no le faltaban amargas reprensiones a poco que descuidase perfeccionar esta virtud. «Si no obedeces hasta el sacrificio—le decía el Señor,—te abandonaré en manos del enemigo.» Y el Angel le decía a su vez: «Si no te vences y haces con prontitud lo que se te manda, no me dejaré ver de ti en adelante.» Tanto las severas amenazas, como las suaves exhortacio-

nes, las palabras de su director espiritual, las del Salvador o de su Angel Custodio, todo resultaba en beneficio de la fervorosa joven; así es que su progreso en esta y en las demás virtudes, estaba a la vista.

De tal manera se había acostumbrado a obedecer, que en la obediencia hallaba su tranquilidad y descanso. «¡Qué consuelo—son palabras suyas—experimenta mi corazón obedeciendo! ¡Engendra en él una calma tal, que no sé cómo explicarla! ¡Viva la obediencia, pues de ella procede la paz de que disfruto! Gracias a ella, Padre mío, conozco el valor de tan hermosa virtud, y tales enseñanzas me proporcionó, que por ella me vi libre de gravísimos peligros. Pondré siempre en práctica, con el divino auxilio, cuanto se me mande, para agradar a mi Dios.» En otra carta me decía: «No tema, Padre, no tema; encomiéndeme a Jesús, que yo obedeceré, pues con el constante ejercicio, no siento ya la menor dificultad en obedecer. El Señor fué quien, días hace, me concedió esta gracia, por la cual le estaré siempre agradecida.» Y más adelante: «Jesús me ha prometido manifestar á V. su voluntad de un modo claro, con tal que se lo pida humildemente, lo que procuro hacer. Así estoy en paz, esperando que la santísima voluntad de Dios se cumpla enteramente en mí.»

El último grado de perfección en la obediencia consiste en la alegría de negarse uno a sí mismo. Pues bien, este grado lo alcanzó Gema. Tiene, por consiguiente, derecho a la divina promesa consignada en aquellas palabras: *Vir obediens loquetur victorias*: el obediente alcanzará la victoria.

CAPÍTULO XVIII

Su profunda humildad

El orgullo aparta al hombre de Dios; la humildad lo aproxima a El. El orgullo es funesto principio de todos los vicios; la humildad, madre fecunda de virtudes y principio fundamental de la perfección evangélica. ¿Queréis saber—decía San Agustín—cuál es el primer grado de la santificación? La humildad. ¿Y el segundo? La humildad. ¿Y el tercero? La humildad. Cuantas veces se me haga esta pregunta, otras tantas responderé: la humildad.» Pues esa misma doctrina era la de nuestra querida Gema, la cual, estando en el lecho del dolor próxima a espirar, preguntada por una de las Hermanas enfermeras que la asistían cuál fuese la virtud más apreciada de Dios, contestó sin vacilar: «La humildad, la humildad, que es fundamento de todas las demás.»

Conocedor yo de lo mismo, al ser llamado la primera vez para examinar a la Sierva de Dios y averiguar cuál era su verdadero espíritu, me valí de esta piedra de toque. Muchos, incluso su propio confesor, dudaban, a la vista de hechos tan extraordinarios en una joven que daba los primeros pasos en el camino de la perfección, y se hacían esta pregunta: «¿Será obra de Dios, o no lo será, un estado tal que difícilmente se encuentra en los santos más eminentes que florecieron en la Iglesia?» A esta pregunta contesté yo: «Sin duda alguna es obra de Dios, si en El se encuentra la humildad.» Procedí al examen, y desde las primeras pruebas, pude convencerme de que hacía bastante tiempo que la virtuosa joven había comprendido la importancia de tal virtud, hasta el punto de que la tenía en mayor estimación que las demás, por lo que con ahinco se aplicaba a practicarla; en una palabra, me convencí de

que era humilde hasta la médula de los huesos, y con tal motivo, exclamé sin vacilar: «¡Bienaventurada joven, que iluminada por Dios supiste utilizar ese gran resorte; tu santidad para mí es evidente!»

Cuando a los trece años hizo los ejercicios espirituales con las hermanas de Santa Zita, entre las santas máximas que el predicador inculcaba en el auditorio, contábase esta: «Recordemos que nada somos, y que Dios lo es todo.» Hicieron tal impresión estas palabras en la mente de la joven, ya de sí bien dispuesta, que no las olvidó en el resto de su vida. Apenas escribía una carta, especialmente a su director, sin que este sentimiento de la propia bajeza no saliera a relucir, con expresiones cada vez más enérgicas, según crecía en el conocimiento de Dios. Tan íntimamente se apropió la verdad que San Agustín expresaba con palabras tan breves como estas: *Noverim te, noverim me*, «conociéndote a ti, Dios mío, me conoceré a mí,» que le parecía mentira que el hombre fuese capaz de ensoberbecerse.» Y en verdad que no tuvo el menor pensamiento de propia estimación durante su vida. «¿Cómo?—solía decir.—¿He de envanecerme yo? ¿Podría darse locura mayor que esta?»

En una ocasión, para mortificarla, la reprendí y al propio tiempo le encargué que anduviera con mucho cuidado para precaverse del orgullo, pasión de la que fingía yo haber visto gérmenes ocultos en su corazón. Véanse los términos en qué me contestó: «He leído su carta. ¡Dios tenga piedad de mí! Cierto, demasiado cierto es que el orgullo tomó asiento en mí. Apenas leí la palabra orgullo, cuando, créame Padre, el demonio se sirvió de ella para hacerme caer en la desesperación, y estuve bastante mal por espacio de una hora. Cuando ya no podía más, me arrojé a los pies del crucifijo, y con la frente en tierra, le pedí perdón muchas veces y que me hiciese morir allí mismo; pero el Señor no quiso enviarme la muerte, y al cabo de algún tiempo, recuperé la calma. ¡Pobre Jesús mío,

cuántas faltas cometo! ¿Adónde llegaré si sigo así? Pero no, no lo volveré a hacer. Le suplico que me perdone y que no se disguste conmigo, pues ya procuraré no repetir la falta. Su carta dice la verdad; le doy las gracias de rodillas. ¿Pero, a qué inquietarse? ¿No sabe V. que tengo la cabeza dura y soy de pocos alcances? Perdóneme; en lo sucesivo no le he de dar motivo para incomodarse. ¡Qué pena habré causado al Señor con estos pensamientos de soberbia!»

Cuales fueran estos pensamientos, ni ella misma lo sabía, y si lo creía, era porque su director se lo había dicho. Y añadía: «Padre, dígame al Señor que tenga piedad de mí, de mi pobre alma, la cual, en vez de ser buena, procura llenarse de iniquidad, malicia y soberbia; pues Jesús, que me otorgó la gracia de conocer pecado tan feo, me ha de conceder la gracia de corregirme de él.» Y aún más: «Temo que el Señor, enojado por mis ofensas, me castigue. ¿Y sabe V. qué castigo temo, después de todo, muy merecido? Temo ser condenada a no amar más a mi buen Jesús. No, no, Jesús mío, escoge para mí otro castigo; pero ese de ningún modo. Padre, si ve que aún tengo orgullo, sin pérdida de tiempo haga de mí lo que mejor le plazca, pero quíteme cuanto antes este vicio.»

A las palabras correspondían los hechos. Nadie la vió alterarse, ni la oyó jamás vanagloriarse de sus dotes; sino que, por lo contrario, se humillaba cuanto podía, procurando con esmero ocultarse a las miradas de los demás. «Por caridad, Padre, no hable de mí con otras personas, como no sea para decir quién soy en realidad. Me humillaré y pediré perdón a todos aquellos a quienes engañé sorprendiendo su buena fe, y el Señor, infinitamente bueno, me perdonará »

En cuanto a sus cualidades naturales, ya dije que tenía muchas y muy raras, descollando por su viveza, ingenio perspicaz, fortaleza de ánimo y resolución en los propósitos; con todo, al verla y tratarla, no ofrecía cosa de parti-

cular. Para todo pedía ayuda, consejo y dirección, así es que, juzgando a primera vista, se llegaría a creer que por sí misma no era capaz de resolver nada. En el colegio había aprendido bastante bien el francés, el dibujo y la pintura; pero una vez que salió definitivamente de él, no se le oyó hablar palabra de dicha lengua, ni volvió a tomar en la mano los pinceles, y solamente después de su muerte, se supo por una de sus maestras que en este ramo era bastante hábil.

Mucha facilidad tenía Gema para hacer versos, pero después de abandonados los estudios, no volvió a ocuparse en ellos diciendo que era vanidad, o por lo menos, pérdida de tiempo. Estaba también dotada de hermosa voz y con aptitudes para el canto; por lo cual, parece natural que esta joven, dados sus deseos de alabar al amado Jesús y a su celestial Madre, desplegase sus inocentes labios, por lo menos, cuando trabajaba sola, para entonar devotas canciones; con todo, no sucedió así, pues nadie la oyó cantar, ni siquiera en voz baja. Hechos de tal naturaleza, practicados de un modo constante por una joven de corta edad, de naturaleza viva y resuelta, son pruebas, más que ciertas, evidentes, de sólida virtud.

¿Y qué diré de sus dotes espirituales? Gema los tenía en tal abundancia, era tan rica en virtudes, que la pusieron a la altura de ciertas almas privilegiadas cuya vida admiramos hoy; dones tan extraordinarios que son la admiración de todos cuantos los conocen; sólo ella los desconocía, o por lo menos no paraba en ellos la atención, cuidando únicamente de humillarse cada vez más ante Dios y ante los hombres. ¡Cuántas veces suplicaba al Señor que le retirase gracias tan señaladas y se las diese a quien correspondiese mejor! «Jesús mío—decía,—no me obligues a hacer cosas que no son apropiadas para mí, ya que ni soy buena para nada, ni sé cómo corresponder a tantos beneficios. Busca, sí, busca otra persona que sepa corresponder mejor que yo.» En una de las muchas veces en que se

apesadumbraba por esto, el Señor, que le servía de maestro en la escuela de la humildad para más afirmarla en tal virtud, le dijo interiormente estas palabras: «Haz lo que puedas, pues por lo mismo que eres la más pobre pecadora de mis criaturas, quiero servirme de ti.» Ella le contestó con familiar sencillez: «Jesús mío, haz lo que te parezca, que yo estoy satisfecha.»

En otra ocasión presentóle el Señor su alma, para que, viéndola con luz celestial, se humillase; y de paso le indicó interiormente que se avergonzase, pues en vez de adelantar en la virtud, permanecía estacionaria. Gema, no sólo se humilló y avergonzó, sino que se llenó de temor. «¡Si supiese—me dijo un día—lo fea que es mi alma! El Señor me lo hizo ver.» A veces, para que le amase con mayor fervor, se le aparecía el Señor desdeñoso, y aun con aire severo. «Jesús—decía—apenas me mira; y si me mira, es con tal severidad, que yo no me atrevo a dirigirle la vista; y hay veces en que parece que me desecha, lo cual constituye para mí un verdadero suplicio. Padre, si por mis pecados me desampara Jesús, ¿qué haré? ¿a quién acudiré? Pregúnteselo a Jesús, Padre, y vea qué es lo que le dice.»

No sólo en tiempo de prueba se resistía a levantar los ojos para mirar al Señor, sino cuando la trataba con dulzura, en las frecuentes apariciones con que la favoreció. ¡Tanta era la vergüenza que experimentaba en presencia de la Majestad Divina! Con tan hermosas disposiciones, la gracia descendía a torrentes, sin temor, permítaseme la frase, de que se envaneciera de ellas; pues cuantas más gracias recibía, tanto más se anonadaba. Por lo que a mí toca, puedo asegurar que cuantas veces tratamos, de palabra o por escrito, de las comunicaciones tenidas con Dios, siempre terminaba con algún acto de profunda humildad; y en demostración de ello, sirva para todos, además de otros que ya referí, el siguiente caso. Habiéndola colmado de grandes consuelos el Señor, creyó haber nacido a nue-

va vida, y una vez hecha la relación, véase cómo da cuenta de su victoria: «¿Cómo no ha de sorprenderme la misericordia infinita de Dios? Jesús, sí, el propio Jesús, lleno de bondad para conmigo, miserable e ingrata pecadora, se ha dignado obrar el milagro de mi conversión, y con las luces que se dignó concederme, puedo conocer mi bajeza.»

Por estas y semejantes palabras, de que frecuentemente hacía uso en conversaciones y escritos, se comprende que Gema, no sólo no se mostraba asustada de su pequeñez en presencia de la inmensidad de Dios, sino que se consideraba infiel a los favores que de El había recibido; pues tenía idea muy elevada de la virtud, así como de la obligación que tiene la criatura de honrar a su Dios y Señor con una vida santa y pura. Como conocía a fondo el valor de las gracias que le había concedido su divino Redentor, solía decir que costaban nada menos que la sangre de Jesucristo. Con tales pensamientos en su alma, no podía estar satisfecha de sí misma; de ahí su confusión, y de ahí que temblase de pies a cabeza.

Véanse algunas expresiones suyas sobre esta materia. «¿Deberé meditar, Padre querido, en mis pecados y en lo mucho que me falta para llegar a ser digna de Jesús, o en su lugar?... (Estos puntos, que con frecuencia salían de la pluma de Gema, los ponía para significar otras muchas cosas que sentía y no expresaba). ¿Deberé combatir valerosamente haciéndome violencia, o por el contrario?... No me queda más remedio que humillarme y orar, sin buscar en nada mi satisfacción propia.» Era esta una llaga que la santa virgen tenía abierta en el corazón, y que al más ligero golpe sangraba. «Llegó el mes de Mayo—me escribía;—pienso en los grandes beneficios que, en el curso de mi vida, me ha hecho la Virgen María, y me avergüenzo... pues con nada recompensé los amorosos favores que me dispensó su corazón; y lo que es peor, he pagado con ingratitudes y pecados los beneficios recibidos.»

En una ocasión, para humillarla, sabiendo bien con

quien trataba, me permití decirle: «No comprendo como el Señor no tiene reparo en ensuciar sus manos con esta basura de Gema.» Se sonrió la angelical joven, y llena de gozo por haber encontrado el calificativo que para sí buscaba hacía mucho tiempo, lo retuvo en la memoria, y, hablase o escribiese, a cada paso se lo aplicaba, incluso cuando era arrebatada en éxtasis: «Jesús; ¿cómo es que quieres ensuciar las manos con esta basura de Gema?» Cuando se le aparecía su Angel Custodio, también le decía: «Te suplico que no te ensucies las manos con este estiércol.» A este humillante calificativo solía añadir otro, buscado por ella misma: *villana criatura*. «¿Qué haremos de esta villana criatura, Padre mío?» Con tales palabras quería decir: de esta criatura deshonrada, profanada, sucia y asquerosa a los ojos de Dios y de los hombres. «¡Madre mía amantísima—decía llorando,—Dios de mi alma! ¿es posible que ensalcéis a un ser tan villano? ¿Y tanto?» Con este sentimiento, al saber que yo me trasladaba de Roma a Isola, donde está la tumba del Beato Gabriel, me escribió una carta bastante extensa haciéndome varios encargos para él. El principal era el siguiente: «Dígale al Venerable Gabriel estas palabras precisamente: ¿Qué debo hacer con Gema? Dígaselo, Padre, y déme a conocer la contestación.»

La humilde virgen se abatía al ver que Dios, a pesar de su indignidad y carencia de méritos, la trataba dulcemente. Lo mismo sucedía cuando de los hombres recibía cualquier beneficio. Exteriormente, ya lo dije, no sabía hacer cumplidos; pero sufría tanto en su corazón, que quien llegase a descubrirlo, recibiría gran sorpresa a la vista de los esfuerzos que hacía por ocultarla. «Pido al Señor que me dé paciencia—me escribía,—no para mí, sino para la pobre tía, porque la verdad es que me quiere demasiado. ¡Si viese, Padre, cómo en ciertas cosas me prefiere a los demás! Llega hasta ponerme el brasero en la cama (para que me caliente). ¿Deben hacerse tales cosas conmigo? Dígale que

debo ser tratada como la gallina (así me dice el confesor), y no con tantas atenciones, sin que de mi boca reciba ni las gracias. ¡Si al menos con mi tibia oración pudiese ayudar a quien tanto me ayuda! Mejor quisiera que me tuviesen como esclava.»

Nadie ignora que las personas virtuosas, especialmente las que hacen voto de castidad, son propensas a llamar esposo a Jesús, y a llamarse a sí mismas esposas de Jesucristo; pero con Gema no pasó eso. Es cierto que el divino Verbo, por amor, llegó a desposarse con nuestra pobre alma, que Gema le amaba con todo el ardor de que era capaz su corazón, y que fué de Jesús correspondida; pero a pesar de todo eso, jamás se atrevió a llamarle esposo. Hija, sierva inútil, virgen necia, criatura miserable, tales eran los títulos que se daba; pero el de esposa jamás. Solamente dos o tres veces, estando en éxtasis agitada por el amor celestial, se oyó que llamaba a su adorado Señor: «Esposo de sangre.»

En las cartas, una vez terminado el asunto que debía tratar, concluía así, sin más formalidades: «Ruegue por mí, que soy la pobre Gema.» En una ocasión le indiqué que sería conveniente que al nombre agregase un apellido, y que si le parecía bien se llamase Gema de Jesús. A tal indicación opuso cierta dificultad, porque le parecía ser por parte suya soberbia presunción; mas como insistiese yo diciéndole que tal nombre no significaba ser ella digna de Jesús, sino que se gloriaba en ser sólo de Jesús, mostró al fin quedar convencida, y desde aquel día firmó sus cartas como yo quería: «La pobre Gema de Jesús.» Poco tiempo duró esto, pues prevaleciendo el sentimiento de su bajeza, desechó mi consejo, y volviendo a su antigua costumbre, en las cartas que escribió hasta morir, se llamó solamente «la pobre Gema.»

El sentimiento de su bajeza la movía a suplicar que rogasen por ella a cuantas personas se le acercaban, para lo cual su elocuencia encontraba formas enteramente nue-

vas. «Encomiéndeme al Señor, y dígaselo a los demás, pues hace una gran caridad el que ruega por mí. Le pido la bendición, y dígale al cohermano, (Beato) Gabriel, que no olvide tampoco a la pobre Gema.» En otra carta me decía: «¡Si supiese, Padre, de qué medios se ha valido Jesús para confundir mi soberbia! ¡Si supiese V. lo mala que soy! ¿Quién me concederá la virtud necesaria para acercarme a El? Rúéguele y haga que otros pidan que me conceda pronto los auxilios que necesito, para que repare mis maldades, se esclarezca mi entendimiento, y me haga ver las tinieblas horribles de mi alma.» Y en otra decía: «Rueguen por mí todas las personas santas, para que, aunque indigna, sea el Señor glorificado en mi pobre alma.»

Si otras personas acudían a ella para que las encomendase a Dios en sus necesidades, lo que ocurría con frecuencia por el alto concepto que tenían de la virtud de esta sierva de Dios, la ponían en trance difícil. A su madre adoptiva le contestó de esta manera: «En verdad quedo admirada de que me ordenase V. en su carta que rogase por aquella señora. Si V. no me conociese, tendría razón; pero conociéndome a fondo, como me conoce... no digo más. Un alma desgraciada, llena de faltas y ocupada poco o nada en Jesús, ¿qué quiere que alcance? Sin embargo de esto, obedezco; pero no confíe en mí, porque nada bueno sé hacer.» A un venerable sacerdote le dijo: «Ruego, sí, ruego, pero por experiencia sabe V. que mis oraciones son débiles y flacas, y que no las escuchará Jesús escondido.» Así solía llamar esta joven al Señor cuando, sustrayéndose a su presencia, la dejaba desfallecer de aridez: «Jesús escondido.»

En otro sitio hablaré más por extenso de este martirio espiritual con que de vez en cuando el Señor ponía a prueba la fidelidad de su esposa. Aquí solamente diré que si bien lo sentía mucho, no se quejaba, pues estaba persuadida de que no era digna de los consuelos celestiales, sino que por sus pecados merecía el abandono sensible de

Dios. Por esto, temblando, escribía a su confesor: «Padre, Jesús al fin se cansó de mí, a causa de tanta frialdad, y por cierto que tiene razón que le sobra. Por eso le doy gracias como siempre y le adoro.» Los mismos ultrajes y vejaciones con que el enemigo infernal la atormentaba frecuentemente, y de los que más por extenso trataremos dentro de poco, le servían para más humillarse, creyendo que ella, con sus faltas ocultas, provocaba a la justicia divina para mortificarla de aquella manera. Por eso no se quejaba y sufría aquella pena como justo castigo diciendo: «Conozco el motivo porque Jesús hace que el diablo me trate así. Padre, ya se lo diré en confesión; pero estoy verdaderamente arrepentida. Parece que hasta el Angel de la Guarda se avergüenza de estar a mi lado.» Y creía que los de casa verían también al Angel muy enojado, tanto que un día me dijo con inexplicable sencillez: «Padre, no se me ocurrió nunca decirle al Angel que se ocultara de los demás, para que no le vean.» Todo servía a esta bendita joven para humillarse. Cuando los intensos dolores de sus llagas la abatían, interiormente se humillaba y decía: «¿Ve V., Padre, como voy retrocediendo, y me repugna padecer? ¿Qué fortaleza de espíritu es esta? Casi me atrevería a escoger de manos del Señor la especie de padecimiento que más me agrada dejando la que no me agrada. Ruegue por mi alma.» Si en la casa ocurría algún desarreglo, se atribuía a sí misma la culpa, y aun creía ser ella la causante de las desgracias comunes, y cual otro Jonás, hubiera pedido ser llevada de este mundo, con tal que los demás no sufriesen por su causa.

Ya hemos visto la frecuencia con qué acudía a su padre espiritual para manifestarle los secretos de su corazón. Quien no la conociese, la habría confundido con las almas inconstantes y ligeras, para las que el hablar de sí mismas constituye su mayor satisfacción. Por lo contrario, la humilde Gema (ya hemos dado de ello algunas pruebas), sufría indecibles penas si tenía que declararse abiertamen-

te, hasta el punto de que hubiera preferido verse sepultada antes que referir de palabra o por escrito los prodigios que obraba en ella la gracia. Dejemos que ella misma nos lo manifieste: «Ya es hora que le diga algunas cosas, y que desaparezca la vergüenza; pero resulta que, cuando debo escribir o confesarme, va en aumento. No es vergüenza; no sé cómo expresarme; es casi miedo.» En realidad, eran las dos cosas; vergüenza, porque no quería que se enterase criatura humana de hechos que redundaban en su alabanza; y miedo, por el temor que tenía de no expresarse bien, e inducir a otros a error. «Tengo miedo de que, en las cosas extraordinarias que me ocurren, pueda engañar y ser engañada, y esto, ciertamente, no quisiera hacerlo. Mucho pido a Jesús que me ayude para no engañar a nadie. Tanto miedo tengo, que, en determinados días, quisiera que nadie me viese.» Pero ¿podía alma tan cándida ser capaz de engañar, si no sabía cómo podían ser engañados los demás? Que lo diga ella, tal como me lo dijo a mí al hacerme esta angelical petición: «Padre, explíqueme lo que quiere decir la palabra engaño, porque no quisiera engañar a nadie.»

Si tanta dificultad experimentaba al manifestar a su confesor las «cosas de Jesús,» como solía llamarlas, juzgue el lector la que tendría tratándose de otras personas, pues, instruída en la ciencia de los santos, había tomado por regla de conducta la gran máxima del profeta Isaías: *Secretum meum mihi*: nadie debe conocer los secretos de mi corazón. Y así fué; nadie los conoció, fuera de su director espiritual y de la piadosa señora que hacía veces de madre, por expreso mandato de aquél. A pesar de todo, estaba en continuo sobresalto, temerosa de que llegase a traslucirse algo, muy a pesar suyo. «Me hago violencia—decía,—pero temo que con cualquier movimiento se llegue a conocer lo que el Señor quiere que permanezca oculto. Por la calle y en la iglesia me distraigo, y no siempre vuelvo en mí a tiempo, y por este motivo, los demás pueden figu-

rarse lo que no soy, o estimarme en lo que no valgo.»

Este gran temor era el que la inducía a recluirse en un convento, creyendo que de ese modo permanecería oculta, ya que no de todos, al menos de la vista de los seglares. Lo he dicho ya; en el tiempo que traté a esta bendita joven, la vi indiferente a todo, sin voluntad, sin inclinaciones ni deseos propios, como quien estaba muerta por entero a sí misma; solamente en lo referente al claustro la encontré bastante tenaz, por lo que tuve algunas veces que regañarla. Apenas hay carta suya en que no hable de este asunto con cierta viveza: «Padre, no me deje en el mundo; el mundo no se ha hecho para mí, y tengo miedo. Venga pronto a Luca, y enciérreme. ¿Por qué me deja a la vista de todo el mundo? ¿Qué será de mí si se llegan a conocer ciertas cosas?» Así se condujo bastante tiempo, hasta que el Señor le dió a conocer que no eran aquellos sus deseos. Temor tan excesivo, acompañado de una reserva tal, que aun a sus mismos directores ocultaba cuanto le sucedía, si la necesidad no le obligaba a obrar de otro modo, han hecho que se perdiesen datos importantísimos de la vida de esta virgen; pero si El ha permitido que sucediese así, fué para darnos un ejemplar perfecto de humildad.

El corazón de Gema sufría mortal herida cuando advertía de que alguno tenía de ella buen concepto. Recibía cartas con frecuencia, aun de personas distinguidas, y muchos, con el deseo de acercársele sin suscitar sospechas de que iban por causa de ella, procuraban entenderse con la gente de casa; pero la buena joven hacía cuanto podía por alejarse y esconderse. Si la obediencia la obligaba a presentarse, se notaba que sufría mucho interiormente, que estaba como entre espinas; y si no conseguía marcharse pronto, estudiaba el modo de pasar por tonta. Entre otros hechos, recuerdo que encontrándome una vez en aquella casa, se presentó un respetable prelado con objeto de ver a Gema. Esta, al oír que la llamaban y ver que no podía evadirse, cogió un enorme gato que había en la casa, y se puso a

acariciarlo y a jugar con él como si fuese una niña (adviértase que era la primera vez que lo hacía en su vida), y así se presentó ante el prelado. El juego le salió a pedir de boca, pues el dignatario eclesiástico, al verla, le volvió la espalda con aire despreciativo, y Gema, satisfecha de haber conseguido su propósito, se retiró con su gato en brazos, saltando de contento, sin hacer la más pequeña cortesía al que consideraba como curioso visitante.

¡Bendita necedad, que a los ojos de Dios eres sabiduría y virtud! ¡Bendita humildad, que, colocando al hombre en el sitio que le corresponde, mueve al Señor a descender hasta él para llenarlo de gracia! *Humilibus dat gratiam!* Pero prosigamos y consideremos más de propósito el segundo motivo que inducía a esta Sierva de Dios a humillarse grandemente, esto es, los muchos pecados que creía cometer en todas sus obras piadosas y los defectos de que creía estar llena.

CAPÍTULO XIX

Continúa el mismo asunto

Creen algunos que los santos, por el hecho de serlo, dejan en cierto modo de ser hombres para convertirse en espíritus celestiales, error en que también incurren con alguna frecuencia los que escriben sus vidas, presentándolos como criaturas casi ideales, sin el menor enlace con nuestra humana miseria. Sin embargo de ello, no es así. Los santos son hombres como nosotros, hijos de Adán, herederos de su viciada naturaleza, a la cual la gracia realza y perfecciona, pero sin restablecerla por entero; pues aunque la ennoblece con dones sobrenaturales, éstos van acompañados del elemento humano con todas sus miserias. ¿A qué ocultarlo, si de la misma oposición resultan más admirables los efectos que en los santos produce la divina gracia, según manifestó el Apóstol San Pablo: *Virtus in infirmitate perficitur*? Los santos, no hay que dudarlo, estuvieron sujetos a nuestras mismas flaquezas, a las repugnancias y al fastidio en el ejercicio de la virtud; sintieron el peso de la carne y el estímulo de las pasiones, y de ahí que temblasen por la suerte que podía caber a sus almas y por la violencia que tenían necesidad de hacer para mantenerse fieles. Amaban mucho a Dios, y conocían en alto grado sus soberanas perfecciones; pero eso mismo hacía que mirasen la culpa más ligera como una monstruosidad, y la falta más pequeña como grave delito. En esto precisamente está el secreto de sus llantos y penitencias y el de los afrentosos calificativos, que a cada momento se aplicaban, de grandes pecadores, de malvados indignos de que la tierra los sustentase.

Pues esto mismo pasaba con Gema. Sus defectos, los que ella calificaba de graves pecados, no eran voluntarios;

porque antes que consentir deliberadamente en el más ligero pecado venial, hubiera preferido que la atormentasen con el agua y el fuego. «No quiero cometerlos—decía,—pero soy muy mala. Procuro evitarlos, mas a pesar de mi empeño, vuelvo a caer. El mal está en que no advierto cuando cometo los pecados, sino después de cometidos. De no suceder así, no los cometería, y esto bien lo sabe el Señor.» A pesar de todo, en el tribunal de la penitencia no sabía distinguir entre faltas voluntarias y las que no lo eran, por lo que se declaraba culpable de todas, con una persuasión tal, que era capaz de inducir a engaño al confesor más experto. Sin temor ni afectación, sin suspiros ni gemidos, propios de almas débiles, manifestaba sus cosas con franqueza, con orden y precisión en los términos, distinguiendo su especie y gravedad. Yo la dejaba hablar; y al fijarme después en todas aquellas faltas, adquiriría el convencimiento de que, en vez de faltas, eran actos de virtud, o simples debilidades. De modo que, unida la experiencia de muchos años de confesonario, a las varias veces que escuché la confesión general de toda su vida, puedo asegurar que jamás cometió un solo pecado formal, es decir, con plena deliberación, y que, aunque vivió veinticinco años en un mundo corrompido y corruptor, subió al cielo con la blanca estola de la inocencia bautismal. Esto mismo afirman otros confesores, cuyas deposiciones tengo a la vista.

No lo entendía Gema del mismo modo, según hemos visto, por lo que costaba mucho trabajo persuadirla de lo contrario, a fin de impedir que, atemorizada de su estado, no cayese casi en la desesperación. «¡Será cierto—decíame toda llena de ansiedad—que el Señor está satisfecho de mi alma? ¡Cómo tiemblo y me avergüenzo, viéndome llena de faltas en presencia de Jesús, que es la suma pureza! Padre mío, pida al Señor con misericordiosa insistencia por mí, implore el perdón de mis pecados y dígame que para reparar mis culpas, no economizaré dolores, sean

los que fueren, en el cuerpo y en el alma. ¡Dios mío, ciertamente que el castigo no será como yo lo merezco, pero al castigarme, quítame el peso de mis pecados, porque me oprime y me mata! ¡Ay de mí, si por sólo un instante perdiese de vista mis iniquidades! ¡Estoy muy disgustada viendo al Señor deshonrado por mí! Pero entre tantas miserias, me consuela la buena voluntad, que me impulsa hacia el arrepentimiento.» Estas y otras expresiones repetidas en formas distintas, a cual más expresiva y conmovedora, brotaban de la pluma de esta sierva de Dios, especialmente cuando escribía en éxtasis. No tengo memoria de haber leído, en las vidas de los santos, semejante continuidad de sentimientos, en ningún tiempo interrumpida.

En una ocasión se le apareció el Señor llorando, y ella con la sencillez que tanto la caracterizaba, le preguntó por qué lloraba. Meditando más tarde sobre esta aparición, me dijo un día: «Me reconozco culpable de mil iniquidades, y con todo eso, tuve valor para decir: «¿Qué tendrá Jesús que llora?» En otra ocasión, habiendo ocurrido un pequeño incidente en la casa, se atribuyó, como siempre, toda la culpa, y tal horror se apoderó de ella, que costó lo que no es decible el reanimarla. «Padre—exclamaba,—¿qué es lo que yo hice? Concluirán todos por abandonarme. La desesperación quisiera apoderarse de mí. Pero no, Madre mía, *mater orphanorum*, no quiero desagradar a Dios, ni a ti, ni al Padre, ni a los demás. Créame, que no quiero; pero la verdad es que soy un misterio, incluso para mí, y que no acabo de comprenderme.» Con estas palabras quería decir que no comprendía cómo podían estar juntas una voluntad pronta y eficaz para obrar bien, y la humana fragilidad que ella en tan alto grado se atribuía.

Dios mismo, que quería conservarla siempre humilde, permitió al enemigo infernal que la perturbase, haciéndole creer que estaba próxima a condenarse. Entonces sí que no sabía cómo hacerlo para dar paz a su corazón, y con

mano trémula escribía a su director: «Si alguna vez, Padre, ve usted que mi alma está en peligro; si advierte que estoy en manos del demonio, le ruego que me ayude, pues a todo trance quiero salvarme. Mucho temo al demonio, que sin descanso busca mi ruina, y, sin embargo de ello, poco o nada hago para evitarlo. ¿Qué debo hacer para remediar esto?» El Señor, que de todo sabe servirse en beneficio de sus elegidos, quiso en esta ocasión valerse de mis pobres consejos; indujo a Gema para que con frecuencia acudiese a mí en solicitud de ayuda, y en mis respuestas hallaba consuelo para sus temores. «¡Padre, V. no sabe la gran necesidad que tengo de sus consejos! ¡Si supiera el alivio que experimento cuando recibo carta suya! Sus palabras me dan ánimo para padecer y llorar. Ayúdeme, ayúdeme, porque de lo contrario, pronto caeré en pecado.»

El horror al pecado no nacía solamente del temor de condenarse, sino del intenso amor de Dios, a quien se ofende con el pecado; y como este amor lo sentía Gema en grado eminente, es de creer que fuese sin medida la contrición por las afrentas hechas y que seguía haciendo al Sumo Bien, según creía. Así era, en efecto. «¿Cómo?—se le oía decir a solas—¿cómo? ¡Un Dios tan grande y digno de ser amado, nada menos que ultrajado por mí? ¡Quién soy yo para semejante atrevimiento? ¡Pobre Jesús mío!» Este pensamiento la hacía palidecer y le arrancaba lágrimas en tal abundancia, que sus ojos, según un testigo ocular, «parecían dos fuentes.» Aun en los éxtasis, en que ordinariamente el Señor le daba a probar las delicias del cielo, se anonadaba, y con palabras de fuego, decía llorando: «¡Perdóname, Jesús mío! ¡Padre, Padre, perdóname todos mis pecados!»

Por más que este sentimiento de compunción fuese en ella habitual, había días en que el Señor se lo hacía experimentar de un modo extraordinario; y Gema dirigía fervientes súplicas al divino Esposo para que apresurase la

llegada de estos días, porque a cualquier consuelo celestial prefería el poder llorar amargamente sus culpas. Contaba una por una las horas que mediaban entre una y otra de estas angustias inefables, y después de haberlas experimentado, se apresuraba a participarlo a su director espiritual. «He pasado muchos días sin sentir dolor por mis pecados, y el Señor ha querido concederme nuevamente esta gracia. Ayer lloré mucho a los pies de Jesucristo. ¡Qué amargas eran, Padre, y a la vez qué dulces aquellas lágrimas! ¡Y con qué fuerza latía mi corazón! Parecía que se escapaba del pecho.»

Los hechos ocurrían del modo siguiente: Mientras la piadosa virgen estaba en oración, una luz clarísima iluminaba de repente su entendimiento, y ponía de manifiesto los más recónditos secretos de su alma. En aquel momento, veíase cubierta con las negras manchas de la culpa, pareciéndole unas veces que Dios estaba altamente indignado de ella, y otras triste y afligido por las afrentas que había recibido. Ante tal visión, temblaba la tierna joven, y con la angustia que le causaba, perdía el sentido y caía desmayada, permaneciendo en el suelo varias horas, y a veces todo un día. Nosotros le oímos decir que aquel dolor era amargo y dulce al mismo tiempo; pero ¿sabes tú, lector querido, de dónde salía la dulzura, en medio de tal sufrimiento? Pues del dolor mismo, porque con él podía ofrecer a su Dios una ligera compensación por las ofensas cometidas; y en prueba de ello, aquí tienes sus palabras: «Padre, esta tarde, según costumbre, se han presentado ante mi vista los pecados que he cometido, con toda su enormidad. Tuve que hacerme violencia para no llorar a gritos, y sentí un vivo dolor como no lo había sentido antes. Su número excede a mis años y a mi capacidad, pero me consuela que tuve de ellos gran dolor, dolor que no deseo se disminuya, y menos que se borre de mi entendimiento. ¡Dios mío, hasta dónde llega mi maldad!» Las palabras «según costumbre,» de que se sirve en el pasaje re-

ferido, indican claramente que la gracia de su perfecta contrición tenía lugar de ordinario cuando se recogía con más cuidado en su interior y entraba en unión con Dios; y más particularmente, del jueves al viernes de cada semana, al convertirse en partícipe de los misterios de la pasión del Salvador, según ella misma me manifestó. «Durante el jueves, especialmente por la noche, me causó tal tristeza el pensamiento de haber cometido tantos pecados como vienen a mi memoria, que me avergüenzo de mí misma y me aflijo mucho. Sólo encuentro alivio en los pequeños padecimientos que Jesús me envía, los cuales ofrezco por los pecadores, en especial por mí, y además por las almas del purgatorio.» De este modo, purificando su alma con las lágrimas y el dolor, se preparaba la piadosa virgencita para las divinas comunicaciones que todas las semanas recibía del Señor en aquellos admirables éxtasis.

En la 1.^a edición de esta biografía referí un hecho sobrado singular; luego, pareciéndome que en algún lector, demasiado imbuído en el moderno racionalismo, pudiera producir no muy buena impresión, lo omití en las cuatro siguientes. Muchos han sido los que se han lamentado de semejante omisión, por lo cual me veo obligado a repararla. En verdad, yo mismo no veo por qué me impuse tal reserva, tratándose de una verdad histórica que pasó por mis manos y que cualquiera es libre de creer o no creer. Como quiera que ello sea, transcribo el hecho tal como lo escribí la primera vez, sin hacer comentario de ninguna especie.

Cuando por vez primera, en Septiembre de 1900, fuí a Luca, invitado para examinar el espíritu de Gema, la hallé ocupada en redactar, por orden de su confesor, una memoria de lo que le ocurría diariamente en el ejercicio de la perfección. Yo, que por principio he sido siempre enemigo del método susodicho, por parecerme cosa vana y peligrosa tener ocupados a los penitentes en sí mismos, le

aconsejé que suprimiese tal trabajo. El santo confesor, aceptando mi consejo, prohibió que continuase el diario. Presto, empero, hube de reconocer que había obrado con demasiada ligereza, y que mi máxima, por muy buena que fuese de suyo, no debía ser aplicada al caso presente. En efecto, habiéndole retirado todos aquellos escritos y leídos atentamente, los encontré repletos de celestial sabiduría y de noticias interesantísimas para componer, si llegara a ofrecerse el caso, una edificantísima biografía. Me irrité contra mí mismo y me dediqué a pensar en el modo de reparar el mal que había hecho. Entonces se me ocurrió una idea, de la cual, pareciéndome venida de Dios, eché mano inmediatamente. Sabedor de la infantil sencillez de la buena Gema, le dije: «Según asegura V., ha cometido una infinidad de pecados desde sus primeros años. Conozco demasiado los que comete ahora; ¿no sería bueno que me pusiera por escrito una confesión general de los pecados de toda su vida con las menores y más minuciosas circunstancias? Así, sabiendo con qué pecadora trato, podré dirigirla mejor por los caminos de la virtud.» La santa joven, que tenía ardentísimos deseos de ser bien dirigida, cayó en el lazo, aun cuando al principio mostró alguna repugnancia a acceder a lo que se le pedía. «¡Oh! ¿Qué explicaciones, Padre, puede necesitar V., ni qué pecados quiere que le dé a conocer? Piense que cuantos pueden cometer los más malvados, todos los he cometido yo. Temo, además, que cuando haya leído este escrito y visto mis pecados, se espantará y no querrá hacerme de padre, mientras que ahora no me negará este consuelo.»

Insistí, por lo cual la dócil joven, después de haber rogado y conjurado a su ángel que la asistiese, recordándole tantas cosas horribles para ella, puso manos a la obra por pura obediencia. Dice así en la introducción: «Padre mío, prepárese a oír cosas de toda especie y pecados de todo género. Escribiéndolo todo, lo bueno y lo malo, podrá en-

tender mejor cuán ingrata me he mostrado con Jesús, y cuánto he desoído los consejos de mis padres y de mis maestras. Pongo manos a la obra, Padre mío. ¡Viva Jesús!» Mientras escribía tuvo no poco que luchar con la dificultad de hablar de sí misma. Estando ya próxima al término de su trabajo, se le hacía éste más dificultoso, tanto más cuanto, para referir la historia de sus pecados, se veía obligada a relatar la de su vida, y para realzar la propia ingratitud e infidelidad para con el Señor, había de manifestar las grandes gracias que de él había recibido. Esto era precisamente lo que me había propuesto yo al ordenarle que la escribiera. Oigámosle repetir de nuevo cuán grande fué esta pena para su corazón. «¡Jesús mío, hágase siempre tu santísima voluntad! ¡Cuánto padezco al tener que escribir ciertas cosas! La repugnancia que experimentaba al principio, en vez de disminuir, va creciendo más; siento tal pena, que me parece morir. Acaso, Dios mío, has permitido que escriba también las cosas ocultas que me das a conocer por tu bondad, para tenerme siempre más baja y humilde. Si lo quieres, oh Jesús, estoy pronta a hacer también esto; dame a conocer tu voluntad.» Al temor de manifestar lo que tanto repugnaba a su humilde corazón, se le agregaba una duda que la obligaba a exclamar: «Pero estos escritos ¿de qué servirán? ¿Para tu mayor gloria, oh Jesús, o para hacerme caer cada vez más en pecados? Acuérdate de que tú has querido que lo hiciese así y yo lo he hecho; en la llaga de tu costado escondo todas mis palabras, oh querido y amable Jesús.»

Ciertamente que en estas angustias entraba en gran parte el enemigo infernal, a quien había de desagradar no poco el bien que de aquel escrito había de seguirse. En cierta ocasión se le apareció visiblemente, y con amarga sonrisa, le dijo: «Perfectamente; escribe, escríbelo todo. ¿No sabes que todas aquellas cosas son obra mía? Y si te descubres, figúrate qué vergüenza!» Sin embargo de ello, triunfó la obediencia; en poco tiempo compuso Gema un tomito en

octavo, de un centenar de páginas. ¡Oh, con qué finísimo arte trata en él de ocultarse la humilde joven, escondiendo las más hermosas flores de sus virtudes y los mejores dones de Dios bajo la sombra de los pecados con que suponía haberlos profanado! Sería preciso leer este escrito para formarse de él cabal idea.

Mas en vano; la sencillez de su corazón le hizo traición, de modo que cuando creía hallar deshonra refiriendo maldades y desórdenes, compuso una autobiografía de las más laudatorias. Habíame salido con la mía; pero el demonio, enfurecido por ello, puso toda su astucia para arrebatarme el librito. Acaso no se me crea en lo que voy a referir; sin embargo de ello, es un hecho histórico y real, en el cual no puede entrar por cierto la imaginación. Fuera de esto, piense cada uno como mejor le agrade; diré lo que a mí me sucedió, sin hacer sobre ello ningún comentario.

Terminado el librito arriba mencionado, fué depositado de orden mía en manos de D.^a Cecilia, la cual lo conservó bien escondido en un cajoncito, esperando la ocasión de entregármelo. Algunos días más tarde, la cándida joven-cita creyó ver al demonio, el cual, riendo a carcajadas, salía, con el libro en la mano, por la ventana de la estancia en donde se hallaba el cajoncito, y desaparecía por fin en el aire. Por estar acostumbrada a semejantes apariciones, no hizo de ello mucho caso; mas poco después, habiendo vuelto el enemigo a molestarla, como de ordinario hacía, con horribles tentaciones, y no logrando vencerla, se alejó rechinando los dientes y gritando en son de amenaza: «Guerra, guerra, tu libro está en mis manos;» así me lo refirió Gema en una carta ⁽¹⁾. Entonces, por el precepto de obediencia que tenía impuesto de manifestar a la vigilante señora todo lo que de extraordinario le ocurría, se creyó obligada a relatarle la visión que había tenido. Fueron, abrieron el cajoncito, y, en efecto, el libro había desapare-

(1) Véase Carta 28 en el volumen ya citado: *Cartas y Extasis de la Sierva de Dios Gema Galgani*.

cido. Se me avisó; calcule el lector cuánto disgusto experimenté por haber perdido tan inestimable tesoro. ¿Qué hacer? Después de haber reflexionado mucho, como me encontrase en Isola del Gran Sasso, junto a la tumba del Venerable (hoy Beato) Gabriel, se me ocurrió la idea de exorcisar al demonio para obligarle a restituir el escrito, en el caso de que fuera él el autor de la sustracción. Tomé la estola, el ritual y el agua santa, y desde la tumba misma del Venerable, hice los exorcismos en regla, aunque a 600 kilómetros de distancia. Intervino Dios con su virtud, pues en la misma hora, fué nuevamente colocado, en Luca, en el lugar de que había sido arrebatado días antes, el manuscrito de la Sierva de Dios. Pero ¡en qué estado! Todas sus páginas estaban ahumadas y en parte quemadas, como si cada una de ellas, separadamente, hubiese estado expuesta en una estufa encendida; mas no de modo que los caracteres quedasen ilegibles. Este libro, pasado en tal forma por el infierno, está ahora en mi poder. Es un verdadero tesoro, repito, de importantísimas noticias, las cuales nunca se hubieran sabido, si dicho escrito hubiera llegado a perderse.

Regocíjate, oh Gema, que tanto te has distinguido en la humildad, regocíjate; porque sobre tan sólido fundamento, verás levantarse una montaña de santidad, la cual con su cumbre tocará el cielo.

CAPÍTULO XX

De su heroica mortificación y de los preciosos frutos que reportó de ella

Después del desprendimiento de las cosas terrenas y de la abnegación, viene la cruz: *Tollat crucem suam*; y esto por dos razones: primera, porque sin cruz no podemos asemejarnos a la divina cabeza de los predestinados, Cristo Jesús, que es un Dios crucificado; segunda, porque estando viciado el hombre por la culpa, para llegar a la semejanza del que es tres veces santo, ha de subyugar todos los malvados apetitos del corazón y de los sentidos con asidua mortificación. Por esto, el mismo divino Maestro tuvo que decir: El reino de los cielos (que es la santificación de las almas) padece violencia: *Regnum coelorum vim patitur*. Ahora bien, esta verdad fué la que reguló toda la vida espiritual de nuestra Gema, desde sus primeros años, y las dos razones arriba dichas fueron los dos poderosos estímulos que la impulsaron a llegar al heroísmo de la mortificación: esto es, el pensamiento de Jesús Crucificado y el de vencer cualquier obstáculo para santificarse y unirse a El. Hemos hablado en gran parte del primero al tratar de las llagas y otras señales de la pasión del Redentor; tratemos ahora del segundo.

Gema quería ser santa a toda costa. Este deseo, que podemos decir que nació en ella con la leche de su buena madre, fué creciendo de un modo constante, sin interrupción, y prevaleció sobre los demás. Así, de ninguna otra cosa quería saber nada; bastaba mirarla al rostro, verla moverse, oírla hablar, para conocer que en aquella alma no había otro deseo que el de parecerse a Jesucristo con una vida pura y santa; era de suponer, por tanto, que buscase con ardor el medio que conduce al fin, esto es, la mortificación.

Lo primero que se observó en ella, con relación a este ejercicio, fué el empeño que puso en refrenar los sentidos, empeño que jamás interrumpió; y por más que nunca abusó de ellos, no dejaba de castigarlos, cual si fuese el más malvado pecador arrepentido. Desde el principio fué dueña de sus ojos: teníalos siempre bajos, aunque sin afectación. Según crecía en años y en virtud, se afirmaba más en esta práctica, particularmente después del propósito que hizo un día, por haberse fijado en el tocado de una niña que tenía junto a sí en la iglesia: De tal manera se enojó consigo misma, estimándolo casi como un pecado, que hizo el propósito de no volver voluntariamente a mirar a persona alguna en este mundo. Desde aquel día, sus ojos permanecieron cerrados, sujetos a su voluntad, hasta el punto de que se necesitaba formal precepto para hacérselos abrir, y aun así por pocos momentos, pues la vergüenza se los cerraba al punto. Quien intentase ver en sus ojos la belleza de su alma, tenía que sorprenderla en éxtasis, cuando estaban fijos en el cielo.

En cuanto al sentido del gusto, por nada del mundo lo complacía; nadie supo nunca qué alimentos o bebidas le agradaban más, y aun era preciso estimularla para que tomase de lo que se servía en la mesa común, según ya vimos arriba, pues de no hacerlo así, se hubiera privado del necesario sustento. Para ocultar su gran mortificación, se valía de mil medios; simulaba que comía, siendo así que no hacía más que mover mucho las manos y los platos, pero no la boca; y aun se le ocurrió abrir un pequeño agujero en el fondo de la cuchara, por donde se salía el caldo de la sopa antes de que aquélla llegase a los labios. No le faltaban pretextos, como hemos visto, para levantarse frecuentemente de la mesa, y si no lo hacía, se ponía impaciente, hasta que, con cierto disimulo, lograba marcharse para no volver. Hallándose en la cocina para ayudar a la criada, jamás se permitió la libertad de probar ningún alimento, como tampoco quería comer los dulces o frutas que los de la

casa le ofrecían fuera de las horas de comer, y procuraba marcharse cautelosamente cuando esto ocurría, para no aparecer descortés.

¿Qué más? Al fin, siendo de carne, experimentaba el sabor natural de los alimentos, los cuales, por otra parte, apetecía, porque estaba dotada de buen estómago. Para mortificarse, hubiera dejado de alimentarse, si se lo hubieran permitido. Pensó y volvió a pensar mucho en esto, hasta que un día, satisfecha de haber hallado el modo de remediar esta necesidad, me hizo la siguiente proposición; ruego al lector que se fije en el arte y solicitud con que supo hacérmela: «Padre, me parece que hace bastante tiempo que el Señor me inspira que le pida a V. una gracia; pero no se enfade, pues bien sabe que haré lo que V. me mande. Ningún daño se sigue de que me la conceda, pero seguramente que no le faltarán razones para negármela; tales como que estoy flaca, que no es necesario; con todo (no se maraville el lector de semejante modo de hablar: es Gema quien escribe), tales razones no sirven para el caso. Escuche; ¡le parece bien que pida al Señor la gracia de que, mientras viva, no perciba el gusto de ningún alimento? Sí, esta gracia es necesaria, y creo que Jesús le dirá que me la conceda. Sea como fuere, me conformo con todo.» A esta carta no respondí, pero Gema volvió a insistir una y otra vez, hasta que por fin accedí, más que por nada, por ver cómo terminaba tan extraña petición. La virtuosa y sencilla joven corrió a decírselo a su Jesús, y repentinamente fué escuchada. Desde aquel día perdió enteramente el sentido del gusto, y en el resto de su vida no volvió a percibir sabor alguno de la comida ni de la bebida, no de otro modo que si ingiriese paja o bebiese agua. Así supo esta virgen mortificar uno de los sentidos más difíciles de dominar.

Otro tanto puede decirse de los demás sentidos, pues nadie le vió coger la más pequeña flor y acercársela a la nariz, ni servirse de esencias para lavarse o perfumarse.

Mortificó el tacto, no permitiéndose acariciar, ni siquiera tocar ligeramente, a persona alguna; y en cuanto a la lengua, parecía que carecía de ella, por lo muy refrenada que la tenía, y a pesar de eso, creía abusar de ella, por lo que a cada paso, llena de confusión, renovaba el propósito de no darle suelta. En cierta ocasión estuvo llorando un día entero a los pies de Dios, porque no pudiendo evitar la visita de unas amigas que fueron a verla, tomó por breve tiempo parte en la conversación, la cual, aunque en verdad inocente, le pareció demasiado mundana. «¡Dios mío—exclamaba,—será posible que haya tomado parte en esa conversación! ¡Ah, lengua, lengua; de hoy en adelante ya procuraré tenerte a raya!» En otra ocasión, humillándose según tenía por costumbre, a pesar de las victorias que conseguía en el palenque de la virtud, escribía así: «Ayer conseguí preciosa victoria sobre mi larga lengua; pero no sin sufrir mucho para reprimirla, por lo que renové con más vehemencia el propósito de no responder, a menos que se me pregunte. ¡Si supiese qué borrasca se levantó entre la tía y yo! Al fin venció el silencio. He comenzado a poner en práctica mi propósito; ¡pero con cuánta fatiga!» Lo cierto es que tal propósito comenzó a observarlo desde niña, pero con la diferencia de que, en aquella edad, para no dejarse llevar de la lengua en caso de disputa, se apartaba de los demás, y se ocultaba; y ahora, llegada ya a la edad adulta, permanecía honestamente silenciosa, esperando que su adversaria se calmase por sí misma.

En cuanto a curiosidad no hablemos, porque estando muerta para el mundo, por nada se inquietaba; todo la fastidiaba y servía de molestia. Por lo que se refiere a juegos, diversiones y pasatiempos, no quería saber de ellos; no los buscó jamás, ni aun en los días de su infancia. Un año, en tiempo de carnaval, se intentó llevarla, acompañando a los niños, a un teatrillo doméstico; pero fué tal el temor que se apoderó de ella, tanto lo que suplicó a su

padre espiritual y tal el aprieto en que le puso, que éste se creyó obligado, por compasión, a ordenar que se la dejase en paz.

Lo que más admiración causaba en esta bendita joven era la guerra interior que continuamente sostenía con sus pasiones. Ya hice notar repetidas veces que era vivaracha, de exquisita sensibilidad, propensa por naturaleza a la cólera y a la independencia; sin embargo de ello, nunca se dejó sorprender de estas pasiones. Por lo contrario, cuanto más incitantes eran los estímulos que la solicitaban, tanto mayor era el interés con que procuraba refrenarlos, y de ahí el que con facilidad consiguiese tenerlos a raya. «No os daré paz—decía,—hasta tanto que os vea muertos en mí.» El trabajo era totalmente interno, pero con tal habilidad se conducía, que nadie advertía sus luchas; solamente los prácticos en estas lides que vivían cerca de ella, podían conocer a fondo lo mucho que se fatigaba la piadosa joven, y que su corazón era un altar donde se inmolaban, desde la mañana a la noche, víctimas de mortificación.

Para mejor conseguir su objeto, durante algún tiempo mortificó su carne con ásperas penitencias. ¡Cuántas veces importunó a su confesor para que le permitiese disciplinarse, llevar cilicios, cadenitas y otros objetos de mortificación! De tal modo sabía insinuarse, que con frecuencia obtenía la ansiada licencia, recibéndola como gracia muy singular. Esto no obstante, muchas veces, después de haberse fatigado en la construcción de tales instrumentos, se los quitaban, y entonces ofrecía al Señor la buena voluntad que tenía de servirse de ellos. Los últimos fui yo quien se los quité. Eran una faja armada con sesenta puntas de hierro muy finas, una disciplina, de hierro también, armada con cinco bolitas, y una cuerda larga, llena de nudos, guarnecida de puntas y clavos, que, muy prieta, se colocaba en la cintura. La santa joven no desmayaba por eso, sino que, para compensar la falta, buscaba

otros mil medios de mortificación. «Mi naturaleza—decíame—busca siempre su satisfacción, quiere que le dé algún alivio. ¿Me permite que, por cuantos medios estén a mi alcance, me haga violencia? La carne quiere mandar, y yo, al contrario, quiero que haga lo que debe hacer.» Me decía también: «Quisiera, Padre, que me concediese un permiso. Estoy segura de que, si el Señor le inspira un poquito, me lo concederá al instante. Deseo hacer a Jesús la promesa de no buscar alivio jamás en cosa alguna. No dude que si la gracia se me concede, sabré conducirme bien; no me excederé. Piénselo un poco.» Y hablando con su Dios de corazón a corazón, se le oyó decir con filial sencillez: «Mira, Jesús mío, cómo se rebela este cuerpo, pero ya procuraré que se esté quieto. A cada paso quiere y no quiere escucharme; mas ya lo entiendo. Ayer quiso rebelarse y lo tranquilicé con unos cuantos golpes.» ¡Pobre de mí, si hubiese patrocinado yo fervor tan ardiente! Sin duda que su salud se hubiera resentido; pero como sabía hasta dónde era ella capaz de llegar, me guardé bien de ceder a sus instancias. Por añadidura no me eran desconocidas las penalidades a que, tanto interior como exteriormente, la tenía Dios continuamente sujeta, las cuales eran por sí solas suficientes para convertirla en verdadera mártir. En el capítulo siguiente trataremos con amplitud de otro motivo que inducía a Gema a mortificarse y dejarse mortificar, esto es, el pensamiento de Jesús crucificado.

Detengámonos un momento a contemplar los singulares efectos que produjo en su alma la continua mortificación. El primero de todos fué su perfecto dominio sobre las pasiones, y sobre los mismos sentidos. Mandaba a unas y a otros como dueña y señora, y todos obedecían de grado o por fuerza; mas al expresarme de este modo, no hay que entender que sus pasiones y sentidos se sublevasen, sino que así lo opinaba ella, razón por lo cual los sujetaba fuertemente por las riendas; pero la verdad es que los tenía domados desde los primeros latigazos, y de ahí la dulce paz

de que gozaba, fruto de su victoria, según dice el Espíritu Santo: *In victoria pax*. A la misma causa era debida la espontaneidad con que su inocente cuerpo obedecía a los menores movimientos y aspiraciones de su alma, tanto que casi puede decirse que no se movía más que para servirla, y estaba presto a dejarla libre para orar, ya fuese en la iglesia, ya cuando entraba en éxtasis, bien estuviese en la vía pública, bien se sentase a la mesa. En una palabra, podía disponer de cada uno de sus sentidos en todo tiempo y lugar. Si quería meditar las cosas celestiales, su imaginación callaba, la memoria no presentaba objetos extraños; los importunos movimientos del corazón, y aun los dolores físicos que la molestaban de ordinario, no le causaban el menor disgusto, ni la más ligera distracción; pero tan pronto como volvía en sí de aquellos entretenimientos celestiales, los sentidos, cual si hubiesen estado esperando, volvían a su oficio, ligeros y fuertes como antes.

De ordinario sucedía así todos los días, menos en los tiempos de prueba y sequedad de espíritu, pues entonces, para perfeccionar la virtud de su sierva, permitía Dios que el dominio del alma sobre las potencias inferiores quedase en suspenso en parte, y hubiese lucha. Fuera de esta excepción, en ningún tiempo los sentidos opusieron a Gema resistencia, repugnancia o fatiga para el ejercicio de la virtud. ¡Bendita libertad y bendita paz, que sólo la justicia puede dar en esta tierra, pues son sus naturales frutos! *Opus justitiae pax!* ¿No es cierto que el ejercicio de la virtud es provechoso también para la felicidad de la presente vida? ¿Quién hay que no quiera gozar en esta vida la paz de que disfrutaba Gema Galgani? ¡A cuán subido precio se pagaría si fuese posible comprarla!

A tan envidiable paz acompañaba una celestial alegría, que sólo enturbiaban momentáneamente el temor de ofender a Dios y el pensamiento sobre los inescrutables juicios del Altísimo. Fuera de esto, nada la inquietaba; con tal que le quedase su Jesús, que era todo su consuelo,

le importaba poco el que las criaturas todas desapareciesen de su vista, o la tierra se hundiese bajo sus pies. Así lo daban a entender la alegría y jovialidad de su semblante, y la sonrisa de sus labios, originando hermoso contraste con la gravedad de su porte y la majestad de su rostro.

El otro fruto no menos precioso que el precedente, producido por la asidua mortificación de Gema, fué la limpieza de corazón hasta un punto que parece increíble. De lo cual fácil es darse razón; puesto que el pecado, que contamina el alma, es efecto de las tres grandes concupiscencias que reinan en el hombre: la soberbia, la sensualidad y la codicia de los bienes terrenales. Pues bien, estas tres capitales concupiscencias, no solo hacía ya bastante tiempo que las había mortificado, sino apagado en su corazón. Resta, pues, concluir que el pecado, no teniendo medio de acercársele, le dejase el alma libre de toda culpa. No insistiré aquí en repetir lo que en otra parte llevo dicho acerca de este asunto. Diré sólo para común edificación que, aun después de haber llegado Gema á tal término de perfección, no permaneció ociosa. Bastante bien sabía esta cándida paloma cuán contagioso es el aire que aquí se respira y cuán corrompido el mundo en medio del cual hay que vivir; por lo cual temía siempre por sí, y no satisfecha con lo que ya había hecho, refrenando los desordenados apetitos de su naturaleza, quiso continuar siempre afanándose, como si aun fuese rebelde.

En este laudable ejercicio dedicó lugar preferente a la fuga de las ocasiones. Siendo como era prudente y de delicado criterio, con toda su infantil sencillez podía discernir el peligro de las ocasiones a un kilómetro, por decirlo así, de distancia. «Aquí—decía—no debe de hallarse Jesús; conque, Gema, escapemos.» Sin querer pensar mal de nadie, de todos temía, y sabiendo que no tenía que ver nada con nadie, de todos se mantenía alejada. Por esta razón, deseaba ardientemente vivir retirada, de modo que, á no ser por la necesidad de dirigirse a la iglesia, o de acom-

pañar alguna que otra vez a su tía a la ciudad por quehaceres domésticos, nunca hubiera traspasado el umbral de su casa. Lo mismo ha de decirse del hablar, entrometerse en negocios que no le pertenecían, fomentar amistades, escribir cartas y cosas semejantes; por lo cual acostumbraba a decir: «Gema, no te fíes de ti misma; advierte que toda ocasión puede ser para ti un peligro; fuera de Jesús, todo es engaño; mantente sola con El solo, y adelanta sin apoyarte en nadie más.»

Pero el fruto más hermoso que del árbol de la cruz y de la mortificación sacó nuestra doncella, fué la castidad. ¡Adorable virtud, rarísima ya en este depravado mundo, a pesar de que debería ser don especial de toda alma cristiana, porque, según el Apóstol, está llamada a ser santa e inmaculada. Virtud celestial, tan estimada por Gema, que embelleciste su alma haciéndola semejante a un ángel en carne humana, ¡quién será capaz de encomiarte cual mereces! Nadie mejor que ella hizo el elogio de esta virtud en una carta, compuesta a ruegos de su madre adoptiva, para uno de los sobrinos que por vez primera se acercaba a la mesa eucarística. «Oh Mariano, Mariano... ya esos buenos y celosos sacerdotes te han instruído en todo y por todo; pero también yo me creo en la obligación de decirte algunas palabras. ¿Sabes qué tengo que encarecerte? Es una virtud grata y hermosa a los ojos de Dios; por la cual Jesús a los que la guardan bien les reserva un lugar privilegiado en el cielo: me refiero a la virtud de la santa pureza. Espero que Jesús encontrará puro tu corazón y tendrá siempre en él sus delicias. Ya sabrás que Jesús se recrea entre los lirios, por lo que no dudo que mantendrás como un lirio tu corazón. Jesús, en su real casa, no admite nada inmundo; por esto, si quieres poseerlo algún día, preciso es que guardes tan hermosa virtud. Pide a Jesús que te conceda tan hermosa gracia.» Así lo había oído nuestra estimable joven, siendo niña, a su santa madre, y como desde entonces amó a Jesús, desde su primera edad se

puso en guardia, custodiando flor tan hermosa. Entre las varias prácticas que en su infantil inteligencia inculcaba aquella madre solícita, era una de ellas rogar frecuentemente a la Virgen Santísima, y rezar todas las tardes tres Avemarías con las manos debajo de las rodillas, en honor de la Inmaculada Concepción; y aunque la criaturita nada comprendía, practicó este acto de devoción, sin dejarlo un solo día mientras vivió. Levantándose, juntaba sus manecitas, y decía: «No permitas, Madre mía, que pierda yo jamás la santa pureza; me pongo bajo tu manto; guárdame Tú, y así seré grata a Jesús.» Pocos días antes de su muerte, hallándose sola en su aposento y no queriendo omitir aquella devota práctica, a pesar de no poder tenerse en pie por falta de fuerzas, fué sorprendida en el momento en que la practicaba con las manos bajo las rodillas.

Creciendo en años, crecía también su amor a la angelical virtud, así como sus cuidados para conservarla pura. A este fin se encaminaban principalmente sus penitencias y mortificaciones, del propio modo que la maceración de su carne, y sobre todo, la guarda de los sentidos.

Creyendo que la libertad más ligera podía manchar flor tan hermosa, a todas les dijo adiós, llegando hasta la exageración, para evitar el menor peligro. Ya no quiso mirarse al espejo para peinarse, ni siquiera para limpiar la sangre que a menudo goteaba de su frente, rodeada de místicas espinas, ni la que salía de sus ojos durante su contemplación dolorosa. Ni siquiera cuando, a impulsos de amor celestial, se encendía su corazón, abrasando la parte exterior que cubre esta víscera, y le hacía experimentar insufribles dolores; ni cuando, por medio de una llama en forma de dardo que partía del Corazón de Jesús, abría ancha herida en su pecho; ni cuando su propio corazón, a impulso de misteriosos latidos, encorvaba fuertemente tres de sus costillas; ni siquiera entonces, ella, que ignoraba como el que más la significación de fenómenos tan insóli-

tos, quiso mirarse ni tocarse, como tampoco al repetirse el prodigio.

Vimos en el cap. I que, teniendo pocos años, rehusaba esta cándida virgen dejarse tocar, aunque fuese para hacerle inocentes caricias. Su mismo padre no podía permitirse besarla, y su madre no era dueña de practicar en ella los servicios que suelen hacerse a los hijos cuando son pequeñitos; y si alguno de la casa se le acercaba para peinarla, arreglarle los vestidos o calzarla, se negaba resueltamente diciendo: «Déjame estar, que lo puedo hacer yo.» En una ocasión intentó tocarla un primo suyo, pero lo pagó bien caro. Hallábase a caballo delante de la casa, dispuesto a emprender un viaje, y habiéndosele olvidado algún objeto, llamó a Gema para que se lo llevase. La niña, que entonces tenía siete años, acudió presurosa y al instante se lo llevó. Por la gracia con que hizo aquel pequeño servicio, conmovióse el joven, y queriendo demostrarle su agradecimiento, al despedirse de ella, extendió la mano para hacerle una caricia. Apenas lo advirtió Gema, cuando fuera de sí por el disgusto de lo que consideraba casi como un delito, con tal fuerza rechazó la mano, que el joven perdiendo el equilibrio, cayó al suelo, produciéndose bastante daño. Yacía en su lecho moribunda; ella misma pidió la extremaunción; a pesar de ello, la idea de que otra persona le lavase los pies, según costumbre, por respeto a este Sacramento, la llenó de consternación. ¿Qué hacer en este caso? El amor de la santa modestia le dió fuerzas suficientes, y aprovechando un momento en que quedó sola, tomó la palangana y una toalla, echó agua, y ella misma se lavó y se secó, y al que se acercaba para cumplir aquel acto de piedad, le dijo con alegría: «Gracias, no se moleste, ya lo hice yo.» ¿Qué te parece, oh devoto lector, de tan singular delicadeza?

Igual cuidado ponía en el hablar. Sus labios no pronunciaban jamás palabra alguna que, directa o indirectamente, aludiese a cosas deshonestas, ni siquiera aquellas voces

indiferentes de que, sin escrúpulo alguno, hacen uso las personas piadosas. Cuando tenía necesidad de darse a entender, usaba de perífrasis, pero con tal gracia, que nadie lo estimaba como afectación, sino como cosa natural en ella. Y era esto tanto más de extrañar, cuanto Gema no fué mujer de mundo, razón por la cual no había visto ni oído lo que en el mundo se hace de malo, y, hablando con más propiedad, no sabía qué cosa eran los pecados contra la pureza. A pesar de todo, los temía y procuraba caminar con prudencia. «Ciertas cosas—llegó a decirme—no sé lo qué son. Pero ¿si habré faltado por casualidad? Me parece que no.» Luego terminaba: «No, no quiero pecar; de hoy para siempre prefiero morir, antes que cometer un solo pecado. Quiero antes quedar ciega para siempre, que ofender a Jesús, aunque sea levemente, contra la santa modestia; y quisiera perder todos mis sentidos, antes que pecar con ellos.»

No sé hasta qué punto podrá darse fe a una persona piadosa, conocida mía, a la cual el Señor, con voz perceptible, hizo un bellissimo elogio de Gema; pero sea lo que fuere, para que no se pierda lo referiré, ya que no contiene nada que no sea absolutamente conforme con la verdad ya conocida. «Esta hija a quien tanto amo, y de la cual soy amado, me pide continuamente amor y pureza. Yo, que soy el mismo amor y la verdadera pureza, se los he concedido en tanto grado cuanto es capaz de atesorar una criatura humana. Yo soy quien cuida de su pureza, pues su corazón, es corazón de esposa, elegida por el divino Esposo de las almas, cuya pureza he preservado como celestial lirio de mi puro amor.»

El angélico candor de su alma se reflejaba en el cuerpo, el cual, por más de un concepto, ofrecía cualidades nada comunes; casi podría decirse que era transparente, y aunque esta virgen lo descuidaba, aparecía cual si se lo limpiase con esmero. Nunca exhaló mal olor, ni aun durante las penosas enfermedades que la retuvieron largo tiempo

en cama; persona hubo que, extrañándole esto, procuró con repetidas pruebas asegurarse de ello; para lo cual se le aproximaba de día y de noche. Por lo contrario, no pocas veces los de la familia notaron que, de su cuerpo y de las cosas que tocaba, salía una agradable fragancia, que indudablemente no era de este mundo, pues Gema, según hemos dicho, jamás usó esencias ni perfumes, ni hacía uso del jabón para lavarse, sino en caso de verdadera necesidad; por consiguiente, aquel grato olor denunciaba por sí mismo ser de orden sobrenatural, y tan fuera de lo ordinario, que movía a devoción. «¿No sentís fragancia?—se decían unas a otras las personas que eran de ello testigos.—¡Cuán amable es nuestra Gema! Sin duda que el Señor, su Madre Santísima, o el Angel Custodio deben estar con ella en este momento.» Sea de ello lo que fuere, este hecho no es nuevo en la vida de los Santos. De muchos de ellos se cuenta, en particular de mi fundador San Pablo de la Cruz; y de la virgen Santa María Magdalena de Pazzis se refiere que su cuerpo, trascurridos ya tres siglos de su muerte, exhala de cuando en cuando suavísimo olor.

Pureza tan singular no podía estar exenta de pruebas, y, en efecto, vinieron las pruebas, cuyo instrumento fué el demonio, quien ciertamente no podía ver, sin rabia infernal, lo favorecida que era por Dios la angelical doncella. La lucha, con todo, no era fácil, porque ¿cómo acometer a tan sencilla paloma, que ni aun el nombre del vicio contrario conocía? ¿Cómo introducirse con nefandas groserías en un corazón tan puro y delicado? Sabía muy bien el enemigo que eran inútiles sus fatigas, porque Dios no le concedería el permiso, y con tal motivo dirigió todas sus maquinaciones a molestarla exteriormente, ofreciendo a su imaginación figuras obscenas; y aun él mismo se presentaba en forma deshonesto, le decía palabras escandalosas y trataba de ejercer violencia en ella.

Aunque la santa joven no comprendía el significado de acciones tan descompuestas, por instinto natural de su

pudor, que tenía, permítase la expresión, encarnado hasta en los huesos, no pareciéndole cosa buena, se armó desde el primer momento de firme resistencia contra el enemigo. Bien veía éste que sus esfuerzos eran inútiles; mas a pesar de ello, acometía con furia para martirizar y atemorizar, cuando menos, a aquella inocente. En efecto, no es posible manifestar el cruel suplicio de la casta doncella viendo y oyendo cosas tan abominables, según ella misma llorando lo da a entender a su confesor. «Padre, ¡cuán terribles son estas tentaciones! ¡Todas me causan disgusto; pero las que son contra la pureza, me hacen muchísimo daño! Sólo Jesús sabe lo que yo experimento, El, que, estando oculto, me guarda, y al propio tiempo—fíjese el lector en el significado de esta palabra,—se complace en ello.» Para no ver semejantes representaciones, la infeliz joven, no sabiendo qué hacer, cerraba los ojos, y así permanecía hasta que el demonio se marchaba. Otras veces tomaba el crucifijo en las manos, llamaba en su ayuda al Angel de la Guarda y a los Santos de su devoción, pero sobre todo acudía a su Madre celestial. Con tales medios y tras largas horas de lucha, vencía, volvía la paz a su alma, y exclamaba satisfecha: «Demos gracias al Señor, ya que también hoy se ha pasado como a El le plugo.»

Pero Gema no se satisfacía con esto. Habiendo oído que los Santos, para ahuyentar semejantes tentaciones, acudían a las disciplinas y cilicios, llegando alguno a meterse en un estanque de agua helada; ella, que no sabía distinguir entre las tentaciones internas, producto de la imaginación, y las que provienen de causa externa sin que tome parte el natural apetito, creyó que tenía necesidad de iguales remedios, y, por tanto, que debía imitarlos. Y tan a pechos lo tomó, que si la obediencia no la hubiese refrenado, hubiera despedazado su cuerpo. Ello no obstante, era tal el temor que tenía de perder la virtud angelical, que en determinadas ocasiones prescindía de todo, aun de pedir permiso al confesor, y según le parecía más conve-

niente, acudía a los azotes, a las disciplinas, o a las cuerdas nudosas erizadas de clavos. ¡Cuántas veces las puntas de éstos, penetrando en lo vivo de la carne, sacaban sangre, produciendo tal dolor, que la hacían caer desmayada! ¡Cómo no había de conmoverse y derramar abundantes lágrimas, el que una sola vez hubiera podido ver en tal estado, como la vi yo, a esta víctima de la santa pureza!

Pues hizo más. Un día, al levantarse de la mesa, se le presentó el demonio en la forma sucia y fea que tenía por costumbre, y lleno de cólera, la amenazó diciéndole que de todos modos la vencería. La casta virgen palideció, levantó ojos y manos al cielo, corrió hacia un estanque bastante profundo de agua helada que había en el jardín, hizo la señal de la cruz, se arrojó en él, y allí se quedó aterida de frío. Ciertamente se hubiera ahogado, si una mano invisible no la hubiera ayudado, sacándola del agua y haciéndola reaccionar de baño tan peligroso. También por este lado imitó Gema el ardor de los atletas del Cristianismo, adquiriendo así el glorioso dictado de heroína en el campo de la penitencia.

Ante tales ejemplos, deberían cubrirse de vergüenza muchas personas que dicen querer seguir a Jesucristo por el camino de la santidad, y se muestran luego débiles con su cuerpo, resistiéndose a vencer sus malvados apetitos. ¿Por ventura no ha dicho el divino Salvador a todos y a cada uno de los que le siguen, que sin violencia no se gana el reino de los cielos ⁽¹⁾?

(1) A este punto de la presente VI edición, aumentada y corregida por el propio autor, había llegado el venerable P. Germán, Director de la Sierva de Dios, cuando fué sacado de este destierro por Gema Galgani, según promesa que ella misma le había hecho.

El que ha tomado a su cargo proseguir esta obra, persuadido de que ésta perdería toda su autoridad, si fuese retocada por mano extraña, protesta que en los capítulos siguientes la publicará tal como se encuentra en las ediciones precedentes; únicamente se limitará a insertar aquellas gracias, obtenidas recientemente por intercesión de la Sierva de Dios, que el mismo autor había destinado ya a la imprenta.

En la breve Biografía del autor, que pondremos como apéndice a esta obra, daremos otras aclaraciones según se ofrezca la oportunidad.

CAPITULO XXI

Háblase de las grandes pruebas a que Dios sometió a su Sierva y de su heroica fortaleza en sostenerlas

Además de la cruz que todo discípulo de Cristo debe, por decirlo así, fabricar por sí mismo, y llevar durante toda la vida con la mortificación, la abnegación y la penitencia, hay otra que el mismo Dios asigna a sus almas predilectas: tales son los padecimientos. A éstos, por modo especial, aludió el divino Maestro cuando dijo: «Quien quiera venir en pos de mí... tome su cruz.» Todos los santos llevan esta segunda cruz, del propio modo que llevan siempre la primera. Con la mortificación voluntaria, con la abnegación, con la penitencia ponen algo de su parte, cooperando así a la obra de su propia santificación; con los padecimientos que les hizo aceptar virtuosamente, cumple Dios esta obra; cuanto más perfecta la quiere, tanto más da que padecer. Tal es la filosofía del Evangelio: *Per multas tribulationes oportet nos intrare in regnum Dei*. Quien quiera ver establecido el reino de Dios en su corazón, debe, según la filosofía evangélica, pasar por el fuego y por el agua de las grandes tribulaciones, pues no es posible que exista verdadera santidad sin esta prueba. Por eso, todo nuevo grado de perfección, a que se eleva el alma, debe tener la prueba correspondiente, que los doctores llaman «purgación pasiva,» hasta tanto que, familiarizada con los padecimientos, y llegada el alma al último grado, consistente en la perfecta semejanza con Jesucristo, pueda decir: «Ahora sí que estoy clavado en la cruz juntamente con Cristo. Ya no vivo yo, sino Cristo en mí.»

Ahora bien, estando nuestra Gema destinada por Dios a gran santidad, y a subir uno en pos de otro los peldaños de la mística teología, es de suponer que la amargura del

padecimiento se le había de suministrar, no a sorbos, sino a torrentes. Así sucedió; y tanto es lo que sobre esto tengo que referir, que sin duda causará la admiración del que lo lea.

Con lo manifestado ya en esta biografía, fácil es advertir que la sierva de Dios fué probada con dolores especiales, jamás interrumpidos desde la infancia. No insistiré en lo ya dicho; únicamente me concretaré al martirio de la última etapa de su vida, cuando su virtud alcanzó el último grado de perfección. Las primeras penas no fueron más que la prueba con que la gracia, poco a poco, la preparaba para el gran sacrificio, que debía tener su complemento, bajo la imagen de Jesús crucificado, en su lecho de muerte.

Sin duda porque el sacrificio no es meritorio ni adecuado para el fin que se propone la divina Providencia si no es totalmente voluntario, empezó el Señor a encender en el corazón de Gema deseos intensos de padecer, sirviéndose para ello de diferentes medios, unos en pos de otros, todos ellos eficacísimos. Unas veces se le aparecía con la cruz a cuestas y le decía: «Gema, ¿quieres mi cruz? Mira: este es el regalo que te tengo preparado.» Y ella le contestaba: «Jesús mío, dámela; pero dame también fuerzas para llevarla, a fin de que no caiga bajo su peso, porque son demasiado débiles mis espaldas.» De nuevo el Señor le dice: «¿Te desagradaría que te diese a beber mi cáliz hasta la última gota?» Y Gema le contesta: «Jesús, hágase tu voluntad.» En otra ocasión se le apareció el Señor, clavado en la cruz, cubierto de heridas y chorreando sangre. «Ante semejante espectáculo—me decía ella,—experimenté intenso dolor, pensando en el amor infinito que Jesús demostró tenernos, al soportar tales padecimientos por nuestra salvación, y caí en tierra desmayada, y no recuperé el uso de los sentidos hasta después de pasadas algunas horas. Entonces fué cuando nació en mi corazón un fuerte deseo de padecer algo por Aquel que tanto padeció por mí.»

Con el transcurso del tiempo fué en aumento este deseo, hasta el punto de convertirse en verdadera pasión; tanto que, no pudiendo contenerla en su interior, la hacía exclamar: «Deseo padecer con Jesús; no se me hable de otra cosa; quiero ser semejante a Él, padecer mientras viva, y vivir para padecer.» En los éxtasis, tales afectos brotaban continuamente de sus labios con fervorosos acentos; si fuese a referirlos detalladamente, no tendría fin. Así experimentaron los dolores del Hombre-Dios todos los Santos, y no es justo, diremos con San Bernardo, que estando la cabeza traspasada por las espinas, lleven los miembros vida regalada. Si Aquel padece, han de padecer también éstos; lo contrario sería monstruosidad e ingratitud.

En otra ocasión, para encender en el corazón de la joven el fuego que en él había prendido desde las primeras penas, se le apareció su Angel Custodio con dos coronas, de espinas una y de blanquísimos lirios la otra, diciéndole que escogiese la que fuese más de su agrado. «Quiero la de Jesús—respondió Gema al instante;—dame la de Jesús, es la única que me agrada.» Entrególe el Angel la corona de espinas, corona que cogió ella con ansia, la besó reiteradas veces, la oprimió contra su pecho, y exclamó: «Sea mi Dios alabado por siempre jamás. ¡Viva Jesús, vivan sus regalos! ¡Viva la cruz de Jesús!» Tal era el fruto que habían producido en la bondadosa joven las divinas enseñanzas.

Pero era preciso ir más adelante, y para ello el Señor, con un golpe maestro, perfeccionó su obra, revelando a su sierva el verdadero secreto del padecer. Consiste dicho secreto en que, habiendo el Salvador principiado su misión en el mundo con la expiación, los que siguen sus caminos deben continuarla expiando también, y casi podríamos decir, complementándola, según la expresión del Apóstol San Pablo: *Adimpleo ea quae desunt passionum Christi*. La mayoría de los hombres, en vez de aplacar la ira de Dios con obras de penitencia, la provocan cada día con nuevos

pecados, y hacen para sí inútil la Redención. Por este motivo, corresponde a los justos dar satisfacción por los primeros, pues así se consuela el corazón de Dios, según está escrito: «En sus siervos se consolará el Señor.» Pues bien, queriendo Jesús fijar esta gran verdad en lo más íntimo del corazón de Gema, le dijo un día: «Hija, tengo necesidad de víctimas, de víctimas heroicas. Para calmar la justa ira de mi Padre celestial, acuden las almas a mí, a fin de que, con sus necesidades, padecimientos y tribulaciones, suplan por los pecadores que les son ingratos. ¡Ojalá comprendiesen todos cuán indignado está mi Padre contra el mundo impío! No hay otra cosa con qué aplacarle; por esto está El preparando un gran castigo sobre el mundo entero. Auxiliada por la divina luz que acompañó a estas palabras, la piadosa virgen comprendió toda su significación; no necesitó más para provocar en su alma un incendio de amor, y fuera de sí de alegría, se puso a gritar y a repetir: «Yo soy la víctima, y Jesús el sacrificador. Date prisa, Jesús mío, que lo que tú quieres, eso mismo quiero yo. Cuanto de Jesús reciba, será para mí un regalo.» Y postrada en tierra, hizo la siguiente plegaria, la cual puso luego por escrito para someterla a mi aprobación:

«A vuestros pies santísimos me postro, querido Jesús, para manifestaros mi reconocimiento y gratitud por tan continuos favores como deseáis todavía hacerme. Gracias por ellos; pero todavía quiero otro favor, si a Vos os place: esperad, Jesús, esperad; soy vuestra víctima, mi vida está en vuestras manos, mas esperad; podéis desahogaros conmigo, pero esperad, si os place. Hágase en todo vuestra santa voluntad.»

Lo que trataba de significar con este esperar, que con tanta insistencia pedía al Señor, lo insinué antes al hablar del temor que la humilde jovencita tenía de ser notada por los demás, a causa de sus cosas extraordinarias. Ahora bien, las palabras oídas de la boca del Señor le parecían a ella que se referían a tormentos e injurias exteriores que

no podían ocultarse. Por esto, temblando, suplicaba que, a lo menos por lo que tocaba a las anunciadas expiaciones, esperase a otro tiempo, es decir, cuando pluguiese a su voluntad refugiarse en un monasterio.

Desde aquel día, Gema no pareció la misma; el pensamiento de la misión que Dios le había confiado la transformó enteramente. La sed de padecer trabajos le quemaba las entrañas, y para mitigarla, pedía fuego a torrentes. Escuchad, escuchad: «Padecer, pero sin consuelo ni alivio; padecer, por sólo amor.» Ciertamente que padecer y amar, eran para ella una misma cosa, como lo era también el ser amada y castigada; por eso decía: «Estoy contentísima; Jesús no cesa de afligirme más de lo acostumbrado.» Doctrina sublime, enseñada por Dios, quien, habiéndole pedido la gracia de amarlo cada vez más, le dijo: «Si de veras quieres amarme, aquí tienes el cáliz. ¿Puedes beber tú, hasta la última gota, este cáliz en el cual puse yo mis labios?» Gema le respondió: «Dios de mi alma, mis labios están dispuestos a todo, como lo está mi corazón; sácíame de ese cáliz y embriégame con su ajenjo.»

Pero hay más; aun las inefables dulzuras con que era favorecida en la oración, llegaron en cierto modo a causarle fastidio ante la inestimable amargura del cáliz del Señor. Así pudo decirme un día: «Créame, Padre, renuncio voluntariamente a todos los consuelos de Jesús; no los quiero. Jesucristo fué el varón de dolores, y yo quiero ser la hija de dolores.» Y no crea el lector que tales expresiones fuesen efecto de pasajero fervor, cual sucede a muchas almas en el fervor de la meditación, las cuales, pasados los primeros momentos de prueba, encuentran insoportable lo que antes juzgaban digno de estimación, confirmando con esto la verdad de que el hombre, criado por Dios para ser feliz, rechaza naturalmente el dolor.

No, en Gema, no pasaba así. Cuanto más se multiplicaban en ella las pruebas del dolor, tanto más crecía el deseo de sufrirlas. Ya rezara, ya meditara, ya le saliesen las

cosas bien, ya le saliesen mal, de todo sacaba partido para padecer. Y no bastándole el que experimentaba, suplicaba a Dios incesantemente que aumentase la dosis, que multiplicase las formas, en una palabra, que la saciase, según la hemos oído ya expresarse. «El sábado por la tarde —me escribía,— fuí a visitar a Jesús crucificado. Tuve un gran deseo de padecer, y así se lo pedí de corazón al Señor. Desde aquella tarde, Jesús me ha hecho experimentar un dolor de cabeza tan grande, que casi siempre me hace llorar, y temo no poder resistirlo.» Fíjese bien el lector: teme no poder resistir; pero no por eso retrocede, sino que ruega que no se le apague la sed que tiene de padecer cada vez más, y afirma que halla todas sus delicias en el sufrimiento. «Sí, estoy conforme con lo que Jesús quiera, y del modo que quiera. Si Jesús quisiese el sacrificio de mi vida, aquí está; y si desea algún otro, dispuesta estoy a todo; me basta ser su víctima para borrar los pecados de mi vida o los del mundo entero, conviene que yo sea víctima, esto me satisface enteramente.»

En cierta ocasión parecióle ver al Beato Gabriel que se le acercaba para consolarla en los acerbísimos dolores que padecía, diciéndole si quería que se los aliviase: a lo que contestó: «No, no pido eso; no me lo quites, o cuando menos, déjame, pues de lo contrario, cuando venga Jesús esta tarde, no tendré qué ofrecerle.» En efecto, estimaba verdadera pérdida pasar un solo día sin algún trabajo. «He pasado varios días—me decía quejándose,—sin que por las tardes tenga nada que ofrecer a Jesús. ¡Qué mal me encuentro así!» Desde la tarde del jueves a la del viernes de cada semana, Gema, según ya dijimos y referiremos luego con más detalles, entraba en pleno calvario con alma y cuerpo, y padecía dolores inenarrables en compañía de Jesús crucificado. Cualquiera que, una sola vez, hubiese experimentado semejantes tormentos, de sólo pensarlo, se helaría; pero Gema, que los había padecido tantas veces, deseaba que llegase el día, contaba las horas que faltaban

y, según decían los que la trataban, «se preparaba para padecer como si se preparase a una fiesta.»

Complaciase el Señor en tanto heroísmo, y, con demostraciones de ternura, se gloriaba de tener una esposa tan conforme a su Corazón. Haciéndose oír interiormente, en cierta ocasión, le pregunta si había padecido mucho en una prueba que todavía no había terminado. Gema le contestó: «¡Se padece tan bien contigo, Jesús mío! ¿Qué importa sufrir unos días, si después vienes tú a dar consuelo?» A semejante respuesta, le dijo Jesús: «Sabe que mientras tú padecías, estaba yo junto a ti, enterándome de tus dolores y complaciéndome.» Y en premio de su valor en el combate, le concedió licencia para que se le aproximase y besase sus santas llagas. «¡Cómo, Jesús! ¿Por tan pequeña cosa—dijo ella humildemente al Señor—me concedes consuelo tan grande?» Llena de filial confianza, se aproximó al Salvador, y, puestas en tierra las rodillas, y encendiendo el corazón, una por una besó aquellas llagas sacratísimas; pero al llegar a la del costado, ya no pudo resistir más, y rodó por el suelo desmayada y palpitante. ¡Gema, basta ya, que si eres víctima, preciso es que te levantes y te dispongas para el sacrificio, porque pronto está ya tu sacrificador!

Con pruebas tan prolongadas, no cabe duda de que la víctima estaba suficientemente madura; el Señor la había preparado convenientemente para que fuese capaz de recibir un mar de amarguras. El tiempo de perfeccionar la obra ha llegado; el martirio de su corazón principió por la llamada aridez de espíritu, prueba muy frecuente en el camino de la perfección. Después de amamantada el alma, por más o menos tiempo, con celestiales dulzuras, Dios la aparta de sí, oculta su presencia, retira las comunicaciones sensibles, la deja sola, abandonada, en un abismo de tinieblas, de dudas, de temores, de incertidumbre, de congojas, al extremo de parecerle estar, o poco menos, como en el mismo infierno. Para comprender lo terrible que es para los Santos semejante estado, sería preciso conocer lo ama-

ble que es para ellos el Dios que creen haber perdido, y el amor que le profesan. Pero ¿quién de nosotros será capaz de conocerlo con exactitud? ¿Quién será capaz de manifestar lo dulce que para Gema era aquel Jesús para quien únicamente vivía? ¿Quién podrá indicar los consuelos que con su presencia experimentó desde la infancia? Finalmente, ¿quién podrá comprender la inspirada esperanza de ser feliz con Jesús en la mansión eterna? Las almas vulgares conocen muy poco estas privaciones, o las desconocen en absoluto, porque, distraídas en otras cosas, no encuentran satisfacción en las del cielo, y corren en busca de las terrenas que halagan sus sentidos, y les son más gratas que las primeras. Pero Gema estaba muerta para todo lo creado: nada deseaba, nada amaba; fuera de Jesús, todo le causaba hastío; ¿cómo había de poder vivir sin El?

Oigamos sus lamentos: «¡Busco a Jesús, y no le encuentro; parece que se ha cansado; no quiere saber de mí! Y yo ¿a dónde iré? ¿qué será de mí? ¡Pobre Jesús mío, cuántas culpas cometí! Pero tú has de permitir que te encuentre de nuevo, ¿no es verdad? Apíadate, apíadate y vuelve a mí, que no puedo más. Léjos de ti, no es posible vivir.» Para consolarla en estas desolaciones, se le hacía visible su Angel Custodio, y a veces la Virgen Santísima; pero esto no satisfacía a Gema; le faltaba lo mejor, le faltaba Jesús. Cual otra Magdalena al pie de la Cruz, sin querer consuelo de ninguna especie, le dice al Angel: «¿Dónde está Jesús?» Y dirigiéndose a la Santísima Virgen: «Dime, Madre mía: ¿por dónde anda Jesús?» Y escribiendo a su director: «¿No podría decirme qué debo hacer para encontrar a Jesús? Dígale que no puedo más.» Procuraba disimular exteriormente, para que nadie advirtiese su profundo martirio, pero aun así y todo, no lograba que los más íntimos familiares echasen de ver cómo palidecía y se adelgazaba. Alguna vez fué sorprendida en su habitación arrodillada, con los brazos en cruz, los ojos arrasados en lágrimas, mirando al cielo; y el pecho jadean-

te, exclamando de vez en cuando con profundos suspiros: «Dios mío, ¿no ves que de este modo me consumo? ¡Sin ti me muero! Soy huérfana, a nadie más tengo que a ti; ¿cómo es que huyes?» En verdad que, si este tormento no hubiese sido interrumpido por momentos de tregua, aquella paloma hubiera caído muerta; pero Dios, que es todo bondad, acudía solícito en lo más fuerte de la prueba, y, como padre que es, la consolaba; y para animarla a seguir el camino de la cruz, le daba santas enseñanzas. Supongo no desagradará al lector que le exponga aquí algo así como un ensayo de ellas, tal como me las trasmitió por escrito la misma piadosa virgen. Son documentos de celestial sabiduría, que pueden ser a muchos de gran provecho.

«Hija—le decía el Señor,—te lamentas de que te tenga en esas tinieblas; pero sabe que después de las tinieblas, viene la luz, y entonces se te hará claro de verdad. Te pongo en esta prueba para mi mayor gloria, para alegría de los ángeles, para provecho de ti misma y también para ejemplo de los demás.

»Si verdaderamente me amas, has de amarme aun entre las tinieblas. Tengo mis delicias y mis entretenimientos con las almas que me son más queridas, y me entretengo por amor. No te aflijas, si te parece que te desamparo; no creas que es un castigo, sino una verdadera invención mía para desprenderte de las criaturas y unirme a mí. Cuando te parezca que te dejo, te retengo más fuertemente; cuando te parezca que estoy lejos, estoy más cerca de ti. Anímate, que después de la batalla viene la paz. Necesitas amor y fidelidad; ten paciencia si te dejo sola; sufre y consuélate.

»Te conduzco por vías dolorosas; pero debes considerarte muy honrada cuando te trato así, y cuando, con cotidiano y oculto martirio, permito que seas probada y se purifique tu alma. Durante este tiempo, no pienses más que en ejercitarte en las grandes virtudes, en correr por el camino de la voluntad divina, y en humillarte, segura de que, si te tengo en la cruz, es porque te amo.

»No hagas como ciertas almas que, aficionadas a las consolaciones y a los gustos espirituales, no tienen afecto a la cruz, y hallándose en aridez de espíritu, van acortando poco a poco la oración, porque no encuentran en ella las consolaciones que en otro tiempo experimentaban.»

Y así lo hacía con exactitud la heroica virgen; perfectamente bien había aprendido a conocer el modo como debía portarse. Por esto, en vez de mirar atrás cuando padecía aridez, tomaba de ella alientos y cuanto más descuidada y al parecer desamparada de Dios se veía, tanto más empeño ponía en hacerse acepta a los ojos de Dios; acudía con más ardor al tabernáculo, a la sagrada mesa, al ejercicio de la oración, cuando menos la vocal, si se le hacía imposible la meditación; y por más que al correr no viese, por razón de las tinieblas que la rodeaban, donde ponía los pies, no dejaba de ir adelante, a fin de encontrar a Jesús en el *de profundis*, según acostumbraba a decir. Padecía, sí, pero no se quejaba, y con la misma alegría que cuando estaba llena de consuelos, se amoldaba a las conveniencias de su estado.

¡Sabios del mundo, venid y ved si vuestras miserables máximas son capaces de producir, en mujer alguna, grandeza semejante!

CAPÍTULO XXII

Continúa el mismo asunto

Dios, con el fin de purificar las almas por El destinadas a ser víctimas expiatorias, frecuentemente se sirve de los mismos demonios, los cuales, con el odio que al hombre tienen, pueden, mejor que otras criaturas, ser sus instrumentos. Ejemplo tenemos de ello en la Sagrada Escritura, y en cada una de las páginas de la hagiografía cristiana nos hace como tocar con la mano que, aun en nuestros días, se renueva este hecho en la Iglesia de Dios. Así, al manifestar el Señor a mi Santo Padre Pablo de la Cruz que lo quería elevar a eminente santidad, le dijo: «Te pondré a los pies del demonio.» Cosa parecida es la que dice a su sierva Gema. «Hija, prepárate. El demonio, bajo mis órdenes, será quien dará la última mano a la obra que deseo ejecutar en ti.» Y yo comenzaré por decir que la guerra fué general, es decir, contra todas las virtudes y contra todas las obras buenas con que la santa virgen procuraba encaminarse a Dios, porque desagradándole todas, a todas atacaba con rabia feroz. Puede decirse que, no teniendo nada tan importante que hacer en su tenebroso imperio como procurar la ruina de esta bendita joven, a cada instante inventaba modos enteramente nuevos para asaltarla con sus tentaciones.

Desde mucho antes sabía Gema que el único camino para alcanzar lo que deseaba, era la oración, y de ahí que la practicase con todo el ardor de su alma, encontrando en ella ventajas muy señaladas. ¿Cómo, pues, no había de estorbarla el infernal enemigo? Ponía de mal humor a Gema, a fin de causarle a lo menos disgusto y fastidio; y viendo que ni aun así le hacía perder la presencia de Dios, le provocaba dolores intensos de cabeza, que la obligaban a acos-

tarse en vez de entregarse a la oración. Con semejantes astucias trataba el enemigo común de apartarla de la oración, y con tal motivo me decía ella: «¡Qué tormento es para mí no poder orar! ¡Cuántos esfuerzos hace ese maldito para imposibilitarme en la oración! Ayer tarde quería matarme, y lo hubiera hecho si Jesús no hubiese acudido presto en mi auxilio. Estaba totalmente aturdida, tanto que tenía el nombre de Jesús en el entendimiento, y, a pesar de ello, no podía pronunciarlo con la boca.» A pesar de todo, ¿puede darse plegaria mejor que esta, que sale de lo íntimo del corazón y atrae a Dios para que sea espectador de la lucha? En otra ocasión, atacándola por distinto lado, y para lograr casi de golpe su malvado intento, le dice entre blasfemias: «¡Qué estás haciendo? ¡No comprendes que es una estupidez suplicar a un malhechor? ¡No ves los dolores que te hace padecer, teniéndote clavada con él en la cruz? ¡Cómo puedes querer a quien sabemos de cierto que atormenta a todo el que le ama?» Mas estas y otras muchas inicuas sugestiones eran polvo arrojado al viento; sólo servían para afligir profundamente aquella alma tan tierna y amante, obligada a oír ultrajar a su Jesús con tales blasfemias.

En medio de tantas penas, encontraba algún lenitivo la sierva de Dios dirigiéndose a su Padre espiritual, para manifestarle lo que ocurría, su modo de conducirse, y pedirle el oportuno consejo. No era esto del agrado del maldito enemigo, y, para impedirselo, más todavía, para alejarla de su guía espiritual y dejarla abandonada a sí misma, trató de engañarla con mil imposturas. Pintábaselo al vivo en la imaginación como hombre iluso, fanático e ignorante, y tales fueron las argucias de que se valió para amedrentarla y convencerla, que poco faltó para que la pobrecita se creyese perdida. Por eso me escribió en cierta ocasión, entre otras muchas. «Estos días, *Chiappino*—así llamaba al demonio—me ha hecho cuantas cosas pudo; me las hizo de todas clases y colores. Sin duda que este monstruo

redoblará sus esfuerzos para perjudicarme, privándome de quien me dirige y aconseja, pero aunque así suceda—mira, lector, cuanta confianza en la Providencia divina,—nada temo.» Parece que esto debía ser suficiente para que el enemigo la dejase en paz; pero no sucedió así. Viendo que todo cuanto hacía para quitarle la confianza que tenía depositada en su director resultaba inútil, adoptó el partido de la violencia, y revolviéndose contra ella, mientras se hallaba escribiendo, le arrancaba la pluma de la mano, la sacaba del gabinete tirándola de los cabellos, y con tal furia, que a veces llegaban a quedar algunos mechones entre sus brutales dedos. Y aun al marchar gritaba con furia: «¡Guerra, guerra a tu Padre, mientras viva!» Aquí, entre nosotros, puedo atestiguar que el malvado supo cumplir muy bien su palabra. «Créame, Padre—me decía la misma Gema,—este maldito diablo está más indignado contra V. que contra mí.»

A tal extremo llevó su audacia el enemigo, que tomó la semejanza del sacerdote con quien la piadosa joven acostumbraba a confesarse. Cierta día, habiendo ido ésta a la iglesia para confesarse, mientras se preparaba al lado del confesonario, vió que el confesor estaba dentro esperándola, sin poder comprender por dónde había pasado. No dejó de ponerla en guardia cierta turbación interior que sintió, igual a la que experimentaba cuando estaba en presencia del maligno espíritu. A pesar de ello, aproximóse a la reja, y como de costumbre, dió principio a su confesión. La voz y los ademanes parecían ciertamente ser de su confesor, pero sus palabras eran de lo más nefando y escandaloso que darse puede, acompañadas de gestos y acciones deshonestas e indecentes. «Dios mío—exclamó aturdida,—¿qué es esto? ¿dónde estoy?» Y recobrando pronto su presencia de ánimo, se alejó de allí y vió que el supuesto confesor había ya desaparecido, sin que ninguno de los circunstantes le hubiese visto salir. Era el demonio, el cual con sus feas artes, trataba de engañar a la piadosa

joven con perversas sugestiones, y hacerle perder la confianza que tenía en el ministro de Dios. Con todo, en cierta ocasión desempeñó el papel tan perfectamente, que, por permisión divina, consiguió persuadir a la pobrecita que él era sin duda alguna su confesor en persona. Por fortuna, llegué yo por aquellos días a Luca, y enterado del suceso, conseguí que recobrase la paz perdida y la confianza en aquel santo sacerdote, pero a costa de mucho trabajo, y ordenádoselo bajo formal precepto de obediencia.

Fallado aquel golpe, intentó otro el infernal espíritu apareciéndose a la bendita sierva de Dios bajo la forma de ángel resplandeciente; y para convencerla, se insinuó con astucia sin igual, como hizo Eva en el Edén, pintándole las cosas a su manera: «Mira—le dijo,—serás feliz, si juras obedecerme.» Gema, que en esta ocasión no había sentido la habitual turbación denunciadora de la presencia del espíritu maligno, lo escuchó con sencillez; pero Dios no la abandonó, sino que, a las primeras proposiciones de aquel infame, le abrió los ojos, y ella, al advertirlo, gritó: «¡Dios mío, Virgen Inmaculada, enviadme la muerte!» Dicho esto, se dirigió contra el fingido ángel, le escupió en el rostro, y el malvado desapareció bajo la forma de fuego, dejando un mantón de cenizas en el pavimento.

«Un nuevo asalto (Gema misma es quien habla dando cuenta de todo al Director). Oiga, Padre: Ayer, después de haberme confesado, llegué a casa, y apenas estuve sola, puesto que era la hora de la oración, me arrodillé y empecé a rezar la corona de las cinco llagas de Jesús. Al llegar a la cuarta llaga, vi ante mí una figura semejante a Jesús, toda azotada, con el corazón abierto, lleno de sangre, la cual empezó a hablarme en esta forma: «¡Así, hija mía, me recompensas? Mira cómo estoy; ¿ves cuánto sufro por ti? Tú, en cambio, no puedes darme ahora más alivio que el de esas penitencias (las cuales le habían sido prohibidas muy poco tiempo hacía). ¡Ah! no eran por cierto gran cosa; puedes muy bien continuarlas como antes.»

—«No, no, respondí; quiero obedecer, y desobedecería si hiciese lo que tú quieres.» A lo cual replicó él: «Pero si no ha sido el confesor el que te las ha prohibido, ha sido aquél (se refería a mí, que en realidad había desaprobado aquellas maceraciones); no estás obligada a obedecerle; escúchame a mí...» Y muchas otras cosas. Por fin, estuve a punto de tomar las disciplinas, como hacía otras veces en casos semejantes; mas no; Jesús me ayudó; me levanté, tomé agua bendita, y quedé calmada, pero no sin haber recibido alguno que otro golpe, con que de tanto en tanto me regala ese bruto de demonio. Era él mismo; lo sé, Padre.» Vea el lector qué malicia. No pudiendo conseguirlo de otra manera, pretende que ella misma se perjudique la salud corporal contra las prohibiciones de su Padre espiritual.

Para protegerla contra estas engañosas apariciones, le ordené que, fuese cualquiera la forma en que se le presentasen los seres del otro mundo, sin esperar más razones, gritase: «¡Viva Jesús!» No sabía yo que el Señor le había dado un remedio parecido, al encargarle que dijese: «Benditos sean Jesús y María.» La dócil joven, para obedecer a los dos, solía emplear a la vez ambas exclamaciones, que los espíritus angélicos repetían: «Viva Jesús;» «Benditos sean Jesús y María.» Los espíritus infernales, por lo contrario, o no contestaban, o si lo hacían, era pronunciando solamente la primer palabra: «Viva» o «Benditos;» pero sin añadir nunca los nombres, con lo cual conocía Gema con quien trataba, y se burlaba de ellos.

Para hacer que se ensoberbeciese, mostrábase a veces el demonio, en sueños o fuera de ellos, muchedumbre de personas vestidas de blanco, que se colocaban en torno de su lecho para venerarla; otras veces le descubría que se guardaban religiosamente todas las cartas escritas por ella a sus Padres espirituales, a fin de que luego sirviesen Dios sabe para cuantas cosas; y otras mil cosas con exagerada afectación. Pero todo fué inútil, Gema no era Eva

para ser seducida por la pasión de la gloria, pues su humildad era, según dijimos, fervorosísima. Intentó también el demonio apartar de su corazón la confianza en Dios, y pareciéndole muy buena ocasión el estado de sequedad espiritual en que caía con frecuencia la amable joven, procuraba darle a entender insistentemente que ya estaba condenada. «¿No ves—le decía—que Jesús ya no te escucha, ni quiere saber de ti? ¿Por qué te cansas corriendo tras él? Déjalo, y resígnate a tu suerte infeliz.» ¡Terrible tentación, que causó indecibles sufrimientos a los santos más ilustres, y no hay para qué decir que Gema la experimentó con toda violencia! Ello no obstante, pronto se sobreponía, por el hábito adquirido de dirigirse a Dios con fe viva, y también porque Dios la asistía con especial providencia para que no vacilase. Por esto pudo decirme un día: «El demonio trabaja cuanto puede por perderme; quisiera el muy malvado... Pero Jesús me tranquiliza de tal modo con sus palabras, que no ha podido aquél, a pesar de sus infernales astucias, quitarme un momento la confianza que tengo en Dios.»

Viendo el espíritu maligno que sus artificios resultaban inútiles, se quitó la máscara y le declaró guerra abierta. Con frecuencia se le aparecía bajo formas horrendas; unas veces de perro rabioso, otras de monstruo, y también de hombre feroz. Primero le infundía espanto con su aspecto amenazador, luego se abalanzaba sobre ella, la golpeaba, la mordía, la empujaba de un lado para otro, arrastrándola por el cabello, y martirizando de varios modos aquellos miembros inocentes. No vaya a creerse que tales actos fuesen imaginarios, porque eran de realidad manifiesta sus efectos: en el cabello arrancado, en los huesos que sentía como molidos y en los cardenales que durante varios días cubrían su cuerpo; como también era real el ruido causado por los golpes que de vez en cuando se oían, sobre todo cuando la cama era sacudida o se levantaba en alto, cayendo luego sobre el pavimento. Estos asaltos no

eran cosa de un momento; durante horas enteras y a veces toda una noche. Dejemos que ella misma nos refiera alguno de estos sucesos. Nos servirá de comentario la sencillez peculiar del estilo con que Gema daba cuenta de lo ocurrido a su Padre espiritual.

«Hoy, que creía verme libre de la brutal bestia, me golpeó de lo lindo. Me dirigía al aposento para dormir; pero en vano, porque me dió tantos golpes, que creí me mataba. Se me presentó en forma de un perrazo negro, puso las patas sobre mis espaldas y me hizo mucho daño; me resentí tanto en los huesos, que llegué a creer que me los quebraba. Tiempo atrás, al tomar agua bendita, me dió un golpe tan fuerte en el brazo, que caí en tierra dislocándoseme el hueso, pero Jesús me lo colocó en su lugar y quedé curada.»

Dice en otra carta: «También ayer me pegó el diablo. Me mandó la tía que llenase un cubo, y que pusiese agua en los cántaros de las habitaciones. Al pasar por delante del Corazón de Jesús con el cubo lleno, me dió un bastonazo tan fuerte en la espalda, que caí al suelo; pero sin romper nada. Aun hoy me resiento, pues al menor movimiento que hago, me duele el cuerpo.» Y añade: «Ayer, como de costumbre, pasé la noche muy mal. Se me presentó el demonio en forma de hombre muy grueso y alto. Toda la noche estuvo pegándose y diciendo: Para ti no hay salvación, porque estás en mis garras. Le contesté que nada temía, porque Dios es misericordioso. Entonces se enfureció más, me dió un golpe en la cabeza, y diciendo: «Maldita seas,» desapareció. Me fuí a mi cuarto creyendo descansar; pero allí lo encontré de nuevo, y se puso a pegarme con una cuerda llena de nudos. Me pegaba, porque quería que hiciese yo el mal que él me enseñaba, y al contestarle que de ninguna manera lo haría, me pegaba con más furia, haciéndome dar con la cabeza en el suelo. Al cabo de algún tiempo, me vino a la memoria el santo nombre del Papá de Jesús—así acostumbraba llamar nues-

tra Gema al Padre Eterno,—y me puse a gritar: «¡Eterno Padre! ¡Por la sangre preciosísima de Jesús, libértame!» No sé lo qué pasó, pero aquel perverso me dió tan grande empujón, que me tiró de la cama al suelo, y el golpe me produjo tal dolor, que perdí el conocimiento. En el suelo permanecí por bastante tiempo. Gracias sean dadas a Jesús.»

No concluiría, si fuese a referir todas estas escenas, porque se repetían con mucha frecuencia, y tiempo hubo en que eran diarias, por tal manera que la infeliz estaba, en cierto modo, habituada ya, y si se exceptúa el daño corporal, ningún temor le causaban, pues miraba al monstruo infernal con la misma serenidad con que la paloma se fija en cualquier animal inmundo. Mientras yo no se lo prohibí, se entretenía muchas veces en decirle injurias; y cuando la bestia maldita, al oír la invocación del santo nombre de Jesús, se veía obligada a huir revolcándose por tierra, la sencilla joven lo acompañaba con irónicas risotadas. Me decía en una ocasión: «Si lo hubiese visto, Padre, cómo tropezaba al huir furioso contra mí, se hubiera reído de él, como me reí yo. ¡Dios mío, qué feo, qué horroroso es! Pero Jesús me ha dicho que no le tenga miedo.»

En una ocasión asistía yo a la joven, por estar enferma de gravedad, y me encontraba rezando el oficio divino sentado en uno de los ángulos de la habitación, cuando vi pasar por entre mis piernas un enorme gato, de color obscuro y figura horrenda, el cual, después de dar una vuelta por la habitación, fué a colocarse sobre el respaldar inferior de la cama de hierro, frente por frente de la enferma, fijando en ella su feroz mirada. A mí se me helaba la sangre en las venas, y, en cambio, Gema conservaba su apacible calma. Ocultando mi turbación, le pregunté: «¿Es esto cosa nueva?» A lo que me contestó: «No tenga cuidado, Padre, es ese perverso diablo que quiere molestar-me; pero esté tranquilo, que ningún daño me hará.» Me acerqué temblando, rocié la cama con agua bendita y la

visión desapareció, quedando la enferma tan tranquila, como si nada hubiese ocurrido.

Lo que más espantaba a Gema era el temor de ofender a Dios, cediendo a las sugerencias del enemigo. Aunque había vencido en lo pasado, veía que el peligro era inminente, y esto la sobresaltaba, la ponía fuera de sí. Echaba mano de cuantos medios podía practicar para librarse de los asaltos del demonio: cruces, reliquias, escapularios, exorcismos; pero sobre todo acudía con filial confianza a Dios y la Virgen Santísima, así como al Ángel de su Guarda y a su Director espiritual. «Venga pronto, Padre—escribía,—o cuando menos, haga desde ahí los exorcismos, porque el demonio comete contra mí todo género de maldades. Ayúdeme a salvar mi alma, pues tengo miedo de caer en las garras del enemigo. ¡Ah, si supiese cuánto padezco! ¡Si viese V. lo contento que estaba él anoche! Me cogió por los cabellos; y tirando de ellos, me decía: «¡Desobediencia! ¡desobediencia! No hay que perder más tiempo; ven, ven conmigo.» Y trataba de llevarme al infierno. Más de cuatro horas estuvo atormentándome; así pasé la noche. Mucho temo que, a fuerza de oirlo, vaya a desagradar a Jesús.»

Aunque de tarde en tarde, ocurría a veces que el maligno espíritu se posesionaba de ella enteramente, atando las potencias de su alma, y perturbando su imaginación de tal manera, que la hacía aparecer como obsesa, y en este estado, daba compasión verla. Tenía tal horror a este miserable estado, que con sólo recordárselo, palidecía y temblaba. «¡Dios mío—me decía,—estuve en el infierno sin Jesús, sin la Virgen y sin el Ángel! Si he conseguido salir, a ti solo te lo debo, Jesús mío. A pesar de todo, estoy contenta, porque sé que padeciendo de este modo y padeciendo siempre, hago tu santísima voluntad.» No cabe duda en que, si tales asaltos hubiesen sido más frecuentes o de mayor duración, la paciente, aunque resignada, hubiera muerto de fatiga.

Agréguese a esto los dolores de crueles enfermedades ocasionadas por el demonio con miras especiales; los dolores, ya mencionados, de su participación en la pasión del Señor por las periódicas heridas de manos, pies y costado, las causadas por las espinas en la cabeza, y demás tormentos de los que hemos hecho ya minuciosa descripción, y veremos en Gema el perfecto retrato de la víctima ofrecida a Dios. Razón tenía ella para decir que estaba contenta, pues con tanto padecer, consiguió su fin y cumplió su misión; el fin de hacerse semejante al divino Varón de dolores, elevándose a gran santidad por el amor de Dios, y la misión de servir al Señor de víctima expiatoria por los pecados del mundo.

¡Levántate, pues, purificada, fortalecida, engrandecida, ennoblecida, con el carácter de los verdaderos discípulos del Crucificado, elegida esposa de Cristo, y ve a ceñirte la corona que, por tus méritos, te ha preparado el mismo Dios!

CAPÍTULO XXIII

De otro valioso medio que, para santificarse, dió el Señor a su Sierva en la singularísima asistencia de su Angel Custodio

Uno de los más atractivos dogmas de nuestra Fe es el de la custodia de los santos ángeles. Cometido el pecado original, necesitaba el hombre, como enfermo y miserable, auxilio, asistencia y protección, para poder dominarse y llegar al fin para el cual fué creado. Y el Señor, lleno de piedad y amándonos como tierno padre, y queriendo darnos este auxilio y asistencia, no creyó que fuese demasiado diputar para ello a los propios ángeles, ministros de su corte celestial; y así, a cada uno de nosotros asignó uno, al cual con razón llamamos «nuestro ángel bueno.» El nos toma de la mano en cuanto entramos en el mundo, y no nos deja mientras peregrinamos por esta vida mortal. «Mira, que yo enviaré el ángel mío que te guíe y guarde en el viaje, hasta introducirte en el país que te he preparado.»

Pero si Dios ama tanto a los hombres y a todos ellos provee de lo necesario, mucho mayor cuidado tiene de los elegidos y de aquellos de quienes dice que los ama como a las niñas de sus ojos; más todavía, entre los mismos elegidos, según los méritos, quiere que haya grados de preferencia. De donde se deduce que en los diversos hombres es diversa la importancia de la piadosa misión de los ángeles. Pues bien, destinada nuestra Gema, según los consejos de la divina providencia, a ocupar un lugar bastante superior al de la generalidad de los elegidos, el Angel designado por el cielo para su custodia debió tener de ella especialísimo cuidado. Y así fué; puesto que la gracia quiso manifestarse en esta afortunada criatura con demostraciones extraordinarias por todos conceptos, extraordinaria

quiso también mostrarse por éste, a fin de que todos viesen cuán verdaderamente la amaba el Dios Todopoderoso.

Ciertamente que si no leyésemos en los Sagrados Libros la tierna historia de Tobías, historia que hallamos repetida en varios santos canonizados de nuestra Santa Madre la Iglesia, podría alguien creer exagerado cuanto de Gema vamos a relatar en este capítulo; pero tales prodigios ha obrado el Señor en sus criaturas, que nadie se atreverá a preguntarle el motivo de conducirse así, siendo con ellas tan bueno. Por parte de su sierva, las condiciones no podían ser mejores; porque dotada de inocencia, pureza y candor infantil, y al propio tiempo de una fe vivísima, le era permitido ver casi manifestamente las cosas más sublimes del cielo. De modo que el Angel Custodio debía encontrar en su afortunada protegida algo semejante a la especie angélica, hasta el punto de que, sin rebajarse gran cosa, pudiera entrar con ella en familiar comunicación.

Pues bien, eso a que, en primer lugar, he dado el calificativo de *especialísimo* en esta comunicación, es la *presencia constante y sensible* del Angel. Gema lo veía con los ojos del cuerpo y lo tocaba con sus manos, como si se tratase de una persona viva de este mundo, hasta el punto de hablar con él como lo hacen dos amigos: «Jesús—decía ella—nunca me deja sola, pues hace que me acompañe el Angel de la Guarda.» Con profunda humildad, daba gracias a Dios por tal beneficio, y se declaraba deudora de sumo reconocimiento para con el Angel. «Si alguna vez soy mala, no te enfades conmigo—le decía;—mi deseo es ser siempre agradecida.» Y el Angel le contestaba: «Sí, yo seré, al propio tiempo que tu guía, tu compañero invisible. ¿Sabes quién me ha encomendado tu custodia? Pues el piadosísimo Jesús.» La santa virgen no podía soportar tanto amor, perdía el uso de los sentidos, y extática permanecía acompañada de su Angel. Lo que hacían ambos durante aquel estado, nos lo dice Gema en una de sus cartas, con estas sencillas palabras: «Los dos nos quedábamos con Jesús.

¡Ah, si hubiese estado V. allí, Padre!» Y al manifestar que se quedaba con Jesús, quería expresar que se engolfaba con alma y corazón en aquel piélago inmenso de la Divinidad, para ver y oír sublimes misterios.

Aquellos íntimos entretenimientos se empleaban ordinariamente en orar y dirigir alabanzas al Altísimo. «Los ángeles—dice un santo Doctor—se complacen en asistir a los santos cuando oran, y el arcángel San Rafael aseguró al anciano Tobías que, mientras oraba, ofrecía él sus oraciones al Señor.» Si Gema dedicaba a la oración el día entero y parte de la noche, oración acompañada de fe viva, de extraordinaria piedad, ¿cómo no había de agradar al Angel del Señor? Se le aparecía suspendido en el aire, con las manos extendidas o juntas, como en actitud de orar; otras veces arrodillado a su lado. Recitaban los salmos y oraciones alternativamente, y si eran jaculatorias (son palabras de Gema) «rivalizábamos en ver quién gritaba más: «¡Viva Jesús! ¡Bendito sea Jesús!,» y otras hermosas palabritas semejantes, con lo que el Señor se mostraba alegre y satisfecho.» Cuando meditaba, el bendito Angel le suministraba luces de lo alto, alentando su corazón para que saliese el ejercicio cada vez más perfecto; y como el tema de las meditaciones era frecuentemente la pasión del Señor, el Angel, como buen maestro, le descubría profundos misterios, y decía: «Mira cuánto sufrió por ti Jesús; considera una por una sus llagas abiertas todas por tu amor. Medita cuán horrible es el pecado, pues para expiarlo, fueron necesarios tantos tormentos y tanto amor.» Como éstos, le sugería otros hermosísimos pensamientos, los cuales, cual rayos de fuego, herían el corazón de la joven.

Yo mismo, en varias ocasiones, asistí a las meditaciones que practicaba Gema con su Angel, y sólo con lo que exteriormente veía, podría testificar lo que aquí afirmo, aun cuando no lo hubiera sabido por ella, quien, terminado el ejercicio, me daba cuenta de lo que en él le había ocurrido. Observé además que cuantas veces elevaba sus ojos para

mirar al Angel, para escucharlo o para hablarle, aunque fuese en horas ajenas a la meditación, otras tantas perdía enteramente el uso de los sentidos, de modo que en aquel momento se le hubiera podido sacudir y punzar, sin que lo hubiera sentido. Mas en cuanto apartaba la mirada o suspendía el coloquio, inmediatamente recobraba los sentidos, con la particularidad de que cuantas veces lo intentaba, aunque fuese por breve espacio, el fenómeno se repetía. Hago desde ahora esta indicación, aun cuando haya luego de tratar difusamente de los éxtasis de esta Sierva de Dios, para que no se atribuya a la imaginación lo que era comunicación interior con el Angel, hecho que lo mismo tenía lugar en la calle, que en casa, ya sentada a la mesa, ya ocupada en la cocina; siempre y en todas partes tan dispuesto estaba el Angel a presentarse, como Gema a recibirlo. Si se exceptúa la inmovilidad del cuerpo y la lucidez sobrehumana de los ojos, nada se notaba exteriormente; era preciso tocarla, para advertir que estaba conversando con seres celestiales, y ajena por entero a este mundo terrenal.

Repetidas veces hemos citado algunos coloquios en los que el Angel usaba de tal familiaridad, que sólo admite comparación con la que el arcángel Rafael mantenía con el joven Tobías. «Dime, angel mío, ¿qué tenía el confesor esta mañana que estaba tan serio y no quiso escucharme?»—«¿Cuándo me contestará el Padre desde Roma a la carta que le escribí preguntándole cómo debía conducirme en tal cosa?»—«Y el pecador por quien me intereso, dime, ángel querido, ¿cuándo me lo convertirá Jesús?»—«¿Qué debo decir a esa persona que me ha pedido consejo?»—«¿Y de mí, qué opinas: está contento Jesús? ¿o qué he de hacer para tenerlo contento?» Tales eran las cuestiones que trataban, todas del orden espiritual, porque de otras cosas no se hablaba. El Angel, amoldándose a tamaño sencillez, respondía a todo con inefable dulzura, viniendo después los sucesos a comprobar que la respuesta había

sido dada por un espíritu celestial. Tengo tan abundante materia sobre el particular, que podría con ella escribir un voluminoso libro, y necesitaría otro de polémica para exponer los fundamentos de la credibilidad de hechos tan extraordinarios, que a la luz del moderno racionalismo se aceptan hoy día con extraordinaria dificultad.

Hablando en general, diré que el Angel era para Gema un segundo Jesús. Ella le manifestaba sus necesidades y las de los demás en las horas de angustia; especialmente en sus luchas con el demonio, lo tenía constantemente a su lado; le daba encargos para el Señor, la Virgen o los Santos, y, en ocasiones, le confiaba cartas cerradas, suplicando que le llevase contestación, la cual, en efecto, llegaba, y muy pronto. ¡Qué de pruebas hice yo para asegurarme que hechos de tal naturaleza obedecían a causas sobrenaturales! Pero ni una sola falló; de modo que tuve que convencerme de que el cielo, por decirlo así, quería jugar con esta joven tan sencilla y tan grata a sus ojos. Si enviaba a su Angel con algún encargo para personas de este mundo, como lo hacía con frecuencia, le causaba extrañeza que no se le contestase. «¡Hace tantos días—escribía—que se lo mandé a decir por el Angel! ¿Cómo es que no lo hizo? Por lo menos, bien pudo contestarme con él que no le era posible ocuparse en este asunto. Como quiera que sea, no se incomode porque vuelva a insistir en esta carta. Se trata de negocio muy serio.»

Tenía, pues, al celestial mensajero en constante movimiento, y éste con especial esmero la favorecía, dándose el caso de que, sin necesidad de invocarlo, acudía al menor peligro, refrenaba el poder del demonio, y luchaba con él, llevando a Gema de la mano. Para citar un caso particular, sucedió en cierta ocasión que estando Gema sentada a la mesa en casa de sus padres, uno de los concurrentes, cediendo a las malas costumbres de nuestros días, blasfemó del santo nombre de Dios. Al oírlo la santa virgen, experimentó tal dolor, que se desmayó, y al caer,

iba a dar con la cabeza en el suelo, pero el Angel acudió en su socorro, la cogió de la mano, la sostuvo, y con una sola palabra que le dirigió al corazón, la hizo volver en sí. En otra ocasión, habiéndose entretenido en la iglesia hasta hora avanzada sin advertirlo, porque estaba con el Señor, díjole el Angel la hora que era, y la acompañó visiblemente hasta su casa. En varios peligros de la vida, la avisó para que adoptase las precauciones convenientes, y por más que ella no se descuidaba, alguna vez le hubieran sobrevenido graves males; por eso en una ocasión le dijo el Angel con mucha gracia: «¡Pobre criatura! Eres tan imperfecta, que no puedo menos de estar continuamente a tu lado. ¡Cuánta paciencia necesito contigo!»

Empero la misión más importante del Angel para con Gema, era la concerniente al alma; pues debía ser, con arreglo a los designios de Dios, instrumento de santificación, y enseñarle el difícil camino de la virtud. Al propio tiempo que fidelísimo guarda, era maestro de perfección cristiana, y todo le servía de ocasión para dirigirla e ilustrarla con palabras de divina sabiduría, alguna de ellas conservadas gracias a la relación que Gema hacía de cuando en cuando a su Director espiritual. En una ocasión, sin duda para que no se perdiese ni una sílaba, ordenó a Gema que tomase papel y pluma, que se sentase en el escritorio, y él de pie, cual si se tratase de un maestro, se puso a dictar para que copiase lo que sigue: «Acuérdate, hija, que quien ama a Jesús de veras, habla poco y padece mucho. Te ordeno, de parte de Jesús, que nunca des tu parecer, si no te lo piden, y que no sostengas tu parecer, sino que una vez dado, te calles. Cuando cometas alguna falta, acúsate inmediatamente de ella; no esperes a que otros lo hagan. Obedece puntualmente al confesor sin replicar, y a quien él te mande, y sé sincera con uno y otro. Guarda tus ojos y ten presente que quien mortifica la vista, verá la hermosura del cielo.»

Cuando era preciso, se mostraba severo con su discípulo.

la, corregía sus defectos, sin tolerar el más pequeño, tanto que un día llegó a decirme ella misma: «Mi Angel es un poco severo, pero me alegro. Días pasados llegó a reñirme tres o cuatro veces.» En verdad que a veces parecía salirse de los límites de lo justo. «Ayer—es Gema la que habla—mientras comía, levanté los ojos, y vi al Angel mirarme con tal severidad, que me dió miedo. Más tarde, al ir a acostarme un momento, ¡Dios mío, cuán enojado estaba! Le miré, pero inmediatamente tuve que bajar la vista. «¿No te das vergüenza—me decía—de cometer faltas delante de mí?» Me dirigía unas miradas tan penetrantes, que me vi precisada a llorar, y encomendarme a Dios y a la Virgen Santísima, para que me apartasen de allí, porque no podía resistir más. De cuando en cuando decía: «Me avergüenzo de ti.» Yo rogaba y suplicaba que nadie pudiese verlo en tal estado, porque, de haberlo visto, ninguno se acercaría a mí. Pasé el día entero padeciendo, sin poder recogerme un momento, y sin tener valor para dirigirle una palabra, pues en cuanto yo levantaba los ojos, él me miraba con aire severo. Le hubiera pedido perdón, pero cuando se pone tan enojado, no es la ocasión más oportuna para perdonarme. Ayer por la noche no conseguí en manera alguna conciliar el sueño. Al fin, hacia las dos, vi acercarse el Angel, el cual, poniéndome una mano en la frente, me dijo: «Duerme, mala;» y no lo vi más.»

No es fácil expresar el fruto que de este angelical magisterio sacaba la amable joven, porque teniendo sed de perfeccionarse en la virtud, estaba pendiente de sus palabras, entregándose con valentía a las obras de penitencia que el Angel le imponía, para tenerlo así contento. Por eso hubo de decirme un día: «Mucho me repugnaba la penitencia que me impuso de ir a decir al confesor ciertas cosas; pero obedecí. Me revestí de valor, y muy de mañana fui a cumplir su orden, con lo cual me vencí, y conseguí que el Angel, que es muy bueno conmigo, quedase contento.» Por esta gran caridad que con ella usaba, amaba

tanto Gema a su fiel Custodio, que tenía constantemente su nombre en los labios y en el corazón. «Angel querido—le decía,—¡cuánto te quiero!» «¿Y por qué?»—le preguntaba él.—«Porque me has enseñado a ser buena, a ser humilde y a complacer a Jesús.»

No es de extrañar, por tanto, que amor tan intenso en alma tan sencilla, ocasionase tal familiaridad, que a veces resultaba excesiva. Hablando con el Angel, parecía tratar con un igual, llegando a porfiar con él para que se doblegase a su parecer. A decir verdad, a mí mismo me causó extrañeza al principio, por lo que le advertí que aquello no estaba bien, ni con mucho; la calificué de soberbia, pues en vez de temblar delante del celestial espíritu, usaba con él de tal confianza que lo trataba de tú, y le prohibí, para probar su virtud, que se entretuviese con el Angel, fuera de los límites señalados por mí. Gema bajó la cabeza y humildemente respondió: «Tiene razón que le sobra, Padre, no volveré a hacerlo más. De hoy en adelante, cuando vea al Angel, le daré el tratamiento de V., le haré la reverencia debida, y daré unos cuantos pasos hacia atrás.» Promesa que cumplió fielmente durante la prohibición, por más que en lo referente al V., se embrollaba a menudo, incluso en los éxtasis, y tenía que rectificar. La primera vez en que vió a su santo Angel, le hizo con toda libertad su protesta. «Paciencia, querido Angel; el Padre no lo quiere; es necesario que cambie de registro.» En cierta ocasión, como le ocurriese un escrúpulo, escribió así a su Padre espiritual: «El bendito Angel ha hecho que me inquietase. No lo quería yo para nada, y, con todo, vino á decirme muchas cosas. Me dijo apenas vino: «Dios te bendiga, ¡oh alma confiada a mi custodia!» Imagínese, Padre, que yo le respondí: «Angel santo, escucha: no te ensucies las manos conmigo; vete; vete a cualquier otra alma que sepa apreciar los dones de Dios; yo no sé hacerlo.» En suma, me di a entender. Mas él me contestó: «¿Qué temes?»—«Desobedecer», repliqué. A lo cual repuso él: «No, que

me envía tu Padre.» Entonces dejé decir... Perdóneme; no escucharé más al Angel.»

Ocurrió también algunas veces que el Santo Custodio no apareció solo, sino con otros ángeles, para pasar un rato de grata compañía, por decirlo así, con su angelical hermanita. En cuanto lo supe, por la misma razón que arriba, lo desaprobé también, diciéndole que sería tiempo de acabar de una vez. He aquí lo que me contestó: «Verdaderamente, Padre, entiendo poco. Los demás, cuando se ponen a orar, ven a su ángel. Si yo veo el mío, V. me riñe y se impacienta. Pero ayer, que era el día de su fiesta, los despedí a todos; el mío no quiso marchar; con todo, el otro que V. sabe, quiso irse. ¿Qué había de hacer yo? No se disguste otra vez; seré buena y le obedeceré; V. no se inquiete más.»

Concluiré este asunto refiriendo dos apariciones escogidas entre otras muchas. «Estaba en cama muy enferma, cuando de pronto pude recogerme interiormente. Junté las manos, y con toda la fuerza que mi débil corazón permitía, hice el acto de contrición acompañado de gran dolor por mis pecados. Mi entendimiento meditaba las ofensas hechas a Dios, cuando en esto observé que el Angel estaba a mi lado. Me avergoncé de estar en su presencia, pero él me saludó cariñosamente y me dijo: «Jesús te quiere mucho; ámalo tú también.» Después me dijo: «¿Quieres mucho a la Madre de Jesús? Salúdala con frecuencia, que le agrada mucho y siempre os devuelve el saludo. Aunque no siempre la oigáis, es para probar vuestra fidelidad.» Dicho esto me bendijo y desapareció.» De lo cual, puedes deducir, lector querido, de qué naturaleza era la familiaridad de Gema con su Angel. El otro hecho es bastante semejante al ya referido; con todo, no quiero omitirlo.

«Mientras hacía mis oraciones de la tarde, se me ha acercado el Angel Custodio, y dándome un golpecito en la espalda, me ha dicho: ¿Cómo, Gema, tanta desgana para la oración?—No, respondí; no es desgana; hace dos días que no me encuentro bien.—El ha añadido: Aplícate a cum-

plir tus obligaciones, y verás como Jesús te ama más todavía. Le recomendé que dijese a Jesús si le permitía pasar la noche conmigo. Desapareció al punto, y obtenido de Jesús el permiso, volvió. ¡Oh, cuánto bien me ha enseñado! Cuando se dispuso a marchar, le rogué que no me dejase todavía, pero él me contestó: Conviene que me vaya.—Pues ve, le dije y saluda de mi parte a Jesús. Me miró por última vez: No quiero que sostengas más discursos con las criaturas; cuando quieras hablar, habla con Jesús y con tu Angel.» Del mismo tenor son poco más o menos todas las demás apariciones referidas por Gema o tomadas de sus labios mientras se hallaba hablando en éxtasis. De donde es fácil deducir cuán grata fué a Dios esta virgen, que se hizo digna de ser visitada, asistida y dirigida en el bien obrar por espíritus celestiales.

Con todo, nada tenemos que envidiar a Gema en este punto, pues también nosotros tenemos un ángel designado por el Padre celestial como custodio. Si como ella fuésemos puros, inocentes y humildes, llenos de viva fe y con deseos de perfeccionarnos, seguramente que nos querrían también, como el suyo quiso a Gema.

CAPITULO XXIV

De la altísima oración con que Gema fué favorecida del cielo

Mediante la oración, el alma se hace capaz de elevarse a Dios y vivir de la vida espiritual que se llama perfección cristiana. La oración tiene diversos grados, como los tiene también la perfección misma; las almas a las cuales les sea dado recorrer todos los grados, llegarán seguramente a la plena unión con el Sumo Bien. Los primeros grados son los de la meditación ordinaria, mediante la cual consideramos las verdades eternas, aplicándolas a nosotros mismos, a fin de excitar en el propio corazón sentimientos y afectos correspondientes. Muchas almas permanecen en estos primeros grados, que son los de la vida ascética propiamente dicha, sin proseguir adelante. Otras, por lo contrario, a las cuales quiere favorecer más la gracia, pasan de la meditación a la contemplación, la cual es propio de la vida mística.

Es la contemplación una elevación del alma a Dios y a las cosas celestiales mediante la mirada del entendimiento, mirada sencilla, afectuosa y llena de admiración; de lo cual nace en el corazón del contemplativo una inefable suavidad y dulzura. En la meditación, para gustar las dulzuras de las verdades eternas, el alma ha de trabajar por sí con sus tres potencias, que son memoria, entendimiento y voluntad, y frecuentemente no sin gran fatiga. En la contemplación, por lo contrario, no ha de hacer más que admirar aquella hermosura que con luz extraordinaria le muestra el mismo Dios, y gozar de aquella vista como en un éxtasis. Rigurosamente hablando, el alma no se ejercita en reflexiones, aplicaciones, ratiocinios, etc., porque permanece suspensa ante las grandes cosas que,

dejándola estupefacta, la sacan de sí. En una palabra, salvo las debidas proporciones, hace el contemplativo con la luz de la gracia acá en la tierra, lo que con la luz de la gloria hacen los bienaventurados en el cielo.

Estas nociones consideré necesario emitir previamente, para darme a entender en una materia que pocos entienden. Dicho esto, pasemos a Gema: hablaremos, en primer lugar, de su espíritu de oración en general; y, en segundo, de las elevaciones de su alma por las vías de la meditación y de la contemplación.

Desde su más tierna edad, procuró con ahinco esta virgen ejercitarse en la oración, para recibir siempre nuevos favores de la gracia en esta vida. Movida por especial instinto, la hemos visto insistir ante su madre y sus maestros para que la enseñasen a orar; y cuando ya apenas empezaba a saber algo, apartarse de sus familiares, y encerrarse en su habitación, en donde pasaba horas enteras orando y trabajando. Si tenemos presente el odio con que miró todo lo que, fuera de Dios, podía ocupar su corazón: su desprendimiento por las cosas creadas, la custodia de los sentidos, la delicadeza de su conciencia, la mortificación de los apetitos, las virtudes en que se ejercitó, podremos disponernos a verla entrar en íntima comunicación con Dios. Así fué; desde los primeros pasos se puso en aptitud de fijar la mirada en El sin deslumbrarse, como el águila en el sol. Siendo el fin de la oración unir el alma con Dios por medio de la fe, bien podemos asegurar que Gema, desde temprana edad, poseía el don de la oración en grado eminente.

Ordinariamente hablando, para ver a Dios, no necesitaba ponerse a orar, recoger sus potencias o hacer esfuerzos, como tenemos precisión de hacerlo nosotros, porque tenía presente al Señor en cualquier tiempo y lugar, sin que perdiese su presencia por distracción de ninguna clase. Y es de admirar que así sucediese, pues aunque incapaz de mezclarse en cosas ajenas, era tan cuidadosa de sus debe-

res, que cuando se le confiaba un asunto, podía tener una la seguridad de que se cumpliría puntualmente. Una sola vez tengo conocimiento de que se distrajese, y esto por poco tiempo, de la actual presencia de Dios. Véase qué cosa tan insólita para ella y qué tremenda desventura: «Días pasados—escribe,—cometí una gran falta, que mucho fué no me condenase Dios para siempre. ¡Jesús misericordioso! D. Lorenzo me mandó le hiciese algunas cuentas, y como eran algo difíciles, les puse tanta atención que perdí a Dios de vista. Pero apenas fué un momento; luego volví en mí, pedí perdón a Dios y él me perdonó al punto.»

Sea de esto lo que fuere, bastaba mirar, aunque fuese de lejos, a esta admirable doncella, para conocer que se había entregado a Dios por entero; porque, repitámoslo, la majestad de su rostro, su porte grave, la sobriedad en las palabras, la modestia de sus ojos y la angelical sonrisa de sus labios, manifestaban claramente que el alma de Gema estaba en la presencia divina, y en el mundo, solamente su cuerpo. Tal atención para las cosas celestiales era para ella la cosa más natural del mundo; no le causaba el menor cansancio; por lo contrario, el distraerse le era penoso en extremo. Al expresarme así, no se crea que exagero; refiero únicamente lo que vi por mis propios ojos. Sentado un día a la mesa de aquella buena familia, bienhechora de mi Congregación, Gema se situó en frente, interiormente recogida, por lo que yo, usando de la autoridad de Padre espiritual, le indiqué que suspendiese la oración, pues aquel acto no era el más adecuado para orar. Dicho esto, la miré, observé que palidecía y temblaba de pies a cabeza, pero obedeció y se puso a comer sin dar señales de que interiormente padeciese. Terminada la comida, la llamé aparte; entonces pude cerciorarme de que sus vestidos estaban empapados en sudor, como si hubiesen sido sumergidos en un baño. Admirado, no pude menos de preguntar: «¿Pero qué es esto?» A lo que ella contestó candorosamente: «Bien lo sabe V., Padre. ¡No me quitó a Jesús durante

la comida? Pues sin él no puedo estar.» Desvié la conversación, y con cierto desprecio, le mandé que fuese a mudarse de ropa. Al cabo de algunas horas, renové el precepto, y el fenómeno se reprodujo; volví a repetir el mandato, aunque interiormente, y me vi precisado a ordenar la suspensión, pues llegué a temer que el corazón se le rasgase. ¡Y un ángel como este era todavía viador en esta miserable tierra!

Esta invariable atención de Gema a Dios, no consistía tan sólo en ese recogimiento de espíritu más o menos sentido como puede tenerlo quien sabe que se halla en la presencia del Señor; era un ejercicio de elevada oración, espontánea y dulce a la vez. Veía la santa virgen a su Dios, le hablaba, le escuchaba, se complacía en El, pasando con envidiable facilidad de los pensamientos más sublimes a otros más vulgares; le proponía dudas, o pedía favores para determinadas almas, y le daba gracias por los favores recibidos. Tal era el recogimiento de esta piadosa doncella, tal su espíritu de oración, tal lo que la ocupaba las veinticuatro horas del día. Digo veinticuatro horas, porque, como dormía poco, su oración apenas se interrumpía, pues al despertar, volvía a tomar el hilo en donde había quedado, y así, sucesivamente, hasta la madrugada. Se levantaba como si toda la noche hubiese estado en la iglesia, orando sin cansancio ni aturdimiento de cabeza; y al levantarse, lo primero que hacía era santiguarse con el crucifijo, que ni para dormir dejaba de la mano, besábalo luego y sonreía con gracia sin igual. A sus coloquios nocturnos aludía, cuando en uno de sus éxtasis se le oyó exclamar: «¿Ves, Jesús mío, cómo paso las horas de la noche?... Duermo, sí, pero mi corazón no duerme, sino que vela contigo a todas horas.»

De lo dicho, deducirá el lector que este ángel, al tratar con Dios, poco uso hacía de las oraciones vocales, excepción hecha del Rosario, que se rezaba en familia, y de cuando en cuando, de la coronilla de la Pasión o de la

Virgen de los Dolores, que le servían de guía para internarse en la meditación de los misterios dolorosos. Fuera de éstas, ninguna más. Pudiendo hacerlo perfectamente con las luces que recibía del cielo, componía ella misma sus oraciones según sus necesidades. «No me agrada—decía—leer oraciones en los libros, ni rezar padrenuestros ni avemarías, porque no encuentro pasto suficiente y me canso. Las oraciones las hago yo según puedo.» Sin duda, lector, tendrás interés en que, además de las ya referidas arriba, te transcriba alguna de las inspiradas oraciones de Gema, fielmente recogidas al ser sorprendida orando. Quizás no las juzgues de menor mérito que los soliloquios de San Agustín: «Alabado sea el excesivo amor de Jesús que, apiadándose de mi miseria, me ofrece los medios necesarios para alcanzar su amor. Eres, Señor, tesoro que no conocía, pero ahora te conozco; eres todo mío, especialmente tu Corazón. Sí, tu Corazón es enteramente mío, porque una y mil veces me lo regalaste; pero tu Corazón está lleno de luz, y el mío envuelto en tinieblas. ¡Cuándo, cuándo llegará el día en que, desde estas tinieblas, pase a la luz clarísima de mi Jesús!»

«Dios mío, ¡cómo podré glorificarte? Al crearme, lo hiciste sin mí, y sin mí tienes la gloria que mereces. Alá-bente, pues, todas tus obras, ya que las hiciste a medida de tu infinita grandeza. Es limitado mi entendimiento, pero la gloria de Dios no tendrá fin. Al glorificarte, Señor, no somos nosotros, obra de tus manos, sino que eres Tú quien te glorificas.» Y rogando por sí misma, decía: «Jesús mío, vengo a postrarme a tus pies y pedirte una gracia. Si no fueses Omnipotente, no te la pediría. ¿Por qué no tranquilizas mi alma, siendo así que está llena de santos deseos? ¿Despreciarás esas aspiraciones puestas por ti en mi corazón? Pues esa es la gracia que te pido. Me la otorgarás, ¿no es cierto? ¡Señor, apiádate de mí! Ya que he rogado tantas veces por los demás, ten ahora piedad de esta pecadora, que te costó la vida. Perdóname, Dios mío; mi-

ra que soy huérfana, no tengo padres. Ten piedad de los huérfanos, que son fruto de tus dolores.» De estos coloquios tan tiernos, tengo tantos en mi poder, que llenaría un volumen.

En ocasiones, la fervorosa joven desahogaba su corazón con aspiraciones breves y llenas de fuego. «Jesús, Dios de mi corazón, contigo solamente quiero estar. ¡Cuándo llegará el día en que te vea cara a cara! ¡Ay mundo, qué despreciable eres! Pero ¡cuán estimable la cruz de mi Jesús!» Como estas eran muchas las jaculatorias que, salidas del corazón, pronunciaba su boca, cuando creía estar sola. Otras veces eran versículos o salmos enteros, escogidos de entre los más apropiados a la situación de su alma; de ellos hacía uso en tiempo de aridez, cuando por la gran angustia, se volvía poco menos que inerte su entendimiento y su corazón, ya que en tiempo de la ordinaria sequedad de espíritu, las dos facultades permanecían aptas para ejercitarse, acaso mejor que en tiempo de consolaciones, con la sola diferencia de que su oración era entonces dolorosa, capaz de herir el corazón de quien la escuchase. Entre sus papeles encontré un librito, en el que había copiado algunas aspiraciones sacadas del salterio, con el siguiente título: «Oraciones, aspiraciones, jaculatorias y recopilación breve de algunos salmos, para recitarlos durante el día, especialmente cuando el Señor se oculta.» Ya hemos visto que así era como llamaba al estado terrible de angustia: «¡Jesús que se oculta!»

Hablando de la contemplación, divídenla los autores místicos en infusa y adquirida. La primera es puro don de Dios, independiente del esfuerzo humano; la segunda, menos elevada, menos luminosa y dulce, puede adquirirse, mediante el auxilio de la divina gracia, con nuestras fuerzas, especialmente con el asiduo ejercicio de la meditación. Con ésta, en efecto, el alma se acostumbra a pensar en las cosas espirituales, se perfecciona, y, si se permite la expresión, se espiritualiza cada vez más, hasta el punto de no

sentir necesidad de trabajar ni con los discursos ni con las reflexiones del entendimiento, para elevarse a Dios. Entonces basta un pensamiento o imagen cualquiera para abstraerla, y mantenerla en suspenso con la mirada tranquila, casi extática. Gema tuvo estas dos formas, de lo cual se deduce lo que antes se manifestó, es decir, que, en el camino de la perfección, no solamente fué pasiva, sino que con sus fuerzas procuró adquirir la santidad, haciéndose acreedora a los dones de la divina gracia.

Bajo la dirección del Espíritu Santo, se aplicaba con todas sus fuerzas a la meditación ordinaria, en distintas horas del día, es decir, por la mañana en la iglesia, y por la noche antes de irse a descansar; además, cualquier tiempo que durante el día le quedase libre, era empleado en tan santo ejercicio. Para hacer la meditación, seguía los preceptos que dan los maestros de espíritu, tales como la preparación remota, consistente en el recogimiento y en la preordenación del asunto sobre el cual se va a meditar; la preparación próxima, que son los actos de fe, de dolor de los pecados, las súplicas, etc., que preceden al piadoso ejercicio, y, por fin, la composición de lugar, que consiste en la representación del misterio mediante la memoria, la consideración del mismo mediante el entendimiento, la aplicación a uno mismo de la verdad meditada, y, finalmente, la excitación a santos deseos por medio de la voluntad. Los temas ordinarios de la meditación de Gema eran los atributos de Dios y la Pasión del Salvador, porque si bien a veces se proponía otros, siempre concluía por estos dos: Dios y el Calvario. De tal manera se engolfaba, que era capaz de estar ocupada horas enteras sin cansarse, y lo que es más raro, sin padecer distracciones, pues ni de niña las padeció por mucho que la meditación durase. Puesta en oración, se borraba de sus potencias el mundo, y su pensamiento quedaba libre para ocuparse en Dios, cual si no perteneciese a esta miserable tierra; privilegio insigne, a pocos santos concedido.

De lo dicho se infiere cuán fácil tenía que ser para Gema el pasar desde la meditación profunda a la contemplación adquirida, como sucedió desde un principio; y verdaderamente fué introducida en ella por el espíritu del Señor desde muy temprano. Sin poner en ello el menor cuidado, y aun sin intentarlo, su meditación se convertía, desde las primeras consideraciones, en altísima contemplación. Si el misterio que se proponía meditar era el de la hermosura, santidad, misericordia o justicia de Dios, veía estas divinas perfecciones como en un cuadro, mejor dicho, en un espejo. Examinaba su grandeza y profundidad, descubría, en cuanto es permitido al entendimiento humano, sus inefables secretos, y aquella visión, acallando todas las potencias de su alma, hacía enteramente dichosa. Cuando meditaba en la Pasión del Salvador, después de haberse representado el misterio, fuese Getsemaní, el Pretorio, el Calvario, o la crucifixión, perdíase también su entendimiento como en un mar sin límites, y su corazón se consumía, a un mismo tiempo, de amor y de dolor.

Para darme a entender mejor, copiaré las mismas palabras con que, a una indicación mía, me daba cuenta por escrito de su oración: «Al ponerme a meditar—dice—y durante la meditación, no experimento la menor fatiga. Siento solamente que mi alma se hunde en la inmensa grandeza de Dios, pasando de un punto a otro. Primeramente empiezo a hacer reflexionar a mi alma que, siendo imagen y semejanza de Dios, sólo El debe ser mi único fin, y en ese instante me parece que el alma, perdiendo la pesadez de este cuerpo, vuela hacia Dios, y al encontrarme en presencia de Jesús, me pierdo totalmente con El. Veo que soy amada por el celestial Amante, y cuanto más pienso en El, más dulce y amable lo encuentro. A veces me parece ver al Señor como luz divina, sol de eterna claridad, Dios grande a quien todo está sometido en el cielo y en la tierra, un Dios que puede cuanto quiere. Conozco

que es bien infinito, que por sí mismo existe, y que, por estar lleno de perfecciones, en él se encuentran todas las cosas. Me pierdo también en su bondad, y aquí mi entendimiento eleva casi siempre su vuelo hacia el paraíso, y como Jesús es hondad, y bondad infinita, con El espero poseer todas las cosas. Pongo término a mi oración, pidiendo a Jesús que aumente en mí su amor, para que después se perfeccione en el cielo.»

En otra carta me decía: «Me siento en la oración como si no estuviese en mí (no distingo donde me encuentro, si apartada de los sentidos, o bien...); experimento una paz y una tranquilidad tales, que no es posible explicar. Siento una fuerza que me atrae, pero que no fatiga; es una fuerza dulce, por decirlo así. La plenitud de esta dulzura la experimento cuando poseo a Jesús, cuando, olvidada del mundo, se siente satisfecho mi entendimiento, y el corazón nada desea, porque posee un bien infinito, sin medida, que a ninguno se asemeja, y al cual nada le falta. Después de la oración, lo busco, porque es mucha la dulzura que me da a gustar el bondadosísimo Jesús en su infinita bondad y caridad. Pero no siempre siento dulzura, sino que algunas veces experimento dolor de mis pecados, y con tal intensidad, que parece voy a morir.»

Respondiendo a una duda que con artificio le propuse, se expresó del siguiente modo: «En la oración veo a Jesús, pero no con los sentidos corporales, sino que le conozco con claridad, porque me hace caer en dulce deliquio y en este deliquio le conozco. Oigo su voz con tal fuerza, que, según he dicho varias veces, me hiere más la voz de Jesús que una espada de dos filos: tan profundamente penetra en mi alma. Sus palabras son palabras de vida eterna. Cuando veo u oigo al Señor, no veo belleza y figura corporal, ni oigo un sonido dulce o canto armonioso, sino que veo una luz infinita, un bien inmenso; la suya no es voz, pero es más fuerte, y se deja oír más al alma que si oyese palabras pronunciadas por la lengua.» Advierte, lector,

que de oración tan elevada a la que hemos llamado contemplación infusa, hay sólo un paso.

No precisamente que esta contemplación sea como un grado de otra más perfecta, a la cual pueda llegar por sí misma un alma, como quien sube por una escalera. Con todo, del alma en la cual existan disposiciones tan hermosas como las que hemos visto en Gema, bien puede decirse que Dios no quiere que se estanque en su progreso, sino que la llama a elevaciones y comunicaciones más sublimes. Para explicarme mejor, volviendo a lo que decía en la introducción al presente capítulo, diré que esta contemplación es una atracción sobrenatural de la gracia, que quiere introducir al alma fiel en los secretos de las cosas celestiales; una luz enteramente divina, que de repente, cuando menos se piensa, inunda la mente y el corazón. Con este indicio, puede fácilmente distinguirse ésta de cualquiera otra forma de oración; y esto sin notar que, entre todas ellas, es con mucho la mayor, la más penetrante, la más deliciosa, por lo mismo que es divina. Fúndase esta contemplación infusa en la plenitud de los dones del Espíritu Santo, particularmente en el don llamado por los teólogos de *entendimiento* y en el de *sabiduría*. Al primero, en efecto, toca hacer idónea al alma para penetrar en los arcanos de la fe con ideas y pensamientos sublimes; y al segundo apreciar el valor de aquéllos, de donde se origina, en el alma, la alegría, la dulzura, la suavidad que en la contemplación se experimenta.

Ahora bien, que nuestra Gema tuvo en grado no ordinario ambos dones del Espíritu Santo, se manifiesta claramente por lo que escribió ella en sus cartas y en las cuentas de conciencia a su Director espiritual, por lo que dijo singularmente hallándose en éxtasis, y, puede también añadirse, por sus obras. Todo esto nos demuestra que el alma de esta virgen, más angelical que humana, estaba dotada de gran perspicacia para ponerse sin esfuerzo en contacto con el Sumo Bien, y comprender las concepciones

más sublimes. También estaba dotada de singular prudencia, en virtud de la cual prefería las cosas del cielo, las buscaba con avidez y las amaba entrañablemente. Por esto elevándose sobre la viciada naturaleza, confortada con la luz celestial que le comunicaba el divino Espíritu, veía la unidad de la naturaleza en Dios y la Trinidad de las Personas, la unión inefable de la naturaleza divina con la humana en la Encarnación del Verbo, el misterio de la sabiduría, la justicia y misericordia divinas en el gobierno de sus criaturas, y los demás inescrutables arcanos de nuestra santa fe que a su estado podía ayudar el que le fueran descubiertos. Y veía tales arcanos como sin sombras, como si no fuesen misterios, sino cosas manifiestas. Los veía y no se saciaba, sino que, por lo contrario, aspiraba á ver más, y lanzándose con rauda vuelo, sentía la necesidad de ir más allá, para llegar á lo más recóndito, que era su Dios visto cara á cara. Por eso en una ocasión se le oyó exclamar: «¡Quién me diera alas de paloma para volar hasta Ti, Dios mío! Dame tú las alas de la contemplación. ¿Cómo lo haré para volar a ti? Rompe, rompe las cadenas que me impiden volar a ti. Muchas cosas hay, Jesús mío, que, contemplándolas, queda mi alma como nutrida; pero en ninguna encuentro descanso; sólo en Ti reposa mi alma.»

Decía que, a ser apta la palabra humana para expresar lo que Dios le daba a entender en estas contemplaciones, hubiera podido escribir volúmenes sobre cada uno de los misterios de nuestra fe. Con todo, a fin de darse a entender de su Padre espiritual, a quien no quería que permaneciese oculto nada de lo que a ella pertenecía, se servía, según poco antes hemos visto, de figuras y semejanzas corpóreas. «Imagínese una luz de resplandor inmenso que todo lo penetra, todo lo envuelve, todo lo esclarece, y al mismo tiempo todo lo vivifica y reanima; de tal manera que cuanto existe, por esta luz y por ella y en ella tienen vida; así veo a mi Dios y a las criaturas en El. Figúrese una hoguera grande como el universo, e infinitamente mayor to-

davía, la cual todo lo abrasa sin consumir nada, y abrasando, ilumina y conforta, y los que están más cerca de las llamas, se hallan mejor, y piden con mayor ardor ser abrasados: así veo nuestras almas en Dios.» Y sobre la Santísima Trinidad: «Me parece ver tres personas dentro de una luz inmensa en una sola esencia; trinidad en unidad y unidad en trinidad; y como es una sola la esencia de esta trinidad, así es una sola su bondad, una sola su bienaventuranza.» Díjole una vez, en confesión, su confesor ordinario que le explicase minuciosamente qué entendía por el augusto misterio de la Santísima Trinidad. Trató Gema de hacerlo, e iluminándole Dios la mente, de tal modo se internó con el discurso en aquellos divinos arcanos, que luego me dijo: «A lo mejor, quedamos los dos sin poder pasar adelante.»

No es fácil explicar la gran estima en que tenía Gema estas verdades, ni el consuelo que en su corazón producía la contemplación; baste saber que frecuentemente no podía resistir y se desmayaba, o bien era arrebatada en éxtasis. «¿Cómo podré explicarle—me decía—lo que me pasa en estos momentos? El cielo entero se derrama en mi alma, y ésta se admira primero, luego queda estupefacta. El entendimiento se confunde y se aturde, el corazón late con violencia, sin saber qué hacer, goza y padece a un tiempo; por nada quisiera volver atrás. ¡Si supiese cómo quedo después de la oración! No sé si ha experimentado cosa igual. ¡Dios mío, cuán bueno eres conmigo!»

Frecuentísimas eran estas sublimes ilustraciones, ya estuviese orando, ya ocupada en los quehaceres domésticos, ya en asuntos propensos de suyo a la distracción. Su entendimiento se iluminaba repentinamente con luz misteriosa, desaparecía cuanto la rodeaba, y de golpe se encontraba en el cielo contemplando a Dios y sus bellezas. No sabiendo Gema cómo explicar este esfuerzo sobrehumano, decía con su acostumbrada ingenuidad: «Pierdo la cabeza. Estaba en la cocina hablando con la criada, y dé re-

pena, sin tener tiempo para retirarme, se me desvanece el sentido y me encuentro en presencia de Jesús.» ¡Afortunada criatura, quédate con El, que nadie te envidiará suerte tan merecida!

De tres especies es la contemplación infusa: intelectual, imaginativa y mixta. La primera tiene su origen en las cosas abstractas o intelectuales; la segunda en las imágenes sensibles preexistentes o divinamente impresas en la fantasía; la tercera participa de las dos, ya sea por disposición divina, ya por el vínculo que existe entre el entendimiento humano y los sentidos. Cuando el misterio que se contempla es por su naturaleza sensible, como sucede con la pasión del Salvador, es evidente que la contemplación imaginativa, objetivamente considerada, no es menos digna que la intelectual, y es propia tanto de los principiantes, como de los perfectos en esta divina ciencia. La intelectual, rigurosamente hablando, es muy rara, según el común sentir de los teólogos, porque si bien es cierto que la gracia refrena y corrige la naturaleza, cuando ésta pone obstáculos a su acción, no la violenta; y de ahí que la forma más común sea la mixta, entendida en el segundo sentido que hemos explicado, es decir, en cuanto las imágenes sensibles intervienen, no como instrumento de la contemplación misma, sino por natural concomitancia.

De esta forma era, por lo regular, la oración de Gema, y esto explica que, después de la oración, recordase perfectamente el asunto en que se había ocupado, y pudiese, mediante el auxilio de las imágenes sensibles, delinear cada misterio; cosa que hubiera sido imposible, si en la contemplación no hubiera tomado parte la imaginación. Esta facultad, de la que no abusaba en la oración ordinaria, no era un obstáculo, cuando, bajo la acción del Espíritu Santo, se ocupaba en cosas más sublimes; porque sólo entraba en ejercicio cuando contemplaba misterios objetivamente sensibles, especialmente la sacratísima Humanidad del Señor. Entonces ¡ah, cuánta delicadeza! le descubría la divi-

na hermosura de Jesús, las llamas de su encendido Corazón, la profundidad de las llagas, el cuerpo ensangrentado, la cabeza herida, dejando luego que el entendimiento, con el auxilio de superiores luces, hiciese lo demás. Y así había de ser, porque en la contemplación, la fantasía es regulada por Dios. Y con esto queda demostrado que la contemplación de Gema era puramente de Dios.

Cuando la joven era principiante en las sendas de la mística, el Divino Espíritu, acomodándose a la sencillez infantil de ella, la educaba, con impresiones puramente sensibles e imaginativas, en los misterios del orden intelectual, haciéndole ver, por ejemplo, al Padre Eterno bajo la forma de anciano venerable, revestido con los honores de la paternidad y la majestad de un justo juez; su infinita bondad, como un mar sin riberas ni fondo; la gracia celestial, como dulce lluvia que, filtrándose suavemente en la tierra, reanima y vivifica todas las plantas y las hace florecer y fructificar. Más todavía; aunque se levantó con tanta rapidez hasta los últimos grados, solía ocurrir que con las contemplaciones más elevadas y abstractas, alternaban las sensibles. También esto es conforme con las doctrinas de los teólogos místicos, los cuales enseñan que, por ser la contemplación don de pura generosidad, don que puede dar Dios cómo y cuando quiera, no es raro que las almas, aun las elevadas, bajen por algún tiempo hasta las ínfimas gradas de las principiantes, y sean tratadas como ellas, pasando de las delicias de la vida unitiva a los trabajos de la purgativa. Además, la rara sencillez que en nuestra Gema, en vez de disminuir con el crecer de los años y de la perfección interior del alma, era cada vez mayor, parecía que hubiese de mover el corazón de Aquel que se complace en entretenerse con las almas sencillas, a tratarla como niña. Y así se explica cómo, alternando con las ideas más sublimes de la divinidad, brotaban de cuando en cuando de su pluma y de sus labios, siendo ya adulta de espíritu, las expresiones «santo Papá de Jesús», ángel «que la espía»,

«celestial Mamá que la acaricia y la oprime contra su pecho». Léanse las vidas de los santos que pasaron por estas celestiales vías, y se verá cuán conformes con la teología son las contemplaciones de la virgen de Luca.

Concluyo el presente capítulo. No todos los cristianos son llamados de Dios a la contemplación; es, empero, cierto que si los que elige para este sublime grado de oración son hoy tan raros, es porque muy pocos se hacen dignos de ella: así lo dice el autor de la *Imitación de Cristo*. ¡Oh, aprendamos de Gema cómo hemos de corresponder a la divina gracia y llegar a la santidad, a la cual todos sin excepción somos llamados! Y el Espíritu Santo nos dará ciertamente los dones que nos sean necesarios para conocerlo y amarlo: *spiritum sapientiae et intellectus*.

CAPITULO XXV

De cómo en alas de la contemplación se elevó Gema al mayor grado del divino amor y a la perfecta unión con el Sumo Bien

Hemos discurrido en el capítulo precedente acerca de la contemplación en general, sin distinguir los diversos grados por los cuales sube el alma a la perfección de aquélla. Según la doctrina de los teólogos, estos grados pueden reducirse a nueve, los cuales toman diversos nombres de conformidad con lo que significan. Y puesto que la contemplación es el alma de la vida mística, y ésta se resuelve por entero en el divino amor y en la unión con el Sumo Bien, a todo grado de contemplación corresponde un grado distinto de amor y de unión, desde el ínfimo al supremo, que es el de la caridad perfecta, y se llama desposorio místico del alma con Dios. En el presente capítulo mencionaré uno por uno estos diversos grados, para demostrar cómo la afortunada Gema los recorrió todos, mereciendo el glorioso nombre de virgen seráfica. Argumento no muy fácil, por lo cual confieso que me hallo sobrecogido. ¿Podrá el lenguaje humano expresar asunto tan sublime? ¿Cómo lograr darse a entender del lector, siendo la teología mística poco menos que un enigma para la mayor parte de los cristianos de nuestro tiempo? Con todo, no dejaré de intentarlo, animado por el pensamiento de que no he de ser yo quien lo ejecute, sino la misma Gema quien hermosa y ordenadamente exponga la materia. Con sus propias palabras, siempre sencillas y expresivas, recogidas en la forma que arriba indiqué, nos explicará y dará a entender los arcanos que la divina gracia realizó en su alma. Y tú, oh Jesús mío, haz que, al exponerlos, ni padezca errores mi entendimiento, ni hable con frialdad mi corazón.

El primer grado de la contemplación es el *Recogimiento místico*. Consiste este grado en una luz extraordinaria, mediante la cual, comunicándose Dios de improviso al entendimiento, todo lo invade, y reflejándose esta luz en los sentidos internos y aun en los externos, los recoge, los aquieta, los entretiene dulcemente en torno del alma. No es el éxtasis, el cual hace perder el uso de estos sentidos, sino una suave atracción que, poniendo olvido de todo, inclina lo mejor que posee el hombre hacia el Sumo Bien, como hace el imán, dice San Francisco de Sales, con el hierro que le rodea. Los mismos miembros del cuerpo, adoptando una actitud recogida, permanecen inmóviles, cualquiera que sea el tiempo y el lugar en donde se halle sobrecogida el alma con aquella luz inesperada. Por lo que arriba hemos dicho, parecerá claro que a nuestra Gema se le concedió semejante gracia. No insistiremos en ello; hablaremos aquí únicamente del amor y de la unión que al primer grado de contemplación, de que estamos hablando, le corresponden.

En efecto, ver a Dios con luz sobrenatural infusa, estar en contacto con El por medio de las facultades del alma, y no amarlo ni unírsele a El íntimamente, es imposible. Al menos para Gema lo era; y como desde la niñez fué favorecida por el cielo con esta luz, desde entonces principió a sentirse unida con Dios por dulces atractivos, amándole con tierno afecto, y a El solo. Muchas veces le oímos decir: «No, no quiero que se me hable de otro amor, porque a El solo quiero y El solo me basta. Tú lo sabes, Jesús mío, que a nadie quiero más que a Ti. Aunque me hagan pedazos, con tal que me dejen a Jesús, estaré satisfecha.»

Según está escrito en los Salmos, tan dulce y súaave es nuestro Dios, que basta verlo y gustarlo una sola vez para quedar prendados de El. ¡Qué no había de pasar a Gema, la cual, no ya una sola vez, sino continuamente era ilustrada por Dios con las fuertes y claras luces de la contem-

plación, y hecha partícipe de la divina suavidad de su presencia? Era Gema como la esposa que, herida en el corazón, sólo vive para el celestial esposo, en quien tiene fijos el entendimiento y el corazón y todo su ser; por esto y con el Real Profeta exclamaba: «¡Quién pudiera, Jesús mío, estar en el Paraíso! ¿Puedo desear algo en el mundo fuera de Ti, que eres el Dios de mi corazón, mi herencia y mi todo, por toda la eternidad?» Bastaba mirarla, aunque fuese un momento, para comprender que estos afectos se sucedían en su corazón a cada instante. ¿Y qué ocurría cuando entablaba conversación sobre estos asuntos? Sus palabras, aunque breves y concisas, eran de fuego. «¡Oh, si supiesen todos cuán hermoso y amable es Jesús! ¡Se morirían de amor! ¿Por qué es tan poco amado? ¡Ah, tiempo perdido el que se emplea con las criaturas! ¡Nuestro corazón ha sido hecho para amar a uno solo, a nuestro Dios!» Dichas algunas expresiones, volvía a sumirse en su habitual recogimiento.

El segundo grado de la contemplación y del amor es el *Silencio espiritual*, así llamado porque el alma, invadida por luz más fuerte que en el precedente, y de un atractivo más vehemente y a la vez más suave, en él permanece estupefacta, clavada, por decirlo así, ante la majestad de Dios, y sin valor para hablarle, contenta con amarle para ser feliz, y con amarle cada vez más para ser más feliz. La imaginación misma se llena a su vez de las maravillas que vislumbra, y se abstiene de todo acto que pueda perturbar la paz suavísima del entendimiento; de modo que en este estado todo calla, mientras Dios hace gustar al alma las delicias del paraíso. En Gema, este grado más perfecto de contemplación y unión amorosa, alternaba frecuentemente con el primero; a lo mejor, mientras se hallaba en tal recogimiento místico, entreteniéndose con su Dios, hablándole, escuchándole y discurriendo de afecto en afecto de alabanza, de agradecimiento, de humildad, de confianza, súbitamente, al crecer la fuerza de las divinas ilumina-

ciones que la inundaban de luz, y el amor que la atraía, permanecía suspendida e inmóvil; y luego volvía, como antes, a los afectos. Y esto se mostraba también a lo exterior cuando estaba en oración, porque al paso que en el primer estado se reflejaban en el rostro, uno en pos de otro, los movimientos de su alma, en el segundo permanecía invariable la fisonomía. En cierta ocasión, al advertir yo mismo este grado de oración, la misma Gema me dijo: «Estuve en presencia de Jesús; nada le dije, ni él a mí; los dos permanecíamos en silencio, yo mirándole a él y él mirándome a mí. ¡Pero, Padre, si supiese cuán dulce es estar así delante de Jesús! ¿Lo ha experimentado alguna vez? No puede desearse más. Al cabo de algún tiempo, dijo Jesús: «¡Basta!», y aquella luz desapareció, pero el corazón no se enfriaba tan pronto.»

Ciertamente, no se enfriaba el corazón de la sierva de Dios, porque aunque cesase la contemplación en este grado, que siempre es de corta duración, las llamas persistían, en parte por lo menos, quemándolo largo rato. No andaría muy lejos de la verdad quien asegurase, como creo yo poder asegurar, que la costumbre que tenía esta joven de estar callada durante el día y en constante recogimiento, provenía del natural silencio en que la colocaba Dios en la contemplación. Claro está que, con aquellos ardores del alma, con la memoria de aquella belleza infinita que estaba destinada a contemplar con tanta frecuencia, muy pocos deseos debía tener de entretenerse a hablar con las criaturas.

Acostumbrada el alma a permanecer en silencio espiritual en la divina presencia y a gustar sus dulzuras, hállase fácilmente dispuesta a pasar al tercer grado de la teología mística, la contemplación de *Quietud*. Consiste ésta en una unión más íntima y como habitual con Dios, fundada en el sentimiento vivísimo de su divina presencia; de donde proviene gran paz interior, la cual mantiene a la misma alma en tranquilo reposo; y no porque queden suspendidas en tal estado las facultades del alma; por lo con-

trario, si ésta se ha acostumbrado después de frecuente experiencia, puede también ocuparse en regular obras externas de la gloria de Dios, sin que por esto se distraiga en manera alguna de la misma divina presencia. Aquí se ven en esta alma admirablemente unidas y representadas Magdalena y Marta: la primera, que contempla regalándose a los pies del Señor; la segunda, que obra por agradecerle. Así ocurría con nuestra Gema, la cual llegó a este grado de perfección tres años antes de que muriese. El habitual recogimiento exterior que en ella hemos admirado nos demuestra el grado eminente en que poseyó la primera de dichas prerrogativas; la prontitud y diligencia con que se movía en el ejercicio de la virtud por dar gusto a Dios, a quien tanto amaba, su celo por la salvación de las almas, las asiduas oraciones que hacía por la salvación de los pecadores, y el ardor con que, siempre que podía, tomaba parte en las buenas obras, nos atestiguan la segunda. Así nos demuestra esta santa doncella cuán engañadas viven ciertas almas, las cuales, apenas empiezan a gustar esta suavidad en la susodicha oración de la quietud, querrían estar siempre retiradas, siempre en la iglesia, siempre al lado del confesor y del padre espiritual, descuidando en tanto aun las cosas a las cuales les obliga su propio estado en el mundo. De tales almas dice con razón el doctor místico Scaramelli que es imposible que hagan ningún adelanto serio en las vías interiores del espíritu.

Reservo para otro capítulo, al cual remito al lector, tratar de la singular laboriosidad de la nueva Marta; en el presente hablaré sólo del reposo de Magdalena, y demostraré sus maravillosos frutos. Oigámosla: «Mientras tuve muchos deseos, mi alma estuvo inquieta; ahora que tengo uno solo, soy feliz. Déjame obrar, Jesús; ya que tu amor es inaccesible, pensaré, sí, pensaré. Aquí, Jesús, aquí en mi corazón quiero fabricar para ti un tabernáculo todo de amor, donde sólo entres tú; aquí te tendré siempre conmi-

go, siempre prisionero, y no te daré libertad, no, hasta que no me hayas dado los consuelos que tanto deseo. ¿Y qué deseo, qué pido, buen Jesús? Ya lo ves; pido lo que tú quieres, y deseo lo que tu pides.» ¿Qué te parece, devoto lector? ¿No son preciosos estos frutos? ¿Puede un corazón frío inventar efectos semejantes? Y aquí hago punto, pues a no tardar habré de insistir en la conformidad con la voluntad de Dios, en la paz y tranquilidad de espíritu y en la entrega total a Dios de nuestra contemplativa.

Semejante a la Quietud es el *Sueño místico*, cuarto y más perfecto grado de unión, el cual difiere del precedente en cuanto la quietud es causada en el alma por la luz celestial que le hace sentir y da a gustar con suave calma la presencia de Dios. Así, pues, el sueño es efecto del amor, a cuyo dulce calor el alma misma se siente como adormecida y tranquilamente reposa en el seno de Dios. En este estado, tiene el alma conciencia de que ama; y ama mucho al Sumo Bien; pero sin pensar cómo ama, y cuidándose sólo de amar. Ni podría tampoco saber de qué modo se encuentra en aquel delicioso estado. Así no podría investigar, pues dormida como está su mente, se pierde en Dios. De semejante gracia fué favorecida la seráfica virgen de Luca, poco antes de ser elevada a la unión extática; mas Dios se la concedía con bastante frecuencia en el curso de un mismo día. Como en tal estado los sentidos corporales se adormecen, era fácil observarla ya en pie o sentada, ya arrodillada o tendida en tierra. Aparentemente estaba dormida, y ella misma se servía de la palabra sueño para referir el misterioso fenómeno; pero no porque en realidad durmiese, sino porque el entendimiento estaba totalmente abstraído de todo, incluso de sí misma; por lo que, al salir de aquel estado, decía que se había hallado en el seno de Dios. «Figúrese una niña—me decía,—que se duerme en el regazo de su madre. Se olvida de todo y en nada piensa, como no sea en descansar y en dormir, sin cuidarse de cómo ni por qué duerme. Pues así está mi alma

durante ese tiempo; pero créame, Padre, es un sueño dulcísimo.» ¡Duerme, angelical virgen, y descansa en el regazo que con tanta ansia buscabas. Estoy por decir que has alcanzado tu último fin.

Para asegurarme de todo con pruebas fehacientes, y también para mortificarla, le dije que semejante sueño durante el día era verdadera ociosidad que convenía evitar. ¡Caso raro! Aun cuando este sueño era sobrenatural, sin que tomase parte la voluntad ni para entrar en él, ni para salir de él, o impedir de alguna manera su llegada, Gema suplicó al Señor que le permitiese obedecer; el Señor la escuchó, pues nunca más se repitió el fenómeno. Pero muy pronto se manifestó en su lugar otro de orden más elevado, en premio sin duda a su buen deseo de obedecer; este nuevo fenómeno es de la unión extática antes indicado, del que me he de ocupar con más extensión en otro capítulo. «Vea—me decía la bondadosa joven,—Jesús me hizo obedecer, y no he vuelto a dormir. Ahora estará V. contento. Ya no se disgustará conmigo, aunque le dé algún motivo. Procuraré ser buena.» Como puede ver bien el lector, en estos hechos no entra en modo alguno el artificio ni el engaño.

Colocada en medio de tantas llamas, y tan próxima a aquel horno encendido que es el seno de Dios, fácilmente se comprende que esta alma afortunada no pudiera dormir siempre ni reposar de continuo; sino que tanto el sueño como el reposo habían de enardecerla cada vez más, sacarla de cuando en cuando fuera de sí, y excitar en su corazón sentimientos de amoroso delirio. Llaman los teólogos a estos ímpetus *Embriaguez espiritual*, la cual, cuando hay seguridad de que es sobrenatural, constituye uno de los grados de la mística, más o menos perfecto que los precedentes, según los casos particulares. En tal estado, quisiera el alma consumirse en alabanzas a Dios, que su voz se oyese de uno a otro confín, inducir a las criaturas todas a glorificarlo y amarlo, padecer mucho para agradarle y

emprender cualquier cosa por El. Quien haya leído los salmos del rey David y la vida de San Francisco de Asís, de Santa Teresa, de Santa María Magdalena de Pazzis, o de otros santos favorecidos de Dios, podrá comprender en qué consiste esta embriaguez divina.

También Gema la experimentó, según se comprueba por las palabras que pronunciaba o escribía en tal estado. Exteriormente, sólo dos o tres veces se manifestó con voz vibrante y gestos animados, cual si la divina gracia quisiera respetar la modestia de que era tan cuidadosa la humilde virgen. Supo contenerse en los accesos más fogosos; de modo que la conmoción externa, las pocas veces que el fenómeno se manifestó, reducíase a ciertos actos, muy pocos, de excesiva alegría o excitación amorosa, pero moderados y dignos. Convencida de tener la gloria en su corazón, hacía señas a los circunstantes para que se aproximasen; les sujetaba las manos contra su pecho para que también se convenciesen, y exclamaba: «¡Oh Dios! ¡Oh amor! ¡Oh paraíso!» Mas, fuera de estos casos, la embriaguez de este serafín, aunque sensible, era interna. Solamente por las llamaradas de fuego que salían de su corazón, y por la rubicundez del rostro, se descubría que Gema se encontraba en aquel estado de gozo inefable. Oigámosla: «Son tan fuertes, Dios mío, los lazos de tu amor, que no puedo desasirme de ellos. Déjame en libertad, suéltame; que no por eso dejaré de amarte. ¿Qué has hecho a mi corazón, Jesús, qué le has hecho, que se vuelve loco por Ti? ¡Ay, ya no puedo más! Necesito desahogarme, cantar y estar alegre. ¡Viva el amor increado! ¡Viva el Corazón de Jesús! ¡Ah, si viniesen los pecadores a este Corazón! Venid, pecadores, venid; no temáis; la espada de la justicia no llega hasta allí. Quisiera, Jesús amable, que mi voz llegase a uno y otro confín, para invitar a todos los pecadores a que entrasen en tu Corazón.»

Semejantes expresiones, exuberantes de amor, eran frecuentes en sus éxtasis, y solía reproducirlas al escribir:

«Tengo—decía—gran deseo de ir al cielo con Dios. ¡Ah, si pudiese oír de V. que dentro de algunos días Jesús ha de hacerme víctima, y que he de morir sólo de amor, qué muerte más dulce! No tendré sosiego, mientras Jesús no me comunique una parte de su fuego amoroso, y me consuma. Quisiera que mi corazón se convirtiese en ceniza, y que todos pudieran decir: el corazón de Gema ha sido abrasado por Jesús.» No crea el lector que este grado de unión haya de apreciarse en poco por ser sensible; puesto que lo que en él se manifiesta a los sentidos, no es otra cosa que la redundancia del goce interno del alma, producida por la luz extraordinaria que el Espíritu Santo infunde en la mente y por el amor experimental que la excita en el corazón.

A veces esta redundancia es tan fuerte que, derramándose cual torrente de fuego en la parte material del corazón, lo inflama de manera desusada: este ardor, entendido en el sentido indicado, constituye el sexto grado de perfección, el cual los místicos denominan *Llama de amor*. Tuvo tan intensa esta llama el serafín de Luca, que de haber durado dos o tres meses más, su corazón se hubiera encendido en el pecho. Y conste que no refiero leyendas, sino hechos reales y comprobados. Aquel corazón era una brasa, hasta el extremo de que no podía acercarse la mano, aunque fuese sobre el vestido, sin sentir que se quemaba. Para cerciorarme, di orden a la señora que la cuidaba que la observase durante los éxtasis, y ¡oh maravilla! una y más veces se pudo advertir que la parte externa que cubre el corazón estaba tostada, como si hubiese debajo carbones encendidos. El misterioso fenómeno duró el tiempo que dejo dicho, y al cesar, permanecieron sobre la piel, por bastante tiempo, las señales de la quemadura y la llaga formada por ésta. Dejemos que ella lo describa: «Desde hace como ocho días siento en el corazón una cosa misteriosa, que no sé cómo explicar. Los primeros días no hice caso, porque apenas me molestaba; pero ha crecido

tanto este fuego, desde hace tres días, que ya no puedo aguantarlo. Voy a necesitar hielo para apagarlo... Ni me deja comer, ni me deja dormir. Es fuego misterioso, que se comunica al exterior... Fuego que no atormenta, sino que agrada... pero que aniquila y consume. ¡Gran Dios, te amo...!»

Cuán grande era el dolor que, aunque delicioso, experimentaba la piadosa virgen a causa de tal fuego, lo declaró ella misma respondiendo a una pregunta mía, en los siguientes términos: «Para tener idea de él, suponga que en lo más íntimo de este pobre corazón se me ha introducido un hierro candente, el cual se mantiene constantemente en este estado merced a una fragua; así siento que me abraso.» A pesar de ello, este dolor tan intenso no lo habría cambiado por todo el oro del mundo, por cuanto mientras la carne lo padecía, la suavidad que su alma experimentaba era indescriptible. Por eso decía en sus éxtasis: «Tú ardes, Señor, y yo me quemo. ¡Oh dolor, oh amor inmensamente feliz! ¡Oh dulce fuego, oh dulces llamas! ¡No quieres transformar mi corazón en llama? ¡Ah, ya encontré la llama que ha de convertirlo en ceniza! Apártate, que no puedo ocultar en mi pecho tanto fuego. Mas ¿qué digo? No, Jesús mío, no te apartes; ven, yo te abriré mi pecho, para que introduzcas en él tu fuego divino. Tú eres la llama en que deseo que mi corazón se abra.» En otras ocasiones, como si antes no lo hubiese experimentado, decía con loco anhelo: «¿Qué incendio es este que siento dentro de mí? Jesús mío, ¿serán llamas de tu amor? Sí; ciertamente que lo son.» Y con estos desahogos, trataba de buscar alivio al calor que la consumía. «¡Pobre Gema! —escribía la señora que la asistía en su casa—; ¡Cuánto padece! Se consume de amor a Jesús; continuamente está diciendo que se siente abrasar, y, con todo, no ve fuego; se siente oprimida con fuerza, y no halla las cadenas que la aprietan. ¡Ah, si oyese qué palabras de amor, qué expresiones salen de sus labios cuando está en éxtasis!» De bue-

na gana transcribiría aquí una por una todas estas expresiones que en gran número han podido recogerse de su boca y de su pluma; pero sería cosa de nunca acabar.

En las mismas arideces, el ardor de su espíritu la tenía en movimiento; más todavía, la encendía cada vez más. En uno de sus éxtasis se le oyó gemir y exclamar: «¡Cuánta paz, cuánta quietud, aunque te me escondas! Con todo, puedes permanecer lejos; basta que nunca me falte tu amor. Enciéndeme; sólo tu amor me basta. Quisiera que todo el mundo dijese que tu amor me ha consumido. ¡Amor, amor! Quiero ir a ti. Aléjate cuanto quieras; no te perderé jamás de vista.» Luego, enardeciéndose cada vez más con el mismo amor que interiormente la estimulaba: «¿Por qué —decía,— me mostraste al principio tanto amor para luego dejarme así desamparada? El amor que te profeso es lo que me hace hablar así. Mas si no vuelves ¡oh Dios mío! moriré. ¡Oh Jesús! sostenme. Fálteme todo, mas no tu amor; luego, huye cuanto quieras.

San Pablo de la Cruz, mi Padre, que experimentó ese amoroso incendio, acostumbraba a decir: «Tengo secas las entrañas, tengo sed y quisiera beber; pero para extinguir esta sed, sería preciso beber fuego a torrentes.» Quien haya gustado las dulzuras del divino amor, no puede menos de sentir y hablar de esa manera; porque el fuego de la caridad llega a un punto en que no puede contenerse. El esposo de las almas, Cristo Jesús, fué quien primero dió el ejemplo, cuando embriagado de amor y dolor, gritó con voz angustiada desde la Cruz: «*Sitio*, tengo sed,» y de ahí aprendieron los doctores a designar con el nombre de *Sed* y *Angustia* de amor a este séptimo grado de la teología mística. El Padre Scaramelli da de él la siguiente definición: «Las congojas de amor son un vivo y ardiente deseo de Dios amado y gustado, pero no poseído todavía por el alma. La perseverancia, la duración de estas angustias, que se forman y se establecen por decirlo así en las vísceras del alma, se llama sed de amor.» Ahora volvamos a Gema.

El deseo de poseer a Dios, fué desde sus más tiernos años la única mira de esta santa criatura, la pasión de su alma, como se desprende de lo dicho hasta aquí. A medida que su alma se purificaba con los padecimientos, suministrados por el Señor en abundancia, crecía este deseo que le secaba las entrañas, produciendo ardiente sed, que sólo podía calmar la posesión de Dios. En tan angustioso estado, no encontraba alivio esta paloma, sino lanzando gemidos noche y día. «Quiero á Jesús, y necesito poseerlo.» Luego, dirigiéndose á él, le decía: «Jesús, date prisa. ¿No ves cómo te ama mi corazón? ¿No ves cómo languidece este corazón? ¿No te causa pena, Dios de mi alma, ver que de deseo desfallezco? Ven, Jesús, ven: date prisa para que oiga tu voz: ¡Oh Dios mío, cuándo me saciaré de tus luces divinas! Jesús, manjar de las almas fuertes, fortifícame, purifícame, divinízame. Gran Dios, Jesús, ayúdame; Dios engendrado de Dios, ven en mi socorro. Tengo sed de ti, Jesús. ¿No ves cuánto padezco por la mañana, antes de alimentarme de Ti? Por lo menos, cuando me alimente de ti, haz que quede saciada.»

Con deseos tan ardientes, ¿era posible que el órgano material, el corazón de este serafín, no se inflamase? Ya he dicho que se encendió, y con tal violencia, que se quemó la carne y la piel de la región que lo cubría, y añadido ahora que, a compás del incendio espiritual, aumentaba el fenómeno sensible; poco a poco aquel fuego, limitado primeramente al corazón, se extendió por el cuerpo, tanto que, habiéndolo yo advertido, me dijo un día: «Padre, mi corazón es víctima de amor, y de amor morirá. Estas amorosas llamas consumen mi corazón y mi cuerpo, y los convierten en pavesas. Ayer, al aproximarme al Santísimo, que estaba expuesto, tuve precisión de alejarme, porque un fuerte calor abrasaba mi cuerpo y salía por la cara. ¡Viva Jesús! Pero ¿cómo es que tantos se aproximan a Jesús, y no se queman?» El prodigioso fenómeno fué muchas veces comprobado por mí, mediante el termómetro. Ape-

nas lo aplicaba a la carne, la columna del mercurio subía hasta la extremidad del tubo, cual si le expusiese a la llama.

Aquí doy fin al capítulo para que el lector descanse, y en el siguiente manifestaré lo que falta para terminar este asunto.

CAPITULO XXVI

Prosigue la misma materia

Los siete grados de contemplación y de unión de que acabamos de hablar no son otra cosa que una preparación para el último, consistente en la unión perfecta con el Sumo Bien, a lo cual se llama *desposorio espiritual*. Con el *recogimiento* infuso, Dios hace al alma atenta; con el *silencio espiritual* la hace apta para oír su voz divina; con la *quietud mística* la dispone a obrar con magnanimidad, la temple con el *sueño*, la excita con la *embriaguez*, y la inflama con la llama y con la *sed* de estar a El unida y en El transformada, la atrae y la consume. Y en verdad, por más que el alma que ha alcanzado este altísimo grado de perfección, vea y sienta la proximidad de Dios y guste su inefable suavidad, sabe que no lo posee íntimamente. Es como la mariposa que, atraída por la llama, gira en torno suyo y se lanza con fuerza sobre ella, aunque no llega a penetrar para identificarse y permanecer en ella perdida. La pobre alma gime y se vuelve loca, con ansiedad tanto mayor cuanto más vivas son las luces adquiridas en la oración sobre la belleza y amabilidad de Dios. Declara esto, con breves, pero sapientísimas palabras, la seráfica virgen de Luca al dar cuenta a su director del estado de su alma. «Jesús está en mí; soy enteramente suya. Con todo, espero que se me conceda la gracia de ser transformada toda en él; me consume el deseo de poder lanzarme en el piélago inmenso del divino amor.»

Con todo, por ley ordinaria este insigne favor no se concede de un golpe al alma, la cual ciertamente no podría soportarlo. El Padre celestial la va disponiendo y preparando, por decirlo así, poco a poco, haciéndola antes pasar por un grado menos fuerte que es el octavo de la teología

mística. En éste, de cuando en cuando se comunica al alma, tocándola como con un vuelo y dejándose tocar de ella sustancialmente. ¡Oh gran Dios de amor, cuánto desearía entender y explicar mejor estas sublimes cosas! Mas no puedo. Los doctores místicos llaman a estas finezas del amor increado *Toques divinos* precisamente por ser instantáneos, y, por decirlo así, superficiales, y los definen: «Una impresión espiritual, análoga a la del tacto corporal, por la cual el alma siente, no sólo la acción divina, sino a Dios mismo, en lo más íntimo de su ser, y lo gusta por modo inefable.»

Pues bien, habiendo llegado los gemidos de nuestra santa virgen al término que hemos dicho, aumentados sobremanera los ardores de sus llamas y estando a punto de estallar su corazón enamorado, quiso Dios apiadarse de ella, y para hacerle más llevadera la vida, comenzó a dejarse ver, y permitirle de cuando en cuando que se acercase a su divino Corazón. No puedo precisar la fecha en que tuvo comienzo tan feliz estado, porque al encargarme de su dirección, ya lo había alcanzado, si bien estos *toques divinos*, eran entonces menos perfectos y raros. Ordinariamente tenía esto lugar durante la contemplación; en ella, a proporción que la luz sobrenatural descubría poco a poco a su entendimiento las divinas bellezas, el corazón, abrasándose en el pecho, latía con violencia y se consumía con el deseo de unirse al Sumo Bien; y a medida que crecían los deseos, se adelgazaba, por decirlo así, el muro de separación entre la criatura y el Creador, hasta que, derrumbándose, se encontraba la afortunada alma en contacto con la Divinidad.

En tal estado, apenas podía hablar. «Angeles, ángeles, ya que nada puedo hacer, aplaudid vosotros el amor de mi Dios. Heme aquí, Jesús mío, dejándome llevar de tu santo amor.» Después, abandonada de sus naturales fuerzas, en tierra desmayada. Esto le ocurrió una vez en la iglesia, caía después de comulgar; pero tanta vergüenza le causó

al volver en sí, y tanto suplicó a la Divina Majestad, que no volvió a repetirse en público nunca más. Atribuía ella este beneficio, con su natural sencillez, a los esfuerzos que hacía para contenerse, mostrándose satisfecha de ello; y por eso escribía a su director: «Jesús continúa haciéndose sensible a cada paso, y en cualquier sitio. ¡Sea por siempre bendito! ¡Pero cuánta violencia tengo que hacerme para ocultarlo, especialmente en la calle y en la iglesia! Tanta me hago, que a veces paso el día entero sofocando los deseos de arrojarme en el mar inmenso del divino amor, exceptuando pocos momentos después de comulgar, y aun entonces con ligereza, porque temo. Por la tarde, me sobreviene un poco de fiebre, ocasionada por los esfuerzos que tengo necesidad de hacer para distraerme, pero sigo adelante, ya que a Jesús le agrada este modo de conducirme. ¿Conseguiré vencerme? Temo que no; porque los impulsos son cada vez mayores, y apenas puedo resistirlos; cuando no pueda, los dejaré en libertad. ¡Viva siempre Jesús!»

En ocasiones se presentaba el fenómeno en forma sensible, pues, según hemos manifestado ya, se le aparecía el Verbo humanado, y después de inflamarle el corazón con su divina presencia, le indicaba que se aproximase a su costado, el cual besaba ella con sus labios de fuego, para caer al punto desmayada a sus pies. Véase cómo describe una de sus celestiales comunicaciones: «Recibida la sagrada comunión, sentí que Jesús llegaba. ¿Mas sabe V. como lo sentí? Apenas lo tuve en mi interior, principió a dar latidos el corazón con tal violencia, que creí se me salía del pecho. Luego me preguntó Jesús si le amaba de veras. Le contesté que sí; y a mi vez le pregunté: ¿Y tú, me quieres mucho? Y Jesús, después de acariciarme largo rato, me besó, dejándome abrasada y hecha ceniza en su presencia.»

Andando el tiempo, estos amorosos asaltos, si se me permite llamarlos así, se hicieron bastante más frecuentes,

sobre todo en los éxtasis; de lo cual era fácil enterarse, porque sus efectos se manifestaban a lo exterior. «Los desvanecimientos que me ocasiona... la presencia de Jesús—me escribía ella misma,—son... de cada vez más frecuentes... Si Jesús lo hace así, se quedará pronto solo... ¡Ah, el amor de Jesús es amor irresistible!... ¿Cómo no desear vivir toda absorta en él, consumida en las llamas de su santo amor?» En otra ocasión, insistiendo en su tan ingenuo pensamiento, vuelta al Señor se le oyó exclamar: «Pero, amado Jesús mío, si a todos les haces sentirse [esto es], abrasarse y acabar ante ti, las personas no podrán sufrirlo; quedarás solo.» Así creía esta seráfica virgen que todos los cristianos habían de arder como ella ardía en amor celestial, cuando su privilegio era rarísimo y poco menos que único en sus días. Y a pesar de esto, la santa virgen se creía desprovista de amor, y continuaba pidiéndoselo a su Dios con gemidos incesantes. Los toques de amor divino que con frecuencia experimentaba, no hacían más que aumentar su deseo, y por eso exclamaba: «Mi corazón está unido al de Jesús, que es quien lo absorbe. ¡Oh, dulcísimo Jesús mío quisiera desaparecer en las llamas de tu amor! ¿Cómo podré, Dios mío, corresponder a tantos beneficios? ¿Quién me ayudará en ello? El poco amor que tengo en mi corazón, Señor, sólo a tu misericordia lo debo.» En otra ocasión, preguntando al Señor la causa porque no cesaba la sed que sentía en sus entrañas, y el placer que experimentaba con las ligaduras de su amor, el Señor le respondió: «Porque te vencí.»—«¡Ah, sí; pues soy feliz viéndome vencida por tanta bondad y tanto amor!»

Así era; Jesús la había vencido, y para glorificarse en su amada, a la que había purificado durante tantos años, y preparado con abundantes gracias, haciéndola pasar por todos los grados de la vía unitiva, quiso consumir su obra con el don insigne de la unión perfecta. Según manifesté al hablar de su humildad, esta pudorosa virgen no se atrevía dar a Jesús el nombre de esposo, pues le parecía sufi-

ciente ser hija o esclava. También se abstenía, en sus primeros éxtasis, de darle tan dulce título y a sí misma el de esposa; pero creciendo en su corazón el fuego de las celestiales llamas, y con el amor la confianza, poco a poco le entraron deseos de llamarlo con este nombre, y principió a soltar alguna que otra aspiración. «Dios mío, si de madrugada experimento tanto consuelo llamándote Padre, ¿qué será cuando te pueda decir mi amado? Consuela, Jesús, consuela a esta tu pobre hija y prometida esposa.» En otra ocasión, estando también en éxtasis, se le oyó hablar con su Dios en tono anhelante: «¿Pero, Jesús, he de ser siempre tu hija? ¿Nada más? ¿Yo quisiera Jesús!... Sí, lo que intento sería demasiado para mí. ¿Te diré lo que quiero? Pues quiero ser tu... esposa. Sí, tu esposa, buen Jesús.» Y diciendo esto, cayó desmayada y permaneció en el suelo como muerta varias horas. ¡Divino esposo de las almas acude tú, y dile que ya es hora; di a esta inocente virgen: ¡levántate y ven! *Veni, sponsa Christi, accipe coronam quam tibi Dominus praeeparavit in aeternum.* Los deseos de esta santa alma fueron satisfechos, y el divino Verbo se unió a ella con indisoluble lazo de amor, sin que faltasen las arras en el místico desposorio. Jesús se le hizo visible, como a Santa Catalina y a mi Padre San Pablo de la Cruz, en forma de hermoso Niño en brazos de su Santísima Madre, la cual, quitándole un anillo del dedo, se lo puso en el de la afortunada sierva de Dios.

Desde aquel día, Gema no pareció criatura humana. La majestad de su rostro, el esplendor de sus ojos, su peculiar sonrisa, y cuanto en ella se había observado, tomó desde entonces un no sé qué de celestial, que infundía reverencia. Los que con ella hacían vida común, me escribían: «Crea, Padre, que no se le puede mirar a la cara, pues parece un serafín; y si se le mira un poco, hay que bajar la vista por reverencia. Cada vez es más recogida, más silenciosa, más grave, sin que por eso deje de ser la primera en aplicarse a las labores domésticas. Cuando está

en oración, casi toda la pasa en éxtasis. Bastaría que la viese V., para sentirse conmovido hasta el punto de derramar lágrimas. ¡Si oyese las palabras de fuego que salen de su boca! ¡Pobre Gema, digna es de nuestra estimación!» Este feliz estado, me lo describió la piadosa virgen con las siguientes palabras, tan breves como elocuentes: «Jesús continúa queriéndome mucho, pero *no como antes*, sino con unión *muy diferente*. Desde aquel día principió para mí *nueva vida*.»

Por el bajo concepto e imperfecta semejanza de la palabra sponsalicio, puede formarse idea el piadoso lector de lo que entienden los autores místicos por este altísimo grado de unión a que fué elevada la virgen de Luca. Así como en el terrenal matrimonio, dos personas se entregan la una a la otra, con cuanto tienen y son, de modo que vienen a ser una sola; así en el espiritual y divino, el alma se entrega a Dios y Dios al alma, y esta unión, aunque inefablemente más perfecta, es, como aquélla, íntima, continua e indisoluble. Es íntima porque tiene lugar en el centro, o como dicen los doctores místicos, en la substancia del alma; es continua, porque no está sujeta a interrupción por parte de Dios, que es su autor; es indisoluble, porque ordinariamente no sucede que el alma, en estas condiciones, pierda la gracia santificante y se aparte de Dios por el pecado mortal. Esta es la causa por la cual unión tan perfecta se distingue de los ocho grados precedentes, en los cuales comunica el Señor sus celestiales dones, pero no se comunica El mismo; se dirige a las potencias del alma por intervalos más o menos frecuentes, pero nunca en forma permanente. Dejemos a Gema describir tan sublime unión, ya que felizmente tiene feliz experiencia: «Ya no estoy en mí, ni me pertenezco, pues soy de mi Dios, toda para él y él todo para mí, como decía la esposa de los Cantares. *Ego dilecto meo et ad me conversio ejus*. Jesús está conmigo y es todo mío; él está solo, y yo sola con él, para bendecirlo y agasajarlo. Lo tengo encerrado en mi corazón, en

donde desaparece Su Majestad. Porque allí estamos los dos solos, y al unísono con el Corazón de Jesús, palpita el mío...» «¡Viva Jesús! Su corazón y el mío son una misma cosa. No pasa un minuto sin que se sienta su amable presencia, que se manifiesta más afable cada vez.»

Con tales expresiones, repetidas a menudo por la joven esposa, se comprende fácilmente cuán grande es la felicidad del alma elevada a tal altura en esta vida mortal, y cuán copiosos los sobrenaturales frutos que recoge, procedentes de la unión con el Bien Infinito. No podía ser de otro modo, desde el momento en que los bienes del esposo, son de la esposa, y bienes infinitos, como de Dios al fin. Con razón sobrada exclamaba Gema: «¡Qué preciosos son estos momentos! Es una felicidad sólo comparable a la de los ángeles y a la de los bienaventurados. Si, soy feliz, porque mi corazón palpita con el tuyo; soy feliz, Jesús mío, porque te poseo. ¡Oh Jesús, cuánto consuelo me infunde el saber que te poseo! Dios mío, si tan felices nos hace tu posesión en la tierra, ¿qué será poseerte en el cielo?» Y a su director escribía: «¡Si pudiese, Padre mío, gustar y experimentar tantos dones como Jesús me concede! ¡Cuán bueno es Jesús! Tengo necesidad de pedirle que limite sus gracias, porque no puedo más. Ayúdeme, padre, y bendígame.»

¿Qué gracias eran aquéllas? Solamente ella podría explicarlo. Eran gracias que la ennoblecían y hermoseaban, haciéndola cada vez más acepta a la Divina Majestad. Gema se sentía como transformada en Dios, con todas las potencias de su alma, como sumergida en un abismo de luz, de serenidad y de paz. En tan feliz estado, puede decirse que sus éxtasis se hicieron continuos, porque aunque cesaban de cuando en cuando, su alma estaba constantemente absorta en Dios y sobrecogida de gran estupor. Y en los éxtasis, y aun fuera de ellos, ¡qué de secretos le comunicaba el Divino Verbo! ¡Con cuán sublimes visiones la favorecía, visiones intelectuales, y aun sensibles, que con aquéllas alternaban! ¡Qué luces tan claras aquellas con que le descubría

la gloria que le tenía preparada, los misterios de la fe y la perfección de sus divinos atributos! ¡Ah, ahora comprendo por qué, mostrándose disgustada de las cosas del mundo, se la oía a menudo exclamar: «En la tierra todo me causa fastidio; sólo deseo amar y amar mucho. Me desahogo cuanto puedo con aspiraciones y jaculatorias; así paso mis días.» Ya no me admira verla enamorada del paraíso, pareciéndole pequeño el que tenía en su corazón. «Es preciso ir al paraíso, en donde se verá a Dios todo entero; en donde se poseerá con toda perfección, hasta quedar satisfecha el alma. ¡Cuándo, Dios mío, me permitirás que vaya al Paraíso?»

También comprendo por qué producía a Gema tal espanto el solo nombre del pecado, y la causa de su ardiente celo, capaz de dejarse matar antes que permitir la menor ofensa a Dios, como también aquellos vehementes deseos de satisfacerla con padecimientos de cualquier clase, y de hacer grandes cosas por su gloria. «¿Qué haré yo por Jesús?—decía con viveza.—Daría mi vida si pudiese; pero no, quiero vivir, si así le place, para trabajar en su obsequio, hacer penitencia y padecer mucho, que mucho es lo que le amo. ¡Oh, si poseyese, como ardientemente lo deseo, el amor de todas las almas santas! ¡Quisiera más; si pudiese, quisiera igualar en pureza a los ángeles, y aun a la de nuestra Santísima Madre María!» Y es natural que así pensase y así sintiese. La esposa, vive sólo para complacer al esposo. De sí misma no se cuida para nada; en cambio, a trueque de tenerlo contento, acepta cualquier incomodidad, por grande que sea. Las deshonras y los ultrajes que contra él se cometen, son ultrajes y deshonras que a ella se hacen en lo más íntimo del corazón.

En confirmación de esto, voy a referir un hecho ocurrido a Gema. Volvía ésta de la iglesia, cuando uno de sus parientes, ciego de ira, ocasionada por un suceso desagradable, se le acercó vomitando horrendas blasfemias. La joven tembló al oírle, quiso reñirle, pero, falta de fuerzas,

cayó desmayada. Mientras tanto su corazón latía con violencia, pero vencido por el dolor, dejó que la sangre se acumulase en las venas, saliendo luego por los poros de la piel en forma de sudor tan abundante, que mojó los vestidos y se derramó por el suelo. ¡Admirable espectáculo, que en la hagiografía cristiana no tiene igual, fuera de nuestro Señor Jesucristo, quien, para demostrarnos la horrible ofensa que se hace á Dios con el maldito pecado, entró en la agonía en el Huerto de los Olivos, y sudó sangre! Ahora vea el lector y diga si puede imaginar amor más tierno, ardiente y sincero que el que nos demuestra aquí esta virginal esposa. Pasado el desmayo, levantóse, y, sin saber lo ocurrido, y distraída con la profunda aflicción que todavía experimentaba, se metió en casa. Encontróse de buenas a primeras con la tía, la cual, no sabiendo a qué atribuir la palidez del rostro, preguntó qué le había ocurrido, pero observando que estaba manchada de sangre, y en la creencia de que se había flagelado excesivamente con instrumentos de penitencias, la regañó con aspereza. Al verse descubierta, la humilde joven se avergonzó, y en medio de gemidos y sollozos, confesó ingenuamente que el mal se lo habían causado las blasfemias proferidas en su presencia. Conmovida la señora, preguntóle con disimulo: ¿Por ventura es esta la primera vez que oyes blasfemias en nuestra infeliz ciudad? ¿Cómo es que solamente hoy te produjo ese efecto? A lo cual repuso Gema sin dejar de sollozar: «No es la primera vez, siempre me causa el mismo efecto, si no consigo escapar o al menos distraerme.» Pudo haber añadido que otras veces le ocurrió algo más, porque la fuerza del dolor hizo que de sus ojos brotasen lágrimas de sangre⁽¹⁾. Tan extraordinario fenómeno, único en la historia, a lo que sabemos, se manifestó muchas veces después de haber sido elevada Gema por Dios a la perfección del amor, de la que estamos hablando, según pu-

(1) Véase el cap. XII.

dieron observar muchísimas personas. La sangre corría en abundancia de aquellos inocentes ojos, exprimidos por el dolor que le producían las ofensas hechas a su divino amante; las gotas se coagulaban en el rostro, y era preciso separarlas a pedazos.

Otro de los frutos que alcanzó Gema con su perfecta unión con Dios, fué cierta impasibilidad en las mayores tribulaciones de su vida; porque o no las sentía, o si las sentía, no les daba importancia, hasta el punto de que, aun cuando los que vivían en su compañía se sobresaltasen, ella conservaba su imperturbable calma. «No os turbéis—decía,—no es nada; no ha de permitir el Señor que nos sobrevenga ningún mal. ¿No está aquí Jesús? ¿A qué tanto temor?» Aun en medio de los dolores físicos que por mucho tiempo la atormentaron, conservó su habitual jovialidad. La sequedad de espíritu fué, según hemos visto, el gran tormento de su corazón, porque al desaparecer el Señor de su vista, temblaba de pies a cabeza temerosa de perderlo sin remedio, y el corazón se consumía de ansiedad. Pero cuando llegó a ser esposa, ya no se turbó más: sabía que el lazo que a Dios la unía no se rompería jamás, pues aunque el Señor, para probarla, ocultara su dulce presencia, no podía separarse de su corazón; por eso era tan distinto ahora su lenguaje de lo que había sido antes. «¿Quién sabe—decía—si Jesús volverá a hacerse visible? Pero aunque Jesús no me mire, no importa; yo siempre le miro a él, y aunque no me quiera a su lado, estaré siempre con él; quiero pensar siempre en él, que al fin volveré como antes. Huye, Señor, huye, que detrás de ti voy yo. Ni el cielo, ni la tierra ni el mismo infierno me separarán de ti. Si te place mortificarme ocultando tu presencia, para mí tan querida, con tal que sepa que estás contento, no me importa, porque contento tú, nada me falta. ¡Viva Jesús escondido!»

Más todavía. Ni las mismas vejaciones diabólicas, de cuya horrible atrocidad hemos hablado en otra parte, lo-

graron hacerle perder la paz del corazón, hasta el punto de que en la última carta que me escribió poco antes de morir, pudo decirme: «Crea, Padre, que el diablo no me causa ya miedo alguno. Me combate por todos lados, pero estoy cierta de que, si Jesús le permite molestarme, no le permitirá hacerme daño alguno.»

De lo dicho resulta con evidencia que, unida estrechamente su voluntad a Dios, en la de Dios reposaba, como fruto el más excelente del referido grado de unión mística: la entrega absoluta a Dios. Muchas páginas tendría que escribir si tratase de indicar solamente algo de lo que, sobre este asunto, tengo anotado en mis apuntes; pero, con lo dicho, el lector puede formarse una idea de la perfección de la sierva de Dios en tal estado. El hecho es que esta joven, desde niña, no tuvo otro deseo que cumplir la voluntad de Dios, en cuyo cumplimiento halló siempre su paz y su felicidad; pero cuando fué elevada al grado de esposa, la voluntad de Dios fué para ella, no sólo pasión, sino verdadera necesidad. Así pudo decirme un día: «Padre, puede estar satisfecho. Me he puesto por entero en manos de Dios; estoy rendida a su voluntad. Busco a Jesús, es verdad, mas para que me ayude á ejecutar su voluntad. He aprendido otra cosa, y es que interiormente no hago investigaciones, sino que vivo en silencio y en la paz del corazón. ¡Cuánto se goza, estando unida a su santísima voluntad! Es su deseo; basta.» De aquí nacía en ella aquel valor de gigante con que afrontaba las dificultades y los obstáculos de que hemos hecho ya mención varias veces; aquel heroísmo con que sobrellevaba los trabajos de cualquiera especie que fuesen; aquella constante alegría, que, descendiendo de la parte superior del alma a la inferior de los sentidos, le hacía pasar tranquila los días, querida al par que envidiada de cuantos la trataban. Empero lo que más me conmovía en el feliz estado de Gema, lo cual deseo que se tenga por particularmente notado, era el fuego que encerraba su pecho para con el Sumo Bien. Estoy per-

suadido, y me atrevo a asegurarlo, que son muy pocas las almas comúnmente conocidas que han demostrado abrigar para Dios en sus entrañas llamas más intensas que las tuyas. A ella misma, cuyo corazón hacía tantos años que estaba acostumbrado a palpar de amor, se le oyó decir: «¿Qué es lo que siento? ¡Dios mío, no puedo con tanta dulzura y tanta felicidad! ¿Pero, Señor, qué es lo que siento? ¡Ah, es que te siento a ti en mi corazón y te siento vivo! ¡Qué misterio! Me parece estar en el paraíso. Jesús, al sentirte palpar así en mi corazón, creo que un día u otro me harás morir. ¡Jesús, si pudiese decirse un día que he sido consumida por tu amor! No, Jesús, no me mandes que te ame. Tampoco yo te pediré más amor; no soy capaz de él. ¡No me consumas, no; ya no puedo sufrir más!»

Efectivamente, así era. El órgano material del amor, el corazón, daba pruebas de ello; pues viéndose incapaz de corresponder a los ardores del espíritu, al hallarse ensalzada la piadosa virgen á este último grado de caridad, se agitaba en el pecho con movimientos insólitos. «El corazón —decía Gema— me late excesivamente; parece que quiere salir de mi pecho. Es muy débil y no sabe estarse quieto. Me causa gran incomodidad tener que permanecer en cama; la hace temblar en demasía. A veces parece que se quiere escapar, y tengo que poner la mano en el pecho para sujetarlo. ¡Cuánto diera por tener algo que templase las llamas que de continuo agitan mi corazón.» No creas, lector mío, que estas palabras sean exageraciones; centenares de veces comprobó la experiencia lo que en ellas se asegura. Con tal fuerza latía aquel corazón, que, intentando algunos resistirle fuertemente con ambas manos, las rechazaba con violencia. Yo mismo vi agitarse la silla en que estaba sentada, y la cama en que yacía durante las fuertes conmociones, mientras ella permanecía quieta, y lo que es más de maravillar, sin sombra de fastidio, angustia, ni temblor. Hablaba con libertad, se movía con desenvoltura, cual si nada tuviese, sin dar señales de incomodidad;

solamente se le agitaba de aquel modo el corazón. Preguntándole yo en cierta ocasión qué le parecía aquel fenómeno, me contestó con su habitual sencillez: «¿No lo ve? Jesús es muy grande, y mi corazón pequeño. Jesús no cabe en corazón tan pequeño, y lo sacude para hacerse lugar. Mal se remediaría la falta de espacio, si Jesús no la remedia. ¡Que se dilate cuanto quiera el corazón, con tal que esté cómodo Jesús!»

Y tanto se dilató aquel corazón, que un día levantó tres costillas del lado correspondiente, del mismo modo que sucedió a San Felipe Neri y a mi santo Padre Pablo de la Cruz, en un arranque de amor divino. Habiendo persistido durante largo tiempo el misterioso fenómeno, pudo ser estudiado y observado. Las tres costillas estaban fuertemente encorvadas, casi en ángulo recto; formando exteriormente un voluminoso abultamiento, que dejaba en la parte interior espacio suficiente para que el corazón latiese con menos dificultad.

Hago aquí punto final, porque me faltan las fuerzas y no puedo continuar. Doblo mis rodillas y te adoro, buen Jesús: Tú solo eres el autor de tanta maravilla.

CAPITULO XXVII

De los éxtasis de la Sierva de Dios y de las apariciones con que fué favorecida del cielo

Entre los grados de la unión mística, ponen los teólogos el éxtasis y el raptó, y con razón: porque el éxtasis no es otra cosa que un suave y más fuerte atractivo del alma a las cosas celestiales; el cual atractivo, haciéndola capaz de atender al gobierno de los propios sentidos, hace que éstos queden como desamparados y apagados. Cuando este atractivo y la consiguiente pérdida de los sentidos acaecen rápidamente y con cierta brusquedad, el éxtasis toma el nombre de raptó. Teniendo que decir algo sobre estos grados de unión de nuestra Gema, he creído útil hablar de ellos en capítulo aparte. Aun cuando haya tratado arriba del último y más sublime de todos, que es el grado de unión estable y perfecta, repetiré aquí que, si bien por ley ordinaria progresa el alma regularmente en las vías místicas, pasando de los grados inferiores a los superiores, el Espíritu Santo, que no está obligado a tales prescripciones, suele, con todo, no pocas veces invertir el orden, comunicándose con sus gracias más elevadas a ciertas almas que no han sido preparadas para recibir gracias menores.

Así ocurrió con la virgen de Luca; Gema, en efecto, empezó a tener éxtasis y raptos antes que su contemplación alcanzara los grados de perfección anteriormente descritos. Cuando tomé bajo mi dirección aquella alma privilegiada, la encontré en posesión de esta gracia, la cual, al par de las demás, iba creciendo, y, se hizo en ella tan frecuente, que parecía serle como connatural. Sin distinguir aquí entre éxtasis y raptó, porque estos dos fenómenos alternaban de continuo en Gema, y los mismos arrebatos

del segundo tenían toda la majestad y sobriedad del primero, me serviré de un nombre para designar a ambos.

Esto supuesto, empezaré diciendo que este estado extático se manifestaba, según vimos al hablar de la contemplación en general, en cualquier tiempo y lugar, cuando menos lo esperaba: comiendo, trabajando, conversando por la calle, etcétera. Generalmente, lo presentía Gema, pero sólo unos minutos antes. Era un súbito recogimiento, seguido de ardiente deseo de unirse más íntimamente a Dios, y acompañado de intensos latidos de corazón. Al presentarse estos signos precursores, trataba de distraerse, para apartarlos, y si no lo conseguía, procuraba ocultarse para que nadie la viese; y la generalidad de las veces le sobrecojía el éxtasis. Pero si la divina comunicación era instantánea, entonces quedaba en su puesto, extática, absorta en Dios con el entendimiento y las potencias todas de su alma, mientras los sentidos externos perdían su uso y su actividad. He dicho los sentidos y no el cuerpo, porque éste conservaba la flexibilidad y la libertad de los movimientos, de mantenerse de pie, o de rodillas.

En este desgraciado siglo, en que el racionalismo se complace en sembrar la duda sobre todo lo que pertenece al orden sobrenatural, por el prurito de no creer, mientras luego con los ojos vendados se deja engañar por hipnotistas y espiritistas, parece que Dios quiso demostrar la predilección que tenía por su sierva, moderando en ella la forma de ciertos fenómenos exteriores, que en algunos Santos extáticos motivaron la crítica de los sofistas. En efecto, Gema, durante su éxtasis, ofrecía las cualidades todas de una persona sana, en perfecto estado fisiológico: nada de palidez cadavérica, ni de gestos inusitados, ni de contracciones musculares. En cambio, sus sentidos exteriores no funcionaban. Podía uno pincharla con un alfiler, quemarla con la llama de una vela, o hacer ruido ensordecedor; todo era inútil, pues mientras la feliz joven estaba con su Dios, no sentía ni se enteraba de nada de lo que pasaba en torno

de ella. Cuando los éxtasis eran dolorosos, cosa que sucedía muy a menudo, sus inocentes miembros, a pesar de continuar sanos, quedaban sin fuerza, hasta el punto de que era preciso sostenerla para que no cayese al suelo, y si estaba en el lecho, yacía como persona moribunda. Por lo contrario, en los otros éxtasis, el cuerpo parecía participar de la satisfacción que experimentaba el alma, según está escrito en los salmos: *Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum*. Y bien lo daba a entender la luz de sus ojos, que en los éxtasis parecían dos soles, el color de sus mejillas y la expresión angelical de su rostro. «¡Si la hubiese visto ayer!—me escribían desde allí.—¡Dios mío, no se la podía mirar! No parecía de criatura humana aquella cara, sino la de un serafín, que movía a devoción y hacía llorar. ¡Qué breves son las horas en que Gema permanece en éxtasis!» Este fenómeno, a pesar de su frecuencia y haber sido observado repetidas veces por la familia, parecía siempre nuevo. ¡Tan cierto es que de las cosas sobrenaturales jamás se sacia el hombre! En los últimos días de su vida, cuando la demacración causada por la enfermedad había quitado al rostro su belleza, los éxtasis se la devolvían de súbito, dándole cierto aire majestuoso, que infundía veneración y respeto.

Para mayor orden en la exposición, dividiré los éxtasis de Gema en pequeños, grandes y extraordinarios. Los pequeños, que no sólo eran los más frecuentes, sino que llegaban a repetirse diferentes veces al día, eran los más espontáneos y sencillos. Por escasa que fuese la luz infusa que descendía a su entendimiento, ante la visión celestial más ordinaria, se borraba repentinamente el mundo sensible, y presa de profundo recogimiento, en un instante se dirigía al cielo, con todo su ser, sin sacudimientos de ningún género, porque aquel vuelo era únicamente espiritual. Para advertirlo, había que mirar sus ojos centelleantes, fijos en el cielo, o en el sitio de la visión. ¡Cuántas veces derramé lágrimas orando a su lado, o recitando con ella el oficio

divino mientras estaba ella en éxtasis! En un extremo de la mesa, Gema, con su breviario en la mano, y en el otro yo, salmodiábamos alternativamente; ella leía las lecciones de los nocturnos y respondía con notable exactitud a los versículos y responsorios, hojeando suavemente el libro con la mano. ¿Cómo podía hacer esto? Dios mío, confieso que jamás llegué a comprenderlo, pues estaba abstraída de los sentidos, insensible al tacto, y aun los ojos, que sólo le servían para leer, permanecían impotentes para cualquier otro uso. Empero apenas suspendía, por una u otra causa, aquel devoto ejercicio, recobraba el uso de los sentidos, para perderlo tan pronto como volvía a tomar el hilo de la interrumpida alabanza. ¡Cuántas veces, al preguntarle yo si su Angel Custodio permanecía a su lado para hacerle guardia, Gema, con embelesadora gracia, dirigía la mirada hacia él, y, mirándolo, permanecía extática y ajena al uso de los sentidos durante todo el tiempo que se entretenía contemplándolo! Otro tanto puede decirse de las visiones que el Divino Espíritu le facilitaba durante el día, demostrando con ellas cifrar sus delicias en permanecer al lado de su fiel sierva. Tales son los éxtasis de Gema que llamo yo menores, por ser menos perfectos, de breve duración, y la generalidad de las veces puramente sensibles. Eran también muy poco profundos, pues, excepción hecha del sentido del tacto, la pérdida de los demás sentidos no era total; por esto sucedía, con relativa frecuencia, que, en semejante estado de abstracción, pudiese leer y escribir cartas, o bien conferenciar con su Padre espiritual. ¡Y qué cartas, Dios mío, y qué discursos!

Los grandes éxtasis eran menos frecuentes, pero en cambio más profundos, de mayor duración, de media a una hora, y á veces más; en ellos la pérdida del uso de los sentidos era total y persistente. Para despertarla, era necesario un mandato verbal; pero en ocasiones no bastaba esto, porque el Divino Espíritu no está obligado a obedecer al hombre, aunque sea su ministro. En otras, bastaba un pre-

cepto mental para que la piadosa virgen saliera de los éxtasis más sublimes, sin dar señales de disgusto; y si lo efectuaba espontáneamente, por suspensión de la acción divina, entonces era de ver lo tierno y alegre de aquel despertar. Ni un bostezo, ni un movimiento que indicase fastidio o cansancio, sino la dulce sonrisa del que, concluyendo de hablar con una persona, se dirige a otra que le espera. Tal era el tránsito de Gema de los éxtasis a la vida de los sentidos. Algunas veces cubría sus ojos con las manos, cual si se avergonzase de que la hubiesen visto en aquel estado, o bien porque no le gustase mirar la tierra, después de haber contemplado el cielo. Por lo regular, los grandes éxtasis ocurrían por la mañana, después de comulgar, o cuando iba a visitar a Jesús sacramentado en las cuarenta horas, y en ocasiones parecidas en que, con más fuerza, se encendía el fervor de su alma.

Finalmente, los éxtasis extraordinarios se presentaban varias veces al año, sin sujeción a regla determinada, y también en forma periódica, dos veces por semana: el jueves por la noche, a eso de las ocho, y el viernes por la tarde, hacia las tres. Para hablar de estos únicamente, diré que aparecían de ordinario cuando estaba cenando con la familia; los que la habían visto otras veces podían notarlo con facilidad, ya por el profundo recogimiento, ya por ciertas miradas llenas de un no sé qué celestial que dirigía al cielo, ya por una particular inmovilidad acompañada de cierta violencia que, al parecer, hacía para resistir. Cuando advertía lo que iba a ocurrir, segura de que no sería notada su falta, se levantaba y corría a encerrarse en su habitación. Al poco, rato uno u otro de la casa iba en su busca, y la encontraba arrodillada junto a la cama, con las manos juntas, los ojos dirigidos a lo alto, perdida en Dios, y abstraída de los sentidos por entero. Si el asalto amoroso del Divino Espíritu era más vehemente, la prudente joven, temerosa de caer al suelo desvanecida, porque las fuerzas corporales no fuesen suficientes a sostenerla, se

sentaba en la cama tomando una actitud verdaderamente angelical. La duración de estos éxtasis solía ser de una hora.

Aunque frecuentes, llamo a estos éxtasis extraordinarios, por la intensidad de la luz divina, por los grandes sucesos que en ellos tenían lugar y por los efectos que en Gema producían, uno de los cuales era la participación de los dolores del Salvador en su pasión, incluso las llagas, fenómeno de que trataré exprofeso en el capítulo siguiente. Cuán admirables eran los efectos que se producían en el alma de nuestra extática, y cuán sublimes las divinas comunicaciones, nos lo da a entender ella con sus manifestaciones exteriores, cuando con voz sensible se entretenía hablando con su Dios. Las dos piadosas señoras en cuya casa vivía, tenían el encargo de recoger taquigráficamente aquellos discursos; y fué gran dicha, pues de otra manera, se habrían perdido, o no los habría reproducido con tanta fidelidad la memoria. Por tal motivo, sólo de éxtasis en que se pudo percibir lo que Gema hablaba, se recogieron ciento cincuenta, que fueron escritos cuidadosamente. Varios son los temas que en ellos trataba, altísimos sus pensamientos, exacta la doctrina, teológica y místicamente considerada, y en forma majestuosa, llena de unción celestial, que desciende hasta el corazón de quien los lee. ¡Cuánto más lo serían, si se hubiesen oído de boca de la extática! De mí sé decir que, al oír aquellas palabras de fuego, no pude menos de llorar. El tema que se trataba en cada uno de los éxtasis, de ordinario solía ser único, y consistía en un himno de alabanza a los atributos divinos, o en un epitalamio al celestial esposo, o bien en una lucha amorosa con la misericordia divina por la conversión de algún pecador; pero la mayor parte se referían a la pasión de Jesucristo y al deseo de ser crucificada con él. Para satisfacción del lector, transcribiré aquí parte de uno de esos discursos enviado por Gema en una carta, según se lo ordené, después del éxtasis. Tuvo éste lugar el 19 de Mar-

zo de 1901 a las diez de la mañana, y, como siempre, fué un coloquio entre Jesús y la piadosa virgen, del cual sólo trasladaré la conclusión, en obsequio a la brevedad: «Jesús —le dijo al concluir él de hablar,—cuando recuerdo tu nombre, mi alma se llena de regocijo; solo tu nombre, tu nombre solamente tranquiliza mi vida. ¡Oh Jesús, separé mi corazón de este mundo para colocarlo en ti; pero mi alma se agita oprimida por el peso de tantos favores, y como no puede pagarlos con obras heroicas, se eleva con pensamientos y expansiones amorosas! Y Jesús—es Gema quien habla—me contestaba; y sus palabras me producían tal efecto, que me moriría de buena gana para irme al cielo, tanto que no pude menos de exclamar: ¡Oh Jesús, esta pobre alma está unida al pobre y vilísimo cuerpo, y como no puede llegar hasta ti, bate sus alas y se eleva cuanto puede para estar más cerca de ti; se eleva con el espíritu—y quería decir con el pensamiento y los afectos,—porque éstos no están atados como el cuerpo! Por eso no hallo consuelo, y con el temor me vuelvo hacia los ángeles, para que sean testigos de las maravillas de Dios. Decidme—así los apostrofaba,—estos rasgos de su infinito poder, ¿no están gobernados por su amor? Después, volviéndome a Jesús, le pregunté qué había hecho a mi corazón que ya no me obedecía. Quiere siempre volar a ti, y no puedo impedirselo. No quiere ser mío, se ha entregado a ti por entero. Y Jesús, con voz amable, me respondió: Te vencí. ¡Ah, soy feliz, me vencieron el amor y la bondad! ¡Viva Jesús!»

No fué inútil mi encargo a Gema de que escribiese alguno de sus éxtasis, pues con esta precaución pude cerciorarme de que la sierva de Dios recordaba exactamente lo que en él había ocurrido y estaba enteramente de acuerdo con lo que sus familiares habían recogido por escrito. Prueba clara de esto es el pasaje anteriormente citado de la victoria que Jesús se glorió haber alcanzado sobre Gema. Confróntelo el lector por sí mismo con las tex-

tuales palabras de dicho éxtasis, comprobado por los testigos, según he referido.

Empero los trasportes más tiernos de este serafín eran los que tenían por fin la pasión de Jesús. He aquí un ejemplo: «¿Quién te ha llevado a la muerte, Jesús? El amor. ¡Ah, esos clavos, esa cruz, esa sangre, obras son de tu amor!» Y aquí, mientras el divino amante de los corazones derramaba en su alma torrentes de luz para revelar los inefables misterios de la redención, y fuego en el corazón para inflamárselo en caridad, Gema se desahogaba en esta forma: «¡Oh Jesús! ¿qué sería, si un día?... ¡Ah!... ¡Víctima de amor por ti? ¡Oh, haz, Señor mío Jesús, que cuando mis labios se acerquen a los tuyos para besarlos, sienta yo tu hiel! Y cuando mis hombros se apoyen en los tuyos, hazme sentir tus azotes. Y cuando tu carne se comunique a la mía en la Sagrada Eucaristía, dame a sentir tu pasión. Y cuando mi cabeza se acerque a la tuya, haz que sienta tus espinas. Y cuando mi costado se aproxime al tuyo, dame a sentir tus brasas... ¡Oh! ¿qué te daré por los dones que me has concedido, por haberme amado y sufrido? ¿Qué puedes esperar de mí, vil criatura? Te daré todo lo que tú mismo me has dado.» Luego, volviéndose a sí misma, añade: «¡Ea, alma mía, bendice a Jesús; nunca olvides los muchos dones que te ha otorgado; ama al Dios que tanto te ama; sube a Aquel que tanto se ha abatido por ti; muéstrate como El se muestra contigo; sé limpia, sé pura, ama a tu Jesús, que te ha sacado de tanta miseria; ama a tu Dios, bendice a tu Señor!» Y Jesús, manifestando lo mucho que se complacía en esto, insistía en que lo amase cada vez más y se persuadiese de que el amor se demuestra con el sacrificio. «¿De modo, Jesús—decía ella,—que para aprender a amar, hay que aprender a padecer? ¡Ah! Ahora veo bien que tu sangre es obra de amor. ¡Oh, bien, Jesús; si me quieres, me ofrezco como víctima! El mismo cáliz en que has puesto tus labios también lo beberé yo. Gracias, Jesús, de que así me tengas en la cruz.»

¿Qué diré, además, de la inefable sencillez que con mucha frecuencia, casi siempre, se mezclaba con estos sublimes afectos? No te canses, oh lector, oír de nuevo a esta seráfica joven, la cual ruega a su Dios que le quite las señales externas de las llagas, pues, como no podía ocultarlas, la llenaban de angustia, según hemos visto. Transcribiré abreviando: «¿Qué decís, Jesús? ¿me dais este consuelo? ¿Me habéis concedido tantas gracias!... ¿Cómo no darme la más necesaria? (advierte, lector, que dice la más necesaria). Si lo hacéis así, cuando me digáis: «Gema, ¿me amas?, os diré que no. A lo menos cuando os haya importunado y estéis cansado de mi importunidad, me diréis: Sí, te concedo la gracia.» A estas palabras, parece que el amoroso Señor se sonrió; entonces ella, animada cada vez por el amor, repuso: «Vos, Jesús, sonreís, pero yo no sonrío. Oid, Jesús, ¿me concedéis la gracia? De lo contrario, esto acabará mal. Decid que sí, presto. No miréis mis méritos; mirad los méritos de quien os la pide por mí.» Y habiéndole asegurado el Señor que, en parte a lo menos, satisfaría su deseo, como en efecto sucedió, Gema se lo agradeció con estas palabras: «Imposible me parecía que no me la concedierais. ¡Bravo, Jesús!» Dicho esto, alegre y sonriente, salió del éxtasis. Me abstengo de traer otras citas, pues puede el lector ver íntegros estos éxtasis en la obra publicada por mí con el título de *Cartas y éxtasis de Gema Galgani*. Su lectura demostrará que, por su vivacidad y elevación de conceptos, merecen ponerse al lado de los de Santa María Magdalena de Pazzis y de otros insignes santos conocidos; hay, empero, en ellos un carácter que los distingue y hace que sean únicos en la hagiografía mística: la sencillez enteramente peculiar del espíritu de Gema. Por ellos se llegará a entender hasta dónde pudo elevar la gracia a una niña, y cuánto se complace la majestad del Dios de la inocencia en las almas sencillas, y lo mucho que agradece su homenaje: *Ex ore infantium perfecisti laudem*.



Crucifijo de Gema

Sucede a veces que el ímpetu con que son atraídas por Dios las almas extáticas es de tal intensidad, que el cuerpo participa de él, de modo que, tomando, en parte, la ligereza de los cuerpos glorificados, corre en pos del alma, mejor dicho, se deja conducir por ella y permanece suspendido en el aire. Este místico vuelo es el que los teólogos llaman *rapto*, por más que pueda existir sin que el cuerpo se eleve sobre la tierra. Ahora bien, en los raptos de Gema, que fueron frecuentes, espontáneos y majestuosos, tampoco faltó aquella forma; si bien fué pocas veces observada por personas extrañas. Con la excusa de las faenas domésticas, entraba y salía muchas veces del comedor, donde había un crucifijo colgado en la pared. Al verse sola, se ponía delante de la imagen de Jesús crucificado, con la vista fija en él, unas veces de pie, y otras arrodillada. En su presencia, se le encendía el corazón, y mucho más todavía con los pensamientos que le inspiraba, por lo que, temerosa de caer en éxtasis, daba un beso en la parte inferior de la cruz, y apresuradamente se marchaba. Alguna vez ocurría que, engañada por la devoción, no tenía tiempo de huir, porque inducida por el deseo de besar el costado del Señor, se dejaba vencer, y mientras pensaba como conseguiría llegar a aquella altura con sus labios, era presa del rpto, y sin humano auxilio, se elevaba sobre la tierra, y se abrazaba con Jesús crucificado. No me es posible decir cuantas veces ocurrió esto, pues nunca me atreví a preguntárselo a ella. Con esto queda confirmado que de cuanto se contiene en la Teología Mística, no hay nada que no fuese concedido por el cielo a esta santa virgen, en los pocos años que duró su mortal carrera.

Pero hay más. En una de las amorosas visitas al devoto crucifijo—sucedió esto en Septiembre de 1901,—refirió ella misma, obligada por la obediencia, que, mientras preparaba la mesa para comer, como tenía tiempo sobrado y estaba además sola, no hacía más que dar vueltas como una mariposa alrededor de su amoroso Jesús; pero cuanto

más le miraba, más le oprimía el corazón con sus palpitaciones. Deseaba dar un salto para llegar hasta él y abrazarlo, y varias veces lo intentó sin resultado, hasta que al fin pegó un grito y dijo: «Jesús, tengo sed de tu sangre; ayúdame para que alcance.» ¡Admirable portento! Cual sucedió a San Francisco de Asís y a mi Santo padre Pablo de la Cruz, la imagen se transformó en la divina persona a quien representa; Jesús separó su brazo derecho de la cruz, y dirigiendo una dulce mirada a su fiel esposa, la invitó a que se acercase. Gema dió un salto, y lo alcanzó; Jesús, abrazándola, aplicó la boca de la virgen a la llaga de su costado, y Gema, estrechando a Jesús entre sus brazos, bebió y se sació de aquella fuente divina, permaneciendo en aquella posición con el cuerpo recto, de pie, como si tuviese las nubes por peana. ¡Cuánto hubiera dado yo por presenciar esta escena, con tela y pincel para pintarla! ¡Dios mío, qué cuadro habría dejado a la posteridad en prueba del amor de mi Jesús con su criatura, y de la felicidad de ésta al unirse íntimamente con él!

Siendo el éxtasis un grado más perfecto de la contemplación, por su propia naturaleza implica las visiones; porque en tanto el alma pierde el uso de los sentidos, en cuanto un sujeto, que se le hace visible, o a quien oye, la atrae, la sacia y la hace dichosa. Después de cuanto hemos dicho sobre la contemplación de Gema en tres capítulos, parece inútil que me empeñe en explicar cómo tuvieron lugar las visiones en sus éxtasis. Solamente diré que nada pude descubrir en ellas extraño, exagerado, incoherente, de modo que permitiese concebir la menor sospecha de que fuesen obra de la imaginación; ni nada impropio de las creencias y santidad de nuestra religión, sino que, por lo contrario, en todas ellas orden, decoro y verdad dogmática. Esta es la mejor demostración de que tales visiones son sobrenaturales y divinas, porque una joven tan sencilla como Gema, que no tenía más instrucción que la elemental, que no leía libros, ni acostumbraba a oír pláticas y sermones,

era imposible que con sólo la imaginación arreglase las cosas tan bien, que jamás indujeran a error. Por ahora baste esta indicación, pues en una larga disertación que insertaré como apéndice a esta biografía, trataré de demostrar este punto hasta la evidencia. Aquí sólo añadiré, por si fuese necesario después de lo dicho al tratar de la profunda humildad de la sierva de Dios, que de cuanto veía u oía en los éxtasis, sabía guardar sepulcral silencio, a diferencia de esas almas ligeras, y por lo mismo, fácilmente ilusas, que quisieran que supiesen cielo y tierra cuanto les sucede de extraordinario, para adquirir notoriedad. En verdad que Gema no hubiera manifestado sus cosas, ni al mismo director espiritual, si no hubiese sido por la necesidad de que la guiasen; y esta es otra señal certísima de la veracidad de sus éxtasis y visiones.

Otro tanto puede decirse de las locuciones celestiales, que son ciertas palabras vibrantes que Dios deja oír en el éxtasis, con tal viveza y claridad, que penetrando hasta lo más íntimo del alma, obran en ella lo que significan. San Pablo las denomina palabras secretas: *Audivi arcana verba*, y dice que son tan sublimes, que es imposible al entendimiento humano poder expresarlas: *Quae non licet homini loqui*. De estas locuciones fué muy favorecida Gema. Apenas tuvo éxtasis en que el Señor no le dejase oír su divina palabra; con la particularidad de que, en estos íntimos coloquios, era muy poco lo que ella hablaba, porque la mejor parte pertenecía a Su Divina Majestad. Algunos de estos discursos, según hemos visto ya, tenían por objeto dar a conocer a la piadosa virgen los atributos de Dios, o los consejos de su providencia; otros se referían al estado particular de alguna persona, o a ciertas obras que quería se instituyesen en la Iglesia; o bien abusos que convenía desterrar. Dócil a la voz del divino Esposo, tan pronto salía del éxtasis, ponía en práctica cuanto de ella dependía, dirigiéndose a las personas correspondientes para que las órdenes fuesen fielmente ejecutadas. Tal era el origen de aque-

llas cartas llenas de fuego. «Monseñor, ha dicho Jesús que es su voluntad que emprenda V. esto, impida lo otro, y que, si quiere agradarle, lo haga presto.» Cierta vez, después de haber comulgado, estando en éxtasis, le pareció ver al Señor, el cual le decía, como hacía frecuentemente: «Escúchame, hija, has de comunicar en mi nombre muchas cosas grandes a tu director.» La candorosa virgen, creyendo que el Señor se refería a su confesor ordinario, respondió: «Jesús mío, hazme una caridad: no me envíes a él, ya sabes que no da crédito a mis fantasías.» A lo cual respondió Jesús: «No, te envío a tu Padre; éste sin duda dará a mi corazón esta grata satisfacción que tanto deseo. Dile que si no se hace lo que ordeno, sucederá esto, y ya no será posible remediarlo.» En el capítulo XXXI diré a qué se refería. Casi no se encuentra carta de las que escribió a sus directores la piadosa virgen, en que no haga mención de alguna de estas locuciones habidas durante los éxtasis; y los hechos, que no podía ella conocer ni prever, venían más tarde a comprobar su veracidad. Con frecuencia estas locuciones eran instrucciones que daba el Divino Maestro a su predilecta discípula para amaestrarla en las cosas celestiales, y dirigirla y empujarla por la vía de la virtud. Alguna muestra he dado de ellas en más de un lugar; nada más que una muestra, porque si intentase exponer toda la materia, sería cosa de nunca acabar. ¡Bienaventurada Gema, que, a semejanza de los Apóstoles, tuviste la dicha de ser amaestrada por la Sabiduría encarnada! Así se explica cómo, en tan pocos años, te elevaste a santidad tan perfecta.

Hablemos ahora de sus apariciones. Objetivamente consideradas, aparición y visión son una misma cosa, pero se diferencian en que la última tiene lugar en el éxtasis y la primera no, si bien es verdad que el alma, sorprendida por la aparición, puede caer en éxtasis como siempre sucedía a Gema. Siendo la voluntad de Dios glorificarse de un modo extraordinario en su fiel sierva con todo género de gracias en su favor, era de suponer, y así sucedió, que, con

relación a las celestes apariciones, se mostrase espléndido, ya se miren desde el punto de vista de su número, ya de su cordialidad, por no decir familiaridad, ya de los saludables efectos que en ella producían. La presencia de su Ángel Custodio, según hemos visto, además de ser familiar y provechosa, puede decirse que casi era continua, pues se le aparecía de día y noche; por lo que se refiere a otros ángeles y santos, y en especial al Beato Gabriel de la Dolorosa, Pasionista, así como a las almas del púrgatorio, ya dije algo en otros lugares de esta obra, y volveré más adelante a insistir sobre lo mismo con más pormenores y detalles. Otro tanto digo del Santo de los Santos, Cristo Jesús, sobre todo bajo la forma de Redentor, en su sagrada pasión. ¡Ah, no pierda de vista el lector esas tiernas apariciones de Jesús, descritas en anteriores capítulos, y prepárese a escuchar otras que las sobrepujan en hermosura! Trataremos, en primer término, de las de María Santísima.

Gema amó siempre y con intenso amor a la Reina de los Angeles, a quien llamaba con dulce confianza, «mi querida mamá.» Huérfana desde sus primeros años de madre terrenal, se acostumbró desde entonces a no reconocer otra madre que María, portándose con ella como hija afectuosa. Después de Jesús, todo su corazón era para María. «¡Cuánto quiero a mi Madre!—decía.—Bien lo sabe ella; y además, Jesús me encargó que la quisiese mucho. ¡Cuán buena se me ha mostrado siempre esta celestial Mamá! ¡Qué hubiera sido de mí si no la hubiera tenido? Me ha ayudado en mis espirituales necesidades, me ha preservado de los peligros, me ha libertado del poder del demonio, que siempre viene a molestarme, me ha defendido ante el Señor cuando he pecado, le ha aplacado cuando, con mi mala vida, he provocado su ira y, finalmente, me ha enseñado a conocerle y amarle, a ser buena y agradecerle. ¡Ah, queridísima Mamá, te amaré toda mi vida!» Estas y parecidas expresiones, rebosantes de amor y ternura, brotaban a cada paso de su corazón y de sus labios, y reaparecían a

cada rasgo en cuantas cartas escribía. Y bien, ¿podría Madre tan santa dejar de pagar con creces amor tan entrañable? ¡Imposible! Porque si Gema se entregó por entero a María, María, a su vez, se entregó a Gema, y para demostrar su cariño, además de los innumerables favores que le alcanzó de su divino Hijo, repetidas veces se le apareció, sensiblemente, cara a cara, acariciándola y estrechándola contra su pecho maternal. Dejemos a Gema describir estas finezas de amor, ya que nadie mejor que quien las experimentó puede expresarlas.

«¡Quién había de figurarse—dice en una cuenta de conciencia,—que esta noche me visitaría mi queridísima Madre! Ni pensarlo. No era de creer que se lo permitiese mi mala condición, pero tuvo compasión de mí. Al poco tiempo, experimenté cierto recogimiento interior, a lo cual sucedió, que, como otras veces, perdí el conocimiento, y me encontré en presencia de la Virgen dolorosa. ¡Qué felices momentos! ¡Cuánta dulzura experimenté en aquellos instantes! ¡Imposible de explicar! Pasados los primeros momentos de conmoción, me pareció que la Virgen, tomándome en su regazo, hizo que mi cabeza descansase sobre sus hombros, y me la sostuvo algún tiempo en esta posición. Mi corazón, henchido de felicidad, nada deseaba. De cuando en cuando me preguntaba: «¿Amas a alguien más que a mí?» —«¡Oh!—le respondía,—amo o otra persona antes que a Vos.»—Fingiendo desconocerlo, me dijo: «¿Quién es?» —«Es una persona tan querida para mí, que la amo sobre todas las cosas, y estoy dispuesta a dar la vida por ella.» —«Pero, dime quién es»—preguntaba impaciente.—«Madre mía, si hubieses venido anteayer por la noche, lo hubieras visto conmigo. Yo voy a visitarlo todos los días una vez (se refería a la sagrada comunión), e iría otras muchas si pudiese. ¿Y sabes, Mamá mía, por qué obro así? Porque él quiere cerciorarse de si seré capaz de olvidarlo estando lejos; y no es así, pues cuanto más lejos está, más intenso es mi amor.»—Y ella insistía: «Pero ¿dime quién es?»—

«No, no te lo digo—respondía yo.—¡Si vieses, Madre mía, cuánto se parece a ti! Sus cabellos tienen el mismo color que los tuyos.»—Mi Mamá, acariciándome, pareció decirme: «Pero, hija, dime: ¿a quién te refieres?»—«¿No me comprendes?»—repliqué en alta voz.—Pues me refiero a Jesús; sí, a Jesús.»—«Repítelo más fuerte»—dijo mi Mamá.—Después me miró, se sonrió, y estrechándome contra su pecho, me añadió: «Amalo mucho, y a él solo.»—«No temas—le dije,—nadie en el mundo será dueño de este corazón sino Jesús.» Nuevamente me abrazó; me pareció que me besaba en la frente. Luego desperté (salí del éxtasis); estaba tendida en tierra con el crucifijo cerca de mí.»

¿Qué te parece de esta relación, caro lector? De mí sé decirte que hace seis años que se la oí a Gema por primera vez, y, a pesar del tiempo transcurrido, cada vez que la leo en sus escritos, me parece nueva y conmovedora. Pues complácete en escuchar otra, aunque la forma sea la misma: «Reposaba en cama, pero sin dormir, cuando me pareció ver una hermosísima señora, que se acercaba para besarme. Perdí el uso de los sentidos; el mundo era como si no existiese para mí. Inmediatamente di mil excusas (así se lo había ordenado yo), pero mi Mamá celestial (era ella misma, por más que Gema dudase al principio) me miraba, y sonriéndose, me dijo: «¡Hija querida!» Padre, perdóneme si cedí demasiado pronto; pero lo cierto es que dejé que mi Mamá me tomase en sus brazos. Por poco me muero, no cabe duda que estuve a punto de morir de tanta dulzura... ¡Qué de caricias!... Me quiere tanto!... Dijo que había venido para ayudarme. Me encontró muy pobre, por lo que me animó a practicar la virtud, principalmente la humildad y la obediencia. Dijo algunas palabras más que no entendí bien, y luego añadió:—«Hija, perfecciona tu alma y presto.»—Lo que después sucedió, no lo sé; aquel «presto» dió un movimiento tan violento a este corazón mío, sobre el cual mi Mamá puso su bendita mano, que yo no podía hablar. Interiormente le pedí una contestación

abriendo al efecto mis ojos para con ellos interrogarle, y ella me respondió así:—«Di a tu Padre (al director) que, si no se cuida de ti (para recluirla en un monasterio), me encargará yo de llevarte pronto al cielo.» Después me besó diciendo: «Si no lo hace, antes, mucho antes de lo que él piensa, estaremos juntas.» Así sucedió, y me arrepentiré siempre de mi descuido, pues en menos de un año, contra lo que era de esperar, Gema enfermó y pasó a mejor vida. Continúa la narración: «¡Oh Padre, Padre, después de experimentar tales cosas, qué despreciable es el mundo! No sé si V. las experimentó alguna vez. ¡Oh, cuán hermosa es mi Mamá celestial! ¿La ha visto V. alguna vez? Yo, cuantas más veces la veo, más deseos tengo de verla.»

En otras ocasiones (y vuelvo a Jesucristo para terminar con él este capítulo), se le hizo visible la Santísima Virgen con su Hijo en los brazos, bajo la forma de gracioso niño, que colocaba en el regazo de Gema, la cual, estrechándole contra su corazón, le daba ardientes besos, que el niño devolvía junto con útiles enseñanzas, terminando por bendecirla; vuelto a su madre, desapareció la visión. No sé cuantas veces ocurrió esto; pero tengo la seguridad de que, por los menos, sucedió en tres ocasiones. Otras cuatro veces se le apareció el Señor solo, en forma de niño; ella nos dirá cómo aconteció esto: «Ayer por la tarde, al hacer la hora de guardia, me retiré a mi habitación, y estando enteramente sola, vino a mi encuentro el niño Jesús. ¡Qué hermoso es Jesús! ¡Cuánto más se le amaría, si fuese conocido! Se colocó sobre mis rodillas, me besaba, me acariciaba, me preguntaba si lo quería mucho. También me decía si quería ser toda suya. Tan alegre estaba yo, que no supe qué responder. Me limité a oprimirlo contra mi pecho.» Detente aquí, lector, y medita. Esta joven es una infeliz hija de Adán, y la persona que hace poco viste bajo la forma de un crucifijo, y ahora en la de humilde niño, es el Dios inmenso, el Verbo encarnado, que se abate hasta dejarse abrazar de una criatura, a la

cual pide que le ame. ¡Oh misterios de la Encarnación y del amor de mi Dios, cuán sublimes sois!

La extática virgen de Luca—me atrevo a asegurarlo—conocía esta grandeza; pero no por eso se ensoberbeció, según vamos a ver. Continúa Gema. «Le hablé con toda confianza, y le supliqué que hiciese conocer lo que ocurría a V., Padre, y al confesor, para que no me inquietasen más. Jesús se sonrió y me contestó:—«Ya lo haré;» pero me lo dijo despacio y bajito. «Le rogué que no esperase tanto, porque no quería esperar más, y Jesús me replicó:—«Te he querido más que a otras criaturas, aun cuando tú fueses la peor. En lo referente a la verdad de lo que pasa, ya lo sabe quien debe tener conocimiento de ello; en cuanto a lo demás, aun no es tiempo; ya llegará el día en que se sepa. Soy yo quien te lo aseguro.» Esta inefable conversación duró una hora larga. Véase como la joven cierra su narración: «Jesús se fué, y aquí estoy nuevamente sola. Diga, Padre, ¿tiene V. inconveniente en que Jesús vuelva? Si V. no pone reparo, con seguridad que vuelve. Bendígame muchas veces y envíeme a Jesús, porque sin él no puedo estar.»

No respondí a carta tan conmovedora. Sólo interiormente dije, con el corazón enternecido: El amor ha hecho perder felizmente el juicio a esta seráfica joven. Sabe que está desposada con su Dios, con vínculo indisoluble, y esa es su idea fija. Sólo quien ama de veras, puede hablar y pensar de semejante modo.

CAPITULO XXVIII

•Singular devoción de Gema a la Sagrada Eucaristía

Conducida por el divino Espíritu por el camino de la santidad, supo la venturosa joven escoger lo más sólido y perfecto que hay en él. Aunque le agradaban las prácticas de devoción que usan la generalidad de los fieles, y experimentaba verdadero placer viendo que eran muchos los que las frecuentaban, con todo, escogió para sí unas pocas, las que más convenían a su alma, a saber: la devoción a la Humanidad santísima del Verbo encarnado y a su pasión, la devoción a la Madre de Dios y a sus dolores, y la devoción al misterio de la Eucaristía. La primera enternecía su corazón y la estimulaba al sacrificio; la segunda la confortaba, inspirándole filial confianza, y la tercera alimentaba su alma hasta saciarla, y hacíala capaz de vivir en la tierra vida celestial. Del culto verdaderamente extraordinario que dió a las dos primeras, se trató en los capítulos precedentes; ahora hablaremos solamente de la última. Y aquí he de decir cosas grandes, las cuales hacen creer que suscitó el Señor con especial providencia a su sierva en estos tiempos de tanta frialdad en la piedad, para que sirva de ejemplo a los cristianos, con el fin de que amen y veneren más al Santísimo Sacramento. La Eucaristía es por excelencia misterio de fe, *mysterium fidei*, pues aunque en los demás hay arcanos, tienen, con todo, algo que sirve de apoyo a la razón humana; pero en éste no hay más que la fe; solamente a su luz pueden descubrirse los infinitos tesoros que encierra.

Gema tenía fe; pero una fe tan viva, que parecía haberse trocado en evidencia. Su corazón era puro, y el Señor ha dicho que «de los limpios de corazón se dejará ver;»

era sencilla y humilde como niña, y tiene el Señor manifestado que a tales almas «descubrirá los arcanos de su sabiduría y bondad;» así es que con la mirada penetrante de la virginidad, de la sencillez, de la pureza inmaculada, era tan viva la luz que en sus elevadas contemplaciones le infundía el Señor, que se hubiera dicho que podía ver con claridad toda la grandeza de los misterios que en este Sacramento se encierran. Nosotros, para entrar en comunicación con Dios, oculto en la Eucaristía, necesitamos recogernos interiormente y excitarnos con repetidos actos de fe. A Gema le bastaba traerlo a la memoria, si es que de ello tenía necesidad, porque continuamente pensaba en él, e inmediatamente lo veía revelado en el altar a donde corría su pensamiento; lo veía presente, y con el entendimiento, con el corazón, con todo su ser, casi me atrevo a decir que con los sentidos corporales, gozaba ante aquella dulce majestad.

Para tener idea de su fervor y devoción, sería preciso haber oído lo que la bienaventurada joven le decía en sus éxtasis, leer lo que ella escribía en sus cartas, y lo que recogieron de sus labios durante sus extáticos coloquios. ¿Quién, mejor que ella, sería capaz de darnos a conocer los sublimes pensamientos que sobre este misterio le sugería Dios, y los amorosos afectos de su alma? Escucha, piadoso lector, creo que me lo agradecerás; voy a presentarte una pequeña selección de documentos. Principiaré por los pensamientos, es decir, por la idea que de la Sagrada Eucaristía tenía la devota virgen.

«Padre mío—me escribía,—esta carta la encontrará sin sentido; no importa, hablaré de la santísima comunión; no puedo pasar sin hacerlo. ¿Habrá almas que no sepan lo que es la Eucaristía, insensibles al amor divino y a las ardientes efusiones del Corazón de Jesús? ¡Oh Corazón de Jesús, Corazón de amor!» A una señora romana, íntima amiga suya, le escribía: «¡Cuán suave es el alma de Jesús! ¿Qué será lo que le ha impulsado á comunicársenos de modo

tan admirable? Meditémoslo: ¡Jesús es nuestro alimento; Jesús es mi comida! ¡Qué de cosas quisiera decirte en este momento! Pero no puedo; sólo acierto a repetir llorando: ¡Jesús es mi comida! ¡Y esto lo hizo Jesús solamente por el amor que nos tiene!» Su llanto era constante, espontáneo y dulce, o, sirviéndome de una expresión suya, era «llanto silencioso, con lágrimas de gratitud y de celestial felicidad.» Hablando en un éxtasis con su Dios, se le oyó expresarle del siguiente modo su felicidad y gratitud: «Ya sé que no me has dado riquezas temporales, pero me diste la verdadera riqueza, el alimento eucarístico. ¿De qué sería yo merecedora, si no dedicase todas mis ternuras a la sagrada Hostia? ¡Señor, ya lo veo, para que mereciese el cielo, te me comunicaste en la tierra!» Parece que no sabía diferenciar las delicias del cielo y las de Jesús, que se saborean en la sagrada mesa. En sus éxtasis, llamaba a veces a la divina Eucaristía «Academia del paraíso, donde se enseña el amor;» y explicando el pensamiento, añadía: «El cenáculo es la escuela, Jesús el maestro, y su carne y su sangre benditas, la doctrina.» De estas y semejantes expresiones fácilmente se deducen los misterios de celestial sabiduría que encontraba en el eucarístico alimento. Mas prosigamos, pues a cada paso del presente capítulo nos será preciso insistir en el altísimo concepto que tenía Gema del Sacramento del amor.

Aunque meditaba constantemente sobre este sacramento adorable, y con la imaginación se trasladaba al tabernáculo, no estaba contenta sino cuando personalmente iba a la iglesia, para adorar allí a su Dios escondido. Por no singularizarse, cosa que detestó siempre, iba sólo dos veces al día; por la mañana a oír misa y comulgar, y por la tarde a la hora de la pública adoración. «Voy a Jesús, vayamos, que está solo, nadie se acuerda de él. ¡Pobre Jesús!» Una vez en la iglesia, se dirigía con modesta animación en su mirada y en toda su persona al sagrado tabernáculo, y sin cuidarse de nada más, cual si estuviese sola y no hubiese

en la iglesia otra cosa que el altar del Santísimo Sacramento, allá iba, y se ponía a orar de rodillas. Sus ojos no se apartaban del sitio donde al entrar se habían fijado; pero fuera de esto y de alguna lágrima que se deslizaba por el rostro, no se distinguía de las otras personas que oraban devotamente. No obstante esto, se la hubiera tomado por un serafín, de haber visto su interior. «¡Cuán grande es—decía,—la felicidad que experimenta mi corazón delante de Jesús sacramentado! Si Jesús me permitiese penetrar en el tabernáculo, donde está su cuerpo, su alma y su divinidad, ¿no estaría yo en el paraíso? ¿Qué me faltaría ya? Nada, absolutamente nada.» Dirigiéndose al Dios Sacramentado, le dice: «Jesús, vida de mi alma, paraíso mío, hostia santa, aquí me tienes. Oí que me buscabas y vine corriendo.» Con filial confianza añadía luego que iba para hacerle compañía, a ofrecérsele por entero, a participarle cualquier pequeña virtud hecha por su amor, a recibir sus órdenes, o, cuando menos, a escuchar dulces palabras, y sobre todo, a pedirle amor, mucho amor.

Grande era la fe con que hacía estos actos. En prueba de ello, lector, he aquí un ejemplo. «Aquí me tienes, Jesús, en tu presencia; aquí tienes mi alma creada por ti, no de tu sustancia, sino por medio del Verbo que eres tú, sin auxilio de ninguna materia; alma que tú creaste y siempre vive, santificada por ti en el bautismo. ¡Ah!...» Después callaba y con la mente desenvolvía el pensamiento, para volver a expresarlo de nuevo. «Si de este modo el bien por sí solo causa placer, ¿qué dicha no causarás tú, que eres el rey de todos los bienes? La alegría que producen las cosas creadas es enteramente distinta de la que nos das tú, que eres su creador. Jesús mío, cuando una criatura desea algo, no sosiega hasta que lo posee; pero aunque lo alcance, no la satisface jamás. Sólo tú sacias y haces puros a los que viven en ti; sólo tú habitas con ellos.» Este pensamiento la conmovía y la obligaba a decir: «Jesús mío, ya he hallado tu habitación; sé que habitas en el

alma que creaste a imagen tuya, pero en la que te busca, te ama y te desea. ¡Ah, qué dicha la de mi pobre alma, que tiene las riquezas de tu amor!» Humillándose, como lo hacía siempre, aun en medio de las más dulces comunicaciones celestiales, decía: «Soy tuya, Jesús, soy tuya. Razón tienes para quejarte, pues te ofendí. Pues no tengo méritos de ninguna clase, debería volver al altar tantas partículas por mí robadas y tanta sangre. Pero Señor, te prometo la enmienda; basta que siga la corriente de tus favores. Antes que falte a tu amor, envíame la muerte. ¿Qué desees, Jesús, qué desees? ¿Qué mi amor sea invariable? Me alimentaré todos los días con tu carne y con tu sangre.

Y dándole gracias por las victorias alcanzadas contra el enemigo, se expresa del siguiente modo: «Jesús, esta mañana conseguí gran victoria. Después de recibirte, me puse a meditar las batallas que con tu ayuda sostuve contra el demonio. ¡Fueron tantas! ¿Quién es capaz de adivinar las veces que mi fe, mi esperanza y mi caridad hubieran vacilado, si tú no me hubieras socorrido? Mi entendimiento se obscurecería, si tú, Sol eterno, no lo iluminases; y mi amor se debilitaría, si tú, Jesús amable, no lo reforzases con tus caricias. ¿Y qué diré de la voluntad, prisionera de la pereza? Ello no obstante, tu fuego la inflamó; lo reconozco, todo es obra de tu amor. Señor, ¿podré dejar de ser agradecida?» Insistiendo con más vibrantes imprecaciones en tan tierno pensamiento, continúa: «Dios mío, ábreme tu corazón; Jesús, abre tu pecho, que deseo depositar en él mis afectos. ¡Cuánto te quiero, oh Jesús! ¿Pero es posible que seas tan amable, habiéndote ofendido tanto con mis ingratitudes? Este solo pensamiento, debería encender mi corazón, si lo comprendiese. Grande es, ciertamente, el amor de aquel que ama a quien le ofende. ¡Oh Jesús, si considerase atentamente los cuidados que pasas por mí, sin duda me distinguiría en toda suerte de virtudes! Perdona, Jesús, mis descuidos; perdona mi ignorancia. Jesús,

Dios mío, amor mío, bien increado, ¿qué sería de mí, si tu solicitud no me hubiese conducido hasta ti? Abreme tu corazón, Jesús de mi alma, ábreme tu pecho sacramentado, que yo te abro el mío.»

Después de haberse desahogado repitiendo siempre los mismos conceptos, mas en forma siempre nueva, callaba como si estuviera cansada, y con luz celestial, se elevaba a la más alta contemplación. En estas sublimes elevaciones de espíritu, Jesús le hablaba, manifestándole cuánto le complacía su visita, porque le recompensaba de la ignorancia que tienen de él la mayoría de los hombres, y de los ultrajes que recibe de los pecadores; encomiaba su fidelidad, le declaraba estar satisfecho de ella, dispuesto a concederle gracias más abundantes y mayores beneficios, y, por último, la animaba a proseguir el camino emprendido, devolviendo amor por amor. Con semejantes palabras, se enfervorizaba su corazón cada vez más, se ponía nuevamente a hablar, y, confesando humildemente su indignidad, exclamaba: «¿Quieres amor, Jesús mío? Pues no me queda nada de él en el corazón. ¡Lástima que no pudiera encender en él a las criaturas del mundo entero!» Para demostrárselo, le hace con infantil sencillez la siguiente proposición: «Supongamos, Señor, que tú eres Gema y yo Jesús; ¿sabes qué haría? Dejaría de ser, para que tú existieses. Jesús, Dios de mi alma, tú eres más, mucho más que todos los tesoros del mundo. ¡Con qué ansia me uniría a los ángeles para ensalzarte, y cómo me desharía en alabanzas! ¡Con qué deseo permanecería en tu presencia! Pero ¿qué es lo que digo, hablando de ti? Perdona, Señor, digo lo que puedo, y no lo que debo. No sé más. ¿Será preciso que me calle? No, porque mi Jesús debe ser por todos amado y honrado. Fíjate, no en lo que dice mi mente—habla en éxtasis,—sino mi corazón, que te ha manifestado sus secretos. ¡Estás convencido ya de que te quiero más que cuanto hay en la tierra y en el cielo?»

Tales eran los afectos que, en presencia de Dios sacra-

mentado, alternaban en aquel corazón virginal. Podría ofrecerlos a centenares, si reprodujese los que se recogieron de sus labios y se conservan cuidadosamente escritos; pero no es posible insertarlos todos en un capítulo. Creo, con todo, que los ejemplos presentados habrán sido del agrado del lector. Como quiera que sea, es un hecho que, a consecuencia de tantos impulsos amorosos, sus fuerzas iban a menos. «¡Ah—exclamaba,—no puedo soportar por más tiempo el pensamiento de que Jesús atiende y dé oídos a la última de sus criaturas, manifestándose con todo el esplendor de su amante corazón y toda la prodigiosa expansión de su paternal amor!» Y diciendo esto, caía desmayada en brazos de la que la acompañaba, la cual, ya prevenida, disponía las cosas para que nadie en la iglesia lo advirtiese, cosa que siempre conseguía. Una vez, entre otras, al salir del desmayo, hubo de decir con infantil inocencia: «Jesús amado, si a todos les haces lo mismo, si todos se abrasan delante de ti, como me abraso yo, las personas no podrán resistirlo.» En una carta le recomendé que cuando estuviese delante de Jesús, me presentase a él y le dijese que también yo quería amarlo. Véase cuál fué la respuesta de esta paloma: «¿Pero será conveniente, Padre mío? ¿Y si le sucede luego lo que a mí? Porque si está solo y no hay quien le dirija el corazón con la mano (se refería a sujetarlo durante los impulsos amorosos), caerá en tierra. No, no conviene.» Cuando sentía la más pequeña impresión de los ímpetus amorosos, se apresuraba a salir de la iglesia, sobre todo si estaba sola, según dejo dicho. «¡Ah—exclamaba—no comprendo como hay personas que se acerquen a Jesús y no se conviertan en pavesas. A mí me parece que, si estuviese junto a él un cuarto de hora solamente, me reduciría a ceniza.»

En cierta ocasión, estando en éxtasis, se oyó que decía familiarmente al Señor: «¿Sabes, Jesús, lo que me preguntó el confesor? Pues que le dijese qué hacía cuando estaba ante ti. ¿Qué hago? Si estoy con Jesús crucificado,

padezco, y si con Jesús sacramentado, amo.» A ciertas personas amigas, cuando les escribía, las invitaba y daba cita para ante el tabernáculo. «Vayamos a Jesús, corazón de amor y de ternura. La espero mañana ante Jesús, para que, permaneciendo algún tiempo en su presencia, él nos bendiga.» También a mí me invitaba con insistencia para que siguiese su itinerario, y, entre otras cosas, me señalaba la hora de la visita mañana y tarde, según las estaciones. «Por la mañana, con Jesús a las siete; y por la tarde, con Jesús a las seis, durante todo el invierno. Venga para acompañarme, y me ayudará a amar a nuestro gran Dios.» Con las personas de mayor intimidad había hecho el pacto de cambiar la comunión cotidiana, creyendo por humildad que en esto sólo ella salía ganando. Procuraba recordarlo con puntualidad, y escribiendo a unas u otras, les hacía memoria del pacto. «Adiós, hasta el sábado, y acuérdesese de la comunión del viernes.»

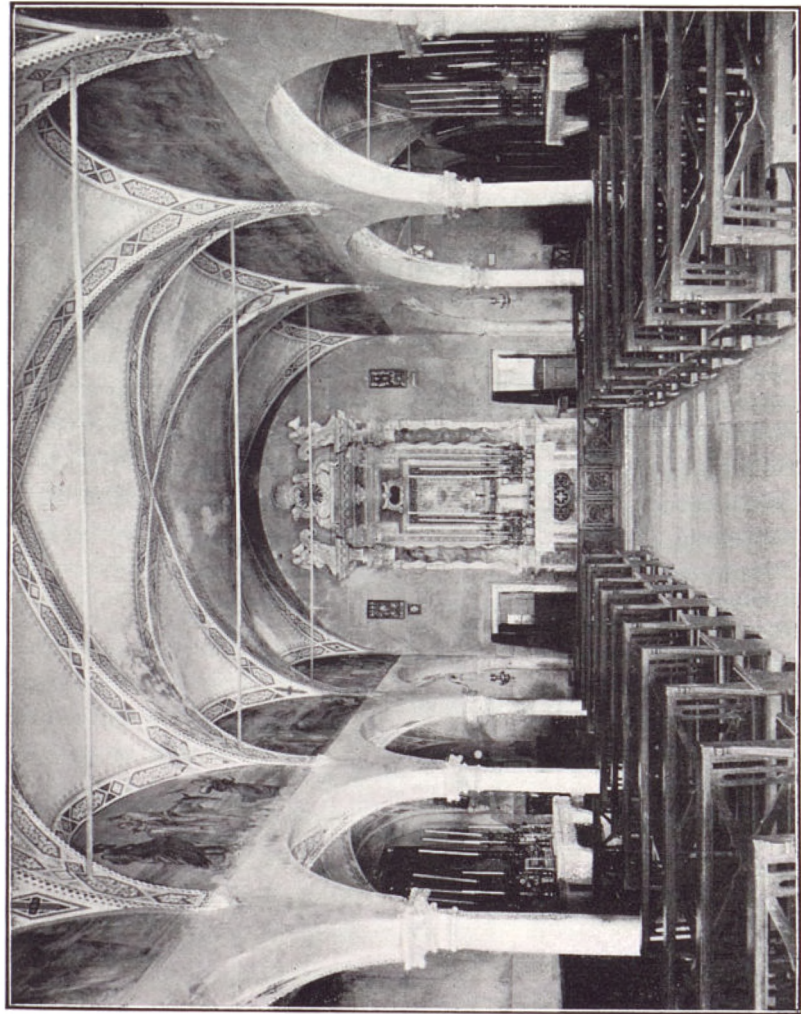
¡Benditas amistades que, ante Dios, nuestro Padre, de tal manera se corresponden! ¡Y bendita Gema, a quien con tanta claridad fueron mostrados por Dios estos adorables misterios del reino divino!

CAPITULO XXIX

De la comunión de Gema

Vamos a tratar ahora de la parte más esencial de la devoción de Gema: de la sagrada comunión, donde se realizó por entero el misterio del amor divino. Y tú, joven bendita, que tantas veces me abriste tu corazón para que viese las llamas que en él encendía el divino Esposo al acercarte a la mesa de los ángeles, dame palabras de fuego, para que pueda explicar lo que tú me diste a conocer. En efecto, esta bendita criatura daba apasionadamente vueltas alrededor del tabernáculo, como la mariposa alrededor de la llama; pero era debido a la sed intensa y al hambre devoradora que experimentaba por el cuerpo y sangre de su Dios sacramentado. Su corazón sentía verdaderas ansias por tal manjar; ya vimos que, siendo niña, fué preciso adelantar la fecha de su primera comunión, porque el deseo de comulgar puso su vida en peligro; comunión que hizo con fe ardiente a los nueve años de edad. Aquella sed, aquella hambre, en vez de apagarse con la frecuencia de la comunión, iban en aumento cada día, hasta el punto de lastimarle las entrañas. «Todas las mañanas—me decía,—recibo la sagrada comunión, mi mayor y único consuelo; aunque carezca de lo más necesario para acercarme decorosamente al Señor, allá voy. Las pruebas de amor que Jesús me da cada mañana en la sagrada comunión, de tal manera me enternecen, que no hay afecto en este miserable corazón mío que no sea para él.» Luego exclamaba: «Señor, aquí tienes mi corazón y mi alma; ven, que está abierto el pecho para que, introduciendo en él tu fuego divino, se consuma y se abra. Ven, Jesús mío, no lo dilates más, deseo ser el centro de tus llamas.»

Este deseo principiaba a tomar fuerza al obscurecer de



Interior de la iglesia de Santa María de la Rosa

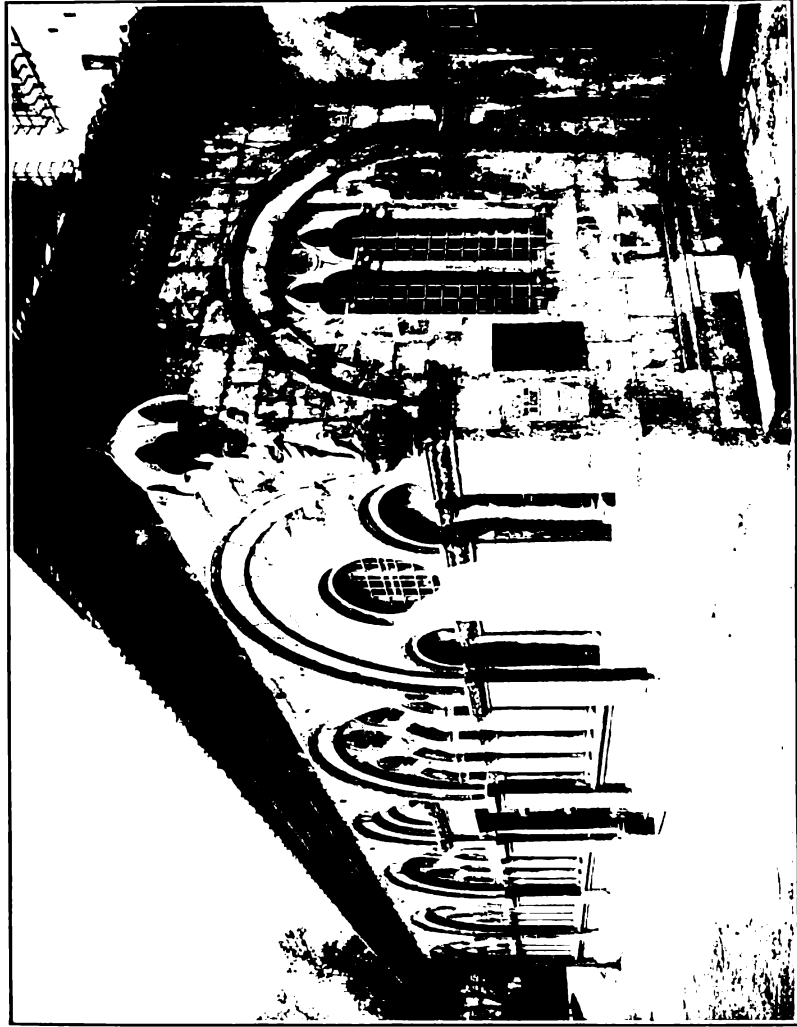
cada día, e iba en aumento, de hora en hora, toda la noche, hasta hacerla desmayar. Veamos cómo lo refiere: «Esta noche y la anterior me desmayé, y sentí moverse el corazón, pensando en la sagrada comunión. Ayer, antes de cenar, recé algunas oraciones, y entre ellas esta jaculatoria: Haz, Señor, que de esta modesta cena pase a gozar de la tuya, infinitamente mejor (la Eucaristía). Me detuve muy pocos minutos a considerar esto, y sentí un impulso que me conducía hacia Jesús (quiere decir arrebatada en éxtasis). Pues eso mismo me sucede cada vez que pienso en Jesús, sobre todo cuando él me invita a recibirlo, y cuando me dice que viene a reposar en mi corazón.» Llegaron las cosas a tal extremo, que, para hacerla dormir algunas horas, se vió obligado el confesor a prohibirle que se detuviese voluntariamente ninguna noche a pensar en la comunión del día siguiente, para que no corriese peligro su salud.

En cuanto amanecía, no podía resistir más, saltaba inmediatamente de la cama, y en un momento se arreglaba para ir a la iglesia. ¡Cuántas veces, con motivo de alojarme en la casa de aquellos bienhechores de mi Congregación, tuve ocasión de conmoverme y derramar lágrimas viendo a Gema de pie, con el sombrero puesto, enteramente recogida en sí misma, a la puerta de la habitación de su compañera, esperando que ésta saliese para marchar juntas a la iglesia! «¿A dónde vas, hija?»—le preguntaba yo.—«Padre, a la casa del Señor.»—«¿Y qué vas hacer allí?»—Con modesta sonrisa me dejaba oír la respuesta. «Ya lo sabe V.»—«Al verla todas las mañanas—decía su compañera,—parece que se arregla para ir a la boda,» o, sirviéndome de una frase de Gema, «para ir a la fuente del amor de Jesús.» No daba señales de afectación exterior, según tengo indicado; pero quien la tratase de cerca, o se fijase en ella con cuidado, fácilmente notaba que el entendimiento y el corazón de la joven estaban en extraordinaria actividad, y que, a no demandarlo la con-

veniencia o la necesidad, era imposible hacerla hablar. Ya dije antes que ni con su Ángel de la guarda quería entretenerse, diciéndole en secreto que la dejase, pues tenía cosas más importantes a que dedicar su atención.

Tan penetrada estaba de la grandeza de la acción que en el altar se ejecuta, que ante este pensamiento, se borraban de su mente los demás; así se explica que se preparase con tanto cuidado. «Se trata—decía,—nada menos que de unir los dos extremos; Dios, que lo es todo, y la criatura, que es nada; Dios, que es la luz, y la criatura, que es la obscuridad; Dios, que es la santidad por esencia, y la criatura, que es el pecado. Se trata de sentarse a la mesa del Señor, y para esto, ¿hay preparación que baste? Con estas consideraciones llegaba la buena Gema hasta tener miedo, y si no hubiera sido por el valor que le daba su gran fe, no se hubiera atrevido jamás a acercarse a la sagrada mesa, por grandes que hubiesen sido sus deseos. Tanto en tiempo de aridez, como en el de los consuelos, y aun en el de las afectuosas comunicaciones del divino Amante, este contraste, agitando sin descanso su corazón, le daba mucho que padecer, motivando que expusiese al Señor sus quejas de este modo: «Bien sé, Jesús mío, que mejor es recibirte que contemplarte; pero me llena de aflicción el pensar que, aunque pasen años y más años preparándome como los ángeles, no por eso sería digna de recibirte. Me consuela, oh Jesús, el confesar mi miseria en tu presencia. ¡Ampárame, Señor; me arrojaré a tus pies, pues teniendo fe, como por fortuna tengo, bien puedo una y mil veces decir: «¡Mejor es recibirte que mirarte!,» frase esta última sugerida sin duda por el mismo Jesucristo, como fácilmente se deduce del contexto. Templándose recíprocamente los sentimientos de confianza y de temor, se estableció el equilibrio en el corazón de la joven, equilibrio muy necesario para comulgar dignamente.

Una mañana, fiesta de San Lorenzo mártir, Gema, que de todo sabía sacar ventaja para su espíritu, habló con



Exterior de la iglesia de Santa Maria de la Rosa

el Señor en esta forma: «Pero, querido Jesús mío, ¡qué confusión esta mañana! Has querido que dirigiese mi mente a San Lorenzo. Me confundo cuando le considero a él en medio de dolores, y a mí gozando en la hostia las dulzuras del Paraíso. ¡Oh Corazón de mi Jesús, Corazón dulcísimo, si quieres darme una buena parte (se refería a las penas de San Lorenzo), hazlo, que estoy dispuesta; basta que me encamine a ti siempre con temor de ofenderte! He puesto en parangón dos almas: la de un santo y la de una pecadora. ¿Podía no sentirme confusa? Quería ofrecerte, por mediación de este mismo santo, esta mi alma pecadora. Pero tengo miedo, mucho miedo, pues la reconozco reo ante tu presencia. Quisiera hacértela ver hermosa como salió de tus manos.» Y escribiendo a su director, decía: «Lo que me da algo que pensar es que la continua comunión, el pan de los ángeles, no haya comunicado en mi interior todos los bienes que a tantas almas ha conferido abundantemente. La causa, lo conozco, es porque mis pocas virtudes son débiles, y porque me acerco a Jesús sin ningún mérito. ¡Ayúdeme, ayúdeme, Padre mío! Podía haber llegado hoy a grados elevados; en cambio, he retrocedido con detrimento de mi alma tan llena de miserias. A veces, créalo, Padre mío, tiemblo y me sonrojo al pensar que, con tanta impureza, voy a recibir a Jesús, que es la pureza por esencia. Pero Jesús, el amado Jesús me ama también de esta manera, y continuamente se deja sentir en mi alma.»

Tal era el modo como se preparaba Gema para la sagrada comunión; con estos sentimientos de fe y amor, y sobre todo de profunda humildad, se acercaba a la sagrada mesa. ¿Qué de particular tiene que los frutos de la comunión, en vez de mezquinos, como ella creía, fuesen abundantes y preciosos? ¿Y tiene algo de extraño que Dios se mostrase tan complacido por las comuniones de su sierva? Como ella dice, se hacía sentir fuertemente al corazón en momentos tan felices, colmándola de paz y consuelo, no sólo

en el alma, sino en los sentidos corporales, para hacer dichoso todo su ser. Las mismas sagradas especies producían con frecuencia en su paladar una sensación agradabilísima que, como si fuese un bálsamo, descendía a las entrañas. También alguna vez, al comulgar, le hizo sentir el divino Amante el gusto de su sangre preciosísima. «Ayer —son palabras tuyas,— día de la Purificación, después de comulgar, sentí la boca llena de sangre. ¡Cuán buena y agradable era! Comprimí cuanto pude el estómago para que pasase toda al corazón. ¡Padre, si experimentase cuán agradable es consumir a Jesús! Yo lo experimenté (por vez primera) en el mes de Octubre, desde un viernes al mediodía hasta el viernes siguiente (durante ocho días continuados); después me pasó. Lo mismo me sucedió hoy por la mañana, pero me consumo, como si fuese a morir. Jesús acaba conmigo; pero ¡me siento tan bien! Padre, ¿ha experimentado alguna vez esta sensación? ¡Si supiera cuán dulce es! El fuego de mi corazón llegaba esta mañana hasta la garganta. ¡Viva Jesús! Créame, padre, si Jesús sigue haciéndose sentir como hasta la fecha, no voy a vivir más que algunos meses, y ¡quién sabe?»

Si tanto agradaban al Señor las comuniones de Gema, ¿sería posible que no agradasen a la Santísima Virgen? Dados los grandes prodigios que hemos visto, creo que nadie dudará de este otro que voy a referir. La Virgen Santísima, acompañada de los ángeles de la Eucaristía, asistía a veces a Gema en la sagrada mesa. La bendita joven, con la inesperada visión, caía en éxtasis, y llena de gozo, se colocaba a los pies de su Madre. «¡Cuán hermosa es—me decía—la comunión hecha en compañía de la celestial Madre! La hice ayer, ocho de Mayo; con ella no la había hecho antes. ¿Y sabe V. a lo que se redujeron los suspiros de mi corazón en aquel momento? A estas solas palabras: ¡Mamá mía!»

Más todavía. Se lee en la vida de algunos Santos, que, no pudiendo ir a la iglesia a comulgar, el Señor, para sa-

ciar su hambre de la Eucaristía, se sirvió de algún ángel que, haciendo las veces de sacerdote, llevase a su casa las especies consagradas; pero a Gema parece que el divino Salvador en persona le llevó por tres veces tan dichoso regalo. Véase cómo lo refiere un testigo ocular: «La mañana del viernes en que por vez primera fué sometida nuestra querida Gema al tormento de los azotes, viéndola yo horriblemente llagada, no quise que se levantase. Obedeció la pobrecita, y recogiéndose interiormente, se puso a hacer la preparación, que solía ser igual a la que hacía cuando comulgaba en la iglesia, y al poco rato entró en éxtasis. En un momento dado, vi que juntaba sus manos, que recobraba el uso de los sentidos, que sus ojos brillaban y su cara se enrojecía, como cuando tenía alguna visión extraordinaria. En el mismo instante sacó la lengua, volvió a retirarla, y de nuevo entra en éxtasis para hacer la acostumbrada acción de gracias. El hecho se repitió el viernes siguiente, y es de creer que sucedió otras veces, pero no fui testigo de ellas. Que fué el mismo Jesús, y no un ángel, quien vino a darle la comunión, lo supe por Gema quien ingenuamente me lo confió.»

De lo dicho hasta aquí sobre el hambre y sed de tan fervorosa joven, se deduce lo muy grande que era su desventura si no podía ir a la iglesia a comulgar, cosa que, aunque pocas veces, ocurría en caso de grave enfermedad. Entonces rogaba y suplicaba a su Dios que le pusiese buena para levantarse, que si quería mortificarla con dolores, que los derramase sobre ella a manos llenas, «antes que—son palabras tuyas—quedar privada del pan de vida;» y para obligarlo más, añadía: «No son necesarias, Señor, tantas súplicas para un amante tan apasionado como tú; atiende a la primera, y di que sí, para que me vaya.» Y, realmente, el Amante divino le decía que sí la mayor parte de las veces; por lo que, fortalecida Gema con la gracia, y sostenida por su fe, podía levantarse, aunque el termómetro, poco antes, hubiese indicado que la fiebre alcanza-

ba 40 grados. Si alguna vez el Señor disponía lo contrario, la buena joven inclinaba su cabeza diciendo: *Fiat*, y se contentaba con la comunión espiritual. Por otra parte, eran tales las consolaciones que recibía con esta última, que ampliamente la compensaban de la privación del pan eucarístico. En cierta ocasión, su confesor ordinario le prohibió, para mortificarla, que comulgase. Véase en qué términos me refirió su desgracia: «Padre, hoy a las cinco fui a confesarme, y el confesor me prohibió que comulgase. Padre mío, la pluma no quiere escribir, las manos me tiemblan, no puedo menos de llorar.» En efecto, estas palabras de la carta, que tengo a la vista para copiarlas, aparecen trazadas convulsivamente. Volviendo de pronto en sí, como acostumbraba en casos semejantes, para dejar paso a la virtud, continúa: «Gracias sean dadas al Señor, pues al fin encontré quien me conociese, y me ayudase para ir al cielo. No, Padre, no soy digna de recibir a Jesús. Muchas veces quiso Jesús posesionarse de este corazón más corrompido que el estiércol. Ahora reconozco que es grande mi miseria, pues quisiera... quisiera... ¡Oh, Padre, Padre!» Con esto quería decir: «V. me entiende, sin necesidad de más explicaciones.»—Cuán ajeno estaba aquel ilustrado sacerdote de prohibir la comunión a Gema, lo demostró con lo que dijo un día a los de la casa: «Hagan todos los esfuerzos imaginables por acompañarla a comulgar, aunque esté enferma, porque es imposible que viva esta pobrecita sin acercarse a la sagrada mesa.»

Voy a referir otro hecho. En una ocasión, pareciéndole que no podía comulgar sin antes confesarse, por no sé qué grave falta que el demonio le hizo creer que había cometido, consideró un deber el abstenerse. En vista de que no le era posible encontrar a su confesor, pasó toda la noche llorando y padeciendo; por la mañana fué a la iglesia, y sin comulgar volvió a casa llorando. Apenas llegó a ella, entró en éxtasis, y bajo las apariencias del Señor, se le presentó el enemigo con el malvado intento de hacerle

caer en la desesperación. La escena fué conmovedora para cuantos la presenciaron. Con la luz penetrante del éxtasis, Gema descubrió el engaño, y en voz entrecortada dijo: «No, no es a ti a quien yo quiero. ¿Dónde estás, Jesús; por dónde andas? Es verdad que no ha entrado Jesús en mí esta mañana, pero tampoco entrarás tú, que no es a ti a quien yo quiero. Jesús, ahuyéntalo. Pero, Jesús, ¿cómo permites que el diablo ocupe tu puesto (bajo mentida semejanza?) Ven, Jesús, ven a mi corazón que suspira por ti; date prisa, que mi corazón te desea. ¿No ves cuánto padece? Ahuyenta a este embustero, ¿no ves que quiere hacerme pecar? ¿Por qué me dejas así? Es verdad que primero te dejé yo; pero tú sabes que te quiero, no me abandones más.» Aquí parece que el Señor le reprochó el no haber hecho caso de su invitación por la mañana, para que fuese sin miedo a comulgar. Ella, con su acostumbrado candor, se excusó diciendo: «Es verdad, resistí, pero también he padecido mucho. Oí tu invitación de esta mañana, pero, Jesús mío, ¿qué debía hacer para recibirte? Mira, si el confesor me lo hubiese dicho (que comulgase), la hubiera recibido; pero me tiene dicho que no me fíe de mí. Ese es el motivo de haberte dejado, porque creí haber pecado. Perdóname, y ven ahora a mi corazón. Pronto, Jesús, que mi corazón es para ti solamente. Ven y déjate oír; ¿no ves que languidece? ¿O es que te gusta, Dios mío, ver como desfallece mi corazón con tal deseo?» Este coloquio, que por abreviar acorto, duró cerca de una hora, hasta que por fin la piadosa doncella alcanzó victoria completa sobre el amante Corazón del Salvador. A juzgar por la vehemencia del asalto y por la agitación de Gema, es de suponer que debía salir de la contienda debilitada en sus fuerzas; sin embargo de esto, no fué así, pues cesado el éxtasis, apareció tranquila, alegre, sonriente, e inmediatamente atendió a sus ocupaciones domésticas. Por lo dicho ya se habrá enterado el lector de lo que era para Gema la sagrada comunión; pero continuemos.

Después de haber tratado minuciosamente del modo como la sierva de Dios se preparaba para comulgar, digamos algo referente a su acción de gracias. Tendré forzosamente que incurrir en repeticiones, porque los múltiples actos de fe, de amor, de confianza, de humildad, de conformidad absoluta con la voluntad de Dios (de todo lo cual se ha dado como un ensayo en el presente capítulo), que precedían y acompañaban a tan solemne acto, eran los mismos que le servían para la acción de gracias. Principiaba dicha acción de gracias en la iglesia, duraba todo el tiempo que su compañera le permitía permanecer en ella, y continuaba luego durante el resto del día en medio de las habituales ocupaciones. El corazón de Gema, que se saciaba con la sagrada comunión hasta el exceso, tenía necesidad de desahogarse; pero como su cuerpo no siempre era capaz de resistir, de cuando en cuando, perdía el uso de los sentidos. Así se comprende que fuesen tan frecuentes sus éxtasis, desde su regreso a la iglesia hasta por la noche, pues la impresión ocasionada al acercarse a la sagrada mesa, le servía de incesante estímulo. Si la hubiéramos oído, sabríamos que «quisiera sepultar para siempre en su corazón» a aquel Jesús recibido en el altar, que le enseñase «hasta qué punto debía llegar su amor, para recompensar tantas finezas.» Aquí no sabiendo qué hacer, exclamaba: «Dios mío, Jesús mío, padre mío, consuelo de todas las criaturas, amor que es mi sostén, fuego que no se apaga.» Luego le preguntaba «si sería de su agrado, que se abrasase en tales llamas.» Por fin, invocaba a los ángeles, a la Madre de Dios y a los santos de su devoción, para que le ayudasen a bendecir, alabar y dar gracias al amor de Jesús Sacramentado. Así se explica el por qué de aquellas cartas llenas de fuego que solía escribir con alguna frecuencia a su director y a otros. Cualquiera que fuese el asunto que en ellas se tratase, la Eucaristía había de tener cabida, si ya no ocupaba sitio preferente. Al hablar de materia tan suave y dulce para su corazón, lo regular

era que perdiese el uso de los sentidos, y siguiese escribiendo en éxtasis. Estaba llena de Jesús; sabido es que la boca habla, y escribe la mano, de lo que está lleno el corazón: *ex abundantia cordis*.

Hablando en otro sitio de las dolorosas pruebas a que el Señor la sometió, cité la de la aridez, y dije que, entre todas ellas, fué la más terrible. Ciertamente que correr en pos de Jesús, sin que éste se digne dirigir una mirada; llamarlo, y que no responda, es, para el alma que aspira únicamente al cielo, un tormento del cual sólo puede formarse idea quien lo haya experimentado. Pues bien, ya hemos visto que, para Gema, el cielo estaba en la Eucaristía; que Jesús sacramentado ocupaba el lugar de todas las cosas, que de este misterio vivía y en él encontraba su felicidad completa; y como Dios sabe lo que ha de hacer para santificar las almas, quiso probarla también en esto, de modo que, de cuando en cuando, sin quitarle la satisfacción que experimentaba en la sagrada mesa o ante el tabernáculo, se ocultaba a su mirada, cual si estuviese tras tupido velo. «Oh Padre, Padre—me decía al darme cuenta de sus angustias,—aquellos consuelos que antes tenía por la mañana y duraban el día entero, se han convertido en otras tantas borrascas. Yo no sé lo que ha pasado.» Otra vez, después de hablarme de algunas extraordinarias comunicaciones tenidas al comulgar, añadió: «No son iguales todos los días. Hace tres mañanas que, después de recibir a Jesús, me quedo como si no lo hubiese recibido, pues se calla, y me hace morir de deseo. Jesús se calla, y yo también; él me mira, y yo le miro; y así todo el tiempo.» De tal manera hablaba la tierna amante, poseída de profunda humildad; pero el hecho es que nunca fué tan activa y fervorosa como en los tiempos de espiritual sequedad, porque iba a la iglesia, y, viese o no a su Dios, oyéralo o no lo oyese, lo buscaba siempre con ansia y se moría de deseos; deseos que, según su propia confesión, «la consumían interiormente.»

Y basta con lo dicho. Leo lo que acabo de escribir, y de tal manera me conmueve, que no puedo menos de exclamar: ¡Dios mío, dame a conocer también a mí, más todavía que a todos los cristianos, el tesoro inmenso que nos dejaste en la divina Eucaristía!

CAPITULO XXX

Misión y apostolado de Gema en favor de las almas

Cuando me presenté a mi superior solicitando el permiso para publicar las presentes memorias de la vida de Gema, él, que había oído a muchos hablar de esta bendita criatura, mostró complacerse grandemente en esta idea. Y alentándome al trabajo, me aconsejó que procurase demostrar que a las almas especialmente favorecidas por la gracia, les confía Dios una doble misión: santificarse ellas con el ejercicio de la virtud, y ayudar a la Iglesia y a sus miembros con el ejemplo y con las obras. Así, en dos palabras, me trazó aquel santo varón el esquema de la vida que iba a compilar. Habiendo tratado difusamente en muchos capítulos la primera parte de mi trabajo, creería faltar a los deberes de biógrafo si no consagrarse cuando menos un capítulo para completar el cuadro. Gema recibió de Dios la misión de trabajar en beneficio de las almas, cooperando, con cuantos medios tuvo a su alcance, en la obra de la redención, especialmente en la conversión de los pecadores. Esta misión no fué dada en forma ordinaria, sino de un modo particular, explícito, y aún diré más, con solemne investidura. Dejemos la palabra a Gema para que nos refiera el hecho.

«Días ha, después de comulgar, me hizo Jesús esta pregunta: «Dime, hija, ¿me amas mucho?» No supe qué decir, pero respondió el corazón con sus latidos. «Si me amas—añadió,—harás lo que yo quiero». Dicho esto, lanzó un suspiro y continuó: «¡Cuánta malicia e ingratitud hay en el mundo! Los pecadores viven obstinados en el pecado, las almas débiles no se hacen violencia para domear la carne, los afligidos se dejan llevar de la desespe

ración, la indiferencia va en aumento cada día, y nadie se aparta del error. Desde el cielo no hago más que dispensar gracias y favores a todas las criaturas, luz y vida a la Iglesia, virtud y eficacia a quien la dirige, sabiduría al que ha de iluminar las almas que están en las tinieblas, constancia y fortaleza a las almas que han de seguirme, gracias de todo linaje a todos los justos y a los pecadores que permanecen en sus tenebrosas cuevas; también dentro de ellas envió mi luz, también allí los ablando, y no omito cosa alguna a trueque de convertirlos. Y, con todo esto, ¿qué he ganado? ¿Qué correspondencia hallo en mis criaturas, a quienes tanto he amado? Nadie busca mi corazón ni mi amor. Todos me olvidan, como si nunca los hubiese amado, como si nunca hubiese padecido por ellos, como si fuera de todos desconocido. Mi corazón está siempre triste; casi siempre me hallo solo en el templo, y si en él se congregan muchas personas, es por otros motivos; de modo que he de sufrir ver mi iglesia, mi casa reducida a un teatro de diversiones. Muchos hay que, bajo hipócrita semblante, me hacen traición con comuniones sacrílegas. Hubiera continuado, mas yo me vi obligada a exclamar: «Jesús, Jesús, no puedo aguantar más.»

Otra vez, lamentándose también el amable Jesús, indujo a su sierva a que se ofreciese como víctima expiatoria por los pecados del mundo. Ya vimos en otro lugar con qué generosidad aceptó Gema el sacrificio. Más adelante la indujo a sacrificar su vida con tan noble fin, cosa que aceptó ella con igual resolución, según veremos dentro de poco. Luego le indicó que se emplease enteramente en la conversión de los pecadores, diciendo: «Si me amas, harás cuanto de ti pretendo;» y con resplandeciente luz le dió a conocer, con todo género de pormenores, la forma de su apostolado. Gema contestó: «¿Te parece, Señor, que no estoy dispuesta al sacrificio? Por ti padeceré los mayores tormentos; derramaré mi sangre toda, por complacer tu corazón e impedir que le ofendan los perversos pecadores.»

Veamos cuáles son sus obras. De tormentos no hablemos, los padeció sin tasa, y aun estoy por decir que derramó su sangre a torrentes por manos, pies, costado, ojos, en fin, por todo su cuerpo, sin que apenas le quedase gota de ella en las venas. Pero ¿qué obras querrá hacer esta virgen para ser apóstol de Jesucristo? No lo dudes, lector; con el espíritu que el Señor le infundió, llenará cumplidamente su misión, y a donde no lleguen los hechos, llegarán sus lágrimas y oraciones. Por mi parte, puedo decir que, desde el primer día que la conocí hasta que se murió, la vi siempre ocupada en obras de celo para la conversión de pecadores. Dije desde que la conocí, aludiendo al hecho referido en el cap. XXIV.

En mi extenso repertorio tengo registradas varias conversiones auténticas, semejantes por más de un concepto a la referida; pero las omito en obsequio a la brevedad y para evitar repeticiones.

Gema había hallado el secreto de conmover el Corazón de Jesús, y con sus lágrimas, y los razonamientos que exponía con orden envidiable, obtenía siempre el resultado apetecido. En el día del juicio veremos el número de almas que esta virgen humilde arrancó con sus plegarias de las garras de Lucifer. En efecto, no pasaba día sin que suplicase por los pecadores, según lo comprueba el registro de los éxtasis, en los que, sin reparos, ponía de manifiesto toda su alma. Con frecuencia se le oía decir: «¡Si me concedieses una por día; figúrate, Señor!» Al cabo de algún tiempo, volvía a decirle: «Jesús, no desampares a los pecadores, piensa en ellos; quiero que se salven todos.» Y como siempre tenía alguno por quien más se interesaba, le decía: «Jesús, acuérdate de aquél con especialidad, pues quiero que se salve junto conmigo.» Véase cómo expresa su deseo: «junto conmigo.»

A cada paso la bendita joven acudía a su Madre celestial, cuyo gran poder, en el negocio que tanto le inquietaba, conocía por experiencia. Un día que se encontraba

arrebatada en éxtasis, la vi muy afligida y resuelta a no cuidarse más de un alma, por la que se había interesado mucho; pero de repente cambió de resolución; véase con qué valentía: «¡Qué es lo que me dices, Mamá mía, que abandone esa alma! ¿Pero no es de Jesús? ¿No ha derramado Jesús toda su sangre por ella? Verdad es que me olvidé de ella unos días; ¿pero por eso la has de abandonar tú también? No, no, resiste y aplaca a Jesús.» Parece que la Santísima Madre le indicaba que la empresa era difícil, pero Gema replicó: «Jesús obedece siempre a su Mamá; no me digas que no puedes, pues eres omnipotente.» De nuevo volvía a insistir: «¡Hemos de abandonar un alma por primera vez! ¡Oh Mamá mía! ¿Será posible que Jesús quiera abandonarla? De ningún modo. ¡Si se apiadó de aquel ladrón!» La Virgen Santísima le contestó: «Tú no sabes quién es ese; pero yo puedo mostrarte lo malvado que es.» A lo que Gema repuso: «Lo sé, Mamá mía, lo sé; pero no quiero verlo. Cuando se salve, ya lo veré. Mamá mía, ¿qué esperas? Tú que eres el refugio de los pecadores, ¿acaso dejaste hoy de ser madre? ¡Imposible! ¿Cómo me dejas hoy tan desconsolada? Alcánzame de Jesús lo que conseguiste el sábado (la conversión de otro pecador por quien había suplicado mucho). ¡Qué contenta me pondré!»

¡Desamparar un alma! Esta palabra traspasaba el corazón de Gema y la llenaba de terror. Yo mismo tuve ocasión de observarlo, al soltar esa palabra con referencia a un penitente que, a causa de su indocilidad, tomé la determinación de despedir. Véase la respuesta que me dió: «¡Padre infeliz! ¿Por qué en vez de desanimarse y hacer uso de palabra tan fea, *desamparar*, no la llama y hace comprender la verdad con cariño, como lo hacía conmigo, que era mil veces peor? Escuche: si la puede ver, hágalo así, y si no, escríbale al punto que no se aparte del camino que Jesús le señala, y deje el del pecado, con el cual ofende al Señor. Nada más le digo de esto, pues sé muy bien

lo que pasa; todo lo sé.» Aunque se había propuesto no hablar más, quebrantando el propósito, a los pocos días me escribió de nuevo, diciendo: «En verdad, Padre, que el Señor no está nada contento de aquella alma. El nos ama sobremanera, y me ha dicho muchas cosas. Dígale a esa persona que sea buena; de lo contrario, Jesús la castigará. Hágalo así, Padre, y cuando le hable, dígale algo de mí, y envíemela. Si hubiese venido a verme, no pasaría lo que está pasando.»

Voy a referir otro hecho, con las mismas palabras con que me lo contó un testigo, digno de fe por todos conceptos. «Una señora conocida mía me suplicó que encomendase a un hermano suyo, gran pecador, a las oraciones de Gema. Cumplí su encargo, y ella, poniéndose a rogar con todas sus fuerzas por él a Jesús, quedó en éxtasis. Pero el Señor, sin duda para probar su fe, le dijo que no conocía a tal pecador. «¿Cómo, Señor—replicó Gema,—no le conoces? ¡Pero si es hijo tuyo! Luego, dirigióse a María, pero viendo que la Virgen lloraba y no le decía nada, llamó al Beato Gabriel, Pasionista; mas éste también se calló. «Gran pecador tiene que ser ese hombre—me decía Gema,—porque Jesús me dice que no le conoce, María Santísima llora y el Beato Gabriel no me responde.» Pasado un año próximamente de esta oración, yendo a la iglesia con Gema, hallamos toda conmovida la criada de aquella señora, diciéndonos que el hermano de esta última estaba muriéndose. Tuvimos el natural disgusto, y apenas habíamos caminado veinte pasos, cuando Gema se puso a gritar: «¡Se salvó, se salvó!» Le pregunté quién se había salvado, y me contestó que el hermano de aquella señora. Después supe que este hombre expiraba estrechando la mano del sacerdote en el momento mismo en que la criada llegaba a la casa, lo que coincidía exactamente con el momento en que Gema dijo gritando: «Se salvó, se salvó.»

Divulgando el hecho que acabo de referir, personas amigas de Gema, deseosas de la conversión de los pecadores,

se los encomendaban, movidas además del gran concepto que tenían de su santidad; y no eran pocos los que el mismo Dios le daba a conocer por medio de providenciales encuentros en casa de sus bienhechores o en la calle. La piadosa joven los recibía alegremente dondequiera que los encontraba, cual si en ellos hubiese hallado un tesoro; y cuantos más llegaban, mayor era su satisfacción. «Quisiera lavar con mi sangre los sitios donde Jesús es ultrajado. Deseo que se salven los pecadores todos, porque todos fueron redimidos con la sangre del Redentor.» El último que, como decía ella, llevó sobre sus hombros, fué un señor de Luca, pecador obstinado, a quien personalmente no conocía. Mucho tiempo se fatigó la caritativa joven para alcanzar la conversión, yendo al asalto repetidas veces, sin desmayar. Durante su última enfermedad, dijo: «Voy a llevar a ese pecador toda esta cuaresma sobre mis hombros; después lo dejaré.» El Jueves Santo vino el piadoso sacerdote que lo había recomendado a manifestarme que un gran pecador se había convertido, confesándose con él. Era el pecador de Gema. Aliviada de este peso, dos días después volaba al cielo la santa virgen con esta palma en la mano.

Esta fué la última conversión obrada por la Sierva de Dios. La primera, que sin duda se complacerá el lector en conocer, ocurrió antes de recibir la solemne investidura de su apostolado, cuando enfermó gravemente en la casa paterna. Entre las personas que iban a prestarle servicio, había una mujer de mala vida; y como las de la casa se mostrasen por ello algo disgustadas, les dijo: «¿Acaso el Señor rechazó a la Magdalena por pecadora? Dejádla venir. ¡Quién sabe si podremos hacer con ella una buena obra! No la despedáis, os lo ruego.» El empeño era bastante difícil, porque aquella mujer vivía de su infame profesión; pero ¿a dónde no llega la caridad de Cristo, cuando la maneja alma tan ardiente como la de Gema? La tía de Camaione, enviaba de cuando en cuando dinero a su sobrina para las más apremiantes necesidades, y ella, sin

cuidarse de sí misma, se lo entregaba a aquella mujer para que pagase el alquiler de la casa, y no ofendiese a Dios para adquirirlo. Si alguno de la familia le preguntaba qué había hecho del dinero enviado por su tía, le contestaba: «Cállese, no se apure, ya sabrá pronto lo que hice con él. Tenga la seguridad de que no lo derrocho.» Con tal medio y la constante exhortación, en poco tiempo ganó para sí aquella alma, la cual, sacada del poder del demonio, después de haber hecho confesión general por consejo de Gema, siguió siendo buena cristiana.

Colérico Satanás por el celo de la piadosa virgen que le quitaba de las manos sus mejores presas, se le hizo visible repetidas veces, y en tono amenazador, despidiendo fuego por los ojos, llegó a decirle: «Por ti puedes hacer lo que quieras; pero guárdate de hacer nada en beneficio de los pecadores, porque lo pagarás caro.» En otra ocasión, disfrazándose de prudente consejero, le dijo: «¿A qué viene tanta presunción? Estás tan cargada de pecados que no será suficiente tu vida para llorarlos, ¡y pierdes el tiempo ocupándote en los ajenos? ¡No ves que peligra tu alma? ¡Vaya un negocio, pensar en lo ajeno y descuidar lo propio!» Inútil tarea, porque una vez se le oyó en éxtasis que decía al Señor: «¿Sabes, Jesús mío, quién me prohíbe interceder por los pecadores? Pues el demonio; pero no le hago caso. Pienso en ellos constantemente y te los recomiendo. Enséñame a hacer muchísimas cosas para salvarlos.»

Si algunos de éstos se le mostraba hostil, sus oraciones por él eran cien veces más activas. He aquí un ejemplo entre tantos otros: «Jesús, por orden del Confesor, te recomiendo mi mayor enemigo, mi mayor adversario. Guíalo, acompáñalo, y si tu mano ha de cargar sobre él, cárgala sobre mí. ¿Qué importa que me dejes en medio de dolores? Pero a él no; te lo recomiendo ahora y siempre, hazle mucho bien, el doble de todo el mal, ¡me entiendes, Jesús? que hubiera querido hacerme. Y para darle a entender

que le quiero bien, mañana comulgaré por él. El acaso pensará en hacer mal; pero nosotros le deseamos mucho bien.

La pasión dominante de la sierva de Dios no era solamente salvar las almas de los pecadores, sino ayudarlas a que amasen a Dios, le sirviesen con fidelidad y se perfeccionasen en la virtud. No tenía paz ni sosiego al ver tanta flojedad, no sólo entre los cristianos, sino entre el clero, y aun en las personas consagradas a la vida del Claustro. Además de orar constantemente por todos, se valía de cuantas ocasiones se le presentaban para amonestar, corregir, y, si era preciso, amenazar en nombre de Dios, con el fin de que cada uno se pusiera en orden.» «Esto—le decía a uno—sepa V. que no le agrada al señor, y debe dejarlo.» Y a otro: «Para agradar al Señor, debe conducirse de tal modo.» En una ocasión, fué a consultar con ella un venerable prelado, y en mi presencia le preguntó si iba acertado en el modo como gobernaba a los suyos. Gema, que sabía era un poco ligero en sus determinaciones y bastante duro con los inferiores, le respondió: «Padre, conviene que vaya algo más despacio, y que obre con moderación, porque si no lo hace así, a nadie contentará.» No tenía el menor reparo en decir las cosas tal como las sentía, y así las manifestaba, con humildad, sí, pero sin reticencias. Mas nadie se disgustaba por ello, porque todos veían que procedía con candor angelical. A los directores de almas con quienes estaba en relación, incluso su confesor, les escribía cartas urgentes, para indicarles que corrigiesen a ciertos penitentes de ellos conocidos. «Dígale, dígame que no va bien así. Se estima más a sí mismo que a Jesús; es preciso que se corrija. Ni siquiera su director se escapó de que le advirtiera francamente de sus defectos, de palabra y por escrito; y he de confesar que siempre estuvo en lo cierto. Aunque le desagradaba ocuparse en asuntos ajenos, porque, reconcentrada como lo estaba en sí misma, el mundo era para ella como si no existiera, en tratándose

de la gloria de Dios, con mucha frecuencia corría a ejercitar su apostolado.

En ocasiones la enviaba el Señor como embajadora suya para que amonestase a personas respetables, y ella corría velozmente, después de obtener el permiso de su confesor o director, pues nunca se fiaba de su parecer. «Han pasado algunos días—escribía pidiéndome uno de esos permisos—desde que Jesús me dijo: Ve a ver a la Superiora (de cierto convento de monjas), y dile que si sigue desoyendo mis inspiraciones y continúa firme en su propósito, sin ceder a lo que sus superiores le mandan, pronto se arrepentirá; pues ya tengo preparado el castigo. ¡Ay de ella, si no da oídos a este último aviso! Dile también que si he dilatado el castigo, lo hice por consideración a ciertas almas que son para mí de gran estima, pero ahora ya finalizó el plazo. Dile que en su mano está el evitarlo.» Y añadió: «El jueves, en la Hora Santa, me preguntó si todo lo que había padecido aquella noche (en el acostumbrado martirio periódico del jueves al viernes), lo había padecido gustosamente por el mal que habían hecho algunas monjas. Le respondí que sí, que con mucho gusto. A lo cual oí que me decía: ¡Ay de ellas y de la que les guía, si rehusan hacer lo que quiere Jesús! Si se niegan a dar oídos a su voz, no tardarán en arrepentirse, pero cuando ya no sea tiempo, pues Jesús nunca más hará que reine entre ellas la paz que desde largo tiempo ha reinado; crecerá entre ellas de cada día más la discordia, y presto se verán obligadas a separarse.» Afortunadamente, la monja escuchó la voz del Señor, obedeció, y la paz volvió a reinar entre las monjas, gracias a las oraciones, a los dolores y al celo de aquella que quería ser llamada «la pobre Gema».

Para hacer más fácil este ministerio en favor de las almas, la favorecía el Señor con dones extraordinarios, especialmente el conocimiento de las almas, y el de las cosas futuras y ocultas. Gema tenía correspondencia con almas a las que nunca había visto, y las conocía tan a fondo, que

era la admiración de los confesores que las dirigían. Al ver por vez primera a una persona, por cierta impresión interna, generalmente conocía si era alma grata a Dios o solamente de las vulgares; pero más particularmente notaba las que estaban en pecado mortal. Entonces era de ver cómo, aun en lo exterior, se reflejaba el dolor que le cansaba hallarse delante de ellas: tan grande era la náusea que experimentaba. Con todo, si el lugar lo permitía, procuraba amonestarla, valiéndose de las secretas luces que Dios le concedía para ayudar como mejor pudiese a los que lo necesitaban.

Yo mismo, que de mi natural, y por principios, he sido siempre reacio en dar crédito, sobre todo a las mujeres, sin antes tener pruebas ciertas de su espíritu, consultaba mis dudas con Gema sobre una u otra persona, y ella me daba la respuesta pasados algunos días. «Padre, aunque puedo equivocarme, crea que la persona de quien me habla no tiene buenas intenciones. Siento decírselo, pero no sacaré de ella ningún provecho. Lo mejor será que no le haga caso. ¡Qué sucia he visto esa alma delante de Dios!» Que era así, pronto lo confirmaban los hechos; y muchas veces tuve que dar las gracias a esta joven por haberme advertido a tiempo. Otras veces me hizo rectificar el juicio, y con razón, sobre almas respecto a las cuales, juzgando yo por las apariencias, tenía mis dudas, y a las cuales estaba a punto de despedir. No la tuve menor cuando predijo las funestas consecuencias que sobrevendrían en determinados casos, si no se obraba como Dios quería. Mucho tendría que decir para dejar comprobado lo que aquí afirmo; pero no entro en detalles por amor a la brevedad; me limito a esta ligera indicación. No obstante esto, he de advertir que, en materia de predicciones, Gema, de suyo tan callada y que tanto gustaba cuidarse de sí misma, fué muy parca; necesitaba cerciorarse de que iba en ello la gloria de Dios, o el bien de alguna alma, para salir de su habitual reserva. Fuera de estos casos, nunca hizo de profetisa; repito que nunca;

y cuando personas ociosas lo intentaban, aunque fuese su mismo director, respondía modestamente: «No lo sé; preguntádselo a Jesús.»

De qué manera le enviaba Dios sus luces para conocer las cosas futuras y ocultas, lo declara ella en los siguientes términos: «Estimado Padre, se lo digo a V. en reserva; sin pensar a veces en una cosa, viene con cierta luz al entendimiento, y sin que yo me ocupe en ella para nada, al cabo de un día advierto que aquella cosa que pasó por mi mente como un relámpago, es obra de Dios. Sucede esto con frecuencia, pero en completo silencio.» Tal es, según aseguran los místicos, el modo ordinario como Dios suele hablar a sus siervos, y así lo hice ver en el capítulo en que traté de las locuciones divinas. Aunque por su humildad se resistía a creer, ello no obstante, en el fondo de su alma no existían dudas; sólo su Padre espiritual podía convencerla de que las cosas no eran tal como decía verlas. Otras veces, sintiendo necesidad de comprobar algo, pedía con humilde confianza a Jesús que se lo diese a conocer, y el Señor no dejaba de escucharla. «Le he preguntado—escribía a su confesor—si lo que piensa hacer está bien pensado, y Jesús me ha respondido: «Dile que lo haga.» Más tarde, al volver Jesús, me ha encargado que le dijese a V. que haga las cosas de manera que nadie advierta nada, que nadie más lo sepa. Si cree V. oportuno hacer venir al Padre (que tiene en la mente), también Jesús se da por satisfecho; entonces V. también quedará persuadido de ciertas cosas; por cuanto ahora está muy angustiado, según me ha dicho Jesús.» Y era verdad, que el santo y docto confesor, viendo cosas tan extraordinarias en esta penitente, se hallaba como perplejo y pensaba en si mandaría o no a buscar de Roma un religioso para explorar el espíritu de la sierva de Dios.

Voy a indicar otra cosa: en Roma y en varias ciudades y aldeas, había yo establecido una piadosa asociación, titulada *Colegio de Jesús*, compuesta de almas generosas que

sin la ostentación de cargos u oficios, sin secretario ni caja, se dedicaban a cultivar en sí mismas la vida interior, y, bajo la dirección de un piadoso sacerdote, se ocupaban, según sus aptitudes, en hacer bien a la iglesia, por el decoro del culto, especialmente el del Santísimo Sacramento, y también a los hospitales, a las cárceles y a las familias; en una palabra, hacían el bien donde quiera que había un desorden que extirpar, o un alma que socorrer. Agradó a muchos el reglamento que tracé a esta piadosa asociación; en poco tiempo se alistaron numerosos socios, y gracias a Dios, se han alcanzado bastantes beneficios. Cuando estuve en Luca, hablé de ella a Gema, y ésta, alegre como siempre, quiso ser de las primeras en formar parte, y en el acto se puso a propagar la santa obra. ¡Cuántos pasos dió buscando adeptos, animando a los directores, organizando las obras. En sus éxtasis hablaba frecuentemente con Jesús sobre lo mismo; el Señor le decía que le agradaba mucho, y bendecía con singular afecto a los que formaban parte de la piadosa asociación. Refiero esto para que se conozca mejor el espíritu de la sierva de Dios, y también para estimular a los que lo lean a secundar la naciente y humilde institución, y para que la consideración de que fué hermana suya, en la ciudad de Luca, la virtuosa Gema, aumente en los ya adscritos el fervor.

¿Y qué diré del celo de nuestra joven en favor de las almas del purgatorio? Si el amor verdadero no tiene límites, tampoco lo tenía el suyo, pues llegó a alcanzar gran perfección; los cuidados extraordinarios, que tuvo por las pobres almas lo confirman. Por todas en general procuraba satisfacer con oraciones y penitencias, ofreciendo a Dios, en sufragio de ellas, sus padecimientos; pero al igual que con los pecadores, procuraba con especial empeño socorrer alguna en particular: «Sí, padecer—decía,—padecer por los pecadores, de un modo especial por las almas del purgatorio, y señaladamente por tal;» y la nombraba. Y el Dios misericordioso, que ansía llevar al cielo estas almas

justas, estimulaba su celo para que fuese en aumento su expiación. «El Angel me ha dicho—son palabras tuyas,—que Jesús quiere hacerme sufrir algo más esta noche: unas dos horas empezando a las 9, en beneficio de un alma del purgatorio.» Este padecimiento bastante fuerte, según confiesa ella misma, duró exactamente el tiempo que se le había dicho. «Me dolía tanto la cabeza—añade,—que cualquier movimiento me causaba horribles penas.» El cielo acogía benévolo la expiación de criatura tan amante, y las benditas almas veían aliviadas sus penas y abreviarse el tiempo de su prisión.

Voy a referir acerca de esto un caso particular. Supernaturalmente supo Gema que, en el convento de religiosas Pasionistas de Corneto, había una monja, muy amada por Dios, que estaba gravemente enferma. Me preguntó si era cierto, y habiéndole dicho que sí, suplicó a Jesús que hiciese expiar a la monja sus culpas en el lecho del dolor, para que, al morir, pudiese volar al cielo. Esta plegaria, en parte al menos, fué escuchada. La pobre religiosa, después de mucho padecer, murió al cabo de algunos meses; y Gema dió la noticia a los de su casa para que aplicasen sufragios por la difunta, manifestándoles el nombre y apellido de la religiosa, María Teresa del Niño Jesús, a quien nadie conocía en Luca. Aquella alma se le apareció pidiendo socorro, porque padecía penas horribles en el purgatorio por determinadas faltas. No necesitaba más el corazón de Gema, para que se conmoviesen todas sus fibras. Desde aquel día, no tuvo sosiego; oraciones, lágrimas, luchas amorosas con su Señor, a todo acudía, como si no tuviese nada más en qué ocuparse, ni en qué pensar. A cada paso se le oía exclamar: «Jesús, sálvala; envía pronto al cielo a María Teresa. Ya que tanto la estimas, hazme sufrir por ella lo que quieras; pero sálvala» (refiriéndose al purgatorio). Y por cierto que no padeció poco la víctima expiatoria por espacio de dieciséis días, al cabo de los cuales se dió el Señor por satisfecho, y aquella alma fué libertada. Véase

como Gema me dió la noticia. «A eso de media noche, me pareció que la Virgen venía a decirme que se aproximaba la hora. Al cabo de algún tiempo, me pareció, efectivamente, que la madre María Teresa venía hacia mí, vestida de pasionista, acompañada de Jesús y del Angel de su guarda. ¡Cuán diferente estaba de cómo la vi por vez primera! Se me acercó sonriendo, y me dijo: «Soy verdaderamente feliz, y me voy con mi Jesús a gozar eternamente. Me dió las gracias; repetidas veces me dijo adiós con la mano, y voló al cielo, con Jesús y el Angel, después de media noche.»

¡Lástima que no haya en el mundo muchas almas como esta! ¿Qué es lo que con ellas no podría alcanzarse? Dios convirtió el mundo mediante doce pobrecitos pescadores, y hoy puede salvarlo con las lágrimas, penitencias y dolores de humildes vírgenes, las cuales, aunque el mundo las desprecie, son ante El grandes, como lo fué Gema de Luca.

CAPÍTULO XXXI

Gema y el nuevo convento de Religiosas Pasionistas establecido en Luca

Alma tan enamorada como la de Gema por las cosas celestiales, tenía que encontrarse disgustada en el mundo; y así era. «¿Cómo lo haré—decía,—para vivir en el mundo, si todo cuanto a él pertenece, me causa fastidio? Que me saquen, que me saquen del mundo, si he de permanecer en él por más tiempo.» Y a su director le escribía: «En nombre de Jesucristo, le ruego que venga y me encierre; el mundo no es para mí.» Estas eran las quejas de todas sus cartas. El mismo Señor, para probar la virtud de su sierva, le dejaba entrever que aquella era su voluntad, diciéndole interiormente que sería religiosa, cuando las personas de quienes quería servirse para la ejecución de la obra hiciesen lo que él tenía dispuesto. Viendo la piadosa doncella que no se cumplían los designios del Señor, insistió solicitando lo mismo varios años, y pasó en verdadera angustia la última etapa de su vida, hasta que el Señor le dijo que se tranquilizase y olvidase aquel pensamiento. El primer impulso que sobrenaturalmente recibió para retirarse a la vida claustral, fué en 1899, cuando yacía moribunda en medio de su familia. Refiere este hecho una tal Leticia Bertuccelli, criada a la sazón en casa de Galgani. Lo relataré aquí tal como se me refirió después de la muerte de Gema.

«Cierta noche que entré en el cuarto de la enferma, la vi enteramente iluminada, en compañía de una persona. Yo, temiendo no fuese una aparición de su padre, muerto poco antes en aquella misma habitación, corrí llena de miedo a despertar a la tía; mas ésta, creyendo que era ilu-

sión mía, no quiso levantarse. Volví de nuevo temblando al cuarto de Gema; la encontré de igual manera, y volví a ver a la misma persona, que era una señora. Sin valor para fijar en ella la vista, retrocedí asustada; mas, como oyese hablar y altercar, me puse detrás de la puerta para escuchar sin dejar de temblar un momento. La señora decía: «Gema, en un tiempo tuve intención de hacerte monja; ¿te harías ahora?» A lo que Gema contestó: «Sí; si mi señora me socorriese, me haría monja sin duda; pero soy tan pobre y estoy tan enferma...» Replicó la Señora: «Si no hallas medios para entrar en el monasterio, no faltarán personas que te socorran y ayuden a vivir.» Dijo Gema: «Sí, sí, y entonces se hará la voluntad de Dios.» Terminada la visión, entré, y Gema me dijo que había ido la Virgen Santísima a visitarla, y me prohibió que dijese a nadie, mientras ella viviese, lo que yo había visto y oído. Dos días después Gema curó.»

Restablecida de la mortal enfermedad de que se habló en el capítulo V de esta biografía, se prendaron de ella las monjas de cierto monasterio de Luca, las cuales conocían su hermosísima alma; y con la esperanza de tenerla por novicia, la invitaron a que fuese a pasar con ellas una temporada. Fué, estuvo allí tres semanas ⁽¹⁾, y durante este tiempo, las monjas todas pudieron admirar la piedad, candor e ingenua sencillez de aquel ángel. La Madre Superiora se complacía en tenerla siempre a su lado, y aun en la mesa hacía que se sentase junto a ella. La resolución estaba tomada; se hablaba ya de que la joven entrase en el noviciado el día de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús; pero por más que Gema se sentía feliz en el claustro, una voz interior le decía que la vida del susodicho monasterio no era propia para ella. «Conocía que mi corazón no estaba del todo satisfecho; aquella vida es demasiado cómoda, y Jesús me decía al corazón varias veces: Hija, para ti quiero

(1) Véase el cap. VII.

una regla más austera.» Los hechos se encargaron de demostrar ser cierto que Dios no quería que se quedase allí, pues los médicos, que meses antes la habían visto casi moribunda, presa de incurable enfermedad, se opusieron y aconsejaron que fuese devuelta a su familia. Esta resolución afligió a la piadosa joven, la cual después de todo, prefería permanecer en aquel monasterio a volver al mundo. Rogó, suplicó a las buenas religiosas que la retuvieran consigo; mas fué inútil, pues se vió obligada a salir. Algún tiempo después pensó el confesor en las Capuchinas, luego en las Teresianas y después en otra porción de Institutos: «Iré donde quieran—decía Gema,—pero el corazón me dice que Jesús no quiere que vaya adonde ellos me indican. Por mucho que hagamos, no conseguiremos nada; Jesús al parecer, no tiene tal idea.» Y nada se consiguió, porque, ya por un motivo, ya por otro, resultaron inútiles cuantos pasos se dieron.

El único convento a que se sentía inclinada el alma de la piadosa virgen, era el de las Pasionistas. Tuvo conocimiento de estas religiosas por la lectura de la vida del Beato Gabriel, y aun parece que el bienaventurado Siervo de Dios, en una visión, le dió esperanzas de que formaría parte de su número. Desde entonces, no mostró tener otro deseo; suspiraba por aquel instituto, y por él sólo continuaba suspirando a los pies del Señor. En aquella fecha no había en Italia más que un convento de religiosas Pasionistas, y estaba situado en la ciudad de Corneto, a 100 kilómetros de Roma y 250 de la ciudad de Luca. ¿Qué hacer? Gema, después de pensarlo maduramente y pedir consejo, resolvió ir a Corneto para hacer los ejercicios espirituales, junto con otras tres jóvenes luquesas. Hizo, pues, su petición en forma; pero ¿quién había de creerlo? La Superiora, persona muy renombrada por su caridad e inteligencia, respondió, por permisión divina, del siguiente modo: «Pueden venir todas tres, menos Gema; y les advierto que, si a pesar de esto, la trajesen consigo, no será admitida.» Aquella

buena religiosa, que había oído hablar mucho de Gema, llegó a figurarse que era una de esas jóvenes histéricas, que de ningún modo convienen en una comunidad. Se transmitió la cruda respuesta a la pobre joven, y aunque sintió mucho la negativa, no se incomodó por ello; tanto que, oyendo que en la familia se murmuraba más de la cuenta, llegó a decir: «¿Qué conversaciones son esas? Ya lo saben; no quiero que se hable mal de la Madre Presidenta (así llaman las Pasionistas a la Madre Superiora). Yo, a pesar de lo ocurrido, la estimo mucho, y cuando me muera y vaya al cielo, la primera que voy a buscar para saludarla ha de ser la Madre Presidenta.» Y hablando con una amiga sobre un sueño que había tenido, le dijo: «En sueños conocí a la Madre Presidenta. Me miraba con seriedad. Yo la quiero a ella mucho, pero ella a mí, nada.»

A pesar de todo, creyendo que aquella era su vocación, no se le borraba la idea de ser algún día Pasionista ⁽¹⁾. Erra-

(1) Así nos lo revela principalmente en un autógrafo de la misma Sierva de Dios, escrito en verso sobre este argumento, autógrafo que acaba de caer en nuestras manos y que reproducimos aquí fielmente:

Quando il giorno che sospiro
 Arrivato alfin vedrò,
 Ed in povero ritiro
 Per mio ben mi chiuderò;
 Con qual gioia queste chiome
 In quel dì reciderò!
 Cangerò l' antico nome
 Ed il piede snuderò!...
 Veste ruvida ed abbietta
 Le mie membra coprirà,
 Ma più ch' oro al cuor diletta
 Quella veste mi sarà.
 Scarso cibo e mal condito
 La mia mensa appresterà,
 Ma abbondante e saporito
 Il mio Gesù lo renderà. (*)

(*) «Cuando vea, al fin, llegado el día por el cual suspiro, y me encierre por mi bien en un pobre retiro, ¡con qué alegría cortaré en tal día mi cabellera! ¡con qué regocijo cambiaré mi antiguo nombre y desnudaré mis pies! Grosero y abyecto vestido cubrirá mis miembros; ello no obstante, este vestido será para mi corazón más precioso que el oro. Cubierta de escaso ali-

do el golpe dirigido a la Presidenta de Corneto, trabó amistad con una respetable monja de aquel convento, a la que escribía cartas de elevada mística, las cuales terminaba siempre con manifestaciones de su vivo deseo. «Lléveme al convento con V. Seré buena. Complázcame. No tengo dinero, soy muy pobre; pero procuraré ser útil sirviendo de lega. Crea que sé trabajar, sé barrer, fregar platos, ayudar en la cocina y tengo fuerza suficiente para cualquier trabajo, por duro que sea. Lléveme y complacerá a Jesús.» Y añadía: «Sé que el Padre está en Corneto. Háblele mucho en favor mío; dígame que me meta en el convento con V. La obedeceré siempre, no haré nunca mi propia voluntad, se lo comunicaré todo a V. y haré lo que a V. le agrada. Estoy muy mal en el mundo, Madre mía. Diga al Padre que ruegue muchísimo y luego que se decida, porque dentro de poco no habrá tiempo. Con igual premura, y aun con mayor franqueza, me lo decía a mí: «Padre, atienda pronto a Jesús; de otro modo no habrá tiempo.» Insistiré luego sobre esta frase cien veces repetida: «no habrá tiempo.»

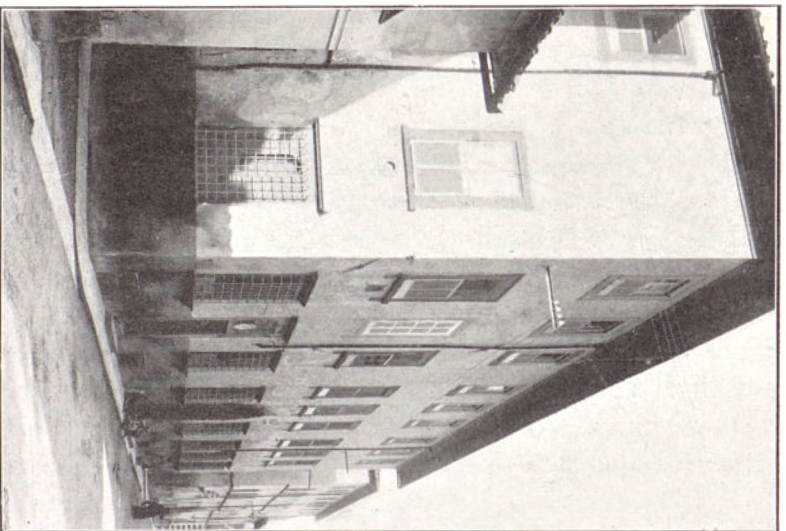
Por esta fecha principió a tratarse de la fundación de un convento de religiosas Pasionistas en la ciudad de Luca. Gema se alegró mucho, pues vió con ello casi segura la realización de sus deseos. ¡Por cuántos medios procuró animar a las personas que se ocupaban en tan santa empresa, diciéndoles que confiasen en Dios, sin desmayar por las dificultades, y que pusiesen todo su empeño en allanarlas! «Jesús lo quiere—decía,—y lo que Jesús quiere, resulta seguramente: por tanto, manos a la obra.» Ello no obstante, los que miraban las cosas con cierta prudencia, quizás demasiado humana, en cuyo número confieso que me contaba yo, no se convencían con tales razones y daban

mento y mal condimentado aparecerá mi mesa, pero mi Jesús me lo convertirá en abundante y sabroso.»

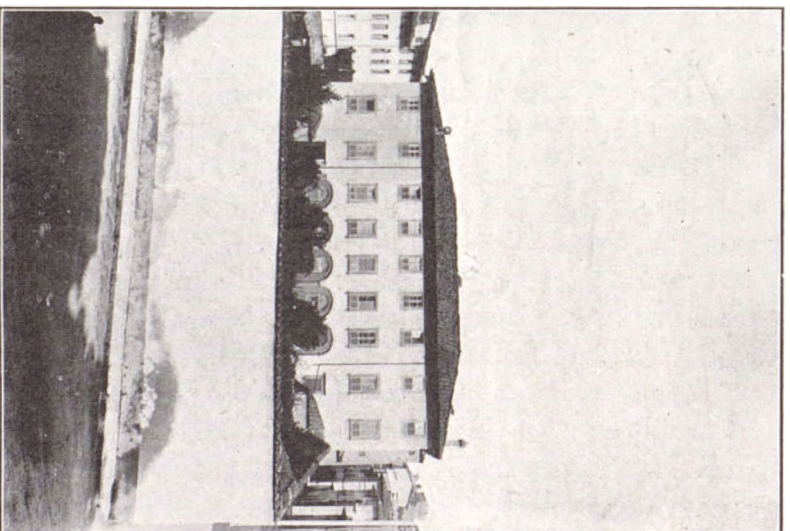
Ignoramos si por sí misma compuso Gema estos versos, mas parece indudable, si se recuerda que poseía gran facilidad para componer versos, según afirma el autor de esta *Biografía*, en el cap. XVIII.

largas al asunto; porque ¿cómo fundar un monasterio de rigurosa clausura sin dinero? Era preciso comprar casa, repararla, teniendo cuenta con el uso a que se destinaba, amueblarla, y además, asegurar el sostenimiento de las religiosas. ¿Cómo se conseguía esto? Al cabo de dos años de mucho buscar, se habían reunido apenas dos mil liras, cuando la curia arzobispal de Luca exigía el depósito de doscientos escudos por cada monja, y la de Corneto no permitía que saliese una monja de aquel monasterio para fundar otro, si antes no se aseguraba su sustento. A pesar de todo, Gema insistía diciendo: «Mire bien lo que hace, Padre; el Señor no está satisfecho de su desconfianza. ¡Como si El, en un momento, no fuese capaz de proveer a todo! Principie, y ya se verá después lo que sabe hacer Jesús.» Mientras tanto, acompañada de su inseparable bienhechora, iba por todas las calles de Luca en busca de una casa, o por lo menos, de un terreno adecuado para la edificación del monasterio. En Marzo de 1901, estando ya todo dispuesto, escribió a la monja de Corneto, de que antes hablamos: «Jesús quiere que se funde el nuevo monasterio, y pronto tendré este consuelo. Y en otra ocasión: «Monseñor ha dicho que es preciso venga alguien a hablar con el Arzobispo y llegar a resolver algo en definitiva. Tenemos acá ocho mil liras y hay además algunos artefactos para vender o empeñar, como mejor agrade a los superiores. Pero éstos duermen. Basta; esperemos. Dígnese Jesús esconderme también a mí en algún lugar.» Y en otra carta, aludiéndome a mí, decía: «Si nuestro buen Padre se decidiese e hiciese lo que Jesús quiere (que bien lo sabe él), todo quedaría hecho. Roguemos, a fin de que Jesús le conceda la gracia de vencer su timidez. Anímelo V., que bien lo necesita; es preciso que pierda el miedo. ¡Pobre Padre! no tenga miedo de nada.»

Oyendo yo tales cosas, estaba como entre espinas, y rogaba a su Divina Majestad que me abriese pronto algún camino; pero los meses pasaban sin que se abriese ningun-



Convento de las Pasionistas de Luca



Convento de las Pasionistas de Luca, con la huerta

no. Por otra parte, el Señor, para excitar el fervor de su sierva y darle ánimos, le hacía ver la gran estima en que tenía a las religiosas Pasionistas, la gloria que se le daría en Luca con la fundación, y el gran bien que harían aquéllas. Una vez, entre otras, se le apareció en la forma descrita en el capítulo precedente; y diciéndole que la justicia de su Eterno Padre tiene necesidad de víctimas, añadió: «¡Cuántas veces la he detenido, presentándole un grupo de almas queridas, de víctimas valerosas! Sus penitencias, mortificaciones y actos heroicos lo han aplacado. También ahora le presenté algunas víctimas para calmarlo, pero son pocas.» Preguntó Gema quiénes eran aquellas víctimas, y Jesús le respondió: «Las hijas de mi Pasión.» ¡Si tú supieses las veces que calmé a mi Padre presentándoselas! Y concluyó diciendo: «Escribe en el acto a tu Padre que se vuelva a Roma, que hable con el Papa de este deseo, que le diga que se prepara un gran castigo, y que son necesarias víctimas.» La idea del nuevo monasterio y la esperanza de ingresar en él, se presentaba en los éxtasis a cada paso. «Jesús mío, el confesor dice que insista ante ti para edificar el convento, que tiene un gran deseo de ver realizada esta gran obra. Has sido tú quien me ha infundido en el corazón este gran deseo. Piensa que cumples todo lo que prometes. ¿No es verdad? Piénsalo, pues, Jesús, y hazlo presto.»

Así se explica que Gema no abrigase la menor duda sobre el éxito feliz de la obra. Jesús, la Virgen y el Beato Gabriel le habían asegurado su realización, explicándole, hasta en sus menores detalles, cómo se había de llevar a cabo, detalles que después de su muerte se fueron cumpliendo poco a poco, y tal como ella lo había vaticinado. «La fundación—dijo—tendrá lugar a corta distancia de la beatificación del Venerable Gabriel, y tomarán parte en ella el Sumo Pontífice, el Obispo, un Consultor General y el General de los Pasionistas, a quien el Consultor dará prisa e inclinará favorablemente, como también el Provincial

de la provincia romana, y otro Padre, a quien el Provincial mandará a Luca para ejecutarla. El demonio trabajará con ahinco para estorbar tan santa obra, y tales dificultades opondrá, que hará creer que es de imposible realización; pero tan pronto como se den los primeros pasos, los primeros que la han combatido serán sus protectores, y todos estarán satisfechos cuando la vean establecida.» Hizo otra predicción, y fué la última, predicción que tanto había de amargar su alma. Poco antes hice referencia de ella, y a ella vuelvo ahora. «Que se decidan pronto, porque, de lo contrario, no habrá tiempo. Jesús no espera más, y me ha dicho que me llevará consigo si dentro de seis meses no se da principio a la obra. La Virgen me curó de aquella grave enfermedad (de esto hablaremos en el capítulo siguiente), pero a condición de que se hiciese el convento. Si pronto no se ponen manos a la obra, recaeré y me llevará consigo.» Ultimamente el Señor le dió a conocer que las condiciones exigidas no se cumplirían, y tuvo que resignarse. «Esta mañana—habla ella,—no sé explicar lo que pasó por mí, pero sentí grandes deseos de llorar. Me fuí a mi cuarto para estar más libre, y allí lloré mucho. Al fin dije: *Fiat voluntas tua!* Las lágrimas no eran de dolor, sino de resignación.»

El *fiat* estaba pronunciado; Gema no pensó más en ser religiosa, ni volvió a decir palabra sobre esto; sólo se ocupó en prepararse bien para la muerte, la cual, como había vaticinado, acaeció a los seis meses. El Señor estaba satisfecho del buen deseo, así como del sacrificio hecho con tanta generosidad por su fiel sierva. Los votos de la profesión religiosa los había hecho privadamente, por devoción, y monja pasionista lo era con toda su alma, porque llevaba el crucifijo grabado en su corazón, y habían sido impresas en su carne las llagas de la pasión. Podía, pues, salir de este mundo satisfecha de haber alcanzado el fin a que Dios la había destinado.

Muerta Gema, vinieron, con razón, los remordimientos,

a los remordimientos siguió el despertar, y sin más dilaciones, se dió principio a la obra. Y me acordé al punto del encargo que me había hecho un año antes, esto es, que fuese a Roma y hablase con el Papa; y fuí a Roma, y hablé con S. S. Pío X, recién elevado al Pontificado, y me escuchó cariñosamente; le agradó el diseño de la obra, y tomando la pluma, de su propio puño escribió la aprobación. Dice así el precioso documento:

«Bendecimos con paternal afecto la fundación del nuevo Monasterio de Monjas Pasionistas en la ciudad de Luca; a nuestro venerable hermano Arzobispo Nicolás Ghilardi, que laudablemente la promueve; a la R. M. Superiora Josefa del Sagrado Corazón, que ha de ser su primera superiora; a todos los bienhechores que han concurrido y concurrieren a establecerla, y a las religiosas presentes y futuras que de él han de formar parte.

»Deseamos además que en sus oraciones, penitencias, prácticas devotas y otros ejercicios prescritos por la regla del Instituto, las sobredichas piadosas vírgenes tengan por principal objeto de su comunidad ofrecerse como víctimas al Señor por las necesidades espirituales y temporales de la Santa Iglesia y del Sumo Pontífice.

»Dado en el Vaticano, el 2 de Octubre de 1903.

PÍO PAPA X.»

Gema había dicho la verdad. Jesús habló al corazón de su Vicario, y, según a su sierva hizo conocer en su visión, quiso que el Pontífice declarase solemnemente que era deber de las Pasionistas del nuevo monasterio ofrecerse como víctimas de expiación por el bien de la Iglesia.

Con tan venerable documento me presenté en Luca y en Corneto, y se me abrió paso. Otras dos cartas apostólicas, para el Arzobispo de Luca una, y para el Obispo de Corneto la otra, vinieron, poco después, a reforzar mis trabajos, quedando resuelta la fundación. Nótese que el

Soberano Pontífice quiso designar la superiora del nuevo monasterio, y fué precisamente la monja de Corneto a quien Gema había escrito: «El Señor le dará este consuelo.» No obstante esto, la cuestión del dinero volvió a retardar la fundación, hasta que una tercera carta del Pontífice al Administrador apostólico de Luca, sede vacante, removió todas las dificultades. Dos monjas de coro y una hermana lega partieron de Corneto para Luca, en Marzo de 1905, dos años después de muerta Gema. En vano el enemigo se esforzó en poner obstáculos y levantar persecuciones; la obra se va propagando, y donde otras comunidades religiosas, establecidas de mucho antes, apenas consiguen tener novicias, esta última crece y se desarrolla. Hasta ahora las religiosas estuvieron alojadas provisionalmente, porque contra toda previsión humana, no fué posible establecerlas en el que para ellas se compró. De ese modo se cumplió al pie de la letra la predicción de Gema, de que la fundación se terminaría a *corta distancia* de la solemne beatificación del Venerable Gabriel de la Dolorosa. En efecto, la beatificación tuvo lugar el 31 de Mayo de 1908, y el 31 de Julio siguiente entregaron los propietarios antiguos las llaves del monasterio; es decir, dos meses después, y en día de viernes, según había vaticinado la sierva de Dios.

Por si alguno desea saberlo, diré que el Instituto de Religiosas Pasionistas fué fundado por San Pablo de la Cruz, quien le dió la misma regla y hábito, así como el espíritu de penitencia, que había dado a sus religiosos Pasionistas. El coro de día y de noche, la meditación y el trabajo, son su constante ocupación. Aunque tienen clausura papal, donde los Rvdos. Párrocos se lo consienten, instruyen, dentro de sus casas, a las niñas en la doctrina cristiana, reciben en determinadas épocas del año a las jovencitas que se preparan para la primera comunión, y a las señoras que desean hacer ejercicios espirituales. Todo esto, unido a la vida angelical que llevan las religiosas,

constituía el embeleso de Gema, por lo que consideraba que eran felices cuantas se alistaban en sus filas. Por eso, al verse excluida de tal suerte, fué preciso un acto heroico de resignación.

En iguales condiciones se encontró en Viterbo la virgen Santa Rosa, la cual, al ser rechazada por las Franciscanas de aquella ciudad, dijo: «No me quieren en vida, pero me tendrán después de muerta.» Otro tanto dijo Gema cuando pronunció su generoso *fiat*. «Las Pasionistas no me quisieron recibir; pues yo quiero estar con ellas, y estaré después que haya muerto.» Si Dios me da vida, y la Santa Iglesia con su infalible decisión declara la santidad de esta sierva del Señor ⁽¹⁾, espero tener este consuelo, así como el de que las hijas de San Pablo de la Cruz puedan decir a la posteridad que la fundadora y patrona de su monasterio fué la virgen Gema Galgani.

(1) Bien puedes alegrarte ya, veneradísimo Padre, desde el cielo en que te hallas, considerando como cumplido tu deseo, porque, en verificarse la condición que pones, tu voto se realizará infaliblemente. Este será el más hermoso homenaje que tu sucesor podrá tributar en la tierra a tu dulce memoria.

CAPITULO XXXII

Última enfermedad de Gema

(MAYO de 1902-ABRIL de 1903)

Aunque Gema había padecido mucho con los trabajos interiores de espíritu, con la efusión de sangre, con la falta del necesario alimento, y con las horribles y constantes vejaciones del demonio, ofrecía, ello no obstante, buen aspecto, estaba bien conservada, tenía buen color y fuerzas suficientes. A excepción de alguna fiebre pasajera, ocasionada más bien por el ardor de sus amorosas llamas, que por enfermedad corporal, ninguna otra enfermedad la molestó, después de la curación prodigiosa de la espinitis. Duró tal estado de salud hasta la Pascua de Pentecostés de 1902, en cuya solemnidad fueron extraordinarias las celestiales comunicaciones: más profundo recogimiento, insólito enrojecimiento del rostro, y tan dificultosa respiración, que parecía partírsele el corazón en el pecho.

En tales disposiciones fué arrebatada en un éxtasis que duró bastante tiempo, y en el cual llegó a conocer algo de lo que le estaba preparado. Se había ofrecido como víctima para la salvación de las almas; pero la víctima no llega a serlo, hasta que es inmolada; y Gema, para cumplir su misión expiatoria, tenía necesidad de llegar a este extremo. Precisamente esto le pedía el Señor. «Tengo necesidad—le dijo—de una expiación grande, particularmente por los sacrilegios con que me ofenden los ministros del santuario.» Y añadió: «Si no fuese por los ángeles que asisten a mi altar, ¡a cuántos de aquéllos hubiera dado muerte repentinamente!» Tales palabras, dichas por un Dios irritado, pusieron en sobresalto el corazón de la fiel esposa; su cara palideció, sus ojos se deshicieron en lágrimas, y al proponerle el Señor si quería expiar aquellos pe-

cados, dió un salto y exclamó: «¿Me preguntas, Jesús mío, si acepto? Inmediatamente; desde ahora descarga sobre mí tu justicia, para que en tan miserable criatura seas glorificado.»

El Señor aceptó tan generoso acto, y Gema enfermó de gravedad. Su estómago repelió, en adelante, toda clase de alimentos, y cualquier cosa que se le quisiese hacer ingerir, por pequeña que fuese, le revolvía las entrañas, sin dejarla descansar hasta que la arrojaba. Con dificultad toleraba algún sorbo de vino, único alimento que tomó durante dos meses cumplidos, siendo de extrañar que sólo con él pudiese vivir. Nadie supo aclarar esta enfermedad, ni determinar la causa a que obedecían los extraños fenómenos que la acompañaban. Quien perfectamente lo sabía era la víctima, pues estando en éxtasis, se le oyó decir al Señor: «Jesús, dentro de poco finaliza tu mes (el de Junio). Ha sido enteramente tuyo, ya lo has visto; pero yo no me saciaré por eso, pues concluido este mes, seguiré haciendo lo que se me ordene; tú no dejes de ayudarme.»

Conocedor yo de la causa verdadera de su mal, y no queriendo que se pusiese en manos de médicos, le escribí, y por obediencia le ordené que pidiese al Señor la curación de tan terrible enfermedad. Aunque violentándose, rogó al Señor con docilidad que la curase, y Jesús, tanto para demostrar que era el autor de lo que ocurría, como para darle a conocer lo agradable que es a su corazón la obediencia, le prometió curarla sin dilación, mas por poco tiempo. En efecto, Gema, curada instantáneamente, volvió a tomar los habituales alimentos, y al cabo de ocho días, recuperó las fuerzas, la carne y el color ordinario, siendo así que antes parecía un cadáver, por la abstinencia total durante sesenta días. Pero la voluntad de Dios tenía que cumplirse: el 9 de Septiembre, después de una tregua de veinte días, recayó en la misma enfermedad, y el 21 de dicho mes reapareció la fiebre presentándose vómitos de sangre, no como la que a veces procedía de los vehementes

ímpetus amorosos del corazón, sino sangre procedente del pulmón.

Para hacer más dolorosos sus dolores, permitió Dios que cesasen repentinamente en la expiatoria víctima las dulzuras de la contemplación, los suaves latidos de su corazón enamorado y toda clase de manifestaciones extraordinarias, tales como los amorosos deliquios, las llagas, la sangre y otros semejantes, con los cuales, si bien es cierto que corporalmente padecía, también gozaba interiormente. Quedó, pues, sola, sin consuelo, y consumida entre dolores, en holocausto del Señor. Las cartas que de allá me escribían daban lástima. «Gema está muy enferma, sólo es piel y huesos; sufre dolores agudísimos y penas interiores que espantan.»—«Gema no puede resistir más, temo que se nos muera de un momento a otro.»—«Gema clama por V. Venga pronto, para que nos indique lo que debemos hacer.»

Ante tales noticias, me puse en marcha; estábamos en el mes de Octubre. La pobre joven tuvo gran alegría al saber mi llegada, y quiso levantarse para darme la bienvenida. ¡Cuál sería mi sentimiento al verla en semejante estado, y con el presentimiento de que Dios iba de veras en esta ocasión! La bendije, ordenéle que se acostase, y sentándome a su lado, le dije: «¿Qué es lo que hacemos, Gema?—«Padre—me contestó con inexplicable alegría,—me voy con Jesús.»—«¿De veras?—«Sí, Padre, esta vez me lo ha dicho con toda claridad el Señor. Al cielo, Padre, al cielo con Jesús.»—«Y las culpas cometidas, ¿cuándo se van a pagar? ¡Vaya un negocio que quieres hacer!—«Ya pensó en ello Jesús. El me enviará dolores en abundancia durante el tiempo que me queda de vida; santificaré mis penas con los méritos de su pasión, se dará por satisfecho, y me llevará con él al paraíso.»—«Pero no quiero yo que te lleve ahora.»—Al oír esto me contestó ella con singular viveza: «¿Y si Jesús lo quiere?»

Y aquí, no sé yo mismo cómo, entró a discurrir acerca

de las particularidades más minuciosas concernientes a la muerte: en qué forma se le había de administrar los últimos sacramentos, cómo la habían de vestir después de muerta, de qué manera debían colocarla en el féretro, transportarla al campo santo y darle sepultura. La enferma hablaba de todo esto con resolución admirable, ni más ni menos que si se tratase de mudar de lecho o de casa. Escuchaba y respondía con gracia e hilaridad. Mas cuando la conversación versó sobre el lugar de su sepultura, se puso seria y con voz algún tanto conmovida, me dijo: «Advierta bien, Padre, donde me mete. No salga de Luca sin que antes se asegure bien de mi cadáver.» No entendiendo a qué aludía, le pedí explicaciones. «Quiero decir que deseo que mi cuerpo no sea tocado ni visto de nadie, porque es de Jesús.» Le aseguré de que así sería, y se tranquilizó.

¡Qué contenta estaba la bendita joven, teniendo a su lado al Padre espiritual! Le parecía estar ya segura en medio de las más fieras acometidas, por lo cual daba interiormente gracias a Dios porque, tras tanto sufrir, le daba este consuelo. Aquella misma tarde la confesé, y para más tranquilizarla, hice que renovase su confesión general. Con este acto pude cerciorarme, llorando de satisfacción, de lo que sabía sobradamente, esto es, que a sus veinticinco años de vida, Gema conservaba pura su inocencia, tal como había salido de la fuente bautismal. El alivio que con esta confesión recibió la enferma, no es posible referirlo. Era tal su alegría, que fué preciso moderarla, por temor de que la excesiva conmoción y el mucho hablar, dada su debilidad, no la perjudicasen.

A la mañana siguiente, con anticipación dispuse que se le administrase el Viático. Gema, a pesar de la fiebre, que por cierto la consumía, no quiso tomar bebida alguna en toda la noche, de modo que, al administrárselo, estaba en ayunas. Se sentó en la cama con el velo blanco de esposa en la cabeza, le dije algunas palabras, muy pocas, según lo requería el acto, y me aparté para arrodillarme en

un extremo de la habitación. Gema entró en profundo éxtasis, con las manos unidas delante del pecho, los ojos entreabiertos, la barba inclinada sobre el pecho, e insensible a todo, incluso al calor de la llama de la vela que se acercaba a sus párpados. ¡Parecía un ángel adorando a la Majestad Divina! Al llegar el sacerdote con el Santísimo Viático, puso el copón sobre el altarcito; mas al dirigirse a la enferma y verla en aquel estado, despidiendo llamas su rostro, sintióse sobrecogido de santo temor. Animéle diciéndole que se acercase con la Sagrada Forma, pues, aunque en éxtasis, se conduciría correctamente, como así sucedió. Al acercarse Jesús, abrió los ojos llenos de lágrimas, sacó la lengua, recibió la sagrada comunión y en el acto volvió a entrar en éxtasis. Terminada la piadosa ceremonia y llevado a la iglesia el Santísimo, el mismo sacerdote subió a la habitación de la enferma, y arrodillándose al lado de la cama, permaneció allí, llorando y rezando, todo el tiempo que duró la acción de gracias de aquella comunión. Yo, aunque acostumbrado a las transformaciones de alma tan santa, también lloré; jamás se borrarán de mi memoria aquel día, aquella habitación, aquella cama.

La enfermedad seguía su curso, los síncope eran frecuentes; no podía dejarse sola la enferma, teniendo el oxígeno a mano para reavivar la respiración e impedir la asfixia, y asimismo la estola para darle la última absolución. Habiendo transcurrido algunos días en este estado, le dije: «Gema, ¿cuánto tiempo durará esto? Quisiera marcharme.»—Y ella contestó: «Padre, puede marcharse cuando guste; por ahora no moriré. Esta enfermedad será la última; pero no llegó la hora. Así me lo dijo el Señor.» Por última vez bendije aquel ángel de la tierra, al que no había de ver más, y me retiré.

Antes de partir de aquella casa, indiqué la necesidad de que se atendiese a la seguridad de los niños, y no se tentase a Dios. Los médicos en su mayoría diagnosticaron

la enfermedad de tisis tuberculosa, y aunque otros no eran del mismo parecer, porque el microscopio no descubría los bacilos correspondientes, y la calificaban de enfermedad extraña, todos convinieron en la posibilidad del contagio, y en la necesidad de aislar a la enferma. ¡Quién lo había de creer! Encontré resistencia invencible. «¿Cómo—decían grandes y pequeños,—privarnos nosotros de Gema? ¡Habiéndola traído Dios a nuestra casa, vamos a privarnos de ella? ¡Eso nunca! ¡Si ha de morir, nosotros la asistiremos!» Y el mayor de los hijos, estudiante de la Universidad decía: «¿Qué sería de nosotros, si Gema no estuviese en esta casa? Dios protegió siempre a nuestra familia por los méritos de esta huésped santa. Verán, verán lo que va a suceder.» Como éste, se expresaban los demás, y tal oposición hicieron que, cuatro meses después de mi partida, no se habían resuelto todavía a permitir que se separase de ellos.

Por fin, prevaleciendo la prudencia, consintieron en separarse, aunque no del todo. Una de las tías de Gema alquiló un pequeño departamento cercano a la misma casa; con las ventanas frente a frente; a ésta fué trasladada la enferma en la noche del 24 de Enero de 1903. Su asistencia poco o nada cambió; pues aquellos cariñosos bienhechores estaban de continuo al lado de la enferma, y aunque los médicos se esforzaban en impedirlo, los niños burlaban la vigilancia, y ora uno, ora otro, seguían a su tía e iban a ver a Gema. Sintió en el alma la pobre joven esta separación, porque amaba entrañablemente a familia tan afectuosa, de un modo especial a la que llamaba su mamá; por eso dijo llorando al salir: «Es esta la segunda vez que pierdo a mi madre. Pero ¡viva Jesús! Estaré sola; con Jesús únicamente.» A su Padre espiritual le escribió el 6 de Febrero: «Mi buen Padre, ¡Viva Jesús en todo tiempo! Estas son mis palabras en todos los instantes del día. ¡Viva Jesús, que me da fuerza y valor, y a quien, humildemente y sin cesar, debo dar gra-

cias! Hice el sacrificio voluntariamente y sin reparo, pues comprendo que no es hora de conducirme como niña, sino con valor. Ayúdeme V. con alguna plática, aunque sea sencilla, pero con frecuencia, porque me es conveniente en alto grado. Sea amable conmigo en medio de sus aficciones, y bendígame con fervor. Todos los días ruego por V., para que tenga paciencia conmigo. Soy la pobre Gema.»

Poco después de haberse trasladado al nuevo domicilio, escribió la última carta a su celestial Madre, según acostumbraba en las principales festividades, o con motivo de alguna necesidad particular. Yo mismo ignoro por qué, no habiéndolo hecho nunca, la incluyó en la última carta que me escribió. Ciertamente no podía la piadosa joven legarme recuerdo más precioso, porque en esta página puso todo su espíritu. Véanse sus puntos principales: «Madre mía, mi débil existencia es una continua batalla, pero estoy conforme, enteramente resignada en las manos de Dios, entre el temor y la esperanza. Clamo, clamo en medio de tantas penas, y me dirijo a Jesús, prometiendo amarle; pero Jesús se esconde y apenas me ama. ¡Mamá mía, viva Jesús! Pronto y santamente se vengará con su santo amor para con la más ingrata de sus criaturas. Madre mía, ruega a Jesús por mí y dile que seré obediente. Deseo ir al cielo pronto; si es esta su voluntad. Bendice a la pobre Gema.»

Así, en medio de las mayores tempestades, sobresale siempre su fe; en lo más amargo de la agonía, aparecen las dulces expansiones del amor, y ante los horrores de la muerte, no decaen ni su esperanza, ni los deseos de subir al cielo. ¡Bendito sea el que, a imitación suya, sepa dar cabida en su corazón a sentimientos de esta naturaleza!



Casa y celda † en que murió Gema

CAPITULO XXXIII

Ultimos dolores y heroicas virtudes de la Sierva de Dios moribunda

(MARZO-ABRIL DE 1903)

Vida pasada al pie de la cruz, sólo con Jesús Crucificado, era de esperar que con Jesús Crucificado alcanzase su perfección. Gema había participado una por una de las penas del Hombre-Dios, desde los dolores interiores hasta las llagas; de modo que, para ser perfecto el retrato, faltaban la agonía y la muerte entre sufrimientos sin tasa, y el Señor no quiso que saliese defraudada. Pero aquel cuerpecito no era capaz de tantos tormentos, y para compensar la intensidad con la duración, tuvo en la cruz a la víctima por espacio de algunos meses. Ya hemos dicho algo de este martirio; digamos ahora lo que falta.

A pesar de que el estado de la enferma era bastante grave, no dejaba de levantarse todos los días, y por la mañana temprano, medio arrastrándose, iba a comulgar a la iglesia inmediata, acompañada de su madre adoptiva, quien al regreso, la acostaba, dejándola sola para que diese a Dios las debidas gracias. El placer que la piadosa virgen experimentaba al recibir el alimento celestial, era grande, como grande era el consuelo que de él sacaba; pero el Señor resolvió quitárselo. En menos de dos meses, la fiebre, que iba en aumento constante, la imposibilitó para moverse, e inclinando su cabeza, dijo: «Jesús, así sea.» Tuvo que dejar también su alimento corporal, que se componía de algunos sorbos de líquidos corroborantes, porque el estómago no podía retenerlos, y con gran valor se abstenía de tomarlos. El organismo se iba deshaciendo poco a poco, de modo que la infeliz joven no tenía parte sana en su cuerpo; todas estaban doloridas.

«¡Pobre mártir—me escribían,—pobre víctima del Señor! ¡Siempre padeciendo! Parece que le torturan los huesos, el cuerpo padece todo él y desaparece sin poder remediarlo. Hace veinte días perdió la vista, y la voz se le apaga de tal manera, que se le ve fatigarse para articular las palabras. Parece un esqueleto que por instantes se consume; da pena el mirarla.»

Estos padecimientos, a pesar de ser tan grandes, eran nada, comparados con los que le ocasionaban los demonios. Ha dicho el Espíritu Santo que, en los últimos momentos de nuestra existencia, el demonio hará esfuerzos desesperados, como león a quien se le escapa la presa, para que caigamos en la culpa, pues sabe que le queda poco tiempo para perjudicarnos. *Habens iram magnam*. ¿Qué no haría con Gema, a la que tuvo odio mortal, e hizo guerra despiadada durante su vida? De otros santos se dice que al fin de su vida tuvieron asaltos más o menos terribles, pero pasajeros; los de Gema, por lo contrario, fueron constantes, apenas interrumpidos con momentáneos intervalos de tregua. El hecho será espantoso, pero cierto; y lo atestiguan cuantas personas estuvieron inmediatas a ella en los siete meses que duró su última enfermedad.

Perturbaba el maligno espíritu la imaginación de la paciente con toda clase de fantasmas, propios para producir en su ánimo ansiedad, tristeza, amargura y temor, a fin de inducirla a la desesperación. Le representaba, bajo tétricos colores, el cuadro de su angustiosa vida, las desventuras de su casa, las privaciones sin cuento; hacía pasar ante su vista los agentes de la fuerza pública que, al morir su padre, entraron en su domicilio con los acreedores, para embargar cuanto había, y al fin terminaba diciendo: «Ahí tienes todo lo que has conseguido con tus fatigas en el servicio de Dios.» Aprovechándose después del estado de aridez profunda en que el Señor la dejaba con frecuencia para mejor purificarla, procuraba por todos los medios persuadirla de que Dios la tenía abandonada, que con se-

guridad se condenaría, porque había errado el camino, y le hacía ver que sus heroicas virtudes y los favores recibidos del cielo no eran más que engaño e hipocresía.

Esta tentación fué la más larga y la más terrible de todas. La pobre joven, viéndose oprimida por ella, resolvió, para asegurar su salvación, hacer confesión general, y al efecto, tomó la pluma, y a pesar de la agitación de su alma y de la confusión de ideas, escribió detenidamente la historia de su vida, y se declaró merecedora del infierno, porque con malicia diabólica no había hecho más que engañar a los confesores, a los directores espirituales y aun a sí misma. Pasó revista a los preceptos del Decálogo y de la Iglesia, a los vicios capitales y deberes de su estado, y se declaró culpable de la mayor perversidad. Ordenó que este escrito, que antes de ser cerrado fué leído por quien podía hacerlo, se llevase a un sacerdote de santa vida, conocido suyo, con encargo de que fuese a darle la absolución. El sacerdote la confesó y tranquilizó ⁽¹⁾; pero el enemigo no se dió por vencido, y revolviéndose contra ella, la inducía a impacientarse para que, cuando menos, perdiese el concepto de virtuosa y santa en que se la tenía con razón sobrada.

Lo que más afligía a este ángel, eran los esfuerzos que hacía el enemigo para afrentarla en su pudor virginal. El maligno espíritu sabía con cuánto esmero había cuidado aquel tesoro durante su vida, y el heroísmo con que había combatido contra él en semejante materia, saliendo siempre vencedora. Ya que no un desquite, porque esto lo consideraba imposible, quería al menos una venganza, amargando así a tan inocente paloma los últimos días de su existencia. No empleaba pensamientos o imágenes, ni tampoco seducciones; porque alma tan templada era para ellas

(1) Alguien, al leer el hecho aquí referido, ha creído hallar motivo para dudar de la inocencia de Gema. No puede darse mejor respuesta a este propósito que remitiendo al lector a lo que deja dicho el autor en la página 349, después de haber oído la última confesión general de la Sierva de Dios.

insensible, sino apariciones reales, en forma constantemente diferentes y violentas. «Padre, Padre—me escribía desde el lecho del dolor,—esta pena es demasiado fuerte para mí. Pídale al Señor que me la cambie por cualquier otra. Haga desde ahí los exorcismos, para que este perverso demonio se vaya, o mande a su ángel custodio que venga y lo espante de aquí.»

Mas terminada una batalla pronto principiaba otra, y no la dejaba descansar. Repetidas veces me escribió una de las personas encargadas de su asistencia: «Esta bestia infernal concluye con nuestra Gema.—Salgo de su lado llorando, porque el perverso demonio acaba con ella y no podemos remediarlo.—Golpes tremendos, figuras de animales feroces, de todo echa mano el muy bribón, para acabar con la pobre enferma. Nosotros la auxiliamos rociando su habitación de agua bendita, pero aunque cesa el ruido por algún tiempo, vuelve al poco rato con más violencia.» Para verse libre de esto, pidió los exorcismos con insistencia, y como no se creyó prudente acceder a su petición, ella misma procuró hacerlos, y dirigiéndose al enemigo, en tono resuelto le decía: «Espíritus malignos, marchaos al sitio para vosotros destinado. Si no lo hacéis, sabed que os acuso delante de mi Dios.» Después, dirigiéndose a la Santísima Virgen, se le oyó decir: «Madre mía, me encuentro bajo el poder del demonio, que trabaja por arrancarme de las manos de Jesús. Jesús, no me abandones, seré buena. Madre mía, ruega a Jesús por mí, pues por la noche me encuentro sola, llena de temores, entorpecidas las potencias, y sin poder moverme. ¡Viva Jesús!»

De cuando en cuando acudía el benignísimo Jesús a tranquilizarla y darle ánimo, diciéndole con clara locución: «Hija mía, ¿por qué, en vez de afligirte por las vejaciones de tu enemigo, no pones toda tu confianza en mí? Humíllate bajo mi potente mano, y las tentaciones no te perjudicarán. Resiste, no te dejes dominar, y si la tentación persiste, lucha tú también, que la lucha te conducirá

a la victoria.» Otras veces, su Angel Custodio se presentaba para consolarla, pero, según ella me escribía, aquella visita la reanimaba por poco tiempo; el alma volvía a caer en tinieblas, y el tentador embestía con mayor furia. De este modo pasaba la infeliz joven los días, las semanas y los meses, dejándonos ejemplo de admirable paciencia, y motivo de saludable temor de lo que a nosotros, que no tenemos sus méritos, nos puede suceder en la hora terrible de la muerte.

Los dolores e incomodidades propias de la enfermedad no inquietaban a la virtuosa joven. No demostró sentir disgusto ni cansancio; ni se apoderó de su semblante la tristeza, como suele ocurrir con los enfermos, antes bien, aparecía alegre y sonriente. Jamás dió muestras de asustarse en las diferentes crisis de su enfermedad, ni de su pecho salieron los gemidos y suspiros que exhalan aun los enfermos más valerosos sin poder remediarlo. No se dió el caso de pedir el menor alivio, ni que la moviesen o levantasen de la cama, por incómoda que fuese su posición; la asistencia para ella siempre iba bien, aunque por olvido se la dejase alguna vez sola por la noche, que es cuando más se necesita de ayuda.

Para evitar este inconveniente, se recurrió a las hermanas enfermeras llamadas Barbantinas, las cuales, con su acostumbrada caridad, tomaron con empeño la asistencia de nuestra enferma, cuidándola hasta el último momento. Véase lo que, sobre la heroica paciencia de la Sierva de Dios, dice una de ellas: «En todo el tiempo que estuve al cuidado de la bondadosa Gema, durante su postrera enfermedad, no la oí quejarse una sola vez. Solamente al principio oí que decía alguna que otra vez: «¡Jesús mío, no puedo más!»—Habiéndole dicho yo que con la gracia de Dios todo se alcanza, no volvió a repetir la expresión, y si alguno de los presentes decía enternecido: «¡Pobrecita, no puede más!», inmediatamente respondía: «Sí, aún puedo otro poquito.»—Sin embargo de ello—continúa la

Hermana,—es tanto lo que yo vi padecer a Gema, que dudo se sufra más en el purgatorio.» Del mismo modo se expresan cuantas personas se acercaron a su cabecera durante el curso de su enfermedad.

Mas aunque parezca increíble, la enferma, a pesar de tantos dolores y combates tan atroces, estaba en disposición de entretenerse familiarmente con su Dios, con aquella serenidad de espíritu que tenía en los tiempos de mayor consolación. Por regla general, al salir de sus batallas con el infernal enemigo, decía: «¿Dónde estás, Jesús? No creas que te falte jamás. Bien lo sabes tú, que ves mi corazón.» Estas y semejantes palabras las pronunciaba con los brazos abiertos, fijos los ojos en el cielo, y con acento de inexpressable ternura. Volviéndose hacia la Virgen, le decía: «Madre mía, manifiéstale a tu Hijo que cumpliré mi palabra, y le seré fiel.» Y al verse súbitamente perseguida por el enemigo con mayor coraje, decía con afectuosa confianza: «Jesús, si es tu voluntad, concédeme alguna tregua. Me siento desfallecer. Un poco de tregua, Jesús.»

Estas aspiraciones, verbales unas y con el corazón otras, se sucedían sin interrupción. «¿No sabes, Jesús, que soy tuya? Tuya soy con el alma y con el cuerpo. Padezco, sí, pero soy tuya, y quiero ir contigo al cielo.» Como la Hermana asistente la oyese en una ocasión estas expresiones, le dijo: «Si Jesús la dejase escoger, ¿eligiría irse inmediatamente al cielo, cesando de padecer, o quedarse aquí padeciendo, si ello resultase a mayor gloria suya?» A lo cual contestó con viveza: «Antes padecer que ir al cielo, si se trata de padecer por Cristo y darle gloria.» Durante la noche, tan larga para ella, suplicaba a la Hermana que rezase oraciones y jaculatorias, con las cuales decía que experimentaba gran satisfacción: «Vamos, Hermana, vamos a rezar; no nos ocupemos en lo demás, que Jesús está solo.» Las buenas religiosas estaban fuera de sí, viendo tanto fervor en una joven medio muerta, y procuraban no apartarse de su lado, porque, según decían, sacaban, con su

asistencia, gran fruto de edificación para sus almas; y les daba tal ánimo, que no sentían cansancio ni disgusto. Dejemos que lo refieran ellas: «La impresión que me produjo esta joven—dice la Hermana Camila—fué la de un conjunto de todas las virtudes. En el tiempo que la asistí, no hizo más que edificarme. Noté en ella profundo conocimiento de las cosas espirituales y místicas. Al conversar con ella (no se hablaba más que de cosas espirituales), mi alma experimentaba un gran consuelo, como si oyese hablar a un ángel. Su modo de hablar era tan claro y preciso, que no podría pedirse más a un director de almas. Cuando le recordaba yo el ejemplo del Salvador, con el fin de darle valor en sus padecimientos, su cara se encendía y la sonrisa se fijaba en sus labios, cual si nada padeciese. ¡Tan dulce era a su corazón pensar en Jesucristo!»

Los afectos con que, la mayoría de las veces, desahogaba su corazón la bendita joven, eran, según afirman los testigos, de intensa contrición. «El pensamiento de sus pecados la hacía temblar muy a menudo. Durante su enfermedad, era presa del temor a la vista de aquéllos, y las palabras con que expresaba lo que su corazón sentía, eran tan ardientes, que no era posible oírlas sin llorar! «¡Jesús mío—exclamaba—cuántos pecados llevo sobre mí; estoy llena de ellos! ¿No lo ves, Señor? Pero tu misericordia es infinita, y tantas veces me perdonaste, que confío en que me perdonarás ahora también.» Dirigiéndose luego a la Santísima Virgen, le decía con los ojos arrasados en lágrimas: «Madre mía, cuando esté en presencia de tu Hijo, ruégale que use de misericordia conmigo.» Durante el día y la noche, su jaculatoria más frecuente era esta: «¡Jesús mío, misericordia!» Por eso pudo asegurar una de las Hermanas que la asistían: «Lo que más resplandeció en Gema, y más me conmovió durante su enfermedad, fué su gran humildad.»

En suma, su oración era continua. Si no había a su lado persona que lo impidiese, rezaba ordinariamente en

voz alta, dirigiéndose unas veces al gran crucifijo que había mandado colocar en la pared de su derecha, y otras a una imagen de la Virgen que tenía en frente de su cama. Cuando se cansaba de orar en alta voz, se le conocía en el semblante que continuaba orando con el mismo fervor. «Monseñor—decía—me indicó que cuando no pudiese orar con la boca, lo hiciese con el corazón, y así lo hago.» Antes de perder el uso de la vista, se entretenía alguna vez leyendo. Viéndola la tía en una ocasión con el libro en la mano, le dijo: «¿Qué lees, Gema?» «Leo—respondió—la preparación para la muerte.» Y en efecto, durante su enfermedad, indefectiblemente, todas las noches hizo este devoto ejercicio. «Dime—le volvió a preguntar la tía,—¿te desagrada morir, Gema?»—«Oh, no; no tengo apego a nada del mundo.»

No solamente se sentía con ánimos la piadosa joven para hablar con su Dios en medio de tantas penas, sino que cuando no combatía o se hallaba en oración, como quien no daba ninguna importancia a sus dolores corporales, estaba atenta a los que la asistían, edificándolos, según hemos visto, con santas conversaciones, y procurando distraerlos del dolor que demostraban al verla en un estado tan digno de compasión. A la tía, que lloraba en torno de su lecho, le decía: «Tía, conozco su natural; está V. muy apenada viéndome padecer tanto. Aléjese, aléjese. Sí, aléjenla, porque se aflige demasiado por mí; no la dejen acercarse a mi lecho.» Contestaba a cuantos le preguntaban, mezclando en la conversación palabras ingeniosas y espirituales; y al decirle que con su alivio sentían satisfacción, respondía dando las gracias, o bien con cierta amable sonrisa. Si los niños de la familia iban a verla, los acariciaba dulcemente, y con gracia singular repartía entre ellos los dulces o confites que otros le habían dado para que se alimentase, pues los reservaba para ellos con especial cuidado. En una ocasión fué a visitarla su única hermana superviviente, la cual, viéndola en aquel estado, se echó a

llorar con desconsuelo. «No llores, Angelina—le dijo Gema;—cálmate, que no es nada, y perdóname el mal ejemplo que te haya dado.» La hermana se conmovió mucho más al oírla hablar de esta manera, y pidióle perdón a su vez. «No pienses en eso, Angelina; te ruego que procures ser buena»—dijole la enferma; y la despidió.

Estaba profundamente agradecida a las Hermanas que la asistían, y aunque por naturaleza era enemiga de demasiados cumplidos, sus ojos revelaban que el reconocimiento anidaba en su corazón. Un día oyó su madre adoptiva que decía a la Superiora de las Hermanas: «Para recompensarla, sabré cumplir con mi deber.» De pronto se encendió su rostro, y exclamó: «No, no; para las Hermanas se lo pediré a Jesús.» A cualquiera que le hiciese el más pequeño favor, le decía: «Yo rogaré por V.; procure ser bueno. De lo que me hace V. ahora, no me olvidaré cuando esté en la presencia del Señor.»

En el último período de la enfermedad deliraba y se desmayaba a menudo, a causa de su extremada debilidad. El demonio gozaba viéndola falta de fuerzas, e imposibilitada de reaccionar; entonces la atormentaba cuanto podía con fantasmas y espantajos, sin conseguir más resultado que acrecentar los méritos de la pobre víctima, porque, aun en este estado de debilidad, supo Gema entonar su acostumbrado grito de guerra: «¡Viva Jesús; soy de Jesús y solamente para Jesús!» De este modo rechazaba las malvadas sugerencias. Se notó también que, en lo más fuerte del delirio, al hablarle de Dios, volvía en sí y respondía acorde, como si tuviese el entendimiento perfectamente íntegro, cosa que asimismo ocurría, cuando ella, cooperando a la gracia, se excitaba en elevados pensamientos acerca de Dios. El juicio enfermo cedía su puesto para pasar de golpe a los conceptos más sublimes de la mística. Así se explica que una vez en que la tos parecía sofocarle, y durante ella pronunciaba frases incoherentes, viendo que una de la familia que le traía la escupidera se puso a mirarla

compasivamente, la miró ella también con cariño y le dijo: «Mira, Eufemia, cómo quiere Jesús que se le ame.» Era esta jovencita la que la asistió durante su enfermedad y la que se encontró presente en la hora de la muerte, recogiendo su espíritu como preciosa herencia. Pero volvamos a nuestro calvario y a nuestra crucificada, para acabar de edificarnos y para ver cómo mueren los santos.

CAPITULO XXXIV

Preciosa muerte y sepultura de la Sierva de Dios

(8-12 DE ABRIL DE 1903)

Ya la cruel enfermedad ha recorrido todas sus fases, y no queda de Gema más que un soplo de vida. Su cuerpo, dolorido en todas partes, con la palidez de la muerte en el semblante, yace inmóvil en el lecho, en actitud lastimosa, semejante a Jesús espirando en la cruz. Cuatro o cinco días antes de morir se puso tan pesada, que tres personas robustas y los mismos criados de la casa, con dificultad conseguían levantarla en la cama, siendo así que, reducida a la piel y a los huesos, y delgada como era, hubiera podido ser movida por un niño. «Hemos cuidado muchos enfermos—decían las Hermanas,—pero nunca hemos visto cosa semejante.» Atribuíanlo a cosa maravillosa, y así se lo dijeron a Gema, la cual (pudiendo saberlo muy bien) respondió con sencillez: «No soy yo ciertamente quien peso así.» Y, en verdad, es de creer que el demonio puso mano en ello para algún fin malvado y acrecentar los tormentos de la pobre víctima. Lo cierto es que apenas expiró, volvió a adquirir su peso natural.

En esto llegó el Miércoles Santo. Gema parecía extática; fijaba sus ojos de cuando en cuando en el cielo, y con ansiedad exclamaba: «¡Jesús, Jesús!» Una hora después entraba, como de ordinario, en pleno éxtasis, pero por poco tiempo. Al salir de él, le preguntó la Hermana asistente si Jesús la había consolado, a lo cual contestó la bienaventurada virgen: «Hermana, si pudiese ver V. una migajita de lo que me hizo ver Jesús, ¡cuánto gozaría!» Refiere la buena religiosa que al decir esto estaba la enferma totalmente transformada. El mismo día se le administró el Santo Viático, que recibió con gran reverencia, absteniéndose de

toda manifestación externa de piedad, fuera de las comunes. (No había comulgado desde el 23 de Marzo, último día que fué a la iglesia). Al día siguiente, Jueves Santo, día solemnísimo para su corazón, pidió nuevamente a su Jesús, y como el sacerdote opusiese reparos para repetir la comunión por Viático, manifestó que aguantaría la sed que la fiebre le producía, para permanecer en ayunas, y así lo hizo. Dice un testigo: «Parecía una santa, sentada en la cama, con las manos unidas, los ojos bajos, la cara radiante y la sonrisa en los labios, a pesar de la acerbidad del mal que la consumía.» Recibida la comunión, quedó en profundo recogimiento, que se convirtió en éxtasis al cabo de dos horas, aunque algo incompleto, de modo que le permitía responder de cuando en cuando a quien le hablaba de cosas edificantes. Durante el éxtasis, pareciéndole ver una corona de espinas, dijo: «Antes de que estés completa ¡cuánto hay que padecer!» Y volviéndose a la Hermana, añadió: «¡Qué día el de mañana!»; referíase al Viernes Santo.

Llegó el Viernes, y a eso de las diez de la mañana, la señora que la cuidaba, sintiéndose débil por la fatiga y la falta de sueño, trató de marcharse para descansar; pero la enferma la detuvo diciéndole: «No me dejes, mamá, no me dejes hasta que esté clavada en la cruz. Tengo que ser crucificada con Jesús, porque me ha dicho El que sus hijos deben ser crucificados.» Se quedó la señora, y al poco rato entró Gema en profundo éxtasis; extendió poco a poco sus brazos, y en esta posición permaneció hasta el mediodía. Su semblante era una mezcla de amor y de dolor, de calma y desolación. No hablaba; pero ¡cuánto dejaba entender! ¡Agonizaba con Jesús en la cruz! Los presentes la contemplaban atónitos sin cansarse. Uno de ellos me escribió: «Contemplé a Jesús crucificado, moribundo, pues tal era la figura de Gema en aquel momento.» Todo aquel día, por la noche, y en la mañana del sábado, sufrió penas mortales; parecía que iba a morir, ahogada por la plenitud

de sus penas, tanto corporales como del alma. A las ocho de la mañana del sábado, se le administró la Extremaunción, en perfecto uso de los sentidos, y atenta a las preces del sagrado rito, al cual se esforzaba en responder lo mejor que podía, aunque con voz ronca.

El mayor dolor que experimentó en la cruz nuestro divino Salvador, fué, según dicen los santos, el aparente desamparo por parte de su Padre celestial, y el real y positivo por parte de los hombres, que le hizo prorrumper en amargo lamento. También en esto debía asemejársele Gema. Sin duda se preguntará el lector con extrañeza cómo es que faltaban en momentos de tanta necesidad los sacerdotes y directores espirituales, y sólo había para acompañarla algunas piadosas mujeres, las cuales más bien estaban allí para llorar, a la vista de tantas penas, que para servir de consuelo. Sin embargo de ello, sucedió así, porque quiso Dios que el martirio y el mérito de su sierva llegase al último límite. El sacerdote de la iglesia vecina le llevó el Viático y se marchó; el párroco le dió la Extremaunción y también se fué, para volver más tarde a leerle la recomendación del alma; el confesor extraordinario, a quien ella mandó llamar, la confesó en pocos minutos y no se dejó ver más; el confesor ordinario, el único que conocía a fondo los misterios de su alma, por haberla dirigido desde la niñez, y que con tal motivo le hubiera causado gran consuelo en medio de tantas penas y luchas, se presentó solo por pocos minutos, y eso que la infeliz joven le suplicó varias veces con fervientes instancias que no la dejara. A mí mismo que, a causa de encontrarme lejos, ignoraba el peligro y la grave necesidad, no se me ocurrió ir allá ni escribirle alguna carta que le sirviese de dirección. Así, merced a todo esto, Gema quedó desamparada, con Jesús desamparado. Cuando empezó a sentirse gravemente enferma, pidió la sierva de Dios que se me telegrafiasse; pero advertida interiormente de que Jesús exigía de ella este nuevo sacrificio, no volvió a decir palabra; y si alguno me nom-

braba, después que con graciosa sonrisa hacía ver que me tenía presente en su memoria, contestaba: «Nada más pido. Hice a Dios el sacrificio de todo y de todos. Ahora me preparo para morir.» También el Señor se retiró, sin permitir que descendiese ni un rayo de luz al entendimiento, ni el menor consuelo al corazón de la mártir.

Al fin, consumida por la enfermedad, oprimida con el peso de inmensos dolores, atormentada en las potencias de su alma y en los sentidos corporales por el infernal enemigo, sin consuelo de ninguna especie, elevó su ronca voz esta inocente criatura, y dijo: «No puedo más. Te encomiendo, Jesús mío, esta pobre alma.» Era el *consumatum est* y el *in manus tuas* del Salvador al expirar en la cruz. Tales fueron las últimas palabras de Gema.

La víctima está ya sacrificada; falta sólo que exhale el último suspiro, para que el sacrificio sea perfecto. Pasó media hora más; Gema, sentada en la cama, apoyó la cabeza en el hombro de una de aquellas señoras bienhechoras suyas... Su joven confidente, Eufemia, arrodillada delante de ella, cual otra Magdalena a los pies del Salvador agonizando en la cruz, le oprimía las manos estrechándoselas contra su pecho, con la frente apoyada en ellas. La Hermana que la asistía y las piadosas personas que componían aquella familia contemplaban de pie la sublime y conmovedora escena. Gema parecía dormida; los ojos de todos parecían fijos en aquel rostro angelical y hermoso, a pesar de los estragos causados por la enfermedad, cuando de repente apareció en sus labios dulce sonrisa, e inclinando suavemente la cabeza hacia un lado, cesó de vivir, como el Salvador en la cruz, según dice el Evangelio: *Et inclinato capite, tradidit spiritum*. En tanto, su hermosa alma, recreada, como lo tengo por cierto, por la visible presencia de su amado Jesús y de su Madre celestial, y acompañada del Angel Custodio, al que con tanta familiaridad trató en vida, de San Pablo de la Cruz, a quien llamó en su socorro durante los últimos instantes, y del Beato Gabriel de la

Dolorosa, de quien fué devotísima, cargada de palmas y coronas, volaba al seno de Dios.

Nadie advirtió que hubiera muerto, puesto que, además de no haber tenido agonía ninguna, no hizo contorsión ni ningún verdadero esfuerzo para expirar, ni dió señal alguna de opresión que demostrase sofocación ni asfixia; por lo contrario, el acto de su muerte fué como un beso y nada más, que aquella inocente alma daba a su inocente cuerpo para despedirse de él; en una palabra, fué lo que en el salmo se llama «sueño de los amados del Señor».

Tan santa muerte ocurrió una hora después del mediodía del Sábado Santo, que aquel año de 1903 correspondió al 11 de Abril. Gema había dicho en una ocasión a su tía: «He suplicado al Señor que me conceda morir en una gran solemnidad. ¡Qué hermoso es morir en una solemnidad!»

Yo he de añadir: Sí, hermoso, en sumo grado hermoso, es morir en la solemnidad de la Resurrección de Cristo, después de santificar el Viernes Santo en la Cruz, participando de los dolores del Redentor ¡Bendita virgen, haz que nos sean gratos los padecimientos de Jesús, sin los cuales no podemos entrar en su gloria; y desde el cielo, donde te encuentras disfrutando de los goces eternos, no olvides las promesas que en la tierra hiciste a los que coadyuvaron a tu santificación!

Muerta la santa joven, cuidáronse de su cadáver las Hermanas asistentes, y por indicación de quien conocía a fondo el deseo de su corazón, el de ser religiosa pasionista, la vistieron de negro, colocaron sobre su pecho las insignias de la Pasión, distintivo de aquel Instituto, una guirnalda de flores en la cabeza, el rosario al cuello y las manos juntas sobre el pecho, en la misma forma que acostumbraba a tenerlas cuando oraba absorta en éxtasis. No se borró de su rostro la bondadosa sonrisa que apareció en sus labios al exhalar su último suspiro, y aquel cuerpo que inspiraba un no sé qué celestial, compuesto de aquel

modo, parecía de una persona viva que durmiese tranquilamente, o que estuviese en íntima comunicación con Dios. Los circunstantes no se cansaban de mirarla.

Al anunciarse su muerte, muchos fueron los que se acercaron al fúnebre lecho para orar. También comparecieron los niños de la familia donde se había hospedado la difunta; ninguno de ellos quiso apartarse de allí, y los más pequeños, de tres a cinco años, le besaban las manos llamándola conmovidos: «¡Gema, Gema!» El anciano sacerdote de la casa, en otra parte nombrado, y que más que nadie veneraba a aquel ángel, no salió en todo el día de Pascua del aposento de la difunta, llorando y rezando, sin apartarse de allí, hasta que sacaron los benditos restos. Entre los muchos que allí estuvieron, fué uno de ellos el dignísimo sacerdote de quien Gema se sirvió para hacer la última confesión general. Fué tal la reverencia que le infundió la difunta, que cayó de rodillas en tierra exclamando: «¡Gema, a tus pies está un gran pecador. Ruega al Señor por mí!» Seglares y eclesiásticos le tocaban con sus rosarios la frente, para guardarlos como precioso recuerdo. El concurso continuó todo el siguiente día, y unos cogían flores de la corona, otros por devoción le tocaban las manos y los pies, otros pedían cabello; y hubo en esto último tal indiscreción, que si la Hermana asistente no hubiera puesto coto a tantas peticiones, no le hubiera quedado un cabello en la cabeza. Allí estuvo un respetable eclesiástico, el cual, llegado después de sacar el cadáver, quiso por devoción entrar en la cámara mortuoria, y dijo llorando: «Me parece estar en un santuario cuyo altar es esta cama. ¡Cuán bien se ora aquí!» Y al salir añadió: «Feliz ella que supo vivir como ángel y morir santamente.» Y a cada paso se volvía hacia atrás, para mirar el interior de la habitación.

El día tocaba a su término, era preciso trasladar los mortales restos. La venerable Compañía de la Rosa hizo la piadosa ceremonia con toda pompa; pero la gloria de



Nuevo sepulcro de Gema

llevar sobre sus hombros prenda tan estimada, la reclamó para sí el mayor de los hijos de la familia donde Gema había sido hospedada, el cual era a la sazón estudiante de la Universidad, con otro de la misma casa, y dos compañeros más, vestidos todos con túnica amarilla. El bendito cuerpo fué encerrado en decente caja de madera, dentro de la cual se puso un tubo de cristal con la siguiente inscripción en pergamino, debida a la pluma del Reverendo D. Roberto Andreuccetti, vicario de la inmediata iglesia de la Rosa. «Gema Galgani: nació en Camigliano, de Luca, el 12 de Marzo de 1878, hija de Enrique Galgani y Aurelia Landi. De puras costumbres, de singular piedad, fué admirable ejemplo de virtudes cristianas. Probada desde la infancia con graves infortunios domésticos, purificada por larga y dolorosa enfermedad sufrida con edificante resignación, halló siempre su único consuelo en la constante devoción a Jesús crucificado, a quien deseaba ardientemente consagrarse, vistiendo el hábito religioso de las hijas de San Pablo de la Cruz. Madura para el cielo, a él voló el Sábado Santo, 11 de Abril de 1903. Vive con los ángeles, alma piadosa, y ruega por nosotros.»

Colocada la caja cubierta de flores en lujosas andas, se ordenó la procesión al cementerio, con clero y personas devotas, que hicieron a pie el largo trayecto. Sin duda que la solemnidad de la Pascua ofrecía cierto contraste con la fúnebre ceremonia, pero era porque la procesión parecía el regreso de una fiesta ya terminada. Los ángeles se habían llevado el alma de la difunta virgen, para celebrar en la gloria el triunfo de la resurrección del Salvador, y los hombres se llevaban sus despojos, para conservarlos en las entrañas de la tierra, hasta el día en que por segunda vez vuelvan a unirse a su espíritu. El cadáver fué sepultado en una tumba privilegiada y a cielo abierto, y sobre ella se puso grabada en mármol la siguiente inscripción latina:

GEMA GALGANI LVCENSIS

VIRGO INNOCENTISSIMA

QVAE

DIVINI AMORIS AESTV MAGIS

QVAM VI MORBI ABSVMPA

QVINTO AETATIS LVSTRO VIX EMENSO

AD COELESTIS SPONSI NVPTIAS EVOLAVIT

DIE XI M. APRILIS A. MCMIII

PERVIGILIO DOMINICAE RESVRRECTIONIS

ANIMA DVLCIS TE IN PACE

CVM ANGELIS

La cual inscripción, traducida en lengua vulgar, dice así:

Gema Galgani, luquesa, virgen inocentísima, la cual, a los veinticinco años de edad, consumida por las llamas del amor divino más que por la enfermedad, voló al cielo para unirse con su celestial Esposo, el día 11 de Abril de 1903, vigilia de la Pascua de Resurrección. ¡Descansa en paz, alma hermosa, en compañía de los ángeles! ⁽¹⁾

El dolor que experimentaron los de casa por tal muerte y el gran aturdimiento en que se hallaron todos, fué causa de que se olvidaran del acuerdo, ya tomado de antemano, para en cuanto falleciese Gema: es decir, mandarle abrir el corazón con la esperanza de hallar en él algo extraordinario. Realizado que fué el sepelio, como se les acudiese a la mente el susodicho acuerdo, tomaron la de-

(1) Hoy día la tumba de la Sierva de Dios no está ya a cielo abierto, como aquí refiere el autor. El día 7 de Octubre de 1908, obtenidas las debidas licencias de la autoridad eclesiástica y civil, fué sacado de allí el venerable cuerpo de Gema y colocado a pocos metros de distancia, en el n.º 18, bajo la arcada 59. Con este motivo se erigió el pequeño y gracioso monumento que reproducimos, sobre la nueva tumba de la Sierva de Dios. En esta misma ocasión, el difunto P. Germán, a fin de adaptar la inscripción a la nueva lápida, dispuso de diversa manera las líneas de la inscripción, según puede ver fácilmente el lector confrontándolas ambas.

terminación de efectuarlo al punto. Transcurrieron, con todo, algunos días más, ocupados en dar lugar a las oportunas diligencias ante la autoridad civil, hasta que, obtenida la licencia, el viernes 24 de Abril, décimo tercero después de su muerte, se procedió a la exhumación. Hallóse el cadáver en el féretro tal cual en él había sido colocado, pero no sin señales de descomposición incipiente. Descubrióse y levantóse el corazón, el cual apareció fresco, flexible, rubicundo y lleno de sangre, no menos que si estuviera vivo, lo cual maravilló extraordinariamente a los técnicos encargados de la autopsia. La forma, empero, de esta viscera era extraordinariamente singular, porque, contra lo que ocurre regularmente, estaba aplastada de frente y de la parte de atrás, y, en cambio, se dilataba por ambos lados, de manera que parecía más ancho que alto. Pero lo más maravilloso fué que, una vez abierto, vióse que la sangre contenida en ambos ventrículos y en ambas aurículas estaba aún viva y se mantenía roja y fluía copiosamente, hasta inundar la mesa de operaciones. Todo el mundo sabe que, apenas ocurrida la muerte y frío el cadáver, se escapa toda la sangre contenida en el corazón, o bien en caso de ser el enfriamiento rápido, se coagula y pierde su viva coloración roja. ¡Cuánto más después de trece días después de la muerte, y de muerte ocasionada por enfermedad infecciosa?

¡Ah! aquel corazón, que fué horno de tantas y tan celestiales llamas, que palpitó de tan puro amor por Dios, y que, no pudiendo contenerse en sus límites naturales, levantó y encorvó notablemente tres costillas en el pecho, y se abrió una salida al exterior en la misteriosa herida del costado; aquel corazón que tostó toda la región torácica de aquella parte, hasta no poder acercarse la mano sin quemarse; aquel corazón no podía morir. Fué error, fué desventura, que con hierro de mano profana se rasgase aquel corazón; mas Dios lo permitió para manifestación de un prodigio que de otra manera hubiera permanecido ig-

norado. Por lo que se refiere a la forma anormal de la bendita víscera, creo que la única explicación que puede darse es la que acabo de dar, a saber, el gran estrago que en él hizo el amor divino. Lea nuevamente el lector lo que en su lugar dijimos, y se maravillará de no haber hallado dicho órgano reducido a ceniza y hecho pedazos ⁽¹⁾. Y en verdad, Gema nunca tuvo síntomas de ninguna enfermedad cardíaca a la cual pueda atribuirse tan extraño efecto. Su corazón, en todo tiempo sano y robusto, nunca, fuera de los éxtasis y del místico martirio interno, acusó la menor irregularidad o desarreglo; de modo que, en cesando el éxtasis, todo volvía a su anterior regularidad. No negaremos que Gema estuvo anémica en los últimos años de su vida; pero ¿quién se atreverá a afirmar que la anemia de unos cuantos años es capaz de deformar hasta tal punto el órgano de la vida? Más desacertado andaría quien quisiera atribuir el fenómeno a la descomposición de los tejidos de la misma víscera enterrada trece días antes, porque descomposición de una víscera y frescura de sangre en ella, son dos términos que implican contradicción manifiesta; descomposición de un tejido y vivacidad de su rubicundo color, son dos cosas enteramente opuestas. Preciso es, pues, aun a despecho de los incrédulos, reconocer el prodigio y bendecir a su divino Autor, siempre admirable en sus santos.

Ahora, al dar por terminado este trabajo de la vida de Gema, me postro a vuestros pies, ¡oh Jesús mío! Vos fuisteis quien con un trazo admirable de vuestra providencia pusisteis en mis manos, para que la dirigiese, aquella alma elegida; vos me disteis luz para impedir que mi cortedad no fuese obstáculo a su adelantamiento en el camino de la virtud; vos me ordenasteis (bien lo sabe mi corazón) que diese a conocer al mundo la grandeza de vuestras misericordias y de vuestro amor a ella, valiéndolo.

(1) Véase cap. XXV.

me de las presentes memorias. Ahora, después de haber obedecido, no me resta otra cosa que exclamar: soy siervo inútil. Apartando de mis deméritos vuestra vista, haced ¡oh Jesús mío! por los grandes méritos de Gema, que estas pobres páginas pasen por las manos de muchos y den a entender a todo el mundo cuán bueno sois y cuán dulce es servir y amar a vos solo, como hizo Gema, vuestra sierva fidelísima.

CAPÍTULO XXXV

Extraordinaria devoción de los fieles a la virgen Gema

Muerta y sepultada la sierva de Dios, lo natural era que no quedase memoria suya en el mundo, por haber vivido tan escondida, que bien podemos asegurar que apenas era conocida de nadie, fuera de las personas que moraban con ella. Pero el Señor tiene prometido que, aun en este mundo, ensalzará a los humildes, y su palabra no puede faltar. Cuando el silencio era lo único que quedaba en torno de Gema, empezó a difundirse la fama de su santidad; de modo que, si mientras vivió nadie le hizo caso, hoy se ven ensalzadas por todas partes sus virtudes. Muchos son los que la eligen como abogada para con Dios; muchos los que invocan su protección en las necesidades del alma y del cuerpo, muchos los que, procedentes de Roma y otras provincias lejanas, van en peregrinación a su sepulcro, en Luca, para orar al pie de sus restos, y las gracias por algunos recibidas avivan la confianza ⁽¹⁾. Por este motivo, difundiéndose

(1) La última vez que, estando el autor en Luca, visitó el sepulcro de Gema, al ver y leer tantas expresiones de ternura y de afecto, escritas en aquel pequeño monumento, se conmovió profundamente, concibiendo a la vez la feliz idea de mandarlas copiar para publicarlas en esta nueva edición, en la cual había empezado ya a trabajar. No sabemos qué lugar les tenía destinado en la nueva obra; con todo, pareciéndonos esta la ocasión más oportuna, aquí las incluiremos para edificación de nuestros lectores.

Helas aquí:

«M. T.—Sólo deseo tus virtudes y una centella de tu santo amor. Ruega desde el cielo por mí. Gema querida, dame, obténme desde el cielo una señal que me dé a conocer mi vocación.

Acc. Pietro Gazzelli.—Alma santa, alcánzame desde el cielo toda suerte de gracias.

Gema querida, piensa en mis sobrinos, y consígueme del Señor la gracia de hacerlos santos.

P. Luis, S. M. T.

S. M. Francisca piden que les concedas amor, pureza, fe viva y tu protección cotidiana.

Adiós, míranos desde el cielo.

cada vez más la noticia de estos hechos, de todas partes piden algo de lo que en vida perteneció a la sierva de Dios, para que sirva de remedio en las enfermedades del cuerpo y del alma, de igual manera que acostumbra hacerse con las reliquias de los santos. Permítame, pues, el lector que, antes de terminar esta biografía me ocupe en dos cosas: en la devoción de los fieles a la memoria de Gema, y en las prodigiosas gracias que el cielo se complace en conceder a los que la invocan.

No te olvides de Fucecchio.

Ruega por mí al buen Jesús, a fin de que se mueva a compasión de mis dolores; ruega por mi marido; te lo recomiendo.

Angel querido, que te hallas en compañía de Dios, te recomiendo mi familia... Acuérdate, Gema.

19-8-09.—Danos también a nosotros tu cotidiana protección.—M. R. M. T.

Julia Ravani y Eufrosina Teresina Ravani oraron sobre esta tumba.—13 de Sept., 09.

Gema, piensa en mi padre.

Crezca Eugenia implorando tu celestial protección.

Concédeme la gracia, querida Gema, de que mi hijo pueda salir bien en sus exámenes, y haz que presto halle trabajo para ganarse la vida honradamente.

Querida Gema, hazme santo como lo fuiste tú y perseverante en la religión.—Fray Consiglio.—13 de Sept., 09.

¡Oh Gema! ¿Me lo negarás? No lo creo.

Haz que aquellas luchas sean saludables.

Hazte cargo, querida Gema, de cuantas cosas necesito, y alcánzamelas, a fin de que te encuentre en el Paraíso. Te recomiendo todas mis intenciones.

Querida Gema, no te olvides de mí ni de mi padre.

Convierte a mi hermano.

Querida Gema, ahora que eres bienaventurada en los brazos de Dios, y te recreas en los esplendores y en los abrazos de tu celestial esposo, acuérdate de nosotras, todas hermanas tuyas en Jesucristo, y haz que por tu intercesión obtengamos de Jesús las muchas gracias que necesitamos, en particular la conversión de las almas que nos son queridas, y alcánzanos a nosotras, tus devotas, la gracia de despegar nuestro corazón de todo lo que sepa a este mísero mundo, y así, muertas a todo y para todos, podamos pasar estos pocos días de vida con el único deseo de volar en compañía tuya a la gloria del celestial paraíso.—S. E. A. S. L. A.

...El Dr. Víctor implora tu eficaz patrocinio para una singularísima gracia o milagro, y promete que la gracia será publicada en la causa de tu bea-

En cuanto a la primera, no temo asegurar que son muy pocos los santos venerados en la Iglesia que, inmediatamente después de su muerte, hayan sido objeto de tanta veneración como la virgen de Luca. Las personas que no la habían conocido, ni habían oído hablar de ella durante su vida, la conocieron por la lectura de su biografía, publicada en 1907, la cual, a pesar de estar escrita en estilo sencillez y por pluma poco perita, agradó tanto, que en menos de dos meses quedó agotada la edición. Hízose la segunda,

tificación. El mismo ruega a quien esto lea que dirija una plegaria a la santa para obtener cuanto pide, y que de antemano agradece. Si lo obtiene, prométeme venir tres veces a tu venerada tumba.

23 de Agosto de 1909.

Bienaventurada Gema, imploro tu celestial protección. ¡Ah, no me la niegues, pues tengo de ella gran necesidad!

Santa Gema, ruega por nosotros, a fin de que todos seamos buenos y consigamos unirnos contigo en el Paraíso, juntamente con mis padres y todos mis parientes.

Querido ángel, te recomiendo mi familia. Piensa en ella, Gema.

Querida Gema, esposa de Jesús: desde el cielo fija continuamente tus miradas sobre mí y sobre las almas a mí confiadas... protege las obras santas, alcanza santidad al Pastor y al rebaño.

Lorenzo Gallig... de S. Croce sull'Arno.

15 Sept. 1909.

Lo mismo también para mí.—V. C. de Cremona en S. Luca.

Mi querida Gema, bien sabes lo que deseo, y sabes también que quisiera seguirte; haz conmigo lo que con Jesús hacías para ti; ordena a aquel Corazón, familiar tuyo; dile: «quiero», y seré escuchada.

Felicina Mau...

tu devotísima de Fucecchio.

Gema querida, que te hallas en el cielo, rodeada de ángeles, haz que eleve todos mis rastreros pensamientos, ruega por mí y hazme santa como tú.»

¿Que te parece, lector querido, de esta ilimitada confianza a la Sierva de Dios? No es de maravillar que el P. Germán, que tanto anhelaba la glorificación de su querida Gema, se sintiese conmovido hasta derramar lágrimas de ternura cuando leía semejantes cosas. Advertiremos aquí de paso que, precisamente para dar a conocer cuán amada de toda clase de personas fué Gema, se proponía el mismo Padre Germán publicar buen número de poesías, italianas y latinas, compuestas de diversos autores, sobre varios rasgos de la vida de Gema. Los dos sonetos transcritos en las págs. 85 y 338 son buena prueba de ello. Nosotros, empero, al ver que con esto se aumentaba considerablemente el volumen de este libro, hemos creído oportuno omitirlos en lo sucesivo, persuadidos de que, por el mismo motivo, el autor hubiera obrado de igual manera.

tres veces mayor que la precedente, y también esta fué tan solicitada, que poco después de tres meses no quedaba ni un sólo ejemplar; y otro tanto pasó con la tercera, a pesar de que la edición se componía de 5. 500 ejemplares. Leer uno sus páginas y quedar prendado de Gema, era una misma cosa. El Dios omnipotente hizo resaltar, sobre aquel cuadro en esbozo, el retrato de su Sierva, para que el mundo entero se enamorase de ella. Bien veo que no debía ser yo quien tratase de esto, pero es la pura verdad, y sea para Dios toda la gloria. La vida de Gema ha servido de lectura espiritual en muchísimos institutos de Italia, seminarios, conservatorios, casas de educación, y ha sido preferida a otros libros, para leerla a los jóvenes y a las niñas en los días precedentes a su primera comunión. Todos confiesan haber sacado gran provecho, y vuelven a leerla, arrebatándosela poco menos que de las manos, no sin ben decir a Dios, por habernos regalado joya de tanto valor en los calamitosos tiempos que atravesamos. Del extranjero llegan a cada paso encargos al editor, pues también por allá se ha extendido la fama de la sierva de Dios, según es de ver por los muchos que han pedido y obtenido autorización para publicar, en la lengua de su país, la edificante biografía. Cuéntanse entre ellos Alemania, Francia, Inglaterra, Irlanda, Holanda, Polonia, España, Portugal, las dos Américas y, aun la misma China ⁽¹⁾.

Para que no se crea que exagero en lo referente a la universal devoción, transcribiré puntualmente las palabras de autorizados testimonios. Sea el primero el del Sumo Pontífice Pío X, quien, habiendo tenido en sus manos la biografía de Gema, ordenó a su Secretario de Estado que escribiese al autor lo que sigue: «El Santo Padre me encarga que exprese a V. R. su agradecimiento por el libro en que se refieren los tesoros de extraordinarias gracias que el Señor se ha dignado derramar en abundancia sobre

(1) V. *Prefacio*.

el alma de la inocente joven. El Augusto Pontífice abraza el convencimiento de que, con la lectura de la obra, se encenderá cada vez más en los corazones el amor a lo sobrenatural, que los enemigos de la fe tratan de apagar... Cardenal Merry del Val.»

Con más enfáticas palabras, manifestaron su admiración por Gema Cardenales, Obispos, dignidades eximias de uno y otro clero, y aun seglares, tanto en Roma, donde se juzgan las cosas con mucho acierto, como fuera de ella, en Nápoles, Florencia, Génova, Turín, Milán y en todas las provincias de la península italiana. Las cartas de estos preladados, escritas bajo la imperiosa necesidad de manifestar los sentimientos de su devoción a la virgen de Luca, se parecen como las voces de varias personas reunidas en coro.

El llorado Mons. Camilli, Obispo de Fiésole, escribe: «Acabo de leer la biografía de la Sierva de Dios, Gema Galgani, y no sé decir (aunque supiese decirlo, no podría), lo que con su lectura he sentido en mi corazón. Su angelical figura se me ha representado en todo su esplendor. Su profunda humildad, su rara obediencia, su sencillez de paloma, su ardiente caridad para con Dios y con el prójimo, y de un modo especial con los pecadores; sus éxtasis y raptos, sus inefables penas, su heroico martirio, todo, absolutamente todo, se ha presentado a mi mente y conmovido mi corazón; así es que, con los ojos llenos de lágrimas, di gracias a Dios porque hizo germinar lirio de tanta hermosura en la población de Camigliano. ¡Quiera Jesús crucificado glorificar pronto, aun en este mundo, a su angelical esposa, que con él quiso morir crucificada! He principiado a invocarla; ayúdeme, Padre, a obtener su patrocinio; envíeme, si puede, para mi devoción, algún objeto que a ella haya pertenecido. Le doy las gracias más expresivas por haberme hecho tan precioso regalo, propio para todos los gustos, incluso para el de los sabios más eminentes de nuestra época.»

Otro doctor y santo prelado de la provincia florentina

me escribió: «No puede V. figurarse el gozo espiritual con que voy leyendo la biografía de la santa virgen de Luca, Gema Galgani. Deseo dar a conocer esta querida santa; por esta razón, le ruego que me envíe treinta ejemplares de la biografía... Desde que leo la vida de esta bendita virgen, he concebido la esperanza de que, mediante su intercesión, alcanzaré del Señor mayores gracias para la santificación de mi alma en el cumplimiento de mis deberes.»

«La biografía de Gema Galgani—escribe otro—es para mí un tesoro. Puede juzgar del afán y devoción con que la leo, al ver aparecer ante mí a la admirable virgen, que nuestro buen Dios, en su infinita misericordia, quiso dar a los luqueses, como prenda de gracias y espirituales favores para todos nosotros. ¡Quiera el Señor concederme la gracia de poder unir mi débil voz a la de los afortunados sacerdotes que tengan la dicha de pronunciar el panegírico de Gema, cuando sea elevada al honor de los altares! Pero no tengo méritos para tanto; pues no supe conducirme cual debía con este ángel de santidad. La biografía se agotará tan pronto como se ponga a la venta.» Este venerable sacerdote había conocido y tratado de cerca a la virgen Gema.

De igual manera, el digno rector de cierto seminario de Toscana me escribió una carta que suscriben todos sus alumnos; en ella, después de haber declarado enfáticamente muchas cosas, se leen las siguientes palabras: «¿Está iniciada ya la causa de beatificación de la seráfica virgen, que se llamó Gema Galgani? Padre, haga que el catálogo de los santos se adorne con otra joya en realidad refulgente.»

Tengo en mi poder otra carta, en la cual uno de los más ilustres oradores de Italia expresa los más vivos sentimientos de su corazón para con Gema. No quiero omitirla, a pesar de su extensión, por las bellezas que encierra: «Algunas personas espirituales—dice—me hablaron con entusiasmo

de Gema Galgani, cuya biografía había leído, maravilladas de que yo no hubiese tenido conocimiento de ella hasta entonces. Ocupado en otros asuntos, no puse gran atención en lo que me decían, ni me cuidé de leer aquella vida. Al cabo de tres meses, vi el libro en poder de un sacerdote, que hablaba con igual entusiasmo de la heroína de Luca. Fuese curiosidad o lo que fuese, lo cierto es que me determiné a leer el libro, y desde el principio, yo, que antes no había encontrado placer en la lectura de las vidas de santos, experimenté en mi corazón algo insólito. Contra mi natural costumbre al leer un libro cualquiera, ante la figura moral de Gema, que se iba delineando en un cuadro sencillo y atractivo, sentí la necesidad de correr, mejor dicho, de devorar de una vez el que tenía en mis manos; y así, corriendo y devorando lo que leía, llegué al fin, pero sintiendo con más fuerza la necesidad de engolfarme en su lectura. El mundo entero había desaparecido de mi mente; no veía otra cosa que la cándida alma de aquel ángel en carne humana, cubierta con las llagas de Jesús crucificado, adornada con el conjunto de dones sobrenaturales y celestiales que, distribuídos, se admiran en los demás santos. Oí la voz de una niña, que hablaba con el Angel Custodio, con la Virgen Santísima y con Jesús, del mismo modo que una hija habla con su propio hermano, con su mamá o con su amable padre. En la vida de los santos, la repetición de citas, o los largos períodos de sus cartas, siempre me causan fastidio; pero en la de Gema hubiera deseado que se hubiese dejado hablar a ella, que el autor del libro, en vez de excusarse, hubiese transcrito íntegros los diálogos; y, como en dicho libro no encontré cuanto yo deseaba, he ido importunando a unos y a otros de cuantos tuvieron la dicha de tratar a la sierva de Dios, para que, referente a ella, me dijese algo más.»

No contento con haber leído varias veces esta biografía, con haber adquirido muchos ejemplares para distribuirlos entre sus conocidos, y hablar con verdadero entusiasmo

de las virtudes de Gema, le decía a un amigo mío un dignísimo Cardenal de la Santa Iglesia: «Sírvasse decirle al autor que, en cuanto llegue a Roma, pase por mi domicilio, para que me hable de esta bendita sierva de Dios; pero encárguele que no deje de venir, pues deseo oír de su boca noticias de Gema, por ser cosa que mucho me interesa.»

Un insigne profesor, presidente de un liceo literario romano, me escribió a su vez: «He vuelto de Luca, a donde fuí en peregrinación con el sacerdote de Varsovia que V. P. conoce, y otra persona piadosa. Hemos orado largo rato al pie del sepulcro de la virgen luquesa, Gema Galgani, encomendándole que nos alcance del Todopoderoso una centella del amor divino en que se abrasaba su corazón. A la vista de tantos objetos que nos recordaban la vida de Gema, experimentamos algo extraordinario, pues nuestra alma se inundaba de un sentimiento de inefable consuelo, al considerar lo admirable que es el Señor en sus santos. Antes habíamos estado en el monte Auvernia, pero la impresión que experimentamos en Luca, fué todavía mayor que la experimentada en la capilla de las santas llagas, en el monte sagrado. Una y mil veces dijimos: Bendito sea el Señor que le ha inspirado a V. P. que escribiese una vida tan hermosa y admirable por las singularísimas virtudes que resplandecieron en la santa joven luquesa. ¡Cuánto bien ha producido este libro! ¡Cuán a maravilla sirve para la meditación y el recogimiento! ¡Cómo se aprenden en él las admirables vías del espíritu!»

«Con toda el alma—escribe también la abadesa de un monasterio de Florencia—he bendecido y dado gracias a Jesús por haber glorificado por tal modo a esta angelical criatura. En vista de tan gran virtud, he bajado llena de confusión mi orgullosa cabeza, avergonzándome de mí misma.» Y un eclesiástico de Liorna: «A la vez que doy gracias al Señor, le notifico que la devoción a la sierva de Dios, Gema Galgani, ha sido abrazada aquí con verdadero

entusiasmo por cuantos han tenido ocasión de conocerla. En algunos monasterios, se lee su vida en el refectorio. He distribuido muchas estampitas al Rmo. Clero de la Catedral; aquí en el seminario, todos, maestros y escolares, la han adquirido. Algunos párrocos piden vidas y estampas de la sierva de Dios y difunden su conocimiento entre el pueblo. Muchas personas, enfermas y necesitadas de gracias, buscan solícitas alguna estampita; en una palabra, es evidente que el Señor quiere dar a conocer la humildísima virgen de Luca en toda Liorna.»

«A todos nos gustó muchísimo (la vida de Gema)—escribe asimismo un dignísimo Superior de la Compañía de Jesús;—de mí le confieso que no puedo dejar de invocarla con mucha frecuencia, y siempre dándole el nombre de Santa Gema. Tan evidentes son las señales del espíritu de Dios en esta alma verdaderamente santa, según afirman los más sólidos y seguros ascetas, que no sé como hay de ello duda un momento. ¡Oh, qué misión para el bien de innumerables almas de los tiempos presentes y futuros la que ha realizado V., Rdo. Padre, con la publicación de la biografía de esta santa y la de sus cartas y éxtasis! Misión en verdad mucho más provechosa que cien, y aun mil, de las que acostumbramos a dar nosotros... Hice ya el panegírico de esta santa virgen en los ejercicios que di a una comunidad de religiosas. Hablaré de ella todo el resto de mi vida, la daré a conocer y procuraré que todo el mundo la invoque con el mayor celo; además, he prometido, en señal de agradecimiento, contribuir y trabajar para que otros contribuyan, de la mejor manera posible, aun pecuniariamente, a la causa de beatificación. Sin duda de ningún género, Gema, a no tardar, será declarada santa por el oráculo de la Iglesia, y colocada entre las santas más insignes que veneramos en los altares. Así lo espero.»

«Habiendo oído hablar casualmente de la maravillosa vida de Gema—escribe un párroco,—la curiosidad me in-

dujo a escribir (a Turín) pidiendo un ejemplar de la biografía. Apenas recibida, me puse a leerla, o mejor dicho, a devorarla de un tirón. ¡Cuántas maravillas de la gracia! ¡cuántas virtudes heroicas! ¡oh, cuán cierto es que *infirmi mundi elegit Deus ut confundat fortia*. Con la vida de esta joven ha querido Dios dar una lección al siglo soberbio, sensual, irreligioso, materialista. En la seguridad de que la lectura de esta biografía producirá mucho bien a mi pueblo, la daré a leer a cuantos pueda.»

Y el Arcipreste de Ascona: «Desde la lejana Suiza, desde el lejano Ticino, llegue a V., Rdo. Padre, una frase de admiración y entusiasmo. ¡Qué santa, qué gran santa Gema Galgani! ¡Y en nuestros tiempos!... ¡Ah! quisiera visitar todos los lugares santificados por Gema... quisiera preguntar a todas las personas que la conocieron... ¡Qué feliz sería! Pero también lo soy porque puedo encomendarme a ella... meditar su vida...»

Centenares de cartas como estas tengo en mi poder; si fuese a reproducirlas exigirían un grueso volumen ⁽¹⁾; unas procedentes de Italia, otras del extranjero, incluso América y China. Puede decirse, por tanto, sin exageración, que el mundo cristiano se ha conmovido ante la humilde virgen de Luca, y que canta con júbilo sus gloriosas hazañas.

Pocas son las familias que, entre los objetos de su estimación, no tengan ni veneren con singular cariño la imagen de Gema. Muchos llevan consigo alguna de sus reliquias, y en sus necesidades imploran confiadamente su protección, como lo demuestran los millares de reliquias y estampas que, en pocos años, se han pedido con avidez y han sido despachadas.

Varios son los que han tomado a esta virgen por pro-

(1) Al revisar las cartas aquí mencionadas por el autor, hemos contado hasta 630, sin incluir en este número las innumerables tarjetas y postales en las que se hallan las más tiernas expresiones de afecto y de devoción a la sierva de Dios. En cuanto a las cartas insertas de nuevo en estas páginas, véase nota pág. 212.

tectora de las obras católicas que dirigen. Entre ellos tengo el placer de citar la *Pía Unión* de sacerdotes romanos, los cuales, bajo la protección de Gema, promueven en la capital del mundo católico la gloria de Dios, el decoro del culto divino y el bien de las almas. En sus frecuentes reuniones, una de las prácticas más importantes por ellos adoptadas, es la lectura de algún pasaje de la vida de esta sierva de Dios; hacen luego los oportunos comentarios para su común edificación, y para enfervorizarse con el ejemplo de tan singulares virtudes.

En la ciudad de Turín es muy conocida la obra de apostolado social denominada *Patronato y auxilio mutuo de jóvenes obreras*, de reciente fundación, debida a la munificencia de las excelentes hermanas señoras de Astesana; dicho Patronato está colocado bajo la protección de Gema. En Austria, la princesa de Metternich, presidenta del *Círculo de Damas* de la alta aristocracia vienesa, propuso que la virgen de Luca fuese el alma de aquella sociedad; de Gema se habla a menudo en sus reuniones y todas la toman por modelo de santificación, para de ese modo santificarse y agradar a Dios.

Otro tanto se hace en infinidad de colegios, de uno y otro sexo, en Italia y fuera de ella. No hace mucho que un insigne jesuita, residente en Roma, aconsejaba a un sacerdote amigo suyo que se procurase un ejemplar de la vida de Gema Galgani, y se retirase por espacio de diez días a fin de hacer ejercicios espirituales, sin más libro de lectura que este; y agregaba: «Por el fruto que de la lectura saque, entenderé V. las poderosas razones que tuve para darle este consejo.» Otros varios directores de almas, renombrados por su ciencia y sólida piedad, de distintas provincias del reino, se expresan de semejante modo: «Leed la vida de Gema Galgani, y sacaréis mayor provecho que de una tanda de ejercicios espirituales.»

Ciertamente—diré apropiándome las palabras de un testimonio eximio,—si las cosas continúan como han princi-

piado, veremos maravillas para gloria de aquel Dios que se complace en mostrarse grande en sus santos.

En vista de tal espectáculo de misericordia, y ante este concierto unánime de alabanzas en todas las clases sociales, permítaseme añadir en conclusión: ¿Qué papel hacen los que sin haber visto nada, sin haber leído cosa alguna, sin haber examinado ni aun someramente lo que esta vida se refiere, se declaran contra ella? Verdad es que hasta que la Santa Madre Iglesia con su infalible juicio no haya sentenciado acerca de la santidad de un siervo o una sierva de Dios, nadie está obligado a creer en ella; mas ¿quién no ve que una cosa es no creer y otra decir mal? ¿que una cosa es abstenerse de inclinar la cabeza para venerar a un santo y otra levantar el puño airado para herir a quien lo venera?

Dijo el divino Salvador que sus amigos padecerán siempre contradicciones y persecuciones en este mundo, del propio modo que también El fué perseguido y contradicho; y esto, por odio, obra e instigación de Satanás. Será, pues, buen consejo asegurarse bien del verdadero mérito de aquellos a quienes se nos propone como santos, antes de exponernos desaconsejadamente al peligro de servir de instrumento al feroz enemigo de Dios y de los hombres, haciendo guerra a los santos.

CAPÍTULO XXXVI

Saludables frutos de la devoción a Gema.—La sierva de Dios desde el cielo continúa su apostolado en pro de las almas

De los testimonios referidos, se desprende fácilmente que la admiración de los fieles por la sierva de Dios y la devoción a ella, que por todas partes se extiende, por modo desacostumbrado, no es un sentimiento estéril, como el que se experimenta en presencia de una figura extraordinariamente bella, sino un sentimiento eficaz, que conmueve y empuja al alma a la imitación, en lo cual consiste la verdadera devoción; un sentimiento saludable, que hace que se desprenda el cristiano de la tierra para aficionarse a las cosas del cielo, y que se despoje del hombre viejo y se vista del nuevo; en una palabra, que se haga santo imitando a la virgen Gema. Que esta sierva de Dios fué con singular providencia suscitada por el cielo para desempeñar en la Iglesia una misión sublime, lo vimos ya en el capítulo de su vida que titulamos: «Misión y apostolado de Gema en favor de las almas⁽¹⁾.» Con su muerte no cesó dicha misión, sino que por disposición divina se continúa desde el cielo, a donde ha ido a gozar el premio merecido; y a fin de hacerlo más fácil y eficaz, mueve el Señor los corazones para que la conozcan, y las infunde tierna devoción hacia Gema. En el citado capítulo, referí algunas palabras con que la fervorosa joven me estimulaba en favor de un alma descarriada; entre otras cosas me decía con toda su ingenuidad: «Dígale algo de mí, y envíemela. Si hubiese venido, no ocurriría lo que está pasando.» Pues esto mismo es lo que el Señor está haciendo con muchos; hace que admiren y amen a Gema, *inclinándolos* hacia

(1) Pág. 321.

ella, y al recordarla, mueve sus corazones, excitándolos a mejorar de vida. Casi todas las cartas citadas en el capítulo anterior tocan este punto; mas, en prueba de lo que afirmo, voy a exponer algunos ejemplares más, en la convicción de que han de agradar al lector.

«Si alguien—dice uno de aquellos escritores—quiere saber el motivo de mi tierna devoción a Gema, le diré sin rodeos que nace de los saludables efectos que produjo en mi alma. El Señor quiso servirse de ella para derramar a torrentes sus misericordias sobre mí, sacándome del vicio, apartándome de todos y de todo, poniéndome en aptitud de obrar sólo para Él y en Él; en una palabra, al aparecer ante mi vista esta bendita virgen, mi alma se transformó por entero: sería un ingrato sino lo confesase paladinamente. A todas las horas del día, y cualquiera que sea la cosa en que me ocupe, se me representa esta joven animando, aconsejando y reprendiendo a este indigno sacerdote, de modo que, cuanto con menos rectitud me conduzco, mayores es mi vergüenza de hallarme en presencia suya. ¡Gracias, Gema, gracias! Hazme digno de corresponder a la misión que Dios te confió, para que se salve mi pobre alma. Por estos hechos y otros que oí referir, me afirmo en la idea de que la memoria de la bendita virgen de Luca está destinada por el cielo a producir una santa emulación entre las almas del mundo entero, especialmente en la juventud, para encender en ellas nuevamente el fervor de la vida cristiana perfecta.»

«La lectura de la biografía de Gema—dice otro—produce en el alma una impresión suave y piadosa, por la cual se llena de admiración al descubrir existencia tan singular. Es increíble el bien que causa en muchas almas esta criatura angelical en mi alma y en la de muchos. La quiero tanto, tengo en ella tal confianza, y me produce tal consuelo su memoria, como no lo había experimentado por otros santos.»

«Siempre que me acude a la mente el nombre de Gema

(lo cual me ocurre con bastante frecuencia), y siempre que contemplo (lo que también hago a menudo) la imagen de Gema, me siento estimulado a corresponder mejor a mi vocación—es un docto y piadoso religioso el que escribe,—a la confianza y amor del Señor y a celar por su gloria a costa de los mayores sacrificios. La memoria de esta santa me ayuda más que muchos libros espirituales... ¡Bendito sea el Señor, siempre admirable en sus santos!»

«He distribuído—escribe un párroco milanés—y distribuyo a varias personas el libro arriba dicho (*Biografía de Gema*), y hallo en todos los lectores, después de semejante lectura, un ardiente deseo de hacerse santos y un positivo progreso en la vida espiritual.»

«Por la gloria de Dios—escribe también otro párroco milanés—y por el bien espiritual de centenares de millares de almas, haga una obra de caridad. ¿Cuál? Un compendio brevísimo de la vida de la angelical Gema. Tire de él una edición de cien mil ejemplares; pronto se agotará, y ¡oh, con cuánta alegría de toda clase de personas!»

Otro sacerdote de la provincia de Potenza escribe: «Leí aquellas páginas con desco e interés intenso; no soy capaz de expresar la mezcla de encontrados sentimientos que al leerla me embargaban el alma: alegría por haber suscitado Dios para su obra esta criatura de elección, y de dolor por no haber sabido corresponder, como ella, a la gracia; sentimiento de amor a ella por habernos dejado tan variados ejemplos de virtud, y sentimientos de odio contra estos tiempos tan malos que no saben apreciar los dones de Dios. En fin, tanto me conmovió esta lectura, que, llenándome de lágrimas los ojos, me vi precisado varias veces a suspenderla.»

«Padre, Padre—escribe también otro dignísimo sacerdote,—¡si supiera qué efecto produce este libro! ¡Y los que ha producido en mí? Me he vuelto otro. La he tomado ya por mi especial abogada, y conozco que desde el

cielo me mira y me ayuda. Le pido todo aquello de que tengo necesidad, y me lo alcanza.»

Y un joven seminarista: «He elegido por protectora mía a esta santa virgen; nunca dejaré de invocarla en mis necesidades espirituales. Al propio tiempo que leía esta vida, me sentía cada vez más estimulado al despego de las cosas mundanas... y a entregarme a una vida verdaderamente cristiana. Ahora no siento otro deseo, no tengo más ansia que entregarme enteramente a Jesús, ser todo suyo y hacerme santo de veras.»

«Estoy leyendo por segunda vez—escribe otro—la vida de la amabilísima y purísima Gema, y no sin lágrimas también esta vez. No acierto a decirlo. En esta vida hay algo misterioso que atrae, que vence, que subyuga el ánimo, el corazón... lo cual no ocurre, a mí por lo menos, con la lectura de la vida de otros santos... En estos tiempos tan tristes, tan malvados, ¡cuánto bien para los buenos que lloran y se confortan, para los tibios que se sienten empujados y como forzados a calentarse en las llamas del divino amor, para los pobres y obcecados pecadores que despiertan a la salvación.»

A su vez escribe un dignísimo canónigo de Fano: «He leído la vida de la santa joven Gema Galgani. Decir que he quedado asombrado no es todo, ni lo suficiente siquiera para expresar la profundísima impresión que dicha lectura me ha causado. Llega uno al extremo de creerse en frente de un prodigio de la infinita bondad de Dios, desposado con la más angelical correspondencia humana; no es posible olvidar la santa figura de Gema ni permanecer indiferente a su presencia. Su historia es un continuo milagro, y sus palabras, referidas prolijamente, pero siempre poco para apagar el deseo que experimenta uno en leerlas, hieren con suavidad y sorprendente fuerza la mente y el corazón. Yo, tan frío y duro, que no creo haber llorado nunca al leer la vida de ningún santo, al leer la de Gema, me he sentido varias veces enternecido y conmovido has-

ta empañárseme los ojos de lágrimas. A juzgar por la prueba hecha en mí, podría afirmar que la vida de esta celestial criatura está destinada a producir en todos una impresión profundísima.»

El director técnico de una insigne sociedad artística de Roma se expresa así: «No puedo menos de tributar gracias a Dios que se ha dignado dar a conocer su fidelísima sierva, con la difusión de su excelente biografía. El que suscribe se complace en manifestar que es deudor de muchas gracias espirituales a esta santita querida. Durante la lectura, no sólo experimenté grandes consuelos, sino que me sentí iluminado por Dios, y animado a mejorar mi vida. Tengo mayor fervor en la Comunión, más valor para sostener las luchas de la vida; y todo esto lo atribuyo a la intercesión de Gema, a quien mi familia y yo nos encomendamos a cada paso. Quiera Dios que todos recurran a ella, porque tengo la seguridad de que no será en vano. Muchísimas personas conocidas mías, a quienes di a leer la biografía de Gema, indicándoles de paso que la tomaran por abogada, me refirieron haber recibido muchas gracias y favores; y todas, después de su lectura, se han sentido atraídas por ella, y, lo que es más, mejorados en sus almas y consolados en sus necesidades.»

El mismo sujeto, con quien he tenido frecuente ocasión de tratar, no sólo me ha referido siempre gracias espirituales y favores recibidos de la Sierva de Dios, sino también me ha relatado varias veces hechos extraordinarios. No ha mucho me decía: «Además de lo que le escribí y tuvo V. a bien insertar en la cuarta edición, puedo añadir que tengo también probada la eficaz protección de Gema en otras personas, a las cuales he insinuado que se recomienden a la Sierva de Dios, al acercarse a los Santos Sacramentos; y todas me han asegurado que experimentan lo que también yo experimenté siempre, a saber, que después de haber invocado la intercesión de la angelical virgen de Luca, se hallan movidas a mayor compunción en el

acto de la Confesión y a mayor amor a Jesús en la Comunión. Como varias veces he declarado, estoy certísimo de que, desde el cielo, continúa Gema el apostolado de amor a Jesús que tanto la distinguió en la tierra.»

Aunque sea incurrir en repeticiones, continúo: «Tuve la fortuna de conseguir un ejemplar de la vida de Gema—escribe un ilustre profesor de Mondovì;—me es absolutamente imposible manifestar cómo y cuando principié a tenerle devoción. Fué para mí una revelación. Leí su vida llorando, la tomé por patrona, me acuerdo de ella a cada paso, y su recuerdo me sirve de corrección y sostén. Un canónigo me dice que no puede leer su vida sin orar; y un padre filipense de esta capital me encarga diga a V. que Gema es para él un apóstol, la santa de nuestros días, concedida por Dios para sacar del vicio a tanto infeliz sacerdote.»

«Debería referirle—dice otro—una porción de hechos conmovedores; pero me concreto a decirle que el solo nombre de Gema tiene un no sé qué indescriptible de dulce y fascinador; no hablo ya de los admirables efectos que produce en los corazones el conocimiento de este ángel, especialmente en la juventud. Yo, que soy misionero, puedo asegurarlo para mayor gloria de Dios.»

Un respetable Padre de la Orden Seráfica escribe desde Florencia: «¡Cuán admirable es esta criatura, concedida por el cielo a los miserables hijos de Eva! Besé y bañé con mis lágrimas su imagen, y al efectuarlo sentí caer en mi alma una gota de consuelo. Ella es quien me da fuerzas para luchar en esta vida, y mediante el auxilio divino, por esta santa extraordinaria, me creo capaz de cualquier sacrificio. Tengo la íntima convicción de que Dios ha querido dar a los hombres, en Gema, un acabado modelo de amor y pureza, modelo en el cual puedan mirarse como en un espejo, para reformar sus costumbres. Quiera Dios que todos la conozcan y la amen intensamente, y en cuanto sea posible, imiten sus hermosas y raras virtudes y la tomen por guía en las vías del espíritu.»

Con igual entusiasmo se expresa la prensa católica. El *Heraldo Católico*, semanario que se publica en Roma, en el número correspondiente al 20 de Septiembre de 1908, se expresa de la siguiente manera: «La lectura de la biografía de Gema será seguramente útil a todos; útil al creyente, porque se confirmará en su fe; útil al incrédulo, porque verá en ella reprobada su incredulidad; útil al hombre de mundo, porque aprenderá cómo se puede vivir santamente en el seno de la familia, y útil a los que viven en el claustro, porque pueden aprender cómo se alcanza la perfección.

»Creemos que si es de aconsejar la lectura de la vida de los santos de la Iglesia católica en general, lo es de un modo particular la de Gema, por los muchos ejemplos de extraordinaria virtud que nos ha dejado. Si los párrocos procuraran dar a conocer la vida de Gema Galgani, especialmente a las jovencitas, tendrían éstas uno de los mejores ejemplares de modestia y morigeración. Si las superiores de los institutos de educación procuran que las niñas confiadas a sus cuidados conozcan la vida de la virgen de Luca, verán despertar en ellas la piedad cristiana; y si los padres se la ofrecen como modelo a sus hijos, con seguridad que éstos crecerán virtuosos, buenos y obedientes.

«No tememos equivocarnos al asegurar que Dios, al elevar a Gema a las más altas cumbres de la piedad cristiana, lo hizo para que sacudiésemos nuestra apatía en el ejercicio de la virtud, para que fuese nuestra patrona en los tiempos que corremos, y para que, excitados con los milagros y gracias que se obtienen por su mediación, se vean precisados los hombres a confesar que sólo Dios es el Señor de todas las cosas, que únicamente la Iglesia católica produce santos, y que fuera de ella no hay salvación.»

Dice el *Ancora* de Acqui: «Cristo nuestro Salvador, en sus comunicaciones con esta angelical joven, quiso mostrar a los hombres, en los comienzos de este siglo, el tesoro inefable de amor y de misericordia que encierra su adorable

Corazón; y lo hizo por modo tan transparente y tangible, como no se conoce otro, fuera del de su gloriosa Ascensión a los cielos. Con la lectura de este libro (la vida de Gema,) nuestra alma queda deslumbrada y se ve precisada a exclamar: ¡Oh Señor, cuán bueno y admirable sois en vuestros santos! Confieso que jamás experimenté conmoción más grande en la lectura de un libro, ni encontré tantos motivos de edificación. ¡Quiera el Señor que se difunda entre los sacerdotes y personas piadosas, que se conozca y se medite, en la seguridad de que ha de producir el mismo bien que ha producido ya en cuantos han tenido la fortuna de leerlo!»

El autor de un compendio de la vida de Gema, publicado hace poco en Nápoles, dice: «Cuando leo lo que se ha escrito de Gema, me siento animado de mejor espíritu; olvidado a menudo el mundo, para recogerme en la contemplación de las cosas espirituales, y confío en que ha de suceder otro tanto a las demás. Me encomiendo a la sierva de Dios, para que me proteja y se digne continuar su obra haciendo que este desatinado trabajo sea útil para mi salvación y la de cuantos lo lean.»

En las cubiertas de las precedentes ediciones (italianas), tanto de la *Biografía de Gema* como de sus *Cartas y Ex-tasis*, transcribimos lo que dijo la *Civiltà Cattolica* en tres artículos distintos.

De modo parecido se expresan y expresaron todos los demás periódicos italianos, cuya reproducción se haría pesada. Que yo sepa, uno solo hubo, y a la verdad por estar mal informado, que se puso en desacuerdo con autorizados panegiristas, escribiendo una reseña, inspirada sin duda en el modernismo que invade a Italia, de la cual hubo de retractarse a causa de la protesta que le dirigió una autorizada representación del clero romano y varios diarios católicos.

Pasemos ahora a tratar del eficaz auxilio de Gema en la conversión de los pecadores.

Recordará el lector que, mientras vivió, no cesó Gema de suplicar a Dios por la conversión de los pecadores, lo cual tomó con tal empeño, que logró conducir a muchos al camino de la penitencia. Por ellos se ofreció como víctima expiatoria, ofrenda que fué aceptada por el Señor, al hacer que muriese cual verdadera víctima en lo mejor de su edad ⁽¹⁾. Hoy, que se encuentra gloriosa en el cielo, con mayor motivo pueden los pecadores confiar en ella para su salvación; es preciso que todos aquellos a quienes interese, se encomienden a esta bendita virgen. En obsequio a la brevedad, referiré sólo algunas de las muchas conversiones alcanzadas recientemente por intercesión de Gema.

Cierto individuo, cuyo nombre me veo obligado a callar por atendibles razones, encontrábase en el hospital de Luca, en el mes de Octubre de 1907, gravemente enfermo y próximo a perder la vida corporal, como había perdido ya la del alma. No sólo era un gran pecador, sino también un incrédulo notable, muy conocido en la ciudad por sus perversos principios. Las Hermanas del hospital trataron de acercársele para cumplir un deber de conciencia, y otro tanto intentaron los Padres Capuchinos, adscritos al servicio del establecimiento; pero fué tiempo perdido, por lo que, a fin de evitar un escándalo, resolvieron dejarlo, gracias a los reglamentos impíos en vigor hoy en todos los hospitales de nuestra infeliz Italia. Lamentaban con toda su alma aquellos siervos de Dios ver morir de semejante manera a ese desgraciado, cuando se le ocurrió a uno de ellos mandar llamar a Monseñor Benassini, Prior de la parroquia de donde era vecino el enfermo. Fué este sacerdote al hospital, y desoyendo las advertencias que le hacían cuantas personas habían presenciado el día anterior la violenta escena con los Capuchinos y las Hermanas de la

(1) Muy bien entendió este rasgo de la vida de Gema el docto y piadoso jesuita, P. José M.^a Petazzi, quien, con el fin de realzar su notabilísima importancia, no vaciló en colocar a nuestra virgen al lado del gran Apóstol de las Indias, en su hermosísimo opúsculo *La sed mística en el corazón de un apóstol y de una virgen*.

Caridad, se acercó a la cama del enfermo. Le habló, le rogó, le suplicó, pero en vano. «Yo—respondió descompuesto y airado el rebelde—no he creído jamás en vuestros espantajos; ese Cristo de que me habláis, me es desconocido en absoluto. ¿Qué alma, qué paraíso, ni qué infierno? Dejadme en paz, y no me molestéis más con vuestros ridículos intentos.» Y diciendo esto, escupió villanamente en el rostro al ministro del Señor. Este se retiró desconsolado; pero al llegar a su casa, vió encima de la mesa el libro de la vida de Gema, que había principiado a leer hacía muy pocos días, y al verlo, sintiendo que la esperanza tomaba asiento en su corazón, se arrodilló e invocó a la Sierva del Señor. Pasados unos instantes, llamó a su vicario y le encargó que fuese al hospital acompañado de una señora que conocía al enfermo. Eran como las once de la noche. Costó gran trabajo que abrieran; pero al fin se consiguió que pasase la señora solamente, mientras quedaba fuera el capellán esperando con ansia el resultado, y el Prior en casa, rogando a Gema por el feliz éxito de aquella misión. La gracia fué alcanzada. Ver el obstinado pecador aquella señora, y pedir que se llamase sin dilación un sacerdote, fué todo uno. Su confesión fué como la del buen ladrón y la del hijo pródigo, de que nos habla el Evangelio: ¡tan vivos fueron los sentimientos de compunción que la acompañaron! El sacerdote, derramando lágrimas de alegría, levantó su temblorosa mano para absolverlo, y lo devolvió a Cristo; después corrió a darle el Viático y la Extremaunción, y no bien hubo recibido estos dos sacramentos, aquel afortunado pecador entró en agonía, y a las cuatro de la madrugada murió plácidamente, dejando profundamente conmovidos y edificadas a los demás con su extraordinaria conversión y envidiable muerte.

El editor de la biografía de Gema, al enterarse de este relato, la dió a leer a un Emmo. Cardenal de la Curia Romana, de quien sabía que era devotísimo de Gema y entusiasta por cuanto se relaciona con la gloria de esta santa

doncella. «Después de haberla leído—me escribió el editor, —se conmovió y me dijo el venerable purpurado: Tienes razón, tienes razón que te sobra; es un grandísimo milagro. No puede pedirse más. Dile al autor de la obra que yo amo mucho a esta santita, y que le ruegue por mí, a fin de que crezca en mí el amor eucarístico de Jesús y el de su Santísima Madre.» Pocos días después, se notificó a S. S. Pío X dicha conversión; el Padre Santo se conmovió mucho, y dijo que también él se colocaba bajo el patrocinio de la bendita sierva de Dios, para que le alcance gracias semejantes.

Había en Roma una familia poco menos que irreligiosa, como tantas abundan por desgracia en estos infelices tiempos. La madre, de edad de 54 años, no se confesaba nunca; los hijos varones vivían, desde hacía bastante tiempo, como si no fuesen cristianos; solamente las hijas, tres hermosas señoritas, se conservaban piadosas y buenas, las cuales, temiendo por la triste suerte de los demás, día y noche pedían al cielo piedad para ellos. Diversas personas de respeto se habían dirigido a la anciana señora para que cambiase de vida, pero tiempo perdido. Tal victoria la reservaba Dios para Gema. Una buena religiosa, apesadumbrada del caso, acudió a Gema con triduos y novenas, y como quien tiene seguridad de vencer, visitó después a aquella obstinada mujer, le habló de Gema, y ablandó su corazón con el relato de las preciosas conversiones alcanzadas durante su vida. Gema venció; la infeliz señora se conmovió, lloró, y acompañada de la Hermana, fué a la iglesia, donde confesó y comulgó, experimentando en lo más íntimo de su alma las dulzuras de la gracia de Dios, de que había estado privada por tantos años; desde aquel día va constantemente a orar, mañana y tarde, a la misma iglesia donde recuperó la salud de su alma.

Alentada con esta victoria, la buena Hermana arremetió con armas tan eficaces contra los hijos varones. «Gema—dijo—me los convertirá también.» Luchó resueltamen-

te con el mayor, y después de varias repulsas, postrada a los pies de Gema, le dijo: «¿Qué hacemos, hermana? ¿No te mueve a compasión mi pecador? Mañana, sábado, quiero que me lo conviertas.» El cielo aceptó la proposición. En la tarde del día siguiente determinó confesarse aquel pecador, y a la mañana siguiente, domingo, se confesó y comulgó, con tal alegría de su alma, como no la había experimentado igual en toda su vida. Días después, haciendo a su vez de apóstol, llevaba a un amigo suyo, libertino como él, a los pies del sacerdote que le había hecho feliz. «Ahora falta el menor—me escribió la Hermana;—no se ha confesado nunca y tiene treinta y un años; no cree en nada; su corazón es de bronce. También lo puse en manos de Gema, y tengo la seguridad de que ella vencerá.»

Transcribiré aquí íntegra la relación que me hizo un alma que ahora se considera dichosa por haber vuelto a Dios por intercesión de nuestra Gema. «¡Viva Jesús! La verdad y la gratitud me dictan estas pocas palabras, desaliñadas si se comparan con la alteza del asunto, demasiado mezquinas si se parangonan con la misión sublime, santa, que en el ánimo del que escribe... ha ejercido la graciosa joven de Luca, ese ángel purísimo, Gema Galgani. Dos palabras, pues, sobre esta virgen: ¿por qué? ¿a qué propósito?

»No me avergüenzo de recordar un pasado que ahora, sólo al pensarlo, me hace estremecer y temblar... Ahogado el primer remordimiento, era una sucesión continua de pecados y transgresiones... ¿por qué negarlo?

»Todas las consecuencias de la expresión de David: *Ecce enim in iniquitatibus conceptus sum et in peccatis concepit me mater mea...* la flaqueza original de la naturaleza humana, depravada y corrompida, tan perfectamente expresada por San Pablo, cuando, aludiendo al pecado original, dijo categóricamente: *in quo omnes peccaverunt...* me ligaban y unían de tal manera en la tierra, que me hacían insensible a las puras y castas alegrías del alma, sor-

do a las voces que interiormente hablan y conmueven, indiferente a los mismos sacramentos instituidos por Jesús para conferir la gracia.

»Nada era capaz de despertarme del letargo fatal... Una dulce impresión recibida, ya al leer alguna página, ya al acercarme a alguna piadosa persona, era para mí sólo una inspiración pasajera, la cual no llegaba a sacarme del fango en que yacía. Para emplear una frase de la misma Gema, podía muy bien compararse mi alma a una vasta montaña, pero desierta y árida, en donde no se respiraba el aire puro, sino las pestíferas exhalaciones de la culpa. Lo confieso nuevamente: faltaba a los deberes propios de todo cristiano; quebrantaba descaradamente todos los preceptos divinos y humanos. En tan miserable estado me hallaba hacía ya 12 años; verdad es que en estos últimos tiempos había dado oídos en algún modo a los reproches de la conciencia, pero dejaba muchísimo que desear; si me confesaba, las confesiones eran frías; prefería excusarme a acusarme; era poco formal en mis propósitos; por lo contrario, por ser éstos puramente ideales, los desmentía en la primera ocasión que se presentaba; no tenía fuerza para vencerme a mí mismo... en una palabra, me hallaba muy lejos de Dios.

»Por entonces, se me empezó a hablar de Gema; perdóneme la angelical virgen, si digo que casi la despreciaba, atribuyendo a fanatismo su exaltación, y ridiculizando la devoción, porque (¡oh necedad de ciertas razones!) era moderna e inspirada sólo en el interés...

»Así pensaba, mientras aquel serafín de amor rogaba por mí. Sí, rogaba; ahora lo conozco. No sé por qué ni cómo, pedí una vida para leerla; con sólo la lectura del primer capítulo, sentí tal necesidad de llorar, que no pude contener las lágrimas. «¡Gema mía!—exclamaba con frecuencia.»—Y Gema llegó a ser verdaderamente mía, transformándome enteramente.

»Compré la *Vida*, las *Cartas*, la *Hora Santa*, la foto-

grafía, y ante ella pensaba que la imagen de Gema era el mayor reproche contra mí, que me hallaba sumido en el fango, mientras una sencilla joven tuvo fuerzas para combatir a sí misma, para pelear y vencer, para ofrecerse como víctima reparadora por los pecadores, y, a los veinticinco años apenas, morir víctima de amor.

»¡Cuánta perfección, cuánta virtud, cuán buen ejemplo!

»Oprimido por la contrariedad, acariciaba ideas sinietras, poco edificantes; pensaba vengarme; hubiera deseado... pero el ejemplo de Gema, y más que todo, su intercesión, no sólo me calmó, sino que amorosamente me guió al camino en donde se halla dulce el sacrificio y suave el dolor.

»Oprimido por la adversidad, cierto día me hallaba fuertemente tentado..., cuando en aquel momento sentí que una mano férrea, pero afectuosa, me trasladaba fuera de la estancia. Encontréme allí con varios amigos y compañeros y pude distraerme algo... Entre tanto desapareció la tentación y el engaño. Era la tarde del mismo día. Al entrar en mi aposento, parecióme ver a Gema arrodillada ante mi lecho. ¡Oh, cuán hermosa era! En su frente sonreía la hermosura de una rosa; su oración era de arcángel.

»¿Se me apareció realmente Gema? ¿Fué puro efecto de la imaginación? Lo ignoro, y aun me inclino a creer que, en efecto, fué obra de la imaginación; lo que sí sé es que desde aquel momento quedé enteramente transformado en el verdadero sentido de la palabra, y me confié todo y para siempre a Gema, porque la siento en los latidos de mi corazón, la veo en mis pensamientos, presurosa por conducirme a Jesús; así ha triunfado Gema de mí, transformándome y renovándome.

»¡Oh Gema, Gema mía! Si todos los hombres te conociesen y te amasen, se cumplirían ciertamente las palabras de Jesús: *Cum exaltatus fuero, omnia traham ad meipsum.*

»Estoy persuadido de que este triunfo mío es igualmente el triunfo de todos, y de que, por intercesión de Gema, podremos saludar la aurora de los días morales y perfectos para nuestra patria.

»Si ahora me fuese posible, quisiera penetrar en el jardín de la perfección, y escogiendo entre las flores más hermosas, formar con ellas un ramillete y ofrecértelo a ti, Gema mía. Quisiera recoger las flores que con su simbolismo hablan de tus virtudes: el jazmín, símbolo de la inocencia; la yedra, imagen de la unión con Dios; la violeta, que revela la más perfecta humildad; la querida y afectuosa miosota, juntamente con el simbólico laurel... todas ellas, al propio tiempo que hablan de tus virtudes, ¿no forman por ventura tu nombre, oh Gema mía? ⁽¹⁾ Pero ya que esto no me es posible, permíteme a lo menos que afectuosamente te ofrezca la grata miosota, a fin de que en su simbólico lenguaje te repita: *No me olvides*. No me olvides, Gema; ruega a Jesús por mí... por todos, a fin de que todos, esperando verte pronto en los altares, podamos confiar hallarnos unidos a ti, en aquella gloria en donde es

silencio y tinieblas
la gloria que pasó.»

Un joven sacerdote, profesor de un seminario de Austria, me escribe lo siguiente: «Habiéndome doctorado en la Universidad, me creía ser ya todo un sabio; tal era la soberbia que de mí se había apoderado. Tenía ideas erróneas aun acerca de la bondad de Dios; el *modernismo* estaba a punto de apoderarse enteramente de mí. Leer la vida de Gema, que llegó a mis manos por casualidad, y sentirme renovado en el espíritu, fué todo una cosa. Ahora reconozco que nada sé, porque no es la ciencia humana, sino la divina, la que instruye de veras; estoy tan contento, que me hallo en disposición de hacer todo lo ne-

(1) Las iniciales de todas estas plantas forman, efectivamente, en italiano, el nombre *Gemma*, Gema.—N. del T.

cesario para que el Señor me dé la gracia de ser siempre así.»

Otro sacerdote, que no consigna su nombre, me escribe: «¡Por fin soy nuevamente de mi Dios! ¡Oh Padre mío, cuántos tropiezos experimentó mi alma después de la ordenación sacerdotal! ¡cuántas caídas durante muchos años! Tan débil fué por algún tiempo mi alma, que presentí como probable una catástrofe. No conocía ya el amor de Dios, sino sólo las cosas terrenales, las riquezas, las comodidades de la vida. Pero el buen Jesús no quiso desampararme. En muy buena coyuntura, hizo que llegase a mis manos la vida de Gema Galgani, escrita por V. R.; al principio no leí más que el episodio—al cual tuvo V. la suerte de asistir—de su lucha con Jesús para obtener la conversión de un pecador. Quedé conmovido; lloré al pasar la vista por aquellas páginas, y me reanimó la esperanza que Gema había hecho renacer en mi espíritu. Sólo algunos meses después leí la vida entera, y, con su lectura, experimenté vivamente en mi alma lo que desde hacía tantos años no había gustado; desde entonces tomé a Gema por mi querida abogada. Apenas transcurrió un mes, cuando, en una festividad de la Virgen Santísima, repitióse en mí lo de aquel pecador por cuya conversión luchó Gema con Jesús: mi buena Madre celestial completó la obra. He nacido de nuevo. En pocos días no me reconozco a mí mismo. ¡Oh, cuánto temía, en aquel estado, la voluntad de Dios, las cruces, las tribulaciones, cuánto temor me infundía sobre todo el vivir desconocido y humillado, el padecer privaciones y estar sujeto a la muerte! Ahora, en cambio, haga Jesús lo que quiera de mí; espero, según es mi deseo, cumplir en adelante con su auxilio, su santísima y paternal voluntad.

»Jesús, que me ha atraído a sí, teniendo al principio compasión de mi flaqueza, me aumentará gradualmente las cruces a fin de que pueda llevarlas; pero estoy dispuesto a todo, a trueque de no faltar en lo más mínimo a mi Jesús.

»Lo que más me ha costado ha sido desprenderme del afecto al dinero. ¡Oh Padre mío, qué maldición tan grande para el hombre, y sobre todo para el sacerdote. Si tiene la desventura de resfriarse en el amor de Dios (y con semejante afecto en el corazón, ha de resfriarse necesariamente), sin un milagro de la gracia no se levantará jamás. Se debilitará cada vez más en la vida del alma; y ¡ay de él, si es de temperamento vivo! No le faltarán fatales caídas, que acabarán por precipitarle a la eterna perdición, a la cual arrastrará gran número de almas redimidas con la preciosa sangre de Jesús. ¡Ah, Padre mío! ¿cómo podré recompensar a mi celestial bienhechora, a mi querida Gema? Ella—así lo espero y doy por seguro—me asistirá siempre con mi Angel Custodio y me tendrá constantemente unido a mi Jesús y a mi Santísima Madre; gracias a ella, repetiré aquí en la tierra, de la mejor manera que me sea posible, su grito de gracia y de victoria: ¡Viva Jesús!

»¡Oh! Si se propagase especialmente entre el clero la biografía de Gema, ¡cuántos irían a ella, y por ella a Jesús! ¡Viva Jesús y su amada sierva Gema!»

Elocuentísima y de extraordinaria edificación es también la carta siguiente: «En un impulso indomable de amor y de agradecimiento a aquel serafín crucificado, imposible me es refrenar la palabra y la pluma; quisiera poder enviarle mis lágrimas, el fuego que me dilata y abraza; quisiera demostrarle cuán prodigioso efecto ha producido en mí la conmovedora biografía de nuestra querida Gema. Le agradezco, Padre, el bien que me ha hecho con su libro. Mi vida era un infierno; temía haber equivocado mi vocación. Todo, aun las más elevadas acciones de mi ministerio, me causaba fastidio; veía bien claro que con mi ardoroso temperamento, no podría continuar en él por mucho tiempo... Mi porvenir era desesperado. ¡Oh Padre, le escribo derramando lágrimas! Leí; aquel Angel de Jesús infundió un rayo de luz en mi mente, y el paraíso descendió a mi alma. ¡Oh Jesús de mi Gema, gracias os sean dadas!

»Padre, Padre, perdone; aun la idea del suicidio había llegado a perturbar algunas veces mi cabeza. En cambio, ahora... ¡oh alegría! ¡oh Jesús! quisiera, sí, perder la vida, mas por vuestro amor; quisiera ofreceros esta mi sangre para lavar toda una existencia llena de maldades, y ofrecérosla por las santas manos de mi nuevo Angel Custodio, Gema. Padre, bese por mí su sepulcro bendito, y dígale a Gema que le doy gracias con toda mi alma. Iré a Luca, así se lo he prometido a Gema, y no me cansaré de besar y derramar lágrimas sobre su sepulcro. Lo confieso; mi conversión es una gracia de Gema; tengo fija siempre en mi pensamiento su querida imagen, y la venero como una reliquia. La paz de Jesús ha descendido a mi corazón; mi alma está serena, siento cariño a mi santo ministerio. Veo que, por obra de Gema, amo también ya a Jesús, y espero amarle por siempre. Gema me ha librado de la muerte moral, con la cual luchaba desesperado, y me ha elevado a la gracia de Jesús. Después de Jesús y de mi querida Gema, le debo a V., Padre, la vida. Se lo agradezco de todas veras. Ruegue por mí.»

El P. Luis Fontana, Bernabita, me escribe desde Nápoles: «Hice colocar la imagen de Gema debajo de la almohada de un francmasón moribundo, que no quería recibir al sacerdote. Sucedió esto el Martes Santo por la noche; el Miércoles pidió él mismo los sacramentos.»

Llegó cierto día a mi convento de los Santos Juan y Pablo en la ciudad de Roma, un señor forastero preguntando por mí. Acudí al punto, y como me causase bastante extrañeza, le pregunté dónde me había conocido. Pero él me rogó que lo introdujese en un aposento retirado, y una vez allí, me dijo: «Gema me manda que me presente a V.; me ha sacado del pecado en que estaba sumido, y me ha dicho al oído, y más que al oído al corazón, las siguientes palabras: «Ve a Roma, y en el convento de los Santos Juan y Pablo pregunta por un Padre pasionista llamado Germán, y sin dilación arregla con él las cosas de tu alma, si

no quieres que Jesús te envíe la muerte repentina.» Al decir esto, postróse llorando a mis pies para que lo confesase. Lloré yo también, profundamente impresionado, lo escuché, lo absolví, nos abrazamos, y él, como si hubiese resucitado de la muerte a la vida, me dió las gracias, y se despidió, para tomar el tren que había de conducirlo a su país ⁽¹⁾.

Sirvan estos pocos ejemplos de aliento a tantas infelices madres, afligidas esposas y cariñosas hermanas, para que acudan a la intercesión de Gema, a fin de lograr que sus hijos, maridos y hermanos dejen los caminos de perdición; tengan la seguridad de que Gema, desde el cielo, ejercerá su apostolado, y todos se convertirán.

Gracias infinitas sean dadas al Señor, que, por ministerio de sus santos, movido a piedad de nosotros, nos convierte, nos estimula a vivir como buenos cristianos y a santificarnos con el ejercicio de la virtud.

(1) Muchísimos otros hechos hubiera podido narrar aquí el autor. «Hoy —dijo a un Padre algunos días antes de morir,— hoy, un pecador enviado por Gema me ha retenido en el confesonario por tres horas continuas.» Y luego añadió: «Si no salgo pronto de Roma, no sabré cómo arreglármelas. Hace ya algún tiempo que Gema me envía con frecuencia pecadores como estos; no puede creer, Padre, las lágrimas que derramo por la conmoción que experimento, y cuán mal me hallo después de haber escuchado confesiones semejantes.

CAPITULO XXXVII

Gracias y milagros alcanzados de Dios por intercesión de Gema

El argumento más claro para demostrar que es verdadera la santidad de un siervo de Dios, es el de los milagros. Con ellos, el divino Salvador primero, y después de El los Apóstoles, acreditaron su celestial misión en el mundo; y en la prueba de los milagros se funda la Iglesia para decretar con seguridad los honores de los altares a sus héroes. Si, por otra parte, los milagros se producen por la fe con que rogamos a Dios, sobre todo por la mediación de los Santos, siendo tan viva esta fe, según hemos visto, en todo género de personas que acuden a Gema para que interceda por ellas ante Dios, forzosamente tiene que ser grande el número de gracias que por su mediación se dispensen. No es mi intento referirlas todas, porque he preferido esperar que los testigos las sancionen con la fe del juramento en el proceso que desde hace dos años se instruye en la curia arzobispal de Luca, para la beatificación de esta Sierva de Dios; hablaré sólo de ellas, en general, para consuelo de los fieles devotos, y únicamente ampliaré la relación de unas pocas, cuyas particularidades he podido recoger con certeza, por mediación de personas de entero crédito ⁽¹⁾.

Sea el primero en hablar el M. R. P. Agustín Molini, O. F. M., Definidor General de su Orden, Consultor de la Comisión bíblica pontificia y Profesor de Exégesis bíblica (curso de perfeccionamiento) en el Colegio Internacional de San Antonio, en la Vía Merulana. Dicho religioso, en Septiembre de 1909, después de un año de haberse reali-

(1) Véase nota, pág. 212.

zado la curación de que se trata, hizo que llegase a mis manos el presente relato, a fin de que lo publicase: «Al escribir estas pocas líneas respecto a Gema Galgani, deseo cumplir con el deber de gratitud que siento por esta inocente y afortunada virgen de Luca, y dar cumplimiento a una promesa que le hice en la hora del dolor y en los días terribles de la prueba. Entonces la invoqué por vez primera; ella se acordó de mí y vino en mi auxilio; justo es que ahora me acuerde yo de ella, después de un año, durante el cual he podido tocar, como con la mano, que la gracia, mejor dicho, las gracias que su intercesión me alcanzó de Dios, no eran piadosas suposiciones o cosa pasajera, sino luminosa realidad y cosa duradera.

»Ha pasado un año desde el mes de Julio de 1908 en que empecé mi doloroso calvario, y desde el mes de Septiembre, en el cual hube de llegar a la cima sembrada de espinas y de inquietudes.

»Terminado el año escolar en Roma, habíame retirado a Gragnola (Massa Carrara) con mi familia, para pasar tranquilamente algunos días al lado de mi padre y en medio de mis hermanos. De aquel par de semanas de tranquilidad doméstica y de la brisa refrigerante de mis montes Apuanos, me prometía la acostumbrada reparación de las fuerzas mentales, fatigadas durante el año con el desempeño de mis múltiples y graves obligaciones. Pero aquel verano, en vez de tranquilidad y restauración de fuerzas, me aguardaba la tempestad y la prueba más dura.

»La mañana del segundo día de mi llegada a la familia—nos hallábamos a mitades de Julio—mi padre despertó con un agudo dolor en el costado derecho. Trató de levantarse de la cama; pero no pudiendo tenerse en pie, tuvo que volver a acostarse. Llamado con urgencia el médico cirujano de Gragnola, Dr. Arturo Castelli, visitó diligentemente al enfermo; mas como el incipiente estado de la enfermedad no le diese aquel día los datos necesarios para diagnosticar con seguridad, prescribió interinamente algunas medi-

cinas que ayudasen a descubrir lo antes posible la verdadera naturaleza de la enfermedad, y permitió además que se aplicasen, en la parte más dolorida, algunas sanguijuelas, puesto que se temía un ataque al pecho. En los días consecutivos, advirtió el médico que se trataba de una pleuritis exudativa de poca importancia, la cual podía curarse fácilmente con cualquier vejigatorio. Consultados otros facultativos, confirmaron el diagnóstico del médico de cabecera; fueron aplicados los vejigatorios y el enfermo mejoró. El mes de Julio tocaba a su término. Quise aprovechar esta mejora de mi padre para volver a Roma, en donde algunos negocios reclamaban urgentemente mi presencia. Puesto en viaje, acompañé desde Colletivi, junto a Pescia, hasta Carrara, a un hermano mío, franciscano y estudiante de Teología, el cual algunos meses antes había padecido fuertes ataques de hemoptisis, por lo cual le era preciso cambiar de aires y poner gran cuidado en restablecerse. Hecho esto, creyendo yo que todo iría bien respecto a mi padre y a mi hermano, entré en Roma confiado y tranquilo. Pero me equivoqué.

»Mi padre, después de aquella aparente mejora, se agravó de nuevo, y anduvo tan de mal en peor, que el día 16 de Agosto fué preciso proceder a la operación del tórax, efectuada en mi domicilio por el profesor José Maccarini, director médico del Hospital de Fivizzano. A todo esto se metía en cama otro hermano mío de 18 años, atacado del tifus; otro, de 14, se sentía aquejado de dolorosas fluxiones en las encías; una cuñada mía, próxima al parto, se hacía daño en la pierna; mi hermano, el franciscano, a quien había acompañado a Carrara, se veía acometido de repetidos ataques de hemoptisis, tan terribles que le dejaban casi exangüe y sin esperanzas de salvación, y mi padre, aun después de la operación, no acababa nunca de curar... No es fácil imaginarse las angustias que me oprimían el alma y el estado de ánimo de mi hermano, único que había quedado en pie en mi casa convertida en hospi-

tal; nadie se maravillará de que él llegase a enloquecer y de que en mi alma se hubiera desencadenado una terrible tempestad.

»Era el 9 de Septiembre, quinto aniversario de la muerte de mi madre, cuando, después de cenar, recibí de casa un telegrama, en el cual se me decía que mi padre se hallaba en situación desesperada. Dos horas antes, mi queridísimo amigo Don Ercole Cerù, Director técnico de la Tipografía Pontificia Artigianelli, me había regalado la tercera edición de la *Biografía de Gema Galgani, Virgen de Luca, escrita por el P. Germán de San Estanislao, sacerdote Pasionista y Director espiritual de la misma Sierva de Dios*, e impresa en la susodicha tipografía—el libro que estaba en boga en aquellos días y del cual todos hablaban, maravillados de aquella vida extraordinaria,—a fin de que la leyese y luego emitiese sobre ella mi humilde juicio. Fué coincidencia providencial, porque en la hora terrible de la prueba suprema, en el aturdimiento que había excitado en mí la infausta noticia, mi pensamiento se trasladó súbitamente a la inocente virgen tan querida de Jesús; a ella por primera vez me encomendé de corazón; le prometí que si curaba a aquellas personas tan queridas, no sería ingrato; desde aquel momento volvió a brillar un rayo de esperanza en el cielo oscuro de mi alma.

»Marché en el directo de la noche. En el viaje, largo y penoso, revolviendo en mi mente todas aquellas desgracias que con rapidez fulmínea habían caído sobre mí, y viendo inminente la primera catástrofe, sentí que se me oprimía el corazón hasta no poder ya más; pero siempre que volvía mi pensamiento a Gema Galgani, cesaba la tempestad y al propio tiempo parecía que se me invitaba a esperar, dominado por un sentimiento de profunda ternura.

»A la mañana del día siguiente, me hallaba ya a la cabecera del lecho de mi padre. Lo hallé exhausto; estaba reducido a la piel y a los huesos; veíase ya la muerte pró-

xima en aquellos ojos vítreos y en la debilidad extrema de toda su persona. La pleuritis que le había sobrevenido después de la primera operación, se había convertido en purulenta; mi padre se moría. Mi tío el Dr. Máximo Ceci, médico cirujano que lo había visitado pocos días antes, me había escrito desde Génova que mi padre se moría. Con todo, mi confianza en la intercesión de la inocente joven de Luca no padecía menoscabo; todavía me sentía interiormente invitado a esperar; tuve la inspiración de tentar un esfuerzo supremo.

»Hice vestir a mi padre, dispuse que lo colocaran cómodamente en un coche provisto de almohadas, me senté a su lado, y adoptando todas las precauciones posibles, nos encaminamos muy despacio hacia el Hospital de Fivizzano, en donde intenté que se le hiciera una operación decisiva. En el camino, que era de una hora, empleamos tres. Al partir, mis compaisanos, compadeciendo nuestro gran dolor, nos aseguraban buen resultado; ello no obstante, a mí me parecía que íbamos en busca de la muerte. El recuerdo de Gema Galgani me confortaba; con todo, al pasar por delante del cementerio de Fivizzano, de tal manera se agrandó la terrible visión de la catástrofe, que por un momento me pareció que mi padre, a quien tenía a mi lado, descansaba ya allí, bajo los cipreses.

»Tratóse de hacer la operación en la mañana del 14 de Septiembre; fué dirigida por el director del Hospital, el profesor Maccarini, con asistencia de otros dos médicos. Yo, que en los días precedentes había velado siempre a la cabecera del enfermo, lo dejé aquella mañana para ir a celebrar misa en Fivizzano, puesto que no se me permitió asistir a la operación. Me separé de él con gran temor de no volver a hallarlo vivo, pues ninguno de los médicos quería asegurarme que mi padre no quedaría en la operación, a causa de su extrema debilidad.

»Me alejé con el corazón hecho pedazos de dolor; en el Santo Sacrificio rogué y lloré por él, que quizás en aque-

lla hora estaba expirando; tuve aun valor para encomendarlo a la Sierva de Dios, que en aquellos días de congoja se había convertido en mi estrella de esperanza; pero cuando, llegada la hora de volver al hospital, me puse en camino, no podía tenerme en pie; mi corazón latía con toda la violencia de una terrible incertidumbre: ¿encontraría a mi padre vivo o muerto? El purísimo cielo de Lunigiaga, radiante en aquel embelesador día de Septiembre sobre la verde campiña, me invitaba a esperar; la gran confianza que había puesto en la intercesión ante Dios de la pura virgen de Luca, me infundía un sentimiento de inexplicable ternura. Pude acercarme a la puerta del establecimiento... El corazón me dió un salto cuando supe que mi padre vivía y que la operación había salido felizmente.

»Mi primer pensamiento fué dar gracias con todo el fervor y desde lo más profundo de mi corazón a mi bienhechora, y así lo hice. Quise también ver al profesor; fui a buscarlo a su quinta, próxima al hospital, y le estreché la mano con las lágrimas en los ojos; también él estaba conmovido. Después de algunas horas, se me permitió ver a mi padre: allí estaba cubierto de tenue palidez, acostado en el blanco lecho; todavía despedía un acre olor a cloroformo, pero se hallaba mucho más aliviado; llegó a sonreirme. Con él, había vuelto yo a la vida.

»La operación había sido penosa, larga, difícil. Entre costilla y costilla, en el costado derecho, se le había hecho una gran incisión de doce centímetros, de cuya cavidad salió más de un litro de suero purulento; adaptáronse dos tubos de goma a la incisión, para dejar libre curso al líquido, a fin de que pudiese continuar saliendo después del vendaje, y, visto que todo había ido bien, aun los médicos empezaron a confiar.

»Volví a ocupar mi puesto a la cabecera del lecho de mi padre; se me había concedido no dejarlo un momento ni de día ni de noche y me sentía sumamente feliz al ver a cada instante cómo se iba perfeccionando la gracia que la

Sierva de Dios me había concedido. En efecto, mi padre mejoraba de día en día. Mi queridísimo amigo, el Sr. Cerù, me escribió desde Roma diciéndome que esperase en Gema Galgani, que le encomendase con fe mi causa, como se la encomendaban él y sus amigos, y que confiase en que vería un nuevo milagro. Con la carta me enviaba también algunas estampitas y una reliquia de la inocente joven. ¡Admirable coincidencia! El pliego llevaba la fecha de 15 de Septiembre, lo cual significa que en Roma se rogaba por mí y conmigo a Gema Galgani, al propio tiempo que ella me concedía la gracia.

»En los días siguientes me fueron llegando noticias muy consoladoras de la salud de todos los demás enfermos; todos mejoraban de día en día. A fines de Septiembre, corrí a abrazarlos a casa curados ya. Al pasar por Carrara, impuse a mi hermano el franciscano una reliquia de la Sierva de Dios, le regalé su imagen y le exhorté a tener confianza en ella, la cual podía conseguirle que no recayese de nuevo. En Génova, adonde se dirigió, ha ido siempre de bien en mejor durante todo un año. Únicamente en estos últimos días después de haber regresado de Génova a Luca, ha experimentado una ligera recaída; mas tengo la firme esperanza de que Gema Galgani salvará definitivamente del peligro de la enfermedad, que todavía le aflige, a mi querido hermano.

»Ya en Roma, recibí el 4 de Octubre la primera gratísima carta de mi padre, vuelto de la muerte a la vida; y en Agosto del presente año, cuando fuí a casa para verlo, lo encontré en mejores condiciones de salud que antes de caer enfermo.

»Alabanzas y gracias sean dadas a Dios en su fiel Sierva Gema Galgani. Jamás dejaré de mostrarle mi agradecimiento, ni dejarán mis labios de celebrar sus alabanzas.»

Filomena Bini, natural de Pisa, de setenta y dos años de edad, estaba enferma del estómago, desde hacía mucho

tiempo, a causa de sus digestiones difíciles y dolorosas. La enfermedad se fué agravando en los últimos diecisiete meses, hasta hacer poco menos que imposible la nutrición; el estómago no admitía alimentos de ninguna especie, y por la boca salía una baba oscura, acompañada de un olor pestilencial. Las vísceras, en general, habían aumentado de volumen y ocasionaban a la enferma dolores tremendos. Primeramente le visitó, en el balneario de Luca, el Dr. Acone, quien sin titubear diagnosticó la enfermedad de úlcera cancerosa del píloro, y recetó algunos medicamentos, los cuales, como no produjeran alivio, fueron pronto suspendidos. Poco después le visitó un homeópata, el cual, después de confirmar el diagnóstico del Dr. Acone, prescribió a su vez nuevos remedios, mas inútilmente. Habiendo regresado a Luca, quiso la enferma que la tratase el Dr. Delprete, insigne cirujano de aquella ciudad. Confirmó este médico el diagnóstico de «úlcera cancerosa del píloro,» de forma redonda, acompañada de los síntomas graves consiguientes, dado lo avanzado del mal, tales como falta de nutrición general, hiperestesia epigástrica y estrechez pilórica, con crisis periódicas que terminaban con vómitos purulentos y la gastralgia correspondiente. En el hipocondrio izquierdo encontró un tumor redondo y duro, que parecía estar adherido a la gran curvatura del estómago; fué diagnosticado de carcinoma o tumor canceroso del lóbulo izquierdo del hígado. Con más deseos de aliviar a la enferma que esperanzas de curarla, prescribió algunos medicamentos, pero, como médico cristiano y concienzudo, declaró ser tiempo perdido poner en tratamiento aquella enfermedad, dada su naturaleza y la edad de la persona; exhortó a todos a que tuviesen paciencia, despidióse y no volvió a visitar a la enferma durante los siete meses que continuó molestándola la enfermedad, la cual se agravaba por días. El cura de la parroquia, que la visitaba diariamente, le administró, por fin, los últimos sacramentos.

En este punto las cosas, una piadosa señora de la ciu-

dad, que había oído hablar de Gema, sintiéndose inspirada de acudir a la intercesión de la santa joven, provista de una reliquia, fué a casa de la moribunda, entró en su aposento, hizo que todos se arrodillasen, rezó algunas preces en honor de la Santísima Trinidad y de la sierva de Dios, y aplicó la reliquia en el sitio del mal. ¡Cosa admirable! No bien la hubo puesto, la infeliz enferma, que, desde hacía mucho tiempo, pasaba los días y las noches en vela a causa de los dolores que la atormentaban, cayó en un plácido sueño que duró toda la noche, y a la mañana siguiente se despertó perfectamente curada, sin sentir ninguno de los síntomas dolorosos de cuantos le habían atormentado durante cinco años. Pidió de comer, y se le dió en bastante cantidad, cuatro veces al día, caldo, carne, bizcochos, leche y huevos. ¡Cuál sería la sorpresa del médico al ver entrar en su despacho, buena y sana, la enferma que creía muerta! No dando fe a sus ojos, la examinó con los rayos X, miró y volvió a mirar; la úlcera en el píloro no existía, sólo quedaba una mancha que indicaba su sitio; el carcinoma había desaparecido y el hígado recobrado su volumen normal. Por eso exclamó conmovido: «¡Esto es un milagro de Dios!» Al escribir estas líneas, después de haber transcurrido dos años desde la curación, la señora Filomena Bini continúa perfectamente bien, como no lo había estado desde su juventud.

La señora María Menicucci, residente en Vitorchiano, provincia de Roma, padecía agudos dolores en la rodilla derecha; creyendo que fuesen reumáticos, procuraba buscar alivio en unturas, emplastos y baños de las más saludables termas de Italia; pero en vano. Examinada por cirujanos de nota, fué diagnosticada la enfermedad de tumor blanco de la rodilla, en situación avanzada. Sabido es que el tumor blanco de la rodilla es una de las enfermedades quirúrgicas de peor especie, por su naturaleza tuberculosa, y porque no se resuelve espontáneamente por las solas fuerzas de la naturaleza. Cuando el mal no está muy avan-

zado y no se ha difundido por los huesos, puede detenerse mediante una importante operación, o con la aplicación de inyecciones hipodérmicas, pero siempre resulta incompleta la curación, porque la articulación pierde sus movimientos, cuando no queda enteramente anquilosada. En Mayo de 1907 fué la pobre enferma a casa de unos parientes suyos domiciliados en la ciudad de Pistoia, y habiéndola examinado el Dr. Chelucci, después de ratificar el anterior diagnóstico, aconsejó la operación. El caso parecía desesperado; la operación o un milagro. En aquellos días, y lo mismo hoy, el nombre de Gema de Luca cundía de boca en boca. «¿No podría la sierva de Dios hacer este milagro?», murmuró para sus adentros la buena señora. Y esto diciendo, buscó una reliquia, se la aplicó sobre la rodilla enferma y principió una novena. El último día de ésta, se quitó la venda a la enferma, y no sin sorpresa vió que se encontraba curada, por lo que escribió a una amiga suya: «Gema me alcanzó la gracia; estoy totalmente curada, según puedes ver por el certificado del médico que te envió; y no quepo en mí de contenta.» Y volviéndose á su celestial bienhechora, añadió: «Oh, querida jovencita, ruega siempre por mí.» En efecto, en el atestado de que se hace mención, el Dr. Chelucci, después de haber establecido que se trataba de verdadera artrosinobitis de la rodilla, declara francamente que «la señora María Menicucci, perfectamente observada por él, se halla ahora en excelentes condiciones de salud ⁽¹⁾.»

«La señora Emilia Abeylle—escriben desde Nápoles, con fecha 14 de Octubre de 1909,—recientemente casada, padecía muchísimo con su primer embarazo. Al principio, sólo se le manifestaron fenómenos que parecían comunes: desarreglos, hinchazones, etc.; pero luego se le complicaron en tal forma, que fué preciso someterla a la inspección del célebre maestro en Obstetricia Dr. Spinelli. Al ver el esta-

(1) En este milagro se basa el Proceso ordinario de la curia episcopal de Bagnorea, en el mes de Octubre del año de 1909.

do de la embarazada, sobresaltóse el médico, pues advirtió en ella una nefritis ya adelantada, y lo que es más, la presentación anormal y peligrosa del feto. En vista de esto, declaró al punto que aquel parto era peligroso, que en manera alguna era segura la vida del feto, y que quizá al momento tendría que recurrirse a la operación. Imagínese la consternación de la familia, la cual veía, en efecto, que la enferma, debilitada por una dieta casi absoluta, se agotaba y padecía mucho. Yo, que soy entusiasta admirador de la virtud de Gema, me di prisa en ponerla bajo su protección, al propio tiempo que enviaba a mi parienta una imagen de la Sierva de Dios, para que se encomendase a ella con gran confianza. Gema no defraudó nuestras esperanzas; mientras todos se entregaban á serias reflexiones, la noche del 3 del corriente, después de cinco horas escasas de dolores, Emilia daba a luz felizmente una hermosísima niña llena de vida.

»He ido a informarme personalmente de todo, y con sorpresa he comprobado la excelente salud de la puerpera y de la niña. Ha desaparecido toda huella de nefritis; la antigua enferma no experimenta residuos de la antigua enfermedad y está contentísima por haber obtenido una extraordinaria gracia.»

La Rda. Sor M. Francisca Foglia, monja de las Clarisas de Loveri, se expresa del modo siguiente en una carta: «Al correr una hermana mía al encuentro de su hijo, fué embestida por una bicicleta, la cual la arrojó contra un carro, dejándola desvanecida. Conducida a casa y vuelta en sí, se le comprobaron varias contusiones en la cabeza y en el brazo y fuertes dolores en el estómago, de modo que debió permanecer en cama durante muchos días. Levantada ya, creíase del todo curada, cuando, a los pocos días, aparecieron fortísimos dolores en los pulmones y en la cabeza, de modo tan rudo que parecía iba a volverse loca: momentos hubo en que se quedó como alelada; además, exhalaba un hedor tan nauseabundo, procedente de

la nariz, que había motivos para creer que se le formaba algún tumor en la cabeza. Los médicos no sabían qué decir.

»Hallándose en este estado de salud mi hermana, tuve conocimiento de la Sierva de Dios Gema Galgani; al instante experimenté, llena de confianza, una fuerte inspiración de hacerle una novena, al propio tiempo que enviaba a mi hermana una imagen suya, a fin de que, unida a toda la familia, hiciese una novena, al propio tiempo que la animaba a confiar con viva fe. ¡Oh, cuán buena y solícita mostróse en consolar nuestros corazones la amable y venerada Gema!

»Ahora mi hermana me escribe que ha obtenido la gracia completa, y se halla, no sólo con salud próspera, sino también en estado de practicar trabajos a que antes no podía dedicarse. Llena de agradecimiento, cumpla la promesa de comunicar esta gracia a V. R.»

Otra piadosa señora de Camaiore, cerca de Luca, llamada Catalina Lencioni, escribía también: «Habiendo tenido el año pasado (1902) a mi marido enfermo de gravedad, y casi deshauciado de los médicos, coloqué dentro de la funda de su almohada algunos pedacitos de ropa perteneciente a Gema y algunas flores que yo conservaba de su funeral, con la confianza de que me alcanzaría la curación del enfermo. Al día siguiente, vino el médico, y encontró mejor al enfermo, el cual, después de breve convalecencia, recobró enteramente la salud.»

«Cumpla la promesa hecha a la virgen Gema por la gracia concedida hasta el presente. Tres épocas han pasado, sin que me haya acometido la brutal enfermedad (crisis nerviosa), de la cual había tenido indicios tantas veces. Gracias sean dadas a la Santísima Trinidad, que, por intercesión de la virgen Gema, ha atendido mis plegarias. Espero que esta bendita virgen se dignará continuar protegiéndome y librándome para siempre del mal a que antes estaba sujeta.» Así escribe cierta María Fenoglio, de la provincia de Cuneo.

Un ejemplar sacerdote de Luca, devotísimo de Gema, a la que había visto muchas veces en la iglesia de la Rosa, donde él ejercía su ministerio, enfermó gravemente, en Mayo de 1907, de bronco-pleuropneumonía. De compleción delicada, y anémico por añadidura, la enfermedad lo redujo en pocos días al último extremo, por lo cual se acordó sacramentarle. Compadecidas, las personas piadosas del vecindario, rogaron por él de todo corazón, e invocaron la intercesión de Gema. También él la invocó, y se puso sobre el pecho una reliquia. La gracia se concedió al punto. En pocos días se curó el joven sacerdote, y, según confesión suya, se encontraba mejor que antes de caer enfermo. Su relación, que me dió por escrito, concluye así: «He creído de mi deber informarle de todo esto, porque si puedo contribuir a la gloria de Gema, tendré en ello verdadera satisfacción.»

En la misma ciudad de Luca, una piadosa señora, cuyo nombre callo, tuvo un absceso en la cabeza, con todos los caracteres de canceroso; por lo menos así opinaban los médicos, quienes añadían que probablemente sería necesario extirpar la parte enferma y rascar el hueso. La paciente, viendo que su enfermedad iba en aumento de día en día, estaba consternada. Al fin se decidió a implorar la intercesión de Gema, a la que había conocido en vida; aplicóse una imagen de la Sierva de Dios sobre la parte enferma y prescindió de los remedios prescritos por la ciencia. Pocos días fueron necesarios para que la enfermedad desapareciese, sin que haya vuelto a molestar a la buena señora, la cual no cesa de dar gracias a Dios y a su abogada Gema.

Hallándose Luis Gobetti atormentado, desde hacía cuatro años, de una periostitis en el pie, empezó una novena en honor de la Sierva de Dios Gema Galgani; luego otra, al cabo de la cual, con inmensa alegría de su corazón, se halló enteramente curado. «Cicatrizóse la herida—son sus palabras,—y desapareció todo dolor.»

Cierto albañil, cuyo nombre se calla en el relato, ha-

llándose un día en el trabajo, chocó con la pierna izquierda contra un clavo enmohecido, el cual le produjo una gran herida. Curóselo inútilmente durante seis semanas, después de las cuales emprendió nuevamente su trabajo. Al cabo de año y medio, como se hubiese enconado cada vez más la herida, vióse obligado a ir al hospital, de donde salió luego creyéndose curado. Pero no fué así; el infeliz advirtió bien presto que su pierna estaba ahora peor que antes; y como, no obstante ello, hubiera proseguido trabajando durante seis meses, tanto se enconó la herida que se temió la gangrena. Padecía frecuentes ataques de fiebre, y además, había perdido enteramente el apetito, de manera que decidió volver al hospital. Habiendo sabido el caso una hermana suya, llamada Beatriz Gatti, monja en la ciudad de Milán, en ocasión en que se leía en su convento la vida de Gema, sintióse inspirada a hacer una novena en honor de la Sierva de Dios por la curación de su hermano; la terminó el 1.º de Mayo de 1909. «Mientras lo creía en el hospital—prosigue la misma Sor Beatriz,—vino a visitarme el 14 del mismo mes para decirme que hacía algunos días que estaba curado. Respondiendo a mis preguntas, me dijo que mientras padecía y se resolvía a volver al hospital, sin esperanza ya de curación, sintió que la pierna, antes tan pesada, se le quedaba ligera como cuando la tenía sana; miróla entonces, y con gran asombro suyo, la encontró curada y sin señal alguna de haber estado enferma. Y eso que la llaga era tan grande, que en ella cabía cómodamente una moneda de plata de cinco liras, con la agravante de que algunos días antes, por un esfuerzo que hizo, le había salido de ella tanta sangre, que hubo de quitarse varias veces el calzado para sacarla del mismo. Ahora se halla bien y prosigue su fatigoso trabajo.»

«El 2 de Enero de 1909—escribe la misma religiosa—enfermó de fuerte pulmonía e inflamación intestinal complicada con nefritis, un cuñado mío de 58 años. Conduci-

do al hospital, hacia la tercera semana cesó el peligro, pero declararon los médicos que su enfermedad era crónica, con síntomas de aparente tuberculosis. Por cuatro meses no hizo más que acostarse y levantarse; cada día enflaquecía más. Habiéndole recomendado a la inocente virgen, pude oír algunos días más tarde, de labios del mismo enfermo, que estaba mejor que antes y había vuelto al trabajo.»

«La señorita Celina Cluzet, de Oyeu (de la diócesis de Grenoble, Francia) estaba consumiéndose, víctima de una tisis tuberculosa de último grado, la cual enfermedad había resistido a todo remedio. Por fin, los médicos que la habían visitado declararon que, estando consumidos los órganos, no podía hacerse más, y por consiguiente, la deshauciaron. Entonces le aconsejé que hiciese una novena a Gema Galgani, prometiéndole una limosna de veinte liras, y le envié una reliquia de la Sierva de Dios, á fin de que se la aplicase al pecho.

»El último día de la novena, la enferma se sintió renacer, es decir, experimentó gran mejora, y se puso a trabajar, cosa que no había podido hacer desde cinco años atrás.

»Por más que la curación no sea completa, la mejora continúa desde hace ocho meses, y la señorita Celina prosigue trabajando... y dando gracias a Dios y a su Sierva Gema Galgani.» Así escribe desde Yesi el P. Ruggero, Capuchino.

El Rmo. Sr. Marcos Cañco Morelli, Vicario foráneo y Delegado episcopal de Lugo, confirma con su autorizada aprobación la siguiente gracia, referida por la señorita Adela Albinetti: «En el próximo pasado Febrero, mi querida mamá vióse fuertemente atacada de influenza; no obstante los más asiduos cuidados de que la colmó el médico, vióse éste obligado a declarar que, dada la avanzada edad de la enferma, el caso era desesperado; por lo cual, juzgando inminente el peligro, procuré que se le administrasen al punto los Santos Sacramentos.

»En el colmo de la mayor consternación, y movida del afecto vivísimo que profeso a mi buena madre y del peligro de perderla, me sentí fuertemente inspirada a recurrir a la intercesión de la gran Sierva de Dios, Gema Galgani, cuya extraordinaria vida había leído con la mayor admiración, por lo cual sentía por ella veneración grandísima.

»En efecto, con los ojos inundados de lágrimas y con la más viva confianza de ser oída, la invoqué fervientemente, a fin de que me obtuviese del Sumo Dador de todo bien la perfecta curación de mi querida mamá, prometiendo, si era oída, publicar la gracia; entre tanto, con la más viva confianza y devoción, me apresuré a poner en el pecho de la enferma una reliquia de Gema, a quien tanto quiero.

»Transcurridos algunos días, la enferma empezó a mejorar, con asombro del mismo médico, el cual se vió obligado a exclamar: «Si se cura es obra de un milagro.» Mejorando de día en día, en poco más de un mes, con indecible alegría de mi alma, recuperó la salud.»

Isolina Serafini, residente en Vicopelago, cerca de Luca, padecía, hacía unos diez meses, de una meningitis cerebral aguda, la cual día y noche le ocasionaba dolorosos espasmos, sin que fueran capaces de aliviarlos los distintos remedios suministrados por consejo científico. Decía sentir en la cabeza como carbones encendidos que hacían hervir el cerebro. Tenía la cabeza enteramente paralizada y en vano la infeliz buscaba alivio en el sueño, porque en todo aquel tiempo, desde Diciembre de 1906 a Octubre de 1907, no pudo dormir más de una hora cada día. En lo más fuerte de su angustia, sintióse inspirada de acudir a Gema, e invocándola confiadamente, le dijo: «Será señal cierta de que estás en el cielo y eres verdaderamente santa, si me concedes la salud, gracia que te prometo publicar sin tardanza.» Dicho esto, se tendió en la cama sin el más pequeño dolor ni vestigio de meningitis; durmióse, y

desde aquel día, 10 de Octubre de 1907, hasta hoy, no ha vuelto a padecer de la cabeza, y duerme la noche entera. «Es esta la pura verdad—afirma ella en el certificado que me envió,—y lo confirmo con juramento, yo, Isolina Serafini.»

Me escribe desde Mondovi el canónigo D. Francisco Tonelli, catedrático de Teología en aquel venerable seminario, que cierto profesor tenía una hija suya enferma de difteria. A esta niña, que se llamaba Amalia, la asistían varios médicos. El padre, viendo el miserable estado de su hija, salió de casa y fué en busca de un sacerdote para que celebrase una misa por su intención. El sacerdote invocó la protección de Gema, y durante la celebración de la misa, uno de los médicos que asistían a la enferma, lleno de admiración, dijo: «Amalia se salvó.» En efecto, Amalia volvió en el acto a constituir la alegría de sus padres.

Otra persona que quiere guardar el incógnito, escribe: «Me dirigí a Gema suplicándole que me curase un mal fastidioso que tenía en los ojos y la nariz. No acabé de invocarla, cuando ya estaba curada. Había prometido que, una vez alcanzada la curación, se lo escribiría a V., como lo hago para desahogo de mi corazón.»

Otra escribe: «Soy un sacerdote que desde hace seis años me hallo afectado de una parálisis en todo el costado izquierdo, de un tumor en el abdomen y de graves trastornos intestinales. Con frecuencia me he visto reducido al último extremo, pero invocando la ayuda de la Sierva de Dios, Gema Galgani, he superado el peligro y vivo como por milagro.»

Francisca Mutini di Ponte, en Ania di Barga, cerca de Luca, tenía a su madre enferma, desde el 8 de Marzo de 1908, con fiebres que continuamente la consumían. Los médicos temían que se tratase de un cáncer en el estómago. Por fin, acudió a la sierva de Dios, Gema, con promesa de ir al cementerio de Luca a darle las gracias. Gema aceptó el voto, y la pobre señora, enferma desde un año

antes, salió del peligro y hoy está enteramente restablecida.

De Catanzaro, en Calabria, escribe el R. D. Félix Antonio Gentile: «La vivísima devoción a Gema en esta ciudad es tal, que no puede describirse. Muchísimos son los que han acudido a su intercesión y todos han sido consolados. Por lo pronto, me limitaré a esta sola narración: En el mes de Marzo del año de 1909 la superiora del hospital civil, Sor Genoveva Berardi, tuvo la desgracia de caerse y romperse el brazo izquierdo. El médico calificó de grave el caso, y dijo que, para curarse de la fractura, serían necesarios tres meses por lo menos. Yo, que soy capellán de aquel centro piadoso, tenía en mi poder una reliquia de Gema; mandé que la aplicasen al brazo roto. Al volver el doctor a visitar a la Hermana, quitó por curiosidad la venda del brazo roto, y con gran sorpresa suya, vió que el hueso estaba perfectamente consolidado.»

Del monasterio de Teresianas de Chiaramonte-Gulfi (Sicilia), recibí el siguiente certificado del Dr. Ignacio Iannizzotto: «Yo, el infrascrito Dr. Ignacio Iannizzotto, certifico haber asistido, en la primera semana de este mes, a Sor Cristina Rosso, del monasterio de Santa Teresa, enferma de ateromasia, con pulso intermitente, edema de las extremidades inferiores, y una úlcera varicosa de unos diez centímetros de extensión en la pierna izquierda. La paciente tenía somnolencia y disnea al menor movimiento. Teniendo presente la debilidad del corazón y la avanzada edad de Sor Cristina, de noventa y seis años, hice un pronóstico reservado. A pesar de todo esto, puedo asegurar que, en el espacio de veinte días, la enferma se puso bien; y, contra todas mis previsiones, la llaga de la pierna se ha cicatrizado enteramente. En fe de ello, y a petición de Sor Cristina Rosso, expido este certificado en Chiaramonte-Gulfi, a 31 de Marzo de 1909.—Dr. Ignacio Iannizzotto.» Ya estaba yo enterado de la enfermedad de la anciana superiora, enfermedad que había llegado al extremo de

hacer temer por su vida. Más todavía, movido por los urgentes ruegos que ella misma me había dirigido, le había enviado por telégrafo la bendición papal *in articulo mortis*. Después de su milagrosa curación, Sor Cristina, no obstante su avanzada edad de 96 años continúa perfectamente buena.

Con solas las iniciales S. M. A. firma una religiosa de Santa Ana, en el Piamonte, el relato siguiente: «En Diciembre de 1908, fuí acometida de dolores agudísimos en las piernas, verdadero indicio de una recaída de los dolores reumáticos que en 1905 me tuvieron postrada en cama cerca de un mes, y cuyas consecuencias sentía más o menos al menor cambio de tiempo. Desde que soy religiosa, no era ya la enfermedad lo que temía, sino que la recaída me impidiese desempeñar mi oficio; por esto, sin hacer caso, continué trabajando como mejor pude. Una tarde, no pudiendo tenerme ya más en pie, me dirigí a la imagen de Gema Galgani, la cual tenía conmigo: «Oye, Gema—le dije,—si es cierto que estás en el Paraíso, según dicen, muy poco ha de costarte curarme estos dolores. Sabe que todavía soy novicia; si es voluntad de Dios que sea profesa, cúrame.» Mientras tanto apliqué a la pierna su efigie y me fuí a descansar. Empecé, además, en su honor una novena; el segundo día, los dolores desaparecieron enteramente.»

Un caballero que se firma con las iniciales F. C. C., escribe lo siguiente: «Una noche de la semana pasada, me vi, yo que soy octogenario, en un estado próximo a la muerte; volviéndome a la Sierva de Dios, Gema Galgani, le prometí dar una limosna de cien liras. Al punto pude conciliar el sueño; cuando desperté me hallé enteramente restablecido.»

El presbítero Ginés Romanzini escribe desde Pisa que un tal Vespasiano Lepri, amigo suyo, joven de dieciocho años, cayó enfermo de pulmonía aguda, complicada con inflamación intestinal. Los médicos dudaban del buen

éxito, y lo sostenían mediante la respiración artificial. Tanto él como su madre, su hermana y otras personas piadosas, se encomendaron a Gema con toda confianza; en el acto cesó el peligro, y pocos días después, recobró la salud.

Desde Cerignola (Foggia), me envían el siguiente relato: «El panadero Vicente Bancone, hallándose en la feria el 9 de Septiembre de 1909, vió en un punto un grupo de personas que disputaban. Acercóse Vicente por curiosidad; mas habiendo visto uno de los litigantes, lo acometió, y, creído de que iba a prestar auxilio al adversario, le dió una puñalada con la que le atravesó el hígado. Puesto en cama en su casa, por la noche, una niña, hija de la hermana de Vicente, vió una jovencita, vestida de negro, con las manos juntas en actitud de orar. Llamados los parientes, les indicó el lugar de la visión, que éstos no veían; a la mañana siguiente, habiéndole hecho observar la imagen de Gema que tenía el enfermo sobre el pecho, aseguró que era aquella la joven que había visto. En efecto, pocos días después, levantóse el enfermo y acudió a su trabajo.»

A la niña Querubina Mongelli, de 9 años, le descubrió su madre un tumor del tamaño de un huevo en la región occipital; el médico, Dr. Domingo Borrelli, en vista del furioso dolor que sentía la niña, dijo que al día siguiente volvería para hacer una operación, consistente en una incisión. A tal noticia, la niña empezó a llorar y a rezar, prometiendo la limosna de quince sueldos a la Sierva de Dios, Gema, si la curaba. Al día siguiente la madre encontró la venda llena de pus; se le había reventado el tumor. El médico aseguró que aquello había sido una gracia del cielo.

En San Juan Incarico, hacía tres meses que estaba enferma de desórdenes constitucionales Angiolina Pansera. Un farmacéutico poco escrupuloso le prescribió «píldoras de sulfato de estriquina» al uno por mil. No se sabe por qué causa, pero lo cierto es que la muchacha, que tenía quince años de edad, tomó quince píldoras de una vez. Al

cabo de tres horas principió a sentir los síntomas del envenenamiento, pues había ingerido quince miligramos de sustancia activa. No podía sostenerse ni mover los pies, temblaba retorciéndose como una azogada. Se mandó buscar al farmacéutico, pero se excusó diciendo que el caso era demasiado grave, y que debían llamar un médico. Fué el Dr. Santoro y dijo lo mismo, pues había transcurrido tiempo suficiente para que el veneno se hubiese absorbido. No obstante esto, se intentó hacer que vomitase, mediante diez vasos de agua tibia que se le hizo tomar; pero sin resultado; de modo que el veneno siguió ejerciendo sus naturales efectos. Desesperada la madre, corrió en busca de una estampa de Gema, y no encontrándola a mano, arrancó la del libro que trata de su vida, y en presencia del Dr. Santoro, se la dió a su hija, quien la besó amorosamente y se la puso sobre el pecho. Cuando todos temían un funesto desenlace, he aquí que cesó instantáneamente el temblor de manos y piernas; todos, incluso el médico y el boticario, quedaron sorprendidos con la instantánea curación. La joven ha continuado bien, sin haber vuelto a sentir el menor daño del veneno absorbido.

Cierta religiosa del Conservatorio de Santa Isabel en Barga (Luca), escribe lo siguiente: «Desde hace algunos años, me veía obligada a pasar en la celda o en cama los meses del invierno, a causa de una fuerte inflamación en las piernas, ocasionada por varices que me daban mucho que padecer. El año pasado me volví a Gema, pedíle que me librase de aquel mal, apliqué a él su imagen, y al propio tiempo recé la oración que trae la estampa y le prometí publicar la gracia. No tardé en experimentar la eficacia de su patrocinio, puesto que desde entonces me hallé siempre en perfecta salud como en el día de hoy.

»Por esto, cumpliendo mi promesa por deber de gratitud, le ruego que inserte estas pocas palabras en la larga lista de las gracias que reciben cuantos acuden a ella con fe y confianza.»

Del monasterio de Hermanas Crucificadas de San Gregorio, en Cremano, provincia de Nápoles, me escriben: «Para mayor gloria de Dios y de su sierva Gema, voy a referir el siguiente milagro, ocurrido el 21 de Marzo de 1909: Hacía seis meses que padecía mucho, sobre todo de unos dolores de estómago violentísimos. Desde el mes de Enero, los vómitos eran tan frecuentes, que no podía retener la comida. A esto se agregó una ansiedad grande y frecuentes palpitaciones que me dejaban sin aliento; creí morir a poco que las cosas continuasen de aquel modo; el día 21 de Marzo me sentí tan enferma que mandé llamar a un sacerdote. Quiso Dios que acertase a pasar por aquí el Rvdmo. Padre Berardo Atonna de Sarno. Le hicieron entrar en mi habitación. El Padre me animó mucho, y me dijo que tuviese confianza en la reliquia de Gema si quería curar. Me puse la reliquia sobre el estómago, oramos los dos, y al instante sentí como que resucitaba; desaparecieron la fatiga y los vómitos, se tranquilizó el corazón, y los dolores no han vuelto a presentarse.»

En la ciudad de Mondovi, a una señora que había sufrido una operación quirúrgica de no pequeña importancia, le quedaron agudos dolores de cabeza. Se aplicó una imagen de Gema sobre la parte dolorida, e inmediatamente quedó sana.

Juana Giandinoto de Vizzini (Catania), me escribe el siguiente suceso: «Una señora que estaba de parto, hallábase en grave peligro de la vida; después de dos días de padecer, mandó llamar al médico, el cual le dijo, en cuanto la hubo visitado, que faltaban lo menos cinco horas para dar a luz. Apenas hubo salido el doctor, yo (esto es, la amiga) le envié la estampa de la Sierva de Dios, Gema Galgani, con la promesa de escribir a Roma semejante gracia. Grande y viva era la fe de los padres en el momento en que impusimos a la enferma la imagen de Gema; ¿qué sucedió? Apenas habían transcurrido diez minutos después de hallarse Gema en aquella casa de dolor, cuan-

do la enferma daba a luz una niña, a la cual se impuso el nombre de María Gema.»

Hallábase enferma de un cáncer mortal la hermana de una señora de Francfort de Oder. Recurrióse a la intercesión de Gema, poniéndole la reliquia en el brazo enfermo. Desde aquel instante cesó todo dolor, y si bien no se obtuvo la curación, logróse, con gran maravilla del mismo médico, que la pobre enferma no experimentase ya mientras vivió los atroces espasmos del terrible mal.

En Roma, la señorita Elisa, hija de los barones de Majo, de catorce años de edad, enfermó de anemia aguda, acompañada de tan fuertes dolores en la articulación de la cadera derecha, que le impedían andar. Temiendo la infección tuberculosa de la articulación, empezó el médico a darle inyecciones; pero el dolor persistía. La madre, con mucha oportunidad, pensó en Gema, y, acudiendo a su intercesión, colgó del cuello de la enferma una reliquia de aquélla. En el mismo instante cesó el dolor, y desde entonces la niña está perfectamente buena, hasta el punto de poder dar grandes paseos sin cansarse.

En la misma ciudad, la niña María Ciccarone, de cinco años de edad, cayó gravemente enferma, con tales complicaciones, que los dos médicos que la asistían no pudieron precisar bien el diagnóstico, pero advirtieron a los padres que la niña corría grave peligro. A tal noticia, afligidos los desgraciados padres, resolvieron acudir a la intercesión de Gema, poniendo una imagen suya debajo de la almohada de la enferma. Inmediatamente vino el alivio, cesó el peligro, y en breve recuperó su niña la salud.

Desde el monasterio de las Ursulinas junto a Cividale (Udine), enviaron a la Madre Presidenta de las monjas Pasionistas de Luca el siguiente certificado, juntamente con la relación de la gracia obtenida por la intercesión de Gema Galgani: «El infrascrito certifica haber visitado en la noche del 6 al 7 de Noviembre próximo pasado, a Sor Francisca Margutti, la cual enfermó de repente hacia la media noche.

»Hallé a la enferma con coma, con respiración estertorosa y periódica, frías las extremidades, imperceptible el pulso en los radiales, corazón debilísimo, tanto que no se percibían las palpitations dominadas por la ronquera bronquial.

»Juzgué el caso gravísimo, de modo que aseguré que creía inminente el peligro de vida. Practiqué algunas inyecciones de éter, de cafeína y de almizcle.

»Examinada la orina, hallé, en el peso específico, en la presencia de la albúmina y en el examen microscópico del sedimento, los caracteres de la nefritis intersticial crónica.

»El examen físico de la enferma reveló los signos comunes de la arterioclerosis difusa.

»Clínicamente fué un acceso gravísimo de uremia comatosa.

»Hoy se halla enteramente restablecida.—Cividale, 25 de Diciembre de 1909.—Dr. Francisco Accordi, Profesor libre de la Universidad de Nápoles, Director y médico jefe del Hospital Civil de Cividale, Oficial sanitario de la ciudad de Cividale.»

Desde Génova escribe Paulina Bertolani al editor de la presente *Biografía*: «Sepa esa Tipografía que pedí mucho y obtuve la gracia de la total curación de la mano derecha de mi madre, la cual, a causa de una grave supuración y de la inflamación consiguiente, amenazaba quedar defectuosa y acaso inservible.

»Pero, gracias a la intercesión de esta verdadera Sierva de Dios, todo ha ido bien; poco a poco se ha restablecido perfectamente.»

Un niño de la señora Angela, viuda de Minozzi, residente en Roma, de unos siete años de edad, fué invadido por la fiebre que presentaba todos los síntomas del sarampión, pero la erupción no acababa de brotar. Se le aplicó una estampa de Gema con la esperanza de que, por mediación de ella, brotase el sarampión y lo librase de la muerte. Al contacto de la imagen, durmióse el niño; al

cabo de algunas horas aumentó la fiebre, y al propio tiempo, apareció la erupción en abundancia, primero en el cuerpo y después en la cara. Una vez curado el niño, vino con su madre a enterarme de la gracia recibida, en señal de agradecimiento.

El Sr. Aníbal Metelli, ingeniero residente en Faenza, tenía una niña que nació con una fístula lagrimal, de la cual manaba pus en abundancia, siendo preciso limpiarla a cada paso y desinfectar con ácido bórico, sobre todo por la mañana al despertar, pues tenía el ojo lleno de materia. Asistida por el médico de Faenza y un especialista de Florencia, los dos dijeron que abrigaban la esperanza de que, con la edad, desaparecería la fístula, pero que, de no suceder así, sería preciso operarla. La niña tenía entonces veintidós meses. Su desconsolada madre, que había oído hablar de Gema y de los milagros que hacía, se llenó de confianza, y encomendándose a su intercesión, le prometió que, si le concedía la gracia de sanar a su hija, la publicaría para gloria de Dios. Ocurría esto al obscurecer de un día del mes de Octubre de 1908. Vuelta la madre a casa, encontró a su hija algo peor. A la mañana siguiente volvió a verla; le preguntó a la criada si le había limpiado los ojos, a lo que contestó ésta que no la había tocado. Examinada con detención la niña, no se encontró pus por ninguna parte, pues el ojo estaba enteramente limpio. Padre y madre quedaron sorprendidos, y el médico que asistía a la niña, oyendo hablar de la curación, creyó que se chanceaban con él, mas después de un examen minucioso, tuvo que confesar que la curación había sido perfecta e instantánea, y que estaba dispuesto a expedir el correspondiente certificado.

Los pocos hechos de prodigiosas curaciones, escogidos entre muchos que se van manifestando en Luca, en Roma, en toda Italia y en el extranjero, deben ser suficientes para el fin que me propuse: edificar a los fieles y animarlos a que acudan con confianza en sus enfermedades cor-

porales a esta poderosa intercesora que el cielo nos dió.

No solamente con las enfermedades del cuerpo se muestra solícita Gema, sino también con otras necesidades de la vida, como lo comprueban las continuas súplicas que a ella elevan toda clase de personas, súplicas que, en vez de multiplicarse, cesarían, si no fuesen escuchadas. También aquí tendría mucho que decir; pero sólo referiré unas pocas.

Dos Padres Pasionistas, el Provincial, y uno de sus Consultores de la Provincia Mexicana (América), que se hallaban de paso en Italia, quisieron, antes de regresar a su país, visitar la tumba de Gema en Luca, y de allí pasaron a Génova, donde se embarcaron con rumbo a Barcelona. En la travesía se desencadenó tremenda tempestad, que duró ocho horas, con inminente peligro de naufragar. Los pasajeros temblaban y el capitán del buque, sobrecogido de temor, no les daba esperanzas de salvación. En tal apuro los dos religiosos se dirigieron a la virgen de Luca, diciendo en alta voz: «Gema, tú sola puedes salvarnos; en ti confiamos.» ¡Cosa admirable! Apenas terminaron su plegaria, cuando el mar principió a abonanzar; en menos de una hora la calma fué total, y cual si navegasen por plácido lago, llegaron sanos a su destino todos los pasajeros. Aquellos dos Hermanos míos, al desembarcar me escribieron participándome el prodigioso suceso y su gratitud a la celestial bienhechora, haciendo votos para que todos conozcan esta cándida alma y la vean pronto en los altares.

«Una gran desgracia amenazaba a nuestra familia—me escribía desde Roma, en Junio de 1908, cierta señora piadosa.—Nos encomendamos a la bienaventurada Gema, y Dios se ha dignado consolarnos. La bendita doncella rogó por nosotros, por lo que le damos las más rendidas gracias. Querido Padre, quiero muchísimo a esta Sierva de Dios; la he tomado por mi especial protectora. Encomiéndeme a ella. Dígle que me obtenga de su celestial Esposo

a quien ahora ve y de quien goza *enteramente* (alude a una frase de la misma Gema) la gracia de amarlo mucho y de no ofenderlo más.

No menos notable es la gracia que, por intercesión de la Sierva de Dios obtuvo Attilio Crespi, de Legnano, alumno del tercer curso de Teología en Milán. La transcribiré con sus propias palabras: «Durante los ejercicios espirituales, que, como de costumbre, tenemos al empezar el año escolástico, se me ofreció la ocasión de leer la vida de Gema Galgani. La recibí con indiferencia y por pura cortesía, convencido de que no encontraría en ella sino los lugares comunes de éxtasis y soliloquios. Empero venido por la curiosidad y por las alabanzas que de dicha vida hacían mis compañeros, me puse a leerla, al principio distraídamente pero a medida que adelantaba en la lectura, de tal manera me interesaba esta amable jovencita por su candor y su modestia, que de buena gana hubiera querido que nunca se acabasen aquellas dulces visiones. Con la terminación del libro, cesó el embeleso, mas en mi ánimo perduró el grato recuerdo y una firme confianza en su patrocinio.

»Este año había de emprender la vida militar; la idea de dejar el seminario para pasar al cuartel me angustiaba; no acababa de persuadirme de tan repentina mudanza. En tal trance decidí recurrir a la ayuda de Gema, y le prometí que si me obtenía lo que deseaba, manifestaría a V., Reverendo Padre, la gracia obtenida, a fin de que hiciese de su conocimiento lo que más le agradase; además ofrecería 50 liras para los gastos del proceso de beatificación.

»Concedióseme la gracia y ¡qué gracia! Contra lo que todos esperaban, fuí declarado inútil para el servicio militar y devuelto a mi querido seminario, con el ánimo lleno de alegría y de gratitud por Gema.»

Con fecha 14 de Julio de 1905, la señorita Eugenia Simoncino, de Luca, escribía a una maestra suya del Instituto de Santa Zita, en dicha ciudad: «Creo que la bendita Gema protegerá de un modo especial a los estudiantes,

y confío en que pronto la beatificarán. Siempre me ayudó durante el año escolar. Antes de examinarme, prometí a esta querida santa hacer pública la gracia que esperaba. ¡Cuánto me ayudó en los exámenes! Dele gracias por mí.»

Deo gratias et Gemae! Con estas enfáticas palabras empieza un dignísimo sacerdote, cuyo nombre me reservo, la narración de una furiosa guerra promovida contra su buen nombre, de la cual salió victorioso por intercesión de nuestra Gema. Después de decir que conoció a la sierva de Dios en vida, y que fué a visitar su sepulcro, entrando en materia, prosigue:

«Empero el arte más sutil de que echaron mano para perjudicarme fué el de concitar contra mí los ánimos de los míos, y enajenármelos aguzando la lengua envilecida, manchando sin tregua ni descanso mi reputación y mi honra, con críticas, maledicencias, calumnias y otros medios reprobabilísimos y contrarios al espíritu cristiano; en una palabra, se me había jurado con fines vilísimos guerra a muerte, y conforme a este propósito iban obrando. Con tergiversaciones e interpretaciones arbitrarias de mi conducta, lograron que me miraran mal mis superiores, los cuales estuvieron a punto de hacer caer sobre mí el peso de su autoridad...

»Mas yo era devoto de Gema, y a Gema recurrí, poniendo en sus manos el asunto de mi defensa; y debo decir en honor de la verdad que lo *hice* deliberadamente y *para glorificarla: de Gema y sólo de Gema quería la gracia, para atribuírsela a ella solamente*. Le rogué, pues, de la manera que sabe y puede rogar un alma afligida y desamparada; le rogué e hice que le rogasen almas cuya inocencia y santidad de vida me eran notorias. Le rogué y me quedé tranquilo; la confianza en Gema se me había convertido en certeza; por esto rebosaba mi alma de una quietud y paz que no acertaba a explicar. Más todavía, debo advertir que esta confianza, trocada para mí en certeza, me pareció algunas veces excesiva, y aun llegué a dudar que

fuese un engaño del demonio para impedir mis ruegos...

»Pasaron entre tanto algunos meses; los tenaces enemigos inventaban las cosas más viles y contaban ya con el triunfo. Tanto era así, que se me arrojaban veladamente a mi propia cara palabras significativas y punzantes expresiones, con las alusiones que pueden imaginarse, no muy diferentes de las que se arrojaban al Nazareno Crucificado cuando se le decía: *Vah qui destruis templum Dei!*... Mas Gema estaba conmigo, Gema, a quien yo oraba, me infundía valor y paciencia, Gema me protegía y ayudaba; Gema había de vencer y el demonio había de ser vencido.

»Por esto, previendo con aguda mirada la propia derrota, se resolvió con desesperado esfuerzo a manejar una arma más terrible, asaltándome directamente. Mi gran confianza en Gema lo alejaba; ella era la que lo hacía temblar; por esto, en una hora de desanimación, suscitada en mí por sus malignas artes, al verme solo y como privado de todo humano auxilio, y aun me atrevo a decir, cansado de tan largo combate y de tanto esperar, me repetía astutamente: *¿A qué rezar tanto? Gema no te escucha; Gema no es santa.*

»Tentación fortísima era esta, como cualquiera puede comprender, en aquel terrible momento, en el cual, ceder hubiera sido perderme. Pero Gema no me abandonaba. A la sugestión acerca de su santidad, le oponía yo un pensamiento, que era la última prueba y el último desesperado asalto del enemigo; luego vendría la gracia. Fué tal pensamiento como una luz que resucitó en mí el valor; así, antes que ceder, quise avivar la fe, y para afirmarme más en mi propósito, recurrí a una gran amiga de Gema, manifestándole la tentación y estimulándole a redoblar las oraciones por mí.

»Algunos días más tarde, en efecto, precisamente el 17 de Octubre de 1909, después de haber celebrado la Santa Misa en el altar en donde descansa el cuerpo de S. Pablo

de la Cruz en Roma, del cual es sumamente devoto el que esto escribe, y cuya solemne traslación se celebraba aquel día, quedaron desvanecidas las acusaciones; y el décimotavo aniversario de la feliz muerte del mismo Santo, después de haber celebrado en la misma estancia en que entregó su hermosa alma a Dios, se me concedió la gracia para gloria de Dios y de Gema.»

»Muchos reirán sin duda al oír este relato, atribuyendo lo dicho a calenturienta fantasía o a neurotismo psicológico; mas ruego a los tales que refrenen por un momento su risa y me digan si en lo que yo he escrito se halla cosa que implique contradicción o repugnancia. Yo, en vez de reír, seguro de haber recibido de Dios, por intercesión de Gema, una gracia que, humanamente hablando y por tantas circunstancias, no podía esperarse fácilmente, continuaré repitiéndolo: *Deo gratias et Gemmæ nostræ!* En efecto, si milagro debe llamarse la suspensión de las leyes de la naturaleza cuyos efectos evitamos, verdadero milagro de orden moral podré llamar a la gracia de Gema, y quizás más sorprendente, por cuanto se trataba de refrenar el curso de la libre voluntad humana dispuesta a hacerme daño, impidiendo sus funestas consecuencias.»

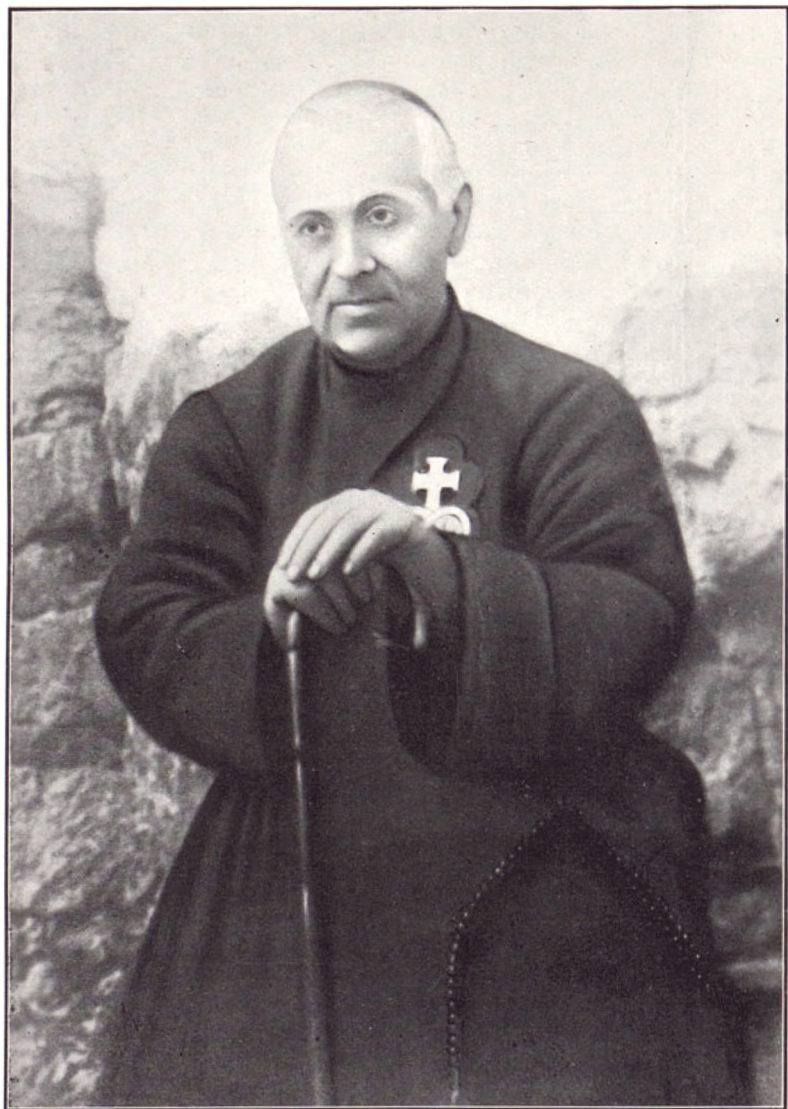
«En momentos de gran abatimiento—escribe otra persona,—necesitando una gracia espiritual, me dirigí a Gema, pidiéndole con inmensa confianza que me obtuviese del Corazón de Jesús el favor suspirado. Le prometí que si me oía, le daría cuenta de ello a V. R. y la escogería por protectora mía. Me concedió la gracia; ¡oh, cuán feliz soy!»

Una monja camaldulense de Roma, la madre Romualda de San José, me escribió lo siguiente: «Al recibir las reliquias y estampas de la virgen Gema, se las ofrecí a la R. M. Abadesa, que se encontraba en gran apuro por una respetable cantidad de dinero que tenía que pagar, y de la cual carecía. La Abadesa prometió a la sierva de Dios que, si hallaba quien le facilitase aquella suma, enviaría

una buena ofrenda para la causa de su beatificación. Dos días después de hecho el ofrecimiento, una persona caritativa envió de limosna precisamente la suma que necesitaba. La Reverenda Madre Abadesa, reconocida, cumple con su deber, y me encarga suplique a V. R. haga llegar a su destino el dinero que le envió.» Luego, como hemos visto hacer a tantos otros, añade: «Aprovecho esta ocasión para suplicar a V. R. que me encomiende a la virgen Gema, para que me alcance cuantas gracias deseo, y una chispa del amor que abrasaba su corazón.»

¡Oh elegida de Dios, alcanza para todos los cristianos esta gracia, una centella del amor divino que abrasaba tu corazón! El mundo camina hacia su ruina, porque son muy pocos los que aman el Sumo Bien para el cual fuimos creados. Sálvalo tú, Gema de Jesús, inspirando a los hombres amor, mucho amor. Si por tu mediación lo alcanzamos, nuestro agradecimiento será mucho mayor que si nos curases de gravísimos males, y nos librases de las desgracias de la presente vida, que pasa y se desvanece como sombra.

APÉNDICE



R. P. Germán de San Estanislao

DISERTACIÓN PRIMERA

Demuéstrase que las cosas extraordinarias de Gema no pueden atribuirse a histerismo

Entre los muchos desconciertos patológicos que afligen a la humana naturaleza, uno hay que ha llegado a ser famoso, porque, perturbando las funciones cerebrales y nerviosas, produce fenómenos muy extraños y de muy variada forma. Conociéronlo los antiguos, los cuales, por suponer que se producía principalmente en la mujer, denomináronlo histerismo, tomando del griego la palabra. Los modernos, amplificando considerablemente el primitivo significado, hasta tal punto lo generalizaron, que convirtieron esta enfermedad en triste patrimonio de casi todos los mortales, en razón principal y, por decirlo así, en forma de todas sus perturbaciones más ordinarias. Si a los que tal piensan hubiéramos de dar crédito, todos, por un concepto u otro, seríamos histéricos: hombres y mujeres, jóvenes y viejos, buenos y malos, todos podemos, con las únicas fuerzas de los nervios y de la imaginación, ofrecer en nosotros mismos un espectáculo, no sólo de esta especie de fenómenos, en sumo grado maravillosos que se atribuyen siempre al histerismo, sino también de aquellos otros que son considerados como sobrenaturales.

En verdad que no podía prestarse mejor servicio a la incredulidad actual, sedienta de desterrar a Dios de este mundo. Sin titubear hizo suya al punto esta doctrina, la predicó a los cuatro vientos y, valiéndose del crédito de algunos grandes autores, de un Charcot, de un Richer, de un Warlomont, de un Charbonnier, de un Michea y de otros muchos maestros de la escuela materialista y positivista, vergüenza y desdoro de nuestra edad, consiguió que la abrazasen también muchos sabios de rectos sentimientos. Formulóse igualmente la tesis en los términos siguientes: «Todo lo que psicológicamente es anormal en el hombre, procede, por lo común, del desconcierto de sus centros nerviosos. Por consiguiente, las visiones, las apariciones, los éxtasis, los raptos y todo lo demás extraordinario que en el hombre se manifiesta, son cosa naturalísima; redúcese todo a fenómenos histéricos, concernientes al dominio de la patología, al cual felizmente lo atribuirán los estudios modernos.» Ni siquiera los sucesos maravillosos que de Jesucristo se refieren en el Evangelio, ni los de los Apóstoles relatados en los Hechos, son exceptuados de este juicio; todos ellos son efecto de nervios desconcertados y de imaginación sobreexcitada; ¿cuánto más no han de serlo

los hechos recientes que con tanta frecuencia y por todas partes se oyen relatar, sobre todo refiriéndose a mujeres?

Vayamos por partes. Se empeñan estos autores en persuadirnos de cosas nuevas y extrañas, sin demostrárnoslas. Gustosos reconocemos el mérito de sus estudios y descubrimientos en lo que se refiere a la parte experimental de las ciencias; en lo tocante a este punto, no vacilamos en aceptarlos por maestros, pero no renunciamos al derecho de raciocinar y de no aceptar sentencias de cualquier doctor, sobre todo si quien viene a proponérmolas manifiesta tener preocupaciones encaminadas a destruir lo sobrenatural, sin habérsele ocurrido siquiera dedicarse seriamente a su estudio. A decir verdad, no negamos que antiguamente se aceptaron como sobrenaturales, y aun ahora se aceptan todavía, hechos en donde no existe siquiera sombra de sobrenatural. Por lo contrario, creemos que siendo difícilísimo las más de las veces conocer hasta dónde llegan las fuerzas de la naturaleza, exige la prudencia que se proceda muy despacio y con suma cautela en decidir si tal o cual hecho pertenece al dominio de la naturaleza de nosotros conocida y sometida a nuestra observación, o bien si se ofrece como fenómeno de orden superior, inexplicable por las solas leyes naturales. En este punto estamos de acuerdo. Mas exigir que *a priori* se rechace como absurda toda intervención de Dios sobre sus criaturas, y reducirlo todo absolutamente a fenómenos de neuropatía, únicamente para complacer a los que no creen en Dios ni en el orden sobrenatural, parece cosa irracional en extremo.

Esto supuesto, entremos ya a tratar de este argumento, porque urge poner en claro las cosas maravillosas que de la virgen de Luca, Gema Galgani, hemos referido en la obra presente, ya que no se nos oculta que, sin ofrecer una demostración bien documentada, no pocos se encogerán de hombros, si es que no prorrumpen en una carcajada a costas de la credulidad del autor. Trataremos, pues, de demostrar: 1.º que Gema Galgani no tuvo asomos de histérica; 2.º que los fenómenos extraordinarios que en ella se admiraron no pueden en manera alguna explicarse por el histerismo. La ciencia es patrimonio de todo el mundo; séame, pues, también a mí lícito emplear su lenguaje, que procuraré poner al alcance del entendimiento menos culto. Del hipnotismo, de la autosugestión y del espiritismo hablaremos en otras disertaciones.

I

No obstante lo mucho que se habla hoy del histerismo, es lo cierto que, cuando se trata de explicar con claridad en qué consiste, de dónde proviene, por qué medios se desarrolla y por cuáles se limita, muy pocos son los que muestran entender de lo que hablan. La razón consiste en que, siendo esta una enfermedad especial y,

como suele decirse, calificada, la cual se contrae, como cualquier otra, sin excluir la influencia de la herencia, debe tener necesariamente una diagnosis propia y positiva; diagnosis que convendrá hacer con toda diligencia y con paciente examen sobre todo enfermo, si el que le hace desea asegurarse de si se trata de verdadero histerismo o de cualquier otra enfermedad. Con razón, pues, dice un docto histerólogo moderno: «Pobre idea da de sí el médico que en cualquiera duda se pronuncia a favor del histerismo.»

Esto supuesto, pasemos a investigar, de la mejor manera que nos sea posible, las cualidades características de esta enfermedad proteriforme, ateniéndonos a las lecciones de los mejores especialistas; el estudio de dichas cualidades nos abrirá camino para reconocer su naturaleza, por lo menos en cuanto baste para dilucidar nuestro asunto.

Así el doctísimo Charcot, como Richer ⁽¹⁾, distinguen dos especies de histerismo: el *mayor* y el *menor*. El mayor tiene cuatro períodos o ataques, a saber: 1.º el epileptoide, con distensión convulsa de los miembros y movimientos a sacudidas, los cuales se terminan con un desfallecimiento de breve duración; 2.º el período de contorsiones y de movimientos, que recuerdan los esfuerzos de los saltimbanquis en sus juegos acrobáticos; 3.º el período de actitudes llamadas *apasionadas* o afectuosas en el sueño estático, a las cuales frecuentemente la decencia impide que uno asista; 4.º el período del delirio, que acaba con contracción general de miembros. El histerismo menor, además de ser menos grave, tiene sólo tres períodos, es decir, los anteriormente descritos, a excepción del epileptoide. Bastará echar una ojeada a las láminas insertas en la obra del mencionado Richter (*La Grande Hystérie*) y en la *Iconographie photographique de la Salpêtrière*, de Bournville, para formarse idea de la gravedad de los síntomas de la enfermedad. Verdad es que los autores intentan con estas descripciones determinar únicamente las fases agudas de dicha enfermedad; pero lo más y lo menos en una misma cosa, como enseñan los filósofos, no muda la especie. Por consiguiente, no debe dudarse de que los hechos característicos del histerismo son los aquí mencionados; de modo que, para hacer el diagnóstico de esta enfermedad, necesario es que se hallen, en mayor o menor grado, en todo enfermo.

Ahora bien, puedo asegurar, y, sin necesidad de hacer la menor restricción mental, afirmo, que jamás se vió en Gema Galgani sombra de ninguno de los fenómenos indicados, ni en conjunto, ni separados, ni en forma grave, ni en forma remisa; nada de convulsiones, ni contorsiones, ni sacudidas, ni contracciones de nervios o de

(1) Por ser muy conocidas las obras de estos autores y de los demás que cito (conocidas por lo menos de aquellos lectores a quienes puede interesar este dato), pasaré por alto el título, la edición y la página de donde he tomado las doctrinas que refiero, así en la presente disertación como en las siguientes.

músculos, ni espasmos, ni temblor o rigidez de miembros, ni estado asfítico o cataléptico, ni delirio en las palabras o en las acciones, y eso ni siquiera en la grave enfermedad que tuvo después de la muerte de su padre y que dejamos descrita en el capítulo IV de esta obra. Verdad es que durante sus éxtasis dolorosos padecía Gema atroces dolores de cabeza, que se veía, aun exteriormente, del todo perforada como de punzadas de espinas; dolores en las manos y en los pies, que aparecían desgarrados con heridas, como si hubieran sido traspasados con gruesos clavos; dolores en las espaldas, laceradas con profundas llagas a modo de surcos abiertos por los azotes, etc.; verdad es que estos dolores eran reales, como real era la causa que los producía, no efecto de la imaginación o de simple conmoción, y que duraban cuanto duraba la causa de que dependían, esto es, unas veinte horas por punto ordinario; con todo, jamás se vió en la paciente, durante tan intensos dolores, signo o indicio alguno de las contorsiones que observamos en las personas histéricas, aun las más moderadas y sobrias, cuando se ven acometidas de ataques dolorosos; por lo contrario, todo era calma y serenidad, manifestadas en sus palabras llenas de fuego y de amor celestial, capaces de enternecer el corazón de un ateo y de inducirlo a creer en Jesucristo.

II

Los ataques histéricos no son otra cosa que crisis, las cuales se manifiestan bajo formas más o menos violentas, y no siempre todas a la vez. Pasada la crisis, el histérico recobra la paz hasta el punto de parecer que se halla en estado normal. Con todo, se equivocaría quien tal juzgase. Las enfermedades graves y casi incurables no desaparecen así como así. En efecto, que el histerismo persiste después de estas fases pasajeras, lo demuestran ciertos indicios manifestos en determinadas disposiciones habituales, indicios que a simple vista se descubren en todas las personas sujetas a semejante enfermedad.

Es la primera de estas disposiciones, al decir de todos los histerólogos, una excesiva sensibilidad habitual a las impresiones físicas, y más todavía a las morales; por tal modo que esta parece ser una cualidad enteramente propia de las histéricas. De donde resulta que estas infelices se hacen insoportables al que tiene la desventura de vivir con ellas. En cambio, Gema fué siempre sobria y pacífica sobra toda ponderación. Ni los dolores más graves, ni las alegrías más puras la conmovieron; no la contristaban las enfermedades largas y enojosas; en frente de la muerte la vimos sonreír tranquilamente. Asaltada de continuo por los infernales enemigos, que se le mostraban bajo las formas más horribles y amenazadoras, no manifestó temor alguno; del propio modo, permaneció, por decirlo

así, indiferente ante las visiones más dulces y ante las más suaves comunicaciones celestiales. Ni las alabanzas la envanecieron, ni los vituperios la conturbaron. En una palabra, en todo el curso de su vida se ofreció a sí misma, sin desmentirse jamás, como modelo perfectísimo de ecuanimidad. ¿Podrá sostenerse que fué histérica?

III

El segundo carácter, mediante el cual es fácil reconocer la presencia de esta enfermedad por cuanto no menos que el anterior se halla en todo histérico, es la movilidad de la mente y del corazón. «El histerismo—dice Richet, otro insigne neurólogo—es la impotencia de la voluntad para refrenar los movimientos del corazón y de las pasiones; por esto los histéricos no saben o no pueden querer. Las pasiones, es decir, la impresión del momento, son siempre su único guía; de ellas se deja llevar ineludiblemente el histérico.» Y el Dr. Huchard añade: «Las histéricas no son dueñas de los impulsos que germinan en su cerebro. Pasan en una hora, en un minuto, con increíble rapidez, de la alegría a la tristeza, de la risa al llanto; son versátiles, fantaseadoras, caprichosas; hablan a ratos con una locuacidad maravillosa; luego, de pronto, quedan serias, taciturnas, pensativas. Corriendo en pos de una fantasía vagabunda e irregular, dan rienda suelta a sus pensamientos, que ya no son capaces de dominar, ni más ni menos que si se hallasen de continuo bajo el influjo de un envenenamiento de *haschisch*» «Además—insiste Richet,—les falta enteramente el sentido común.»

En verdad que, si tal es la miserable suerte de todas las personas histéricas, forzoso es convenir en que la virgen de Luca se halló a mil leguas de distancia de semejante enfermedad. ¿Quién, en efecto, más firme, más constante, más resuelta que ella? ¿Quién más dueña de sí mismo y de las propias pasiones? ¿quién más generosa en mantener sus propósitos y ponerlos en ejecución? Propúsose amar a Dios y a El solo, y le amó siempre: en su niñez, en su adolescencia, en su madura juventud; así en los consuelos del espíritu, como en las arideces más profundas, hasta el punto de morir protestando de que no quería amar a otro que a Dios, y con su santo nombre en los labios, al propio tiempo que el demonio se esforzaba en persuadirle de que Dios la había desamparado irremisiblemente. Propúsose practicar las virtudes cristianas siempre y a cualquier precio, y siempre y a cualquier precio las practicó, desde sus más tiernos años hasta el último suspiro, combatiendo sin tregua contra la viveza de su natural, el cual la hubiera inclinado a cualquiera otra cosa que a la virtud, y superando con heroico esfuerzo las innumerables dificultades que encontró en su arduo camino por parte de los hombres, y más en particular por parte del demonio, el cual, en aquel noble ejercicio, le hizo guerra despiadada. Repase el lector en su

mente toda la historia de la vida de esta Sierva de Dios, descrita en el presente libro, y vea si hay una sola palabra, un solo hecho que no se halle en perfecta armonía con todo lo restante, y pueda, en algún modo, tener sombra de debilidad o de volubilidad; después, juzgue si mujer de tal temple puede ser llamada histérica, alucinada o loca.

Y digo loca, porque el histerismo es en realidad un principio de locura, por cuanto es una enfermedad que, cualquiera que sea el origen que reconozca, desconcierta las funciones de la mente y las de la voluntad racional en el gobierno de las demás; desconcierto que, derramándose por todo el sistema nervioso, produce en él los numerosos y tristísimos efectos que arriba hemos mencionado. En esto están de acuerdo todos los histerólogos del mundo. Ahora bien, un loco, por moderado que sea, no puede hacer sino extravagancias, hasta el punto de ser fácil distinguirlo, aun de lejos, de cualquiera otra persona que no haya tenido la desgracia de trastornarse de cabeza. ¿Cuánto más no se distinguirá de quien, como Gema, no sólo demostró tener juicio en grado eminente, sino que podía también hacer partícipes de él a otras personas? Y así fué; pues de todas partes eran solicitados sus consejos de palabra y por escrito y esto por personas respetabilísimas y sobre puntos de gran importancia; y todos quedaban admirados de la prudencia y sabiduría de sus respuestas. En manera alguna, pues, fué histérica.

IV

Varias otras condiciones, todas ellas tristísimas, dimanaban, como de infausto manantial, de los caracteres anteriormente citados en las personas histéricas; vamos a referirlas tomando siempre por norma la enseñanza y dirección de los insignes y nada sospechosos maestros a quienes debemos seguir de cerca. «Carácter propio de las personas histéricas—dice Tardieu—es la simulación instintiva, la necesidad inveterada e incesante de mentir sin ton ni son, sólo por mentir, no ya con palabras, sino también con hechos.» «Es admirable—dice Charcot—la sagacidad, la tenacidad inaudita, que emplean para engañar.» «Tan admirable—prosigue Niemeyer,—que se aproxima a lo increíble.» «Y estas mentiras—dice Richet—son proferidas con tal audacia, crudeza y seguridad, que de buenas a primeras le desconciertan a uno.» En una palabra, «todos los autores—escribe Huchard—se complacen, y con razón, en insistir en la increíble inclinación de las histéricas a la mentira.»—Además, a este prurito de mentir añádese otro; conviene a saber, el de la vanidad. «Tan extraordinaria es la vanidad en las histéricas—dice Niemeyer,—que sobrepuja los límites de lo imaginable; en ella únicamente se hallan los motivos de una rara conducta que nadie sería capaz de adivinar si no conociese la naturaleza de la neurosis de que se

trata.» Y Richet agrega: «Sólo una cosa desean estas enfermas: que los demás se ocupen en ellas y lisonjeen sus pasioncillas; que se asocien a sus desdenes y a sus inclinaciones; que admiren su ingenio y sus galas, pues las galas y los adornos inútiles son siempre uno de los puntos que más inquietan a una histérica.»

¿Habré de esforzarme demasiado para demostrar que Gema fué diametralmente opuesta a semejante enfermedad de espíritu, no menos por virtud que por natural? Tan candorosa e ingenua se mostró siempre en todos sus hechos y palabras, que parecía una niña, y como tal era de todos amada y apreciada. La regla de su conducta era la del Evangelio: «Sí, sí; no, no.» Léase el capítulo XV de estas memorias, consagrado exclusivamente a demostrar que la sencillez fué el carácter particular y el espíritu propio de la santidad de este origen. Lo mismo debe decirse de su humildad. Nada temía tanto como que llegasen a conocimiento de otros las maravillas que Dios obraba en su alma; con sus mismos directores espirituales era en este punto tan reservada, que, para arrancarle una sola palabra—dice uno de ellos,—era preciso sudar sangre. Estúdiase toda su vida, y si llega a encontrarse en una de sus frases, una sombra de algo que sepa a jactancia, vanidad o doblez de espíritu, me daré por vencido. Mas si resulta lo contrario, dígase sin titubear que esta joven-cita en manera alguna fué histérica.

V

No menos favorable resultará la prueba, si se aplican a Gema las otras cualidades, propias de esta enfermedad, que los histerólogos agregan a las anteriores. Tales son: imaginación ardiente, irascibilidad, exageración en todo, inclinación a cuanto se encamine a causar esas conmociones de las cuales las personas histéricas experimentan fuerte y constante necesidad, tales como la música, la danza, los espectáculos, las novelas y otros semejantes. Y, en verdad, que las inclinaciones *naturales* de Gema eran enteramente lo contrario. En cuanto a imaginación, parecía carecer de ella en absoluto; lo cierto es que la tenía tan singularizada, que nadie la vió salir de los límites de la más estricta moderación. En punto a sentimientos, sólo tuvo uno, a saber: el del amor de Dios y el del horror al pecado. Nadie la vió nunca apasionarse ni inquietarse poco ni mucho por otras cosas. Si de niña la viveza de su índole y su natural resuelto le hizo alguna vez dar en movimientos pueriles, tan pronto como la virtud hubo refrenado en ella todas las pasiones, de tal manera se convirtió en manso corderito, que cualquiera podía maltratarla a su placer sin que ella exhalase la menor queja. Lo mismo debe decirse de su gravedad: nada exagerado ni en sus pensamientos, ni en sus discursos, ni en sus obras; por lo contrario, en todo sobriedad e igualdad de espíritu. Nunca mostró Gema afectación

ninguna en los ejercicios de piedad, ninguna redundancia en la práctica de las virtudes, en las penitencias, en las oraciones, así en lo exterior como en lo interior, etc. En cuanto a impresiones, ni las deseó, de cualquiera especie que fuesen, ni siquiera siendo niña, cuando le hervía la sangre en las venas; por lo contrario, no toleraba que se hablase en su presencia de cosas semejantes; cuando no podía impedirlo, tomaba un hábil pretexto para cambiar de conversación. Esta es la pura verdad histórica. Luego Gema no fué en manera alguna histérica.

VI

Los mencionados caracteres secundarios, propios del histerismo, se llaman *psicológicos*, porque tienen por sujeto al alma. Otros hay que se manifiestan en el cuerpo, razón por la cual se llaman *somáticos*; también a estos caracteres será bueno convocar a examen, agregándolos a los cuatro principales insinuados arriba, de conformidad con las doctrinas de Charcot y Richer. Son los siguientes: I Dolores dorsales, en los cuales insiste especialmente, entre otros, el doctor Sydenham; a este grado pertenecen también los dolores epigástricos; II el sofocamiento que, con el nombre de *bolo histérico*, conceptuaban los antiguos como característico del histerismo, y a veces como prodromo de los terribles ataques que dominaban *furor histérico*; III pérdida de la sensibilidad o *anestesia*, en determinada parte del cuerpo, y más de ordinario en el lado izquierdo; IV *hiperestesia*, es decir, un morboso exceso de sensibilidad en determinada parte, interna o externa del cuerpo, sensibilidad que produce espasmos intolerables; V rostro flaco, pálido, macilento; ojeras plumizas; VI apetito particular de alimentos de mala digestión: como hierbas crudas, salazones, etc.; de substancias ácidas, de café cargado y amargo: en una palabra, lo que vulgarmente se llama estómago caprichoso. Y, en efecto, todo es anormal y extraño en la mujer histérica: la nutrición, la circulación, el sueño, la vigilia, las funciones mensuales, etc.; VII finalmente, se indican, como propias de esta enfermedad, en razón de efecto o de causa, las llamadas *zonas histerógenas*, es decir, ciertas punzadas en determinadas partes del cuerpo, a las cuales se refiere la causa del paroxismo histérico, el cual, puede ser producido y luego calmado, comprimiendo con arte dichos puntos.

Pues bien, sin perdernos en superfluas demostraciones (que llegarían a ser pesadas después de los hechos referidos en este libro), me limitaré a afirmar y decir que ninguna de las susodichas manifestaciones morbosas es aplicable a nuestro caso. Nunca padeció Gema dolores de estómago, fuera del período de pasajera enfermedad, en la cual se sintió atacada de una inflamación visceral, según referíamos en el capítulo XXXII de esta vida. Asimismo, fuera de la

enfermedad de la médula espinal, no tuvo otros dolores dorsales ni renales; tampoco padeció nunca sofocación ni sensación alguna de bolo histérico, ni pérdida de sensibilidad determinada, ni caprichos de estómago o cosa semejante, ni irregularidad notable de las funciones fisiológicas, ni palidez de rostro, ni adelgazamiento, etc. Por lo que se refiere a las zonas histerógenas, ocúrreme una anécdota sobrado singular que me sucedió a mí mismo, y contribuirá a comprobar nuestra tesis. Deseoso yo de que Gema fuese sometida a todos los experimentos sugeridos por la ciencia, a fin de que quedase por todas partes manifiesta la verdad de las cosas, hube de advertir que sólo este, es decir, el de las zonas, me había pasado por alto. Determiné, pues, hacer que lo pusieran en ejecución personas competentes, tan pronto se ofreciese ocasión oportuna de hacerlo. De regreso a casa, hallé a Gema en éxtasis. Volvió en sí poco después, y habiéndome visto, con su acostumbrada sonrisa en los labios, sonrisa que formaba gracioso contraste con cierta sensación de desagrado que se le reflejaba en los ojos, me dijo con inefable ingenuidad: «Que malo es V., Padre! ¿por qué ha ordenado que se haga esta especie de afrenta a Jesús, y a mí una mortificación tan grande? ¡Y eso que sabe V. el gran empeño que tengo en que nadie me toque. Ha hablado V. de lo desconocido; pero Jesús me lo ha manifestado todo. Como quiera que sea, hagan lo que crean oportuno; Jesús me ha dicho que no me oponga.» Quedé con la boca abierta; confieso que no dije nada bueno respecto del histerismo y de todos los que en él se confunden.

VII

Pasemos ahora a examinar la etiología de esta enfermedad, esto es, las causas que, a decir de los médicos, acostumbran de ordinario a producirla. Puesto que deseo ser breve en este estudio, mencionaré dos solamente, a los cuales, por ser generales y principales, pueden reducirse fácilmente todas las demás, esto es, la natural del atavismo, que se hereda con la sangre de los abuelos; y la adquirida, ocasionada por perturbaciones morales producidas por la excitación de las pasiones, por serios disgustos, por graves temores y por la incontinencia (tomada esta última palabra en su más amplio significado). Lo cual es fácil de entender, puesto que dichas perturbaciones repercuten siempre en los dos grandes sistemas nerviosos, el cerebro espinal y el gran simpático, por cuyo medio se realizan semejantes perturbaciones. Por consiguiente, a poco que uno u otro de estos órganos deje de hallarse en circunstancias de resistir este choque y movimiento violento (como acaece de ordinario en el sexo débil), se descompone súbitamente la armonía y la subordinación que deben reinar entre ellos para que subsista el bienestar del organismo interno. «En esto—dice el Dr. Bernutz—consiste el carácter primiti-

vo del histerismo.» Consúltense, efectivamente, las estadísticas de los hospitales, y se hallará que apenas se dan casos de histerismo en personas que viven en honesto celibato (en las mismas viudas la proporción es algo menos del 2 por 100), y que el mayor contingente lo dan los que en el mundo viven una vida agitada por el desorden de pasiones violentas y desenfrenadas. «Cuando una joven —dice el Dr. Lefebvre— no ha extraído el germen del histerismo de la sangre de su raza, la enfermedad es casi siempre efecto de su (mala) educación y de su (desordenado) género de vida.» De semejante manera, y casi con las mismas palabras, se expresa Niemeyer. Por razón de los contrarios, y por confesión de todos los histerólogos, con Bruchot, Briquet y Bernutz, las jóvenes que desde la infancia han recibido cautelosa educación, se han aplicado a dominar las propias pasiones y se han acostumbrado a una vida pacífica, tranquila, aunque monótona y ascética, se han hallado siempre sumamente distanciadas de tan terrible enfermedad.

Esto supuesto, ¿quién no ve cuán distante del histerismo debió hallarse Gema Galgani por natural disposición, pues no lo heredó ciertamente de sus padres, ni de ninguno de sus consanguíneos, que no tuvieron asomos de semejante enfermedad? ¿Quién llevó, por otra parte, vida más morigerada, tranquila y apartada de los desórdenes y turbulencias del mundo? Motivos de disgusto los tuvo, y en gran número, desde la infancia; mas acostumbrada a mirar todas las cosas en Dios y a recibirlo todo de su divina mano, permanecía siempre tan tranquila, que apenas experimentaba la necesidad de animarse para sobrellevar con paciencia las mayores desgracias. Quien lea el cap. IV de su vida, me dará seguramente la razón. En punto a conmociones morales, ya hemos dicho que no las tuvo ni las buscó nunca; y lo que se refiere a temor, ignoramos si llegó a ofrecérsele siquiera ocasión de experimentarlo; como quiera que sea, podemos asegurar que no era propensa a dejarse llevar de él, según hemos tenido ocasión de probar. A los diecinueve años, cuando murió su padre, apenas hubo sido sacado el cadáver para conducirlo al camposanto, tomó Gema para sí la cama que él había ocupado, y en ella y en aquella misma estancia, permaneció durante la larga enfermedad de la espinitis, que por entonces empezaba ya a molestarla. ¿Cómo, pues, por qué extraño capricho podrá sospecharse, contra tales argumentos, que Gema fué histérica? Si faltan de todo punto los síntomas asignados por la ciencia a este desconocido sistema nervioso, síntomas ya principales, ya accesorios, psíquicos y estomáticos y habituales y actuales; más todavía, si se observa en una persona todo lo opuesto a cada uno de ellos, si faltan las causas, si no se corresponden los efectos, forzoso será concluir, digan lo que quieran todos los espíritus ligeros del mundo, que en la piadosa virgen de Luca, no hubo sombra siquiera de la famosa enfermedad en que nos venimos ocupando.

VIII

Y con esto hemos llegado a demostrar indirectamente la segunda parte de la tesis, a saber: que no teniendo nada que ver con el histerismo, las cosas extraordinarias de Gema no pueden menos de ser atribuídas a causa sobrenatural. Pero bueno será que tratemos esta cuestión directamente y con argumentos propios. Mas por cuanto las personas histéricas ofrecen a veces el espectáculo de cosas maravillosas que parecen tener alguna analogía con las nuestras, insistiremos en la prueba de la confrontación. La materia no puede ser más abundante; así, gracias al espíritu de observación, hoy tan generalizado, se han ido compilando gruesos volúmenes para recoger hechos de esta naturaleza, donde quiera que ocurran, especialmente en los grandes hospitales, como el de la Salpêtrière de París, en donde se hallan sometidas a curación y pasan su convalecencia centenares de infelices mujeres histéricas. Nosotros conocemos casi todos estos hechos registrados hasta hace pocos meses; nadie podrá, pues, acusarnos de error, si afirmamos que todos ellos tienen numerosos puntos de semejanza, por lo cual basta escoger cualquiera como tipo de éxtasis histérico para confrontarlo con los éxtasis cristianos. A este punto limitaremos la argumentación; el examen de las demás cosas maravillosas de Gema, lo dejaremos para la disertación siguiente.

De las colecciones de Richer y de Bourneville, tomamos las siguientes particularidades, consideradas como típicas por el primero de los autores citados, en la persona de dos histéricas famosas de su hospital. Véase en qué consisten: antes del éxtasis, melancolía, abatimiento; durante horas enteras se queda la infeliz, con el rostro macilento, absorta en tristes pensamientos; pero estos ataques de melancolía alternan con intervalos de loca alegría, de la cual nadie es capaz de dar razón: risa desenfrenada e incoherente por cualquier fútil motivo; cantos desenfrenados, niñerías, extravagancias de todo género. La futura estática con todos sostiene pendencias, se muestra suspicaz, celosa, intratable con las personas más íntimas, o por lo contrario, tierna hasta la demencia para con personas a quienes nunca ha conocido. A lo mejor se echa a correr por pasillos y escaleras gesticulando como loca. Mientras tanto, sobrevienen los ataques arriba descritos como característicos del paroxismo histérico agudo, con convulsiones, vómitos, contorsiones, temblores, movimiento de los ojos hasta ponerlos en blanco, baba, etc., etc., de manera que cualquiera creería ver en ella una endemoniada. Fatigada, exhausta a consecuencia de tan terribles ataques, la pobrecita está dispuesta a entrar en éxtasis, y en él entra de hecho. Empieza el éxtasis con una timidez extraordinaria. La estática se imagina ver enemigos y fantasmas por todas partes, ladrones, asesinos, fuego, llamas; y con

toda la fuerza de sus pulmones, empieza a gritar pidiendo auxilio. Se pone de lado como para escapar. Pero no os alarméis; en menos tiempo que se tarda en decirlo, recobra la calma, aunque no ciertamente la bondad, porque, antes de salir del éxtasis, tiene necesidad de desahogarse algún tanto con palabras obscenas y escandalosas, en tal grado escandalosas y obscenas, que Burneville no tuvo valor para registrarlas textualmente. Después de este desahogo, empieza, al fin, el raptó místico. Siéntase la estática en el lecho, con la vista elevada al cielo, juntas las manos, levantado un dedo de ellas, y así permanece enteramente absorta. Su oración podría afirmarse que es edificante; mas la ilusión dura poco, pues de súbito la estática vuelve a sus vergonzosos desvarios, a su procaz locuacidad, a las repugnantes contracciones de rostro y a la expresión de lúbrica procacidad, que no puede mirarse sin rubor en las fotografías que de estas pobres histéricas se han sacado y publicado. Con todo, a veces el raptó se hace con mayor dignidad, y sin convulsiones previas o comitantes; entonces sí que parece una flor de pura mística cristiana. —Continúa siendo Burneville quien habla y describe.

Toda la persona, el rostro, el tronco, los miembros, se ponen rígidos, se paralizan. La cabeza sigue en línea recta con el eje del cuerpo, ligeramente inclinada sobre el hombro derecho. Los párpados semiabiertos y a veces movidos por una vibración convulsiva, permiten entrever las órbitas oculares vueltas arriba y hacia dentro. Los músculos de las mejillas están contraídos; las mandíbulas, distantes una de otra un centímetro, no pueden ni acercarse ni separarse. Los brazos extendidos perpendicularmente al tronco, es decir, en cruz; las manos cerradas, y con los dedos tan fuertemente vueltos a las palmas, que en manera alguna pueden aquéllas abrirse; las piernas apretadas y distendidas, las puntas de los pies plegadas. En una palabra, la rigidez del cuerpo es tal que podría levantarse sin hacerle doblregar, cual si fuese de hierro. Al cabo de dos horas, la estática abre los ojos, recobra el sentido y exclama: «¡Dios mío, que bien me hallaba!» Los miembros pálidos y fríos durante el ataque, recobran su primer estado; los brazos se repliegan, luego se extienden como si la enferma quisiera desprezarse. Se lleva la mano al cuello y se lo desgarraría si no la detuviesen. A poco le viene un sollozo siempre creciente; pero después se inclina la cabeza y la levanta, como si saliese de un sueño; se sienta y empieza a exclamar en son de lamento: «¿En dónde estoy? ¡Ah, estaba tan bien allá abajo! ¡Era tan hermoso todo aquello!» «¿Qué has visto, pues, afortunada mujer, mientras estabas como clavada en cruz?» Helo aquí: «Estaba en el cielo, en medio de esplendores deslumbradores, en donde por todas partes se ven (¡adivinadlo lectores!) pedacitos de boracina, sanjuanitos (?) y corderitos trasquilados. Hay, además, muchos diamantes, dibujos, cuadros y estrellas de todos colores, etc., etc. En cuanto al Señor, tiene los cabellos castaños, rizados y una gran barba rubia. Es hermoso, alto, robusto y todo de oro. La virgen es de plata.»

IX

Pregunto ahora y digo: ¿quién se atreverá a parangonar estos raptos, éxtasis y visiones histéricas con los de nuestra Gema, siempre tan tranquilos, espontáneos, modestos, edificantes y coherentes en todas sus partes? Al primer indicio que interiormente advertía del rapto que iba a sobrecogerle, corría a ocultarse a las miradas ajenas, metiéndose para ello en su habitación, en donde, puesta de rodillas, sin ningún apoyo, juntas las manos, se ponía a rezar, hasta que, pocos minutos después, quedaba abstraída de los sentidos, de manera que para advertir que se hallaba en éxtasis, era preciso acercarse a ella y sacudirla. Sus miembros eran insensibles a cualquier especie de tacto y de estímulo; pero no se ponían rígidos, ni temblorosos; podían moverse en todo sentido, ni más ni menos que los de una persona que duerme. A pesar de ello, se mantenía con el busto recto, arrodillada, sin inclinarse a derecha ni a izquierda y sin tener necesidad de que nadie la sostuviese. Y como entraba en este estado, así salía de él, sin esfuerzo ni cansancio, sin bostezos ni deserezos, sin inquietudes ni aturdimientos de cabeza, ni siquiera los que acostumbran a experimentarse al despertar. El tránsito del éxtasis a su estado natural, era en Gema una angelical sonrisa, según dejé ya dicho; inmediatamente después, volvía a sus ocupaciones domésticas. A veces experimentaba el arrebató mientras se hallaba sentada en la mesa comiendo, en la sala conversando, o en el escritorio escribiendo cartas; en estos casos, vuelta al uso de los sentidos, bajaba la vista sin descomponerse, y con la mayor sencillez del mundo continuaba la comida, la escritura o la conversación. De modo que, durante los éxtasis, nunca se advirtieron en ella movimientos violentos, agitaciones, temblores, ningún acto, en suma, ningún discurso, palabra o gesto que desdijese de una persona que se hallaba en íntima conversación con la majestad de Dios. ¿Sería posible que fuese esto un fenómeno natural de histerismo, es decir, de perturbación morbosa del sistema cerebro espinal, como a primera vista manifiestan serlo las rarezas de las estáticas de los hospitales?

X

Pero—se objetará—no todos los éxtasis de las histéricas son violentos; los hay también moderados y tan razonados que pueden ponerse en parangón con los mejores de los místicos cristianos, por ejemplo, los éxtasis de Alejandrina Lanois, francesa, referidos en los *Anales médico-psicológicos* por el Dr. Sanderet. Respondo: Concedo la primera parte de la objeción, puesto que no siempre la loca es

furiosa; niego la segunda, porque por muy moderada que sea la loca en los ataques que experimenta, no deja de existir el desconcierto cerebral, y donde quiera que exista semejante desconcierto, debe existir forzosamente incoherencia, extravagancia, irracionalidad. Prueba de ello la misma francesa Lanois, citada como ejemplo. También ella decía que padecía por el cielo y que veía cosas arcanas; pero véase qué cosas: «He visto a Dios, todo blanco, en un cielo parte de oro y parte de plata» y otras necedades por el estilo, al referir las cuales, el propio Dr. Sanderet, testigo presencial, no pudo menos de observar: «Por cierto que semejantes visiones arguyen en ella muy pobre imaginación.»

Alejandrina Lanois, puesto que era indudablemente histérica, tenía desconcertado el cerebro; por esto, debiendo adivinar por necesidad, se figuraba a Dios todo de blanco, y el paraíso dorado y plateado, ni más ni menos que la histérica de la Salpêtrière de París, la cual veía a Nuestro Señor todo de oro, y toda de plata a la Santísima Virgen, y rebaños de sanjuanitos y de corderos trasquilados. ¿Es de maravillar que, al ver cosas tan hermosas, quedaran ambas tan tranquilas en vez de alterarse con violentas convulsiones? Basta la substancia de la visión para poder declarar a la una y a la otra estática alucinadas mentalmente. Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que los éxtasis de Alejandrina no fueron tan tranquilos que no permitiesen discernir a simple vista los síntomas de un verdadero ataque histérico, no sólo en el movimiento convulsivo de los párpados, sino también en las articulaciones anormales de los brazos, y en otras rarezas cuidadosamente anotadas por el antedicho observador. De modo que es absolutamente falso que la tal Lanois fuese siempre un modelo de sosiego; puede, por lo contrario, darse fe al Dr. Jennin, médico a cuya curación estaba sometida, cuando afirma que, antes de los éxtasis en forma edificante, los había tenido violentos, con ataques nerviosos, que se repetían hasta treinta veces en un día. Agitábase con tanta violencia, que varias personas no eran suficientes para sujetarla. Ahora bien, ¿podrá oponerse este ejemplo a la estática de Luca? Júzguelo el lector.

Me abstengo de todo otro parangón, por cuanto, repito, todos los hechos que se refieren se asemejan entre sí, ya por un lado ya por otro, manifestando poco más o menos el principio que los origina y regula. Ya hemos dicho que el histerismo es enfermedad rayana en la locura, por lo que en sus ataques no puede causar sino desórdenes y extravagancias. Oigase al doctor Hachard, nada sospechoso por cierto: «La facilidad—dice—con que en sus ataques de delirio (¡gracias a Dios; no éxtasis, sino *ataques de delirio!*) pasan las histéricas de un asunto a otro, de lo alegre a lo triste, de lo juguetón a lo serio, de lo cómico a lo patético, es en verdad estupenda. Los sentimientos más elevados, los pensamientos más puros, expresados en lenguaje más culto, ceden repentinamente y sin la menor transición a los instintos más bajos y a las más vergonzosas inclinaciones, expresa-

das con los términos más soeces.» Quien estudie con atento examen y uno por uno estos tristes fenómenos de la enfermedad humana, cual es en realidad, a decir de todo el mundo, la enfermedad del histerismo, se convencerá de que, acerca de este particular, es de todo punto imposible la menor ilusión; la diferencia entre dichos fenómenos y los verdaderos éxtasis de la hagiografía cristiana es tanta como la que existe entre el cielo y la tierra. De modo que si de la tierra son los primeros, del cielo será preciso confesar que son los segundos.

XI

A esta conclusión han llegado todos cuantos con mente serena han determinado estudiar esta cuestión, a la luz con que la hemos presentado en este discurso. Citaré entre otros a Mantegazza, quien, aunque materialista e incrédulo como el que más, muestra cuando menos tener sereno juicio y aun sentimiento estético, cosas ambas que no siempre han podido ser pervertidas por sus corrompidos principios. Ha escrito este autor un libro titulado *Los éxtasis humanos*, en el cual acomete valerosamente a Legrand de la Saulle, el cual, resintiéndose, como tantos otros, a creer en éxtasis verdaderos, los reduce todos a puros fenómenos histéricos. Mantegazza lo llama «escritorzuelo ligero y bufo, que se atreve a llamar a una Santa Teresa pobre histérica y nada más.» Y para convencerlo de error, cita numerosos pasajes de las obras de esta santa, poniendo de relieve cada uno de sus sublimes conceptos, la armonía y la belleza que tan poco se avienen con el desconcierto cerebral del histerismo. Verdad es que no admitimos las doctrinas defendidas por este autor en la mencionada obra; pero no deja de ser gran cosa que un Mantegazza haya llegado a la conclusión antedicha por la vía de la confrontación. ¡Hicieran lo mismo todos los demás!... Examínese diligentemente y con ánimo desapasionado todos los anexos y conexos de los verdaderos éxtasis, según en nuestro caso hemos referido fielmente en la presente obra, y si, entre tantos centenares de estáticas histéricas que han estado y están todavía expuestas, en las casas públicas de salud, a ser espectáculo de diversión de curiosos, puede presentarse una sola capaz de hacer un coloquio semejante a los sublimísimos de la estática cristiana de Luca, ensálcese hasta las estrellas la excelsa enfermedad y su mágica virtud. Pero si no pueden hallarse en ella más que incoherencia y necedades, conclúyase que el histerismo no tiene nada que ver con las cosas maravillosas de Gema Galgani.

XII

Desgraciadamente, empero, cuando se hallan frente a frente de una

estática cristiana, los incrédulos de hoy día no acostumbran a portarse de esta manera, sino que, dejando aparte los criterios esenciales, se pierden en particularidades secundarias, que a lo sumo no sirven más que para dejarlos más confusos. Como si nada fuesen aquellas transformaciones del rostro de humano en celestial, aquel rayo de divina luz que se le veía brillar en los ojos, aquellos conceptos sublimes de iluminada fe, aquella precisión de términos en sus discursos acerca de cosas teológicas y místicas, aquella coherencia de palabras y de obras, etc., se concretan a no reconocer sino niñerías indignas de ser tenidas en consideración por una persona seria. Levantan, por ejemplo, los párpados de la estática, y si hallan las pupilas del ojo algo dilatadas, comprimidas o convergentes, exclaman al punto: «¡Cuidado en dar crédito alguno! Se trata del éxtasis de una histérica.» Se apresuran otros a pellizcar con los dedos o con pinzas las manos, la cabeza; y hallando producida la anestesia, es decir, la insensibilidad absoluta, no dudan ya más; se trata de un ataque histérico, por cuanto la anestesia, y por igual modo la irregularidad de las pupilas se hallan frecuentemente en semejantes ataques. Ahora bien, ¿quién no ve cuán irracional es semejante criterio y cuán ilógica esta argumentación de lo accidental a lo substancial, de algunas pocas cualidades secundarias a la esencia? Verdad es que en el letargo histérico se encuentra el estrabismo momentáneo de los ojos; pero el hecho de ser propio de aquél no excluye que pueda hallarse también en otro estado fisiológico; de otro modo sería preciso decir que cuando dormimos estamos sometidos a un ataque histérico, porque en el sueño los dos globos de los ojos se encuentran divergentes debajo de los párpados. Además, en los ataques histéricos, el enfermo permanece a veces con los ojos abiertos e inmóvilmente fijos en determinado punto; mas ¿quién se atreverá a sostener que sólo sucede esto a los histéricos? En efecto, sabido es que toda impresión fuerte, física o moral, puede inmovilizar la mirada, amortiguar además los otros sentidos y llegar a modificar los mismos movimientos del corazón.

El carácter esencial del histerismo, según hemos advertido desde el principio, no está constituido por la actitud de los ojos, ni por éste o por el otro movimiento de las manos o de los pies, sino por el desconcierto morbo de los centros nerviosos, desconcierto que se manifiesta con ataques y fenómenos determinados, los cuales deben hallarse juntos todos o casi todos (los principales por lo menos), a fin de que pueda aceptarse con fundamento la presencia de la enfermedad misma.

Mas para emitir prudentemente este juicio, conviene evitar otro error. Creen algunos que para poder afirmar que un fenómeno es de orden sobrenatural, todos y cada uno de sus adjuntos deben ser por igual manera sobrenaturales, es decir, producidos por Dios, sin el menor concurso de las fuerzas físicas. No; esto es un error. Dios no obra así en la naturaleza, pues no quiere hacer milagros sin necesi-

dad; se limita a llegar a donde no puede llegar por sus propias fuerzas la naturaleza: lo propio ha de decirse del éxtasis. En él, Dios atrae a sí al alma bienaventurada y la eleva a las puras regiones del mundo celestial. En tal estado de obstrucción o de raptó, si el éxtasis es perfecto, deben por necesidad permanecer en suspenso ciertas influencias de vitalidad del alma sobre los órganos corporales, de donde proviene que éstos queden entorpecidos e inertes, casi como sucede durante el sueño. Es indudable que la abstracción es de Dios, quien únicamente puede producirla; pero las condiciones fisiológicas a que se reduce el cuerpo por razón de ella, son, de ordinario por lo menos, cosa naturalísima, sometidas, por consiguiente, a las mismas leyes comunes a todo estado semejante ocasionado por causas naturales. ¿Qué maravilla, pues, que en el cuerpo de un extático se hallen síntomas bastante semejantes a los de un histérico? La razón primaria y remota es diversa, puesto que, en el primero, es el alma la que ya no influye en los sentidos, porque está absorbida en Dios; en el segundo, por lo contrario, es la enfermedad la que, por perturbar los órganos principales, impide al alma influir sobre los mismos sentidos. Mas la razón secundaria y próxima es en ambos casos la misma, es decir, la incapacidad de los órganos para moverse según la naturaleza. La única diferencia consiste en que, siendo el histerismo no tanto causa de incapacidad de naturales operaciones, cuanto de desorden y de desconcierto de los centros nerviosos, tiene otros efectos semejantes que sólo son propios de esto, como hemos demostrado arriba. Esta observación es digna de ser tomada en consideración, pues puede ayudar a demostrarnos la ineptitud de ciertos criterios que tan en boga están hoy en día, y a servirnos de guía para juzgar rectamente en los casos particulares.

XIII

Añadamos otra observación. Por muy triste que sea la condición de un histérico, no debe considerársela tal que lo excluya inexorablemente de las celestiales comunicaciones y de los éxtasis; basta únicamente que no tenga parte en ellos el desconcierto de los nervios y del cerebro producido por el histerismo, y que estén ocupados por el único que obra y puede obrar en el alma del extático. En verdad que esta observación no hace a nuestro caso; mas no creemos será por demás haberla propuesto, pues puede ocurrir el día menos pensado que, con buena o mala fe, atestigüe alguien haber visto a Galgani hacer cosas, según toda apariencia, propias de los histéricos. ¿Mas qué digo? Aun cuando llegare este tal a hacer prevalecer su aserto, no demostraría cosa alguna, porque haber tenido alguna que otra vez un desarreglo nervioso no quiere decir que esté uno condenado a padecer inexorablemente la enfermedad que se lo ocasionó.

El hecho es que, hasta hoy, no sólo no puede presentar nadie prueba alguna de semejantes ataques ocultos en Gema, sino que también todos cuantos trataron de cerca a tan angelical doncella, se han visto obligados a convencerse de lo que ahora volveremos a asegurar, esto es, que aquella santa joven manifestó siempre hallarse a gran distancia de esta enfermedad, merced a su natural tranquilo, apacible, resuelto, siempre igual a sí mismo; a la manera grave, cuidadosa y majestuosa de hacer las cosas; a su constancia en la práctica de las virtudes y a su firmeza en poner por obra todos sus propósitos; a su hablar modesto y libre de toda afectación; a su rara sencillez infantil, y a todo su conjunto de cualidades morales, las cuales hicieron de ella un admirable trasunto de veneración y de amor por parte de cuantos la conocieron. Esto es lo que hemos puesto de manifiesto en la primera parte del presente discurso. En la segunda hemos probado que si nuestra Gema demostró estar libre de toda sombra de histerismo en su trato con el mundo, mucho más claramente lo demostró en su trato con Dios, pues es de todo punto imposible que del desconcierto nervioso de la enfermedad histérica pudiera haberse originado fenómenos tan elevados y divinos como eran los de sus éxtasis. Si he conseguido o no demostrarlo, júzguelo el buen sentido del que haya tenido la paciencia de leerme hasta aquí.

XIV

Terminaré con otra observación. Además del histerismo más o menos agudo que, bajo la dirección de los grandes maestros del arte, hemos distinguido en grande y pequeño (*la grande hystérie, la petite hystérie*), hay otra forma bastante más común y menos vehemente, estudiada particularmente por el Dr. Briquet. También ésta es efecto del desconcierto de los grandes centros nerviosos; a excepción de los ataques, tiene todos los caracteres de ambas. Es como una especie de perturbación latente, semejante al desconcierto cerebral de los llamados semifatuos. Muchos médicos confunden con esta perturbación la neurastenia ordinaria, o neuropatía, a la cual están sujetas gran número de mujeres, lo cual les induce a decir, sin sazón suficiente, que la mayor parte del sexo débil es histérica. Ahora bien, puesto que en Gema Galgani de Luca se ha demostrado la falta absoluta de hechos patológicos del grande y del pequeño histerismo, ¿no podría acaso creerse que fué histérica según esta última forma, es decir, sin ataques; histérica con un desconcierto cerebral apenas sensible a los ojos ajenos?

Perfectamente, respondo; pero con semejante objeción no se consigue debilitar la tesis en la forma en que la he propuesto. En efecto, admitido un histerismo, por tal modo reducido y blando que hace muy dudosa su presencia, llegaríamos a atenuar y a reducir a la

mínima expresión de su energía, una causa de la cual hemos visto proceder *grandes* efectos, porque grandes son, efectivamente, los que en Gema hemos admirado: tales como los éxtasis, las llagas en las manos, en los pies y en el costado, la corona de espinas en la cabeza, las lágrimas de sangre que de los ojos le brotaban, el sudor de sangre que le manaba de todo el cuerpo, el incendio del corazón, la encorvadura de tres costillas y otros maravillosos fenómenos semejantes. Ahora bien, si las mismas violentas y espantosas conmociones de las histéricas de los hospitales no han llegado nunca a producir cosas semejantes, ¿quién se atreverá a persuadirnos de que, con una sombra de mal definido histerismo, puedan explicarse los grandes fenómenos de Gema Galgani? Seamos lógicos: el efecto ha de ser siempre proporcionado a la causa que lo produce; donde quiera que no se manifieste esta proporción, preciso será recurrir a otro agente capaz de producirla.

Siendo esto así, concluyo diciendo: si a vuestros ojos (hablo a quien puede entenderme) fué Gema una histérica según la forma indicada, aun a despecho de cuanto aquí hemos demostrado en contrario, debierais haberos contentado con compadecerla, sin empeñaros en obligarla a hacer cosas imposibles a su *psiquis*. Y, en efecto, una mujer histérica según esta última forma, es la expresión del organismo exhausto e incapaz de moverse para obrar fisiológicamente. De estas infelices está lleno el mundo (lo confesáis vosotros mismos); no hay quien no haya tratado en su vida con alguna de ellas y no pueda dar fe de la plenísima incapacidad de ellas para los fenómenos extraordinarios. Contentaos, pues, repetiré, con compadecer a la pobre Gema y dejadla en paz, puesto que con vuestras suposiciones y gratuitas afirmaciones no conseguiréis explicar los hechos que en ella se manifestaron.

XV

Cierto médico, después de haber leído estos mis estudios en la primera edición de la presente obra, se contentó con encogerse de hombros diciendo que el autor se fundaba «en teorías mal seguras, como que cambian de un día a otro». Ciertamente que si me hubiese dicho a mí tales palabras, le hubiera obligado a callar. ¡Cómo! —le hubiera dicho—¿tan inseguras son para V. las teorías, defendidas por los mismos doctores partidarios suyos, que no son capaces de inspirar confianza para el día de mañana? ¿Y V. se adhiere a ellas tan tenazmente que no vacila en sacrificar en su obsequio sus más íntimas convicciones de católico?

¿Pero es verdad que las teorías de histerismo cambian de un día a otro? ¿Qué diría, al oírle a V., un Charcot, que consumió toda su vida en establecerlas? ¿un Richer, un Bourneville y otros mil, cuyos cuidadosos y pacientes estudios ilustraron su escuela? Bien sé

que esta escuela parisiense, a pesar de no ser antigua, ha sido superada por otra más reciente todavía, la de Nancy, y que el esplendor de aquellos grandes maestros ha quedado oscurecido, en parte, por los nuevos estudios de un Liébault, de un Ducos, de un Bernheim, de un Liégeois, de un Beaunis, etc.; pero la cuestión no versa aquí sobre las teorías fundamentales, las cuales, una vez establecidas con sólidos criterios, no cambian; de otra manera, ¡adiós ciencia!; la patología se convertiría en un absurdo, la terapéutica en una inmoralidad.

Diga, pues, mi censor que los nuevos estudios de la nueva escuela han perfeccionado el sistema de Charcot enriqueciéndolo con más claras y explícitas nociones; pero no que lo hayan declarado falso. Diga que muchas opiniones, suposiciones y conjeturas, a que al principio se había acudido para explicar ciertos fenómenos e investigar determinadas causas, aparecen hoy mal fundadas, como mal fundadas se encontrarán mañana las que están hoy en boga; y esto porque la ciencia moderna, por ser enteramente empírica y positivista, no puede ser guiada por los sólidos principios de la metafísica. Perfectamente; pero no diga el egregio censor que lo mismo se verifique en lo referente a los hechos. A la luz en que he presentado en mi estudio las indicados hechos, mentiría groseramente mi censor si asegurase que hoy el histerismo no es ya la misma enfermedad que diez, veinte, treinta años atrás, se llamaba histerismo; que no son ya los mismos sus caracteres, sus hechos patológicos, las diversas formas que reviste y los extraños fenómenos con que suele manifestarse en sus diversos grados de intensidad. De las opiniones, suposiciones y conjeturas de la escuela de París y los de la de Nancy, no hubiera sabido qué decir; por esto no he hecho mención de ellas en este mi trabajo; quien ha querido impugnarme fundándose en la mutualidad de estas escuelas, justo es decir, en verdad, que se ha empeñado en golpear en el vacío.

Mi soligismo, por consiguiente, conserva todo su vigor: helo aquí compendiado en los siguientes términos: El histerismo es una enfermedad, la cual, a juicio de todos los médicos antiguos y modernos, tiene éstos anexos y conexos; es así que los hechos de Gema Galgani son enteramente diferentes de los del histerismo, luego Gema Galgani no es histérica. Luego lo que en ella se ha admirado de extraordinario, debe atribuirse a una razón sobrenatural (1).

(1) Véanse los hermosos estudios del P. F. Salis-Seewis, S. J., en su opúsculo titulado *Le estasi, le stimate e la scienza*, del cual yo mismo me he servido en esta primera disertación.

DISERTACION SEGUNDA

Demuéstrase que las cosas extraordinarias de Gema no pueden atribuirse al hipnotismo

Afín al histerismo es el hipnotismo, otro invicto argumento del que no dejan de echar mano los incrédulos modernos para explicar las fenómenos creídos de antemano sobrenaturales. Aun los niños saben en qué consiste este nuevo hallazgo de la ciencia; tanto es lo que se oye hablar de él hoy en día por todas partes. Pero no; he dicho mal al llamarle nuevo hallazgo; lo conocían también nuestros abuelos, los cuales lo calificaban de encantamiento y magia. Como quiera que sea, ahora que la ciencia se ha dilatado y sus luces han penetrado hasta la médula de los huesos de cada hombre, se considera el hipnotismo como «una de las mejores y más interesantes conquistas de la ciencia moderna.» Y así lo proclama también, con el Dr. Lapponi, alguno de los médicos cristianos católicos de nuestros días. Verdadera o falsa esta proposición, pues no seré yo quien intente penetrar en el fondo de esta cuestión, ya que no es este el lugar oportuno de hacerlo, sólo notaré de paso que no deja de ser significativo el hecho de que los inventores y los primeros propagandistas de estas doctrinas y buena parte de sus discípulos fueron y son pura espuma de materialismo e irreligión. De donde parece colegirse que el diablo se ha aprovechado de este hallazgo, bueno o malo en sí mismo, para contraponerlo a los prodigios que Dios obra en la naturaleza por medio de sus santos. Por tal modo, semejantes prodigios serían conceptuados como pertenecientes al dominio de la ciencia, en calidad de fenómenos de las fuerzas de la misma naturaleza; que Dios sería suprimido como inútil estorbo, y que los racionalistas conseguirían su intento mediante el hipnotismo.

Afortunadamente, empero, son muchas las distinciones existentes entre los prodigios del hipnotismo y los de los santos; distinciones que estamos en perfecto derecho de hacer después de maduro examen y cuidadoso parangón entre unos y otros, y aplicarlas al caso particular que ahora examinamos, de la virgen de Luca, Gema Galgani. Esto haremos en el presente discurso, en el cual, siguiendo el método del precedente, trataremos de demostrar: I que esta joven nunca fué hipnótica; II que el hipnotismo nada tiene que ver con las cosas extraordinarias que en ella se admiraron.

I

Fenómenos principales del hipnotismo son: el letargo, la catalepsia y el sonambulismo. El letargo, que según el Dr. Tamburini «es la más constante y característica de las manifestaciones históricas,» es también el más fácil de obtener. Tras algunas provocaciones sobre la persona que ha de hipnotizarse, se advierte en ella un ligero movimiento de deglución, acompañado de un sordo rumor o gemido laríngeo; empieza la boca a espumajear; ciérranse los ojos enteramente, o a medias, y la enferma cae en una especie de sueño, que es el letargo propiamente dicho. Este, según el Dr. Liébault, puede ser ligero o profundo. En el primero, el durmiente advierte todo lo que acaece a su alrededor; en el segundo, no advierte nada, y después de despierto no recuerda nada de lo que ha soñado. En el letargo simple, el paciente yace inmóvil, con los miembros inertes y pesados; tiene el cutis frío y cubierto de ligera humedad, la respiración y el pulso lentísimo y poco perceptible, la sensibilidad casi enteramente conservada; suspendida enteramente la *movilidad*, a excepción de la de los centros viscerales, y, en cambio, perfectamente libre la actividad psíquica. En el letargo profundo, el más común en el hipnotismo, los miembros se hallan muelles, flácidos, pendientes, y cuando levantados por otra persona se abandonan a sí mismos, caen con pesadez; la sensibilidad cutánea está enteramente abolida, pero los órganos de los cinco sentidos conservan cierto grado de actividad más o menos consciente por parte del hipnotizado. La inercia de la mente es tan grande que se hace difícil comunicarle una idea cualquiera que le determine a pensar, por muchos que sean los medios que para esto emplee el magnetista. (Lapponi, *Ipnatismo e spiritismo*, págs. 59 62.)

Detengámonos aquí un momento para hacer la primera aplicación de los mencionados hechos patológicos a la estática de Luca. Ante todas cosas, es de observar que las condiciones físicas de salud al tiempo de sus éxtasis, eran en ella inmejorables; el sistema cerebro-espinal, no menos que el gran simpático, hallábase exento de toda alteración nerviosa, aun la más leve, según hemos visto en el discurso precedente; enteramente calmada su imaginación, y perfectamente normal cada una de sus funciones orgánicas. No era, pues, sujeto hipnotizable, ni a fuerza de provocaciones, ni de impresiones espontáneas. Ahora bien, que, en realidad, no fué nunca hipnotizada por excepción singularísima, lo demuestra evidentemente la ausencia del primero de los caracteres propios de tal estado, es decir, el del letargo. Y en verdad, que Gema no tuvo nunca ni siquiera sombra de letargo, si ya con esta palabra no quiere denotarse el sueño común. Nunca yació inmóvil durante el éxtasis, ni tuvo nunca los miembros pesados e inertes, como tampoco frialdad

de cutis, humedad, respiración remisa, pulso poco menos que normal. Su insensibilidad cutánea era absoluta a las punzadas y aun a las quemaduras. Movíase libremente como persona despierta, y, exceptuada la percepción de las cosas celestiales que se representaban a su espíritu en el raptó, no se hallaba en disposición de percibir cosa alguna externa, ni con la mente ni con la imaginación. Entraba enteramente por sí misma y en un solo instante en el éxtasis, sin ser para ello provocada por nadie ni con pasos magnéticos, ni con palabras o cualquiera otra cosa, y sin que se advirtiese movimiento alguno de los músculos de la deglución o rumor en la laringe ni espuma en la boca. Lo cual quiere decir que no se verificó en Gema ninguno de los síntomas propios del letargo ligero o sencillo, sino todo lo contrario. Lo mismo debe decirse del letargo profundo. En efecto, además de lo ya dicho acerca de las condiciones normales de los miembros, era en ella absoluta, no ya la insensibilidad del cutis, durante el éxtasis, sino también la de los órganos de los sentidos específicos; lo cual quedó plenamente demostrado por cuidadosos experimentos hechos en su persona. No solamente se hacía difícil ingerir en su mente una idea cualquiera, sino también imposible, al paso que era tal la actividad de su pensamiento, que se elevaba a las más sublimes contemplaciones divinas.

Finalmente, sabido es que para despertar a un hipnotizado de su letargo profundo o sencillo, basta soplarle en la cara o comprimirle los puntos histerógenos. Ahora bien, por lo que se refiere a Gema, si Dios, el mismo Dios que la arrobaba, no le hubiese permitido volver al uso de sus sentidos, o bien no se le hubiera ordenado su Padre Espiritual, siquiera fuese con un sencillo precepto mental, no se hubiera despertado ni al soplo del aquilón ni a la conmoción de todo el organismo. Preciso es concluir que no hubo en esta joven ni sombra de letargo hipnótico. Y lo mismo debe decirse del segundo de los mencionados fenómenos del hipnotismo, es decir, de la catalepsia.

II

Propios de esta artificial perturbación, complicado o no con el letargo, son los siete hechos siguientes suficientemente notorios:

I. El paciente conserva por tiempo notable el gesto que se le imprime artificialmente, por muy incómodo que sea, de modo que, si se le alza un brazo en dirección perpendicular o paralela al tronco del cuerpo, permanece en tan incómoda postura durante cerca de un cuarto de hora, sin moverse un ápice a derecha ni a izquierda. II. Su respiración es lentísima y extraordinariamente superficial. III. Sus facultades mentales se hallan en grave estado de inercia, aunque menos absoluta en el letargo. IV. Sus sentidos externos, conviene a saber, el gusto, la vista, el olfato, el oído y el tacto de

resistencia, conservan en cierto grado su actividad. V. En virtud de dicha actividad, la de los músculos corporales y la de la poca que le queda de sus sentidos internos, no es difícil entrar en alguna relación con el paciente y determinarlo a obrar. Tiene éste su mirada fija en la del experimentador. Si éste anda, levanta los ojos, abre la boca, etc., el cataléptico hipnótico hace exactamente lo propio, y si cien veces y de cien maneras diversas se repite la prueba, otras tantas y del mismo modo se obtiene la repetición exacta; basta únicamente que el paciente vea lo que ha de hacer. VI. Fuera de los dichos casos, el rostro del cataléptico, abandonado a sí mismo y a sus espontáneas impresiones fantásticas, no se altera poco ni mucho, sino que conserva la expresión apática e inmóvil propia de dicho estado. La superficie del cuerpo se enfría y decolora, la flexibilidad de sus miembros es grande, si no se sustituye a ella una particular contracción tónica transitoria. VII. Por último, de igual manera que en el letargo hipnótico, la catalepsia se extingue con un ligero soplo en el rostro del desgraciado. (Lapponi, *obra cit.*, págs. 67-73).

Ahora bien, ¿y si yo dijese que ninguno de los mencionados hechos puede aplicarse a la estática de Luca? Efectivamente es así. Mil veces se produjo en ella la experiencia de la indiferencia artificial en cualquiera postura, y siempre en vano: brazos, piernas, el mismo tronco volvían inmediatamente y por sí mismos a su lugar natural. Nunca fué más activa la mente de la santa muchacha que cuando se hallaba arrebatada en éxtasis, al propio tiempo que la imaginación permanecía cerrada a todo lo que fuese extraño a dicho éxtasis; así lo ponían claramente de manifiesto las palabras que pronunciaba durante el raptó, todas ellas alusivas a cosas del todo celestiales profundamente entendidas, sin desviarse nunca a otro asunto. Además, la actividad de los sentidos y la sensibilidad de los músculos seguían enteramente suspensas durante aquel tiempo, según es dado deducir de repetidas pruebas ejecutadas oportunamente en la persona de Gema. Lo mismo debe decirse de la imitación mecánica indicada en el número V. En sus éxtasis, la virgen de Luca estaba totalmente absorta en la sublimidad de sus contemplaciones para que pudiera pensar en divertir a los espectadores con mímicas teatrales. Asimismo, por lo que se refiere a la expresión externa, apenas había entrado en éxtasis la piadosa virgen, cuando su rostro perdía, por decirlo así, el carácter de humano y se convertía en semblante de ángel vestido de carne humana. Tampoco se advirtió en ella enfriamiento en la superficie del cuerpo, ni modificación en el colorido de las carnes, ni flexibilidad ni contracción en los miembros, como ya dijimos. También dejamos consignado cómo volvía a la vida de los sentidos. Me abstengo de todos los demás pormenores, porque los ya referidos son sobradamente suficientes para demostrar que, así como Gema no padeció letargo en el sentido hipnótico, así tampoco padeció asomos de catalepsis.

Pasemos ya al tercer hecho del hipnotismo, es decir, el sonambulismo.

III

La flor y nata del fenómeno en que nos estamos ocupando es el sonambulismo. Consiste en un sueño morbosos en el cual se hace caer al hipnotizado; sueño, con todo, en sumo grado diferente del letargo. Este, en efecto, abate la persona y la hace pesada e inmóvil; aquél, por lo contrario, excita el acrecentamiento sin medida de las fuerzas musculares y aguza la de los sentidos específicos, particularmente el de la vista, aunque por manera extraña. Efectivamente, el sonámbulo no ve, no huele, no oye, sino lo que entra en el círculo de las ideas suscitadas en su fantasía; a todas las demás impresiones externas permanece insensible o las advierte, a lo más, como meras impresiones indefinibles. La mayor parte de las facultades celebrables permanecen en un estado de ofuscación y de torpeza más o menos grave, al paso que alguna de ellas puede ser viva y ágil por extraordinaria manera, hasta el punto de hacer posibles para el sonámbulo operaciones mentales difícilísimas. Luego, una vez pasado el orgasmo, se extingue toda viveza de ingenio; el sonámbulo no recuerda cosa alguna de lo que ha hecho, dicho, pensado, visto o sentido durante el sueño. La fantasía es la facultad que más trabaja durante el sonambulismo, lo cual es fácil de entender. Por medio de ella y con medios proporcionados, que los maestros del arte conocen a las mil maravillas, puede uno insinuar en el paciente cualquier idea, con la seguridad de que éste se aferrará a ella con viveza y fuerza maravillosa, la hará suya y obrará indefectiblemente tomándola como norma. A este arte se la da el nombre de *sugestión*. (Autor citado, págs. 74-82).

Basta ya; no tengo necesidad de hablar mucho para demostrar que Gema no supo nunca qué cosa era sonambulismo. En efecto, ninguno de los síntomas descritos puede aplicársele poco ni mucho. Nada normal tenía en sus éxtasis suavísimos, fuera de los caracteres en su lugar mencionados, que son los verdaderos del verdadero éxtasis. Nada de exageración en las fuerzas musculares; nada de disminución ni de aumento en las facultades mentales. No tan sólo no aumentaba en ella la fuerza de los cinco sentidos corporales, sino que quedaba enteramente suspendida y cerrada en absoluto, cualquiera que fuese la vía de comunicación con las personas y las cosas exteriores. Lo que en el rapto había visto u oído por modo sobrenatural, la piedad virgen lo recordaba perfectamente, y con toda sencillez lo refería siempre que se lo ordenaba quien sobre ella tenía autoridad. De la veracidad de aquellas relaciones, son prueba evidente las mismas palabras que refería en el rapto, las cuales eran reproducidas textualmente en el relato. Luego Gema no fué sonám-

bula. Luego, si faltan en ella los tres hechos del hipnotismo, no hay razón alguna para atribuir sus éxtasis y sus raptos a fenómenos hipnóticos.

IV

Y como faltan los hechos, también falta la causa que suele producirlos. Nadie, en verdad, se propuso hipnotizar nunca a la tímida y modesta joven, directa o indirectamente, de cerca o de lejos, con pasos magnéticos, con sugestión, con preceptos, etc. Ni tampoco hay aquí lugar para pensar en la otra sugestión, es decir, que ella se hipnotizase a sí misma con alguno de los medios voluntarios o espontáneos, que comúnmente mencionan los hipnotistas, como son: fatiga del pensamiento ocasionada por la fijeza en un objeto determinado; abstracción mental demasiado prolongada de las cosas sensibles; permanente fijeza de la vista o de la imaginación en un punto reluciente; monotonía de un sonido lento, ciertas presiones o fricciones ligeras sobre el propio cuerpo, especialmente sobre los globos del ojo; en una palabra, todo lo que es capaz de inducir alguna modificación en las condiciones de la fantasía, en el estado del cerebro, o en la actividad de los nervios llamados sensoriales de la periferia del cuerpo. Cualquiera que sea la manera de obtener semejante modificación psíquica, una persona delicada y fácilmente hipnotizable, puede con facilidad ser presa de ataques letárgicos o catalepticos, los cuales acaban con el hipnotismo completo.

En verdad que, si fuese cierto esto último, siendo, como es, el estado hinóptico una verdadera perturbación fisiológica, todos, en estos tiempos de turbaciones y conmociones, deberíamos hallarnos, en virtud del autohipnotismo, sujetos a dicha enfermedad; y por la misma razón, todos seríamos histéricos, al decir de estos autores. El adormecimiento ocasionado por fijeza, fastidio o cualquiera otra de las razones arriba dichas, es cosa sabida de todo el mundo; pero que este sueño, no modificado por intervención de otras causas naturales o diabólicas, produzca por sí mismo el terrible fenómeno del hipnotismo completo, es cosa que, francamente, no creo que haya sido todavía razonablemente demostrado. Con todo, por no romper lanzas con nadie, supuesto, no concedido, que así sea, como estos autores afirman, nada tenemos que temer en este punto; dichas teorías por ningún modo pueden aplicarse a nuestro caso. No cabe duda de que, si pudiera sostenerse que la virgen de Luca se hipnotizaba a sí misma o por medios espontáneos, deberíamos ver en ella los síntomas característicos del letargo o los de la catalepsia, los cuales, según los casos, son los primeros e inmediatos efectos del autohipnotismo, según lo arriba indicado. Ahora bien, queda demostrado que, por no haberse visto en ella semejantes síntomas, no

estuvo nunca en estado de letargo o de catalepsia, bajo ninguna forma; luego no podía estar en el de hipnotismo.

V

Lo mismo debe decirse de la autosugestión en general, con intervención hipnótica o sin ella. A este prodósito ha escrito el Dr. Ottolenghi un grueso volumen titulado *La sugestión y las facultades psíquicas ocultas*. Lo he leído dos veces de cabo a rabo y palabra por palabra, con la esperanza de poder hallar en él algún argumento de discusión acerca de la cuestión de que aquí tratamos. Pues bien, aun cuando el preclaro autor haya agotado, como hoy se dice, la materia, no omitiendo cosa alguna de cuanto han dicho los demás autores (de los cuales cita en su libro no menos que 565), confieso que no he hallado cosa alguna que ni aun de lejos pueda aplicarse a los hechos de Gema. Al alcance de todos está el libro; todo el mundo, pues, puede leerlo para cerciorarse de si he dicho verdad, después de haber leído la presente biografía y estas consideraciones científicas.

Verá, además, quien quiera leer al citado autor cuán grande es la ligereza con que estos sabios a la moderna tratan de las cosas más graves del dogma cristiano, y cuán temeraria es la desenvoltura con que pasan por alto argumentos de gran realce acerca de los cuales han empleado profundísimos estudios hombres eminentes, que han dejado sobre esto obras insignes, a cuya vista no podrían menos de bajar la cabeza todos estos sabios. He dicho ligereza y temeridad, porque estos tales, y Ottolenghi entre ellos, no aducen ninguna prueba para fundar sus afirmaciones, todas las cuales se basan en la posibilidad de una indefinida fuerza de la materia, pero fuerza misteriosa, de «facultades psíquicas ocultas» de «virtud inconsciente del hombre,» «fuerza *X* todavía desconocida. ¿Y por una fuerza *X*, de la cual estos mismos sabios no saben dar razón, querrán suprimir del mundo lo sobrenatural y la acción del autor de la naturaleza? ¡Insensatos!

Como quiera que sea, para cerrar la boca a todos ellos en la cuestión de que tratamos en el presente párrafo, puede y debe bastar la siguiente afirmación: Gema Galgani no fué nunca hipnotizable, ni histérica, ni neurótica, ni neurasténica. Todo esto queda ya demostrado; por lo contrario, fué joven de sana y robusta constitución, exceptuando el último año de su vida; regular en todas sus funciones fisiológicas, insensible a cualquiera especie de impresión. Ahora bien, si, de conformidad con todos los neurólogos del mundo, son estas las condiciones necesarias para la sugestión, forzoso es concluir que Gema no fué sujeto *sugestionable*. ¡Cuánto menos, pues, debió ser *sugestionable* en el grado eminente que se requiere para

ofrecer fenómenos extraordinarios que puedan asemejarse a los que en ella se admiraron?

VI

Además, la perturbación del hipnotismo es una de las más peligrosas que con gran frecuencia se provocan en los pobres enfermos; en esto están de acuerdo los más insignes maestros del arte. «Muy de temer es—escribe el Dr. Richet—que el estado del desorden mental propio del hipnotismo persista entre una prueba y otra (de hipnotización), y se convierta en permanente.» Y el Doctor Grasset, insigne médico neurólogo, añade: «Si se toma un individuo de buena salud, dispuesto al hipnotismo y se le adormece (hipnóticamente) varias veces, de un simple nervioso se hará un neurópata, luego un histérico, y aun no será raro que llegue a la enajenación de sus facultades mentales.» Y para no citar más, el profesor Zanardelli, famoso hipnotizador, que trabajó en teatros públicos de Europa, en su obra *La verità del ipnotismo*, tiene un capítulo titulado *Daños del hipnotismo*. En él habla de ataques de la sangre a la cabeza y al corazón, de pérdida de la voz y de la vista, de anemia, de contracciones, de parálisis, de eccema y aun de casos nada raros de muertes repentinas.

Pues bien, si fuese cierto que Gema se hipnotizaba a sí misma, puesto que su estado era anormal, es decir, puesto que sus raptos eran sumamente frecuentes y en algunas temporadas cosa de cada día y aun de varias veces al día, está fuera de toda duda que, ya que no muriese en uno de ellos, por lo menos había de hallarse sometida a las serias perturbaciones arriba indicadas, cualesquiera que fuesen sus físicas condiciones naturales, buenas o malas; por cuanto siempre y en todo caso es siempre funesta la repetición del hipnotismo. A pesar de esto, en Gema no se vió perturbación de ninguna especie. Tan simpática y agradable era antes de entrar en éxtasis, como al salir de él; y de igual manera la primera vez, cuando tenía dieciocho años, que en la última, cuando contaba veinte y cinco, después de éxtasis extraordinariamente frecuentes. Blanca y sonrosada, ágil en todo su cuerpo, espontánea en sus actos, jovial, vivaracha, jamás triste o melancólica y con perfecta igualdad de alma, de mente lúcida y enteramente dueña de sí: tales fueron sus cualidades más constantes. Y si bien es verdad que tenía siempre vueltos a Dios sus pensamientos y afectos, con todo, podía atender con la mayor puntualidad a cualquiera faena que se le encomendase. Cualquiera que fuese la hora en que se le acercase alguien en la casa para hablarle, aun cuando estuviese absorta en su elevada oración, al punto levantaba la vista para mirar a quien le dirigía la palabra, y su primera respuesta era siempre una sonrisa angelical. ¿Qué persistencia de sueño, qué impresión, fijación o enajenación

puede verse entre una prueba y la otra del supuesto estado hipnótico? Salía del éxtasis con la misma espontaneidad de quien, habiendo acabado de rezar una oración o de leer la página de un libro, vuelve, con la misma actividad que antes, a emprender sus habituales quehaceres. Tanto es ello así, que la mayor parte de los familiares que no la hubiesen visto antes ignoraban si acababa de salir de un rapto.

Durante el mismo período extático, que a esos autores parece magnético y natural, ninguna señal de propensión a la afectación, ninguna convulsión, ninguna conmoción. Únicamente el corazón palpitaba por modo desacostumbrado con tanta violencia que, a no haber chocado milagrosamente contra las paredes del pecho, hubiera bastado para destrozar una vida de acero. Mas, terminado apenas el éxtasis, el corazón se calmaba, recobraban inmediatamente su lugar natural las costillas que se habían encorvado para hacerle puesto (como con más pormenores demostraré más abajo), sin dejar a la joven la menor sombra de dolor o de cansancio. Por cierto, que si Gema fué hipnótica, se verán obligados los autores a inventar nuevas leyes, establecer nuevos criterios, asignar otros síntomas para el hipnotismo; leyes, criterios y síntomas no sólo nuevos, sino enteramente opuestos a los que, a fuerza de tantos estudios, de tantos experimentos y de tanta paciencia, han logrado reunir hasta el día de hoy. Mas, mientras el hipnotismo sea lo que estos autores nos han descrito, estamos en nuestro derecho al sostener como cosa cierta que Gema no fué hipnótica ni por propia provocación ni por arte ajena. Esta es la primera parte de mi tesis.

Pasemos ahora a la segunda; es decir, que las cosas maravillosas de la virgen de Luca no pueden atribuirse a razón hipnótica.

VII

Por lo que se refiere a los éxtasis, poco más me queda por decir, después de haber demostrado de qué género eran éstos en Gema. Ciertamente que si se tratase de una mera excitación mental o de fantasía con sueño más o menos letárgico, puede producir las el hipnotismo, y las produce en realidad, no menos que el histerismo. ¡Ojalá se contentasen con esto los magnetizadores modernos, sin pasar más allá! Pero nada de esto hay en la extática de Luca. No quiero incurrir en repeticiones; invito únicamente a mis lectores a confrontar estos éxtasis con los del hipnotismo, de igual modo que lo hemos hecho antes con los del histerismo. Por múltiples y variados que sean éstos, todos pueden reducirse a una de las tres formas siguientes, a saber: de apatía estúpida, de extravagante alucinación y de loca concitación. La primera forma nada dice al corazón ni a la mente del espectador; por lo contrario, lo mueve a náuseas. La segunda, después de haber apagado en algún modo la curiosidad, le

infunde cierto sentimiento de compasión al infeliz paciente. La tercera, por último, lo asusta, y a veces llega a escandalizarlo. Esto es todo; y tan verdad es que, a las primeras pruebas, algunos gobiernos decidieron prohibir el público ejercicio del hipnotismo, como peligroso, no menos para los pacientes que para los asistentes, y esto considerado bajo el aspecto físico y bajo el aspecto moral. Repito que esto es todo; a esto únicamente alcanza el hipnotismo, por cuanto no de otra manera que el histerismo, es una perturbación que tiene su raíz en los desconcertados nervios del cerebro, con una sola diferencia, a saber, que aquél, por ser natural, tiene un estado más o menos permanente; al paso que éste, por ser artificial, es pasajero. Ahora bien, del desconcierto del cerebro, ¿qué otra cosa, puede esperarse sino desorden e incoherencia?

Mas se dirá que, exceptuando lo que el hipnotismo tiene de exagerado, no puede dejar de reconocerse alguna analogía entre el éxtasis hipnótico y el éxtasis religioso. Verdad es, respondo; pero en el sentido que arriba he explicado. Así, en el caso de Gema, la razón inmediata de la pérdida de los sentidos era ciertamente, como en el hipnotismo, espontáneo o voluntario, una impresión, una fijación de la mente, una fuerte atracción hacia un asunto ardientemente deseado. En efecto, el organismo de los santos no es diferente del de los demás hombres; de modo que en presencia de una belleza infinita que se le revele, de una luz celestial que lo inunde, bajo la impresión de afectos sublimes, fuerza es que el alma se lance y que el cuerpo, desamparado, por decirlo así, a sus propias fuerzas, pierda energía. Mas hay una diferencia, conviene a saber, que la sugestión del sueño magnético es cosa naturalísima, por lo cual puede adquirirse siempre que se quiera; en cambio, la del sueño extático es sobrenatural. Sobrenatural, digo; puesto que no puede ser natural al hombre verse arrebatado en Dios, entrar en directa e íntima comunicación con su Divina Majestad, elevándose sobre todo a lo creado, hasta las altas regiones del infinito: *Usque ad tertium coelum*, como dice San Pablo, oir *arcana verba, quae non licet homini loqui*. Ahora bien, esto sólo Dios puede hacerlo. Verdad es que si el éxtasis religioso consistiese únicamente en la pérdida de los sentidos, en un mero sueño, la cuestión podría ser discutida; pero no sólo hay esto, sino también algo mucho mejor todavía. En efecto, por la misma razón que el sueño extático proviene de Dios, es dulce y suave, y se manifiesta sin ninguna perturbación de nervios o de imaginación, sin contracciones musculares y sin el aparato de terribles fenómenos, que son propios del magnetismo.

Mantegazza, empeñado siempre en sostener la teoría de los *éxtasis humanos*, se esfuerza en demostrar que, en virtud de su natural actividad, puede el hombre fijarse con la mente en la contemplación de las cosas celestiales, hasta el punto de ser arrebatado en Dios. Pero ¿qué ha de entender de cosas celestiales un hombre que ni siquiera cree en Dios? Como quiera que sea, al llegar a este punto

nos hallamos fuera de la cuestión, por lo cual volvemos a la distinción hecha arriba: sueño a lo más natural, aunque anormal; éxtasis verdadero, nunca. He dicho a lo más, porque ni siquiera puede sucederse en absoluto que exista en la naturaleza esta virtud y fuerza de abstracción tan potente que haga perder el uso de los sentidos y simular el éxtasis cristiano. Y en verdad que, si éste existiese, debería explicarse no sólo en el terreno de las impresiones religiosas, sino también en cualquiera otro, en el cual fuesen igualmente fuertes estas impresiones. Ahora bien; ¿quién ignora cuán fuertes son ciertas pasiones humanas: la ira, la soberbia, la lujuria, el amor en la mayor parte de los hombres? ¡Cuánto más natural el pensamiento en una mujer que en cosas invisibles! Pues bien, según esta teoría, la mayor parte de los hombres habrían de ser arrebatados en éxtasis al experimentar alguno de esos fuertes ímpetus de las pasiones, cosa que hasta el día de hoy no hemos visto nunca. Distracción y aun abstracción, turbación, estupidez y aun a veces furia, sí; éxtasis, jamás. Así habla el Dr. Lefebvre en sus estudios sobre la extática de Bois-d'Haine, Luisa Lateau.

Si, pues, no se sostiene semejante afirmación, esto es, que puede uno ser arrebatado en éxtasis naturalmente con las solas fuerzas de la tensión de la fantasía, preciso es renunciar a las arbitrarias teorías de Mantegazza, y volver al hipnotismo. En este terreno, puede concederse, hasta cierto punto, que una mujercilla, de poco cerebro y de débil talento es capaz de hipnotizarse a sí misma a fuerza de meditaciones religiosas y de amor ascético, como podría hacerlo mediante cualquiera otra aprehensión moral, y constituirse así en estado de catalepsis, alucinación, etc.; pero en este caso, la tal será una de las vulgares víctimas de la sugestión hipnótica; nunca una extática en el sentido cristiano. Además, para hacerla volver en sí, será necesario el médico que le sople en la cara o le aplique la placa desmagnetizadora, no ya el confesor que, en nombre de Dios, la llame a la vida de los sentidos, siquiera sea con precepto dado mentalmente. Es así que, según queda demostrado, los éxtasis de Gema Galgani son de otra índole enteramente diversa. Luego el hipnotismo nada tiene que ver con ella.

VIII

¿Y qué van a decirnos estos autores de las demás cosas maravillosas que, además de los éxtasis, se manifestaron en esta piadosa virgen, y en particular de sus llagas? Los autores del hipnotismo afirman con la mayor desenvoltura que también ésta es mercancía de su comercio; por cuanto, dicen, es tan grande la fuerza de la imaginación concentrada en sí misma y excitada por la sugestión hipnótica, que es capaz de producir la ruptura de los vasos capilares, en determinadas regiones del cuerpo, y causar en ellas dolores,

hemorragias y aun llagas y heridas profundas. Mas cuando se les pide la prueba de hecho suficiente para demostrar la verdad de su aserción, no es pequeño el compromiso en que se hallan. Conténtanse con decir sólo en general lo que ya sabemos, a saber: que aun fuera del hipnotismo, puede un hombre o una mujer suscitar en su organismo fenómenos dolorosos, y secreciones y extravasaciones sanguíneas, en virtud de cierta presión extraordinaria ejercida sobre las paredes de los vasos por impulso recibida del corazón o de los nervios vaso-motores. Y en verdad, añaden, ¡cuántos no enferman por sólo el influjo y fuerza de la imaginación, y experimentan en realidad las mismas incomodidades de la enfermedad de que se lamentan? Perfectamente; pero nosotros necesitamos hechos positivos en los cuales, en virtud del hipnotismo, haya sido extraída la sangre de sus vasos naturales, como ocurrió a Gema y a tantos otros cuyos nombres registra la hagiografía cristiana. A pesar del gran empeño que han puesto los hipnotistas en obtener un hecho semejante, principalmente después de la manifestación de las llagas de Luisa Lateau en Bélgica y después de la célebre experiencia del Dr. Bourru en la clínica médica de Rochefort, hace cosa de veintitres años, experiencia que dió la vuelta al mundo; a pesar de que no hay médico que no se haya empeñado en hallar sangre y llagas en sus pobres clientes, ninguno lo ha conseguido. Además, toda la experiencia de Bourru consistió en hacer brotar unas cuantas gotas de la nariz de un joven enfermo de hemiplagia o de hemianestesia, y obtener un aflujo sanguíneo subcutáneo en el brazo izquierdo (es decir, de la parte donde estaba la parálisis y la insensibilidad), del cual se vieron trasudar algunas gotitas de sangre. Pero aun suponiendo que un día u otro, manos mucho más expertas obtengan artificialmente este aflujo y trasudación, ¡cómo ha de ser posible conseguir, por la vía de la imaginación y el imperio de la voluntad la laceración de los vasos capilares y de los tejidos, para formar una herida larga y profunda en ambas partes de cada pie y de cada mano, como ocurrió a Gema? ¡Cómo conseguir que crezca un poco de carne en forma de cabeza de un grueso clavo en medio de ambas palmas de las manos⁽¹⁾? Las heridas se cicatrizaban al día siguiente formando su postilla de la misma manera que las demás laceraciones dérmicas, aunque ésta caía en el espacio de pocas horas, dejando sólo una huella blanquecina en la piel del mismo tamaño que había sido la herida. Y esta huella permanecía como para atestiguar el milagro, aun después de haber cesado éste, y pudo ser observado en el cadáver de la santa joven.

(1) Para ser exacto, declaro aquí, como en su lugar declaré, que este último fenómeno fué observado sólo alguna que otra vez y únicamente en las palmas de las manos, nunca en la de los pies; y que a veces las llagas sangraron sin poner de manifiesto ninguna laceración en la dermis. Con todo, el clavo carnosó existió y las profundas heridas fueron el estado ordinario de las llagas de Gema; digo el estado más ordinario.

Además, las punzadas de las espinas eran, como las de Luisa La-teau, tan pequeñas, que difícilmente se distinguían a simple vista, tanto más cuanto en su mayor parte estaban ocultas por los cabellos; la sangre que de ellas manaba era abundante. Yo mismo pude atestiguarlo, pues, habiendo hecho lavar y limpiar bien la frente y la cabeza de la joven, mientras se hallaba en éxtasis, puesto en observación, vi con mis propios ojos, algunos instantes después, volver a abrirse aquellos imperceptibles agujeritos y segregar de nuevo sangre viva encarnada, la cual, formando rápidamente gotas que caían por el rostro, llegaban a bañar los vestidos de la estática. Esto demuestra con toda claridad cuán grande es la ligereza de ciertos autores, los cuales, contentándose con una sola ojeada, sin querer examinar más, se creen con derecho para poder sentenciar con seguridad acerca de hechos de suma gravedad. ¿Y habremos de atenernos nosotros a su juicio?

Generalmente hablando, los más concienzudos se hallan, según dijimos, no poco apurados ante el hecho de la hemorragia con laceración de la dermis; por esto, reconociendo la impotencia del hipnotismo para reproducirlos, y empeñados en no querer atribuirlos a causa sobrenatural, salen de su apuro atribuyéndolo a fraude y engaño, tomándose al punto la molestia de demostrar prácticamente cuán fácil cosa es levantarse con las uñas la piel hasta agujerarse las manos y los pies. Pero ¿cómo pudo Gema conseguir con las uñas abrirse la herida del costado, en forma de media luna, larga, desgarrada? Y en cuanto a las punzadas de la corona de espinas, ¿cómo pudo formárselas arañándose? Se dirá que con ayuda de un alfiler. Pero las punzadas de un alfiler no pueden abrir ríos de sangre en esta parte del cuerpo tan poco a propósito para esto, a menos que se llegue hasta los grandes vasos. Tanto es ello así que, cuando los médicos desean sacar sangre de la cabeza a un enfermo, se ven obligados a echar mano de la jeringa neumática.

El mismo Dr. Charbonnier, juzgando demasiado ingenua semejante explicación, como buen conocedor de cosas ascéticas y místicas, recurre a la influencia del ayuno, combinada con el íntimo sentimiento de compasión del por alma a Jesús crucificado. «Mediante la abstinencia—dice,—el alma concentra las fuerzas orgánicas en sólo dos órganos; mediante la contemplación, recoge todo el contingente doloroso esparcido por todo el cuerpo, para fijarlo en algunos puntos que ve, admira y ama en Jesucristo. Sigue a esto el movimiento histológico, después de un tiempo, por lo regular bastante largo, y tras esfuerzos inmensos, continuos, acumulados sin descanso. El flujo sanguíneo, conducido a la piel por su misma actividad excesiva, se adapta por último a seguir el influjo nervioso dirigido constantemente a un mismo punto: con esto queda hecha la estigmatización.»

Pero si esta influencia fuese o pudiese ser la verdadera causa de las llagas de Gema, es indudable que debería hallarse en armonía

consu efecto, el cual, según enseña la lógica y cualquiera puede ver por sí mismo, debería verse crecer, menguar o modificarse de alguna manera, al crecer, menguar o modificarse aquélla. Con todo, no fué así. Y para comenzar por la abstinencia, preciso será recordar que las llagas se manifestaron en la piadosa joven, cuando se hallaba ésta en las mejores condiciones de salud. Los órganos digestivos, en vez de estar en ella alterados por la inedia, como parece suponer Charbonnier, se hallaban en estado enteramente normal, como bien lo daban a conocer la frescura de sus carnes y el hermoso color encarnado de su rostro. Verdad es que puede afirmarse que Gema Galgani fué siempre naturalmente parca en su alimentación, mas no podrá decirse que se entregase a extraordinarias abstinencias, las cuales le fueron siempre prohibidas por sus directores; únicamente en los dos últimos años de su vida se alimentó tan poco, que parecía vivir de milagro; pero precisamente entonces, a despecho de todas las insulsas teorías de los doctores anticristianos, el fenómeno de las llagas había desaparecido. Además, si la alteración de los órganos digestivos fuese en ella el motivo suficiente para producir las llagas, ¿cómo explican estos autores que, a una simple prohibición que yo mismo di a la joven, desaparecieran éstas para no volver, y sólo desaparecieron parcialmente hasta que dicha prohibición fué absoluta? ¿Y cómo a un precepto contrario dado mentalmente (advuértase lo que digo, *mentalmente*) antes de mí por otro director, se produjo el fenómeno aun en día fuera del acostumbrado, es decir, en martes, lo cual no había sucedido nunca antes, ni sucedió después, sino de la noche del jueves al viernes? Ciertamente que vosotros, incrédulos y ateos de profesión, queréis obligarnos a renegar de la verdad de los hechos para creerlos a ciegas a vosotros, que con tan mala fe, y con tanto odio a Dios en vuestro corazón, os constituís en maestros.

Por lo que se refiere a la segunda de las supuestas razones, diré, hablando en general, que, si la fijación de la mente en Jesús crucificado y el deseo de hacerse semejante a El, son buena disposición para recibir el don de las llagas por cuanto todos los privilegiados cristianos que de él se han hecho dignos han empezado siempre por el *Christo confixus sum cruci*, ello no obstante, la causa eficiente del maravilloso fenómeno no es, según hemos dicho ya, el deseo ardiente ni la profunda contemplación del objeto amado. Lo cual equivale a decir que la estigmatización no es ni puede ser efecto natural de energía psicológica. En efecto, lo que cae dentro de las fuerzas de la naturaleza ha de ser necesariamente cosa que convenga a todos o a la mayor parte de los hombres que se encuentren en las condiciones exigidas por la misma naturaleza. Así, por ejemplo, a la vista, y aun al mero pensamiento de una comida o bebida ácida, ¿quién no siente en la boca la insalivación procedente de las glándulas salivales? Toda persona fuertemente agitada por la pasión de la ira, al sólo ver, aunque sea en imagen a su enemigo, siente

affluir la sangre al rostro, latirle violentamente al corazón, encenderse los ojos como llamas. Y viceversa, a cada ataque repentino de miedo o de temor, la sangre retrocede de los nervios vaso-motores al corazón, el rostro palidece y las extremidades se enfrían. Ahora bien, ¿cómo se explica que sea tan raro este efecto producido por las solas impresiones religiosas, tan raro que apenas se da un caso de estigmatización en cien años, entre tantos millones de hombres y de mujeres que viven sobre la haz de la tierra?

Efectivamente, en el decurso de diecinueve siglos, el número de estigmatizados conocidos son algo más de treinta. ¿Es posible que entre tantas almas grandes como han florecido en la Iglesia, sólo estas pocas hayan tenido el corazón lo suficientemente encendido en amor de Dios para llegar al grado que exige la naturaleza para producir las llagas, y el organismo dispuesto a explotar a ciertos ímpetus del corazón, hasta hacer que brote de las venas sangre viva? San Pablo de la Cruz estuvo enamorado de Jesús crucificado cuanto no se lee de ningún otro santo; con todo, nunca tuvo llagas. Santa Teresa fué un serafín de amor por excelencia, y tuvo el corazón traspasado por mano angélica; a pesar de ello, ninguno de sus violentos ímpetus de amor logró producirle llagas ni sangre. Santa Clara de Montefalco tuvo impresa en el corazón la viva imagen del Crucificado juntamente con todos los instrumentos de la Pasión; y estas gloriosas impresiones, formadas en relieve con la misma carne de dicha viscera, quedaron visibles y palpables para atestiguar el ardor de las llamas de aquella privilegiada alma respecto al misterio adorable de nuestra redención; ello no obstante, nada tuvo en lo exterior. Santa María Magdalena de Pazzis, San Luis Gonzaga y mil otros, célebres en los anales eclesiásticos no menos por su increíble abstinencia que por su elevada contemplación, se vieron transformados en Jesús crucificado gracias a su ardentísimo amor, el cual les hacía exclamar con el Apóstol: *Mihi vivere Christus est; nisi Christum et hunc crucifixum!*; sin embargo de ello, nada de sangre ni de llagas. ¿Cómo así? ¡Ah! ¿cómo? Es que Dios no está sujeto a las leyes de la fisiología natural, ni a los cánones de la patología, cánones y leyes que van formulando los médicos de hoy en día. Por esto hace con sus criaturas lo que le place, y confunde el orgullo de los que insolentemente tratan de alzarse contra su infinito poder.

Pasando ahora a tratar en particular de la estigmatizada de Luca, bastará afirmar que siempre ardió en sus entrañas la viveza de las llamas y el fuego del amor de Dios; más todavía, este fuego y ardor iba siempre creciendo en proporción a las luces que de Dios recibía en su elevada contemplación; y al término de sus días llegó al punto de hacer que su corazón estallase. A pesar de ello, no sólo no crecieron en intensidad o frecuencia las llagas, sino que cesaron enteramente.

IX

Además de las mencionadas heridas de las manos, pies y costado y de la transfixión de la corona de espinas en la cabeza, tuvo Gema las llagas de la flagelación en la espalda, en los brazos y en las piernas; la llaga del peso de la cruz en la espalda izquierda y la de las tres caídas del camino del Calvario en ambas rodillas. Todas eran grandes y profundas; algunas llegaban hasta el hueso. Las primeras tenían forma de surcos, lívidas las márgenes y brotaban sangre. Las otras eran semejantes a las que los escultores modernos acostumbran a reproducir en los crucifijos de talla, de tal manera que aquellos a quienes les fué lícito observar atentamente a esta inocente criatura puesta por Dios en tan horrible estado, pudieron asegurar que, para formarse una exacta idea, bastaba mirar el gran crucifijo de la casa, ante el cual acostumbraba Gema a orar. Por cierto que dicho crucifijo está tan cubierto de llagas que causa verdadera lástima. La primera vez que se manifestó el cruel fenómeno, no sabiendo la piadosa bienhechora, en cuya casa habitaba, qué pensar acerca de estas llagas trató de curar y vendar una de ellas. Caso raro; al día siguiente todas las demás estaban perfectamente cicatrizadas y cubiertas de la ordinaria costra; únicamente la curada permaneció abierta y siguió su curso ordinario antes de cicatrizar y curarse, no sin particular tormento de la pobre jovencita. ¿Habrá todavía quién se atreva a explicar estos hechos estupendos con las teorías del hipnotismo, con la imaginación y las prevenciones religiosas?

Hubo también el sudor de sangre y el llanto con lágrimas de sangre, fenómenos singularísimos, cuyo primer ejemplo lo dió Cristo nuestro Señor, de quien dicen algunos santos contemplativos que desde la cruz lloró nuestros pecados con lágrimas de sangre, y en el Huerto de Getsemaní atestigua el Evangelio que, en su agonía y congoja, sudó sangre viva de todo el cuerpo, hasta llegar a bañar con ella la tierra.

Por manera semejante era copioso y procedente de casi todo el cuerpo el sudor de sangre de Gema. Mas esto ocurría fuera de los éxtasis; por lo regular era ocasionado por un horror extraordinario al maldito pecado, a veces al solo sonido de una blasfemia que hubiera podido oír por la calle. Confieso que no sé si ha ocurrido nunca cosa semejante desde que el mundo es mundo; ni siquiera, como arriba hemos visto, bajo la sugestión de las poderosas varillas de los modernos magnetistas. ¿Cuánto más debe decirse esto mismo de la abundante sangre que de los ojos manaba?

Efectivamente, en estos dos órganos no hay vasos sanguíneos de importancia, a excepción de los de la tercera membrana, llamada comúnmente coroides, y la de la corona, llamada proceso ciliar. Al

afloir la sangre a estas membranas, el primer fenómeno que debe manifestarse es la inflamación, en virtud de la cual, todo el ojo enrojece como si fuera fuego. Y lo mismo debe decirse si la sangre procede de los capilares de las otras partes adyacentes al ojo; la cual, por otra parte (y lo mismo debe decirse de las membranas), nunca rompe los vasos con tanta abundancia que puedan producirse hilitos de sangre. De manera que no queda otro recurso para explicar naturalmente este fenómeno. Dígasenos ahora: ¿por qué fuerzas naturales había de brotar por semejante conducto tan notable abundancia de sangre? Confieso que no conozco ninguna. Quizás los hipnotistas indicarán varias, pero sólo en teoría, pues hasta el día de hoy jamás han conseguido sacar sangre de la cabeza de ninguna de sus víctimas, ni hacerle brotar de los ojos por impresión de cruel dolor. Por lo que se refiere a la inflamación a que arriba hemos aludido, nunca se vió en Gema indicio de ella ni antes ni después del fenómeno ni durante su manifestación. La sangre brotaba de aquellos inocentes ojos, no a gotas, sino, conforme hemos dicho, a hilillos, que llegaban a bañarle el vestido por encima del pecho, mientras parte de ella quedaba coagulada en torno de las fosas lacrimales, de donde era necesario sacarla a pedazos con el dedo. Y a pesar de todo, recuérdese que el globo del ojo y las partes próximas permanecían enteramente ilesas, de modo que bastaba limpiar esta parte con un pañuelo empapado en agua, para verlas en su más perfecto estado natural.

X

¿Qué diremos ahora de los extraordinarios fenómenos del corazón? No ignoro que, entre los síntomas que los hipnotistas asignan a las perturbaciones de su artificial enfermedad magnética, mencionan también el de las palpitaciones cardíacas. ¿Y cómo no, si esta profunda alteración desconcierta todo el organismo de sus infelices víctimas, y si por otra parte es cierto que el corazón figura como el principal órgano de la vida? ¿Será, pues, esta una de la analogías que quieren hallar entre los éxtasis verdaderos y los hipnóticos? Nadie crea tal cosa. Las palpitaciones de la extática de Luca no eran simples palpitaciones, ni aceleración del movimiento de sístole y de diástole; era una expansión del órgano, el cual, hallando demasiado estrecho el espacio circunscrito por la naturaleza, chocaba contra las paredes del pecho, como si quisiera ensanchar los límites de su prisión, con choques tan violentos que, oprimiendo con el puño la parte del pecho correspondiente, era rechazado hacia atrás con el brazo, por mucha que fuese la fuerza que se hiciese para resistir el impulso.

Mientras tanto la extática permanecía sentada en su sillita o tendida en el lecho, de pie o arrodillada, sin dar ninguna señal de in-

comodidad, ni más ni menos que si no existiesen aquellos movimientos violentos. La cama y la silla bailaban a impulso de los latidos (lo cual es enteramente cierto; yo mismo puedo dar fe de ello), al mismo tiempo que ella continuaba inmóvil, en estado absolutamente normal, y lo que es más maravilloso, sin sombra de cansancio, sin opresión, ni siquiera aceleración de pulso. Hablaba con su Dios, según acostumbraba en sus éxtasis, sin ninguna fatiga o dificultad, con voz firme y robusta; las palabras que salían de sus labios eran todas de fuego. Y no podía ser de otra manera, por cuanto su corazón no sólo latía, sino que también quemaba como una ascua, hasta el punto de que era imposible acercar la mano a esta parte del cuerpo sin sentir quemazón. Llegó a veces a ser tan fuerte dicho ardor, que en la parte externa correspondiente se le formó una gran llaga, semejante a la quemadura producida por una lámina de metal candente colocada encima de la piel. Al cesar el éxtasis, curaba esta llaga, pero la señal permanecía durante semanas enteras. Pues bien; ni este tormento del fuego en el corazón, que habría sido suficiente para producir un desmayo en los más robustos y animosos, conseguía arrancarle un grito de dolor, ni hacer siquiera que se moviese de su postura. Confesaba ella misma que, mientras sensiblemente le martirizaba aquel fuego, le hacía experimentar en el alma celestiales dulzuras; y deseosa de que los demás las gustasen igualmente, hacía insistentes señales con las manos a los circunstantes para que se acercasen al incendio que las producía.

He dicho, además, que el corazón le latía violentamente con el fin de dilatarse, y en realidad era así. «Jesús es muy grande—decía ella misma en éxtasis,—y mi corazón demasiado pequeño para contenerle. Dilátese, pues, dilátese este corazón, a fin de que esté en él Jesús cómodamente.» Y, en efecto, se dilató su corazón, y tantas sacudidas dió contra las costillas del pecho, que levantó y encorvó tres de ellas de una manera extraordinaria. Este prodigio fué permanente en la bienaventurada joven durante bastante tiempo. Nunca quise que se llamasen médicos para reconocerla, pues bastaba cualquier persona, aun desprovista de conocimientos especiales, para comprobar el estado anormal de una parte del cuerpo tan conocida, y para observar en ella un hueso dislocado y enormemente encorbado, distinguiéndolo de una excrescencia carnosa cualquiera. Con todo, esta persistencia del prodigio ocurrió una sola vez. Respecto a las demás, la elevación de las costillas cesaba súbitamente al terminar el éxtasis, como cesaba igualmente el choque del corazón, el cual en el mismo instante recobraba su estado natural; y si alguna vez ocurría (lo cual no era nada raro) que después de un corto intervalo de tiempo se reprodujese el rapto, al mismo punto empezaba a latir el corazón y a levantarse las costillas. De manera que, teniendo uno la mano sobre dicha parte, podía fácilmente conocer por sí mismo, a esta señal, que la joven había vuelto a entrar en éxtasis, sin necesidad de mirarla al rostro.

De todo lo cual concluiré que puede deducirse y establecerse, como cosa demostrada, que en Gema Galgani faltaron en absoluto los síntomas característicos del hipnotismo, es decir, el letargo, la catalepsia y el sonambulismo con todos sus anexos y conexos; faltó el carácter propio del hipnotismo, con todos sus hechos; faltó la causa misma del hipnotismo, ya la interna, ya la externa, la espontánea y la provocada, como es la sugestión con todas sus propiedades. De modo que no hubo nada en esta joven que no estuviese en abierta oposición con las teorías del hipnotismo. Luego nunca fué hipnótica. Hemos demostrado, además, que el magnetismo es de suyo incapaz de producir cosas maravillosas, tales cuales se manifestaron en esta sierva de Dios, especialmente las llagas. Luego ni los éxtasis, ni las visiones, ni las llagas, ni la sangre que de su rostro y cuerpo brotaba, ni otra cosa alguna, pueden atribuirse a influjo magnético o hipnótico.

XI

Para terminar, expondré otra duda que podría quizás acudir a alguien; me refiero a la posibilidad de una intervención diabólica. Ciertamente es que el demonio pueda obrar perfectísimamente efectos de esta naturaleza, y que no raras veces los produce. Mas, puesto que las personas que de tal manera se dejan arrebatar por el espíritu maligno son manifiestamente ilusas, para que nuestra duda tuviese lugar en este caso, sería preciso admitir que Gema fué una ilusa, y nada más que ilusa. De modo que las grandes virtudes que en ellas hemos visto practicadas serían pura ilusión; y puesto que cuando la ilusión llega a tal grado equivale a hipocresía y soberbia en quien es víctima voluntaria de aquélla, sería forzoso concluir que soberbia e hipocresía habrían de ser en Gema la angelical pureza que en ella hemos admirado, su rara sencillez, su humildad profundísima, su singularísimo amor al padecimiento, su celestial paz en medio de las más crueles desventuras, su fuerza de ánimo y la generosidad de sus propósitos, que la mantuvo siempre igual a sí misma hasta su último suspiro, su elevada contemplación, gracias a la cual más era del cielo que de la tierra y se le infundían en su alma luces de inefable sabiduría celestial, en una palabra, todo aquel conjunto de virtudes y de dones extraordinarios que elevaron a esta bienaventurada joven hasta ponerla al lado de las mayores almas que venera la Iglesia de Dios. Todo ello, decimos, sería fruto de la soberbia y de estudiada hipocresía, con lo cual, engañada ella misma por el diablo, habría logrado engañar durante muchos años a sus confesores y directores. Nadie, ciertamente, se empeñará en sostener tal hipótesis. Si, pues, las virtudes de Gema no son ficción ni engaño, tampoco pueden ser efectos diabólicos los fenómenos extraordinarios de que estamos hablando.

Quando se trata de vejaciones, de tentaciones y aun a veces de verdaderas obsesiones, da Dios licencia al espíritu maligno para obrar contra sus elegidos, como pone de manifiesto la vida de casi todos los santos y la de nuestra misma Gema. Los místicos, y nosotros con ellos, explicamos en su lugar el misterio de ello. Mas permitir que el demonio consiga engañar a los justos del Señor hasta el punto de convertirlos en reclamo del enemigo infernal derribando todo el edificio de su santidad, inutilizando todos los dones que celestialmente les concedió y engañando al mundo cristiano durante largos años con falsos prodigios, no; tal cosa no puede suponerse. Si así fuera, Dios se contradiría a sí mismo, sería injusto; pues El mismo asegura que guarda a sus elegidos como a las niñas de sus ojos.

A lo más, para hacer creíble tan terrible perturbación sería preciso suponer un tremendo castigo de su Divina Justicia por alguna grave infidelidad, pues está escrito que aun las columnas del cielo pueden caer derribadas. Mas en nuestro caso, no es posible en manera alguna hacer tal suposición, pues las singularísimas virtudes de Gema y su inocencia bautismal, conservada sin mancha hasta la muerte, son hechos demostrados, como también queda demostrado el grande amor que tuvo siempre Dios a esta santa criatura. Luego fuerza es concluir que si pudo el demonio concurrir a purificar el alma de Gema con la encarnizada guerra que le hizo durante toda su vida, no pudo echar a perder en ella las obras de Dios haciéndola objeto de engaño para otros y para sí misma.

DISERTACIÓN TERCERA

Demuéstrase que las cosas extraordinarias de Gema no pueden atribuirse al espiritismo

Excluída, por las razones anteriormente dichas, la influencia del hipnotismo, de la autosugestión, del histerismo y de la acción diabólica, ¿no podrá acudirse, dirá alguien, al espiritismo, como causa de las cosas extraordinarias de Gema? Todo el mundo sabe, en efecto, cuán maravillosos son los fenómenos que hoy a esta misteriosa energía psíquica se atribuyen, hasta el punto de obscurecer los más estupendos prodigios del orden sobrenatural. Pase—responderemos—lo que se afirma en segunda línea, sea o no psíquica la decantada energía, pues no es mi intención entrar a dirimir cuestiones con los espiritistas, cualquiera que sea la escuela a que pertenezcan; mas por lo que se refiere a la duda que en primera línea se propone, creo que también aquí nos asiste la razón para exclamar: ¡despacio!

I

Indudable es que a todo el mundo le es lícito hacer suposiciones y conjeturas, según su saber y entender; mas quien quiera exponerlas como aceptables, debe demostrarlas fundadas en buenos y sólidos argumentos. Hoy por hoy, el espiritismo, con todos sus «múltiples y maravillosos fenómenos,» no es ya un misterio, como lo era antiguamente, practicado sólo por unos pocos y en las oscuras sombras de subterráneos o profundas cavernas. Desde hace unos setenta años, se presenta con la frente descubierta en las ciudades más ilustres de Italia, Francia, Alemania, en todas las partes del globo. Los hombres más insignes entre los sabios de las universidades y de las clínicas, se han hecho admiradores y partidarios suyos, tales como un Crookes, un Wagner, un Slade, un Hartmann, un MorSELLI, un Lombroso, un Zoellner, un Ottolenghi y mil otros más. Por obra de estos autores, se han multiplicado los experimentos por modo vertiginoso, y sus resultados han sido recogidos y publicados periódicamente en célebres revistas de toda lengua; sin hablar ya de las sociedades espiritistas fundadas, gracias al estudio de estos fenómenos, en Roma, Florencia, Milán, Berlín, Trieste, Viena, Londres, París, etc., en la última de estas ciudades el número de los partidarios pasa de cien mil. De manera que el fenómeno del espiri-

tismo no es ya un misterio que dé lugar a supercherías: todos lo conocen y pueden dar razón de él.

II

Pues bien, ábrase cualquiera de dichas revistas, uno cualquiera de los muchos volúmenes de la bibliografía espiritista que se imprimen diariamente; bastará abrir uno, porque todos repiten incesantemente lo mismo; y digo uno, porque únicamente varían en particulares circunstancias de personas o de lugar, pero naturaleza de los fenómenos es siempre la misma: «todos se asemejan como una gota de agua a otra,» dice el Dr. Pappalardo, escritor nada sospechoso por cierto. Ahora bien, según las teorías de dichos autores, para excitar el espiritismo requiérese *in primis et ante omnia*, un actor que desempeñe el papel de primero y principal comediante. Llamábanlo los antiguos nigromante y hechicero; los modernos, que a la una se declaran sucesores de aquéllos, le dan un nombre más bonito: *medium*, o medianero entre este mundo y el otro. Sin tal actor, no es posible obtener ningún fenómeno de importancia; mas adviértase que no basta para esto un hombre cualquiera; debe estar matriculado en su arte, ya porque no a todos es dado poseer esta psíquica energía que da el arte de producir dichos fenómenos (en opinión de los que sostienen que el espiritismo es como un mero juego de fuerzas), ya porque no están todos en estado de tener comercio con los espíritus del otro mundo, los cuales, según opinión de otros, serían los verdaderos agentes de estos hechos. Por lo cual, cuando se desea tener una sesión espiritista, es necesario buscar uno de estos medianeros, hombre o mujer; y cuantos más son los grados de pericia que en ellos se reconozca para dicho arte, tanta más certeza hay de obtener por su medio fenómenos estupendos. Lo propio ocurría con los antiguos indios, egipcios, hebreos, romanos y griegos, los cuales tributaban un verdadero culto religioso a sus pitones y pitonisas. Estas nociones son reconocidas, aprobadas y enseñadas por todos los espiritistas, los cuales, por esta misma razón, renunciando a su antiguo nombre, prefieren llamarse *medianistas* y su sistema *medianidad*.

III

Dicho esto, ¿quién no ve cuán distantes estamos de los hechos de la virgen cristiana, Gema de Luca? ¿Dónde están, efectivamente, los medios para iniciar la comedia? Una humilde jovencita, sencilla como una niña, modesta, pudorosa, ignorante de todo lo del mundo, que no fuese su rosario y su crucifijo, ¿en dónde iba a encontrar medios para desarrollar de su psiquis una energía capaz de producir

cosas maravillosas en el grado que hemos visto? Y en la opinión, no menos grosera, de los que hacen consistir dichos fenómenos en el comercio real con las almas de los muertos, o con los semiángeles que habitan en los astros del firmamento, en el aire o donde sea, ¿por qué fuerza de simpatía se hubieran sometido estos seres a la voluntad de una jovencita cristiana? ¿con qué fundamento se hubiera establecido la suposición, entre ella y los mencionados espíritus, de un pacto implícito o explícito que hiciese posible la evocación? En una palabra, ¿quién tendría el descaro de hacer de Gema una pitonisa o una hechicera? Dígase lo que se quiera, los mediums son verdaderos poseídos del demonio; basta mirarlos el rostro para vencerse de ello.

IV

Pero hay más todavía. Para obtener cualquier fenómeno de importancia, además de la intervención del medium, matriculado o vulgar, se requiere, al decir de los maestros del arte, la presencia de otras personas, con las cuales el medium pone en comunicación los espíritus evocados. Y no basta la presencia de éstas y la intervención de aquél; para el efecto deseado se requieren, además, varias otras cosas. «La luz, en primer lugar—dice el Dr. Pappalardo,—tiene, en las manifestaciones espiritistas, una influencia que, si bien no está del todo definida, no deja de ser grandísima.» Por esto las sesiones se celebran por la noche, a luz artificial de gas, aceite fosforado, espíritu de vino u otra substancia. Es preciso, además, preparar mesas, cortinas, gabinetes oscuros y otras cosas, todo lo cual recuerda la superstición de los fakires indos y las hechicerías de los antiguos egipcios. Serán o no necesarios todos estos chismes, el hecho es que no se da hoy sesión ninguna en que no salga a relucir algo de todo esto. Por lo regular, los experimentos se hacen con una mesa, que necesariamente debe ser de abeto y tener cuatro patas; en torno a ella toman asiento los asistentes y el medium, ejecutando mímica teatral.

¡Dios mío, a cuánta distancia también por este lado nos hallamos de los purísimos éxtasis, visiones y celestiales comunicaciones que hemos admirado en la virgen de Luca!

V

Pasemos adelante y veamos cuales son propiamente los grandes fenómenos que se obtienen en el espiritismo. He dicho ya que no se trata aquí de supercherías; los innumerables experimentos realizados hasta hoy nos han dado a conocer todos estos fenómenos, los cuales son: 1.º respuestas que, con signos convencionales y por me-

dio de golpecitos encima de la mesa, o bien mediante la escritura directa, se obtienen a preguntas diversas; 2.º movimiento de cuerpos pesados por la estancia, sin que nadie los toque; 3.º rumores y golpes de todo género que se hacen proceder de diversos cuerpos; 4.º mesas, sillas y otros muebles levantados del suelo y mantenidos en suspenso; 5.º elevación en el aire del mismo cuerpo humano; 6.º apariciones luminosas en la obscuridad de la sala, tales como llamas diminutas, llamaradas de luz policroma y circos que se mueven en el aire y van a posarse en el cuerpo de los presentes, como se posaron las lenguas de fuego sobre los Apóstoles en el día de Pentecostés; 7.º apariciones de miembros humanos luminosos, por ejemplo, manos, pies, brazos, piernas y tocamientos, no siempre honestos ni siempre suavemente hechos por dichos miembros, sobre los circunstancias; 8.º manifestación de cosas ocultas, indicadas en cualquiera lengua, antigua o moderna, por boca del medium; 9.º evocación de determinada persona ya muerta, a quien se hace hablar o escribir, y de quien se sirven también para actos no del todo científicos; 10.º apariciones de espíritus *materializados*, es decir, revestidos de carne y hueso, como cuerpos vivos, espíritus que fácilmente tocan y se dejan tocar (como el diablo de la historia de los antiguos Padres del desierto, el cual se apareció a un pobre monje bajo formas lúbricas y consiguió hacerlo prevaricar); déjanse también tratar a la luz del magnesio estos cortesés fantasmas del espiritismo; y es tan grande la energía psíquica del medium para efectuar la *materialización* de aquéllos, que puede hacerles capaces de imprimirse en las placas fotográficas, como cualquiera otra persona. Además, estos espíritus materializados aparecen a veces hermosos y bien formados; a veces, por lo contrario, se forman lentamente a presencia de los espectadores, condensándose como niebla o humo. 11.º Siguen luego los fenómenos telepáticos, mediante los cuales los espíritus ponen a veces a alguno de los presentes en comunicación con personas ausentes y lejanas, como quien abre la corriente de un teléfono. 12.º Siguen además las cosas llamadas del medium, el cual, durante los experimentos, cae con frecuencia en estado de letargo, como las personas fuertemente hipnotizadas, y lo que es peor todavía, no raras veces los mismos espíritus toman a pechos vejear horriblemente a aquel pobre desgraciado, como hace el diablo con los poseídos; más todavía, según asegura el espiritista Pappalardo, «estos casos (de vejación) son comunísimos; pertenecen a las primeras nociones del espiritismo.» 13.º Efectúanse igualmente en el mismo medio los *desdoblamientos* y las transformaciones de la *personalidad*, en virtud de la *exaltación* psíquica; la conciencia *subliminal*, el *automatismo motorio*, la *exteriorización* de la sensibilidad y de la *motilidad*, etc., etc., cosas todas ellas tan ridículas cuanto bárbaras son las palabras con que las designan los maestros del arte, Crookes, Gibier, Ottolenghi, Pappalardo y compañía. Véase la explicación en sus obras.

VI

Con lo dicho hay suficiente y sobrado para que deba convencerse todo el mundo de que los hechos de Gema Galgani son de índole enteramente diversa. En efecto, ¿entraron por ventura en sus fenómenos las mesas de cuatro patas, los cuerpos que chocan y vuelan por el aire, las materializaciones vaporosas y todos los demás chismes arriba mencionados, en los cuales es verdadera vergüenza que se haya ocupado seriamente la ciencia en nuestra edad?

Verdad es que ocurrieron a la virgen de Luca éxtasis y apariciones de espíritus celestiales, especialmente del Angel de la Guarda, de la Madre de Dios y del santo de los santos, Cristo Jesús; pero ¿quién se atreverá a parangonar estos éxtasis y apariciones enteramente divinas con las apariciones de las sesiones espiritistas, y los suaves deliquios de aquélla con los asquerosos letargos de un Eusebia Paladino, de una Cook, de una Piper, famosos medios de los experimentos de Crookes, de Chiaia, de Hodgson?

También Gema fué atormentada por los demonios, pero los modos, maneras e intenciones evidentes eran muy otras que los pueriles juegos de los importunos amigos del espiritismo. Perseguía el demonio a esta piadosa virgen, porque la veía tan amada de Dios, y porque con sus incesantes oraciones le arrebatava las almas, obteniendo del cielo la conversión de ellas; por lo contrario, los espíritus evocados por los mediums atormentan a sus protegidos para hacer de ellos un curioso espectáculo en beneficio de los circunstantes y mostrarnos, con un nuevo argumento convincente, cuán triste prueba es la de comunicarse con ciertos seres del otro mundo.

VII

Confieso ingenuamente que me avergüenza hacer semejantes confrontaciones; mas lo veo necesario para cerrar la boca a gran número de ilusos y precaver a los cristianos contra el escándalo de estas declamaciones hechas a nombre de la ciencia. Expondré, pues, algunas otras consideraciones y daré por terminado el asunto. Todos cuantos han asistido a sesiones espiritistas se ven obligados *de grado o por fuerza*, a reconocer que nada hay más incoherente que los coloquios de los supuestos espíritus reincarnados con su medium, y aun con frecuencia nada más inmoral e impío. Léanse en libros y revistas relaciones de todo punto genuinas y véase si hay uno solo que dé muestras de verdadera seriedad. «No es raro—afirma el profesor Antonelli—que las respuestas y las conversaciones así obtenidas contengan una increíble mezcla de verdad y de falsedad, de bueno y de malo; como también ocurre con frecuencia que, a lo mejor,

la conversación degenera en desordenada y confusa, las respuestas no son ya conformes a las preguntas, y aun pueden llegar a ser incongruentes, absurdas, falsas, obscenas, mentirosas, impías.» Y el Dr. Pappalardo, aunque espiritista hasta la médula de los huesos, después de haber referido un experimento de Gibier con el medium Slade, concluye con estas palabras: «Tales son en general todas las sesiones de mesa. Sólo se obtienen juegos banales, movimientos extraños, con frecuencia fantásticamente vertiginosos... Por lo que se refiere a las comunicaciones, casi siempre son necias; y cuando tratan de argumentos ultraterrenos, no se alejan de las ideas adquiridas por los asistentes, y se contradicen de continuo.» Y el mismo Dr. Gibier añade: «En cuestión de psiquismo experimental (entiéndase espiritismo), debe procederse con prudencia. Ante todas cosas, en interés de la verdad, conviene que no cualquier advenedizo se ocupe en el estudio de asunto tan delicado; pero en particular a los profanos, es necesario desaconsejarles toda práctica de espiritualismo experimental. Es necesario, en efecto, tener sólido temperamento y herencia segura, principalmente por lo que se refiera al cerebro, si no quiere exponerse a perder enteramente la razón, después de la *volada (sic)* de un coloquio con lo invisible. Ello no obstante, innumerables familias juegan cotidianamente con este peligro de la locura (*sic*)... De aquí procede la obligación en que estamos de señalar el peligro inherente a los experimentos de psiquismo, con los cuales se exponen muchos sin pensarlo a gravísimos daños.» ¡Gracias a Dios!

VIII

Ahora bien, si los hechos de Gema hubiesen sido efecto de psiquis experimental, u operaciones de almas de muertos, evocadas de conformidad con la norma de las teorías espiritistas, ¿quién no ve que, por lo menos alguna vez, hubiese debido hallarse en ella alguno de los mencionados vicios? En vez de ser esto así, he podido demostrar en toda la presente obra que nunca se vió, nunca se encontró en ella cosa que no fuese realmente bella y en todo conforme a las hermosas y puras doctrinas de la fe cristiana, explicadas con todo el rigor teológico, sin nunca desmentirse a sí propia. Y sus éxtasis, sus deliquios, sus ímpetus de amor a Dios, sus largos y frecuentes coloquios durante sus visiones celestiales, en vez de escandalizar a sus espectadores o exponerlos al eminente peligro de perder la cabeza «por efecto de terribles conmociones», como llama el citado Dr. Gibier a las conmociones que suelen ser ocasionadas por los fenómenos del psiquismo, los movían a devoción, les hacían llorar de ternura, los excitaban a amar a un Dios a quien tanto amor profesaba nuestra extática, y la llamaban bienaventurada y feliz, porque en aquel purísimo amor había hallado toda su felicidad.

Terminaré diciendo a quien quiera entenderme: puesto que hasta el día de hoy no habéis conseguido de vuestro espiritismo otros hechos que los citados, tened a bien aguardar a que las deseadas fuerzas psíquicas y lógicas estén mucho más perfeccionadas, a fin de obtener algo nuevo y bueno que sea digno de ponerse en parangón con los hechos de Gema, y a que vuestros espíritus materializados o no materializados se hayan convertido en más sabios, morigerados y serios, lo suficiente por lo menos para poder elevarse sobre lo vulgar y lo ridículo; entonces podréis presentaros a discutir respecto a lo sobrenatural cristiano; hoy por hoy no seríais capaces de hacerlo, distraídos como estáis con tantos rodeos de cábala. Aguardad, digo, y si no os sentís movidos a venerar a esta santa virgen, favorecida de tantos dones celestiales, será mejor que os retiréis y nos dejéis a nosotros venerarla y bendecir a aquel Dios que con tantos dones se dignó enriquecerla.

EL PADRE GERMÁN DE SAN ESTANISLAO

PASIONISTA

Después de pasar a mejor vida el P. Germán, se ha visto cuán amado y apreciado fué, según ha demostrado el general sentimiento por tan grave pérdida. Uno de los primeros que expresaron su dolor fué el Eminentísimo Cardenal Ferrata, el cual escribía lo siguiente:

«Roma, 13 de Diciembre de 1913.

»Rvmo. P. Luis (1):

»La noticia de la inesperada muerte del P. Germán me ha producido la más viva y dolorosa impresión. El último martes, al salir de la Congregación de Ritos, lo encontré en el Vaticano y hablamos y aun bromeamos un rato. Con el P. Germán desaparece un hombre de vasta y sólida doctrina y de ejemplar piedad; uno de los ornamentos más hermosos de su Congregación, a quien apreciaba y amaba yo sinceramente. Por esto me uno de todo corazón al luto y a las oraciones de esa Rvma. Curia Generalicia, a la cual atestiguo mi profundo dolor por pérdida tan grave e irreparable. Sólo puede servir de dulce consuelo el recuerdo de las eximias virtudes del apreciado y venerado difunto, las cuales nos ofrecen, no sólo la esperanza, sino también la certeza moral de que Dios lo ha acogido en la patria celestial, en donde se habrán apresurado a festejarle el Beato Gabriel y Gema Galgani, por cuya glorificación desplegó toda su actividad y todo su solícito e inteligente celo.

»Reciba carísimo Padre, la expresión sincera de mis sentimientos, y juntamente con ellos el más distinguido y cordial respeto de

»S. S. S. en el Señor

»D. Card. Ferrata.»

Esta carta, conservada con tantas otras en el archivo de la Postulación General de los Pasionistas, al paso que nos revela el gran afecto y estimación que al difunto P. Germán tenía el Emmo. Purpurado, nos confirma en el designio ya concebido de insertar aquí,

(1) Escribe el Emmo. Card. al Rvmo. P. Procurador General de los Pasionistas, P. Luis de San Francisco de Paula.

después de la vida de Gema, algunos rasgos biográficos del que fué autor de ella, el cual, por decreto admirable de la Divina Providencia, tuvo la feliz suerte de guiar por las vías del espíritu a la gran sierva de Dios.

Por tanto, en adelante será imposible separar el nombre del Padre Germán del de Gema, como es imposible separarlo del Beato Gabriel, *por cuya glorificación desplegó toda su actividad y todo su solícito e inteligente celo*. Es, pues, justo que, precisamente después de la vida de Gema, ya que se nos ofrece ocasión propicia, se tribute a nuestro venerado difunto el grato tributo de dar a conocer brevemente su vida a tantos millares de personas, que hasta ahora sólo lo conocieron de nombre.

Además, el Emmo. Purpurado, con su esclarecido talento, reconoce en el P. Germán al *hombre de vasta y sólida doctrina y de ejemplar piedad*, ofreciéndonos así la división de nuestro trabajo; por cuanto es éste precisamente la doble luz a la cual, después de haber narrado brevemente su vida, creemos oportuno presentar a los doctos y a los virtuosos nuestro P. Germán.

Nació en Vico Equense, el día 17 de Enero de 1850 de los cónyuges Francisco Ruoppolo y Carmen Tozzi. Al día siguiente fué regenerado en las aguas del santo bautismo, en el cual se le impuso el nombre de Vicente. Ignoramos cuales fueron sus principios en la casa paterna; mas las grandes acciones que llevó al cabo en su vida nos dan a creer que fué uno de aquellos niños predilectos, de quienes no tarda en apoderarse Dios con su gracia, para formárselo según su divino corazón.

Un hecho singular nos confirma en esta opinión. Cuando leemos en la vida de muchos santos que desde su más tierna edad fueron enriquecidos con dones especiales, y que, prevenidos por la gracia divina, aun antes de conocer el mundo, empiezan a despreciarlo, sentimos profunda admiración por ellos, hasta el punto de que no podemos menos de exclamar: «¡Almas predilectas, cuán diferentes fuisteis vosotros de lo que nosotros somos!» Y si nos es dado encontrarnos con alguno de los pocos que, en edad extraordinariamente tierna, tuvieron la feliz suerte de unirse enteramente a su Dios al ser admitidos por vez primera a la mesa eucarística, ¡oh! entonces sí que nuestra maravilla es suma; no encontramos palabras para expresarla. Pues bien; ¿qué dirán nuestros lectores al oír que el Padre Germán fué admitido a la primera Comunión cuando sólo tenía cinco años? No sabemos las razones especiales que indujeron al buen párroco a hacer con el niño Vicente lo que acaso no hizo nunca con ningún otro; mas, en vista de tal suceso, fácil es adivinar una predilección especial de Jesús, que tan pronto quiso unírsele, para tomar posesión de él y apartarlo ya desde entonces de los seductores placeres del mundo.

En efecto, sintiéndose lleno de amor divino, bien presto experimentó aversión a todo lo de acá abajo; por esto, deseando empen-

der la carrera eclesiástica, se dirigió, todavía jovencito, a Nápoles, en donde, con admiración de todos, hizo los más rápidos progresos, especialmente en el estudio de las letras griegas y latinas. Mas Jesús lo quería todo suyo; por esto empezó desde entonces a destilar en su corazón sentimientos de total aversión al siglo y a manifestar en él signos evidentes de la vocación al estado religioso. No tardó el dócil jovencito en seguir las divinas inspiraciones; pues, siendo de edad de 15 años, partió a Roma, y el día 6 de Octubre del año de 1865, en el santuario de la Santa Escala, vistió el burdo y lúgubre hábito de novicio pasionista, cambiando el nombre de Vicente por el de Fr. Germán. Al año siguiente, terminado laudablemente su noviciado, el día 7 de Octubre, fué admitido a la profesión religiosa. No hay para qué decir con qué júbilo de su corazón realizó tal acto; no vacilamos en afirmar que cuando más tarde hubo de describir los sentimientos experimentados por el Beato Gabriel en semejante ocasión, no hubiera podido manifestarlos con tal viveza, a no haber excitado en su memoria los propios recuerdos de aquel dichoso día. Pero la felicidad de su corazón, al verse para siempre unido a Jesús con los vínculos indisolubles de los santos votos y la paz del claustro, para él llena y abundante, había de ser (¡ah, y cuán presto!) turbada por las pasiones políticas. No habían pasado cuatro años de su vida claustral, es decir, el día 7 de Septiembre de 1870, cuando se realizaron en Roma lamentables hechos, demasiado conocidos en la historia italiana, por lo cual nuestro joven pasionista, que en aquellos días proseguía sus estudios en el retiro de San Juan y San Pablo, en el Celio, al fin del mismo mes debió alejarse en compañía de otros hermanos suyos, para encontrar un asilo en tierra extraña. El día 4 de Octubre, después de una semana de viaje, llegó a Ere, ciudad de Bélgica. Allí como en Roma, no tardaron en reconocerse en él óptimas cualidades morales y mentales, por lo cual, en el espacio de menos de dos años, le fueron concedidas las Sagradas Ordenes, incluso el sacerdocio, que recibió de manos del Nuncio Apostólico, Mons. Serafín Cattani, en la iglesia del Seminario de Tournay, el día 3 de Noviembre de 1872. Tres años permaneció en Bélgica, en donde, gracias a la perfección con que había aprendido la lengua del país, empezó, ya después de su ordenación sacerdotal, a ejercitarse en el ministerio de la predicación, de la cual sacó copiosos frutos. Más tarde, en 1874, fué enviado a Boulogne-sur-Mer, Francia, en donde permaneció un año; luego, en Septiembre del año siguiente, fué trasladado a Burdeos, y, finalmente, en Octubre de 1876, fué nuevamente llamado a Italia.

No es nuestra intención referir minuciosamente la vida que llevó en estas regiones nuestro buen Padre Germán; semejante materia no podría contenerse en unos breves datos biológicos, sino que exigiría toda una larga historia. Pero no podemos menos de repetir aquí las palabras con que termina su carta un autorizado personaje, compañero y amigo del Padre Germán, al escribiernos desde Francia a

este propósito: «Así en Bélgica, como en Francia, ha dejado imprecederlo recuerdo.»

Apenas hubo puesto el pie en Roma nuestro buen Padre Germán, cuando sus superiores, deseosos de instituir un estudio internacional en el Retiro junto a la Escala Santa, fijaron la vista en él para elegirlo profesor. Aceptado el difícil cargo, los hechos demostraron que no se habían engañado aquéllos al confiárselo, pues todos los jóvenes que estudiaron bajo su magisterio, así en aquel como en otros cursos, obtuvieron magníficos resultados, y muchos de ellos ocupan actualmente los cargos más delicados en nuestra Congregación, sin excluir el mismo Generalato. Dos años duró dicho curso de estudios; de aquí fué trasladado, con el mismo cargo de profesor, al Retiro de San Eutiquio, junto a Soriano, en Cimino; y, finalmente, volvió a Roma, al Retiro de los Santos Juan y Pablo, donde continuó ejerciendo su cargo de profesor, hasta que, en el año de 1885, fué enviado nuevamente a Francia. Por cierto que al año siguiente de haber regresado, fué detenido como prófugo del servicio militar; tuvo que presentarse ante el tribunal, y, obligado a justificarse a sí mismo, con tanta fuerza y con tal arte recitó su propia defensa, que salió de ella plenamente victorioso. Ocurrió esto a fines del año de 1886. Desde entonces, en los últimos veintitrés años de su vida religiosa, trabajó incansable por su Congregación, ocupándose sucesivamente, por voluntad de los superiores, en la enseñanza, en las santas misiones, en la postulación de las causas de algunos santos y en la publicación de obras, de las cuales pronto haremos mención. La misma Congregación no pudo menos de reconocer los preclaros méritos de nuestro Padre; por esto, queriendo darle solemne testimonio de ellos, el Capítulo General celebrado en Roma en Mayo de 1899, contra su costumbre de no dar nunca ninguna demostración de estima a sus miembros, decretó lo siguiente, según consta en las actas de la 13.^a sesión: *Reconociendo, además, los graves trabajos que pesan sobre el actual Rdo. P. Postulador, Germán de San Estanislao, al indicado objeto (en el oficio de Postulador) en beneficio de la Congregación, ya para demostrarle su agradecimiento, ya para que pueda continuar con la actividad con que ha obrado hasta ahora, el Venerable Capítulo ha reconocido la conveniencia de concederle algunas dispensas en la observancia común, lo cual deja a la prudencia y arbitrio del Rvmo. Padre General.* Ciertamente que esto le animó muchísimo; y fácilmente se concibe con cuánta gratitud debió de recibir este decreto, si tenemos presente lo mucho que hizo durante los nueve años sucesivos, para llevar a feliz término la causa de la beatificación del Beato Gabriel de la Dolorosa. El mismo León XIII hubo de reconocer en él dotes nada comunes, de lo cual dió buena prueba al confiarle oficios delicadísimos, lo mismo que Su Santidad Pío X, quien le confirió el cargo de Visitador Apostólico de muchas diócesis, entre ellas las importantísimas de Luca y de Florencia.

Además, en estos últimos años desempeñó en la Congregación, el cargo de Consultor Provincial; y cuando al cielo le plugo arrebatarlo, ocupaba el segundo lugar entre los Consultores Generales. Acaeció su dichosa muerte el día 11 de Diciembre del año de 1909, a las 11 de la mañana, después de sólo 12 horas de terrible enfermedad; contaba 59 años. Ya durante su permanencia en Bélgica y en Francia, había padecido mucho el P. Germán de anemia general. En estos últimos tiempos, algunos ataques hicieron temer gravemente por su vida; mas luego pareció restablecerse algún tanto, hasta el punto de que, obtenidas las cartas remisoriales, estaba a punto de partir para Pontecorvo (Caserta), a fin de instituir el proceso sobre tres milagros obrados por intercesión del Beato Gabriel, los cuales se proponía que sirvieran para su canonización. Mas en los eternos decretos estaba fijado el término de su existencia, de modo que, en vez de realizar sus propósitos, tuvo que levantar el vuelo a la patria celestial para recibir el premio de sus muchos trabajos por la gloria de Dios y la salvación de las almas. A eso de las once de la noche, el Rvmo. P. Procurador, que no sin especial disposición del cielo descansaba accidentalmente en la celda contigua a la del difunto Padre, oyó que llamaban repetidas veces a la pared. Levantóse al punto y corrió al llamamiento; mas ¡cuán dolorosa fué la impresión que recibió al ver al querido Padre tendido en tierra, privado ya del uso de los sentidos! Acababa de acometerle una hemorragia cerebral en el mismo acto de acostarse. Con ayuda del Hermano Enfermero, que acudió también inmediatamente, fué colocado sobre el lecho aquel cuerpo, vivo todavía en la vida del alma, pero extinguido ya en la de los sentidos. Llegado el médico tras una hora escasa, apenas hubo visitado al enfermo, dando un suspiro, declaró el caso desesperado.

Prodigáronsele sin tardanza todos los remedios, pero en vano; a la hora arriba dicha, después de haber recibido la Extremaunción, mientras la comunidad, postrada alrededor del pobre lecho, rogaba al cielo que le concediese la muerte del justo, expiró placidísimamente nuestro queridísimo Padre. «¡Oh Gema, oh Gema, has cumplido ciertamente tu promesa, pero nos has privado de un sostén extraordinario (1)!» —exclamó entonces alguien en su corazón, mientras otros, sin poder reprimir su conmoción, derramaban copiosas lágrimas; quién lo besó en la frente, quién le estrechó las manos, y todos salieron de aquella celda profundamente conmovidos. La misma Congregación, deseosa de mostrar toda su veneración y gratitud a

(1) Recuerde el lector lo que le escribía la Sierva de Dios, agradecida a los solícitos cuidados de su director: «... ¡verá lo qué haré en favor de usted!... ¡verá lo qué haré por usted cuando ya me encuentre en el paraíso! ¡A todo trance lo llamaré a mi lado! Y el buen Padre, anotando en el volumen de las *Cartas y Extasis*, pág. 113, estas palabras, anotaba al pie: «De esta esperanza vivo yo... y en los trabajos del presente destierro servirán siempre para confortarme las referidas palabras de Gema.»

un Padre a quien tanto amaba, no dudando en hacer también ahora una excepción a la Regla, comunicó, con carta circular, a sus numerosos amigos y conocidos: *La Curia Generalicia de los Pasionistas participa a V. la dolorosa noticia de la muerte del P. Germán de San Estanislao, Consultor y Postulador General, ocurrida hoy en este Retiro, a las once de la mañana, después de haber recibido los consuelos de nuestra Santa Religión y la Bendición Apostólica. El entierro se verificará en esta Basílica, el lunes día 13, a las nueve de la mañana.* Así se hizo, lo cual nos dió ocasión de conocer claramente cuán amado era nuestro Padre y cuánto se le reverenciaba, pues a la triste ceremonia acudieron personas de toda clase y condición, y aun muchos quisieron acompañarlo hasta la tumba. Pero lo que más nos sorprendió fué ver cómo, tanto en la mañana del día 13 como en todo el día anterior, en el cual permaneció expuesto el cadáver en una estancia abierta a todo el mundo, acudió extraordinario número de personas de toda edad y de toda clase para visitarlo y darle el último adiós. Algunos, apenas entrados, se postraban de rodillas, oraban y lloraban; otros se acercaban a él y tocaban en su cuerpo objetos de devoción, que para este fin llevaban; otros muchísimos, sin mostrar la natural aprensión que se experimenta al poner los labios en contacto con un frío cadáver, con lágrimas en los ojos le besaban repetidas veces las manos y los pies; en fin, fué tal la devoción de los fieles al querido Padre, que fué preciso encargar a un religioso que impidiese la obra, ya por muchos empezada, de cortarle el hábito y los cabellos. Era su aspecto el de un hombre que duerme un sueño tranquilo; y así permaneció durante algún tiempo; más todavía, pudo notarse que el sagrado cadáver, a las 45 horas después de su muerte, no exhalaba hedor de ninguna clase. Confesamos que a nosotros no nos maravillaron estos hechos, pues en ellos reconocimos al punto la particular recompensa que quiso dar Jesús, aun aquí en la tierra, a su fiel siervo, fuera del premio eterno que debe haberle concedido ya en la gloria.

Alguien hubo que, al oír relatar la repentina muerte de nuestro querido difunto, mostróse grandemente maravillado, y dijo no era de prever tal muerte tratándose de un religioso como éste. Creemos que semejante observación habrá podido proceder únicamente de personas poco instruídas en la economía divina, y no habituadas a recurrir con el pensamiento a aquella celestial doctrina que nos enseñó el Apóstol cuando dijo: *Quam incomprehensibilia sunt judicia ejus, et investigabiles viae ejus!* En cuanto a nosotros, somos de parecer que, cualquiera otro que se hubiera encontrado en su lugar, bien preparado como él para morir, puesto en la necesidad de escoger un género determinado de muerte, hubiera escogido sin duda el que encontró nuestro Padre Germán.

Otros, al anuncio de la muerte del P. Germán, temblaron por la causa de Gema... Mas no teman estos tales, porque ahora más que

nunca podemos estar seguros de cuán grata es a Jesús la causa de Gema. Las numerosas ofertas que recibimos cada día, las numerosas relaciones de singularísimas gracias obtenidas por intercesión de la sierva de Dios y el entusiasmo de los fieles, no sólo no disminuído sino, por lo contrario, siempre creciente después de la muerte del querido Padre, nos dan de ello una prueba convincentísima. Más todavía, para consuelo de nuestros lectores devotos de Gema, nos hallamos en disposición de poder afirmar que, tan a pechos han tomado algunos Eminentísimos Cardenales esta causa, que la han promovido con generosísimas ofertas, entre ellos el Cardenal Ferrata quien espontáneamente se dignó asumir el oficio de Ponente. Dicho esto, creemos inútil añadir que muchísimos otros personajes de la jerarquía eclesiástica contribuyen de igual modo a su exaltación, como también es inútil indicar la poca importancia que debe darse a los pocos que, no contentos con opinar de diferente manera, hasta que la iglesia haya pronunciado su fallo, procuran obrar conforme a sus adversos deseos.

No queremos decir con esto que, por otra parte, hayamos de caer en el exceso contrario, hasta el punto de ser tenidos como fanáticos, porque aquí, más todavía que en otras causas, el fanatismo, con sus exageraciones, podría echarlo a perder todo. Por lo contrario, tributamos merecidas alabanzas a los que, manteniéndose en el justo medio, según está escrito, *in medio virtus*, esperan con modesta reserva el juicio de la Iglesia.

Con la mayor brevedad posible hemos referido hasta ahora la vida del P. Germán; pero dos cosas, conforme observamos al principio, conviene dar a conocer respecto de él: a saber, la doctrina y la piedad. Empezando por la primera, no podemos menos de reconocer que fué vasta y profunda; vasta, porque, gracias a su gran ingenio, su erudición se extendía, por decirlo así, a todas las ramas de la ciencia; profunda, porque en las materias más diversas podría hablar, discutir y aun sostener controversias con precisión admirable. En verdad que no sabemos qué crédito debe darse a una extraña noticia que, por diversos conductos, hemos recibido en estos días; como quiera que sea, nos complaceremos en referirla. Es esta noticia la de que el P. Germán, a la edad de sólo doce años, sostuvo con triunfo una tesis filosófica. ¡Relato admirable!... Como testimonio de su piedad, citamos el hecho singularísimo de su primera Comunión a los cinco años; por lo que se refiere a su ciencia, tenemos el no menos singular de la disputa filosófica a los doce años. Cuando entró en nuestra Congregación, no satisfecho con las horas que diariamente tienen libres nuestros estudiantes para atender al estudio, deseoso de emplear más tiempo en él, se privaba de la hora de siesta, destinada a compensar, por lo menos en parte, el sueño perdido en el coro de la noche. Por esto acostumbraba a decir graciosamente que todos los conocimientos que a diferencia de los demás poseía, los había adquirido durante el tiempo de descanso.

Gracias a su amor al estudio y a su facilidad en retenerlo y asimilárselo todo, pudo adquirir bien pronto gran cosecha de grandes y profundos conocimientos. Para aprender una ciencia, no necesitaba estudiarla en vastos tratados y grandiosos volúmenes; bastábale un pequeño manual en el cual pudiese aprender los primeros principios, de los cuales, con su privilegiada inteligencia, sin necesidad de maestro, sabía proceder hasta adquirirla a maravilla. Y creyendo, en su sencillez, que todos eran capaces de hacer lo mismo, a todos, especialmente a los jóvenes estudiantes, hermanos suyos en religión, aconsejaba el mismo método, y les estimulaba diciendo, que en nuestros días, no basta ya una mediocre erudición para desempeñar con fruto el santo ministerio. Y, en efecto, por lo que a él se refería, estaba tan convencido de esta máxima, que, conforme hemos observado, no había ningún ramo de la ciencia del cual se hallase enteramente en ayunas.

En su oficio de profesor mostróse siempre atento a comunicar a sus discípulos sus propios conocimientos, aun cuando éstos fuesen extraños a las materias del programa; y aun afirman sus discípulos que, a juzgar por la claridad y precisión con que explicaba estas materias, las poseía con no menos perfección que las mismas de las cuales era profesor.

En verdad que parece increíble cómo, en medio de una vida toda llena de ocupaciones, pudo estudiar a fondo tantas y tan diversas cosas. Entre sus manuscritos hallamos un hermoso tratado de moral, cuyo título es *Synopsis Theologiæ moralis universæ*; un opúsculo titulado *Il Protestantismo e i Falsi Profeti evangelici*; otro, *Principi e Teoremi di Aritmetica, Matematica Geometria*. Tenía, además, exactos conocimientos de pintura, de escultura, de arquitectura, de epigrafía, de oratoria, de poesía, de historia natural, de medicina y cirugía; de modo que, cuando en tales materias había proferido su juicio, podía estar uno seguro de que era cierto. Véase lo que escribe a este propósito el Rdo. Profesor D. José Antonelli, en una carta dirigida al Rdo. P. General de los Pasionistas: «No lo había conocido hasta estos últimos años; pero en este tiempo he tenido más de una ocasión de conversar con él largo rato sobre diversos asuntos. Me he visto obligado a admirar en él la sencillez, la afabilidad, el celo ardiente por la gloria de Dios y el bien de las almas, miras vastas y rectas, erudición sabia y sólida sobre puntos sumamente diversos.» Y más abajo, refiriéndose a las disertaciones con que dió fin nuestro Padre a la biografía de Gema, añade: «Sabía muy bien el P. Germán que una falsa ciencia de nuestros días trata de atribuir ciertos dones sobrenaturales a causas morbosas, al histerismo o al hipnotismo para sustraer enteramente a la acción de Dios sus almas predilectas. Por esto, las tres disertaciones magistralmente desarrolladas al fin de la biografía de Gema, aunque en forma sencilla y llana, ponen de manifiesto la obra de Dios sobre Gema Galgani, y desvanecen las necias explicaciones de muchos mé-

dicos materialistas. Las tres disertaciones, y especialmente las tres primeras en las cuales trata el autor de los hechos sorprendentes de Gema (éxtasis, coronación de espinas, flagelación, llagas, etc., etc.), manifiestan en el P. Germán un conocimiento exacto de la patología del histerismo y del hipnotismo, y una aplicación recta y vasta de la mística divina, mediante la cual pone enteramente de manifiesto que los indicados fenómenos de la santa joven fueron realmente producidos por Dios...» Además, un diploma de elección de socio honorario de la Academia de Ciencias y Letras de Viterbo, concedido en 19 de Mayo de 1883, demuestra que nuestro Padre era entonces ya reconocido por hombre nada común en punto a ciencias y letras.

¿Y qué diremos de la arqueología sagrada, de la filosofía y de la mística? Las alabanzas que, con motivo de las obras que publicó, le tributaron los sabios, es ciertamente el mejor argumento para demostrar que nuestro Padre poseía a fondo tales ciencias, pues tenía de ellas un conocimiento más que común.

Desde el año de 1880, empezó el P. Germán a estudiar el cementerio de San Eutiquio de Ferento, cerca de Soriano, en Cimino, cementerio que luego ilustró con una importante monografía ⁽¹⁾; en estos estudios tuvo un constante colaborador en el insigne profesor Horacio Marucchi. Hacia 1886, empezó a estudiar la Basílica de los Santos Juan y Pablo en el Celio, y por cierto que no salió fallida su previsión de hallar enterrados los fundamentos de la antigua Casa de los Mártires, puesto que el día 17 de Febrero del año siguiente, pudo demostrar a los doctos arqueólogos Armellini y Marucchi la primera estancia descubierta por él, bajo la misma iglesia, en un hueco reducido a sepultura. Coronado por tan excelentes resultados, prosiguió su obra con las más diligentes investigaciones, hasta que llegó al fin a publicar una obra sobre la antigua Casa de los Mártires, ilustrada por él mismo, en un grueso volumen. Así, cuando en nuestros días intentaron algunos críticos poner en duda la veracidad de ello, movido de santo celo por sus queridos Mártires, tomó pronto la defensa y reivindicó su memoria con irrefragables argumentos.

A consecuencia de tales descubrimientos, adquirió bien pronto el aprecio de los mejores arqueólogos, entre ellos J. B. de Rossi, quien los anunció en el *Boletín de Arqueología Cristiana*. Fué luego elegido socio de la *Comisión de Arqueología Sagrada*, y más tarde, a 10 de Enero de 1895, miembro de la *Academia Pontificia Romana de Arqueología*. Ayudó, además, eficazmente al mismo Rossi en las excavaciones de las catacumbas. Este último, dos meses antes de su muerte, con fecha 11 de Julio de 1894, le dirigió desde Castel Gan-

(1) *Memorie archeologiche e critiche sopra gli atti e il cimitero de S. Eutizio de Ferento, precedute da brevi notizie sul territorio dell' antica via Terentana* (edición agotada).

dolfo una magnífica carta, en la cual, al paso que por un lado manifiesta, con su autoridad de gran arqueólogo, la suma importancia de los dos descubrimientos hechos por el P. Germán para confirmar la autenticidad de la historia de los Mártires del Celio, por otro da al mismo Padre las señales más claras y evidentes de su *sincerísima estimación y afecto* (1).

Todas estas cosas las oímos recordar en un magnífico discurso recitado por el clarísimo arqueólogo profesor Horacio Marucchi, recitado en el subterráneo de los Santos Juan y Pablo, el día 21 de Febrero de 1910, en conmemoración de la muerte del P. Germán y en comprobación de la verdadera amistad que le unía al venerable difunto.

En dicho discurso, después de haber observado el insigne arqueólogo cómo en los últimos descubrimientos hechos por el P. Germán se halla la más hermosa confirmación de la tesis sostenida por él mismo, para demostrar que la Casa Celimontana, antes pagana, fué luego habitada por cristianos, terminó describiendo el dolor universal por tan gran pérdida y los tiernos sentimientos que experimentó él mismo en la misma Basílica del Celio, al asistir a los funerales como representante de la Comisión de Arqueología Sagrada.

La brevedad que nos hemos prescrito no nos permite hablar ahora cuanto fuera conveniente acerca de los conocimientos filosóficos del P. Germán. Sobre este punto decía, hace unos cinco años, un dignísimo párroco de Florencia, ilustre profesor de Filosofía, que, aun cuando al ver anunciadas las *Prælectiones Philosophicæ Scholasticæ* del P. Germán experimentó cierto sentimiento de desprecio, con todo, cuando por casualidad las tuvo en sus manos y pudo consultarlas, convenciéndose al punto de que se había engañado, y añadía que, a su parecer, había pocos cursos filosóficos tan eruditos, tan útiles a los profesores y tan provechosos a los estudiantes.

Por lo que se refiere a su inteligencia en la ciencia teológica, nadie dejará de reconocer que era admirable, sobre todo la que los teólogos llaman mística. La vida del Beato Gabriel, por él escrita, en la cual supo expresar tan a lo vivo la acción interna de la gracia divina en aquella alma elegida, y más todavía la biografía de la sierva de Dios Gema Galgani bastan por sí solas para demostrar evidentemente que nuestro Padre poseía tal ciencia en sumo grado. Léanse los capítulos XXV y XXVI de esta misma biografía de Gema, y se verá si exageramos.



Permítanos aquí el lector detenernos un momento para llorar la pérdida irreparable de un Padre tan santo. ¡Oh, cuántos otros secretos celestiales nos habría descubierto en esta vida de Gema, si hu-

(1) V. *Casa Celimontana*, págs. V-VII.

quiera tenido tiempo para llevarla a término, ampliándola y retocándola, como empezó a hacerlo! La imagen de la sierva de Dios reproducida frente a la portada de esta obra, había sido preparada por él con intención de ponerla en un nuevo capítulo titulado *el verdadero retrato de Gema*. Muchas veces le habíamos oído hablar de semejante capítulo, y muchas nos había dado a entender cuántas y cuán admirables cosas nos hubiera revelado en él ⁽¹⁾; pero no nos queda más remedio que hacer un acto de perfecta resignación y, adorando la Divina voluntad, besar la mano que nos lo ha arrebatado. Creemos cosa muy a propósito y muy tierna dar a conocer a los lectores devotos del venerable difunto, la manera como trabajó, ampliando y retocando esta nueva sexta edición, hasta muy poco antes de que le sobrecogiese el ataque que le llevó al sepulcro. Afirma el editor que el último original que escribió para dicha biografía, no había sido escrito todavía la mañana del día 10, porque había mandado por él a eso de las nueve y media, y no estaba todavía listo. Tampoco pudo escribirlo después del mediodía, porque nuestro Padre se halló ocupadísimo en otras cosas hasta las ocho próximamente de la noche; por manera que en vano el mismo editor envió hacia la indicada hora un obrero de su tipografía para recoger pruebas y el nuevo original. Ahora bien, sabiendo, como sabemos, que a las once de la noche tuvo el ataque, sácase en conclusión que debió haber escrito dicho original en el breve espacio de las tres últimas horas de su vida. Así se demuestra también comparando la letra de las dos últimas cuartillas que escribió. En efecto, en la primera, que es una adición a la última prueba de imprenta corregida por el autor, se ve la caligrafía ordinaria propia del mismo; en la segunda, es decir, en la última cuartilla que escribió, se ve la caligrafía alterada, incierta, más temblorosa que de ordinario, casi inteligible, con lo cual aparece claro que el que escribía, en el

(1) Existen cuatro fotografías de la Sierva de Dios. La primera es la que reproducimos frente a la portada; la segunda es la que aparece aquí. Ambas fueron sacadas por el fotógrafo Sr. De Giuli, de Luca, ante el cual se vió obligada a colocarse, por precepto formal del P. Germán. La devota expresión de la segunda, la cual le fué sugerida por la Sra. Giannini en el mismo acto de retratarla, es, como ella misma escribe, «la expresión habitual de Gema en los éxtasis, si bien algunas veces tenía en ellos cerrados los ojos.» Aseguraba el P. Germán que en aquel momento estaba fuera del uso de sus sentidos. Las otras dos fotografías fueron tomadas por el hijo mayor Giannini. En la primera tiene de la mano a la hija menor Giannini, llamada Elena, la cual sirvió de pretexto para hacer que la sencillísima Gema permitiese que la retrataran; en la segunda está retratada en un momento de éxtasis; ésta fué sacada en Octubre de 1902, pocos meses antes de su muerte. Las dos últimas, ya por imperfección de la máquina, ya por defecto de luz, no salieron bien. Con todo, es muy de maravillar que, mientras cada una de estas fotografías parece que nada tiene de común con las otras, todas ellas están enteramente conformes con el original. Habiendo pedido explicación de esto a quien podía darla, se nos respondió que reconocía por causas las diversas condiciones de salud en que se hallaba la Sierva de Dios en los diversos tiempos en que fué retratada.

acto de hacerlo, no tenía enteramente libre el uso de sus facultades.

En esta opinión nos confirma principalmente el período defectuoso, cuyo sentido tuvimos que retocar. En cuanto a la materia tratada en la última prueba que el venerado Padre entregó a la imprenta, hace referencia al hecho en que el demonio arrebató el manuscrito en que Gema había escrito su confesión ⁽¹⁾, y añade el autor que lo referirá *como la vez primera, sin hacer ningún comentario*, dejando en libertad el que se le dé o no se le dé crédito. Estamos seguros que, al hablar así, había querido nuestro Padre no



mostrarse demasiado patrocinador de causa propia; por esto se limitó a referir escuetamente el suceso, sin aducir otras pruebas que lo habrían hecho más creíble y puesto fuera de toda duda. Nosotros, empero, queremos referirlo aquí íntegro, con las mismas palabras de doña Cecilia Giannini, conocida de los lectores de la vida de Gema; porque si es un hecho verdaderamente histórico, la historia es la pura verdad, por lo cual nadie, obrando con prudencia, puede quedar en libertad de creerla o no creerla.

«... En cuanto hubo acabado de escribirlo—dice dicha señora,—

(1) Véase página 193 de esta edición.—N. del T.

me entregó el cuaderno, que yo coloqué en el primer cajón de la cómoda, en mi propio aposento, juntamente con otros libros y hojas que allí dentro tenía (no recuerdo bien si lo cerré siempre con llave), mientras esperaba a que llegara el P. Germán, para poder ponerlo en sus manos, pues se trataba de materia de conciencia, ciertamente muy voluminosa, por lo cual no convenía enviarla por correo. Durante este tiempo, tuve varias veces ocasión de abrir dicho cajón, y siempre veía en él el cuaderno. Pues bien, he aquí que una mañana muy temprano, me llamó Gema y me dijo: «El libro de mis pecados ¿está siempre en el mismo lugar?»—«Ayer lo vi—le contesté—Pero ¿por qué te inquietas?... ¿por qué me lo preguntas?»—«Porque me ha parecido verlo en manos del demonio...» Como siempre, hice como quien no daba ningún crédito a estas palabras; mas cuando, poco después, miré bien en el cajón y no lo encontré, me enojé tanto con Gema, acusándola de haberlo escondido, que la increpé con gran aspereza y acabé por exigirle que rogase con todas sus fuerzas, pues el manuscrito había de volver a su lugar. Entre tanto, escribí al P. Germán refiriéndole con gran sentimiento lo sucedido y conjurándole que ordenase y mandase que por caridad volviera aquel manuscrito de cuya preciosidad estaba convencida. Desde Isola del Gran Sasso, en donde se hallaba, respondió el P. Germán que Gema rogase y que también él rogaría y haría cuanto estuviese en su mano para volver el cuaderno a su lugar. Poco después, habiendo abierto el cajón para tomar de él no recuerdo qué cosa, encontré el manuscrito, pero ¡en qué estado!... todo destrozado y hecho pedazos, como puede verse actualmente. El mero hecho de verlo en tal estado debiera haberme quitado toda incertidumbre, mas el Señor, para testimonio de la verdad, permitió una nueva prueba inspirándome esta determinación: para estar más segura de la obra sobrenatural, fui a ver a Don Lorenzo, le referí lo sucedido, y sin decir nada a Gema, recurrimos a la prueba siguiente: en compañía de don Lorenzo, cerré con llave el manuscrito en un cajón de la cómoda de dicho señor; tomó éste la llave y se la guardó. Yo no dije nada a nadie. A la mañana siguiente, al regresar a casa después de la sagrada comunión, Gema, muy alegre, me dijo: «¿Sabe? Jesús me ha dicho que el manuscrito vuelve a estar en su sitio.» Riéndome y casi burlándome de ella, porque sabía que lo había quitado, le respondí: «Vamos a verlo... a ver si me lo encuentran.» Fuimos a mi aposento, miramos el primer cajón, y el cuaderno no estaba. Proseguí entonces burlándome de ella. Gema se había quedado muy pensativa, pero con su acostumbrada calma, aunque algo inquieta, dijo entre dientes: «Ello no obstante, Jesús me lo ha dicho.» Luego quedó en silencio. Le dije que siguiese rogando para que, si realmente el manuscrito había sido restituído, diese Jesús a conocer el lugar en donde se hallaba. Mientras tanto, Don Lorenzo había ido a Viareggio, en donde se hallaba su familia para tomar baños de mar; al marcharse se había llevado la llave consigo. No recuerdo bien si

al día siguiente o después de algunos días, una mañana después de la comunión, se me acercó Gema toda alegre y me dijo: «¿Sabe? Jesús me ha dicho en dónde está.»—«Pues bien, enséñamelo... Anda, pasa adelante»—repliqué yo.—Así, medio chanceándome, seguí a Gema, la cual se dirigió directamente al aposento de Don Lorenzo, y señalando la cómoda. «Aquí está»—dijo.—Pero faltaba la llave. Mandamos entonces a un mozo, Basilio Morelli, a que fuese a buscarla a Viareggio. Preciso es indicar que por aquellos días se hallaba de paso en nuestra casa el P. Pedro Paulo, hoy Mons. Moreschini, Arzobispo de Camerino, persona de gran confianza que ya conocía a Gema, y al cual le había manifestado yo todo lo acaecido. Así, pues, en compañía de él y de Gema volví al aposento de Don Lorenzo; pero antes de abrir, con la llave en la mano, pregunté a Gema qué cajón había de abrir, y ella, señalándome uno, «Aquél—respondió.»—Era, efectivamente, el mismo en el cual Don Lorenzo y yo habíamos encerrado el cuaderno. ¡Así fué encontrado nuevamente! Entonces, sin decir palabra, volviéndome a Gema, la cual conservaba también ahora su acostumbrada calma, le dije: «Menos mal que esta vez lo has adivinado.» Y entregué el manuscrito al P. Pedro Paulo como medio más seguro para hacerlo llegar a manos del P. Germán. En fe de lo cual, etc.,

Cecilia Giannini.»

Preguntamos ahora: ¿qué dificultad puede haber en admitir este hecho? Ninguna otra que la que aducen los incrédulos, a saber, que se efectuó por medios enteramente sobrenaturales.

*
* *

Mas, volviendo ahora a hablar de los conocimientos que nuestro amado Padre poseía sobre teología mística, diremos que demostró hallarse en plena posesión de ella, cuando en la práctica debió dirigir a las almas por la vía de la perfección cristiana; conocía todo el largo camino de la perfección misma y las diversas vías que a ella conducen.

De modo que cuando una alma se le presentaba a él para ser dirigida, si ya estaba instruída en las vías de la perfección, desde la vez primera que la oía el piadoso profesor, sabía determinar el grado preciso a que hasta entonces había llegado; por lo cual, con admirable exactitud, le dictaba reglas absolutamente conformes con su estado, su edad, su condición. Si el alma que se ponía bajo su dirección era todavía principiante en la vida espiritual, le sugería muy oportunamente la vía por la cual debía dirigirse, con el fin de hacer los más rápidos progresos. En confirmación de lo que aquí aseguramos, copiaremos una de las primeras cartas dirigidas a Gema, por la cual podrá formarse el lector concepto exacto de la cien-

cia mística del P. Germán. Por otra parte, será esta carta un grato y dulce recuerdo para tantas almas por él dirigidas en las vías de la perfección cristiana, las cuales, juntamente con nosotros, lloran la irreparable pérdida.

«Gema de Jesús.—Ofreciéndome ocasión de contestar una carta de Cecilia, la aprovecho para dirigirte también a ti dos palabras de consuelo. El Ángel cumplió fiel y puntualmente tu comisión (1). ¡Cuán bueno es Jesús! ¡Qué no haremos para mostrarnos gratos a El? Y aquí creo complacerte recapitulando en una carta cuanto con reiteradas instancias me manda Jesús que te diga. Así podrás más fácilmente tener presentes mis pobres consejos. Te expondré, como en un solo cuadro, la historia de la Divina Misericordia, la de tus deméritos y la de tu falta de correspondencia a la gracia.

»¿Qué eras hace dos años? Una pobre muchacha, ignorante, desamparada, pobre en el alma, desprovista de toda virtud y llena de vicios, defectos y pecados (2). Jesús te sacó de este cieno y te dijo: *Ven conmigo*. Te pusiste en movimiento para ir a El; pero débil como eras, viciosa e ignorante, al correr en dirección de Jesús, no has hecho otra cosa que tropezar a cada paso.

»Para ayudarte, confortarte y a la vez alimentarte, Jesús se ha dignado favorecerte con consuelos de toda especie, sin temer envilecer su divina Majestad abajándose hasta ti. Viéndote niña pequeña y capaz de descarriarte, ha echado mano de los mimos y de las caricias, como hace la madre para acomodarse a la debilidad de su pequeñita. Te ha hecho padecer algo de cuando en cuando, es cierto; pero con delicadeza infinita. A tus padecimientos ha hecho que sucediese inmediatamente el consuelo, y aun cuando tú le ofendiste con tus frecuentes ligerezas, si bien te castigaba y te reprendía, acababa siempre acariciándote y estrechándote en su seno.

»He aquí la historia; he aquí el cuadro. Ahora bien, ¿cómo habrás de portarte para que no resulte vana en ti tanta misericordia?

»Helo aquí:

»1.º Has de persuadirte que esto no continuará siempre de la misma manera. Sería una desgracia que un niño permaneciese siempre niño; la infancia tiene su período, y el período tiene su término; el niño se hace adolescente, y al pasar a la adolescencia, cambia en todo: en las comidas, en los vestidos, en los modales, en los rasgos, en el pensar, en el obrar, etc. Luego, a la adolescencia sigue la virilidad, y a ésta la madurez de la vejez. Ahora bien, a esta madurez has de llegar poco a poco. Pronto hará Jesús que dejes el pecho, y te dará manjar más sólido. El que hasta ahora te ha dado (visiones, locuciones, visitas, caricias, abrazos, etc.) era alimento de

(1) ¡Cuál podrá haber sido esta comisión? Es uno de los muchos misterios que la humildad del buen Padre quiso cubrir con un velo.

(2) Por lo que afirma el P. Germán respecto a los pecados de Gema, en la pág. 349, puede fácilmente colegirse de qué naturaleza eran los que aquí recuerda.

niños. Basta ya de todo esto; te ha salido algún diente para poder masticar comida más sólida. Por esto:

»2.º Guárdate mucho de lamentarte de que las dulces visitas, las suaves comunicaciones se vayan haciendo cada vez más raras y menos tiernas. Verdad es que Jesús te encuentra indigna, por lo cual bien puedes humillarte por tales privaciones, pues hay razón de sobra; mas la verdadera razón del cambio, es que Jesús te quiere sacar de la infancia espiritual. Por eso, además:

»3.º Guárdate de desear, y mucho menos pedir, visitas y comunicaciones celestiales. Cuando las tengas a intervalos, recíbelas con humildad y gratitud; cuando te veas privada de ellas, no trates de buscarlas. Por otra parte, Gema, no temas, porque de estas privaciones no provendrá ningún daño a tu alma, sino lo contrario, conforme he dicho.

»4.º Para fortalecer el estómago, a fin de digerir los nuevos alimentos suaves, procura hacer los actos continuos de sólida virtud que todavía te faltan: actos *especiales* de humildad, de conformidad con la voluntad de Dios, de resignación, de contricción, de celo por la gloria Divina, de deseo de la salvación de las almas, de abominación del pecado, etc.; a fuerza de repetir todos estos actos (con el corazón, también con la boca, y asimismo con demostraciones externas, como por ejemplo, arrodillándote, levantando los ojos y las manos al cielo, plegando las manos en señal de adoración, llevándolas al corazón, etc., etc.), a fuerza, digo, de repetirlos, poco a poco adquirirás el hábito de ellos, y el estómago se te hará de acero, de modo que podrás digerir aunque sean piedras.

»5.º Guárdate de abatirte demasiado por las faltas que cometas ⁽¹⁾, pues sería señal de orgullo. Pero está muy atenta a no comer nunca ninguna con advertencia y por indolencia.

»6.º Mantén siempre apartado el corazón de todo afecto a las criaturas, sin excepción de ninguna clase. Sólo Dios ha de ocupar tu corazón. Respecto a los afectos inocentes, observa por ahora la regla siguiente: si, a la idea de Dios, tu espíritu se recoge en Dios y te permite ver y sentir a Dios, es señal de que el afecto es santo; si, por lo contrario, te deja vacío el corazón, te resfría, te distrae, señal es de que el afecto es natural y humano; por tanto, ha de rechazarse. Tu santo confesor ⁽²⁾ te dará a entender bien esta distinción. Por regla general, ¡Dios solo!

»6.º (*sic*) Acostúmbrate poco a poco a meditar en ti; y cuando el espíritu de Dios te eleve a más altas consideraciones, hazlo, en cuanto esté de tu parte, por la vía regular.

»7.º Modestia angelical en los ojos y en toda la persona. Nunca sola con ningún hombre. Callada, reservada para todos sobre las cosas de tu alma, a excepción del confesor únicamente.

(1) V. nota 2.ª de la pág. anterior.

(2) Alude a Mons. Volpi, confesor ordinario de la Sierva de Dios.

7.º (*sic*) Evita todo lo que pueda agitarte, aun cuando sean cosas santas, deseos celestiales, afectos divinos. La confianza en Dios, cuando es absoluta, no permite desear nada, ni monasterio, ni retiro, ni cielo, ni tierra, sino sólo Dios. Por esto, no te dejes engañar del corazón. Es lícito desear santamente, pero el que desea santamente, no se acongoja.

»8.º No fíes en ti misma, ni mucho menos en el propio juicio, pues sabes cuán ignorante e inexperta eres. Por esto, confianza ciega en las manos del confesor. Acuérdate de cuántas veces te has equivocado, por querer seguir tu propio parecer. Piensa también que el demonio ha trabajado mucho y trabaja todavía con mucho empeño para engañarte. A este fin, guárdate bien de ocultar lo más mínimo al que te dirige, por grande que sea la repugnancia o la vergüenza que con ello puedas experimentar; trata también aun de las cosas que redundan en propia alabanza. El confesor juzgará, y tú continuarás siendo lo que eres, es decir, una ignorante y una miserable.

»9.º Gran humildad y reverencia a la infinita Majestad de Dios, a la Madre Celestial, a los Angeles y a los Santos. El amor filial, ardiente, apasionado, etc., no ha de ir nunca separado de la profunda reverencia, fundada en la inmensa distancia que existe entre el seno del Señor, entre la criatura y el Creador, entre la tierra y el cielo, entre el hombre y Dios. Si te pudieras acostumar a dar el tratamiento de *vos* a tu querido Esposo Celestial, a la dulce Madre, a los queridos Angeles⁽¹⁾, hazlo gustosa; y cuando el corazón te haya obligado a desahogarte con amor ardiente y apasionado, acuérdate de volver inmediatamente al lugar que ocupas en el cielo, añadiendo actos de profunda reverencia.—Advierte, empero, que con este consejo no intento disminuir el amor tierno y afectuoso, porque si Dios es Dios, también es Padre; y si es Señor, también es Esposo. Entiéndelo bien.»

¡Cuánta y cuán celestial doctrina en estas pocas páginas!... Ahora comprendemos con cuánta razón pudo escribirnos una autorizada persona: «...Era un alma muy práctica e iluminada en las vías del espíritu. Bastábale una pequeña indicación, para comprenderlo todo al punto. ¡Eran tan adaptados, tan prácticos los consejos y las reglas que daba!...»

Mas si nuestro buen Padre topaba con algunas de esas almas que, llenas de sí mismas y aferradas al propio juicio y a la propia voluntad, no se dejan conducir tan fácilmente por las vías del Señor, entonces, con gran resolución, se libertaba de ella cuanto antes podía. No solamente parecía dotado de esta ciencia divina para con las almas a quienes dirigía, sino también para con los mismos directores y maestros de espíritu. Es casi increíble el número de cartas que de todas partes y de toda clase de personas llegaban a él,

(1) Véase pág. 240.

ya en busca de consejo para regular la propia conducta, ya en busca de consejo para otros. En estos últimos tiempos, sea por su poca salud, sea por sus graves ocupaciones, hallándose en absoluta imposibilidad de responder a todos, se veía frecuentemente obligado a cumplir por medio de otros este deber; mas aquéllos no se aquietaban; insistían repetidas veces, rogando y conjurando por amor de Jesús, de María, del Beato Gabriel, de Gema, para que se dignase escribir por lo menos unas pocas líneas. Alguien hubo (y por cierto no era ninguna beata) que, para mover al buen Padre a que le respondiese de su puño y letra, se mostró muy ofendido de su silencio; otros no cesaban de escribir, hasta que obtenían por lo menos la firma autógrafa de él.

Quizás se halle en estas exigencias no poca exageración, mas hemos referido estos hechos porque nos demuestran el gran aprecio y veneración en que se tenía a nuestro Padre y cuán bien se conocía en él la verdadera ciencia de las cosas espirituales. Creemos, pues, que basta lo hasta aquí dicho para demostrar que el P. Germán fué hombre de vasta y sólida doctrina, no sólo en las ciencias profanas, sino, y mucho más, en las sagradas.

*
* * *

Pasando ahora a hablar de la piedad de nuestro venerado Padre, podemos asegurar, sin la menor vacilación, que ésta fué en él no menos admirable que su ciencia. En él se manifestaron las más delicadas virtudes, de las cuales fué siempre observantísimo. Desde sus más tiernos años, empezó a dar pruebas de una piedad nada ordinaria, antes bien, enteramente singular; el hecho referido de haber sido admitido a la primera comunión a la ternísima edad de cinco años, nos da de ello la más hermosa prueba. Otros hechos de su juventud que, ya por brevedad, ya por razones de prudencia, no referimos, confirman la misma verdad.

En la edad adulta, estas virtudes resplandecieron por modo mucho más eminente. A la vista tenemos gran número de cartas, escritas por toda especie de personas dando el pésame por su muerte, y todas ellas no hacen otra cosa que hacer de nuestro Padre y de sus virtudes el más espléndido elogio. Además de la del Emmo. Cardenal Ferrata, que al principio transcribimos, creemos oportuno copiar un párrafo de la enviada al Emmo. Procurador General de los Pasionistas por Mons. Nicolás Iezzoni, obispo de Valva y Sulmona, cuyo juicio nos parece tanto más autorizado, cuanto pudo observar más de cerca al Padre en las largas relaciones que sostuvo con él cuando se trataba de la causa del Beato Gabriel de la Dolorosa: «Quería escribir—dice en su carta este dignísimo Obispo—después de la triste nueva, pero no tuve valor; tanto me sobrecogió la noticia. Grande es la pérdida del bonísimo Padre, tan grande como su

valor, su actividad, su celo y su bondad. Habiendo tenido la fortuna de conocer muy de cerca y por largo tiempo a nuestro carísimo difunto, entre las muchas dotes peregrinas de entendimiento y de corazón que siempre admiré en el P. Germán, me ha quedado profundamente grabada en el alma la singular armonía con que sabía juntar una sencillez de niño inocente a la sabiduría de una elevada inteligencia, rica en ciencias diversas y, en ciertas disciplinas, profunda.»

En efecto, bastaba haberlo tratado, aunque sólo fuese una vez, para quedar sorprendido de su ingenua sencillez, rara, mejor dicho, rarísima en nuestros días, especialmente en hombres sabios. ¡Oh, cuántos abusaron de esta sencillez para engañarlo o para hacer que les revelase cosas que debían permanecer secretas, como muchas veces hubo de confesar él mismo. Un muchacho de pocos años conversaba con él como con otro de su misma edad; entonces, el sabio desaparecía enteramente en sus modales y en sus palabras infantiles, llenas de sencillez y de candor. La misma sencillez de niño se notaba en él cuando se entretenía en hablar con personas autorizadas, aunque no tanto que le hiciese aparecer como necio, pues cuanto más autorizada y docta era la persona con quien trataba, tanto más sabios y llenos de ciencia eran sus discursos; por otra parte, sabía conocer muy bien por el modo de hablar de su interlocutor, si éste era hombre de ciencia profunda o sólo mediana, hombre de poco juicio o de muy recto criterio. A la rara sencillez unía el P. Germán una humildad verdaderamente admirable. Sentía humildemente de sí mismo, y de los dones que en sí reconocía, tributaba a Dios toda la gloria, en lo cual cifran los autores el último grado de humildad. Con frecuencia acostumbraba a repetir que a nadie, por malvado que fuese, juzgaba más digno de la pena de muerte que al que se enorgullece de su ciencia. Y añadía: jamás encontraréis un hombre verdaderamente sabio que sea soberbio, porque, al hallarse ante el vastísimo campo de la ciencia, se reconoce tan impotente de poseerlas todas, que en sus mismos profundos y amplios conocimientos, no halla ya motivo de soberbia, sino de grande humillación.

En punto a humildad no se contentaba el buen Padre con sólo palabras; llegada la ocasión, sabía demostrarla con los hechos; y ¡qué hechos!... Insinuaremos tan sólo algunos. En el capítulo XIV de esta sexta edición de la Biografía de Gema, capítulo cuyo título es *Gema y su nuevo Padre espiritual*, se cita un párrafo de la primera carta que le escribió la misma Gema, aun antes de conocerlo. La carta es larguísima; pero el autor transcribe de ella sólo unas cuantas líneas. ¿Por qué? Leamos la contestación en la continuación de la misma carta, cuyo autógrafo ofrecemos aquí, a fin de que, de paso, tenga el lector noticia de la hermosa letra de Gema.

*Tempo indietro mi venne nell'idea de
dire a Gesù se me faceva vedere Lei;
subito non mi contento, ma dopo qual-
che giorno, mi pare che mentis prega-
vo, di vedere un Passionista che esso
poteva pregava davanti a Gesù Sacramen-
tato, e Gesù mi disse, vedi, q chi è P.
Germano? Lo guardai, e sa come lo vedi:
Era un po' grosso, era in ginocchio fir-
mo fermo con le mani giunte, e mi
pareva che avesse i capelli più bian-
chi che non - ella passo ad altro più*

«Tiempo atrás me ocurrió la idea de decir a Jesús que me concediese ver a usted; por lo pronto no me contestó; pero pocos días más tarde, me pareció, mientras me hallaba en oración, ver a un Pasionista que también oraba ante Jesús Sacramentado; y Jesús me dijo: «Mira quien es el P. Germán.» Lo miré, y ¿sabe cómo lo vi? Era algo grueso, estaba de rodillas, firme e inmóvil, con las manos juntas; me pareció que tenía los cabellos más blancos que negros...»

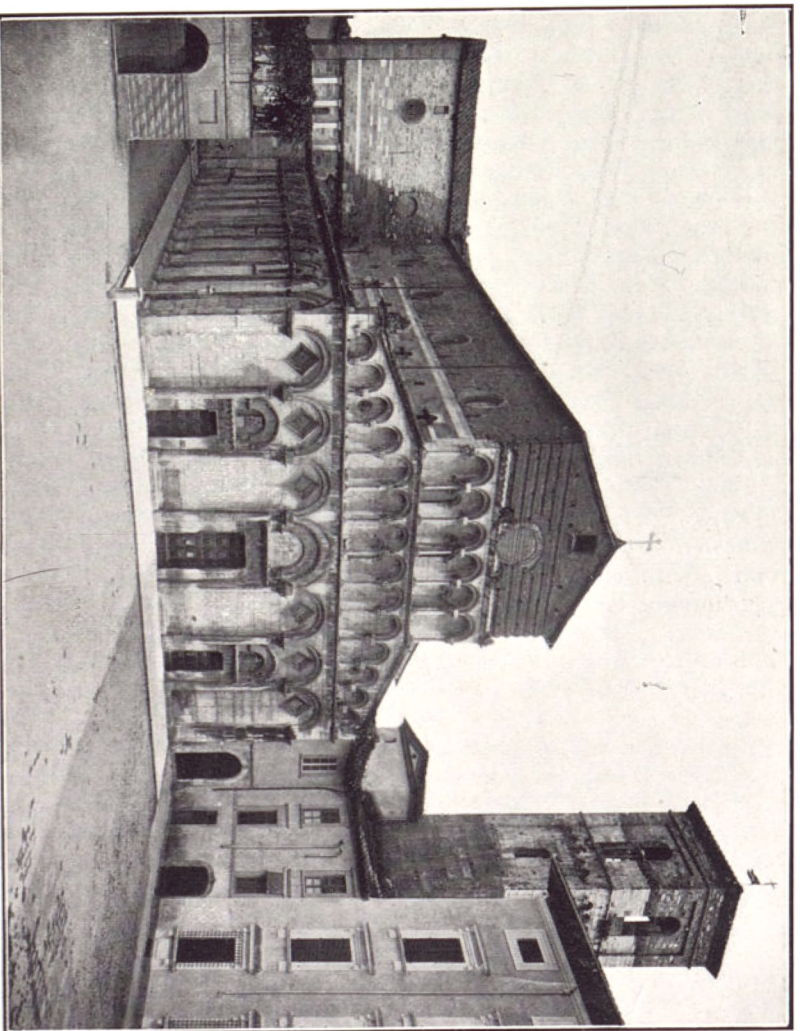
He aquí por qué nuestro P. Germán, interrumpiendo súbitamente la carta, sólo se limita a dar el sentido de ella con breves palabras: Porque se habla de él, y su humildad no se lo permitía. Otro que no hubiera tenido su humildad, hubiera publicado gustosísimo estas otras pocas líneas, aunque sólo fuese para demostrar que la misión que tenía sobre Gema era obra divina, y que la dirección de esta alma elegida le había sido confiada por el mismo Jesús. Verdad es que, en todo el capítulo citado, el autor no hace otra cosa que hablar de sí mismo; mas no crea el lector que a ello se moviese por libre elección, pues, habiendo sabido muchos que iba a publicar esta nueva edición, le escribieron a este propósito, y tanto le rogaron y conjuraron a que declarase mejor este rasgo de la vida de Gema, que al fin se resolvió a hacerlo, venciendo toda repugnancia.

En la página 377 de este mismo volumen, se lee una carta del Emmo. Cardenal Secretario de Estado, para demostrar cómo también Su Santidad Pío X alimentaba sentimientos de admiración por la simpática figura de Gema Galgani. Pues bien, al encontrarnos con el autógrafo de dicha carta, hallamos, después de las palabras

«se refieren...», estas otras «con conocimiento tan profundo de la teología mística». ¿Quién no ve en esto al humilde P. Germán ocupado en ocultarse a sí mismo y en esconder cuanto pudiera redundar en su propia alabanza? Pero he aquí confirmada una vez más la gran máxima del sagrado Evangelio, que *quien se humilla será ensalzado*. El elogio de profundo teólogo místico, tributado a nuestro Padre por el mismo Sumo Pontífice, contrasta con su humildad; por esto, por amor de esta virtud, la suprime; mas al permitir Dios que quede en descubierto el piadoso fraude, el difunto Padre obtiene de todo ello la mayor alabanza. De estas estratagemas hizo el humilde Padre uso frecuentísimo en la biografía de Gema Galgani. Si le parecía que le bastaba un documento para hacer creíble una verdad, no aducía dos; lo cual hacía, no sólo por amor a la humildad, sino, como él mismo se expresó en diferentes ocasiones, para no dar a creer que quisiese obligar por fuerza a los demás a prestar fe a sus narraciones. Así, en el capítulo XXII, hablando del grandioso medio que tenía la Sierva de Dios para santificarse con la singularísima asistencia del Angel de la Guarda, hubiera podido muy a propósito aducir este otro hecho, de él muy conocido.

«Poco después de haber salido del confesonario—escribe la misma sierva de Dios,—me acudió un pensamiento; me decía para mis adentros que el confesor disminuye demasiado los pecados; y esto me tenía inquieta. Mas para calmarme, se me acercó el Angel Custodio, mientras me hallaba en la iglesia, y me dijo muy recio estas palabras: «Pero dime: ¿a quién quieres creer: al confesor o a ti misma? ¿Al confesor que tiene luces y asistencia continua, que tiene tanta capacidad, o bien a ti que nada tienes de todo esto? ¡Oh, qué soberbia, quiere hacerse maestra y directora del confesor!» No pensé en nada más, hice un acto de contrición y recibí la Sagrada Comunión.»

De este hecho, no menos que de los otros ya referidos, aparece claramente el empeño del Angel Custodio en conducir a la perfección y a la santidad a su afortunada protegida; pero, lo repetiremos aun sin temor de errar, esto parecía demasiado para la humildad y la reserva de nuestro buen Padre. Pero más tenemos todavía que decir de la humildad del P. Germán. En la correspondencia que tuvo con la Sierva de Dios Gema Galgani, con mucha frecuencia le había ocurrido recibir cartas por conducto de ángeles. Pues bien; léase toda la vida de la Sierva de Dios escrita por él y no se hallará una sola palabra que aluda a este hecho. Por ejemplo, en la página 237, donde dice que Gema enviaba cartas a su Angel Custodio para que las remitiese a su destino, cita el nombre de los detinatrios: *el Señor, la Virgen y los Santos*; pero no el suyo. Con todo, a este propósito hubiera podido referir hechos de todo punto sobrenaturales; pues cartas recibidas de esta manera, tenemos hasta ahora veinticuatro. Mas, porque en todos estos hechos se mostró siempre sumamente reservado, plácenos referir aquí siquiera uno de ellos,



Chiesa di Santa Maria Forziportum

con las más minuciosas circunstancias, cual nos lo refirió D.^a Cecilia Giannini.

«Gema—escribe esta señora—tenía gran necesidad de escribir al P. Germán; me lo dijo; le contesté que escribiese, pues yo quería también escribir, y así enviaríamos juntas las dos cartas. Pero aquel día estuve muy ocupada y no escribí. Pues bien, por la noche, al dirigirnos a la Bendición, cuando ya nos hallábamos fuera de la puerta de casa, Gema sacó la carta y me dijo: ¡Llevo la carta al correo? Yo, que no creía que Gema hubiese escrito todavía, respondí inquieta: «¡Cuánta prisa has tenido!... ¡No podías haber esperado? No, no la tires todavía al buzón... etc.» Calló Gema, y metió la carta en el pecho. Algo más calmada, mientras caminábamos por la calle, volviendo sobre mi acuerdo, creí que acaso sería mejor enviar la carta. «Y bien; ¿te conviene enviarla?—» La joven me respondió con su acostumbrada tranquilidad: «Haga lo que tenga por conveniente.» «Mejor será ir primero a la Bendición»—añadí.—«Como guste»—respondió.—Fuimos, en efecto, a la iglesia, a Santa María *Foris-portam*, y allí permanecemos hasta que cerraron la iglesia. Una vez hubimos salido, dije: «Bueno, Gema; vayamos ahora a depositar la carta en la Central de Correos.» Habíamos andado algunos pasos, cuando Gema se puso a buscar la carta sin encontrarla. Sumamente enojada, le dije cuanto me vino a la boca; tanto me enojé, que no sería capaz de manifestarlo; Gema, algo disgustada, pero con su calma habitual, repetía: «No se enoje, no se enoje.» Y seguía buscando, pero en vano. Volvimos atrás; en la duda de si la habíamos perdido en la iglesia, fué preciso tocar la campanilla para que hiciesen el favor de volver a abrir la iglesia, en donde dije que habíamos perdido una carta importante. Buscamos por todas partes, mas no la encontramos. Dije entonces al sacristán que si daba con ella por la mañana, tuviese a bien enviármela. Volvimos a casa; aquella noche no hice otra cosa que reñir a Gema; pero en los momentos de calma, volviéndome a ella con buenas maneras, le decía: «Pero mira bien; quizás la llevas encima...» Yo misma le ayudé a buscarla, mas la carta no parecía. Entonces le pregunté: «Pero ¿cómo se te ha perdido?» A lo cual ella me contestó: «No lo sé... Al tiempo de la Bendición, tenía la carta en la mano, y después de la Bendición, no he vuelto a encontrarla... ¡Qué quiere que le diga?...» De estas y otras palabras, empecé a sospechar que había en esto algo de extraordinario; pero aun así y todo, no cesé de reñirla.

Al día siguiente, recuerdo que era martes, fuimos a la Bendición, a la Rosa. Apenas hubimos vuelto, volviósese Gema hacia mí llena de contento: «Esté tranquila—me dijo;—la carta la he visto yo en manos de Jesús.» Hice como quien no daba crédito a sus palabras, y aun chanceándome a costa de ellas, pregunté: «¿Y por qué no se la lleva Jesús al P. Germán?» Respondió ella: «Porque he sido mala.» «¿Pues qué has hecho?» «Ha dicho Jesús que porque he pensado mal del P. Germán.» A lo cual repliqué yo: «Por lo menos, pregun-

tale a Jesús cuándo se la llevará.» Al día siguiente, después de la comunión, de regreso a casa, me dijo que Jesús le había dado a entender que se la llevaría al Padre entre el jueves y el viernes. Nada dije a Gema; pero para más asegurarme, escribí al punto al P. Germán; con todo, habiéndome acudido la duda de que quizás para tranquilizarme no me manifestaría el Padre lo sucedido, le escribí en estos términos: «Recibirá una carta de Gema; pero tendrá la bondad de escribirme la hora precisa en que la reciba, y las primeras palabras con que empieza; luego le diré el por qué, etc., etc.» sin añadir nada más acerca del particular. Dos o tres días más tarde recibí esta contestación: «¿A qué alarmarse tanto?... Recibí la carta el jueves, a la hora de Maitines ⁽¹⁾, y empezaba así: «No más pobre Gema, sino viva Gema, etc., etc.» En efecto, esta carta de Gema contestaba a otra escrita por el P. Germán, en la cual le increpaba por su continuo *murmurar* y pedir entrar presto en el Monasterio, etc., etc. No había, pues, duda alguna sobre la verdad; me tranquilicé, y di de todas veras gracias a Jesús, que tan admirables obras producía en su fiel Sierva. En fe de lo cual, etc., etc. Cecilia Giannini.»

También nosotros, aplaudiendo la humildad del venerable Padre, que este y otros semejantes hechos ha tenido siempre ocultos, demos gracias con todo nuestro corazón a Jesús, que tan admirablemente le favorecía. Pero hay más. El amor a tan hermosa virtud le dió valor, al referir alguna' frase auténtica de Gema, para cambiarla por otra equivalente, porque lo original redundaba en su alabanza. La prueba de ello puede hallarla el lector en la última línea de la pág. 240 y primera de la 241 de este mismo volumen, donde se leen las siguientes palabras dichas por el Angel a Gema: «No, que me envía tu Padre;» mas si el lector tiene la paciencia de confrontar este mismo pasaje con el correspondiente a la tercera edición, hallará esta otra frase: «Me envía quién puede enviarme,» sustituida a la ya referida: «Me envía tu Padre.» Esta última es la verdadera frase que el Angel dijo a Gema, pero nuestro querido Padre había creído ofender demasiado su humildad, si la consignaba enteramente idéntica.

Singular fué también en nuestro P. Germán el amor a la virtud angélica. Era todavía joven, de temprana edad, cuando, frecuentando las escuelas de Nápoles, antes de entrar en religión, se halló en una de esas ocasiones que revelan, en quien sale bien de ellas, una virtud sólida y verdadera. Al dirigirse a la escuela, tenía que atravesar cierta calle en donde vivía una joven libertina e impertinente, la cual, al pasar el joven estudiante, salía cada día a la ventana para dirigirle palabras indecorosas. El virtuoso joven, que nunca se había dignado dirigirle una mirada, determinó librarse pronto de ella. Hecha una buena provisión de piedras, en la primera ocasión

(1) Advierta el lector que los Pasionistas cantan maitines a media noche hora en la cual no funcionan por cierto los carteros.

que hubo de pasar por allí, al verse nuevamente molestado, sin más cumplimientos, arrojó una de ellas contra lo alto de la ventana, con tanta furia que quitaron las ganas a la joven de molestarlo en lo sucesivo. Hermoso ejemplo para los disolutos jóvenes de nuestros días, los cuales prefieren gustosos, en semejantes ocasiones, caramelos a las piedras, atractivos y melindres a vigorosas repulsas. Y si tan resuelto se mostró en defender el hermoso lirio de la pureza, cuando todavía joven se hallaba en medio de los atractivos del mundo, fácil será adivinar cuánta más atención puso en conservarlo inmaculado en lo sucesivo, para todo el resto de su vida. Era devotísimo de Jesús Sacramentado. A este propósito es muy significativo el hecho indicado por Gema, de haberlo visto la primera vez *de rodillas, firme e inmóvil, con las manos juntas, ante Jesús Sacramentado.*

El día de Viernes Santo, en el cual el rito de la Santa Iglesia no permite a los sacerdotes celebrar el santo sacrificio de la misa, experimentaba un vacío en el corazón que le obligaba a exclamar: «Hoy me parece que soy turco,» y eran de oír sus lamentos a Jesús, al Beato Gabriel, a su Gema, cuando, en estos últimos años, se veía obligado a suspender la celebración de la misa a causa de una indisposición sobrevenida por la noche.

Hay quien afirma que ciertas cosas predichas por el P. Germán 12 y aun 15 años antes de que sucediesen, se han verificado punto por punto en el tiempo determinado, aun pareciendo imposibles. Nos aseguran otros que el Padre les reveló las cosas más ocultas de conciencia y con las menores circunstancias; otros que lo vieron algunas veces como extático ante un crucifijo, por espacio de media hora, elevadas las manos a lo alto y con los ojos inmóviles dirigidos al crucifijo, y haberle oído repetir de cuando en cuando: «¡Gran Dios! ¡Oh grandeza de Dios!... Perdón ¡oh Jesús! de todas mis ingratitudes!...» Mas no es nuestro intento hablar de estos dones sobrenaturales ni nos atrevemos a proferir juicio alguno; opine sobre ellos el lector según crea más conveniente. Bástenos a nosotros dar a conocer cómo en nuestro P. Germán se hallaron las más hermosas virtudes ordinarias y comunes, si se quiere, pero que revelan, en quienes las ejercitan constantemente, un varón enteramente de Dios, y nos hacen admirar en él el verdadero espíritu de Jesucristo. De ello pueden dar fe, no diré los que pudieron tratarlo de cerca y por largo tiempo, sino también otros que sólo tuvieron ocasión de tratar con él alguna que otra vez, porque esto tiene de propio la verdadera virtud, que tal aparece siempre cual se revela en el primer encuentro. Empero la prueba más hermosa de cuanto vamos diciendo, la hallamos en lo que ha dejado escrito en este volumen de la biografía de Gema. Un Emmo. Purpurado llegó a decir, no ha mucho, que por la vida de Gema había conocido enteramente al Padre Germán, y en particular por el capítulo en donde trata de las virtudes y de la ciencia mística. «No—escribe este Emmo. Purpurado;—ciertas cosas no se escriben con semejante lenguaje ni se ex-

ponen con tanta precisión ni claridad, sin haberlas probado antes en sí mismo, y sin tener lleno de ellas el alma y el corazón. La ciencia acerca de la virtud, si no va acompañada de ésta, es sólo árida; por sí sola no hace hablar ni escribir dignamente de ella.»

Después de tan autorizado testimonio, creemos inútil detenernos más en hablar de la piedad de nuestro venerado difunto. Como podrá ver el lector, tenemos sobrada materia para componer un grueso volumen; mas por no ser este el objeto que nos hemos propuesto, daremos fin aquí a estas páginas. Al tomar la pluma nos propusimos dar a conocer brevemente la vida del religioso a quien tantos millares de personas sólo han conocido de nombre, y poner de manifiesto su doctrina a los hombres sabios, y su piedad a las almas piadosas. De ello resulta una vez más, contra quien sostenga lo contrario, que la ciencia y la piedad no se rechazan mutuamente, sino que, por lo contrario, se dan la mano como íntimas amigas, y hacen a quien las posee a ambas simpático a toda clase de personas y digno de vivir en la memoria de las futuras generaciones.

ÍNDICE DE LAS LÁMINAS

	PÁGS.
Gema Galgani.	3
Panorama de Luca.	17
Casa de Galgani en Camigliano.	18
Iglesia parroquial de Camigliano.	20
Pila bautismal de Gema Galgani.	22
San Miguel <i>in Foro</i>	25
Vista de San Genaro.	26
Instituto de Santa Zita en la plaza de San Agustín.	28
Iglesia de San Frediano.	37
Abadía de Camaioire.	56
Colegiata de Camaioire.	56
El Beato Gabriel de la Dolorosa.	62
La Dolorosa de Gema.	65
Convento de las Salesianas de Luca.	74
Cementerio de Luca.	78
Casa de Galgani en la calle del Biscione.	84
Confesonario de Mons. Volpi.	105
Casa del Sr. Giannini.	128
Casa de Giannini e iglesia de la Rosa.	132
Crucifijo de Gema.	293
Interior de la iglesia de Santa María de la Rosa.	310
Exterior de la iglesia de Santa María de la Rosa.	312
Convento de las Pasionistas de Luca.	341
Casa en que murió Gema.	352
Nuevo sepulcro de Gema.	369
Padre Germán de San Estanislao.	439
Gema en éxtasis.	497
Autógrafo de Gema.	505
Iglesia de Santa María <i>Forisportam</i>	507

NIHIL OBSTAT

El Censor,
JUAN B.^a CODINA

Barcelona, 2 de Abril de 1914.

Imprímase:

El Vicario Capitular
JOSÉ PALMAROLA

Por mandado de Su Señoría,
LIC. SALVADOR CARRERAS, Pbro.
Scio. Canc. .